MILI GALLARDO

200 Mariquitas en medio de un tsunami de 138 grados

VERSIÓN ROMÁNTICA

1ª EDICIÓN

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
FIN
Otros títulos de la autora


MILI
GALLARDO
200
Mariquitas
en
medio de un
tsunami de
138 grados
VERSIÓN
ROMÁNTICA
1ª EDICIÓN



llllll

200 mariquitas
en medio de un tsunami
de 138 grados

Versión romance comedia







Mili Gallardo

Los personajes y hechos narrados en esta historia son ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin previo aviso al autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguiente del Código Penal).

Copyright @ 2024 Mili Gallardo.
Editado por Mili Gallardo.
Diseño cubierta Mili Gallardo.
Documentación y corrección: Mili Gallardo.

Email: miligallardo325@gmail.com
ISBN: 9798344677132

A mí misma. Porque sí.

Y:
A quien me motivó a retomar esta afición dormida, en un momento muy complicado.
Carmen.

A ella, porque siempre me decía: arranque de caballo y parada de burro. Dos libros acabados.
Mama (sin tilde).

Y a toda mujer y todo hombre que sea capaz de leer esta historia y sentirlas a ellas. A las verdaderas protagonistas de mi historia.
A las 200.

LA MARIQUITA 

Creo que me voy a presentar yo solita, porque, aunque sé que soy la verdadera protagonista de la historia que vais a leer, también sé que nadie va a hablar de mí, ni de mi familia, esa que casi seguro no sabes, está compuesta por más de 5000 especies.

Mi nombre es Coccinellidae, y vengo de los Coleópteros, que a su vez vienen de las Cucujoidea. No sabría concretar si mi nombre completo sería:

Nombre: Coccinellidae. **Apellidos:** Coleópteros Cucujoidea.

Difícil hasta para mí, y por algo se inventaron los apodos. He aquí el mío: Mariquita.

En algunos lugares también me llaman Vaquilla de San Antón o Vaquilla de San Antonio. Supongo que esto deberá ser por mi similitud, tanto en tamaño como en color, con las vacas, las hembras de los toros.

Nací siendo un huevo, junto a mis casi mil hermanos, allá entre la primavera y el verano. No sé, si fue mi madre la que nos contó según nos iba expulsando, o mi padre iba detrás de ella contando los huevos, pero vamos… sobre los mil. Solo llegamos a adultos doscientas. Menudo chasco para mis padres, puesto que querían beneficiarse del plus por «familia *mariquital* numerosa», y el tope estaba en ochocientas. Por los pelos.

Tras pasar mi época de huevo, me convertí en larva, luego en crisálida, y ya de mayor en lo que veis. De 0,4 a 0,10 milímetros, y 0,020 gramos de mariquita. ¡Ahí es *na*!

Algo que muchos no saben es que soy carnívora. Yo no como plantas como algunos creen, yo me alimento de los okupas de las plantas; hago una labor social. Mis alimentos son cochinillas, orugas, ácaros y pulgones. Los pulgones son nuestro alimento indispensable como para los humanos la harina. ¿O debería decir como la cerveza? Debo apuntar que todos tenemos garbanzos negros en la familia, y en la mía, unas primas herbívoras que nos desprestigian.

En mi especie, el concepto de la moda es bastante restringido, ya que, a pesar de vestirnos de varios colores, todas nos adornamos con manchas negras. Imaginación, la justa, porque encima esas manchitas son todas redonditas. Eso sí, algunas solo llevan dos, y otras se emperifollan hasta con veinticuatro. Y luego están las que siempre tienen que llevar la contraria en todo y se visten de negro para manchar en color. A esas parientes siempre les ha gustado dar la nota.

En mi familia nos vestimos de rojo pasión y con siete manchitas; coquetas pero discretas. Pero mucho cuidado con esas manchas en negro, porque no son simples adornos. Sirven para protegerme de mis depredadores, avisándoles de que soy capaz de echar un hedor pestilente y aniquilante. Esto, al contrario que para los humanos, es una virtud. ¿Os imagináis al moscón de turno? ¿O a la pesada que no te deja en paz? ¿Qué hacéis? Es evidente…, lo que sea menos expulsar un pedo. Pues bien, yo tengo completa libertad para hacerlo. Me lo ha concedido la madre naturaleza. Y las manchas negras son como un letrero que dice: «Cuidado, reserva de pedos».

Soy independiente, vivo y me muevo en completa libertad, salvo cuando hiberno que entonces busco el calor de la familia. Me han contado que puedo llegar a vivir hasta tres años, y eso… me da miedo. En mi hábitat es difícil cuando van surgiendo complicaciones y no hay mariquitas con la carrera de medicina porque el cambio climático las obliga a emigrar buscando un mejor porvenir.

Y esa soy yo. Hecha la presentación, os diré que nada de lo contado es relevante para la historia, salvo lo que a continuación os voy a desvelar.

Yo soy el símbolo de la suerte, y portadora de buenos augurios en el amor y la felicidad. Así,

como suena, «portadora de buenos augurios en el amor». Ese mito de que sientes mariposas cuando te enamoras, solo es «intrusismo insecticida laboral», o lo que es lo mismo, falso. ¿Te imaginas a ese bicho aleteando sus alas de pared a pared de tu estómago? Menuda indigestión. Lo que tú sientes cuando notas ese vuelco, soy yo correteando por tus entrañas junto a mis ciento noventa y nueve hermanos, para comunicarte que lo que ves, lo que oyes, lo que hueles, incluso lo que saboreas, se va a apoderar de tu vida entera. Y aunque dicen que no sé nadar, dentro de tu cuerpo soy capaz de soportar hasta los tsunamis más escabrosos que puedas imaginar, con tal de hacerte llegar el mensaje.

Yo soy la mensajera del amor.


El renacer
de las
mariquitas

Prólogo

Febrero. Hace mucho frío. Hoy amaneció un día bastante gélido y hemos tenido que recurrir a esas prendas de abrigo que se apolillan en nuestros armarios, porque el clima aquí en Valencia es cálido, a pesar de que febrero a veces nos traiciona. Se acerca la noche y con ella mi momento, el mejor de los momentos…, nuestro momento.

Y aquí estoy de nuevo, sumergida en esta gran bañera redonda, una noche más, esperando al hombre de mi vida. Rodeada de unas velas que generan una cálida luz y un agradable aroma de azahar, juego con los pétalos de rosa que aderezan esta capa de espuma que cubre mi cuerpo. Mis pechos afloran por la superficie jabonosa y en mi mano una copa con el mejor de los vinos. Un gran ventanal de cristal cubre toda la pared, dejándome contemplar un espectacular paisaje donde la combinación de cielo, pinos y nieve convierte esta visión en algo limpio y cargado de pureza. El decorado es perfecto para entrar en ese estado de meditación que te hace sentir paz, pero el motivo de mi espera no me lo permite; lo último que quiero en este instante es meditar.

Ya viene, tan seductor como siempre, alto, moreno, ojos verdes, con una boca que me apasiona y esa mirada que me perturba. Envuelto en su albornoz negro y descalzo, porta su copa en la mano y, apoyándose en el marco de la puerta, me acaricia con su mirada. Bebe un sorbo de vino, sonríe lanzándome vibraciones de pasión y me habla.

—Estás preciosa cubierta de espuma.

—Gracias, te estaba esperando.

—Tuve que hacer unas llamadas, pero ya estoy aquí, para ti. Si me dejas un lado te masajeo los pies.

—Necesito algo más que un masaje en los pies. —Necesito mucho más de él.

—Preciosa, te voy a masajear todo lo que me pidas.

Me recreo viendo cómo se quita el albornoz; me deleito contemplando ese bello cuerpo completamente desnudo y me vuelvo loca. La temperatura del agua comienza a subir.

—Eres muy tentador, y sabes que me gusta. —No me puedo contener.

—Y tú sabes que te quiero y no puedo vivir sin ti.

Se acerca, se zambulle en mi pequeño océano de seducción, mi mente se desboca imaginando por dónde empezaré a saborear todo este ejemplar que se brinda a mí sin reparos. Ya metido en el agua se va acercando muy despacio. Yo estoy ansiosa, y sin poder resistir pregunto.

—¿Me vas a enjabonar?

—Te voy a enjabonar todo.

Sus manos mezcladas con la espuma, se pasean por mis senos repetida e insaciablemente. Con su boca los besa, poco a poco voy adentrándome en el paraíso, sintiendo el tacto de esa mano descendiendo hasta mi sexo. Un torbellino de caricias me obliga a reclinar la cabeza hacia atrás, lanzándome al placer.

—¿Quieres que te haga el amor? —pregunta.

—Quiero que me hagas el amor…

—¿Así...?

—¡Síííí…! ¡Asíí…!

Me entrego a él, mi cuerpo entero le pertenece, la pasión que me recorre absorbe mis sentidos y poco a poco se va alterando mi respirar. Noto entre mis piernas esos dedos que siempre me intentan transportar hacia un nuevo clímax.

«A ver si hoy lo consigues, ¡bonita…!».

Algo hace que mi galán cese en sus embestidas…, otra vez.

—¡Mamááá!

«¡A tomar por culo, Lola!». «Nada, hoy tampoco. Un día me voy a ir y no voy a volver».

Otra noche más que se rompe mi fantasía, y el ventanal vuelve a la realidad de ladrillos envejecidos por tres décadas, el monte y la nieve desaparecen, y el amante se esfuma. Aquí me quedo con las velas con olor a chamusquina y el vaso de vino de tetrabrik.

Yo soy Lola, y mi *preciadísimo* psicólogo, al que me hubiese tirado de buena gana, acaba de darme el alta.

A veces necesito hacer una sinopsis de mi vida, para que yo misma pueda sobrellevar mis propias emociones.

Capítulo 1

Tengo treinta y pico años…, vale lo diré, treinta y ocho, pero recién cumplidos. Mi cabello, que llega a media espalda, es moreno y ligeramente ondulado, mis grandes ojos son verdes pardos, y mis labios carnosos, pero sin exageraciones. Mi ex decía que rebasaban la excelencia, claro que su veredicto no era muy de fiar. Mi estatura está dentro de la media, creo que alrededor del metro sesenta y poco, y a mi cuerpo le sobran unos cuatro kilos. Sinceramente me la sopla; ahora no estoy para dietas, bastante dieta llevo con los hombres como para privarme de otro placer. Mi talla de sujetador no la diré, porque como dicen que el tamaño no importa, pues no importa.

Me tengo por una buena persona —como todo el mundo, incluso los malos—, trabajadora, que da un gran valor a la amistad y a la familia. Siempre fui positiva, arriesgada, atrevida, sin miedo a nada, hasta que, desde hace unos años, algunos acontecimientos fueron mermando esas cualidades. Creo que soy una mujer de sangre caliente, porque ardo cada vez que pienso en que un hombre me enamore y se enamore perdidamente de mí. Digo creo, porque a la vez también pienso que nunca he estado enamorada y que nadie lo ha estado de mí. Ningún hombre con los que he estado ha tenido esa antorcha poderosa que encienda mis brasas del amor amustiadas, y cada vez me cuesta más creer que lo encontraré; los días van pasando, los meses…, los años…, ¡qué horror!

Seguro que al decir antorcha puede parecer que pienso en la entrepierna, y no. La antorcha que me tiene que encender a mí, es esa que un hombre prende para quemarte con sus ojos volviéndote loca y segura de que no existe ninguna mujer como tú. Dicho esto, dejaré claro que la de la entrepierna también merece su debida importancia, que para mí no es poca.

A mis catorce años conocí al que yo creía era el amor de mi vida, y a los dieciséis recién cumplidos me quedé embarazada. Había que casarse y quería casarme. Eso era sinónimo de ser mayor, independiente, tener mi propia vida, no rendir cuentas de la hora a la que salía, ni a la que volvía; «un chollo». Todavía tenía dieciséis años cuando nació mi niña, Patri y se acabaron las salidas. Ahí ya no miraba el reloj para ver si era hora de regresar a casa, lo miraba para ver de cuantos minutos disponía para poder ducharme, limpiar o cocinar entre toma y toma de mi bebé. Más tarde, con veinte años llegaría Sara, mi otra niña y fue cuando dejé de mirar las agujas de aquella esfera de cristal; el tiempo había encogido y siempre faltaban minutos para todo.

No tengo hermanos, y mis padres fallecieron en un accidente de tráfico estando yo embarazada de Sara. Tras este suceso, que dio un gran giro a mi existencia, arropada por mi tía Juana y por mis suegros, seguí afrontando la vida.

Tía Juana tiene cincuenta y ocho años, y es esa clase de tía que te apunta a todo. A las reuniones de envases de plásticos, a las de artilugios de placer femenino, a las cenas conmemorativas de lo que sea, a las barbacoas del vecino; a todo. Mi tía y su marido, se dedicaban a vender pólizas de seguros, y al quedar viuda la pena estuvo a punto de volverla loca. Hasta que cobró una suculenta cantidad de euros provenientes de un seguro de vida y ahí ya no quedaban lágrimas; llegaba la hora del despilfarro, tanto monetario como emocional. Tía Juana siempre está. En cuanto a mis suegros, también han estado siempre, incluso desde hace ocho años cuando el sinvergüenza de su hijo me abandonó, yéndose con una dominicana y con todos nuestros ahorros. Por lo visto sus morros eran más excelentes que los míos. Pero él se portó bien conmigo. Antes de marcharse me dejó tres mil euros en la cuenta corriente para que me diese lugar a encontrar trabajo —el muy hijo de p…—. Mi suegra es una bellísima persona así que

retiro lo que iba a decir.

Antes de largarse el padre de mis hijas la economía familiar iba bastante holgada; él era interventor en un banco y eso fue el motivo por el que nunca nos planteamos que yo trabajase. Cuando al abandonarme me vi sin oficio ni beneficio, juré que mis hijas estudiarían, aunque para ello las tuviese que hinchar. Pero a veces… ni con palos.

Fue mi suegro el que me encontró mi primer empleo. A mis treinta años iniciaba mi carrera profesional como cajera en un supermercado de unos conocidos suyos. Si bien solo trabajaba los fines de semana, eso me ayudó hasta que encontré una nueva ocupación, también mediante amistades de los padres de mi ex. Camarera de pisos en un hotel. Ahí la jornada era de veintiocho horas semanales y el salario subía. Fui constante y fiel trabajadora, me empeñaba en dar el resto; no podía perder el trabajo y me esmeraba en dejar todo reluciente. Eso llevó a que, en cosa de dos años, me propusieron el cargo de gobernanta. Me volví loca de contenta, suponía mucha más responsabilidad, y eso también aumentaba suculentamente mis ingresos.

Con el tiempo, había que mejorar —dejar de trabajar los domingos—, y no me conformé con eso. A través de una vecina que trabajaba en una empresa de servicios a nivel nacional, me enteré de que buscaban supervisora, y sin pensarlo dos veces llamé. Tras dos entrevistas conseguí el puesto. Hace ya cuatro años que estoy en la nómina de Limpiezas Maxhigienik, aunque no seguidos. Hubo un intervalo en el que me fui.

Todo iba bien en la empresa. Mi relación con el director, que además ya es un amigo, era excelente, al igual que con los trabajadores. Mis inicios en el mundo de la limpieza fueron desde abajo, así que lo que más me preocupaba, era que la gente se sintiese bien en su labor; eso generaba que ellos cumpliesen bien su trabajo. Hasta que llegó Margarita. Una coordinadora regional que venía a cambiar unas pautas en la empresa y en realidad lo que hizo fue ponerla patas arriba. La tal coordinadora no era otra cosa que la «sobrina» de un directivo de Madrid. Sobrina de esas que no acuden a los funerales, ni a las bodas, ni a las comidas de navidad. Esas sobrinas, que lo que hacen es arrodillarse delante del tío y no precisamente para rezar.

En aquellos momentos yo había iniciado una… llamémosla relación con Carlos, al que conocí en un viaje organizado por tía Juana. Después de varios acontecimientos en los que la coordinadora ponía en peligro mi trabajo, decidí despedirme antes de que lo hiciera ella. Manolo, director y amigo, se enfadó conmigo.

—Lola, no hagas las cosas en caliente —me decía.

—¿Cómo te presento la dimisión, por email o te envío un burofax?

—Relájate.

—¡No me quiero relajar, que me digas cómo te la presento y punto! —le grité.

—Te arrepentirás —me advirtió.

Pobre Manolo, se pasa la vida en deuda conmigo por un favor que le hice, cuando hace un par de años conoció a una pelirroja y se volvió loco poniendo en peligro su matrimonio. La pelirroja abordó un día a su mujer contándole dónde estaba su marido cada vez que llegaba tarde a casa. El pobre Manolo recurrió a mí, y tuve que echarle un cable diciéndole a su señora que cuando llegaba tarde, tan solo era porque estaba trabajando conmigo. Ella, que me conoce bien, lo creyó. Decidí darle una segunda oportunidad bajo condición; si volvía a engañar a su mujer yo misma se lo contaría. Él sigue sintiéndose en deuda conmigo.

Cuando llegué a casa, ya sin trabajo, llamé a Carlos destrozada y convertida en víctima total. Él era gerente en un hotel y yo sabía que podría echarme un cable; los modestos —para mí— polvos que me echaba, bien merecían un detalle. Y en cuestión de dos semanas ya estaba incorporada al servicio de lavandería de dicho hotel. Lo peor fue lo que sentí en el momento del

comunicado, pero había que hacer de tripas corazón.

—¿Lavandería? —Desconocía ese sector.

—Sí, cariño. Tú tranquila que pronto te pondré un despacho para que pueda venir yo a ponerte los puntos sobre las íes.

—No necesito un despacho.

—Pero yo sí. Ven aquí que te vaya instruyendo ya —murmuró en mi oreja saturándome a besos.

—No puedo quedarme y lo sabes.

Nunca pasé una noche con él, solo tardes. Eran encuentros con comida o cena, sexo sin demasiadas explosiones estruendosas y poco más. Ni yo sé, qué tipo de relación era.

—Ya sé que no puedes quedarte, por eso, empieza a desnudarme y no perdamos más tiempo.

De pronto me vi, de rodillas, bajándole los calzoncillos, y pensé: «Lola, arrodillada delante del que ahora es tu jefe…, para lo que estás quedando». Me sentí «sobrina» total.

Al enterarse Olga…, casi me mata.

Olga es mi amiga, mi abogado del diablo, mi subconsciente, mi apoyo, mi todo. Crecimos juntas y aunque ella es cuatro años mayor que yo, siempre congeniamos muy bien. Personalidades diferentes nos unían, yo siempre fui atrevida, arriesgada, positiva, mente abierta y con ganas de todo. Ella introvertida, siempre caminando sobre seguro, evitando riesgos, conservadora y tradicional. Hasta hace casi un par de años, en que una noche que salimos a celebrar el día de la mujer trabajadora, un hombre se le acercó y sintiéndose atraída tuvo la necesidad de consultarme. Yo no pude hacer otra cosa que lanzarla al vacío. «O vives, te diviertes y piensas en ti, o mueres, te aburres y piensas en "él"» —«él» es su marido, del que luego hablaré—, «te separas o te consumes», le dije. Y Olga decidió todas, menos la última; vivir, divertirse y pensar en ella, sin necesidad de separarse. También nos une un físico muy distinto, ella es más alta que yo y más delgada, pelirroja con espirales en su larga cabellera, y unos ojos azules cristalinos, junto a unos finos labios rosados, adornan su delicado rostro.

Olga trabaja conmigo, yo la introduje en la empresa hace dos años. Cansada de limpiar en casas de pudientes de forma clandestina, y de no cotizar, me pidió trabajo y por supuesto se lo di. Comenzó con una jornada de diez horas semanales y ahora ya son veintiocho las que realiza. Está casada con Paco —hablemos de Paco—, un ejemplar macho ibérico, sieso, que no sale con ella ni a los entierros, y con el que tiene una hija de diez años. El marido de Olga es un buen hombre —o eso dice mi amiga—. Trabajador y del que asegura estar enamorada, a pesar de que el sentimiento de amor hacia él es tan grande como el de aburrimiento. Dedicado a conducir un autobús urbano todo el día, cuando llega a casa solo piensa en aferrarse al sillón y disfrutar de su asiento sin tener que compaginar sus manos con sus pies. La vida de Olga con Paco es…, no hay nada que contar. Por eso ella adorna su vida con Felipe.

Conoció a Felipe en el mismo viaje que yo conocí a Carlos. Lo mío tardó unas semanas en cuajar, lo de ella —la conservadora—, unas horas. Después de una cena en grupo, junto con otros viajeros, Felipe nos invitó a tomar un café, y yo no estaba por la causa, así que subimos a la habitación para que ella se bajase la tarjeta —solo llevábamos una—, y allí mismo ya intuí que dormiría sola.

—No sé si eres consciente del babeo que llevas —le reproché.

—No llevo babeo, solo me parece simpático y me apetece seguir hablando.

—A mí me parece genial, eso sí, a ver cuándo te decides y te separas para poder disfrutarlo de verdad.

—Sabes que no haré eso, le desgarraría.

—Le vas a desgarrar igual o más si se entera de las canas que vas echando al aire.

—¿No ves que me tiño? Él no nota las canas, ¡ja, ja, ja! —Me hizo reír la condenada—. A veces no te entiendo, primero me animas a venir y ahora me riñes.

—No te equivoques, Olga, yo te animo a venir para que salgas y te distraigas, sabes que si no es así te pudres en tu casa; otra cosa es que le seas infiel. Además, te agarras a lo que quieres, también te animo a que pienses en la posibilidad de una separación, solo que lo pienses, y en eso poco caso me haces.

—Solo voy a tomar un café y charlar.

—Ya eres mayorcita —le besé la mejilla—, diviértete.

Era de esperar. Esa noche, el «solo café y charlar» de Olga, se transformó en café, charlar y no regresar a su habitación. Cuando desperté, cuarenta y cinco minutos antes de la hora que habíamos quedado en el zaguán para la primera excursión, y vi que su cama estaba intacta, cogí el teléfono y la llamé, ni recuerdo las veces. Hasta que apareció por la puerta, reluciente, flotando, más bella que nunca, y con evidentes señales de no haber pegado ojo en toda la noche.

—¿De dónde vienes, pedazo de golfa?

—¿Es una pregunta? ¿O solo me quieres llamar golfa? ¡Ja, ja, ja!

Solo la quería llamar golfa, tenía muy claro de dónde venía, o al menos qué había estado haciendo. Desde ese primer encuentro, se ven cada dos o tres semanas. Ella es feliz, Felipe es feliz, y Paco, en su ignorancia, es feliz. A *felicear* todo el mundo.

El día que le conté que Carlos me había dado trabajo…

—¿Te das cuenta de que ahora eres tú la «rodillas»? —espetó.

¿Que si me daba cuenta? Lamentablemente sí.

—Necesidad Olga, se llama necesidad. Además, yo ya estaba con él cuando me dio trabajo. Solo me echa una mano.

Olga no era la más indicada para sermonearme, pero era nuestra mayor afición.

Yo conocí a Carlos de una forma un tanto peculiar, en un viaje al que pude asistir gracias a que Manolo me dio unos días libres; me debía un favor —el mismo de siempre—. Una mañana, en dicho viaje, no quise salir a la rutinaria excursión del día y decidí quedarme en una especie de ludoteca, ejerciendo un poquito la lectura. Allí encontré una revista de decoración y *«voilá…»*, baños, mi debilidad. Los había de todas las formas y colores, pero me fijé en uno que me recordaba a mis citas diarias con aquel imaginario amante que me masajeaba los pies... —y todo lo demás—. Por un momento, cerré los ojos y me vi inmersa en una de aquellas citas con un ventanal como el de la revista, en el que se contemplaba el océano de fondo y, a pesar de ser más apasionada de la montaña, seguramente por haber crecido en el Mediterráneo, ese paisaje también se prestaba a cualquier tipo de fantasía. De repente, inmersa en mi sueño, alguien habló.

—Disculpe, ¿se encuentra bien?

—Sí sí, perdón.

«¡Madre mía!, Lola, a saber, qué cara tenías puesta», pensé.

—Siento haber molestado, la vi con los ojos cerrados y creí que tal vez se había mareado.

—No, me concentraba para intentar recordar algo.

«Qué vergüenza», volví a pensar.

Hizo ademán de marcharse, y al instante retrocedió.

—No me he presentado, mi nombre es Carlos, soy el gerente del hotel. Supongo que te hospedas aquí.

—Sí, claro, vengo con el autobús de Valencia. Hoy no me apetecía salir y me quedé leyendo.

—Bonita afición, yo suelo leer otro tipo de lectura, esto de los baños no debe estar nada mal.

—Sonrió señalando la revista.

—Bueno, es una pequeña afición oculta, me encanta la decoración y tomo ideas de aquí, de allá, ya sabes. —Fui cortés y le devolví la sonrisa.

—¿Te apetece un vermú, una cerveza?

No tenía ganas de líos, por eso, sin darme cuenta y gracias a su labia, al acabar el vermú, al que accedí a ser invitada, ya le había dado mi número de teléfono. Si llego a tener ganas, acabo casada con él.

A las dos semanas de aquel encuentro, Carlos vino a verme a Valencia; una cita entre amigos. En la siguiente visita ya me pidió sexo. Y yo, aun sabiendo que no me atraía en exceso pensé: «¿Y si pruebas a ver qué pasa? ¿Un polvo, en el que no sean tus dedos los protagonistas?».

Y probé. Después de varios meses sin sexo con hombres, tampoco resultó ser nada especial. Así que todavía no me explico por qué repetí.

Desde que el padre de mis hijas se marchó y tras superar la depresión por su huida, solo tuve dos relaciones, vamos a decir, «estables». La primera, solo duró tres meses y fue con un compañero de trabajo con el que tan solo desfogaba mis necesidades como mujer y al que le di pasaporte cuando me cansé de lo repetitivo que era en la cama; uno encima, otro debajo y *«au»*.

La segunda fue algo más duradera. Alrededor de cinco meses estuve saliendo de forma asidua, con un señor al que conocí en el único sitio donde no escuchaba aquella palabra penetrante —mamá—, y podía concentrarme en la lectura: la biblioteca. Este hombre, de unos cuarenta años, repentinamente tuvo la necesidad de, primero casarse y segundo tener hijos. Yo, a lo primero ni loca y a lo segundo… ni loca también. Así que ni corto ni perezoso decidió cortar conmigo. No le di demasiada importancia a la ruptura; para mí, solo se trataba de alguna salida a cenar, algún cine, y alguna noche loca. Lo de loca con bastante discreción.

El hombre de mi vida se había ido con otra y tenía claro que no volvería a enamorarme. Tan solo pretendía seguir viviendo y ponerle un poco de salsa a mi existencia, así que cuando Emilio, que se llamaba, me dijo que si no había boda me dejaría, le respondí: «Es lo mejor, necesitas una mujer que te dé lo que tú te mereces».

Aparte de aquellas insípidas relaciones, algunos encuentros esporádicos con desconocidos para expulsar necesidades retenidas y nada más.

Con Carlos, me veía cada doce o quince días, a sabiendas de que aquello seguía sin llenar mi vida de pleno. A los pocos meses de iniciar los encuentros, una tarde de tantas en las que había venido a verme, al acabar uno de esos momentos de modesta pasión, me levanté y, envuelta en un albornoz, me acerqué a la ventana. Desde la habitación del hotel se divisaba el puerto de Valencia aderezado por un sinfín de luces que iluminaban las elevadas grúas. La escena era relajante y espectacular, al contrario que mis pensamientos, puesto que mirando a través del cristal me pregunté: ¿cómo narices había llegado yo a aquella habitación? A mi mente llegó la imagen de Olga, feliz cada vez que quedaba con Felipe, feliz regresando a casa para de igual forma hacer feliz al amor de su vida, Paco; todo un cúmulo de felicidad alrededor de su vida.

Fui consciente de que yo nunca sentía esa sensación, salvo cuando estaba con mis hijas, que por descontado no es la felicidad a la que me refiero. Sin dejar de mirar hacia el mar, reflexioné en la de veces que buscamos sustitutos para suplantar esa ansiada felicidad y la misma cantidad de veces que nos consolamos pensando que con eso basta: «Al menos tengo quien me acompañe, al menos me hacen regalos, al menos el padre de mis hijos sigue conmigo, al menos tengo trabajo, al menos tengo salud, al menos…, al menos…».

¿Por qué narices siempre hay un «al menos», que nos obliga a conformarnos?

De pronto me giré y observé a mi acompañante, dormido, respirando profundo y seguramente

soñando con el momento vivido minutos antes y me dije: «Al menos te trata bien». Y ahí me derrumbé. No entendía —ni entiendo— por qué la vida ha sido tan injusta conmigo en cuestiones de amor. ¿Por qué aquel maldito sueño de mi bañera, donde un enamorado me poseía apasionadamente, nunca se convertía en realidad, aunque fuese sin bañera, sin ventanal y sin paisaje? Cuando volví a mirar a Carlos y otro al menos invadió mi mente —«al menos no ronca»—, de nuevo me hundí en mi propia miseria. Justo en ese preciso instante, el bello durmiente despertó y lo hicimos otra vez en la ducha. Él nunca se cansaba, yo empezaba a hartarme. Al acabar, recuerdo un nuevo pensamiento: «Vaya mierda de polvo. ¿Dónde están esos amantes que te empotran contra la pared y te hacen gritar como una loca?».

El punto de inflexión de esa relación lo marcó Dolores a principios del verano. Carlos se iba a Cáceres a visitar a su familia. Siempre hablaba mucho de sus parientes de aquella tierra, pero hubo un pequeño despiste, el pobre olvidó mencionar que también tenía parientes en esta zona; concretamente su esposa y cuatro hijos. Inocente de mí, cuando me dijo que viajaría a Extremadura, tuve la brillante idea de comentarle la posibilidad de que, como gerente de la empresa, intermediase para que me dieran algunos días libres y poder acompañarle, siempre manteniendo la distancia en cuanto a sus quehaceres familiares, claro está. Su respuesta tras un gesto de sorpresa-susto, fue: «Claro, te lo miraré, ya sabes que es mala época y será complicado».

Pero la buena de Dolores, a la que no olvido, el día en que yo regresaba de mi domingo de descanso, tenía cosas que contarme.

Os hablaré de Dolores. Era una mujer de unos cincuenta y pico años, inmigrante colombiana, que llegó a nuestro país en busca de un mejor porvenir. En sus inicios en la tierra madre, tuvo que hacer de todo para subsistir. Ella sabía que debía hacerlo para cumplir su sueño, que no era otro que pagar el pasaje a su marido para que se reuniese con ella. Al cabo de tres años afincada en España, logró reunir el capital suficiente y compró el billete de avión a su esposo, algo que el marido agradeció al llegar a España: Apenas pisar suelo firme, jamás volvió a dar señales de vida. Tan solo un mensaje antes de deshacerse de su viejo teléfono informando de las novedades: «He llegado bien, ahora sigo mi camino, gracias por todo». Dolores, que en aquella época contaba con treinta años, empezó a odiar a los hombres y decidió vengarse de todos los que pudiera.

Y le llegó el momento «venganza» a Carlos. La mujer con su acento dulce y peculiar inició su relato al encontrarnos a solas.

—Ayer fue su día libre. ¿Lo pasó bien querida? —preguntó.

—Lo normal, en casa, limpieza, compras, hijas, ya sabes, Dolores, el divertidísimo día a día.

—Estuvo la fantasma de la gobernanta por aquí. Y *resibió* una llamada. *Quisá* quiera saber.

Solo la mirada de Dolores, me hacía intuir que me interesaba saber.

—¿Qué llamada? —interrogué.

—Pues el tipo de llamada para pedir un favor, y *desía*…: «Dígame don Carlos… ¿Lola? No, Lola no me ha pedido ningún día… Bien, no se preocupe, le diré que es inviable. Quede tranquilo. Ja, ja, ja… Claro, lo entiendo. Besos y recuerdos a la familia». Y aunque no es relevante, si quiere le cuento el porqué de mi *informasión*.

—Por supuesto —respondí intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

—Mi esposo me la jugó, y no voy a permitir que *sinvergüensas* de esa calaña sigan tomando el pelo a las mujeres honestas; si puedo lo evito. Ella al acabar la llamada dijo, a quien estaba a su lado, algo así como que usted era la amante del tal Carlos; *utilisó* otra palabra que no suena tan finamente bien. También que *siertas* mujeres, creen que un polvo es un compromiso. Eso lo dijo

al aire, y una servidora como no podía responder, *desidió* actuar. Con la fantasma no podemos *haser* nada, con el tal Carlos… yo he hecho mi parte, la suya la *deside* usted. Pero no me vaya usted a llorar, yo derramé muchas lágrimas y le aseguro que nunca *merese* la pena.

Por supuesto que no pensaba llorar. A pesar de que la rabia me colapsó por haberme dejado burlar por un tipo que ni tan siquiera sabía ponerme a tono. Creo que fueron tres minutos los que tardé en decidir que no volvería a ese trabajo y así se lo hice saber a Dolores. Ella sonrió maléficamente y anotó algo en una pequeña libreta.

—Tome mi teléfono —dijo arrancando parte del papel— me gustará saber el final.

Guardé la nota y pronto reaccioné. Siguiente paso, acudir al médico fingiendo ciática para dejar pasar unos días y seguidamente despedirme. Tras ello ingenié esperar a que volviera a verme para proceder a echarle medio kilo de cianuro en el cubata. Una pena que las consecuencias por cometer ese acto fuesen tan espantosas para mí, así que opté por utilizar el chat para vengarme.

Lola 15:55: ¿Dónde has dejado el teléfono?, me ha llamado tu mujer, lo sabe todo.

Hubiese dado la vida por ver su cara, el teléfono no tardó ni dos segundos en sonar.

—¿Qué dices? No puede ser. —La sensación de angustia traspasaba el terminal.

—Ya te digo. ¿Cómo se llama tu mujer?

—Silvia. —Los nervios le traicionaron.

—Justo, era ella. Pues ha dicho que iba a pedir el divorcio y que no volverás a ver a tus hijos. ¿Hijos o hijo? No lo he entendido bien, estaba tan enfadada…

—¡Pero qué cojones…! ¿Cómo se habrá enterado?

—Chico, ni idea. ¡Por cierto…! ¿Cuándo pensabas decirme que estabas casado?

—No lo preguntaste, no pensé que te importase.

—No no, no me importa…, en fin, que te vaya bien en tu encuentro con ella. —Y a pesar de que no me importaba, pensé: «Ojalá te cagues encima antes de entrar en tu casa, «*mamóndelculo*».

—¡Madre mía, Lola! Igual tenemos que dejar de vernos por un tiempo. Aun así, intentaré llamarte en breve.

Los hombres, cuando se trata de sexo, nunca dejan de sorprenderme. No importaba el dolor causado, solo que pasase tiempo para poder retomar una vez calmadas las aguas. Parece ser que a él mis mamadas sí le gustaban.

Entonces llegó mi desolación, mi angustia, mi perdición. Caí en una depresión de la que me costó salir relativamente poco. Aquello, que aparentemente había causado Carlos, tan solo era un síntoma postraumático creado por mi marido años atrás, cuando me abandonó. Tenía la sensación de que de nuevo alguien me usaba y me desechaba. El dolor invadió mis días.

Lo peor fue que al quedar sin trabajo, tuve que hacer frente a contárselo a mis hijas, que no daban crédito a esa situación de tener que asimilar que su madre se veía con alguien en modo amante. Las lágrimas adornaban el momento.

—Pero, mamá…, ¿tanto te gustaba? —Quiso saber Patri.

—Nada, hija. Poco…, más bien nada —reconocí—, pero la burla me ha hecho recordar a tu padre, y no porque le eche de menos, lo que me sucede es que parece que llevo un letrero escrito en la frente que diga: de timo fácil, usar según antojo. Y sin trabajo…, eso es lo peor de todo.

—No digas eso, tú vales más que cualquier hombre, así que deja de llorar. Y por el trabajo no te preocupes, dejaré de estudiar. —Sara también me apoyaba—. Intenta olvidar que existe el género masculino. Al final todos son iguales.

—No quiero oírte decir eso, sí hay hombres buenos, y no repitas que vas a dejar de estudiar, si

no te preparas algún día te verás como yo, sin trabajo y asfixiada por las facturas.

Lo de que hay hombres buenos lo dije por fe, ver no he visto ninguno. Bueno sí…, a papá y a mi suegro. Dos.

—Solo hay una cosa que desearía estudiar, y de eso no se puede hablar, así que trabajaré —sentenció Sara.

No era la primera vez que Sara me hacía saber sus intenciones, aunque esa vez procuró ser sutil y delicada. En otras ocasiones había sido mucho más tajante al respecto haciéndome saber que si no estudiaba artes escénicas, abandonaría los libros; siempre tuvo muy claro sus planes de futuro. No obstante, dado el horror que me da el hecho de que la niña se vaya sola a la capital, mi objetivo es dejar pasar el tiempo con la esperanza de que la idea se le pase, y me parece a mí que lo único que pasa es el tiempo, ya que la idea persiste.

Poco a poco entré en una espiral de la que no conseguía salir. Comencé por quedarme en casa, mis únicas salidas eran a comprar y…, y nada más. Pasaba los días en pijama, casi sin peinar, y cuando me miraba al espejo con aquella prenda vieja, no me gustaba, así que de nuevo me lanzaba al sofá y de nuevo me quedaba encerrada en casa con mi viejo pijama. Síndrome *Bridget Jones*, pero yo sin trabajo y sin jefe «*buenorro*» que me bajase las bragas.

Patri habló en su empresa para que me diesen trabajo, llegaba la temporada estival y ampliaban personal. Ella había hecho un grado de peluquería, pero su alto sentido de la creatividad, modernismo e innovación en ese campo, hacía que, al mes de ser contratada, siempre fuese despedida. Su última hazaña fue aumentar en quince centímetros la estatura a una clienta que pidió un poquito de volumen en su cabello. Ella argumentaba: «Son unas antiguallas». Ante la situación buscó trabajo en varios sectores, y lo encontró. Hacía tres veranos que trabajaba de relaciones públicas, como ella decía, aunque básicamente vendía entradas en las taquillas del cine. Gracias a ella comencé a trabajar de nuevo y eso además de reportar económicamente, me sirvió para deshacerme del pijama y del encierro, eso sí, seguía teniendo la misma sensación de clínex.

Pasado el verano, se acercaba el final de mi contrato y de nuevo comencé a agobiarme. Olga me insistía en que llamase a Manolo, mi antiguo jefe en la empresa de limpieza, pero aquella «sobrina», Margarita, seguía por allí y preferí esperar. Las niñas me presionaban para que fuese a terapia, y yo, solo pensaba en coger un vuelo para irme al Tíbet. Y claro, la economía no daba para eso.

Por cierto, hasta el amante imaginario que visitaba mi bañera me había abandonado.

Al final accedí a ir a terapia, Olga me acompañó el primer día. El lugar, un centro social enfocado mayoritariamente a mujeres maltratadas, ofrecía ayuda desinteresada a toda persona que necesitase de dichos servicios. Desde psicólogos, asesores laborales, cursos de formación, planificación familiar, y algunas más. Estaba enfocado a las mujeres, no obstante, prestaban apoyo a hijos, nuevas parejas, hombres y mujeres con problemas de adicción o maltrato; en definitiva, todo iba orientado al bienestar de la mujer.

Mientras esperábamos en la sala, Olga, que trataba de ayudarme, no dejaba de insistir para que contactase con Manolo; ella sabía que pronto me quedaría sin empleo

—Deberías llamarle, dice que igual echan a «la rodillas». Y solo te quedan unas semanas en el cine.

Yo estaba tan aturdida por no saber qué decir cuando me llamasen, que no podía prestarle demasiada atención.

Pronto un hombre asomó, pelo claro, liso y con cuerpo, ojos grandes azules adornados por unas gafas de metal dorado, boca sonriente, y voz pausada que recordaba a los ecos de las

montañas. Una bata blanca cubría aquel cuerpo que, sin verse, se intuía apetecible, y una altura de lo más adecuada. En sus manos una lista de pacientes y un bolígrafo, y en la sala de espera sonó la melodía…

—¿María Dolores Ballester Bueno?

—Sí, nosotras. ¡Cómo está el psicólogo, Lola…! —me susurró Olga.

—¿Quieres callarte? —Tenía razón, estaba de muy buen ver.

—Tomen asiento, por favor. María Dolores, nos tuteamos si te parece. He visto en tu ficha que estás separada, dos hijas, huérfana, no tienes hermanos… Bien, cuéntame un poco por qué estás aquí.

En ese momento pensé: «Pues ahora mismo no lo sé, ¿Cómo voy a contarle a este *"tiarrón"* que estoy hecha una mierda?».

No sabía si empezar por mi situación laboral, la familiar, la sentimental, si empezar por el principio de mi vida, si por el final…, pero algo, sí tenía muy claro, los datos no eran correctos.

—Separada no…, abandonada —recalqué.

Poco a poco fueron saliendo a la luz la base de mis problemas. Mi autoestima no estaba por los suelos, tan solo se había ido al Tíbet ella sola y no encontraba billete de retorno.

—Bien, tomo nota, abandonada. ¿Y cómo te sientes ahora mismo?

—No sabría decirte. —Estaba confusa.

—¿Te gustaría volver aquí y que solucionemos lo que te pasa?

—Supongo que sí.

«Hombre, las vistas no son malas», pensé.

—Te diré cómo trabajamos aquí y luego no me dices lo que supones, me dices lo que quieres hacer. Esto, te lo explicarán ahí fuera, pero como me has caído bien y no te veo demasiado convencida, te lo resumiré. Exigimos que seas comprometida y no faltes a las citas salvo causa extremadamente justificada. De lo contrario no obtendrás un resultado positivo. No obstante, ni aun así ello te lo garantizará, dado que la mayor parte de la recuperación, dependerá de ti. Que este tipo de servicios sean gratis no quiere decir que se puedan tomar a la ligera. ¿Me explico?

—Muy claro, que, aun no pagando, hay que tomárselo muy en serio ¿Lo has entendido, Lola? Volveremos, doctor, volveremos. —Olga, que deseaba volver sin ninguna duda, respondía por mí.

—Claro, sí, sí —argumenté—. Cuando dije que suponía que sí, no dudaba por mí, solo pensaba que tal vez mi caso no era lo suficientemente importante como para tener derecho a este servicio. Imagino que aquí habrá mujeres con problemas mucho más graves y que necesiten más urgencia que yo. Desde luego que quiero volver, se lo debo a mis hijas.

—En principio deberías hacerlo por ti misma, pero está bien que pienses en los tuyos; es inevitable —respondió el portentoso psicólogo—. Por otro lado, la gravedad de los asuntos que nos llegan, nos compete a nosotros cribarlos. Cada caso es diferente y personal, y con su importancia para cada persona. Te voy a marcar unas pautas para que las practiques y me vayas contando cómo te vas sintiendo. Son tus deberes, y espero que los lleves a cabo. La próxima vez, tu amiga —miraba a Olga— podrá acompañarte solo hasta la sala de espera. Y según veamos cómo evolucionas puede que necesitemos que vengan tus hijas, aunque no siempre es necesario. En tal caso, ¿ellas estarían dispuestas? —Yo afirmé—. Bien, te veré en tres semanas. ¿Te parece bien?

Y tan bien, aquel facultativo comenzaba a reanimarme solo con escucharle.

Al salir de la consulta, Olga, cogió un pequeño rebote.

—Que no puedo entrar dice, creo que voy a venir yo a contarle a este problemas, ¡co-ño con el

psicólogo! ¡Para mojar sin pan! ¡Te revuelcas con este y se te pasa todo! ¡Ja, ja, ja!

—Paco, Felipe, y ¿ahora te quieres tirar al psicólogo? Creo que te estás viciando.

Tan solo cinco meses fueron necesarios para que el resultado fuese notable. En parte odiaba dar por finalizadas aquellas citas; me había acostumbrado a escuchar al doctor pronunciar mi nombre con esa sintonía en su voz, que parecía que las letras bailasen *kizombo*, y estaba a punto de meterlo en mi bañera. El último día, me asaltó una mariquita recorriendo todo el interior de mi cuerpo. Esa era la mejor señal de que volvía a ser yo misma.

—Qué bien te veo, Lola, en solo unos meses has progresado mucho, tu perseverancia ha dado sus frutos. Tú, ¿cómo te ves? —me preguntó el doctor.

«Yo me veo en mi bañera, saboreándote». Fue lo primero que me vino a la cabeza, pero claro, lo dejé allí guardadito.

—Yo me veo estupenda, pero, puesto que tú eres el profesional, ¿cómo me ves?

De repente, y por un momento, calló, me miró y sonrió, y aquello me descolocó tanto, que no tengo claro si estuve a punto de salir corriendo o de lanzarme a su cuello. Si bien, en mi interior, yo sabía que no existía ni la más mínima posibilidad de que hubiese una cita o nada parecido; era imposible, un médico no se cita con su paciente a no ser que le dé el alta.

—Lo importante es cómo te sientas tú. ¿Crees que no necesitas venir más?

—¿Yo…? —Y pensé: «Me muero, me quiere dar el alta»—. ¿Si me das el alta podré venir si lo necesito?

—Claro, mira voy a confiar en ti porque te veo con expectativas. De momento no habrá nueva cita, y guarda este número de teléfono —remarcó el número y me dio la tarjeta—, es línea directa conmigo. Si crees que vuelves a necesitarme puedes llamarme y buscamos un hueco para que vengas. Podrías llamar a recepción, pero todo sería mucho más lento.

—¿Es tu número privado? —No sé por qué pensé que se insinuaba.

—No, es directo porque te atiendo yo, pero sigue siendo del centro, es para situaciones de urgencia. Si quieres el privado en cuanto te dé el alta me lo puedes pedir. —Aquel canalla con su sonrisa ahora sí parecía que insinuaba algo.

—No no, no lo quiero, al darme este pensé… No me confundas, no te lo estaba pidiendo.

—Tranquila, Lola, solo era una broma.

—¡Madre mía! Te he contado mi vida y amores y me estás poniendo en un aprieto. ¡Qué vergüenza!

—Mira, para que veas que no pasa nada te voy a anotar detrás mi número privado, cuando quieras un café o hablar fuera de consulta, me llamas. —Quedó callado unos segundos—. Eso sí, solo café; yo estoy casado y bien casado.

—Un momento, ¿ha parecido que quiero algo contigo? Porque no es así de ninguna de las maneras. —Ejercí un poco de mentirosa.

—¡Noo!, ¡ja, ja, ja!, lo que ha parecido es que tú pensabas que yo sí lo quería contigo, y desde luego no quiero que me confundas. Eres una mujer muy atractiva y tentadora para cualquier hombre, pero vamos a intentar que, si tienes que volver a mi consulta, no sea por haberte ido a la cama con tu psicólogo y que encima luego descubras que tiene esposa. Ni tú ni yo queremos que se repita la historia.

—No tenía que haber venido hoy. —Me puse muy nerviosa.

—Procura ser feliz y no volver al pasado. Yo estaré aquí si me necesitas.

Y con una correcta y entrañable despedida, esa fue la última vez que vi a Mario, mi terapeuta.

Ese mismo día llamé a Manolo, sabía que la coordinadora había sido relegada a supervisora y que pronto se desharían de ella. Como era de esperar, Manolo me recibió con un: «te lo dije». Yo

le recordé que me debía un favor y me hizo un hueco; el que igualmente tenía pensado hacerme de no haberle recordado nada.

Así que he vuelto a coger la fregona y las bayetas, y ahora vuelvo a estar en activo. Tengo cinco servicios, una clínica dental a la que voy a diario a primerísima hora y otros que alterno días y horas. Pero las cosas siguen bastante mal en la empresa. Nos han dicho que pronto llegará nueva coordinadora y largarán a «la sobrina», esto no sé si será bueno, o será la hecatombe final.

Pensaré en positivo.

Además, ahora tengo otras preocupaciones. Después del casi rechazo de Mario, el psicólogo, he decidido que me voy a comer el mundo y no pienso quedar con ningún hombre más que para echar un polvo. Así, como suena, sin pedir teléfonos ni direcciones ni preguntas tales como: ¿Dónde trabajas? Me importa un huevo dónde trabajes, solo quiero sexo. No quiero conocer ningún dato que provoque repetir. Ahora voy a utilizar yo a quien se me ponga por delante. Sexo cuando me apetezca y… «hastaluegomaricarmen».

Y tras este resumen de mi vida, vuelvo a la realidad después de que mi hija me haya roto la fantasía obligándome a salir de la bañera. así que me pondré mi queridísimo pijama de felpa con el que tantas horas comparto, y saldré. Hace dos semanas que Patri me presentó a su chico, el hombre de su vida dice —ojalá—. Yo estoy reticente; mis experiencias con los hombres me han dejado algunas secuelas.

Jorge, el proyecto de yerno, tiene veinticinco años, es rubio con ojos azules, de complexión delgada y estatura media. Aficionado al deporte, cursó estudios de técnico superior en electricidad, y trabaja desde hace tres años en una empresa de mudanzas. Se conocieron en el cine hace un par de meses, cuando al verla, quedó prendado y decidió acudir diariamente a ver una película, sin preferencias por una u otra, tan solo elegía taquilla.

Un día se atrevió a preguntar a Patri si le gustaría acompañarle al acabar su turno a ver una sesión, y dado que la propuesta no podía llevarse a cabo porque mi hija siempre cerraba taquillas, él decidió esperarla hasta el final y acompañarla a casa. Esto se repitió por varios días y claro, ese gesto encandiló a mi hija. La parte mala de la noticia fue la confesión de que quieren irse a vivir juntos, y peor que eso, mi reacción.

—No sabes ni freír unas patatas.

Frase típica de madre, que al soltarla me generó remordimiento. Ella me miró retándome y desde sus ojos se desprendía un pensamiento: «Puedo hacer desde un acueducto con palillos hasta un rascacielos con huevos».

Y lo creo, no había visto nunca a mi hija tan feliz.

Ya con mi prenda afelpada salgo a cenar y me encuentro en el salón a los tres; mis hijas y el muchacho. Están esperándome, han preparado pizzas y para luego tenemos sesión de película y palomitas. No hay mejor plan que una sesión de cine en el sofá de casa, con pijama incluido.

Y mañana, nuevo día.

Capítulo 2

Otro día más delante del espejo.

Mario me obligaba a decirme cosas bonitas, pero a estas horas, recién levantada y antes de una ducha…, ¡mira que es complicado! He desayunado rápido y a por otra jornada más de trabajo, como siempre comenzando por la clínica.

Ya estoy casi acabando el primer servicio y con mis auriculares puestos escuchando a uno de mis ídolos; hoy le toca a Michael Bolton. Me ha parecido escuchar golpes, creo que alguien con los nudillos aporrea la puerta. Saco los auriculares de los orificios de mis orejas, me giro y…

«¡Madre mía…! ¡¿De dónde ha salido esto?!».

Por sus gestos adivino que quiere que le abra, y yo, atendiendo órdenes, me niego hasta la llegada del personal responsable. El hombre no pone muy buen gesto, sin embargo, no hay otra opción, puesto que yo no estoy autorizada para dejar pasar a nadie. Se ha molestado seguro y por debajo de la persiana metálica que está a medio subir, sale a la calle, imagino que a esperar a las auxiliares o a la administrativa, que son las que abren.

De buena gana le hubiese abierto. Metro ochenta y cinco, por lo menos, facciones en su rostro perfectamente encuadradas, con unos ojos marrones rasgados y unas pupilas de las que destellan y fulminan piedras. Su cabello moreno y revuelto tapa parte de su frente y orejas, y unos labios definibles con una sola palabra, perfectos. O con dos, extremadamente perfectos. O con cuatro, extremadamente perfectos y apetecibles… Sí, esas cuatro los definen mejor. Sin haber afeitado su rostro al menos durante diez días, esta visión acaba de convertirse en mi fantasía del día.

Estoy viendo cómo llega la administrativa y abre la puerta. También veo a ese monumento con gesto fruncido, caminando enfilado en dirección a una servidora.

«¡¡*Jooodeeerrrrr*, se me acaba de ir la vista directo al “paquete”!!».

»Lola, cómprate una polla de metro y medio, aunque sea de mármol, a ver si así dejas de mirar las delanteras de los tíos buenos.

»Creo que ni con esas.

¿Sabes cuando ves en una revista hombres de esos que anuncian relojes o fragancias masculinas? ¿Ese tipo de hombres con los que sueñas al ver sus fotos e imaginas que te empotran contra la pared, y que cuando cierras la revista y valoras la posibilidad de cruzarte con alguien así, se te viene el mundo encima? ¿Esos que no ves por las calles ni por el mercado ni por la farmacia ni en el cine?, bueno en el cine sí, en tamaño XL y metido en la película; inalcanzable. Bien, pues eso mismo viene hacia mí. Con mirada picante, aspecto de conquistador eventual, que solo persigue a una mujer hasta que ella se brinda. Entonces la saborea, la disfruta, solo por un corto espacio de tiempo, hasta que decide poner rumbo a una nueva conquista. Apariencia de canalla, traidor, frío, con una extensa agenda femenina en su teléfono a la que no necesita recurrir, porque siempre recibe una llamada en busca de ese amor de marca blanca, al que él no presta demasiada atención para no convertirlo en relación. Sin demasiada arrogancia, pero sabedor de que su poder de atracción natural siempre le regalará una nueva compañía. Una joyita que ya tengo delante de mí.

—¿Usted sabe quién soy yo? —pregunta serio.

—Pues no. —Un espejismo seguro—. Podría ser cualquiera y yo tengo prohibido abrirle la puerta a nadie.

—Yo soy el nuevo jefe, ¿y usted?

—Yo, la chica de la limpieza. —¿Es que no me ve la bata?

«Lola, contrólate que el portento este te busca la ruina como llame a la “rodillas”».

Se va, parece que un poco molesto, seguro que llama a la supervisora.

«Nada, otra vez al paro».

Rápidamente me cambio, he acabado aquí y como cada día tengo que hacer virguerías para no llegar demasiado tarde al siguiente servicio. Viene…, que viene…

—¿Ya se marcha? Este servicio acaba a las ocho y faltan seis minutos.

«Sí, señor. Me quedaría aquí todo el día contemplándote y muriéndome de gusto explicándote lo que te haría en mi bañera, pero la vida es así de cruel y tengo que largarme».

Me contengo y le responderé con educación.

—Sí, señor, el pan nuestro de cada día, tengo una distancia de doce minutos de aquí al otro servicio, que casualmente empieza a las ocho. Como comprenderá yo cumplo órdenes, tendrá que llamar a la empresa y exponer sus quejas.

—Su nombre completo, por favor.

«Hasta la voz es perfecta».

—Lola Ballester Bueno, pregunte por Manolo, es el director.

—Muy bien, gracias.

Salgo y no puedo evitar girarme, compruebo que me está mirando, y acojonada me voy. Seguro que llama pidiendo cambio; lo que le falta a Margarita, que le pidan cambios, con el vicio que tiene de rotar los servicios.

Se acaba el día, y en casa de nuevo compartimos película y palomitas, ya se va viendo que a partir de ahora vamos a ser cuatro, y muy a pesar mío, pronto quedaremos solo dos. A media película me voy a la cama, cansada, hoy no he metido a nadie en mi bañera. La incertidumbre me tiene inquieta y me está arrebatando el sueño. ¿Habrá llamado el «monumento» a Margarita? A ver si se la llevan ya de una vez.

Nuevo madrugón, nuevo moverme entre el tráfico, nueva llegada al trabajo.

Escuchando a Queen, estoy casi acabando de limpiar la recepción, y al igual que ayer, parece que escucho golpes. De nuevo me giro y de nuevo ahí está: el «pibón». Esta vez estampando algo contra el cristal, y haciéndome señas para que me aproxime. Poco a poco me acerco y… «tierra trágame». Es una acreditación en la que se puede leer: «Limpiezas *Maxhigienik*, coordinador regional, Javier Vidal Cruz». Alzo la vista para encontrarme con la suya y con una sonrisa, un tanto sarcástica, me señala la cerradura para que le abra. Yo ya me veo soltando la bata y echando currículums a doquier.

—Le abro para que no me despida, pero las órdenes siguen siendo que no puedo dejar pasar a nadie.

—Lo entiendo, y te lo agradeceré eternamente. —Sonríe burlesco—. Ya ves que yo no soy «nadie». Vengo a darte órdenes y si no abres, ni yo haría bien mi trabajo ni tú el tuyo, y eso nos perjudica a ambos. ¿Queremos seguir trabajando?

«¿Ha sonado a amenaza?».

—Sí —respondo.

—Perfecto, veamos…, acabas este servicio a la hora pactada con el cliente, y los siguientes días vas corriendo la hora, permaneciendo el tiempo acordado. Del último servicio te olvidas. Ya está todo hablado con las empresas y no tendrás problemas con la hora de llegada, ¿lo has entendido?

—Claro. —¿Me toma por tonta?—. ¿Los días venideros también?

—Sí, hasta que te avise.

—De acuerdo.

El monumento se encamina hacia el fondo y con el rabillo del ojo veo que se apoya en un pilar revisando papeles de su carpeta. Yo acabo en la recepción y me cambio. Cuando me dispongo a salir, hoy tampoco puedo evitar girarme, y de nuevo me está mirando. Sigo caminando, abro la puerta y la cierro sin ser necesario, porque tiene muelle de freno, pero necesito volver a girarme y la puerta es la excusa perfecta…, me sigue mirando. Ya me largo. No debería haberme girado, encima dos veces, se ha percatado y a saber qué pensará. Lo que pienso yo…, mejor me callo.

A las tres de la tarde llego a casa. Cansada me lavo las manos y me sirvo unos pocos espaguetis que me han hecho las niñas. Después de tantas horas con el palo de la fregona en mis manos, llegar a casa y sentarme a engullir pasta, acompañada por un vaso de agua y una servilleta de papel, parece lo más agradable del universo. Conforme va vaciándose el plato cojo mi teléfono y llamo a Olga; hace dos días que no hablo con ella.

—¡Lola!, ¿has visto a la nueva coordinadora? ¡Ja, ja, ja! Tiene barba y todo. Menudo polvo nos han enviado, a este se lo llevan pronto, nos dejan a las brujas, ¡ja, ja, ja!

—Sí, lo he visto, ya ha ido dos veces a la clínica. Un buen ejemplar.

—Tú, ni mirar, que te pierdes. ¡Ja, ja, ja!

Y el «hasta que te avise» del coordinador, ha llegado hoy viernes. Tres visitas en una semana. Si sigue así, no podré plantearme meterlo en mi bañera de la confianza que habrá. De nuevo toca con los nudillos, y ya sin dudarlo le abro la puerta, para que de nuevo me alegre la vista.

—Muchas gracias por abrirme—. Me sonríe un tanto sospechoso.

Creo que se burla de mí. Sigue dándome instrucciones.

—Te quitamos el servicio de la autoescuela de los martes y los jueves, y el de la corsetería de los lunes y miércoles. Tu jornada sigue siendo la misma. Hasta que yo cuadre horarios podrás llegar a la hora que puedas al resto de servicios, sin hacer ni un minuto menos de lo contratado.

—Entendido, ¿le devuelvo las llaves de los servicios ya?

Además de guapo parece saber lo que hace, debo estar soñando. Algún defecto tendrá.

«Seguro que folla de pena…

»No lo averiguaras, Lola.

—Sí, ¿tu nombre era?

—Lola Ballester.

«Si me pides el teléfono te meto en mi bañera».

—Yo, Javier, tu nuevo coordinador, y me tuteas. ¿Teléfono?

«¿Mi coordinador? ¿Para mí sola? ¿Mi teléfono?

»Lola…, te estás poniendo nerviosa.

—Está en mi ficha, solo tienes que mirar —No sé ni lo que digo.

—Lo miraré. —Parece que contiene su risa.

Se va, y ya noto una mariquita, o unas cuantas. ¡Uf, en estado de alerta! Se gira…, me mira, aparto mi mirada…, mi curiosidad me traiciona y miro…, sigue mirando y dejo de mirar…, imposible no mirar, de nuevo miro, de nuevo me mira…, ¿Parece que ha sonreído? Dejo de mirar. Ha llegado la hora de pensar.

«Lola, haz el favor de decirle a las mariquitas que se metan en su madriguera o como quiera que se llame su casa».

Una nueva noche y no consigo quitarme de la cabeza al «pibón», aun sabiendo que de seguro se estaba burlando de mí cuando me daba las gracias por abrirle. Escribo a Olga.

Lola 22:50: Me ha pedido el teléfono el coordinador.

Olga 22:55: ¡No me jodas…! Tiene todos nuestros datos. ¿Para qué iba a pedirte algo que tiene en las fichas?

Lola 22:55: Pues no sé, eso le he respondido, que mirase la ficha.

Olga 22:56: A ver si te estaba poniendo a prueba. Habrá leído la necesidad en tu rostro y ha dicho, voy a ver si pica esta. ¡Ja, ja, ja!

Lola 22:57: ¡Eres tremenda! Pero no creas que me vendría mal un buen revolcón con un tipo como ese, atractivo, tentador y suculento. Acumulo meses de sequía y el hambre aprieta. Tú, al jugar a dos bandas estás servida.

Olga 22:59: Si se me pone ese tipo delante, soy capaz de jugar a tres, jajaja. Pero no seamos ilusas, esos ejemplares no se fijan en simplonas como nosotras.

Lola 23:01: Joder, Olga. No me seas tan cruel, un poquito de imaginación a veces no hace daño.

Ya estoy metida en la cama y no dejo de pensar; tengo que quitarme este vicio de darle vueltas al coco cuando me acuesto.

No puedo.

«¿Cómo masajeará los pies? Los pies y el resto…

»Pues no sé…, sí sé cómo le masajearía yo.

»Lola, estás entrando en calor.

»¿Y si me imagino su lengua en algún rincón de mi cuerpo? ¡Uf! me dará un ataque de risa cuando le vea.

»Lola, apaga la luz que te pierdes.

»Tengo calor, me quito el pijama.

»No es ese calor.

»Sé perfectamente que calor es y del mismo modo tengo que quitarme el pijama.

Por fin ha llegado el anhelado viernes, son las dos de la tarde, y se acaban los días de curro para dar paso al fin de semana. Mañana, las niñas y yo hemos decidido que iremos de compras juntas, luego haremos tarde-noche de chicas y como siempre cenaremos mexicano. Nos encanta el picante. Esta tarde compraré todo lo necesario para hacer burritos y nachos. No tengo que olvidar el chili…, ni las coronitas. Suena mi teléfono y me interrumpe la lista recordatoria. Es Manolo.

—Hola, Manolo, dime.

—Lola. ¿Has acabado?

—He acabado, estoy cambiándome.

—Tienes que venir esta tarde, vas a volver a tu puesto de supervisora. Largan a «La Rodillas».

—¿Lo dices en serio? —¡Me muero…! ¡me muero…!

—Sí, lo digo en serio, el jefe me ha preguntado por la mejor y le he dado tu nombre. Así que… de nada. Quiere verte. Igual quiere llevarte a la cama. ¡Ja, ja, ja!

—Manolo, no me fastidies, que no estoy para coñas.

En mi cabeza: «A la cama me lo llevaría yo, y al sofá, y encima de la lavadora y en el asiento trasero del coche, y…».

«Para, Lola…».

—Era una broma mujer, pásate esta tarde a las cinco y te ponemos al corriente. Hay cosas que van a cambiar, no solo la supervisora.

—Y, ¿cómo ha sido lo de Margarita?, ¿se la llevan sin más?

—No, sin más no, despedida en unos días. El nuevo ha estado haciendo un buen balance de

todo, ha visitado a los clientes y a hablado con todas vosotras. Después de sacar conclusiones, estaba todo muy claro. La falta de profesionalidad y la inexperiencia de esa mujer no ha hecho más que hundir la delegación de levante. Ha enviado informes y por fin se pondrá solución.

—Manolo, tú también enviaste informes. ¿Por qué no funcionó? —le pregunto.

—Sí, a mi superior directo, que me he enterado de que casualmente era el «tío» de Margarita. De ahí que mis informes no fuesen efectivos. Hasta que decidí hablar con la delegación de Cataluña jugándome todo a una carta. Conté lo que estaba pasando y mediante ellos llegaron mis quejas a otros responsables que abrieron una investigación al tío y a la sobrina. Enviaron a Javier a rescatarnos. Es nuestro ángel de la guarda, exigente y con las cosas claras, así que vamos a poner todo de nuestra parte.

—Pues nos pondremos las pilas. Tendrás que ponerme al día de muchas cosas.

—A eso vienes a las cinco, no te retrases.

Pues nada, compra suspendida, vuelvo a supervisión… ¿Vuelvo a supervisión? ¡¡¡Yujuuuu!!! No me lo creo, esto sí es una buena inyección de adrenalina. No solo por el retornado ascenso, también por la despedida de Margarita. Nos ha hecho la vida imposible a todos y esto deberíamos celebrarlo por todo lo alto, Manolo me debe una barbacoa y sería la celebración perfecta, se lo diré esta tarde. Me encantaría contárselo a mi terapeuta, pero no le voy a llamar para esto, volvería a pensar que me quiero acostar con él.

«Lola, ya no sabes ni con quién te quieres acostar.

»Sí lo sé, con Manolo no quiero ni con el vecino ni con Fermín el pulidor ni con…, solo con el psicólogo y ahora creo que con el coordinador también.

»Solo dos. Claro, así pocas posibilidades tienes.

»Tendré que ampliar el campo si quiero echar un buen polvo.

Son las tres y media de la tarde, he acabado de comer y tomando un café decido llamar a Olga porque necesito contárselo. Algo rápido, no quiero llegar tarde a la reunión.

—Hola, Lola, ¿qué tal todo?

—No lo tengo claro, dímelo tú —le digo con ironía—, me devuelven a supervisión, se cargan a Margarita.

—¿Bromeas…? —No se lo cree, yo casi tampoco.

—Para nada, por fin, no sabes cómo estoy ahora mismo..., espitosa total. Y no solo por volver a supervisión, porque por fin todo volverá a la normalidad. No sé si enviarle una banda de música para despedirla. No digas nada, de momento, no vaya a ser falsa alarma, tengo una reunión esta tarde con Manolo y con El Regional. Te dejo, voy a la ducha.

—Ponte guapa.

—¡Boba!

Me meto al baño, será una ducha ligera sin compañía.

Tras maquillarme decido qué atuendo elegiré. Para una reunión con Manolo sería suficiente un vaquero y una camiseta, pero con el coordinador es otra cosa; la primera vez que me verá sin bata, elegiré algo sexy.

«Qué ridícula eres; como si tuvieras veinte años».

Al final el recurrido vaquero y una camisa roja ha sido la elección. El reloj marca las cinco menos cuarto y estoy subiendo las escaleras de la oficina bastante atacada, y preguntándome si habrá llegado el coordinador. Manolo me está esperando y me ofrece un café con leche, que no sé si tomar para no alterar más mi sistema nervioso.

—Javier no tardará en llegar. Es un tipo muy responsable. Mira, ahí viene. —Con un gesto, Manolo me indica que el portento llega por el pasillo.

Le veo entrar con su envoltura de chulo atractivo y ya me está embelesando. Pienso: «Qué guapo viene…, y yo en vaqueros». Lleva un pantalón azul marino ceñido, una camisa celeste y la corbata marino a juego. Le persigo con la mirada, veo que entra en su despacho y coge un folio, luego viene hacia la oficina de Manolo donde le aguardamos. ¡Qué nervios! Lo primero que hace es dirigirse a mí. Y yo, recuerdo mis pensamientos nocturnos con su lengua y no puedo evitar sonreír.

«No te rías Lola, que esto es muy serio».

—Buenas tardes, tú eres la de la clínica dental. Aunque ya nos hemos visto algunas veces, me presentaré de nuevo. —Sonríe, me mira, tiemblo—. Mi nombre es Javier y, como ya sabes, soy el nuevo coordinador de zona. Mi labor aquí, poner esto en orden y conseguir que todo vuelva a subir, multiplicado por cien si puede ser, no obstante, por ahora, nos conformamos con recuperar lo perdido e igualar las cifras de años atrás. Supongo que sabes a qué has venido.

Al menos recuerda dónde me vio. Un «al menos», mal empezamos.

—Sí, ya la he puesto al tanto —apunta Manolo.

—Sí sí, lo sé —afirmo y pienso: «Además de a contemplarte».

—Bien, pues como ya casi nos hemos deshecho de la susodicha, he preguntado a Manolo por la mejor y me ha dicho que eras tú, que conoces bien a los clientes y a los chicos. Así que si te parece bien vamos a regresarte a supervisión para que puedas demostrarme todo lo que sabes y que, como dice Manolo, tú eres la mejor.

«¿Lo que sé? Mi especialidad son las bañeras, guapo».

Yo sigo pensando y él sigue hablando.

—Necesito que aportes ideas que sean buenas.

—Lo cierto es que no sabía que querías ideas —respondo—, lo primero es que la gente trabaje a gusto. Las instalaciones no las limpia el letrero ese que hay en la puerta ni el que va grabado en las batas de trabajo ni los altos cargos ni la publicidad en la televisión; las limpian y mantienen las chicas y los chicos, y si ellos están satisfechos, el trabajo se hace bien y ya sabemos que eso es lo que el cliente quiere. El trabajo bien hecho no solo es que todo reluzca, es simpatía, puntualidad, orden, responsabilidad, etc. —Debería apuntar que, por ejemplo, no desobedecer ni abrir las puertas a nadie. Mejor me callo.

Me escucha atento. Coge el folio que había cogido de su despacho y me lo enseña.

—Mira, ¿sabes leer una gráfica?

—¿Es una pregunta? —Guapo e imbécil. Acabáramos.

—Ya veo que sí. Te sorprendería la cantidad de supervisoras que no saben hacer una regla de tres.

—Una persona puede no saber hacer una regla de tres y ser muy buena en otras cosas. —Ya me estoy alterando.

—Por supuesto, pero aquí y ahora no necesito otras cosas, necesito que se vean las pérdidas de los últimos meses. —Me atraviesa con la mirada.

—Sé leer una gráfica, y hacer cualquier regla de tres de cabeza.

—Muy bien, perfecto entonces.

—No necesito gráficas —no me pienso callar—, sé los clientes que se han perdido y nuestra labor es recuperarlos. Yo soy sistemática trabajando, aunque me adapto a lo que haga falta; si hay que cambiar algo se cambia. —El final de esa frase lo digo en silencio: «Imbécil».

Manolo, que en tensión lleva todo el tiempo callado, viendo peligrar la reunión, decide intervenir.

—Yo creo que podemos hacer un buen plan, los tres. Aquí todos queremos lo mismo, y si

empezáis con rencillas no llegaremos a buen puerto.

—Tranquilo, todo ha sido un error por mi falta de tacto. —Se dirige a mí—. Espero que me disculpes. —Me ofrece la mano.

—Sobran las disculpas, yo también estaba un poco nerviosa por retomar mi cargo. —Le doy la mano.

«Sigues siendo un imbécil y volveré a soñar con tu lengua».

—Bien, yo mañana me dedicaré a llamar a algunos clientes, y vosotros ya vais haciendo vuestra parte —apunta Manolo.

—Déjame que organice algunas cosas, y haga algunas llamadas. A Margarita le darán vacaciones la próxima semana, y ya no volverá, así que empiezas ya. Te avisaré para reunirnos, No descuides el teléfono, puede que te llame en cualquier momento. —Me da indicaciones.

—Lo llevo siempre encima. —Le informo también, por si quiere llamarme y venir a darse un baño conmigo.

—Otra cosa, aquí no hay cargo superior ni inferior. Yo soy el coordinador, tú el director, y tú la supervisora. —Nos señala—. Los tres tenemos nuestra función y responsabilidad y cada uno de nosotros es tan importante como los otros dos. El trabajo de los tres depende de los tres. A partir de ahora nadie oculta nada a nadie. Esa frase de: «que no se entere el jefe», no va conmigo. Quiero total transparencia y confianza entre nosotros.

La reunión se acaba y cada uno marcha a su destino.

Han pasado algunos días y me sigo poniendo al día. Sigo haciendo visitas a las chicas y a los clientes. Ha sido gratificante comprobar que tanto trabajadores como clientes me han echado de menos. Otra cosa para contar a mi terapeuta si no me hubiese dado el alta.

Ayer, tía Juana nos hizo paella, y no sé cómo pudimos comerla al final, porque estaba eufórica recordando y contándonos sus nuevas conquistas. Al parecer ha conocido a un hombre que por lo visto la tiene *prendidita*. Algunos comentarios escandalizaron a mis hijas que inocentes en su corta edad, creen que los de más de cincuenta no disfrutan del sexo. Ella les informó de lo contrario.

—Tía, tienes que buscarte uno más joven. A los de sesenta ya no les funciona el arma —dijo Patri riendo.

—Niña, ¿qué sabrás tú de mierda si no has comido? ¿Vosotras creéis que los mayores solo jugamos al parchís? Además, este tiene un don en la cama; te hace subir al espacio y saltar de constelación en constelación. —Le revoloteaban los ojos.

—¡Por Dios, Tía! No digas esas cosas delante de nosotras, que estamos comiendo. —Sara puso gesto de repelús.

Yo no dejaba de reír y estaba feliz por mi tía, ella merece lo mejor. Espero que le dure un poco más que el último, que tras invitarle a dos esplendorosos viajes, la dejó, alegando que no era lo que buscaba. Menos mal que ella pasó página pronto y dijo: «que me quiten lo *bailao*».

Volviendo al trabajo, he de decir que he observado que a casi todas las chicas les faltan bayetas o fregonas o bolsas de basura o rollo de papel…, todas necesitan ir a la oficina, y yo creo que no les falta de nada y lo único que quieren es ir a contemplar al coordinador. Pues vamos bien…, se va una que pone todo patas arriba, y viene otro que pone todo patas abiertas.

Hoy tocaba revisar el servicio de Olga y como siempre con ella todo está perfecto. Al salir, entro en la cafetería más cercana, necesito un café para no dormirme. Mis noches son intermitentes en cuanto a dormir se refiere y mis días reclaman un poco de ayuda para mantenerme. Sentada y esperando a que el café deje de escupir ese vapor que me alerta de que me quemaré si lo ingiero, noto el vibrar de mi teléfono. En la pantalla Manolo.

—Hola, dime.

—¿Cómo vas?

—Bien, visitando a los clientes y a los chicos, pensé que era lo primordial tras mi regreso. Por cierto, ¿sabes cuánto me han echado de menos?

—Lola…, todos te hemos echado de menos y lo sabes. Oye, ¿no piensas venir por la oficina? Este hombre no para de preguntar por ti.

—Manolo, a pesar de todo, te quiero. ¿Qué le has dicho al coordinador?

—Pues eso mismo, que estarías de visita con los clientes y supervisando los servicios. Me ha preguntado si comerías con él, va corto de tiempo y quiere reunirse contigo. Le he dicho que te llame y he pensado que sería mejor avisarte, no vi muy buen *feeling* el otro día.

«¿Comer… o reunión de trabajo?».

Mi tsunami interior comienza a olear.

«No te ilusiones Lola, comida de trabajo.

»Seguro que saca tiempo para que la reunión sea en la oficina.

A los pocos minutos suena mi teléfono y en la pantalla la palabra coordinador. Espero un poco, para evitar que se note que estaba esperando su llamada.

«¡Madre mía, Lola!, se te va la pinza».

—¿Sí? —Atiendo la llamada.

—Hola, soy Javier.

—Hola. —Pienso: «¡Qué sorpresa!», y me da la risa.

—Quería preguntarte si mañana por la tarde podríamos reunirnos en la oficina. Estoy reorganizando servicios y creo que con tu ayuda será más fácil. Conoces mejor que yo a las chicas y a los clientes. ¿Sería posible?

«Nada de comida…»

—¿A qué hora? A las cinco debo acompañar a mi hija al dentista. Puedo pasar cuando acabe, si no es demasiado tarde para ti.

—Claro, estaré aquí hasta las ocho. Y si te viene mal podemos dejarlo para pasado mañana. O tal vez comiendo. Un día más que menos no importa.

«¡Comida!».

—Gracias. —Qué amable pienso—. Intentaré pasar al acabar.

«Seré capulla, le tenía que haber dicho que con el estómago lleno mejor».

Llega mañana, o sea hoy. Ha sido un día bastante largo; como tres dieciocho de febrero sumados, ello debido a que había un objetivo al que acudiré al salir de la cita con el dentista, en el que ya me encuentro. Estamos en la sala de espera y esto es una informalidad, me citan a las cinco y son las cinco y tres minutos y aún no nos han llamado. Debería cambiar de dentista. Desesperada estoy.

—Tengo una reunión de trabajo, no puede ser que siempre vayan con tanto retraso —protesto.

—Mamá, solo pasan tres minutos de la hora, y puedes irte, ya soy mayor.

«¿Mayor? ¡Si es la pequeña!, ni Patri es mayor. ¿Cómo va a ser mayor ella?».

Veo peligrar mi reunión. Bueno, tal vez así caiga la comida…, mejor que no nos llamen.

Cinco y media. Seguimos aquí y ya me veo comiendo, ¿quién sabe?, igual hasta con postre.

Creo que debo tomarme esto con un poquito más de frialdad y dejar de pensar en su lengua, en sus manos y en otras partes de su cuerpo. De seguro él ni tan siquiera recuerda mi cara y yo haciendo un estudio completo de su anatomía.

—¿Sara Serrano? Pasa. —Llama la enfermera y Sara entra a consulta.

Por fin acabamos en la clínica a las seis y media, acerco a casa a mi hija y voy directo a la

reunión, necesito este encuentro. Me he puesto guapa, pantalón blanco vaquero, ceñido, y camisa blanca de botones, pero no abrocho todos. Voy a ser un poco brujita, y provocar a este tipo que ha dudado de mis capacidades con las gráficas.

Estoy subiendo las escaleras y ya noto el tambalear de mis piernas. Tras llamar a su puerta, sale a abrirme.

—Hola, pasa y siéntate, dame un segundo.

Está hablando por teléfono, espero, y observo. Pantalón negro, camisa blanca, esta vez sin corbata y dejando los botones abiertos hasta medio pecho, mostrando todo su atractivo cuello y parte del pectoral.

«¡*Mare meua*!

»Este tío no debe ir al baño…, una cosa así no puede sentarse en un váter a echar mierda».

»Lola, ya te vale.

Sigo esperando, y ahora me da la espalda…, ¡por Dios…! Se mete la mano en el bolsillo haciendo que ese pantalón remarque espectacularmente sus nalgas.

«¡Qué guapo ha venido el cabrón!, se parece a mí misma queriendo provocarme».

De nuevo se gira, me mira, y…

«¡¡Me cago en mis ojos y en *to* lo que se *menea*…!!

»¿Por qué demonios no compraste la polla de mármol?

Necesito apartar la mirada de su cuerpo, más que nada por la zona en que la había posicionado.

Ahora contemplo su cuello y sigo sin poder desviar la mirada; esa camisa blanca medio abierta me lo está poniendo muy muy difícil.

«Lola, templa…, deja de pensar cositas».

Finaliza la llamada y se sienta en su sillón frente a mí, mirándome, con semblante arrogante se mantiene callado. ¿Qué pasa?

—Bueno, es un poco tarde, no sé si nos dará tiempo —habla por fin.

—Lo siento, no he podido llegar antes. Los dentistas tienen por norma dar cita para atenderte a cualquier hora menos a la acordada.

—No te preocupes, mañana acabaremos lo que quede. ¿Podrías comentar algunas cosas con la gente antes de reunirte conmigo?

—Intentaré contactar con ellas a primera hora por el grupo, los de mantenimiento los lleva Manolo, díselo a él.

Entre otras muchas cosas me comenta las quejas de algunos clientes con los servicios prestados. Y le informo de mi parecer.

—Sí, a mí también me ha llegado algo acerca de algunos descuidos, pero como he estado en ese lado quiero que entiendas que una coordinadora no puede poner el tiempo y el servicio sin controlarlo. Algo que necesita hora y media no se puede ofrecer al cliente por una hora. Además de que revisar el trabajo también era su deber.

—Claro y lo sé, por eso estás tú aquí y Margarita fuera. Sin embargo, tú también sabrás que Margarita ha sido para algunos la excusa perfecta para poner poco interés en el servicio. Hay clientes que me han enseñado cosas inaceptables, así que, si vas a proteger a tu gente, primero ponles las pilas para que no te dejen con el culo al aire.

—No defiendo por defender, solo hago mi trabajo, la gente se desmotivó mucho.

—Bien, pues vamos a ver si les metemos un buen chute de motivación, de eso te vas a encargar tú. Tienes que saber que tengo carta blanca para despedir a quien no funcione, y espero que colabores conmigo, es nuestro trabajo y al menos yo, voy a seguir en mi línea de responder

ante mis superiores. Aquí de lo que se trata es de demostrar a los clientes que van a volver a tener el mejor servicio. Si ambos trabajamos conjuntamente sin discrepancias, todo puede ir sobre ruedas.

—De acuerdo. —Yo también quiero conjuntarme, de otro modo, pero no se lo digo.

—¿Desayunamos mañana?

«No has oído bien, Lola».

Capítulo 3

—¿Desayunamos mañana?

«No has oído bien, Lola».

—¿Desayunar? ¿Mañana? —pregunto.

—Sí, eso he dicho. Me puedes ir adelantando cosas a destacar de la gente y de los clientes. Tendrás que elegir tú el lugar, todavía soy nuevo en la ciudad.

Me mira, me sonríe, me derrito.

—Vale. En la cafetería de abajo es donde yo suelo tomar el café.

Nunca he desayunado con Manolo para hablar de trabajo y eso me ha dejado un poco descolocada. Después de llegar a casa y seguir mi rutina, llega la hora de meterse en la cama y… «*ooootra*» vez a pensar.

«¿Será una cita?

»No es una cita, Lola, las citas son comidas o cenas para poder comer postre y en los desayunos no hay postre, aunque, a veces…, porras sí hay.

»¿Cómo crees que tendrá la porra?

»Imagino su porra mojando en mi *chocholate*…, cachonda estoy ya…

»Lola, el imbécil este, te está haciendo perder la cabeza».

A la mañana siguiente, me despierto muy temprano. Los últimos meses duermo poco, y como no quiero medicarme, a veces tomo infusiones de pasiflora, pero tendría que tomarme una pradera entera para que me hiciera efecto. Salgo de casa y como siempre el tráfico es horroroso. A estas horas, todos los días pienso que me encantaría vivir en una aldea de doscientos habitantes, sin vehículos, y solo escuchando el sonido de los pájaros.

Entro en la cafetería buscando, intentando averiguar si ya ha llegado, y ahí está, sentado y esperándome. Pido un café con leche en la barra, me acerco y tras saludar, me siento. En la mesa, su café y una botellita de agua. Comentamos algunos detalles de trabajo mientras observo cómo juega con la botellita y…, ¡¡maldita sea…!! la veo… Me acaban de clavar un puñal en el pecho. Esa terrorífica imagen acaba de hundirme bajo tierra. Una alianza es la culpable de mi desdicha y mi cabeza aturdida me dice: «Ya puedes ir olvidando el revolcón con este».

A pesar de la visión, sigo aquí, decepcionada, y escuchando lo que habla, ya no pienso ni en churros ni en porras. Dice que viene desde León, que cuando todo vuelva a su cauce en la empresa, se marchará.

«Si ya no hay revolcón, por mí te puedes ir mañana».

En mi empeño por realizar bien mi trabajo, sigo poniéndome al día con los clientes y negociando para recuperar los servicios perdidos. Empoderada con mis éxitos llamo a Manolo.

—Las ludotecas, Manolo, eran siete, creo que volverán. Me han dicho que con la nueva empresa no están nada satisfechos.

—Le va a gustar eso al coordinador, los cines también están por caer. Y ayer estuve en el salón de juego que te comenté. Eran ocho locales en total. A ver si lo conseguimos y nos coronamos.

—Seguro, volvemos a ser un equipo; me alegro de haber vuelto.

—Yo también.

Mi relación con Manolo es especial. Yo no tengo hermanos, así que no sé lo que se siente, pero creo que es lo mismo que siento yo por él.

Pocos días pasan y de nuevo me llama Javier para reunirnos. Todo se va ultimando para la

reunión con el resto de personal de la empresa. Por teléfono le comento lo de las ludotecas y creo que se ha impresionado; igual no esperaba que yo ejerciera el que en realidad es su trabajo. No parece molestarle, al fin y al cabo, no deja de ser beneficioso para todos. De nuevo acudo a su encuentro y de nuevo siento que me tiritan los huesos, y como el sol hoy está esplendoroso, tengo claro que frío no es. Entro a su despacho y ya percibo en el ambiente una carga de oxitocina que me asfixia.

Hablamos de trabajo ultimando detalles, y mi ser disfruta de su presencia, del sonido de sus palabras, de sus ojos, de su «todo» al completo. Al acabar, el ambiente parece más distendido y cojo mi bolso para marcharme.

—En unos días podremos poner fecha a la reunión, aún quedan mínimos detalles por pulir, no obstante, creo que lo llevamos bastante bien… —Calla un momento y sigue—. ¿Comemos?

«¡¿Ha dicho comemos?!

»¡¿Con postre?!

»Sí, y con alianza…

—No, mañana vendré pronto y lo acabamos, no te preocupes.

—No era trabajo —declara.

Ni me mira, envuelto en su percha de chulo al que no se le resiste ni una, ¿me pide una cita y ni me mira? ¿De qué va? Esto no va conmigo. Pienso en silencio: «Lola, cita con alianza…, negativo». Opto por el plan B, que nunca falla con desconocidos, aunque delante del monumento y con mis temblores, seguro que la lío; da igual, yo soy una machota y me lanzo.

—Soy lesbiana.

—¿En serio? No pareces lesbiana.

—Ni tú pareces heterosexual.

—Es que yo no he dicho que sea heterosexual. —Arquea sus cejas.

«No me jodas…, no me puedes hacer esto, alianza, homosexual… ¿Dónde están los tíos buenos libres y disponibles para mí? ¿Es un castigo por algo que hice en otra vida?»

—¿Eres homosexual? —pregunto.

—¿Te sorprende? —Sonríe el canalla—. No, no soy homosexual, ni tú lesbiana, y solo era una cita para comer, no pensaba pedirte matrimonio ni nada parecido. Igualmente, los homosexuales y las lesbianas también comen.

—Será mejor que me vaya, esto se está distorsionando.

Evidentemente el plan B falló. Me siento absurda y abandono las oficinas lo más rápidamente posible, con la ingrata sensación de que se ha reído de mí. Al cerrar la puerta no puedo evitar girarme y apoyado en su mesa le veo inmóvil, mirándome y sonriendo, con un gesto de burla que no me gusta nada de nada. Por descontado, ya no me quito ese interrogante en todo el día: «¿Se burlaba? ¿Yo pienso en sus polvos y él se burla de mí?». También ha dicho que quería comer, eso sí, más pendiente del papeleo que de mi respuesta. Entrada la noche, tras varias horas de tortura, necesito llamar a Olga.

—¡¡¿Que has rechazado una comida con ese bombón?!! ¡Estás loca! —Ya me está riñendo.

—Que no es eso, lo peor es el ridículo que he hecho con lo de la lesbiana.

—Lola, tienes que cambiar tu repertorio. Anda, no te centres en eso. ¿Te has dado cuenta de que ese ejemplar te quería invitar a comer? Y le has dicho que no…, ¡so loca!

—Creo que me vacilaba. Ni me miraba, en plan chulo perdonavidas: «Te lo voy a pedir porque sé que te mueres de ganas y te voy a hacer el favor». —Pongo cara de estreñida—. Además, hay un pequeño e importantísimo detalle…, lleva una alianza en su dedo.

—¿Casado? Qué desperdicio de hombre…, pues que se quite el anillo y no pienses, un

polvo…, sin más. Un ejemplar así solo se cruza una vez en la vida. Ojalá te vuelva a invitar, y si de nuevo le dices que no, yo misma te mataré.

—No pienso quedar con un hombre casado, por muy monumento que sea… ¡Joder! ¡Me siento ridícula! —expreso.

Aturdida y desinflada me meto en la cama y mi estado irrisorio no me deja dormir. Este hombre se está instalando en mi almohada y ya ni todos los campos de pasiflora estimularían mi sueño.

Al final, el cansancio vence y me doy cuenta de que he conseguido dormir algo hasta las siete de la mañana cuando el impertinente móvil me despierta con su chirriante alarma. Me levanto, como cada día, me miro al espejo y me asusto como cada día, me aseo y me peino como cada día, y otra vez en mi cabeza el mismo de cada día; el «puto» coordinador.

Patri se ha levantado temprano y me sorprende, pues me ha preparado el desayuno. Desde que quiere irse a vivir con Jorge, está dispuesta a demostrarme que es responsable, organizada, limpia, ordenada, y muchas cosas más. Intenta contarme sus planes, ha encontrado un apartamento para independizarse con su chico, y medio abstraída no consigo concentrarme; «el portento», que no abandona mi mente, me está generando estrés.

—Vamos a verlo mañana, ¿quieres acompañarnos, mamá?

—Hija, ¿no es un poco precipitado?

—No, asimila que ya soy mayor. Tenemos trabajo los dos, y está decidido. Nos independizamos.

No es mayor, ¿cómo va a ser mayor con veintidós añitos?

«A su edad tú ya tenías dos hijas».

Ese pensamiento queda en secreto.

—Lleváis poco tiempo juntos, Patri, tengo problemas en el trabajo, ¿por qué no esperáis unas semanas? Cuando pueda acompañaros.

—Si te han ascendido otra vez…

Claro que me han ascendido, y ahora tengo más responsabilidades. El ascenso no solo implica subida de sueldo, implica muchas cosas más, pero eso, ella, egoístamente en su papel de hija, no lo va a ver nunca; cuando tenga mi edad sabrá lo que son problemas de verdad. Ya me lo decía mi madre…

«Lola…, esa frase es un indicio de que te estás haciendo mayor».

Suena mi móvil, veo que es un mensaje del coordinador y el sentido del ridículo vuelve a presentarse ante mí.

Coordinador 07:40: Buenos días. Necesito que pases por la oficina, tenemos que concretar y poner fecha para la reunión con el personal, se está demorando y me han dado un toque.

Lola 07:41: De acuerdo.

No sé qué más decir, así que el mensaje es conciso y claro. Acabo el desayuno y me dirijo al dormitorio a escoger vestimenta. Elijo un pantalón vaquero blanco y camisa negra, marco mis pestañas con un poco de rímel, adorno con brillo mis labios y al mirarme al espejo, un pensamiento: «A ver qué te pasa hoy». Antes de salir recuerdo a Sara que no olvide seguir echando currículums y me siento mal por eso también; debería haberla dejado irse a Madrid, sé que me arrepentiré toda la vida. Seguramente deberíamos valorarlo; me remuerde la conciencia saber que, por egoísta, recorto sus alas para mi tranquilidad.

Llego a la oficina y atacada voy subiendo peldaños, con la incertidumbre de si, después de lo de ayer, mi presencia se asemejará a la de un bufón. Llamo a la puerta, oigo un «adelante» y… «adelanto».

—Buenos días. —Entro tímida.

—¡Vaya! Lola, te esperaba más tarde, pasa.

—He pensado que así nos daría tiempo a acabar.

—¿Por si se hace la hora de la comida y de nuevo te invito? ¿Prefieres no correr riesgos? —Sonríe—. Siéntate.

«Ya empezamos…».

—No, no es eso —le digo.

No sé por qué, él aparenta tanta seguridad y yo nerviosa perdida. Hasta su voz me desequilibra. Al tomar asiento, percibo que pasa por detrás de mí, inclinándose cerca de mi hombro para dejar unos papeles en la mesa, y juraría que me ha mirado el canalillo. En estos momentos, acabo de transformarme en una gelatina montada en un camello.

—Entonces…, ¿quieres que te vuelva a invitar? —pregunta sospechosa.

—No no, tampoco he dicho eso.

—Tranquila, no te pongas nerviosa no vaya a ser que empieces a hablarme otra vez de tus orientaciones sexuales.

Ya estamos recordando al bufón y claro, me molesto.

—¿Eres homófobo acaso? ¿Tienes algo en contra de «algo»?

—¿Homófobo yo? Estás demasiado a la defensiva. Tengo una hermana a la que bautizaron con el nombre de Julián, y mi hija comparte mi casa con otra chica, así que, ¿homófobo…? creo que no.

Fija su mirada en mí y a pesar de no verme, de seguro me he quedado blanca como la leche, y otra vez me siento ridícula.

—Creo que deberíamos comenzar con el trabajo antes de que me despidas.

Le miro y me devuelve la mirada, y qué mirada, fundiéndome estoy.

—¡Ja, ja, ja! Sí, empecemos con el trabajo.

—Esto…, ¿es cierto, o solo me vacilabas? —La duda me asalta.

—Cierto, completamente cierto. Empecemos. —Señala los documentos.

La reunión concluye con casi todo ajustado, se decide poner fecha para el próximo viernes, ya con todo el personal. Motivo: presentar oficialmente al nuevo coordinador de zona e informar de las nuevas normas y conductas de comportamiento ante los clientes. Estas empresas grandes suelen seguir mucho el protocolo así que hay que amoldarse y seguir el ritual, no obstante, a mí estas parafernalias no me van mucho. Me despido con cortesía y cuando me dispongo a salir, él llama mi atención.

—Lola, un apunte. ¿Informaste de los uniformes?

—Sí, claro, no objetaron nada.

—Hay otra cosa con respecto a la ropa. Tú no llevas uniforme, pero preferiría que no usases camisas de botones cuando te reúnas conmigo.

—¿Perdona? —No puedo creer lo que estoy oyendo.

—No es una orden, solo es una petición. —Su mirada acaba de atravesar mis ojos y ha llegado hasta la zona de mi occipital, haciendo que ese recorrido arrastre mi cerebro a un despeñadero.

«¿Perdona? ¿Te digo yo a ti que no vengas con ese culo marcado y que te tapes ese cuello que me pone cachonda?».

Está lanzando fuego por sus pupilas y en mi interior el tsunami ya está removiéndome todo. No le puedo decir que es un viejo verde incapaz de estar con una mujer sin mirar su escote, y me marcho encolerizada. Eso sí, pletórica y entusiasmada, porque si algo tengo claro es que mi canalillo le provoca, y que acabo de notar no una…, unas cuantas mariquitas revoloteando dentro

de mi cuerpo. Pero la alianza que lleva en el dedo…, es como una muralla china que ni el caballo de Troya va a atravesar.

«Y tú menos, Lola».

Faltan solo dos días para la esperada reunión. Hoy es día del espectador y las niñas y yo hemos decidido ir al cine. Solemos hacerlo los miércoles porque con lo que ahorramos compramos las palomitas. Vamos a ver una película fantástica, que a pesar de que no me gustan mucho, no me ha quedado otra que ceder, ya que hoy les tocaba elegir a ellas. Como todo el mundo piensa lo mismo que nosotras, y al final los miércoles hay más gente que los sábados, aquí estamos en esta larga y estática cola. De repente veo algo que sobresale del resto de gentío. Una cabeza, su cabeza, y la mía ya trajinando.

«¿Estará solo?

»Nadie va al cine solo.

»Con la de la alianza…

»Pues ya está, no busques más.

Busco, claro que busco. Con disimulo me asomo con la excusa de ver si nos falta mucho para llegar a la taquilla y no diviso nada; mi estatura no da para mucho, a pesar de ello sí le veo abandonar la fila acompañado por una chica joven, de la edad de Patri más o menos. «Un poco joven para él» pienso. No sé ni qué edad tiene él, pero veintidós seguro que no, el doble por lo menos; quizá un poco menos, pero veintidós no. Se dirigen a la puerta de la sala y mis ojos persiguen, ¡vaya casualidad!, misma película, ahora solo falta que nos toque en la misma fila y tenga que restregar mi culo por su cara para pasar a sentarme, y ya me muero.

Ya acomodada en mi asiento, mis ojos siguen en plan rastreador, y sin gran esfuerzo, ya que su estatura no le permite pasar inadvertido, lo localizo. Cuatro filas por delante veo la silueta de su cabeza acercándose a la de la joven para darle un beso en la sien, a la vez que levanta su brazo para pasarlo por encima de la chica y dejarlo apoyado en su hombro. Por mi mente pasa de todo.

«¿Así agarrados van a ver la película?

»Pues qué incómodo.

»¿Incómodo verlo o no ser tú la que es rodeada por ese brazo?

»Lola, deberías fingir mareo y salir de aquí.

No voy a fingir nada, he venido con mis hijas y no sé en qué narices estoy pensando. Ya sabía que estaba casado, la información la lleva en su dedo, ¿qué más da si es joven o mayor? Seguiré mirando a la pantalla, porque como les dé a mis hijas por preguntarme por algo de la película, me toca decirles que me he dormido; lo único que estoy viendo es, cabeza.

Por fin acaba la sesión; en mi vida se me ha hecho tan larga una película. Al salir, comentarios de las niñas.

—Ha estado bien, no esperaba el final —dice Sara.

—No, yo tampoco lo esperaba —aseguro.

«¿Cómo habrá acabado?

»No sabes ni cómo ha empezado.

Salimos de la sala y mis hijas deciden ir al baño. Entre tanto, yo las espero en el *hall* de la entrada. Para no perder la costumbre busco y rebusco hasta que encuentro. Ahí está, parado, terriblemente guapo y me recuerdo que está con su pareja, porque cada vez que veo ese cuerpo, me pierde el pensamiento. De pronto me percato de que me ha localizado, y tras una sonrisa y un gesto con su mano saludándome, veo que muy decidido camina hacia mí. Temblando intento disimular, y mira que me cuesta.

—Hola, Lola.

—Hola, ¿has venido al cine?

«¡No, está en la carnicería, ¡Lola, por Dios!».

—Sí, claro. Tú también. ¿Entras o sales?

—Salgo, salimos de la sala cuatro.

—¿En serio? Nosotros también. Qué casualidad, no te he visto dentro.

—Como está tan oscuro…

«¡Cállate, Lola!».

—Sí, je, je.

Me mira, el cabrón me mira. Menuda cara de sinvergüenza, y yo otra vez a sacar las mariquitas.

—Bueno, tengo que irme, mi hija está a punto de salir y dije que la esperaba allí. Ha venido a visitarme.

¡¡¡Wow!!! Solo es su hija. ¡¡Qué bien!! Montaré una fiesta para celebrarlo, otra barbacoa en casa de Manolo.

Tengo que pensar, porque me precipito.

«Recuerda que la alianza sigue en su dedo; si esta es la hija, en casa estará la madre».

¡A la mierda la fiesta!

—Claro, yo también he venido con mis hijas y también tengo que irme.

—El viernes nos vemos —se despide.

—El viernes.

Pronto sale la joven del baño y juntos se alejan perseguidos por mis ojos que observan cómo él pasa su brazo por el hombro de la chica. La visión va descendiendo al ritmo de la escalera mecánica sin que yo consiga dejar de mirar, hasta que veo que se gira, me mira, y levemente sonríe, incitando a mi cabeza de nuevo a pensar: «¿Por qué sonríe?

Otro día más, jueves, y Patri me ha convencido para ir a ver el pisito. Ya lo han cogido, ni tan siquiera han esperado a que yo diera mi opinión. En parte es normal, pero me siento desplazada, y no lo quiero pensar, porque si me desplazan, igual es porque soy una vieja «chocha» que ya no pinta nada. Recuerdo lo que me decía mi psicólogo, «no puedes controlar las decisiones y actos de los demás, debes aprender a asimilar y que nada condicionen tu vida más de lo justo y necesario». Lo justo y necesario siempre es demasiado.

El apartamento no está nada mal. Sexta planta y cerca de la playa. Salón con cocina americana, dos dormitorios y un baño grande —como debe ser—. Me inquieta que no puedan asumir los gastos; tan solo Jorge tiene estabilidad laboral y el joven asegura que saldrán adelante. Lo que hace el amor.

Llegó el día D, viernes, y con él la reunión. Ante el espejo de mi baño, lavándome los dientes y temerosa por este nuevo encuentro, pienso qué ropa elegir. Nada de camisas con botones, aunque debería ponerle yo un mensaje recomendándole: «Nada de marcar culo y ponte una gran bufanda que tape ese tentador cuello». Mejor no la lío. ¿Sería arriesgado obviar su petición y ponerme la blusa transparente, sin sujetador y que se joda? Mejor sigo sin liarla. El suéter color nácar de cuello alto es perfecto, combinado con los pantalones negros. Después de recogerme el pelo en un moño, desgreño frente y lados, un poco de maquillaje, brillos en los labios y ya he acabado con mi acicalamiento. Me retiro dos pasos hacia atrás, me miro al espejo y pienso: «Estoy por ligarme yo misma». Vuelvo a pensar: «Prefiero que me ligue él». Sigo pensando: «La alianza, Lola». En cualquier caso, me veo guapa, así que, con mi estima por las nubes, cojo mi bolso, las llaves del coche y a la reunión.

Pronto llego a la oficina y espero en mi despacho, mientras saco mi móvil para pasar el tiempo haciendo una partidita. A mí lo de matar marcianitos no me va, sin embargo, los juegos de cálculo y los de escape, me chiflan; han sido mi compañía en muchas horas de eterna soledad. Me interrumpe la concentración una llamada a la puerta y sabiendo quién es, despido la partida.

—Pasa —digo.

Abre la puerta y sin entrar asoma su lindo cuerpo.

—Hola, no sabía si habías llegado, he visto luz y he supuesto que sí.

—Sí, vine pronto. —Me levanto y me acerco.

Él, tan guapo como siempre, me pone muy difícil no olvidar lo que lleva en su dedo.

—Has venido muy elegante.

—Suéter. —Me señalo a mí misma.

—No sé qué es peor, estaré en mi despacho. —Y mirando mis tetas se va tan pancho.

Y esas palabras hacen regresar a mí, por un lado, el tsunami que me hace temblar todo, y por otro el caballo de Troya que me recuerda lo invencible de la muralla que representa ese anillo anclado a su dedo.

Me asomo a la sala de reuniones, ya han llegado casi todos los trabajadores, Manolo no puede asistir; los problemas de salud de su madre empiezan a hacer mella. Javier también se encuentra en la sala y me hace un gesto de que pase para poder empezar.

—¿Hablas primero tú? —pregunta.

—No, es mejor que hables tú en todo momento, a mí no se me da bien estas cosas y a ti te prestarán más atención.

Sobre todo, las chicas que de seguro ya están babeando.

«Igual que tú».

Posa su mano en mi espalda a la vez que con la otra coloca mi silla para que me siente, y la consecuencia de ese roce no es otro que un desfile de mariquitas por todo el estómago.

«Solo de rozarte, Lola, imagina…».

Ya está sacando todos los documentos y una vez ojeados mira a todos, y todos le miran, yo también le miro, y me devuelve la mirada. Una vez más mira a los empleados y yo ya empiezo a pensar que son demasiadas miradas, cuando de pronto me habla.

—¿Podemos salir un momento? Disculpadnos un minuto, regresamos enseguida.

—Sí, claro —respondo y le sigo.

¿Y ahora qué pasa? Salimos.

—Algo está mal en las fichas, me falta un hombre. —En voz baja para no ser escuchados.

—Será Nanda. La morena de metro ochenta, Fernando —le susurro.

—Me podías haber avisado, casi lo digo ahí dentro.

—Lo siento, no he caído.

De nuevo me hace gesto para entrar y de nuevo posa su mano en mi cintura haciendo que me enerve pensando en su alianza. Creo que en estos momentos le cortaría la mano y sin pensarlo dos veces, y tensa, me giro y me encuentro con su rostro demasiado cerca del mío, y esto lo acaba de rematar.

—Hagamos un trato —a ver si puedo acabar de decir la frase entera—, prohibido las camisas de botones y las manos por las cinturas y por las espaldas. —Soy tajante, pero es que estoy tremendamente nerviosa.

«¿Y un poquito cachonda?».

—¿Te pone nerviosa el roce de mi mano? —Se regodea.

—Tanto como a ti un escote.

—A mí…, no solo el escote —dice sin dejar de mirarme.

Acaba de bloquearme por completo. Me quedo *estatuada* y no sé muy bien cómo reaccionar. Manteniendo su mirada de canalla, decido que volver a la sala será lo mejor, y dándome la vuelta, respiro, intentando relajarme antes de abrir la puerta. Ese segundo que dura ese respiro, es el que él aprovecha para acercarse mucho más a mí, dejando que yo sienta su aliento en mi cuello y un cálido murmullo deslizándose por mi tímpano.

—Ten cuidado, no vaya a prohibirte que vengas con el pelo recogido.

¡¡Madre mía!! Esas palabras acaban de chocar en mi yugular erizando cada poro de mi piel y consiguiendo que mis brasileñas estén implorando que olvide la alianza. Percibo una enorme tensión sexual en el entorno, sobre todo a mi alrededor, aunque tengo claro que sus palabras no son de simple cortesía. En milésimas de segundos una visión llega a mi cabeza y me veo empotrada en el pasillo con su lengua recorriendo el interior de mi boca, teniendo el orgasmo de mi vida en manos de este ejemplar. El mismo que me interrumpe la dicha y me regresa a la realidad.

—¿Pasamos?

Pues pasamos, prefería llevar a efecto la visión, pero seguiremos con lo previsto.

La reunión da comienzo. Yo apenas presto atención, mi mente se ha quedado en el pasillo, con su mirada, con su aliento, con mi cuello, y con la dichosa alianza. No dejo de pensar: «Un polvo, Lola, sin más». Casi al acabar se dirige a mí invitándome a hablar y me niego.

«Estoy yo para hablar…, como mucho tartamudear… y no es plan».

Mejor sigue él con el discurso que las tiene a todas hipnotizadas.

—Si no tenéis nada que apuntar, os dejamos los impresos para que anotéis vuestras preferencias para las vacaciones, e intentaremos hacer lo posible. Procurad no demoraros en entregarlas. Por favor, Lola, ¿repartes las hojas?

Es un gamberro, debí haberlo previsto. Con una mano me da los impresos y con la otra vuelve a provocarme, recreándose de nuevo por mi espalda, con ese gesto en su rostro y esas pupilas fijadas en las mías que llevan oculto un «haré lo que me dé la gana». De nuevo estallo, con serias dudas para deliberar si es de rabia o de placer. Cojo las hojas, bastante enfadada, creo que el tipo este que me pone tanto, lo único que hace es reírse de mí, y de mí ya no se ríe nadie. No estuve tantos meses escuchando a Mario, conteniéndome de lo que de verdad me apetecía hacer con él, para que ahora llegue este y se aproveche de mi debilidad. Acabo con el reparto de los impresos y el personal empieza a marcharse, cuando oigo que me llama desde la puerta

—¡Lola!, vamos a mi despacho, hay algo de lo que tenemos que hablar.

¿Hablar de qué? Habla demasiado y no actúa. Mi subconsciente: «Alianza, es un imbécil, se ríe de ti, Lola… Te tiene loca».

Salgo de la sala de reuniones caminando por delante de él, y sintiéndome observada en veinticinco dimensiones. Entramos en su oficina presuponiendo que va a hacerme un balance satisfactorio o negativo de la reunión, cuando oigo un extraño sonido. En realidad, el sonido no es extraño, lo extraño es que lo escuche en este instante, con nosotros dentro del despacho.

¡Clic clic!

«¿Ha pasado el seguro del pomo?».

Capítulo 4

¡Clic clic!

«¿Está pasando el seguro al pomo?».

»Totalmente.

No sé si preguntar o callar. Igual me desnuda, me tira encima de la mesa y me perfora hasta las amígdalas…

«No, eso no lo va a hacer…».

He decidido preguntar.

—¿Por qué cierras?

—Tranquila, no te voy a forzar. —Sonríe y se acerca—. Me pregunto…, si tal vez tú, estás deseando lo mismo que yo, porque lo parece. ¿O me equivoco?

«¡¡¡¿Cómoooo?!!!».

—¿Cómo? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Ya sabes qué clase de pregunta es, pero si quieres te lo explico. A mí me ponen tus camisas…, y sin camisas —me mira los pechos ceñidos por el suéter—, y a ti te pone…, no sé en concreto el qué, lo que sé es que, en estos momentos, estás más caliente que los motores de un avión.

Pues que seguro está de que me pone…

«Se te huele, nena. Y eso que no ha visto como tienes las bragas».

—¿Eres adivino, tú? —Me hago la desinteresada.

Calla un momento, me observa, se acerca y sigue hablando.

—Cuando te he visto con el pelo recogido, he tenido que encerrar al vampiro que llevo dentro, para no mandar a freír espárragos la reunión. No te imaginas cómo me gustan algunos cuellos. Repetiré la pregunta, ¿estás deseando lo mismo que yo? —Se acerca a mi oído y susurra—. Si me dices que sí…, dejo de controlarme.

«¿Ha dicho que lo está deseando?

»Me lo quiero tirar.

»Casado, Lola, olvídalo….

»Que me lo quiero tirar.

»Casado, amárrate.

»¡¡¡Joder!!! ¿Por qué no se guardó la jodida alianza en el bolsillo?

»A ver si puedo cortar esto.

—Creo que te confundes, yo no me he puesto nerviosa del modo en que tú crees. No me gusta mucho que me toquen, es una manía. —Él sonríe incrédulo; no ha colado—. Eres mi jefe y no me gusta mezclar el trabajo con la diversión. Además, tengo por norma no quedar con hombres casados.

—Yo tampoco. Ni me gusta mezclar ni quedo con casados. —Vuelve a sonreír—. ¿Qué te hace pensar que estoy casado?

¿No le gusta mezclar? ¡Si está mezclando…!

—Llevas una alianza en tu dedo. —Señalo su mano.

—Es cierto, te has fijado.

—Sencillamente se ve.

—Tienes razón, se ve. Podría haberla escondido. —Por unos segundos calla—. De no ser porque mi hermana y yo prometimos no sacarla del dedo jamás. Esta es la de mi madre, ella lleva

la de mi padre. Murieron.

—Estás de coña. —Sonrío esperando que afirme.

—Ojalá.

Le miro y no me gusta lo que veo.

«Otra vez metiendo la pata…, hija es que no das una».

Su mirada acaba de perder toda la sensualidad y refleja tal firmeza, que estoy segura de que no miente.

—¡Vaya! Lo siento.

—Tranquila.

—¡Joder! Me siento violenta.

—Tranquila.

—Perdona, parece que no doy una con tu familia.

—Tranquila, Lola, de verdad, no pasa nada. ¿Una cena y te relajas? —Vuelve a sonreír.

—Mejor no, después de esto… ¡Madre mía!

—¿Necesitas que te diga otra vez que no pasa nada? —insiste.

—¡Uf! Ahora mismo no me siento bien, y sigues siendo mi jefe.

—Muy bien, me rindo. Dejaré de insistir, no quiero parecer pesado y quizá tengas razón y sea mejor no mezclar el trabajo con el placer. —Ahora, se muestra indiferente.

—Sí, es lo mejor. Cuando tenga lo de las vacaciones te avisaré.

—Perfecto.

Salgo y me marcho a casa arrepentida hasta la muerte. Por todo el camino, no dejo de pensar en lo que acabo de hacer y me odio hasta el infinito y más allá. Quería un polvo con el monumento, me lo ha puesto en bandeja, y yo soy así de chula que voy y lo rechazo. Como me sobran los polvos con tíos buenos de revista, pues voy descartando. «Imbécil». La muralla china —la alianza— acaba de desaparecer y yo decido que ni con esas.

Recurro a mi teléfono sabiendo que me espera una gran reprimenda. Tengo que informar a Olga de los progresos en mi vida sexual, inexistente por otra parte; la historia con el monumento ha acabado. Así, sin tan siquiera haber empezado.

«¿Quieres una medallita? No hay medallas para ti, estás descalificada, por incompetente».

—Pero, ¿por qué le has dicho que no otra vez?, ¡es que te mato!

—No quería cenar, quería un trofeo. Se ha limitado a insinuarme que yo estaba tan caliente como él y eso me ha puesto nerviosa.

—Y lo estabas, ¿qué problema había? Te has pasado la vida quitándome prejuicios y tabúes a mí, ¿y ahora te molesta que un hombre te diga que tienes ganas de llevártelo a la cama?

—¡Pues no lo sé, no me agobies! Creía que estaba casado.

—¡Que no lo está!, se trataba de ir a cenar, echar un polvo y ya. Porque eso es lo que quiere él, un polvo, o dos o tres, y no más, y eso es lo que necesitas tú. Creo que te estás enfangando, o de lo contrario cuando te ha dicho que no está casado habrías aceptado. Así que céntrate en divertirte y no te subas donde no debes. Piensa en la caída, porque te veo de nuevo depresiva llorando por las esquinas y no es por meter el dedo en la llaga…, es que nos conocemos. —Olga me auguraba un futuro demoledor.

—¿Tú crees? ¡Madre mía! —Sí, yo también lo creo.

—¡Madre mía! digo yo, pero ¡madre mía! —Yo me acojono y ella ríe a carcajadas.

Olga tiene razón. Empiezo a pensar que me está gustando mucho y se me irá de las manos. Creo que debería olvidar lo de tirármelo, y cualquier cosa que no sea trabajo. Al final siempre salgo dañada. Fuera…, ni mirarle…, a partir de ahora intentaré evitarle porque me veo tocando la

cima del Everest, y cayendo en picado hasta el fondo del infierno.

Han pasado tres días, y no sabría decir cómo estoy. Anoche entré en mi bañera y volví a tener sexo con mi encantadora fantasía. Es sexo completo porque siempre acabo llegando, aunque claro, un poco solitario y alicaído. Me esfuerzo por no ponerle rostro al visitante y no lo consigo, sale el de él.

Ya sabemos quién es él.

Hoy he venido pronto al trabajo, me da pavor imaginar que me lo pueda tropezar, pero tengo que coger algunas cosas y deberé acostumbrarme a verle; esto va para largo. Primero, desayuno en la cafetería mientras hago una de mis partidas. Voy ganando cuando algo me obliga a levantar la mirada, y entonces diviso a ese Dios entrando por la puerta, alegrándome la vista, y ¿mi partida…? la cierro, ya no es importante. Me niego a mirarle, se sienta en la barra y observo cómo mira hacia los lados, como si buscase algo. Yo bajo mi cabeza fijándome en el móvil, pero la curiosidad es tentadora y sin poder contenerme alzo la vista para comprobar que está de espaldas utilizando su teléfono. No me ha visto, casi mejor.

«Mentira».

Se gira y me ve. Menos mal que suena mi teléfono y tengo la excusa perfecta para apartar la mirada. ¡Vaya! Mensaje: coordinador.

Sin leerlo le miro, me mira, y mis mariquitas, que deciden que salen de paseo. Voy a leer el mensaje.

Coordinador 08:46: ¿Esperas a alguien?

Lola 08:47: No

Coordinador 08:47: ¿Puedo acompañarte?

Y mi cabeza empieza a pensar demasiado. Si digo sí, parecerá que lo estaba deseando. Si digo vale, parecerá que lo estaba deseando. Si digo bueno, parecerá que lo estaba deseando. Si digo claro, parecerá que lo estaba deseando…

«Lola, hija, pues dile que no.

»Sé que le vas a decir que sí, así que cuidadito dónde miras. Evita paquetes.

Y con un movimiento en el hombro y un gesto en mi rostro es suficiente para que Javier coja su café, su botellita de agua y se siente frente a mí. Hablamos de trabajo, tengo la sensación de que la tensión ha desaparecido y, aunque compruebo que ya no me mira las tetas, yo sí le miro el cuello…, y el culo cuando se vaya también lo miraré. Parece que acercamos posturas, la cosa fluye.

—La otra noche os vi entrar a unos cuantos en el local de la esquina. ¿Soléis quedar? —pregunta.

—Si te refieres a si solemos quedar los del trabajo, solo algunos y a veces. Con el tiempo te vas relacionando con unos más que con otros y empiezas tomando un café y acabas formando un grupo. También solemos ir a otro sitio que hay dos manzanas más abajo, la música en ambos no está fuerte y se puedeconversar. En el otro además hay terraza y se come bien; comida rápida, pero no está mal. De hecho, el sábado hemos quedado para cenar allí.

Acabo de darme cuenta de que le doy demasiada información. Igual mi subconsciente me traiciona y lo hago adrede.

La semana pasa tranquila, Patri ya se ha instalado definitivamente y hay un vacío en casa horroroso. No quiero imaginar ese vacío cuando Sara decida marcharse y me quede completamente sola.

Estamos casi acabando el sábado y salgo con los compañeros. Olga nos acompaña, le ha dicho a Paco que cenaba conmigo, pero la realidad es que después de picotear algo se marchará; le

espera una noche de pasión con Felipe. A veces la envidio.

Entramos al lugar y tengo que acercarme a mi vecina Carlota que está detrás de la barra —trabaja aquí—, para darle las llaves del garaje; perdió las suyas y le he hecho una copia. Casi nunca coincidimos, trabaja demasiadas horas, porque sigue pagando la deuda de su examante estafador. Sacó ochenta mil euros para comprar una casa y se quedó sin casa, sin dinero y sin amante; desaparecieron los tres el mismo día. Ahora vive en el tercero y, a pesar de que nos vemos poco, hemos aprendido a dejarnos notitas cuando necesitamos algo.

Está atareada, pero voy a plantarme en la barra y esperar, si no lo hago lo olvidaré y me iré de nuevo con las llaves. Tarareo la canción que suena de fondo mientras acompaño con mi pie, y de pronto noto que alguien se sienta en el taburete de al lado. Me giro y…, no me lo puedo creer. Solo hay una cosa capaz de paralizar mi vida.

Él. Y ya sé que no es una cosa, pero tampoco le tengo por humano, porque no sé de dónde ha salido este monstruo que me pone tan sumamente loca.

Apoyando sus antebrazos a la barra, me mira y me saluda.

A temblar toca.

—Hola…, Lola…

¡Diossss! ¡que miradita! ¡Derretidita estoy ya!

—Hola.

—No está mal el sitio.

¡Mierda! viene Carlota, qué oportuna.

—Gracias, Lola, por traer las llaves, te lo agradezco. Por cierto, necesito otro favor.

Mientras hablo con Carlota de reojo veo que alguien se sienta al lado de Javier. Una rubia despampanante que le habla y yo, intento poner oído pero la voz de Carlota a la vez que la música de fondo me complican todo. Por suerte mi vecina se retira y puedo escuchar.

—No te he visto nunca por aquí —dice la rubia.

—No he venido nunca por aquí —responde él.

—¿Vives en Valencia? —Otra vez la rubia.

—Acabo de instalarme. —Y él que le sigue el juego.

—¿Necesitas ayuda? —Voluntariosa la chica.

La rubia me está poniendo a prueba…, no me conoce.

—Bueno…, depende de lo que me puedas ofrecer —responde Javier girando todo su cuerpo hacia esa mujer.

«¿Va a ligar con la rubia?

»Lola, que te lo levantan.

Veo que vuelve Carlota con una nota en la mano y me informa.

—Mañana viene mi sobrina y no estaré en casa, esta noche tengo que quedarme con mi padre. Dale esta lista, son algunas cosas que tiene que comprar, se me fue el santo al cielo y no he podido hacerlo yo. Ya le he dicho que toque tu timbre.

—Claro, no te preocupes —le respondo y cojo el pos-it.

No me he enterado de lo que ofrecía la rubia; intuyo que a toda ella. Yo ya estoy echando fuego por doquier y a punto de explotar.

«Como explote achicharro a la rubia».

Guardo la nota de Carlota en el bolso, y decido que me largo, no sin antes despedirme. Con un toque en el hombro llamo su atención y sonriendo se gira.

—Me voy, te dejo con la rubia, que lo pases bien.

¡¡*Wow*!! Anonadado se ha quedado. Estoy caminando hacia la mesa y necesito echar la vista

atrás varias veces con mirada insinuante y placentera, porque en todos mis giros le veo sonriendo y sin dejar de contemplar mi cuerpo. En mi tercer giro la rubia ha desaparecido y casi aplaudo, porque puedo asegurar que él, ni se ha percatado; sus ojos siguen clavados en mi figura. Me alejo imaginando esta escena en una película, yo caminando a cámara lenta, como una diosa, deslizándome entre las nubes, apoderándome de su voluntad, dejándole con la boca abierta y sin poder dejar de rastrearme con sus ojos…

Llego a la mesa y vuelvo a la realidad. Me siento al lado de Olga y de cara a la visión del monumento. No quiero reconocerlo, pero creo que he tenido un ataque de celos; la pista me la da las ganas de quemar a la pobre rubia, que ni la conozco. Le doy un codazo a Olga y con la mirada le hago un gesto para que mire hacia la barra, y al oído le susurro.

—Le dije que estaríamos aquí.

—Una de dos, o quiere integrarse en el grupo o quiere integrarse contigo.

—O ha venido a ligar con alguna rubia. —Sigo echando fuego.

Él sigue de espaldas, sin embargo, no deja de retorcer su cuello buscándome, y ahora no tengo ninguna intención de esquivar la mirada. Entre tanto, Olga me habla.

—No deja de mirarte.

—Ya lo sé, y no pienso dejar de mirar, le voy a poner a cien. —Hay cometidos que sé que puedo conseguir.

—Tú ya estás enchochada —asegura mi amiga.

—¡Joder…, Olga…! Déjame. Solo juego.

—Ya, con fuego.

—Pues cállate o te socarro.

Olga me conoce bien. Y no deja de observar cómo le miro y cómo me mira.

—Me vais a poner cachonda. —Observadora ella como siempre.

—¡Vete a la mierda…! —Sigo sin dejar de mirar mi objetivo.

—No me mandes a la mierda y tíratelo de una vez. ¿O es que ya tienes claro que no va a ser solo sexo?

La fulmino con la mirada, y ella lo nota, tanto es así que me lanza sus últimas palabras.

—No pienso volver a acompañarte al psicólogo. Tú verás.

Hemos dejado de mirarnos. Olga tiene demasiada razón, si no me lo tiré el otro día es porque tengo miedo al daño, y si tengo miedo al daño es porque me gusta demasiado, y si me gusta me va a hacer daño, y si me hace daño es porque me gusta, y si me gusta me hará daño…, y si me hace daño… Acabo de darme cuenta de que estoy metida en una espiral que acabará en pijama de felpa.

He vuelto a mirarle y veo que me hace un gesto con el teléfono; adivino que quiere que mire el mío. Efectivamente, tengo un mensaje de él.

Coordinador 21:40: Al parecer con tus compañeros no te importa lo de mezclar el placer. ¿O es porque ellos son inferiores y te gusta ir de jefa?

Lola 21:41: Con ellos no es lo mismo. Además, tú ya estabas bien acompañado.

Coordinador 21:42: Ni la conocía.

Lola 21:44: Se te veía con perspectivas.

Sin dejar de cruzar miradas fogosas seguimos con los mensajes.

Coordinador 21:45: Ella tonteaba conmigo.

Lola 21:46: Y tú también.

Coordinador 21:47: Seguro, por eso se ha ido al ver que mis ojos te perseguían cuando te alejabas.

De nuevo mis mariquitas salen de regata en medio del tsunami. Ahora es cuando necesito mirar de nuevo y observo que su mirada, desprendiendo fuego, sigue clavada en mí. Una sonrisa y un guiño de ojo son suficientes para que las mariquitas se estimulen, y pasen a practicar *drifting* a la vez que el tsunami alcanza los ciento treinta y ocho grados. A esto se le llama descontrol absoluto. No sé por qué he decidido guardar el teléfono y acabar con esa suculenta conversación de chat que tan rico placer me estaba proporcionando. Veo que se levanta y abandona el lugar, no sin antes volver a retorcer su cuello para lanzarme una última mirada. Estoy por echar a correr tras él, pero habrá que contenerse. Otra vez suena mi teléfono, esta vez llamada. Emisor: coordinador. Le dejo un susurro a Olga antes de levantarme.

—Acabaré cayendo.

—¿Dónde vas?

No me da tiempo a responder a mi amiga. Corriendo me voy al baño para poder escucharle bien, ya que en el local hay demasiado ruido.

—¿No te cansas? —pregunto nada más atender su llamada.

—Yo también estoy sorprendido. ¿Por qué no sales? Estoy en la calle esperándote. Podríamos cenar juntos.

—No voy a salir.

—Te mueres por salir.

—No me muero, eres un engreído y sigues siendo mi jefe.

«Qué pesada estás con lo del jefe».

—Puedo poner remedio a eso y despedirte ahora mismo. Depende de cómo vaya la noche, el lunes te puedo hacer una entrevista de trabajo y quién sabe…, igual hasta te contrato.

—Estás de coña. Además, eso sería denunciable.

—Denunciable debería ser tu mirada. Va quemando. —Su voz me atrapa.

Se hace un silencio y todas mis mariquitas están congregadas en mi bajo vientre.

—Bueno…, voy a colgar, me están esperando.

«No sé por qué narices no sales».

—¿No vas a salir? —insiste.

—Me están esperando. Además, ¿para qué? No voy a cenar contigo.

—Para ver tus ojos de cerca, me quiero abrasar.

Otro silencio.

—¿Te has puesto cachondo con la rubia y ahora quieres cenar conmigo? —Y ya, metiendo la pata.

—Eso es una gran estupidez y lo sabes. Si sales te explico con todo lujo de detalles quién es la que me pone a tono.

«¿Ha querido decir que le pongo cachondo yo?

»¡Síii!

—Creo que es mejor que cuelgue. —Y yo emperrada.

—¿Vas a dejar que nos desahoguemos solos, pudiendo hacerlo juntos? Te aseguro que lo podemos pasar de miedo.

—Yo no me voy a desahogar de nada.

«¿Seguro?»

—Estás ardiendo… Oigo como respiras.

—Respiro normal. —Para nada.

—¿Eso es normal…? Pues no quiero imaginar…, pero…, debe ser bestial.

Estoy tan nerviosa y tan cachonda que he colgado.

Ahora sí ha llegado el fin. Al regresar a la mesa…

—¿Dónde estabas? Hemos pedido burritos y pizzas —me dice mi amiga.

—En el baño. Hablando con él.

—¿En el baño? —Su rostro se desencaja.

—Por teléfono, Olga. He vuelto a meter la pata. Creo que me lo quiero tirar y tengo miedo, no paro de poner impedimentos y al final me pierdo el polvo.

—Yo creo que estás pillada hasta la médula. El cabrón es un plato suculento y se te ha puesto en bandeja. ¿Quieres un consejo? Tíratelo y reviéntale hasta que te sacies. Igual no es tan bueno en la cama como la fachada y a la segunda te deshaces de él. Tan solo frena donde sabes que tienes que frenar y dedícate a disfrutar. Estos caramelos son para saborearlos, no para hacer planes de futuro de casita con jardín, coche y cuatro hijos.

—Olga, de verdad, a veces creo que se te va la olla. No quiero planes de futuro, me pone, me lo quiero tirar y punto.

«No sé yo…».

—Cuando te lo quieres tirar y punto, te lo tiras y punto. Aquí te veo yo más con un punto y seguimos quedando, que otra cosa. Pero no te lo repetiré.

No voy a responder, entre otras cosas porque no quiero aguarle la cita con Felipe, y porque no tengo demasiados argumentos para contrariarla.

Después de cenar algo, Olga se va al encuentro con su locura, y yo he decidido coger un taxi para marcharme a casa; me encuentro un *poco-bastante* desinflada. Me he vuelto loca al pensar cómo habría sido la velada si hubiese aceptado salir a la calle. Me consolaré pensando que tal vez no sea tan bueno practicando sexo. Aunque menudo consuelo esto de quedarme con la duda.

Acabo de tirarme en la cama, vestida, desanimada, pensando aún en esa hipotética cita con el portento y enviándome toda clase de piropos —imbécil, tonta, idiota…—, por no haber aprovechado la noche. Voy a la cocina a por un vaso de leche y… suena mi móvil. ¿Un mensaje a estas horas? Pienso en mis hijas, sin embargo, al mirar la pantalla me sorprendo.

«Vaya, Lola, parece que dejas huella».

Coordinador 23:30: Cuando te acaricies esta noche, recuerda que podría haber sido yo. Ahora mismo, estoy en mi cama, imaginándote…

«¡¡Diossss!! Creo que me voy a desmayar».

No respondo. No había pregunta, así que no habrá respuesta.

Han pasado algunos días, y hasta hoy he estado evitando ir a la oficina para no encontrarme con él, a pesar de que mentalmente lo tengo presente a cada segundo, de cada minuto, de cada hora, de cada día. Como no puedo demorar más la entrega de los impresos de las vacaciones de los compañeros, he tenido que colocarme un vestido de *superwoman* y repetirme cien veces: «Seguro que ni se acuerda de lo del sábado». Y si he de ser sincera, sería malo que no se acordase, pero peor es que yo no deje de recordarlo.

Antes de subir, desayuno con Olga, el sábado estuvo con Felipe y necesita narrarlo. Es lo que tiene la felicidad, que sientes la extrema y urgente necesidad de exteriorizarla. Pronto acaba su relato y pregunta por mi estado, ¿y qué le voy a decir? Pues la verdad; que no duermo, que se ha instalado en mi cabeza, que lo veo en la comida, en la lavadora, en el súper, en mi cama y en la bañera. En estos dos últimos lugares…, lo veo, muy, pero que muy bien.

—De verdad te digo, que no sé si es mejor que te lo tires o que no. Me tienes desconcertada —dice Olga dudando.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque creo que te lo tienes que tirar, para satisfacerte, y a la vez si te lo tiras vas a entrar en

terreno pantanoso; te veo venir. Tú lo estás deseando y si te soy sincera, a veces creo que te has acostumbrado a follar contigo misma y así no corres riesgos. Sexo puro. Con Javier sabes que hay peligro seguro.

—Eres un demonio, yo no follo conmigo misma. No follo y punto.

—Sí follas, en tu bañera, con ese tipo imaginario que te visita y que te pone a cien. A ver si vamos dejando de ponernos una venda. El amante imaginario no te da miedo, nunca te enamorarás, ni te abandonará. Este pastelito te da pánico.

—No tengo miedo. Calla.

—No callo, sí lo tienes.

—Calla calla.

Javier acaba de entrar a la cafetería y con un gesto intento avisar a Olga, pero está tan inmersa en echarme la bronca que no se percata. Estoy viendo cómo él se acerca a nuestra mesa y con una patada y una reveladora mirada, por fin consigo que adivine que debe salir de allí echando leches o la mataré.

—Bueno, me voy, no quiero llegar tarde. —Ella se ausenta.

—¿Puedo sentarme? —pregunta él.

—Claro.

Por unos segundos, el silencio y las miradas se apoderan del momento.

—Pues…, hola, Javier… —Acabo hablando y sonriendo.

—Hola, Loba. ¡Uy perdón! Lola, Lola, se me enreda la lengua.

—¿Lo haces a posta?

—Te prometo que no. —Ríe—. ¿Cómo estás?

—Te traigo las vacaciones. —Saco los impresos.

—Eso arriba. —La mirada penetrante y repite—. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. —Guardo los papeles—. ¿Y tú?

—¿Yo? Creo que voy a volver.

—¿A tu ciudad?

—No, a insistir en la cena.

«¡Uf! ¡uf! y uf!».

—A veces creo que me vacilas. —No sé muy bien por dónde salir.

—Para nada. ¿Piensas ceder ya, o todavía quieres hacerte de rogar un poquito más?

«Esa sonrisa…».

—Creía que eso había quedado zanjado.

Se acerca y habla bajito.

—Dime una cosa…, ¿soñaste conmigo la otra noche?

«¡¡Se acuerda, se acuerda, se *acuerdaaaaa*!!».

—No voy a responder a eso.

Follé, claro que follé, y por supuesto con él. Ejem… quiero decir que soñé.

Reclina su espalda en el respaldo de la silla, poniendo porte interesante.

—Lo de la cena…, sí, yo también creía que se había zanjado, pero esta noche iba a plantarme en el sofá a ver películas y al verte he decidido que la alternativa de la cena me gusta más.

—O sea, que soy tu alternativa para no quedarte en casa. Me emociono.

—Mira Loba…, y ahora no se me traba la lengua. —Acerca su silla lo máximo que puede a mí, mirando de reojo a su alrededor, comprobando que no hay nadie cerca que pueda escuchar lo que va a decir y susurra—. Sin ánimo de ser pretencioso te diré, que ahí fuera hay infinidad de alternativas, como la rubia de la terraza, a las que puedo acceder. Pero con quien quiero cenar es

con la que me quema con la mirada. ¿Sabes por qué? —Por un instante se calla y sigue hablando bajito—. Porque por las noches, te metes en mi cama y desbordas mi imaginación. ¿Te vas enterando ya?, preciosa.

«¡¡¡Madremíadelamorhermoso!!!».

Demasiado temprano para estos sofocones. Creo que mis ojos hacen piruetas y que mi corazón aclama urgentemente un boca a boca de esos con lengua incluida. Nos estamos devorando con la mirada, lástima que la cafetería no tenga reservados, que si no... Un momento…, ¿qué estoy viendo…? No puede ser, ¿Olga vuelve? La mato. ¡¡No puede venir ahora!! A la cafetería entera pongo por testigo que la mataré.

—Vuelve Olga —le aviso.

—Te espero arriba, súbeme las vacaciones.

Se aleja guiñándome el ojo, igual tiene un tic.

«No es un tic, Lola».

Olga se sienta.

—He olvidado que me tienes que dar bayetas.

—¡¡¿Bayetas?!! ¡¿Vuelves a por bayetas?! ¡¿Cómo se te ocurre venir en este preciso instante?! Nos estábamos devorando con los ojos y a punto de comernos con la boca.

—¡Jolín, hija! ¿Yo que sabía…? La próxima vez me avisas de que estás teniendo un orgasmo ocular y me voy sin bayetas. Intentaré limpiar con clínex.

—¡Joder, Olga! Ya te vale.

—¿Y bien? —Espera que le informe de mis progresos.

—Me lo voy a tirar…, pase lo que pase, el polvo me lo llevo.

—Muy bien, Lola, así me gusta… Esto no va a acabar bien. —Ella animando.

—Me ha vuelto a invitar. Pero no me ha dado tiempo a responderle. Has llegado tú, en pleno éxtasis, cuando iba a decirle que sí.

—Bueno, ahí arriba le tienes…, a por él…, solo tienes que controlar tus órganos, en concreto ese. —Señala mi corazón.

—Qué pesada te pones a veces. Venga, subamos, y que sepas que no te mato de milagro.

—Cómo te lo agradezco.

Después de darle las bayetas a Olga, me empodero toda entera y pensando ya en la ropa que me pondré para la cena, acudo al despacho del coordinador para pasarle los impresos de las vacaciones y anunciarle que he decidido aceptar su proposición. Al entrar, cierto grado de indiferencia me hace sospechar que este, no es el mismo Javier que estaba frente a mí hace apenas unos minutos. Sin embargo, no me planteo dar marcha atrás y me acerco a su mesa sacando los documentos.

—Las vacaciones. —Dejo los papeles en la mesa.

—Bien, las revisaré en cuanto tenga un hueco.

Retrocedo, voy hacia la puerta. Siete pasos hay hasta la salida y voy cavilando si tal vez será un error; me lío la manta a la cabeza y voy a por todas. Al llegar pongo el seguro del pomo, me giro y me está mirando expectante; sigo percibiendo que algo es diferente y no acierto a saber el qué. Vuelvo caminando y plantándome frente a él, me lanzo al vacío.

—Podemos ir a esa cena. —Sonrío y aparento seguridad.

Esperando su reacción, veo que se levanta y empieza a bordear la mesa lentamente hasta llegar a mí. Ahora es cuando creo que me va a comer la boca y, muy lejos de eso, mete las manos en los bolsillos de su pantalón y se sienta en el tablero. Sigue sin hablar y de pronto sus pupilas y una mueca en sus labios me dicen que algo no va bien. Y lo suelta.

—Ya no me apetece.
«¡¿Cómo?! Me quiero morir…».

Capítulo 5

—Ya no me apetece.

«¡¿Cómo?! ¡Me voy a morir…! ¡Me muero…!».

—¿Perdona? ¿Me has estado insistiendo para ahora rechazarme? Lo has hecho adrede… ¡No me lo puedo creer…! ¡Vete a la porra!

«¡Será cabrón! ¡Esto no va a quedar así!».

Completamente sofocada y enfadada doy media vuelta para dirigirme de nuevo hacia la puerta, con la intención de marcharme. Al segundo paso noto que pellizca mi camisa y me frena, no dejando que siga avanzando. Me quedo inmóvil, no sé muy bien lo que está pasando, cuando siento que tira de ese trozo de tela que agarra y me atrae hacia él, obligándome a retroceder. Estoy sintiendo su mano deslizándose por mi cintura, y bloqueada, no soy capaz de evitarlo, entre otras cosas porque me está fascinando. La mano llega a mi vientre y tengo la necesidad de obligarme a cerrar los ojos para seguir disfrutando de ese tacto. Se acerca al máximo y es cuando esa sensual armonía suena en mi oído.

—¿Dónde crees que vas…, Loba? Te dije que nada de camisas aquí.

—Se me olvidó. —Me noto arder, ya que intuyo que todo va a ir mejor.

Su mano se posa en mi hombro para hacer girar mi cuerpo y quedar frente a frente. Yo no puedo mirarle del sofocón que tengo, pero mi intuición me dice que sus ojos no dejan de devorarme. Veo cómo sus manos se van acercando a mi pecho, provocando corrientes eléctricas en todos mis órganos, y muy despacio comienza a abrochar ese botón de mi camisa que yo misma, a conciencia, había dejado abierto. Ya no puedo evitar sucumbir a la tentación de mirarle y levanto mis ojos para contemplar los suyos fijos en ese escote que él mismo acaba de abrochar y ocultar. Cada vez me acelero más y mi pecho no deja de inflarse a consecuencia de mi excitación. Su mirada me busca y me encuentra. Tengo la sensación de que cada vez está más cerca de mí.

—Y ahora…, ¿qué hacemos? —Con un ligero arqueo de sus cejas, espera respuesta.

—Manolo está en su despacho. —Se me ocurren millones de alternativas y no sé por cuál empezar.

—Ya, me refiero a qué hacemos tú y yo, lo que haga Manolo me es indiferente.

Sin poder dejar de mirar esa boca abierta, siento cómo ese ardor que sale de ella, se estampa en mis labios invitándome a hacer eso que en estos momentos es lo que más deseo. Necesito expulsar esta profunda y ardiente exhalación que estoy conteniendo y como un globo suelto esa ventisca de aire que sin reparos se estrella en él.

—Loba…

—¿Sí…?

—Ese suspiro…, ¿significa lo que creo que significa?

—No sé… ¿Qué es lo que crees?

—Que te estás humedeciendo para mí.

Un gemido que emerge de mis cuerdas vocales, es su mejor aliado para confirmar sus sospechas.

—¡Oh síií…! Seguro que sií… —dice acercándose mucho más.

Acabo de perder el sentido obligando a mis labios a reencontrarse con los suyos. Mi lengua se introduce en su boca, deseosa de saborear cada rincón de su interior, y siento que él se recrea también degustando la mía. Y ahí se apodera de nosotros nuestro lado más primitivo y se abre la

veda de todo; de soltar botones, de tocarse, de apretarse, de calentarse. Me rodea por la cintura, yo presiono mi cadera y nuestras pelvis luchan por no despegarse. Seguimos besándonos, está arrastrándome hacía la mesa a medio trompicones y al llegar, poco a poco va descendiendo sus manos hasta posarlas en mi culo clavándome las yemas de los dedos. La necesidad de respirar nos obliga a separar nuestras bocas y aprovecho para saborear ese cuello que tan loca me pone. Siento cómo una de sus manos abandona mi posadera y asciende hasta mi pecho. Me estruja, me duele, me aturde, me gusta.

—Estos, me están volviendo loco…

Me sienta en la mesa abriendo mis rodillas, yo desabrocho su camisa y con mis manos acaricio todo su torso, acompañando con mis labios sabiendo que le estoy provocando un enorme placer. Poco a poco arrastro mis dedos hacia su pantalón a la vez que él desliza su mano por el mío. Yo freno en el punto exacto para palpar eso que explota, sintiendo que sus dedos funden mi cuerpo.

—Te voy a bajar el pantalón ahora mismo —asegura.

—¿Vamos a hacerlo aquí?

—No…, solo quiero saborear cada milímetro de tu cuerpo, porque lo estoy escuchando gritarme: ¡cómemeee! —Su voz ronca penetra en mí—. Y luego, solo si me lo pides…, lo haremos como dos locos salvajes.

El cosquilleo ha llegado a la entrepierna y estoy sintiendo unas ganas locas de olvidar todo.

—Nos oirá Manolo —apunto.

—Pues procura ser silenciosa.

«¿Silenciosa? Lo que quiero es gritar como una loca».

—No sé si podré… —le informo.

—¿Te gusta gritar, Loba? —Una extensa sonrisa de placer asoma en su rostro.

«Pues no sé si me gusta, nunca he probado. Seguiré manteniéndolo en secreto».

Sus manos se desplazan por toda mi espalda y su boca saborea parte de mi cuello. El desenfreno se apodera de nosotros y, como dos torbellinos ansiosos, nos desabrochamos los pantalones con intención de culminar y acabar con nuestras ganas. Pero…

¡Pom pom!

«¿Perdona? Creía que esto solo pasaba en mi bañera».

—¡Javier! —Manolo llamando.

—¡Escóndete! —me dice.

¿Que me esconda? Estamos en un despacho de siete metros cuadrados, ¿y me pide que me esconda? ¿Es que no piensa?

«Algún fallo tenía que tener».

Mientras él se presiona el miembro, deduzco que para bajar el calentón, yo no encuentro otra solución que meterme bajo la mesa, ya que en este diminuto despacho pocos escondrijos hay, así que afianzada a mi bolso me quedo paralizada entre estas cuatro patas. Rezando en silencio estoy para que Manolo no de la vuelta a la mesa y me vea. Javier abre la puerta y empieza la angustia.

—¿Has visto a Lola? —Manolo me busca.

—No. ¿Sucede algo?

—Espero que no. Se habrá retrasado.

—¿Te dijo que vendría?

—Sí, cuando me avisa es porque viene a primera hora. Supongo que le habrá surgido algún inconveniente.

—Podemos llamarla.

«¡Pero, ¿qué dice?!»

—No, no importa, esperaré un poco y si no aparece la llamaré.

—Espera, te veo intranquilo. La llamamos.

«¿Que me va a llamar? Como suene el teléfono le corto los huevos».

—Supongo que vendrá en cualquier momento —aventura Manolo.

—Bueno, llamamos y nos quedamos tranquilos.

«¿Cómo? ¿De qué va?»

Rápida y en silencio, abro el bolso y apago el teléfono. No quiero que me pille aquí. Pasa un minuto…

—Apagado o fuera de cobertura. ¿Crees que le ha pasado algo? —apunta Javier.

«¿Que si me ha pasado? Te vas a enterar cuando salga de aquí».

—No, no creo, luego la llamaré. —Manolo se va.

Paralizada todavía por el susto, sigo escondida en la improvisada cueva viendo cómo se acerca y se sienta en la silla frente a mí. Le miro preguntándome a qué narices ha venido lo de la llamada.

—Pero, ¿qué haces ahí? Manolo te está buscando —bromea el cabrón.

—¿A ti qué te pasa? ¿Has olvidado tus películas porno y te diviertes conmigo? —Enfadada y viendo que él se ríe, salgo de la cueva.

—Sabía que te daría tiempo a apagarlo.

—Habría sido más fácil no llamar.

—La tensión es un componente más, ven aquí. —Me agarra y me sienta en sus muslos.

—Ni hablar, me voy.

—No vas a ninguna parte.

Me afianza con sus brazos y me muero de gusto, pero no se lo haré saber.

—Sí, me voy, así que vas a soltar tus brazos…, ya. —Finjo enfado.

—Está bien… —Me deja ir y duda—. ¿La cena sigue en pie?

Me dirijo hacia la puerta, él me sigue y siento que todo esto cada vez me gusta más. Reclino mi espalda esperando a que se acerque, callo, observo, al final respondo.

—A las nueve —informo y no puedo evitar que mi sonrisa reluzca.

Apoyando sus manos en la puerta a cada lado de mí, me acorrala y me besa.

—Quedamos a las siete —afirma.

—Eso es muy pronto para cenar. —Le devuelvo los besos.

—¡Calla…! ¡Que no sé si aguantaré…! ¡Me tienes loco…! Podemos hacer algo antes de cenar…

Algo, ¿como qué?

«¿Qué va a ser Lola…?, no seas ingenua».

—A las ocho. Lo de la alianza, ¿era cierto…, no tienes mujer? —Me aseguro por si acaso.

—No. ¿Puede ser a las seis? —Sonríe.

—A las ocho, ¿ni novia?

—No tengo nada. ¿A las cinco?

Me está comiendo el cuello, no salgo de aquí hoy.

—Vale, a las siete. Suéltame ya.

—No puedo… —Su sonrisa me lanza un mensaje de impaciencia, el mismo que su zona al frotarse en mí.

—Tendrás que soltarme, de lo contrario la cena será a las diez.

—Vaaaale… —Desiste.

No quería que me soltase, estaba flotando; nunca me había sentido tan…, esa mezcla de

sensaciones que te aseguran que no hay nada en el mundo comparable a ese momento. Y entonces es cuando aparece mi «yo» endemoniada para darme lecciones de sensatez.

«Te estás perdiendo, Lola, el tipo este no conoce aquí a nadie y te ha visto con ganas de un buen polvo. Seguro que está convencido de que él es el mejor polvo del universo y ha decidido brindártelo, y aquí te tiene, perdida y atontada.

»¡¡Qué pesada…!!, a ver si te callas.

Salgo de la oficina, con la temperatura del infierno metida en el alma y entusiasmada como una quinceañera. Deduzco por intuición lo de quinceañera, porque a mis quince años yo nunca sentí esto. No sabría decir si ha habido una explosión dentro de mí, o si es que mis entrañas se han fundido. Lo que tengo claro es que, enloquecida, estoy necesitando contarlo. Saco mi teléfono y no tardo en escribirle un mensaje a Olga.

Lola 09:40: Me han comido la boca. Stop. Me he comido su boca. Stop. Cena esta noche. Stop. Me ha dicho: me tienes loco. Stop. Olgaaaaa, me derrito.

Olga 09:45: ¿Qué dices? No me lo puedo creer. Golfa, al final te vas a tirar al monumento.

Lola 09:46: Síií, y… tengo un problema de los gordos y no te lo quiero contar.

Olga 09:47: No me digas más…, después de comer me presento en tu casa. Prepara café.

Olga sabe perfectamente cuál es mi problema; este hombre me está tocando la fibra y se está inmiscuyendo en el bombeo de mi corazón, haciendo que este, lata con irregularidad. Justo lo que ella anda diciéndome que evite. Pero es que, a ver…, ¿cómo le explico yo a un órgano que tiene la peculiaridad de ir por libre, que solo quiero un buen rato de pasión, con un final esplendoroso, de esos que te hacen gritar y que algunas personas dicen que existen? Eso es muy largo, y no lo entendería; evitaremos las explicaciones.

En estos momentos volvería a llamar a mi psicólogo para contarle lo efusiva y positiva que estoy.

Una interminable mañana de trabajo por fin acaba, y al llegar a casa debo afrontar la parte más delicada, hoy es martes y tengo que ingeniármelas para explicarle a mi hija que esta noche ceno fuera. Estamos comiendo y no encuentro el momento, últimamente las conversaciones se centran bastante en ella; la pobre sigue sin encontrar trabajo. El condicionante de la experiencia siempre está presente en las entrevistas, y con dieciocho años eso no se tiene, así que ya me veo en el AVE visitando la capital. No sé qué pasa hoy, la noto ausente, parece que me rehúye la mirada; puede que no haya elegido el mejor día para tener plan. Con las ganas que tengo.

—Esta noche tengo que salir. —Al final me decido.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Una cena de trabajo.

—¿Cena de trabajo? ¿Desde cuándo tienes cenas de trabajo?

—Desde hoy la primera. —Me preparo por si surge repetir.

—¿Has quedado con un hombre?

¡Qué lista es la *jodía*!

—¿Por qué dices eso? He dicho trabajo.

—Ya, y pregunto. ¿Has quedado con un hombre?

—Da igual que sea un hombre o una mujer —para nada—, es trabajo.

—Claro. —Me mira recelosa—. Procura que no te vuelvan a hacer daño.

—Lo sé hija, tranquila, eso no volverá a suceder. No deberías pensar que todos los hombres son iguales, ni todas las mujeres. Que te engañen una vez no tiene por qué pasar siempre. Además, para tu tranquilidad te diré que no he quedado con nadie que ponga en peligro mi estabilidad emocional. —Ni yo me creo lo que acabo de decir.

—¿Es un amigo?

—No exactamente, y como veo que insistes te daré más información para que quedes tranquila, no Manolo por supuesto, otro superior. Ha venido nuevo y no conoce a nadie aquí, me ha invitado a cenar y me ha parecido descortés rechazarle, puesto que él ha sido quien me ha devuelto a supervisión. Me sentía en la obligación de aceptar, así que, como ves, solo es por trabajo. Yo casi no tengo tiempo de ir a la oficina y al no coincidir, hay cosas que se van quedando pendientes. Por ello, él ha pensado lo de la cena y no veo nada malo en adelantar trabajo. Yo soy la más interesada en que todo funcione. Pero si no te parece bien ahora mismo le llamo y lo cancelo. —Temblando estoy de que Sara pronuncie el verbo «cancelar» en cualquiera de sus conjugaciones.

—No, yo me iré a casa de Patri, creo que iban al cine, me quedaré allí a dormir. Antes tengo algo que contarte… Importante.

—¿Importante? Ya me estás asustando. —Ya sabía yo que algo le pasaba.

—Yo entiendo tus necesidades, y te vas a cenar con… «trabajo» —no se ha creído nada—, y ahora tienes que entender tú las mías.

—De acuerdo, te escucho.

—Envié unas fotos a una agencia. Fotos mías, de mi rostro.

—¿Cómo que fotos tuyas?

—Sí, buscaban una modelo no profesional, el anuncio: ponía rostro desconocido para imagen. Contrato por sesión, bien remunerado. Lo de bien remunerado era tentador.

—¿Se puede saber por qué haces las cosas sin consultarme? ¿Sabes la cantidad de pervertidos que se dedican a hacer fotos a jóvenes desconocidas?

—Sabía que dirías eso y no me dejarías ir. Ya soy mayor de edad, y sé distinguir a los babosos. Esto es una agencia y mira tú por dónde, me han llamado. Son unas fotos para una nueva firma de rímel y mis pestañas son ideales. —Sonríe orgullosa.

—¿En serio? Pero… esto… ¿es serio?

—Claro que es serio, es una agencia, mamá. Firmaré un contrato de un día, me pagan muy bien y me dan de comer. Si por contratiempos hubiese que ir otro día, sería más dinero, y si la campaña da buen resultado me llamarán más veces y subirá mi caché. Me han dicho, que si te llaman en más de cuatro o cinco ocasiones, ya va todo rodado y ya estás dentro.

—¡Vaya! Es…, debería ir contigo, por si acaso. No me fío.

—No hace falta, ya me han asignado una agente que me acompañará en todo momento; me siento como «La Pe». Además, lo consulté, porque sabía que ibas a querer inspeccionar y no quieren estorbos. Soy mayor de edad y no necesito acompañante. —Me mira con retintín.

—Ahora resulta que soy un estorbo, anda dame un beso. Estoy muy contenta por ti, a pesar de que esto te acerca más a mi perdición.

—Tu perdición es mi ilusión, mamá, no lo olvides.

—Lo sé, hija, llevo tiempo pensando en ceder. Solo me estaba dando un poco de tiempo para asimilarlo.

—¿Lo dices de verdad?

—Aunque me duela…, sí, hija, sí.

Sara me abraza; nunca imaginó que yo podría ceder por voluntad propia. Ni yo. El hecho de haber criado a mis hijas sola, durante su corta adolescencia, ya que se vieron obligadas a madurar demasiado pronto, ha provocado que yo me negase a ver que crecían y a no asimilar que se iban convirtiendo en adultas. Nunca dejo de verlas como unas niñas, siempre temo por todo, incluso en ocasiones me planteo la posibilidad de que se queden en mi regazo por los restos. Soy

consciente del sinsentido de ese pensamiento y poco a poco voy aprendiendo a soportar su independencia. Alarmadas por el sonido del timbre nos separamos. Debe ser Olga, y saliendo a abrir miro mi móvil y compruebo que tengo cinco mensajes del coordinador. Debería cambiar el contacto por «el portento», bueno, esperaré a ver qué tal funciona. Mis mariquitas se ríen a carcajadas imaginando su funcionamiento.

Coordinador 16:29: Prefiero café.

Coordinador 16:30: ¿Quedamos a las cinco?

Coordinador 16:55: Estoy saliendo.

Coordinador 17:00: ¿Estás lista?

Coordinador 17:02: Llegando.

Abro la puerta y asustada le muestro la pantalla de mi teléfono a Olga.

—Esto no será verdad… —espeto atacada.

—Te está poniendo nerviosa a posta. Escríbele y dile que se está retrasando. Ponme un solo muy cargado que esta noche chateamos.

—¡Calla! ¿Estás loca? No le voy a decir eso.

Lola 17:06: Ni tan siquiera me he duchado. Tendrá que ser a las siete.

Coordinador 17:07: No deberías hablarme de tus duchas.

Lola 17:08: A las siete.

Coordinador 17:08: Da igual de lo que me hables.

«¡¡Madre mía de mi vida!!».

—¿Vas a contarme cómo ha sido? ¿O he venido para ver cómo chateas con él? —Olga se impacienta.

—Si vieras lo que me escribe, me entenderías. —Me río—. Te cuento. Cuando he subido…, pues nada, que me dice el machote que ya no le apetece la cena. Y claro, te puedes imaginar mi cabreo, hecha un toro me iba, y…

—¿Y…?

—Me ha agarrado de la camisa frenándome, me ha llamado *Looobaaa* —hago énfasis—, y me he puesto cachonda, porque ese «Loba», ha sonado a merengue entre sus dientes, y el merengue me lo he comido todito todo.

—Te estás poniendo calentorra contándolo, ¡ja, ja, ja!

—¡No me seas burra…! Parecíamos dos salvajes, hasta que ha llegado Manolo, que al parecer, se ha puesto de acuerdo contigo para joderme las alegrías.

—O sea, que esta noche caes.

—Él, cae él…, otro mensaje.

Miro mi teléfono.

Coordinador 17:18: ¿Dónde te apetece cenar? Soy nuevo en la ciudad.

Lola 17:19: Marismar, un sitio tranquilo con buena comida, te gustará. Te paso la ubicación. Yo iré caminando, está cerca de casa.

Coordinador 17:20: Ok, yo también caminaré. Beso.

Recuerdo la canción de Umberto Tozzi, *Yo caminaré*, y seguía: *tú me seguirás, beberemos del amor*, En estos momentos tengo una sed que me muero. Olga me sigue hablando.

—Bien, bonita, y…, ¿el problema que no me quieres contar? Te estás pillando.

—No me riñas…, no puedo evitarlo. ¿Tú le has visto? ¿Has visto cómo me mira?

—No te pienso reñir, pero él, no creo que sea de esos tipos que te mandan flores y deciden conquistarte. Yo diría que parece de los que tenías que buscar tú, un polvo, dos como mucho y a otra cosa.

—¿Solo dos? ¿No podrían ser cuatro o cinco? —Reímos.

—No diré nada más. Eso sí, cuando te lo tires un par de veces y se largue, no te sientas utilizada. Solo tienes que disfrutar del sexo igual que lo hará él.

Olga se marcha, no sin antes advertirme treinta y nueve veces de que la llame al regreso de la velada. Asegura no tener intención de conciliar el sueño hasta conocer los pormenores de la cita. Yo espero contarle los *pormayores*, esta mañana la cosa prometía.

Mi amiga me ha ayudado a elegir un vestido discreto, tampoco se trata de llevar un letrero escrito que ponga lo ansiosa que estoy por culminar la noche.

Por fin el reloj marca las seis y media, Sara ya se ha ido con su hermana, y también ella me ha avisado de que llame al regresar a casa para comunicarle que he llegado bien. A veces creo que intercambiamos roles. Bajando por el ascensor un mensaje de Olga.

Olga 18:32: Disfruta y no olvides llamarme.

¿No se da cuenta de que la intención es regresar en estado de levitación completamente abducida por los placeres que espero me proporcionen? No creo que esté para llamadas. Si todo va como espero, lo único que tengo claro es que regresaré flotando.

Salgo a la calle y me dispongo a ir al lugar dando un paseo. Durante el trayecto no dejo de repetirme tres palabras: «Te lo tiras y te olvidas». ¿Son seis? Bueno, es que las tres primeras son las que más me interesan.

Estoy llegando y en mí hay una mezcla de sensaciones que disparan mi nervadura, haciéndome tambalear mientras voy dando pasos sobre mis tacones; en mi interior algo me dice que será una cita de lo más especial. A mi Lola endemoniada no quiero ni escucharla. Giro la esquina y le veo, y…

«¡¿Cómo puede un tío estar tan bueno?!».

Me acerco y saludo.

—Hola.

—Hola, Lola. —Esta vez no se le ha escapado lo de Loba.

—¿No estarás aquí desde las cinco?

—Casi. —Sonríe—. Hace quince minutos que he llegado.

Ni un beso ni nada, creo que hay tensión, y deseo, mucho deseo. Es demasiado temprano para cenar, así que decidimos iniciar la cita entrando a un local de copas cercano. Nos sentamos en una mesa y pedimos un vino.

«Lola, solo te falta la bañera y el ventanal, la compañía y el vino son inmejorables».

Iniciamos una charla y me relajo hasta el punto de que olvido el objetivo de la cita —tirármelo —. Me cuenta un poco su vida: separado, vive en un pueblo de León. Comparte casa con su hija y la pareja de esta. Sus padres fallecieron hace unos años víctimas de diferentes cánceres. Una única familia por parte materna, que reside en la capital leonesa a la que solo ve en celebraciones y funerales, pero con la que siente una gran unión. Tan solo tiene una hermana, Estrella, a la que al nacer llamaron Julián, con la que mantiene una relación limitada debido a que ella reside en Tenerife. Dedicada a organizar todo tipo de eventos, asegura que es la estrella de la familia, después de que durante muchos años ocupase el lugar de garbanzo negro repudiado por muchos, en concreto por la familia paterna con la que la relación es inexistente.

—Debe ser difícil estar tan lejos. ¿Cómo podéis llevarlo? —pregunto.

—Ahora, a pesar de la distancia, bastante bien. Estos últimos años nos hemos unido mucho más. Fue un gran apoyo cuando me separé, para mí y sobre todo para mi exmujer y para mi hija. Estrella es alguien muy especial, siempre saca tiempo para hacerte una llamada, nunca se deprime, siempre camina hacia adelante. Incluso cuando esta vida cruel se ensañó con ella, jamás

dejó de caminar, obligándonos a todos a seguir sus pasos. Era ella la que nos impulsaba haciéndonos ver que las lágrimas, la rabia y la impotencia no solucionan nada. Solo la lucha y seguir la marcha te ofrece la posibilidad de mejorar todo, incluso la visión que percibes de tus enemigos, incluso la visión que tus enemigos perciben de ti. Así es ella.

Estoy descubriendo a un Javier que nada tiene que ver con el que hace unas horas me comía la boca.

—Se nota que la echas de menos.

—No creas, ella siempre está pendiente de todos y no da lugar a que se la añore, pero sí, creo que debería llamarla. —Sonríe—. ¿Y tú? Cuéntame…, ¿separada?, ¿divorciada?, ¿familia? Ya sé que tienes hijas.

—No te lo creerás, yo, abandonada. Se fue con una dominicana a disfrutar de todos nuestros ahorros.

—¿En serio? Hubo una época en la que internet hizo mucho daño.

—Todos teníamos acceso a internet, el daño lo hacen algunas personas que olvidan hacer las cosas bien para no dañar a otras. Podía haber pedido la separación, decirme que ya no me quería, lo que sea, antes que largarse y desaparecer olvidando que tenía dos hijas y unos padres que hasta la fecha no saben nada de él. Eso es imperdonable, y no por mis hijas que lo tienen más que superado, pero sus padres, no creo que lo asimilen jamás; ni una llamada, ni una carta… Para mí, al principio fue traumático, ahora creo que incluso le regalaría la casa para que se marchase de nuevo. Perdí estabilidad y me costó mucho superar aquello, sin trabajo, dos niñas, me vi perdida.

—Tranquilidad y seguridad, al final te acostumbras, aun faltando otras cosas.

—Supongo que sí.

Respondo conformista. Aquí vendría al pelo lo de «al menos tenía seguridad y tranquilidad». Para llorar…

—¿Le recuerdas?

—No, ni un minuto. Ahora sin él soy mucho más feliz. Comparto mi vida con mis hijas, mis suegros que son como unos padres y tía Juana, que tampoco me falla. Mis padres también fallecieron en un accidente de tráfico; yo… prefiero no hablar de eso. Bueno y ella, Olga, que sin ser de la familia es mi apoyo más fundamental…, esa eterna amiga que siempre está para apoyarte o para darte un par de bofetones cuando los mereces.

—Olga, ¿sois muy amigas?

—Sí, desde la infancia. Yo le di el trabajo en la empresa.

—¿Te has dado cuenta de que son las nueve? Deberíamos ir al restaurante.

Salimos del lugar para dirigirnos al restaurante. Entrando, él le dice al camarero que tiene una reserva y este nos indica que le sigamos. Al fondo diviso en una esquina una mesa para dos apartada del resto de comensales, adornada con velas metidas en una especie de pecera de cristal llena de flores secas.

«Esa no será tu mesa, Lola».

Pues sí, es mi mesa, y me siento en ella con la grata sensación de que todo está siendo perfecto, porque, aunque el *modelazo* este tenía pinta de hombre duro ligón e irresistible, está cambiando de forma y se está convirtiendo en un ser tierno de carne y hueso, con corazoncito, e igualmente irresistible.

La noche va avanzando y lo que se inició como una necesidad sexual se está convirtiendo en una de las mejores veladas de mi vida, y por su rostro juraría que su opinión poco dista de la mía. Hemos hablado de casi todo, me ha contado sus aficiones, le encanta el cine clásico igual que a mí, esto es muy curioso. Tiene un gran sentido del humor, utiliza la ironía en repetidas ocasiones

y se ríe frecuentemente de sí mismo. Al contrario de lo que esperaba no ha habido miradas de fuego, no ha habido silencios de esos que queman por dentro, no ha habido intención alguna de calentar el ambiente. Parecemos dos compañeros de trabajo que intentan socializar sin ningún otro pretexto. Mis pensamientos y mis deseos siguen viajando por libre y no olvidan cuál era el sentido de esta cita, a pesar de que no me importaría olvidarlo y seguir toda la noche sentados en esta mesa compartiendo palabras.

«¿Cuánto hace que no estabas con un hombre hablando, y que no se le notase que estaba deseando acabar para meter?

»¿Cuánto? Nunca.

»Exacto.

»Y espero que, aunque no se le note, no olvide que hemos venido a meter.

Llega la hora de pedir el postre y como por arte de magia, los momentos tensos hacen acto de presencia. Llega el *post-postre* y en este instante, deseando que se pare el tiempo para no desprenderme de la compañía, me levanto, necesito ir al baño a respirar y poner los pies en el suelo, porque por un momento pienso que voy a despertar. Envío un mensaje a Olga.

Lola 23:37: Impresionada. Estoy en las nubes. Me encanta, nada que ver con lo que su aspecto parece dibujar de él, y no creo que pase nada. La cosa está tranquila. Mañana te llamo.

Olga 23:39: Si llamas mañana no pegaré ojo en toda la noche. Estás pillada hasta las pestañas. ¡Meeecc! Peligro. Tíratelo para que se te pase.

Salgo del baño para regresar a la mesa, parece que su semblante ha cambiado y está un tanto serio. No quiero pensar que tal vez mi compañía no haya sido de su agrado, y prefiero centrarme en los cafés que posan sobre la mesa, convenciéndome de que su objetivo es mantenerse despierto para que la velada no llegue a su fin. Me siento de nuevo

—No sabía si querías y te lo he pedido —señala el café—, por cierto, creo que he cometido un error.

«¡¿Error?! ¿Qué error? Ya empezamos con los arrepentimientos».

Lo sabía. Ya me parecía a mí que todo era demasiado perfecto. No quise escuchar a mi Lola endemoniada y aquí lo tengo, arrepentido de haber quedado. ¿Por qué? Pues no lo sé. Tal vez porque ha recapacitado sobre la relación laboral que nos une, tal vez por exceso de charla, tal vez por la inexistencia de besos, tal vez porque no me he puesto la camisa con botones, tal vez porque es martes… ¿Qué más da el motivo? Para mí está siendo una velada inigualable y él la califica de error. Desgarrada por dentro intento fingir naturalidad y quitarle importancia a lo que me está partiendo el alma.

—Ya te dije que era un error esta cita, pero insististe tanto...

Calla, me observa, sonríe y me descoloca.

—No era ese el error… No te he dicho lo extremadamente preciosa que estás esta noche… —Sin dejar de sonreír espera mi reacción.

¿Mi reacción…? Querer acoplarme a su boca. Me contengo.

—¿Lo haces aposta? Seguro que sí. —Y le lanzo el sobre del azúcar.

—Eso te pasa por adelantarte.

—¿Siempre eres tan…, gracioso?

—Lo cierto es que no…, suelo ir más al grano.

—No dejas de jugar conmigo. —Bajo mi mirada.

—Qué va. —Se acerca y susurra—. El juego todavía no ha empezado.

Se ha acabado la charla, y han entrado las doscientas mariquitas en medio del tsunami de ciento treinta y ocho grados, haciendo *rafting*. Recuerdo lo que le he dicho a Olga hace un

momento, «no creo que pase nada», y a cada segundo que adelantan las manecillas del reloj, y a cada sorbo de café, y a cada sonrisa, más convencida estoy de que me muero porque pase «todo».

Después de pagar la cuenta salimos del local. Ya en la calle, un extraña sensación de timidez en mí, no me deja mirarle a los ojos. También él parece reaccionar de igual modo que yo. Parecemos dos extraños que acabamos de empezar una cita a ciegas y nada tiene que ver con los momentos calurosos que hemos vivido esta mañana. Esta velada lo ha cambiado todo y sin saber por qué, me tenso, incierta a la vez que deseosa por lo que intuyo que se puede avecinar. Quietos en la acera, mirando a cualquier parte de la solitaria calle, ninguno se atreve a decir nada, hasta que él decide romper el silencio.

—¿Por aquí o por allí? —Señala a ambos lados de la calle.

—Yo vivo hacia ese lado —respondo.

—Yo por allí. —Señala la dirección opuesta.

Fijando sus pupilas en las mías, retrocede unos pasos hacia la dirección que ha indicado que se encuentra su casa. Yo, inmóvil, poseída por los temblores que me invaden como a una chiquilla, y no sabiendo cómo reaccionar, me limito a retener esa deslumbradora mirada. Él extiende la mano en señal de querer coger la mía y de nuevo rompe el silencio.

—¿Vas a venir o voy a por ti?

¡Uf!, voy, claro que voy, empiezo a caminar y llego hasta él para coger su mano. No solo me agarro a su mano, nuestras bocas se adhieren como imanes que no necesitan ser dirigidos.

—No te vas a escapar… —me dice muy cerca.

—¿Ha parecido que quería escapar?

—Un poco.

—Te equivocas.

Entrelazando cuerpos, con la ayuda de nuestros brazos, iniciamos el trayecto hasta nuestro destino. De fondo una luna llena gritándome que la noche apenas acaba de comenzar, y en mi cintura sus dedos presionan atrayéndome hacia él para robarme acalorados besos.

Lo de robar es una expresión, porque yo le entrego todo voluntariosamente.

Hemos llegado al portal y sin saber por qué, como un jarro de agua fría, un acto reflejo me frena. Me froto la frente, soplo, me confundo… Él espera expectante sin saber qué me está sucediendo, y un pensamiento carga mi conciencia no dejándome avanzar.

—Creo que…, no sé…, quizás no sea buena idea —hablo algo confundida.

—¿Cómo dices?

Capítulo 6

—¡¿Cómo dices?! —interpela receloso.

—No sé si es buena idea esto, tal vez no debería subir. Eres mi jefe y…

—¿Lo dices en serio? Te juro que te despido ahora mismo. —Sus ojos y su boca no pueden ser más claros.

Ya hay un motivo para no retroceder.

«Nena, tienes que mantener tu puesto de trabajo, así que a subir».

Es la excusa perfecta, porque lo estoy deseando y, sin más titubeos, decidida cruzo el umbral. Entramos en el ascensor, él pulsa el botón con el número cinco y pienso: «De aquí al quinto se me caen las bragas». Y ahí, ya dejo mi mente en blanco cuando me veo abordada por él, comiéndome la boca y convirtiéndome en un terremoto sin control. Quiero tomar también las riendas y lo estampo contra la pared del elevador, ansiosa por desabrocharle la camisa y saborear todo lo que ahí se esconde. El ascensor sube lentamente y eso nos da tiempo para jugar al intercambio de posiciones. Me coloca de cara al espejo y a través de él, fija su mirada en la mía, al tiempo que frota su miembro en mi trasero sin que yo pueda evitar querer colisionar con él.

—Antes de llegar al quinto te bajo las bragas. —Descontrolado piensa lo mismo que yo.

Necesito tocarle, intento bajarle la bragueta, pero su mano me lo impide. Acabo de darme cuenta de que el ascensor está parado, porque abre y me saca de allí llevándome con él. Llegamos a su puerta y mientras intenta abrirla, sin dejar de mirarme con esos ojos perversos, yo, me apoyo en la pared a su lado. No acierta con las llaves y entre tanto aprovecho para meterle mano entre la camisa y su espalda, la boca también la coloco en esa parte que cubre su bíceps. Voy a ir más allá, estoy lanzada y no quiero controlar nada, así que me meto entre él y la puerta; le está costando horrores abrirla y al final acabaremos haciéndolo en el rellano. Por fin consigue meter la llave en la cerradura, pero sintiéndose acosado por mí, la deja y emplea sus manos en aplastarme los pechos. Yo intento desabrochar la hebilla de su cinturón y abrir el botón del pantalón, para poder introducir la mano. Palpo, toco, tanteo, manoseo…, el calzoncillo va a reventar.

—¿Lo hacemos aquí? —me dice aturullado sin dejar de besarme.

—Es peligroso.

—Y morboso.

—Muy peligroso —insisto.

—Y muy morboso —insiste.

Lo de hacerlo en el rellano me tienta, pero tengo miedo de que nos oigan, ya que presiento que muy silencioso no va a ser. Me giro, y como puedo intento abrir la puerta, porque esos agarres en mi cadera para seguir frotándose en mis nalgas no me dejan coordinar las manos; ni las manos ni ninguna parte de mi cuerpo. Ya me tiene hipnotizada y convencida de que en cualquier momento voy a perder el sentido. Por fin consigo abrir, entramos, y necesito preguntar algo:

—¿Tienes precaución?

—Claro, ¿y tú?

—No.

—No puedes salir a cenar con intención de rematar sin llevar precaución.

«No pretenderá en este momento darme una clase de planificación familiar».

—No pensaba rematar… —Le vacilo.

—Mentirosa… —dice clavando su lengua en mi oreja.

Se separa de mí buscando su cartera y saca uno. Al mismo tiempo, ansiosa, me quito el vestido, y al verme tan solo con las medias y ropa interior, me riñe.

—¿Quién te ha dicho que te quites la ropa?

—Nadie, prepárate que voy a por la tuya. —En estos momentos ningún felino se puede comparar conmigo. Estoy hecha una fiera.

—Relájate, preciosa…, esto lo vamos a disfrutar despacito. Empieza por desnudarme y para el resto tenemos toda la noche.

Ahí se acaban las prisas, ya estoy aquí y voy a saborear al máximo este bombón. Con cierta lentitud, empiezo a quitarle la camisa y observo ese pecho, con la suficiente cantidad de vello como para que mis manos se deslicen sobre él, percibiendo ese suave cosquilleo que me incita a no parar. Mis labios deciden acompañar a mis manos en ese excitante paseo, absorbiendo el placer de sentir el tacto de las yemas de mis dedos por su cuerpo; su torso, sus hombros, sus fornidos brazos, su vientre, esa espalda recta que me desenfrena.

Me recreo en todo, él se deja hacer sobreponiendo sus manos sobre las mías y estos veinte dedos siguen caminando por su piel. Hasta que decido que ha llegado el momento de desnudar su parte inferior, y entonces poso sus palmas sobre mi cabeza para que me acompañe en la bajada. Sin despegar mis labios de su cuerpo, beso a beso inicio el descenso hasta llegar a mi destino.

Con mis rodillas ya apoyadas en el suelo para disfrutar de la visión y con mi rostro apenas a veinte centímetros de su paquete, le bajo los calzoncillos y me encuentro con «eso».

«¡Madre mía, Lola!».

«¡Sí, hija, madre mía de mi vida!

»Contorno XXL, ¡¡flipas!!

»Que no importa dicen… ¡JA!

Me levanta y me come a besos. No dejo de notar el tacto de sus manos en mi piel.

—Sigues tensa, Lola…, relájate.

—Estoy bien…

—No, no estás bien, bien vas a estar a partir de ahora.

No puedo estar más excitada; tengo una gran necesidad de cerrar mis ojos y perderme en la lujuria de este juego.

—No te oigo… —murmura con su boca apoyada en la parte trasera de mi cabeza.

—¿Qué…?

—No te oigo, ¿dónde están los aullidos de esta loba…?

Por fin consigo relajar cada músculo de mi cuerpo y me dejo llevar hasta donde mi cuerpo sea capaz de soportar.

Y sí, he gritado. He gritado como una loba poseyendo a este monumento que no deja que me separe de él. Segura de que acabo de echar el polvo de mi vida, me pregunto qué estará pensando en este momento. La duda me corroe y decido preguntar.

—¿Qué piensas?

—¿Siempre eres tan fogosa? —Sonríe.

—¿Y tú?, ¿siempre acabas tan pronto? —Sonrío.

—¡Ja, ja, ja…! ¡Qué bruja eres!

Unas carcajadas asfixiantes nos invaden a ambos.

—No, no suelo ser tan fogosa —confieso.

—Yo puedo llegar a ser más rápido.

De nuevo las risas nos acompañan. Quedamos callados, y entonces a la vez que pasa sus dedos por mi nuca, haciendo que mis párpados oculten el placer que vomitan mis ojos, oigo esas

palabras en mi propia oscuridad.

—Ha sido exquisito, Lola.

Necesito mirarle.

—Exageras —digo observando su rostro complacido.

—No exagero.

—Eso se lo dirás a todas.

—¿No ha sido exquisito para ti?

Seré discreta y sincera.

—Sí.

—Pues lo mismo —responde.

Sonríe sin dejar de mirarme, sus dedos siguen jugando en la parte trasera de mi cuello. Me encanta este idílico momento, que muy lejos de parecer una primera cita y mucho menos una última, se está convirtiendo en algo especial.

Necesito recuperar mi aliento y él lo percibe. Generoso, me indica que me tumbe para reposar el placer. Él lo hace en el lado contrario del sofá, de modo que sus piernas cuelgan en el suelo y mis pies topan con su espalda. No deja de acariciarme el muslo; quiero quedarme así el resto de mis días.

Toca pensar.

«¿Y ahora qué? Ya te lo has tirado. ¿Vendrá eso de: ya te llamaré? O sea, "¿hastaluegomaricarmen?"».

Llamarme me llamará, trabajamos juntos, en cambio no es esa llamada en la que pienso. Recuerdo las palabras de Olga —«ya estás enchochada»—, y tiene razón, mi luz de alerta está a punto de pasar de naranja a rojo. Pero no al rojo de los semáforos que te indican que te quedes quieta. No, mi rojo de alerta es igual al de alerta roja en el mar, donde las olas pueden llegar a ser superiores a nueve metros, arrastrándote hasta lo más profundo del océano y no dejándote resurgir jamás. Lo que viene siendo un tsunami como el que siento dentro de mí cada vez que le veo.

Creo que estoy entrando en la fase *post-catástrofe* natural, en el desasosiego y el llanto, lamentando los daños personales y colaterales.

«Lola, acabas de tener dos orgasmos de los que creías que no existían y ¿estás pensando en daños?

»No tienes remedio.

Transcurrida casi una hora levanto mi cabeza y veo que duerme, no obstante, no me marcharé sin decir nada como hacen en las películas. Decido tocarle la pierna con discreción y al primer contacto abre esos lindos ojos.

—No quería despertarte, tengo que irme a casa, llamaré un taxi.

—No duermo —asegura—, sigo saboreando.

Las mariquitas tampoco van a dormir esta noche. Se incorpora y sigue hablando.

—No te dejaré llamar un taxi, ¿te apetece una ducha? A mí sí, solo serán diez minutos y luego te llevaré.

Sin saber muy bien el porqué, decido ducharme. Yo nunca hago estas cosas fuera de casa, no obstante, creo que no me vendrá mal un poco de agua para rebajar tanto ardor. Primero lo hace él, mientras yo espero fuera con una noria metida en mi cabeza, para no perder la costumbre. Finalizado su baño se envuelve con una toalla cubriéndose solo de cintura para abajo, haciendo que yo dude entre refrescarme o acalorarme de nuevo. Entro y abro el grifo para disfrutar como una condenada de estos chorros de agua, como si también purificase parte de mi vida. Una vez

acabada salgo y me envuelvo en la toalla, él sigue envuelto en la suya, y eso vuelve a ponerme en peligro, obligándome a intentar disimular. Me sitúo delante del espejo, me ordeno el pelo con las manos, veo que se acerca por detrás y…, no me gusta nada esa mirada.

«¿Que no te gusta?, sí te gusta, te vuelve loca».

Parece que se haya prohibido hablar con las cuerdas vocales y solo se permita el lenguaje visual, porque en silencio, esos ojos me susurran que esto no se ha acabado. Unos besos en mi hombro lo corroboran.

—Quiero pedirte algo, referente al trabajo —le digo.

—¿Trabajo? Los ascensos no dependen de mí. —Sonríe.

—Ya me has ascendido, ¿recuerdas? No, no es eso. No quiero que esto influya allí.

—No va a influir, yo soy un profesional y sé separar.

Sus dientes empiezan a rozar mi piel alcanzando mi cuello.

—¿Te has acostado alguna vez con una compañera? —pregunto.

—Nunca, no me gusta mezclar.

—Acabas de mezclar…

—Hasta ahora…

«Esos dientes…, ¡mmm… qué gustito!».

—Así, ¿cómo sabes que no va a influir? —insisto.

—Lo sé y punto.

—Lo sé y punto no es respuesta. —Erizado por completo me tiene el cuello.

—Acabas de follar conmigo y soy tu jefe, así que te tengo bajo control.

—Estás de coña… ¿Verdad…?

—Claro que estoy de coña…

—Deberías dejar de hacerme eso. —Mi cuello se está entregando a sus juegos haciendo que mi cabeza tambalee con cierto descontrol.

—Dejar de hacer ¿qué…?

—¡Esooo…! —Mi oreja toca mi hombro en posición «*presadevampiro*».

Sin cesar me responde.

—¿Te refieres a degustar esta parte de tu cuerpo…, tan excitante para mí…, que estoy a punto de morder… porque me está trastornando los sentidos… y que te está volviendo a convertir en una pieza de lo más vulnerable…, a la vez que apetecible?

«¡Uf! Síií, justo a eso».

—Sí, a eso… —confirmo.

—Ni yo quiero, ni tú quieres…, y si te estás calladita, me puedes demostrar otra vez lo bien que lo haces, y no te despediré.

Su mirada se fija de nuevo en la mía, provocando en mí esa sonrisa tonta que refleja las carcajadas de mis huesos porque sé que voy a repetir. Y, efectivamente, repite. Con delicadeza, comienza a saborear mis nalgas con sus dedos, marcando unos pequeños pellizquitos que hacen que de nuevo pierda el control. Se quita la toalla, y me aprieta, noto todo lo duro que está, y no puedo evitar cerrar mis ojos para entregarme de nuevo.

«Lola, otro, no te lo crees ni tú».

Y repetimos, aquí en el lavabo, de pie frente al espejo, observándonos, viendo como nuestra propia imagen estimula por partida doble la excitación que ya poseemos.

Sin aliento por el nuevo orgasmo, me dejo caer encima de mis brazos apoyándolos en el lavabo, asfixiada, pero encantada. Él se apoya sobre mi espalda y noto un ligero mordisco en ella que me provoca una agradable sensación de sabroso remate.

—Lola…

—¿Qué…?

—¿Estás bien?

—No…, me ahogo.

—¡Eso es que estás genial!

Sigue mirándome a través del espejo. Sonriendo, me rodea por la cintura y comienza a besar mi cuello. No hay forma de que aleje sus dientes de ahí.

—No me muerdas —le advierto.

—Qué difícil me lo pones.

Poco a poco va arrastrando sus incisivos hasta llegar a mi hombro y ahí…

—¡Ahgggrr! —Me duele.

—No me has dejado opción…

—¡Te he dicho que no me mordieras! Ha dolido.

—Creí que te referías al cuello. —Se ríe el muy canalla.

Me giro y me encaro a él, sigo rodeada por sus brazos y pregunto.

—¿Espectacular?

—Muy espectacular.

—Tú, sigues siendo muy rápido —bromeo y de nuevo reímos con ganas.

Se va haciendo tarde y tengo que volver a casa. Mi cabeza ha decidido que no voy a pensar más y por supuesto, esto no tengo claro cuánto durará, porque esta cabecita tiene la nefasta habilidad de ir por libre. Nos vestimos y vuelvo a insistir en el taxi.

—¿Hay algún taxista que te pone más que yo? Resulta sospechoso.

«Taxi descartado, Lola. Que te lleve a casa como a una princesa».

Subimos a su coche, y la cabeza que no va a parar jamás salvo que me la corte.

«Lola, ahora cuando llegues a casa cuidado. No le beses para despedirte o parecerá que ya estás pensando en boda, espera a ver qué hace él».

En el vehículo durante el trayecto, el silencio se apodera de la estancia. Apenas una pequeña alusión de los sabrosos alimentos ingeridos en la cena y al decorado del lugar, hasta que un semáforo le obliga a parar el coche. Yo no dejo de mirar la luz roja y presiento que él no deja de mirarme a mí, me giro, le miro, y espero.

—¿Estás bien? —Parece que le preocupo.

—Sí. —Y pienso: «Nunca he estado mejor en mi vida, aunque depende de lo que hagas a partir de ahora, puedo empeorar».

Llegando a casa, le he pedido que, por favor, meta el coche en el garaje, luego abriré la puerta de salida para que se marche. Quiero evitar miradas indiscretas de vecinas de esas que te observan, te espían, y luego pasan un informe detallado al resto de convecinos, la mayoría de las veces, haciendo uso de su extensa imaginación, con una versión muy distinta a la presenciada.

—Algunas vecinas solo están pendientes de si meto algún hombre en casa.

—No te preocupes, lo entiendo.

Esperamos y el portón acaba de abrirse, mete el coche, y da la vuelta hasta que le indico que frene cerca de la salida, otra vez me mira, otra vez le miro, él no dice nada…, pues nada, habrá que despedirse.

—Buenas noches.

—Buenas noches —responde.

Bajo del coche y… ¡Uf! Qué sensación tan horrorosa… Creo que ha sido el primer encuentro y el último. Me dirijo al ascensor escuchando el arrancar del motor, y ya está aquí el dichoso «al

menos».

«Bueno, “al menos” has descubierto que lo de gritar existe».

»¡Y un cuerno! Quiero volver a gritar con el *bombonazo*.

El sonido del motor me distrae, lo oigo cada vez más cerca, ¡qué raro! Me giro para comprobar a qué es debido y veo que, marcha atrás se va acercando hacia mím sin dejarme otra opción que la de apartarme a la derecha para evitar que me atropelle. Al parar a mi lado baja la ventanilla, me mira, sonríe, mira al frente, niega con la cabeza, no deja de sonreír, no tengo nada claro lo que está sucediendo y pregunto.

—¿Ocurre algo?

Vuelve a sonreír, agacha un poco la cabeza, vuelve a negar mirando el volante y vuelve a mirarme.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar.

—¿Subes?

¿Que suba al coche? No entiendo ahora nada. Subo, y al ver que circula me inquieto.

—¿Dónde vamos?

—Tranquila, a ninguna parte.

Circula apenas unas cuantas plazas para posicionarse en un rincón del garaje —eso me da una pista de que no piensa marcharse demasiado pronto—. De nuevo esboza una sonrisa y de nuevo me mira. Creo que me estoy percatando de lo que sucede; intuyo que quiere repetir, y me muero si me lo pide, pero no sé por qué, del mismo modo también intuyo que no me lo quiere pedir.

—¿Y bien? —digo.

—Es algo raro esto. —Para el motor y veo que cada vez sonríe más.

—¿Qué es raro? —Me contagia la sonrisa.

—Lo de «buenas noches» y ya está.

—¿Ya está? ¿Qué quieres decir?

—Pues…, echamos un buen polvo, ¿y solo me das las buenas noches?

—Han sido dos.

—Vale, dos buenos polvos… ¿Y ya está?

—No entiendo muy bien qué quieres…

—No sé…, tal vez un: «Lo he pasado bien». «Podemos repetir». «Quedamos otro día…». Si me dices que no te ha gustado no te pienso creer.

No me ha gustado dice… Si supiera.

—Ya. Entiendo. Tengo la sensación de que estás acostumbrado a que ellas te piden volver a verte y tú dices eso de «ya te llamaré». ¿Me equivoco?

—Más o menos… —De nuevo aflora su sonrisa.

—Y esperas que yo haga lo mismo.

—Lo espero. —Asiente intimidándome con la mirada.

—¿Para responder tú de igual modo que con las demás?

—Nunca se sabe…

Esos ojitos chocolate me están inflando, porque ya estoy casi segura de que quiere repetir. Ponderada, me arriesgo a saborear la dicha de que me lo pida.

—Bueno, creo que nunca sabré cuál hubiera sido tu respuesta.

—¿Eso por qué?

—Porque tu macho alfa lucha con mi ego de mujer fatal. Y creo que no va a haber entendimiento.

—Te haces la dura otra vez.

—Yo no me hice la dura, no quería quedar contigo, sin más.

—No me digas… —se acerca a mí—, te morías por cenar conmigo y por comerte los postres.

—No seas tan presuntuoso porque pierdes puntos.

—Dime una cosa…, ¿cuánto hacía que no estabas con un hombre?

—No creo que sea de tu incumbencia mis encuentros sexuales.

—Claro que no, es solo porque me has dicho que no solías ser tan fogosa, en cambio, abrasabas por dentro y por fuera, y yo creo que eso solo puede deberse a dos motivos, o hace demasiado que no estabas con alguien… —se acerca más—, o te he parecido sabroso a borbotones —se separa un poco—, y si es esto último, pienso que igual tú, sí quieres repetir.

—Qué sobrado estás tú… ¿No?

—¡No creas! ¿Cuánto hace?

Me ha molestado mucho que me pregunte por mi última vez. La última vez, sin contar mis bañeras, que evidentemente ya sé que no cuentan, fue con Carlos, y no me resulta nada agradable recordar aquello. Creo que acaba de fastidiarme la velada… Mi rostro cambia.

«Con lo bien que íbamos».

—¿He metido la pata? ¡Joder! Te acabo de recordar algo…, lo siento.

—No —niego—, no pasa nada.

—Sí pasa, acabo de fastidiar el final de la cita. ¡Mierda! —Sacude el volante—. Lo siento, soy un bocazas.

—Un poco…, pero no es nada importante. Fue hace unos ocho meses, y tuve que ir a terapia para deshacerme de la sensación que me dejó aquel sinvergüenza, haciéndome recordar lo vivido con mi exmarido. Así que, ya ves, lo tuyo tan solo ha sido por carencia.

—Lo siento, Lola…

—Tranquilo, consuélate pensando que has hecho un buen trabajo, estaría atrofiándoseme; en el fondo me has hecho un favor. —Le sonrío al mirarle para eliminar tensiones.

—¡Ja, ja, ja! Veo que tienes un buen sentido del humor, y eso me gusta. Creo que no hace falta que te demuestre que para nada ha sido un trabajo, y, ¿atrofiándose…? Yo diría que ha estado muy activo, espectacularmente activo.

Mis mariquitas sí se están volviendo espectacularmente activas.

—¿Y tú? ¿Tu última vez?

Se sorprende, no lo esperaba.

—No hace tanto como tú.

—Claro…, bichos raros como yo no puede haber muchos. —Vuelvo a sonreír.

—Tampoco ligo tanto como puedas creer, no soy de los que va a ciegas.

—¡Ah, ¿no?! ¿Y en qué te fijas?

—¡Bueeenooo…! Esto ya entra en confidencialidades, pero me apetece seguir la conversación. No me fijo en nada en concreto, de repente, si noto algo, me lanzo. Tiene que haber un mínimo de atracción, no me refiero a física, me refiero a miradas, palabras, gestos, ya sabes, lenguaje sensual. Si es ella la que se lanza pues depende de cómo lo haga; si se lo monta bien me dejo, si no, pongo cualquier excusa y me marcho.

—Te ibas a dejar con la rubia…, se te notaba.

—Ya salió la rubia, voy a pensar que estás celosa.

Se ríe haciendo ese comentario bromeando, claro que lo que él no sabe es que se acerca más a la realidad de lo que imagina.

—Recuerda que yo estaba allí, ella te entró y tú le seguiste el juego.

—¿Eso es lo que percibiste?

—Eso es lo que percibí.

—Pues te voy a contar algo, ahora que no nos escucha nadie. A mí, no me gusta acostarme con una mujer pensando en otra. Ya te he dicho que no soy de los que va a ciegas, así que la rubia no tenía posibilidades ningunas. Ella se acercó y me vino a huevo…

—¿A huevo para qué?

—Te fuiste echando chispas y eso te puso muy cachonda…

—Ni una cosa ni la otra. —Ha acertado las dos.

—Ya…, dime… —otra vez se acerca peligrosamente a mí—, ¿pensaste en mí, de «ese modo», esa noche? La intriga me corroe.

No quiero responder y esquivo con otra pregunta.

—¿Quién estaba en tu cabeza para no irte con la rubia?

—La de las chispas… —Cada vez está más cerca—. ¿Te acariciaste pensando en mí, Lola?

—No… —Este hombre me obliga a mentir.

Me está abrasando…, noto su aliento chocando en la comisura de mis labios, sabe que me está excitando y que de un momento a otro me lanzaré a comerme esa boca que roza la perfección; quiero contenerme y que no se salga con la suya.

—Dime que sí, Lola…

Definitivamente noto humedad en mis bragas y estoy a punto de bajármelas.

—Te mentiría…

Nuestros labios rozan nuestras caras, y yo no puedo más…, mis latidos se oyen hasta en la Conchinchina y creo que mi corazón va a explotar, cuando sin venir a cuento y de un modo brusco se separa.

—Está bien…, ¿lo echamos a piedra, papel o tijera? Quien pierda habla primero y pide repetir.

Qué facilidad para romper un momento tan, tan… «¡Me iba a correr, coño!».

—Ni hablar, a eso siempre pierdo. —Me niego.

—¿A pares o nones?

No puede ser verdad lo que está pasando. ¿Vamos a jugarnos quien pide nueva cita, cuando ambos nos morimos por ella? Esto es de locos.

—Esto es de locos… ¿En serio vamos a hacer esto?

—Elige… —Asiente con la cabeza.

—No me puedo creer que hagamos esto. Pares.

—Bien, yo nones.

Cerramos nuestros puños y le advierto de que no me haga trampas. Comienza el juego.

—Una…, dos…, y tres…

Saco dos dedos y él cuatro. Pares…, y gano. Boto de contenta a la vez que él se lamenta y de nuevo salen las risotadas. Parecemos dos críos peleando por quién entra a robar los chicles al súper de la esquina. Después de las risas me posiciono enfrentada a él y espero a que me pida eso por lo que yo también estoy ansiosa.

—Lo sabes ya, no hace falta que te lo diga.

¡Uff! Habla muy muy en serio, y a cada segundo me siento más encantada. Me acerco a él y dejo mi nariz casi pegada a la suya.

—Seguro que, si me lo pides, acabaré por aceptar.

—De acuerdo. ¿Te apetece repetir?

—¡Ja, ja, ja! Qué listo eres… ¿Eso es pedírmelo? Eso es preguntarme si me apetece.

—Pero te apetece…

Estas sabrosas carcajadas de nuevo se instalan en nosotros. Vuelvo a acercarme a él y casi

rozando sus labios voy a acabar con esta tontería.

—Atiende…, te voy a explicar cómo se pide una cosa…, pero no una cosa cualquiera, una cosa de estas. —Ya siento su pecho ensanchándose—. Necesito decirte algo que me corroe por dentro, si no lo exteriorizo moriré de pena, porque guardar este secreto me está quitando la vida. Es tal el ansia que mi cuerpo siente al estar junto a ti, que no imagino mi vida sin estos momentos. Deseo volver a compartir una romántica cena contigo, deseo con fervor volver a subirte en mi ascensor, volver a empotrarte en mi sofá, envolverte con mis toallas, y tengo un deseo loco de volver a vivir una noche de pasión. —Callo y me separo—. Así se hace… —Y le miro loca…, loca…, y loca.

Vuelvo a mi asiento y veo que sus ojos están desencajados y que el placer se ha apoderado de sus carnes. Por unos segundos me quedo quieta, impasible, esperando que hable.

—¡Qué bien te ha salido, Lola…! ¿Ves cómo tenías que decirlo tú?

¡Será mamón! En un arrebato empiezo a sacudir su hombro haciendo que él intente protegerse con las manos. Esto me pasa por imbécil y confiada. Al final acabamos de nuevo riendo y cada uno en nuestros asientos, suspiramos satisfechos por estos momentitos de tanto gustito. Me doy cuenta de que me siento tan feliz como en los momentos de pasión. Al final creo que ha decidido hablar; menciona mi nombre.

—Lola… —De nuevo se acerca hasta rozar su barbilla en mis pómulos.

—¿Qué…?

—No voy a ser tan fino… —Está muy cerca.

—No importa —respondo.

—Quiero repetir…, todo…, incluidos los polvos…, creo que eres…, ¡ha sido una noche inolvidable, loba…!

¡¡Mariquitas…, al recreo!!

¿Y ahora, qué? ¿Le digo lo que pienso? Porque no se lo va a creer. Aun con esas, me voy a soltar la melena y voy a seguir saboreando este caramelito mientras pueda; si van a ser dos o tres revolcones hay que ir haciendo camino…, allá voy,

—Pues yo…

—¿Sí…?

—Te comería aquí mismo otra vez.

Clava ese encendido marrón de sus ojos en los míos. Saca la llave del contacto, me la enseña a la vez que pulsa el botón de cerrar y se oye el ¡*clack!* que confirma que el coche está blindado. Después de soltar la llave se abalanza sobre mí y una vez más me hace arder metiendo su mano entre mis muslos.

—¿Circula mucha gente por aquí? —me pregunta.

—A estas horas nadie.

Le toco el pantalón y… ¡Por Dios! Esto no debe ser real, otra vez en proceso de erección.

Perdidamente cachonda me deshago de mis medias y de mi ropa interior…, no sé ni dónde colocar mis pies, en el salpicadero uno y el otro…, donde sea.

Sin poder dejar de gemir de nuevo me he sentido flotando en manos de este Lucifer que con sus dedos ha encontrado el punto G, y el M, y el S, y el Z de ¡Zasss…!

«Lola, ni en tu mejor bañera».

—Ya has repetido. ¿Ahora, sí, buenas noches?

—No me refería a repetir ahora. Esto ha sido cosa tuya.

—Claro, por eso traías otro preservativo. ¿O era por lo que te pudieses encontrar de camino a

casa? —Sonrío esperando su reacción.

—¡Ven aquí, Loba! —Me agarra la cabeza y me besa—. Una noche muy exquisita…, y suculento saber que aquella noche pensaste en mí. —Sonríe satisfecho—. Y, por supuesto, quiero repetir. ¿Te veré mañana por la oficina?

—Querrás decir dentro de un rato, y no; tengo trabajo en otro lugar.

—¿Cuándo te veré?

—No sé… ¿Cuándo quieres verme?

—¿El fin de semana?

—El fin de semana tengo planes con mis hijas que no puedo cancelar.

—¿Me vas a tener otra vez detrás de ti como un desesperado para volver a verte?

¿Ha dicho como un desesperado?

«Nena, vete o te pones cachonda otra vez».

—¿El viernes? —le digo.

—El viernes, ¿comemos juntos?

—De acuerdo.

Bajo del coche, abro el portón y me quedo mirando cómo se aleja, estoy por echar a correr tras él, pero no le alcanzaría, que si no…


La revolución
de las
mariquitas

Capítulo 7

Es casi de madrugada. Estoy entrando en el ascensor acompañada por mis doscientas mariquitas y con el tsunami de ciento treinta y ocho grados alterando todo mi cuerpo. Como había previsto, lo hago flotando e intentando asimilar si de verdad he vivido lo que he vivido o si la cabeza se me cayó hacia un lado de mi bañera y estoy por despertar. Recuerdo que tenía que escribir a Sara a mi llegada, busco el teléfono y compruebo la hora, las cuatro y treinta y ocho. «¡Madre mía, si es casi la hora de levantarme!». Veo que tengo mensajes, uno de mi hija y otros veintisiete de Olga con una pregunta repetitiva: «¿Te lo has tirado ya?». El mensaje de Sara dice: «Espero que lo del trabajo no se te haga muy pesado y al menos cenes bien. Besitos. Cuando llegues a casa me escribes».

Mi hija es muy astuta. Tengo claro que su única intención es saber a qué hora regreso, puesto que lo de la cena de trabajo, sé que no coló, y si encima, yo llego a las cinco de la mañana, pues alguna pista más le estoy dando. Respondo para que no crea que me ha pasado algo —me refiero a algo malo, porque pasarme sí me ha pasado y me ha encantado—. Si ella no me hubiese respondido a un mensaje mío yo me habría preocupado, así que no puedo evitar sentirme mal; primero, por no responder en su momento —estaba en las nubes y no podía bajar—, segundo, por mentir.

Mamá 04:55: Lo siento, Sara, llegué y me dormí en el sofá, olvidé responderte y acabo de despertar. Todo bien. Me voy a la cama.

En este mismo instante un mensaje entra a mi teléfono y… no me lo puedo creer.

Coordinador 04:56: Quiero repetir, todo y pronto. ¿Desayunamos?

Tengo miedo de dormirme y que al despertar esto haya sido producto de Morfeo, aunque las doscientas mariquitas siguen de paseo revoloteando en mi interior y no me van a dejar conciliar el sueño en el poco tiempo del que dispongo. Me coloco el queridísimo pijama de felpa y respondo a Olga para que cuando despierte tenga algo de información; ya le daré yo minuciosamente los detalles. Hago un pantallazo al mensaje de Javier y se lo envío.

Lola 05:09: Entrando en la cama, acaba de dejarme y ya me escribe esto. Olga, lo siento, no estoy enchochada. ¡ME TIENE LOCAA!, y el sexo… ¡¡UF!! Cambio nombre de contacto, pondría portento, de momento Javier.

Casi una hora ya metida en la cama, y no consigo conciliar el sueño. Lo sabía…, encima mañana a currar; bien podría ser sábado. Pienso en mis antiguos amantes, si es que se les puede llamar así. Hoy es una noche que me resulta inevitable comparar. Recuerdo muy lejano el sexo con mi marido, casi siempre dejándome a la espera de ese final feliz; seguro que a la dominicana no la deja a medias y, de verdad que ni me interesa. Aquel compañero de trabajo, Iván, siempre él encima y yo debajo o a la inversa, bastante aburrido. El bibliotecario, discretos finales sin más allá, y Carlos que «al menos» no me dejaba a medias, pero gritar no gritaba. Intento recordar algún encuentro de esos esporádicos a los que no vuelves a ver, y queda patente que ninguno dejó huella en mí. No dejo de preguntarme, de dónde ha salido este elemento que me ha hecho sentir el sexo como nadie, que fusiona las ganas de no querer acabar, con la necesidad de tener que repetir.

El vértigo aparece. Empiezo a darme cuenta de que esto no ha sido un revolcón sin más; soy consciente de que, a pesar de que quiere volver a verme, seguro que no tiene nada que ver con lo que yo empiezo a sentir. Y no pienso en la casita con jardín y los cuatro hijos, sin embargo, sí sería maravilloso pasar las siguientes nocheviejas juntos, y si es en la cama, pues de lo lindo;

fuera de la cama también es todo provecho. No me atormentaré pensando en las siguientes nocheviejas, igual un virus acaba en un par de meses con la humanidad y estoy desperdiciando mis horas pensando en lo inexistente. Voy a disfrutar, aprovechar cada encuentro y llevármelo a la cama en cada ocasión que se presente, sin pensar en ese futuro incierto que nada me ofrece.

Anoche —hace un rato—, apagué las alarmas. No me sentía capacitada para levantarme a la hora de siempre. Rebobinando las últimas veinticuatro horas vividas, no sé en qué momento debí caer, creo que no habré dormido más de cien minutos. Ya despierta, apenas puedo despegar mis párpados, y mi cuerpo se resiente de agujetas; eso me indica que lo vivido no ha sido un sueño. Pletórica y somnolienta me levanto, pongo la cafetera, y sin demorarlo más, leo el nuevo mensaje de mi amiga.

Olga 07:45: Define en la cama UF… Llámame en cuanto te levantes.

Lola 09:48: Sinónimos de «cama uf!!»: Potencia: 500%. Recuperación: 500%. Calidad: 1000 sobre 100. Satisfacción: Cuando crees que ya estás tocando el infinito..., y ni tan siquiera acabas de empezar.

Sé que Olga no se va a conformar con un mensaje. La llamaré.

—Buenos días —saludo.

—¡Por Dios, Lola! ¿Qué horas son estas? Me tienes en ascuas.

—Me acosté a las cinco y no sé ni a qué hora me dormí. Estoy molida.

—¿Vas a ir al trabajo?

—Que nadie se entere, me voy a tomar el día libre. Vente, tenemos que hablar.

Olga hoy no irá al trabajo, había compaginado una analítica con la renovación de su DNI, y eso nos va a venir de lujo para hablar entremedias de una cosa y la otra. Ni quince minutos ha tardado en llegar.

—Mira como vengo, con las prisas me he puesto el chándal de Paco en lugar del mío. El tipo ese, te tiene loca a ti y tú me vuelves loca a mí.

Me mira expectante, le sirvo el café y estoy disfrutando como una condenada sabiendo lo ansiosa que está por conocer los detalles. Desesperada por contarlos no la hago sufrir más y comienzo el relato.

—Lo primero, quiero que sepas que voy a intentar disfrutar sin complicaciones, ya sé que está separado y no hay otra…, si no me ha mentido claro. De todos modos, voy a hacerte caso; aprovecharé el tirón, y que dure lo que dure.

—¡Vamos!, que ya te tiene flechada. —Olga me conoce bien.

—Antes de cenar fuimos a tomar una copa de vino, allí me contó un poco de su vida y yo de la mía. Fue agradable. Luego la cena en Marismar, mesa romántica con velas, poca gente en el lugar, la charla se alargaba y de no ser porque no había cámaras ni director, hubiese jurado que estaba dentro de una película.

—Te iba preparando el terreno, ahí ya te habías bajado las bragas, ¡ja, ja, ja!

—No seas ordinaria, mujer. Yo también quería bajarle los calzoncillos, no te imaginas lo que guarda ahí dentro, se me cruzan los ojos solo de recordarlo.

—¡Con esos detalles…!, no sé si sabes que sigue siendo mi jefe. Ahora cuando le vea me lo imaginaré *ufeando.*

—¡Oye…!, tú, ni mirarlo que ya sé el vicio que tienes. Javier es mío.

Qué bien me ha sonado ese «mío».

—¿Vicio? Tormento más bien… Felipe empieza a presionarme.

—¿Qué me dices?

—Sí, pero ahora lo tuyo, sigue contando. ¿Y el «uf», cuando fue? ¿Antes o después de la

cena?

—Luego me cuentas lo de Felipe. El «uf…», después de la cena, en su casa…, y después de una ducha, antes de traerme a casa, otro.

—Parece que te gustaron —comenta burlona.

—Y aquí abajo, otro. —No puedo evitar sonreír.

—¡¿Trees?! ¿Abajo dónde?

—Tres. Abajo, en el garaje.

—No te reconozco, Lola.

—Olga…, en mi vida… ¿Sabes cuando te mueres de gusto y aun así necesitas más?

—A ver si lo que pasa es que te dejó a medias y con las ansias no te enteraste, ¡ja, ja, ja!

—¡A medias dice…!, tú no sabes lo que es un buen polvo.

—Creo que sí, escuchándote ya tengo serias dudas.

—No lo sabes, si no has estado con él no lo sabes. Más que espectacular, más que extraordinario, más que todo, y él…, es maravilloso, Olga, él… es maravilloso.

Acaba de sonar mi móvil y pensando que será Sara, no me demoro en leerlo para responder el mensaje. ¡Sorpresa!

Javier 10:03: ¿Qué tal has dormido? Yo…, muy muy bien; diría que extremadamente bien. ¿Vas a dejar que desayune solo?

Me derrito de gusto y se lo enseño a Olga gesticulando con mis labios «maravilloso». Cuando ella lo lee reacciona.

—Lola, se me ponen los pelos de punta. Yo creo que deberías cambiar lo de Javier por «amor». —Le lanzo una galleta a la cabeza—. Ten cuidado que estos tan insistentes son los que más tirada te dejan.

—¡Envidiosa!

Saco la lengua con descaro y escribo para responder.

—**Lola 10:26:** Te dije que no podía, otro día. Dormir…, bien.

En los últimos tiempos me estoy afiliando al club de las mentiras. No he dormido bien, de hecho, casi ni he dormido pensando en él, en la cena, en las risas, en sus dedos, y en lo que guardan sus calzoncillos. Me responde con tres emoticonos: corazón roto, lágrimas y beso. Mi reacción: las mariquitas saliendo a hacer *footing*.

Y ahora toca rascar a Olga.

—Venga, cuenta, ¿qué pasa con Felipe?

—¿Con Felipe? Que los hombres son así de listos, por no llamarles atrofiados mentales. Si tú quieres compromiso te dicen que nada de compromisos. Y cuando solo quieres unos buenos ratos de sexo, van y te dicen que no te quieren compartir, que quieren convivir, y de nuevo cuando decides no compartir y dedicarte en exclusiva a ellos, otra vez pasan de ti hasta el culo.

—Te noto un poco resabiada.

—Quiere que tome una decisión. Y no la voy a tomar, y menos porque él lo diga.

—Él, y yo.

—Mira, Lola, yo no voy a dejar a Paco, él es como es, pero es mi marido y el padre de mi hija. Felipe ya sabía eso.

—Lo sé, igual que tú sabes que cuando se inicia una relación siempre se acaba queriendo más, si la otra persona te importa.

—Que no le importe tanto. Lo pasamos bien…, con eso basta. Tardé años en descubrir que la diversión no tiene nada que ver con el amor. Que nadie venga ahora a romper mi vida.

—¿Ni Felipe? Porque creo que él es quien te alegra esa vida.

—Mi vida me la he montado yo, con tu ayuda, eso sí. No quiero que nadie decida por mí.

—Está bien, díselo a Felipe, que no se meta en tu vida, que solo quieres que se meta en tu cama.

—Eso intento, y no me escucha. Bueno sí me escucha, él siempre me escucha, pero no quiere aceptar la situación.

—Te escucha…, muy bien Olga…, ¿y Paco? ¿Te escucha? Si vas a seguir viviendo con el padre de tu hija, al menos, deberías tener una charla con él, para informarle de que necesitas que te escuchen, entre otras cosas.

Es nuestro deporte habitual. Poner las cartas sobre la mesa cuando la otra se niega a ver lo evidente. Olga tuvo una educación bastante conservadora. Sus padres eran muy religiosos y eso influyó en sus convicciones. Aun siendo la rebelde de la familia, hay cosas que no entran en su código ético, como dejar a su marido. Y yo me pregunto: ¿Y tener un amante sí entra en ese código ético? Intento comprenderla, y mira que me cuesta; cada vez estoy más convencida de que no deja a Paco por el disgusto que se llevarían sus padres. Ellos le adoran puesto que, claro, como yerno es perfecto, es la faceta que conocen de él, pero es en el papel de marido donde deja mucho que desear.

No he ido a trabajar, espero que no llegue a oídos del nuevo coordinador, aunque él es el causante de que yo esté agotada. A las dos de la tarde llega Sara a casa, a ella tampoco le informo de mi ausencia en el trabajo. Durante la comida intento hablar con ella acerca de su nueva aventura, pensando que eso me ayudará a desalojar ese pensamiento que se ha instalado en mi cabeza: Javier.

—¿Sabes ya cuándo tienes la sesión? —pregunto.

—Sí, el martes de la semana que viene.

—¡Vaya! Eso es casi ya, ¿estás nerviosa?

—No mucho, supongo que más adelante lo estaré… Llegaste tarde anoche.

—No. Lo que sucedió fue que llegué cansada, me senté en el sofá y me dormí.

—Mamá…

No puedo mentirle, me lo nota enseguida; siempre ha sido muy observadora.

—No es nada, cenamos y charlamos. Y la charla se alargó, estaba a gusto y había muchas cosas de las que hablar. Nada más.

«Fue mucho más, Lola…, *muchisísimo* más».

Sara sigue preguntando y yo sigo intentando esquivar la conversación. Después de que se haya marchado a su habitación, me siento en el sofá con un bol lleno de fresas con azúcar. Empiezo a pinchar este dulce y a recordar mi dulce noche. Sé que está en el trabajo y me tienta mucho ir a verle o escribirle, pero tengo que contenerme, y siendo franca, creo que esta contención para que no sepa que estoy loca por él no tiene que ser buena. Ya no resisto, le escribo.

Lola 17:12: Hola, ¿qué tal va tu tarde?

Javier 17:15: ¿Mi tarde? Agobiado con el papeleo. ¿Me vas a recompensar esta noche para que pueda dormir bien y no tener pesadillas con los números?

«¿Ves, Lola? No tenías que haberle escrito, ahora te quedas con las ganas de decirle que sí».

Lola 17:17: Imposible. Nos vemos el viernes, si no te arrepientes.

Javier 17:18: ¿Arrepentirme? Je, je, je, te acabo de decir que quiero verte esta noche.

No contesto ese mensaje.

Jueves y de nuevo despierto con un nuevo chat. ¿De quién? Del monumento. Empiezo a pensar que le tengo loquito y junto a mis mariquitas disfruto leyendo.

Javier 08:50: ¿Hoy sí?

Lola 08:51: Buenos días.
Javier 08:52: ¿Te pido un café con leche?
Lola 08:52: No puedo, tengo cita con el dentista.
Javier 08:53: Tú vas mucho al dentista ¿no? ¿Y esta tarde?
Lola 08:53: Viene el fontanero a casa.
Javier 08:54: Cuidado con el fontanero.
Lola 08:54: Tranquilo, no es tan rápido como tú, y casi nunca pasamos de dos.

Me da la risa. Acaba de venirme la imagen de mi fontanero. Un señor de unos sesenta años, mirada triste y muy manitas con las tuberías. Pobre hombre, si supiera lo que acabo de decir de él…

Suena el teléfono; llamada. Al final llegaré tarde a la consulta, pero es que…, no me puedo resistir.

—¿Sí…? —Sigo riendo.
—Lolita…, si me provocas no llegas al dentista.
—Ya llego tarde, tengo que colgar.
—Oye…
—¿Quéééé?
—¿Me llamas luego?

No puedo creer lo que me está pasando, el pibón pidiéndome que le llame. Con lo que le costó pedirme repetir cita y lo que está aflojando.

¿Se puede tener más mala suerte? Se trataba de un grifo y casi me toca desmontar la bañera. Parece que el destino solo piensa en joderme la existencia, porque ya son las ocho de la noche y en estos momentos acaba de irse el fontanero. No me queda más remedio que avisarle y cancelar la llamada. Menos mal que mañana ya es viernes y volvemos a tener cita. Comida. ¿Con postre...? Espero que sí.

Lola 20:12: Acaba de irse el fontanero y tengo que preparar la cena, mi hija ya está en casa. No puedo llamarte. Por cierto, han sido seis.
Javier 20:15: ¿Seis? No te lo crees ni tú.
Lola 20:19: Ja, ja, ja. Billetes.

Por fin ha llegado el ansiado viernes. Otra noche casi sin dormir como las anteriores. Levantada desde las seis y media de nuevo trajinando en mi cabeza cómo decirle a Sara que no comeré en casa, y para evitar otro interrogatorio he decidido que le diré que como con Manolo y de nuevo por trabajo.

Hoy tengo que ir a Torrent, hemos cogido allí un par de servicios y no quiero descuidarlos. Ya subiendo al coche un nuevo mensaje me alerta; de nuevo mi encantador tormento.

Javier 8:45: Te invito a desayunar, no vale decir no…
Lola 8:46: Lo siento, ya he desayunado.
Javier 8:46: Vaya excusa tonta.
Lola 8:47: Cojo el coche, nos vemos luego para comer.

He aligerado la visita con los clientes de Torrent todo lo posible, estoy impaciente por regresar y acudir a mi cita. Al llegar informo a Manolo de que traigo posibles potenciales y acto seguido me dirijo a informar también a mi otro superior. Llamo a la puerta y oigo «pasa», y paso. Al cerrar compruebo cómo se levanta y con tono un tanto serio se dirige a mí. Irresistible como siempre le contemplo; su seriedad me confunde.

—Por fin te dignas a venir a verme —protesta.

—He estado ocupada, trabajando. Traigo potenciales.

—Déjate de potenciales… ¿Me estás evitando?

—¿Evitando?, ¿qué dices? —Pero, ¿qué dice?

—Sí, evitando, dentista, fontanero, y, ¿tanto costaba desayunar conmigo y luego irte a Torrent?

—Pues no sé si costaba, lo que sé es que querías una buena supervisora y ahora, ¿quieres que esa supervisora descuide su trabajo por un polvo?

—Por un café.

—Ya, un café…

—Por cierto. ¿Me estás llamando polvo? Porque recordemos que fueron polvos…, en plural y duraderos.

Acaba de provocarme una sonrisa de esas que te cosquillean hasta la médula.

—Traigo cuatro posibles clientes para presupuestar y, ¿te preocupa un desayuno? No sé si sabes que yo trabajo y trabajo bien, por eso me recomendaron —poco a poco me voy acercando a él—, y tengo un nuevo jefe al que quiero tener contento.

—Pues contento le tienes, a punto de despedirte está. —Sigue serio, pero receptivo.

—A ver si ahora voy a perder mi trabajo por tus apetencias sexuales.

—A ver si tú, vas a perder tus apetencias sexuales por culpa del trabajo.

Está muy cerca de mí, y voy a ponerle más cerquita para explicarle lo que no estoy dispuesta a perder. Le agarro de la hebilla del cinturón atrayendo esa parte de su cuerpo hacia mí, y decido que voy a ser yo, la Lola que se come el mundo, la que no se vence ante nada y la que se muere por besar estos labios que poco a poco se van acercando a los míos.

—¿Tú crees que yo soy capaz de evitar esto? —susurro.

Muy sensual le intento besar, y no me queda más remedio que comerme esa cobra que acaba de hacerme y de la que seguro ya se está arrepintiendo.

—No voy a besarte, te voy a hacer esperar tres días igual que tú a mí —me informa.

—¿Tres días? —Mi mano rodea su cinturón hasta llegar a su trasero—. Para ti ya serían cinco. No puedes hacer eso. A que no…

—¡Qué bruja eres!

Esa boca, tan ansiosa como la mía, decide acoplarse para provocar la unión de nuestras lenguas. Las cuatro manos se deslizan hasta llegar a nuestras respectivas posaderas y sin descanso, una vez más, nos rebañamos de deseo.

Me da a elegir entre comer fuera o comida rápida en casa. Elijo la segunda opción, porque suena a pizza más otros tres polvos y eso me resulta muy tentador. Nos vamos por separado para no levantar sospechas. Al subir a mi coche le veo caminar haciendo uso de su móvil, y al momento suena el mío.

—¿Recuerdas dónde vivo o me sigues? No te vayas a perder…

—¿Me estás vacilando?

—Nada nada. —Se ríe.

—Imagino que pizzas y precaución tienes en casa.

—Por supuesto —confirma.

—Pues ten cuidadito no vaya a ser que, con el vacile, se quede todo sin tocar. —Ni loca voy a dejar nada sin tocar.

—No vas a hacer eso, tienes tanta hambre como yo.

—Ponme a prueba.

—Lola…, si supieras cómo me pones cuando te haces la dura…, te controlarías.

—O no.

Cuelgo, ¡uf! Cómo me he puesto…, voy a tener que acostumbrarme a llevar braguitas de repuesto.

Acabo de aparcar y, al bajar del coche apenas a veinte metros, ya le veo, esperándome en el portal, con las manos en sus bolsillos y esa mirada de delincuente sentimental.

«¡Madre mía!, ¡qué guapo es, y cómo me gusta…, y cómo me pone!

»Contrólate.

En el ascensor hay miradas, solo miradas, y mensajes silenciosos esperando a ver quién de los dos se lanza. Él sonríe, yo sonrío y he decidido que lo de aguantar un poco me pone más a tono, de modo que aguanto, aunque ya estoy todo lo entonada que se puede estar.

Entramos en su casa y va directo hacia la cocina, yo le sigo y una vez allí abre el frigorífico.

—¿Margarita, carbonara o hawaiana? —Me enseña de nuevo sus dientes ladeando sus labios.

«¿En serio vamos a comer antes de…?

»No puede ser verdad.

—Hawaiana —le digo.

—¿Quieres tomar algo hasta que salgan las pizzas?

Creo que tiene tantas ganas de que me lance como yo y que solo me está poniendo a mil, por lo tanto, le seguiré el jueguecito y le pondré yo a él a cinco mil.

—¿Tienes champán? ¿Algo de caviar?

Me mira asombrado.

—Acabo de instalarme, la bodega todavía no la he rellenado.

—Pues si no hay champán…

Se acerca.

—¿Una cervecita te sirve? También tiene burbujitas.

—Burbujitas te voy a dar yo a ti, ven aquí…

Me ha puesto a diez mil, y sin poder aguantar más, le agarro de la camisa y fuera de mis casillas me como esa boca, provocando que él me meta la lengua hasta el fondo. Comenzamos a tocarnos bastante desenfrenados y, a trompicones, me lleva hacia el sofá. Me sienta, me dice que no me mueva, y yo ignorando sus intenciones obedezco y hambrienta me quedo quieta hasta que regresa con un preservativo en su mano. Que sea tan precavido me gusta. Al llegar donde estoy yo, se arrodilla delante de mí y me avisa.

—Esto va a ser muy rápido.

—¿Más rápido? —Bromeo.

—Es por tu culpa. —Se enfunda el pene.

—¿Vas a hacer un *mete-saca*? —Seguro que no.

Su mirada parece decir que sí, a pesar de ello, estoy segura de que no; este monumento no va a hacer eso en la segunda cita.

Es una urgencia.

«¿Qué urgencia ni que leches?».

A cuadros me acabo de quedar.

—No puedes hablar en serio…

—¿Seguro que no? —Sonríe sin dejar de acoplarse el preservativo.

«Lola, está bromeando.

»¿Estás segura tú de eso?

Pues era verdad, sin preliminares y aquí te pillo aquí te mato «en menos de tres».

«¡Eso no se puede hacer en una segunda cita!

»Ni en la segunda, ni nunca.

—No imaginas las ganas que te tenía, mi loba.

«¿Ha dicho “mi”?».

—Huelo a pizza quemada.

Nos sentamos a comer después de que, a trompicones, hayamos venido corriendo a la cocina tras oler a chamuscado. Por suerte la pizza se ha tostado un poco, pero está comestible. Y ahora toca cantarle las cuarenta; veremos si consigo cantar ni cuatro, porque me mira y me supera.

—Mira lo que te voy a decir, Lobo… —Sonríe—. Da gracias a que estoy en una etapa facilona, porque esto no se hace.

—Acaba la pizza que llega tu turno.

—Pero, ¿tú crees que puedes hacerle esto a una mujer en la segunda cita?

—Figúrate a la décima… —Se ríe el muy cabrón.

—Así no llegas ni a la tercera.

Al decir eso, yo misma me pregunto si habrá una tercera.

—¿Me vas a dar pasaporte en cuanto acabes de comer? —Me confunde.

—Debería hacerlo.

—¿Quieres hacerlo?

—¿Me preguntas o me retas?

—¿Quieres hacerlo? —insiste muy serio.

—No —niego esperando su reacción.

Me mira…, me mira y…, me derrite.

—Genial, yo tampoco quiero que lo hagas. Acabamos con la pizza y te recompenso. —Me guiña el ojo.

«¿Cómo puede gustarte tanto este canalla, Lola?

»¿Y hasta cuándo va a querer compartir pizza conmigo?

Ya está la alerta en rojo y entro en estado de *preenamoramiento*. Digo *preenamoramiento* por ir suavizando, porque creo que el «*pre*», ya es un poco inadecuado a estas alturas.

«Madre mía, Lola, el batacazo que te espera».

No me importa, estoy siendo feliz y he decidido apostar todo a una carta; al rey de corazones…, a este rey. De pronto suena mi teléfono y acabo de recordar que no avisé a Sara de que no iría a comer a casa. Estoy empezando a olvidar que aparte de él, tengo una vida. Descuelgo intentando inventar una excusa y le hago una señal a Javier para que guarde silencio.

—Sara, hija…, perdona, se me ha pasado. Ha sido un imprevisto.

—¿Dónde estás? No dejo de llamarte y me tienes preocupada.

¿Qué le digo? Estoy nerviosa…, y él, mirándome…

—Comiendo…, ha surgido…, quería avisarte…

—Ya te vale, mamá.

—Lo siento, hija.

Ahí acaba la tarde de pasión; me siento ¡plof! He intentado justificarme con ella, pero no sé si lo he conseguido. Él me tranquiliza haciéndome contar las veces que ella ha olvidado llamarme a mí. En momentos como este es cuando me doy cuenta de lo egoísta que somos los hijos hasta que somos padres. Tras acabar con la llamada, él intenta que no me agobie.

—Si quieres irte lo entiendo —me dice.

«Claro, como él ya ha follado.

»¡Joder! No pienses eso.

Sin querer marcharme, a media tarde lo hago. No dejo de pensar en Sara y no creo que hubiese

acabado demasiado bien el encuentro.

Capítulo 8

¿Pueden estar madre e hija más nerviosas? No. Ha llegado el día de la sesión de fotos de Sara, Y aunque las dos estamos bastante atacadas, yo lo estoy por partida doble; por ella y porque no he visto a Javier desde el viernes pasado en que decidí marcharme a media tarde. Hemos mantenido mucho contacto por chat y también con alguna llamada, con la peculiaridad de que no ha mencionado el sexo en ningún momento, casi seguro porque sabe que él fue el culpable del olvido que fastidió esa tarde.

Ayer me escribió a primera hora invitándome a desayunar y otra vez tuve que darle una negativa. Tía Juana tenía cita con el oculista y debía acompañarla; sabía que le iban a dilatar las pupilas y no era plan de que fuese sola. Espero que no piense otra vez que le evito, porque nada más lejos de la realidad; tengo unas ganas tremendas de volver a estar con él.

Sara se prepara para salir, me encantaría acompañarla, no obstante, ni se lo menciono recordando la prohibición. Me despido de ella deseándole suerte y acto seguido cojo mi teléfono para buscar en mi agenda ese contacto que me hace delirar. Ya dispuesta a llamar, algo me frena; necesito editar el contacto. Ya sé que está editado, pero quiero reeditarlo. Ahora el contacto ha pasado a ser de mi propiedad. «Mi Javier». Satisfecha ya, llamo.

—Hola, Loba…

Después de haber reeditado yo a mi contacto y al escuchar esa palabra con la que se dirige a mí, tengo curiosidad y le pregunto en qué modo me tiene registrada en su teléfono.

—Lola Loba, desde el primer día, tal vez el segundo o el tercero.

«¿Desde el primer día? ¿O el segundo o el tercero? ¿O sea, que cuando yo le metía en mi bañera, él ya me llamaba Loba?».

¡¡¡Me muero de gustoooo!!!

Hoy, le he pedido que me invite a desayunar y ha aceptado. Sin demorarme entro en mi habitación y escojo atuendo, nada de camisas con botones. Pensándolo bien, creo que esa norma podría cambiar y, sin su permiso, decido anularla y cojo la camisa blanca con su botonadura delantera. Creo que me va a reñir, a pesar de que sé que le encantará.

Llego a la cafetería y me está esperando. Dudo de si cuando estoy días sin verle se va a una clínica de belleza a aumentar su hermosura; cada vez le veo más *empibonado*. Me siento frente a él y otra vez fundida delante de esos ojos color marrón intenso, que no dejan de mirar la camisa a la altura de mi escote. Me encanta este momento.

—¿Lo haces a posta? —pregunta por mi camisa.

—Sí. —Le provoco incorporándome, con el fin de que la vista le resulte un tanto más suculenta.

—Eres un poco demonio…, rectifico…, eres un gran demonio.

—¿Y eso te gusta?

—Me gusta…, ya lo creo que me gusta…

Hablamos de trabajo y acto seguido le hago una proposición.

—¿Qué planes tienes para el viernes?

—Los que tú me vas a ofrecer. Espero que sean indecentes.

—Muy indecentes no son, de trabajo más bien. Si me preparas los presupuestos para los clientes de Torrent y me acompañas a llevarlos, luego te invito a comer donde tú quieras. Te recuerdo que me debes una recompensa.

—No lo he olvidado, Lolita…, de hecho, no dejo de pensar en ella.

Otra vez subiéndome la temperatura.

—¿Entonces…? —Espero que acepte.

—Lo pensaré… —Sostiene su risa.

—Si necesitas pensarlo me buscaré otro plan.

Con la mano me hace un gesto para que me acerque. Me acerco y me habla flojito.

—Si te buscas otro plan me iré con la primera rubia que pase.

«Ya estamos tocando un poquito las pelotas».

—Ninguna rubia te va a poner como te pongo yo. —Me separo y le sonrío, abrasándome y abrasándole, porque sé que está entrando en calor.

—Acércate otra vez —me dice—. Vamos a hacer una cosa, Loba…, pago los cafés, subimos al despacho, y allí, comprobamos otra vez si me pones o no me pones.

¡Diosssssssss!

—Necesito ir al baño.

Con extrema urgencia, necesito alejarme de sus brasas y soportando este calentón que hasta mis ideas arden me largo al aseo. Delante del lavabo intento refrescarme mojando mi cuello. De repente alguien entra; mi apagafuegos particular.

—Pasa —me dice llevándome hacia uno de los habitáculos de uso individual.

—Aquí no…

—Aquí sí…

—Que no que no…

—Callaaa…

—Que no…

—Que calles…

No me da tiempo ni a reaccionar, cuando me veo ya sin bragas y espatarrada encima de la cisterna con su cabeza cumpliendo el objetivo.

Sin palabras. Un verdadero descontrol de pasiones. Y me encanta, me chifla, me enloquece. Yo no había hecho nunca estas locuras y al salir del baño, reconozco que mi cuerpo no puede estar más satisfecho y pensando en la siguiente.

—Cuando subamos prepárate, porque no he acabado —me susurra.

—No hablas en serio.

—Totalmente.

Este hombre me está convirtiendo en una depravada. Solo pienso en tener sexo, eso sí, con él. Lo cierto es que esto es mucho mejor que con mis anteriores amantes, que también me hacían pensar en tener sexo, aunque con el tío que aparecía en mi bañera que era el que más satisfecha me dejaba.

Acabamos con el café y al subir a la oficina y comprobar que Manolo ya ha llegado nos dirigimos cada uno a nuestras tareas. Yo me marcho a mi ruta callejera y por el camino no dejo de darle vueltas a mi cabeza.

«Ya estás donde no tenías que estar, deberías ir pidiendo cita con Mario».

Han pasado cerca de dos horas desde que le dejé y estoy revisando unas instalaciones, mientras sigo pensando en lo que no debo, cuando me llaman. ¿Que quién me llama? Mi delirante perdición, para preguntarme dónde estoy.

—En el centro comercial, revisando.

—Se ha ido Manolo —me dice.

—No puedo creer que me llames para esto.

—¿No te parece importante? ¿Qué tardas en venir?

—Ahora no puedo ir.

—¿Cómo que no?

—Como que no.

—Lola…

—Que no.

—Lolita…

—Que no voy.

¿Que no? Que no, ni poco. Ya estoy sentada al volante y directa voy hacia el mismísimo infierno, ese que me hace flotar cada vez que me adentro en él.

—Hola, preciosa, te estaba esperando.

—¿En serio?

—Claro, sabía que vendrías.

—Te dije que no.

—Ya… —se acerca rodeándome por la cintura—, eso es lo que dijo tu voz, tu respiración me soplaba otra cosa.

«¿Tan dominada te tiene ya, Lola?».

Eso parece, y no me cabe la menor duda; siempre acabo cediendo y a las pruebas me remito. Poco a poco me lleva hacia su despacho y una vez dentro me suelta para seguir caminando con ese movimiento que no deja que mis ojos le abandonen. Veo como se sienta en su silla, silencioso con la voz, gritándome con la mirada, infiltrando el chocolate de sus ojos en mis pupilas, y ahora, con su dedo índice me señala, para seguir con unas palmaditas encima de la mesa. Yo, que soy chica lista he captado el mensaje: «Tú, ven y siéntate aquí».

Obedezco, de nuevo obedezco, soy incapaz de negarle nada.

Seguido a esos dieciocho minutos de acaloramiento, devuelvo a mi cuerpo esas prendas él me había quitado.

—Deberías venir más a menudo, sería fabuloso —confiesa.

—Mi trabajo está en la calle, y ya me has robado bastante tiempo. Tengo que marcharme.

Aun sin querer, tengo que irme y lo hago reflexionando una vez más.

«No sé qué voy a hacer cuando este hombre desaparezca de mi vida, miedo me da. Siento ya tal dependencia que el vértigo me supera.

»¿Cuando desaparezca? Si con Carlos fueron cinco meses, con este prepárate para cinco años…, por lo menos.

Mi jornada de trabajo llega a su fin, llego a casa donde me esperan noticias frescas y saludables. Sara tiene dos nuevas sesiones de fotos, una para una firma de joyas, y otra para una marca de bolsos. Me impresiona que sin saber si funciona la primera, ya le ofrecen la segunda y la tercera; esto sí es peligroso para mi estabilidad familiar. Ha pedido permiso para que su madre vaya a verla y han accedido, condicionando que desde la distancia y apenas unos minutos.

Para mí, esto es más que suficiente, me muero por ver a mi hija entre focos. Y me muero por doble partida; una de alegría por ella, y otra de miedo por mí, porque ya me estoy viendo sola. Las madres somos así, como gallinas que siempre queremos tener a los polluelos en casa. Y los polluelos, precisamente, solo piensan en desaparecer de tu casa. No obstante, estoy feliz, por fin ese día a las ocho y media podré acompañarla. Está muy emocionada y la abrazo mostrándole todo mi apoyo y topándome con ese encontronazo de felicidad y miedo que me hace pensar demasiadas cosas. Siempre he leído que era muy difícil entrar en ciertos mundos y parece que a ella la estaban esperando. Ahora pienso en la cantidad de modelos que acaban detrás de las cámaras y ya la veo cumpliendo el sueño de su vida recogiendo un Goya. Se me dispara la

imaginación y la positividad, será porque estoy en el mejor momento de mi vida, profesional, familiar y sentimental. ¿Sentimental? Tengo que llamar a Javier para cambiar el plan del viernes. Lo de mi hija no me lo pienso perder por nada del mundo, ni tan siquiera por él.

Valoramos aplazarlo para otro día y él mismo es quien me ha convencido de que al acabar lo de Sara le avise para seguir con lo acordado; el retraso será mínimo y lo cierto es que ansío esa mezcla de encuentro con mi *jefe-amante*. Me pone mucho la sensación de trabajar con él al lado, ejerciendo de superior, sabiendo que luego le voy a dominar en el sofá de su salón.

«¡Pero mira que eres tonta! Si alguien domina a alguien, es él a ti».

—De acuerdo, te avisaré al acabar —le informo.

—Perfecto… Lola…

—Dime.

—Nada.

Noto que sopla.

—Pues nada… —respondo.

—No puedes imaginarte las ganas que tengo de verte otra vez. —Exhala.

¡Mariquitas…! ¡Escuadrón…! ¡A desfilar…! Y el corazón a mil.

Por fin llega el día que podré ver a Sara. Son las siete y media y estamos casi listas para salir. No sé quién contagia los nervios a quién, ella está mucho más nerviosa que la otra vez y en mi papel de madre intento tranquilizarla; a pesar de que creo que estoy peor que ella. A Javier no le he visto desde el martes y aunque ha habido contacto con mensajes y llamadas, lo cierto es que estoy loca por verle.

Entusiasmadas por lo que nos espera, bajamos al garaje y subimos al coche. Arranco…, no arranca. ¿Por qué no arranca? Vuelvo a arrancar, vuelve a no arrancar.

—¿Qué pasa?, mamá.

—No sé, Sara, no creo que sea la batería.

—¡No jodas, mamá! No puedo llegar tarde.

—Tranquila, seguro que arranca ahora.

Pero nada, el coche ha decidido que hoy es el mejor día para ponerse en huelga. Intento tranquilizar a mi hija, y yo, desquiciada, opto por llamar un taxi, y al intentar buscar en internet el número de Teletaxi, la falta de cobertura en el garaje me hace desistir. Sin pensarlo dos veces tomo una decisión, no estamos para perder el tiempo. Comprobando que la línea sí llega, llamo a Javier

—¿Ya has acabado? —pregunta sorprendido.

—No, ¿dónde estás?

—En casa. ¿Te ocurre algo?

—Tenemos un problema con el coche, no sé si es la batería y necesitamos llegar a tiempo. ¿Nos acercarías?

—Claro, en diez minutos estoy ahí.

—Gracias.

Problema del coche solucionado, y ahora viene lo peor…, mi hija me está mirando y creo que se avecina un interrogatorio que no me quedará más remedio que acatar, aun sabiendo, que debería tener la deferencia de pensar que esto lo hago por ella.

—Arreglado. —Me mira con cara sospechosa.

—¿A quién has llamado?

—Nos llevan, no te preocupes.

—¿A quién?

—A mi jefe.

—¿A tu jefe? ¿Al mismo con el que cenas para adelantar trabajo?

«Ya está, Lola, ya te ha pillado».

—Sí, a ese.

—¿Estás saliendo con él?

—No exactamente. Hemos quedado un par de veces. No es nada, comemos, hablamos, trabajo…

«Te has enamorado».

—Mamá, no pasa nada si sales con alguien, solo tienes que tener cuidado con quién. Salir con un jefe es peligroso.

No creo que salir sea peligroso, lo peligroso es enamorarse, y en eso…, pasitos ya he dado, de hecho, creo que he llegado a la meta.

—Lo sé, hija, pero no pasa nada, se irá pronto. No tienes por qué preocuparte.

—¡Joder, mamá…! ¡Menuda cara pones…! ¡Te gusta un huevo!

—Está bien, lo confieso, me gusta, y eso creo que es malo. Te prometo que no me verás llorar. Esta vez no.

—¿Y a él…, le gustas?

—Le tengo a mis pies, ¿no lo ves? Nos va a llevar a la sesión, así que basta de preguntas.

—El día que olvidaste avisarme ya imagino dónde estabas.

—Imaginas bien, pero solo fue un despiste.

—Bueno, puedes traerlo un día a casa y lo radiografiamos.

Durante el trayecto ha habido demasiada tensión. Una breve presentación, «aquí mi hija, aquí Javier», y apenas un hola por ambas partes ha sido todo el sonido generado. A mitad de camino me escribe Sara.

Sara 08:50: ¿De dónde has sacado a este «*modelazo*»?

Me giro, la miro y frunce el ceño a la vez que sopla. Decido responder.

Lola 08:51: Me lo encontré un día en el trabajo, y me negué a abrirle la puerta. Dio resultado. Je, je.

De nuevo me giro, la miro y sonrío.

Tras un tiempo prudencial disfrutando viendo a la niña posar, me marcho y regreso al coche donde me espera él. Subo al vehículo y presiento que la tensión no ha desaparecido. Intuyo que ha sido mala idea llamarle, y al desplazarnos hacía nuestro destino, no soporto este silencio y decido preguntar.

—¿Te ha molestado que te pidiera el favor?

—En absoluto.

—Ha sido un poco tenso.

—Es normal. Tranquila.

Pues demasiado tranquila no estoy, tanto silencio me asfixia. Hemos parado en un semáforo y ahora sí, me mira y decide hablar.

—¿Qué le has dicho a tu hija de mí?

—Nada, la verdad, que nos casaremos pronto y que no tendremos más de cuatro hijos.

Me mira, arquea las cejas, le miro y necesitamos reír.

—Solo que habíamos quedado alguna vez. Te ha molestado que te llamase.

—No.

—Creo que sí, estás tenso desde que nos has recogido.

—No, tranquila, es solo que yo no estoy acostumbrado a estas cosas. —Coge mi mano, la besa

y el semáforo cambia de color; volvemos a circular.

—¿A hacer favores?

—A llevar a la hija de la mujer con la que me acuesto en mi coche.

«La mujer con la que se acuesta.

»Sí, eso es lo que ha dicho.

»Así de clarito.

Yo creo que él es el hombre de mi vida y yo soy la mujer con la que se acuesta.

Efectivamente esas palabras han sonado a jarro de agua fría; congelada diría yo, no obstante, he decidido no prestarle demasiada importancia a esa frase.

Después del trabajo hemos ido a comer, quería invitarle y no ha habido forma; me doy cuenta de que al final siempre se hace lo que él dice. Subimos al coche para regresar. Mete la llave en el contacto del coche, reposa la espalda, se gira y me clava esos ojos perturbadores.

—¿Te apetece venir un ratito a mi casa? —Me propone.

—¿A dormir la siesta?

—¿Quieres dormir la siesta?

—Es la hora…

Se abalanza sobre mí y no me derrito porque ya lo estaba y las cosquillitas de las mil doscientas patitas me están provocando unas gustositas risitas…

—No vas a dormir la siesta Lolita, vas a repetir postre. Y esta vez canario.

«¿Se refiere a plátano…?

»Creo que sí.

Sobran las palabras, de nuevo horas de pasión que acaban con una despedida un tanto romántica para ser solo la mujer con la que se acuesta. Abrazándome por la cintura cuando casi ya estoy subiendo al ascensor, va tirando de mí, en dirección a la casa.

—¿Qué haces? —le digo.

—No sé…

—No tires, tengo que marcharme.

—¿Yo? Eres tú quien me empuja —miente y sonríe.

—Tengo que irme.

—No quieres irte.

—Tú no quieres que me vaya.

—Y tú no quieres irte.

«Y él no quiere que te vayas, Lola».

De nuevo me arrastra hacia el ascensor, besándome, dejándome sin aliento, bloqueando mi mente y vaciándola de todo. Ya en el interior de este mítico elevador observo cómo mi rostro se refleja en el espejo y entre bambalinas escucho unos angelitos.

«Que no te engañe, tú no puedes ser solo la mujer con la que se acuesta, si solo fuese eso te follaría y "*pa* tu casa", y no…, así no es».

He tenido que hacer unas compras antes de volver a casa. Al llegar, cansada, lo primero que pienso es que necesito un baño y al abrir el grifo, esperando que se inunde la pileta, de nuevo dialogo conmigo misma.

«Lola, lo que se inició como una atracción sexual se está convirtiendo en una dependencia emocional, no olvides que la caída libre vive a la vuelta de la esquina».

Sigo sin poder pasar un minuto de mi vida sin pensar en él.

Pronto llega Sara entusiasmada con su nuevo trabajo. Durante la cena me va contando lo vivido. Ya le han dicho que se vaya preparando que la cosa fluye y que se avecinan viajes; está

pletórica. Agradezco que no haya mencionado ni una palabra referente a Javier.

Pronto nos vamos a la cama, donde ya tumbada llamo a Olga; últimamente mi coordinador me absorbe todo el tiempo y la tengo un tanto descuidada.

—Siento no haberte llamado antes. ¿Cómo estás? ¿Qué tal va tu historia?

—No te preocupes, sé lo ocupada de tu vida actual, aprovéchalo antes de que alguien decida romper tu tranquilidad.

—No estás bien.

—Un poco harta. Creo que debería deshacerme de los dos y buscar al psicólogo. Con una buena terapia y un buen polvo lo arreglaría todo.

—Igual no es mala idea…, lo de la terapia. ¿Quieres que comamos juntas mañana?

—No, mañana libra Paco y no puedo salir.

—Puedo comer con vosotros, y te hago compañía.

—No, mejor no, si tengo un hueco te aviso por la tarde y tomamos café fuera de casa.

Hay algo en Olga que me desconcierta. Hace ya algún tiempo que vengo observando que no quiere que vaya a su casa, ni tan siquiera a recogerla cuando quedamos.

Capítulo 9

El fin de semana está llegando a su fin, son las cinco de la tarde y acabo de despertar de una pequeña siesta. Por la noche me cuesta conciliar el sueño pensando en mi nueva vida, y eso provoca que cuando acabo de comer me resulte imposible no ceder a Morfeo. Voy al baño y me miro al espejo, despeinada, con los ojos todavía entornados y el rímel corrido, pienso en cómo echaría Javier a correr hasta La Polinesia si me viese con este aspecto. Las niñas se han ido a comer juntas y Sara no regresará hasta avanzada la noche. Con la intención de esperarla despierta preparo una cafetera, y las ganas de contactar con ese que invade mi vida, no pueden disuadirme de coger el teléfono para escribirle, pero él se ha adelantado.

Mi Javier 16:40: ¿Qué haces?

Lola Loba 17:19: Acabo de despertar de una pequeña siesta y preparo café.

Lola Loba 17:19: ¿Y tú?

Mi Javier 17:19: Aburrirme. ¿Me invitas?

Lola Loba 17:20: Aquí en casa no.

Mi Javier 17:20: Ya sabes lo que tienes que hacer.

Lola Loba 17:21: Me da pereza.

Mi Javier 17:21: Qué romántica. ¡¡Chof!!

Silencio

Mi Javier 17:26: ¿Has salido ya?

Lola Loba 17:27: A punto, café preparado, porfa.

Si tú me dices ven, lo dejo todo, canción de Los Panchos. La abuela Dolores escuchaba a diario esa melodía en aquel radiocasete que le regaló papá por Navidad. La repetía una y otra vez; rompía las cintas de tanto rebobinarlas. Luego cogía un bolígrafo y la enrollaba mientras voceaba: «*Nene el aparat este no profita*». Aquella canción era la melodía de casa de la abuela y ahora se ha convertido en el emblema de mi existencia. ¿Sería una señal? En serio, empiezo a dudar.

Y antes de las seis ya estoy delante del espejo con el rímel en su sitio, peinada y con una cara un poco menos aterradora. Tengo claro que no va a ser solo café y, haciendo uso de mi imaginación, he colocado debajo de mi pantalón una combinación sensual. Sabiéndome enganchada a los placeres que este monumento me ofrece y sin intención de resistirme, me encamino una vez más hacia el limbo.

Al entrar en su ascensor no puedo contener el recuerdo de la primera cita en la que, como dos salvajes, desahogamos todo lo que ambos llevábamos retenido durante días. Me miro al espejo y me digo: «Pásalo bien, sin más, solo pásalo bien». Siento la necesidad de advertirme porque en el fondo, sé que esto va a demasiadas revoluciones y ya no puedo frenarme.

Javier sale a abrirme la puerta. Lleva un pantalón de chándal de algodón que marca detalladamente sus atributos, una camiseta desgastada de manga corta que deja al aire esas venas marcadas que recorren sus brazos, descalzo, despeinado, con signos de libertad en su mirada, salvaje, y apetecible, muy muy apetecible.

«Madre mía, no puede salir así a recibirte, Lola, si lleva escrito un neón diciendo “consúmeme sin piedad”».

Pasamos a la cocina para atender la cafetera que ya anda silbando. Tiene preparadas dos tazas y el azúcar encima de la mesa. Me siento y sin querer contenerme, mi mirada busca la suya, observando que él hace lo mismo con la mía. Una vez llenas las tazas me da un beso en los

labios. Un beso de esos carentes de pasión y que te inundan de todo. ¿Que qué es todo? ¡Uf…! No lo sé, pero acabo de sentir de «todo».

Saboreando hipnotizada todavía ese «todo», veo cómo me ofrece el azúcar para que me sirva yo misma. Con torpeza, sintiendo que mis mariquitas han vuelto a descontrolarse, añado una cucharadita del moreno. Después de servirse a sí mismo se sienta frente a mí en esta pequeña mesita, donde días antes habíamos compartido pizza.

—No sé cómo habrá salido el café.

—No te preocupes, estará bien. —El café es lo que menos me interesa.

—¿Qué tal tu fin de semana? —pregunta.

—Nada fuera de lo común, compra, limpieza, anoche cenamos mexicano e hicimos sesión de cine en casa. Hasta que se pueda procuramos hacerlo; algún día formarán su vida fuera de mi hogar y me quedaré sola. Intento aprovechar hasta que llegue ese momento. —Sonrío.

—Eso está bien, nosotros solíamos hacerlo los domingos por la tarde. Eso, juegos de mesa o Play, depende.

—¿Con tu hija? ¿Qué edad tiene? En realidad, no sé ni la edad que tienes tú.

—Cuarenta y uno, ella veintiséis. Y tú treinta y ocho.

Le miro sorprendida.

—Lo pone en tu ficha, me la estudié bien. —Sonríe.

Y ya me está volviendo a provocar de «todo».

—¿Tuviste una hija con quince años?

—Sí, es que yo siempre he sido un buen semental. —Reímos—. No, la adopté. Cuando conocí a su madre yo tenía dieciocho años, ella era cinco años mayor que yo y madre soltera. Nunca me dijo quién era el padre, solo que no existía y a mí tampoco me interesaba eso. Estuvimos dos años siendo novios y luego nos fuimos a vivir juntos los tres, la niña contaba entonces con cinco. A los dos años la sentía tan mía como suya y la adopté. Y no deja de ser mi hija y yo su padre, tenemos una relación bastante especial. De hecho, ella vive conmigo. Viven conmigo —recalca.

—¿Nunca pensaste en tener un hijo propio?

—Sí, claro, lo intentamos durante un tiempo y como no llegaba acudimos a especialistas. Era evidente que ella no era el problema. Estéril —dice levantando un dedo de la mano—. Caprichos de la naturaleza.

—¡Vaya! Me dejas sin palabras.

—Al principio pensé que con el tiempo esa revelación me afectaría. Luego pude comprobar que con Alba cubría todas mis necesidades como padre.

—¿Y la querías mucho? A la madre me refiero.

—Nadie se casa con alguien mayor que tú y con una hija, si no es por amor o por dinero. Y te aseguro que de lo segundo no había. Por aquellos años, yo me dedicaba a abrillantar los suelos en una empresa, a la vez que por las noches terminaba mis estudios, ella acababa de ampliar su peluquería. Luego montó un salón de estética más completo y ahora está montada en la cumbre de la venta de belleza, pero a mis veinte añitos no había sobrantes en nuestra economía. Sí, claro que la quería.

—Y, ¿qué pasó? ¿Se acabó?

—Sí, se acabó. Las obsesiones acaban con todo y dan paso a la tortura, celos, acoso, interrogatorios…, hasta que de repente un día te despiertas y descubres que ya no hay nada, solo la necesidad de seguir ahí para no hacerle daño a tu hija. Pronto te das cuenta de que, sin saberlo, le estás destrozando la vida, porque las discusiones son constantes, porque percibe la tensión, porque los niños ven, y Alba ya tenía cierta edad. Cuando te armas de valor y tomas la decisión

de irte, empieza la segunda tortura que es peor que la primera: «te vas con otra, nos dejas, me quieres hacer daño», y comentarios a la niña dándole la información falsa: «se ha ido, nos ha dejado solas, no lo ha intentado ni por ti». Luego la tercera tortura que supera la maldad de las anteriores. Cuando vives solo y ya separado, te controla, te espía y te persigue para ver si quedas con otras mujeres, y si alguna vez te ve con otra, va a por tu hija con el cuento: «solo quiere estar con otras, prefiere dos revolcones a su familia». Un sinvivir.

—¿Eso se lo decía a su propia hija?

—Sí, como suena. Cuando me fui estuve más de seis meses sin estar con una mujer, estaba tan destrozado por la situación y el acoso recibido que ni me lo planteaba. Tuvo que pasar algún tiempo para que volviese a la vida y a relacionarme. Empecé a quedar con alguna chica, nada serio, todos tenemos necesidades y después de varios meses las mías resucitaron. Era lógico.

—Claro, entiendo.

Embelesada estoy escuchando la historia, hasta que ha dicho «nada serio», y no he podido evitar pensar: «Como contigo, Lola». Sigue contando.

—Y un día de esos, apareció en el restaurante donde comía con una mujer a la que había conocido unos días antes y con la que había quedado para…, bueno, pasar la tarde, ya me entiendes. Cuando la vio se fue a por ella y empezó a decirle que yo era infiel por naturaleza y que seguro que además de quedar con ella quedaba con otras… Montó tal numerito que la pobre se fue acojonada. Pero no por mí, ella al igual que yo solo buscaba diversión. Al día siguiente la llamé para excusarme, me dijo que no quería volver a verme y morir en manos de la esposa; creyó que yo seguía con Marisa y la engañaba.

»Mi ex hizo incluso fotos y se las enseñó a mi hija para demostrarle que yo andaba con otras. Ya llevábamos meses separados y Alba siempre fue muy madura y conocía la realidad, sin embargo, todo eso la dañaba. Ahí te das cuenta de que el dolor de tu hija te duele más que tu propia vida, y te planteas volver para protegerla; regresar y aguantar todas las tormentas que vengan. Hablas con ella a espaldas de su madre y es ella misma la que, haciendo uso de su madurez, te frena, porque sabe que solo lo haces por ella y no quiere eso para ti, ni retomar las discusiones ni las tensiones.

»Aguantas, te pone todos los impedimentos para que la veas y tú sigues soportando, sabes que la niña te echa de menos y tú a ella. Cada vez van en aumento los problemas; inventa excusas y enfermedades para que no puedas llevártela las ocasiones en que te pertenece. Todo son pegas y cuando por fin consigues ver a tu hija, ella misma te confiesa la realidad. Y tú, que no quieres que la niña siga sufriendo, sigues aguantando y callando ya que no le vas a arrebatar lo que se supone que más quiere, que es su hija, incluso sabiendo que la está destrozando. Hasta que, una mañana, llaman a la puerta y allí está ella, con su maleta y con una tarta que pone felices dieciocho. En ese mismo instante descubres que solo había que esperar. Tiempo… Bendito tiempo.

—¿Se fue a vivir contigo?

¿El hombre que me está contando esta tierna historia, es el mismo que me come todo cuando me posee en el sofá locamente? Esta cara de Javier me vuelve más loca, si cabe.

—Sí. Habían discutido; las discusiones eran constantes y casi siempre por el mismo motivo: Alba me defendía. Además de no darle la libertad que una joven de diecisiete años necesita. Era una estudiante ejemplar, nunca tomó drogas ni fumaba, solo necesitaba poder elegir su propia ropa, amistades, compañías y diversiones, sin que la madre pusiese pegas e intentase inmiscuirse en su vida. Ese día le dijo que había estado dos años con ella, que empezase a contar como mínimo otros dos conmigo. Y hasta hoy; ocho van ya.

—Y tú, ¿qué hiciste en ese momento que la ves llegar con la maleta?

—Llamar a su madre para ver qué había pasado y, como era de esperar en ella, se volvió loca. Que le había quitado la vida y ahora le quitaba a su hija. Nada podía dolerle más que Alba se fuese con el hombre que años atrás la había abandonado, aunque fuese su padre. Intenté que reflexionase, le dije que la dejase unos días conmigo hasta que se le pasase; pensé que recapacitaría y volvería con ella. Pero claro, no era suficiente; le convenía más seguir siendo la víctima y poder aumentar su dolor: «Me deja y ahora me quita a mi hija».

Sigo atenta escuchando esta historia que parece sacada de un serial y que ha convertido al «portento» en el ser más adorable del mundo. Mi ropa interior ha olvidado que veníamos a perder el norte, ahora estoy perdiendo los cuatro puntos cardinales de todo mi ser. Sin querer marcharme, sigo aquí sentada saboreando como nunca a este hombre que la vida ha puesto en mi camino.

—Y esa es la historia de mi hija de veintiséis años —remata.

—¡Impactante! ¿Llamaste a tu hermana? —No sé por qué pregunto esto.

—Sí. —Sonríe—. ¿Vas a empezar a controlar mis actos?

—Para nada, no te asustes. Dijiste que la llamarías. Si te molesta no volveré a preguntar.

—No me asusto.

Creo que sí está asustado, y no tengo claro si por lo que yo controle, o por lo que él ya no puede controlar. Evidentemente, me encantaría que fuese lo segundo.

—Claro que sí, pero no vamos a entrar ahora en ese debate. No volveré a preguntar.

—No me ha molestado. Háblame de ti, de tu vida.

—La mía es parecida a la de tu ex, sin embargo, no es inventada, es real.

—¿Quieres otro café o te afectará demasiado el sueño esta noche? ¿Qué quieres decir con no inventada?

—Ponme poco, que luego no duermo. Que ella inventaba los celos y esas paranoias, en cambio, en mi caso, sí existía otra. U otras, a saber.

—Si no puedes dormir me llamas y te hago compañía.

Y esa sonrisa de nuevo despierta mi tanga.

—Oye, tú no me habrás contado esa historia tan bonita de buen padre para llevarme a la cama… ¿no?

—¿Lo necesito? —pregunta.

Esa mirada pícara me dice que tiene demasiado claro que no necesita de ninguna historia para subirme la temperatura. Me basta con saber que existe.

—Eres un presuntuoso, lo sabes, ¿verdad?

—Ja, ja, ja, cuéntame, ¿te fue infiel? —insiste en mi historia.

—Sí, durante dos años antes de marcharse, que sepamos. Primero por internet, siempre alegaba jaquecas cuando planeábamos salir a algún sitio, para quedarse en casa chateando y seguro que haciendo algunas cosas más, y yo inocente le recomendaba que fuese al médico. Poco antes de dejarme se la trajo a España; fingió una estafa en una inversión y le pagó viaje y estancia durante dos meses. Eso calculamos mis suegros y yo por las cifras y por las fechas.

—La economía la llevaba él, por lo que veo.

—Yo estaba al tanto de las cantidades, por eso inventó lo de la estafa. Si había que invertir o hacer una gestión, de eso se encargaba él, y yo confiaba de pleno. Me decía vamos a invertir tanto en esto, y yo delegaba en su criterio. Luego si iba bien me enseñaba los números y todo perfecto. Si por el contrario iba mal, también me los mostraba haciéndome ver las perdidas. Los últimos dos años no atinaba una, luego me di cuenta que lo que hacía era atinar en el coño de

otra. La ingenuidad me sentaba bien por lo visto. Seguro que hubo más de una.

—¿Y eso te preocupa a día de hoy?

—Para nada, antes tenía curiosidad, ahora ni eso.

—Y cuando se fue, ¿te dejo una nota o algo así?

—No, nada. Por lo visto pensaron que les saldría mucho más rentable coger nuestros ahorros y disfrutarlos en aquel país, ya que les durarían más. Estuvieron en Madrid cuatro días hasta que salió el vuelo, mientras yo aquí ya sospechaba. Allí, fue a un notario con el que, ya desde aquí, había concertado una cita para ceder su parte de la vivienda a sus hijas. Todos estos datos se han deducido por pagos de tarjeta en gasolineras, aviones, hoteles, etc. Sus padres, preocupados, pusieron una denuncia por desaparición, y la policía que no es tonta pronto dejó de investigar. Demasiadas evidencias de fuga. Al menos tuvo la deferencia de ceder a sus hijas su parte de nuestra casa, dejándome a mí el usufructo. Todo un *detallazo*; qué buen hombre, no le cabía la casa en la maleta —ironizo.

—¿Le querías, cuando se fue?

—Yo qué sé, cuando te casas embarazada con dieciséis años y tus suegros te ponen todo fácil, crees que la vida es así. Después de marcharse y algunos años más tarde, sí pensaba que le quería, hoy en día estoy casi convencida de que no. Sacrifiqué mi juventud por no usar precaución, y no cambiaría a mis hijas por nada del mundo, aunque sí su año de nacimiento. No había cumplido mis veinticinco y ya tenía dos hijas y una vida de mujer de cuarenta, o más; ahora estoy rozando esa cifra y tengo mejor vida. Hubo de pasar demasiado tiempo para recuperarme y poder regresar al mundo.

—¿Y hombres?

—Nada serio, ya sabes —intercambiamos una sonrisa—, hasta hace un año que conocí a alguien, y no era nada importante tampoco; me trataba bien, me visitaba, nos divertíamos. Muchas veces me preguntaba qué hacía con él, porque la verdad, ni había amor ni había explosión, y todavía no logro saber qué pintaba yo con aquel tipo. Pronto la historia se convirtió en una tortilla a la que le habían dado la vuelta; me enteré de que estaba casado y me lo había ocultado. Ahí me convertí en la amante y en la burlada a la vez.

»Cogí una depresión que me obligó a volver a terapia. Me quedé tirada por los suelos, pero eso no fue lo que me dolió, ya te he dicho que no había nada especial, sin embargo, sentí que los hombres me utilizaban y me desechaban, además de no poder asimilar que, en esa ocasión, yo era «la otra» y haber sido la causante de una infidelidad, eso es superior a mí; lo de las infidelidades lo llevo un poquito regular.

—¿Por eso te fijaste en la alianza? —interroga.

—Sí. Los cuernos no me van, ni en un sentido ni en otro. Si quieres estar con otra mujer, dejas a la primera y evitas engañarlas a las dos.

—Claro, tienes razón.

—¿Sería indiscreta si te preguntase si has sido infiel alguna vez?

—Lo serías, pero responderé. No.

—Perdóname. —Bajo mi cabeza avergonzada.

—No me importa responderte. Imagina por un momento que te hubiese dicho siete veces, o diecisiete. ¿Qué habrías hecho?

—No sé. ¿Echar a correr? —Sonrío pensando que ni con esas creo que podría escapar ya de él.

—Un hombre nunca te va a decir que ha sido infiel. Y una mujer tampoco. Esa pregunta es la más inútil que se puede hacer.

—Gracias por la observación.

—No te lo tomes a mal, Lola. Sabes que tengo razón.

—Sí, sé que la tienes. Cuando recuerdo mi dolor a veces parece que necesito meter la pata.

—Conmigo no dejas de meterla. —Su mirada es… cálida, suave, algodonada…

—No me digas eso por favor —suplico.

—Solo bromeaba —sonríe y vuelve a darme un suave beso en los labios—, es muy agradable charlar contigo. Creo que nunca he tenido esta conversación con una mujer. En realidad, nunca hablo demasiado cuando estoy con una mujer. —Se ríe y me mira.

—Claro, eres más de ir al grano. Debo tener pinta de confesora.

Me sigue mirando.

«¿Por qué me está mirando así?

»¿Le brillan los ojos?

»Le brillan.

»Sí, le brillan…

—Y, cuando dices con este último…, que no había ni amor ni explosión…, ¿te refieres al sexo?

«¿Ha necesitado salir de mis ojos?

»¡Uy! Lolita, que ya estás imaginando cosas que no son.

—Sí, al sexo. Por eso no entiendo qué hacía con él, si tampoco había fuegos artificiales. —Reímos.

—¿Y conmigo… ves los fuegos artificiales?

—No deberías preguntar eso…, creo que se nota.

—Sí, se nota. —Se pone serio.

—¿Y tú conmigo? —le pregunto.

—Ya te lo dije, mucho.

Y aquí se acaban las risas. Presiento que algo va a suceder al ver cómo se cubre la boca con el puño cerrado y, sobre la mesa, extiende su otra mano hasta llegar a rozar mis dedos. Esa mirada penetrante me está perturbando de nuevo y siento unas ganas locas de gritar: «No he visto explotar tanta pólvora junta en mi vida», pero me voy a contener; no quiero volver a asustarle. Poseída por mi ejército de mariquitas intento salir de aquí; ya no tengo ninguna duda.

«Lola, estás enamorada, y él, tiene miedo».

—Debo irme, son las nueve y mi hija estará al volver.

—Claro. —Me acompaña a la puerta—. ¿Sabes que yo tengo por norma no quedar más de dos veces con la misma mujer?

—No lo sabía… —Me lanzo—. Conmigo llevas más de dos.

—Lo sé, me he percatado. —Sus ojos afincados en los míos creo que están intentando decirme algo.

—¿Por eso estás asustado? ¿Y te molestó meter a mi hija en tu coche?

—Ni estoy asustado ni me molestó. Solo dije que no estaba acostumbrado.

Silencio, no sé qué decir, y no sé muy bien que me quiere decir, porque lo que yo sospecho y deseo, sería utópico, así que lo descarto.

—Pues habrá que despedirse, no quiero ser yo la que rompa tus esquemas.

—Ya los has roto, he pasado de dos.

Y me besa, con esa ternura que hace que de nuevo aparezca «todo». Y pienso: «Lánzate, pregúntale, sal de dudas».

—No te estarás pillando, ¿verdad? —Tono jovial, sabiendo que me voy a arrepentir de soltar esas palabras.

Se separa de mí, me mira, me sonríe, espero una respuesta negativa, y sin dejar de mirarme mueve su cabeza hacia los lados, efectivamente para hacerme saber que la respuesta es «no».

—¿Y tú? —inquiere.

Vuelvo a hacer uso de mi carnet del club del mentiroso respondiendo con una negación igual que él y decido salir pitando de allí.

Estoy fuera de su casa. Esperando el ascensor me apoyo en la pared, me tapo el rostro con las dos manos y no dejo de pensar: «Nena, estás hasta las trancas». Estoy nerviosa, caminando de un lado a otro y frotándome la frente. Al final no he controlado lo que me dijo Olga; mi corazón.

Oigo una puerta, la suya, al girarme veo que ha abierto y se apoya en el marco mirándome. Le miro, y veo esos ojos, sus ojos, esos ojos color chocolate, pillastres, intensos, de ladrón *robatodo*, y descubro una vez más que es él…, que deseo que sea él, el protagonista de mi cuento particular, el que quiero que con sus besos escriba mis memorias, el que deseo que con sus manos dibuje mis recuerdos, el que ansío que escriba cada renglón de mi vida.

Temblorosa e inmóvil, no aparto mis ojos de los suyos, hasta que veo que viene hacia mí. Con sus manos coge mi rostro para regalarme un tierno beso que me obliga a cerrar los ojos y a corresponder con la misma ternura. Poco a poco desliza su boca por mi mejilla.

—Un poco… —susurra.

«¿Un poco? ¿Un poco qué? Que acabe la frase… ¡Que diga lo que quiero oír, "coño"!».

—¿Qué? —pregunto sin moverme.

—Eso que tú has dicho…, un poco.

Sin separarse de mí, percibo como abre la puerta del ascensor y me susurra al oído.

—Lárgate ya…

Con delicadeza me empuja para que entre en el ascensor. A pesar de que mi ropa interior está intacta, mi corazón sale inflado y mi cuerpo extasiado. Quiero llamar a Olga y contarle lo que acaba de pasar —es la felicidad—. En estos momentos me siento como una adolescente, entusiasmada, eufórica, envuelta entre arcoíris y estrellas, tocando el paraíso y el delicioso infierno a la vez. Antes de hablar con mi amiga, necesito enviar un audio…, a él.

—Me había puesto mi mejor ropa interior, pensé que querías «explosionar», y lo cierto es que, no sé tú, pero yo, ahora mismo siento que he pasado una de las mejores tardes que recuerde, espero que no te agobies ni te dé miedo esto, solo necesitaba decírtelo.

Mi Javier 21:10: Me acabas de poner calentón calentón, sabiendo lo que traías para mí. Te dejo que vuelvas.

Lola Loba 21:11: Es tarde. Tengo que irme.

Mi Javier 21:11: Respecto a la tarde, no solo me gustas para el sexo.

«¿Falta una coma?

»Claro que falta una coma.

»No sé por qué tiene que faltar.

»Porque en los chats nunca se ponen los signos, se deducen.

»Yo no deduzco nada, no hay coma y punto.

»Pues mejor que lo deduzcas».

»Pues no, no y *requetenó*.

Y aquí estoy, debatiendo con mi «yo» endemoniada sobre ortografía. Porque claro, no es lo mismo «no, solo me gustas para el sexo», que «no solo me gustas para el sexo».

Le escribo.

Lola Loba 21:35: ¿Falta una coma?

Mi Javier 21:37: ???

Lola Loba 21:38: Tu último mensaje, ¿faltaba una coma?
Mi Javier 21:38: Mi último mensaje fue…???
No me lo puedo creer, no puede ser tan corto. Se ríe de mí.
Suena llamada.
—¿Qué te pasa Lolita? —Ese tonito…
—No me vaciles, has entendido la pregunta. ¿Hay o no hay coma?
—¿Tú ves coma?
—No, no la veo. Podrías haberla pasado por alto.
—Je, je, je… Contigo no se me pasa nada por alto, preciosa. No, no hay coma.
—Vale…
—¿Vale?
—Sí, vale.
—No, no vale.
—¿Cómo?
—Que no me vale, no hay coma, eso merece algo más.
—¿Algo más? ¿Quieres algo más?
—Estoy ansioso.
—Me estás volviendo loca…, ahí tienes algo más.
—Te voy a seguir volviendo loca, hasta hacerte perder el sentido.
«Complicado lo tiene; ya lo he perdido».

Ya de vuelta en casa, con una sonrisa que creo que se alarga hasta mis orejas como si me hubiese hecho un *megalifting*, llamo a Olga.

—No sé muy bien lo que me pasa, te prometo que no había sentido esto nunca —me confieso.
—Si quieres te lo deletreo. Empieza por a y acaba por r.
—Voy a pasarlo mal, ¿verdad?
—No es por deprimirte, pero tiene toda la pinta.
—A veces eres muy cruel conmigo.
—Lola, espabila, decías que solo querías tirártelo y ahora… Cuando estés bien enganchada te soltará para que caigas de pleno. Solo tienes que dedicarte al sexo, olvida el resto.
—No puedo, ya no puedo.

Los consejos de Olga son bastante acertados para no tener que volver a terapia, aunque la realidad es muy distinta. Mi estado emocional se me va de las manos. Ya no puedo controlar lo que siento y cada vez me veo más atrapada a esta historia. Para colmo, me acaba de decir que se está pillando… ¿Cuánto? Un poco. ¿Y cuánto es poco? Pues no lo sé, porque la ley de la relatividad en estos momentos me está acosando. Sea cuanto sea, necesito seguir con esto. Mi corazón ya no decide, está preso y creo que no existe nada que pueda romper los barrotes de esa cárcel de amor. Salvo él, decidiendo si sigue compartiendo celda conmigo o fugándose y abandonándome.

Hoy me he levantado peor que nunca. El despertador ha sonado a las siete y cuarto sin que apenas haya podido descansar en condiciones. Pensando en cuánto de pillado estará Javier he ido alternando el sueño con el insomnio. Me resulta complicado cambiar esa rutina de mirar el teléfono nada más levantarme. Va siendo habitual leer sus mensajes a primera hora de la mañana.

Mi Javier 07:12: Ven a verme a la oficina, calentita y con algo rico pegado a tu piel, no he podido dormir. Beso.

Deseo tanto ese cuerpo que ni lo pienso y, echando mano de uno de mis conjuntos más

preciados y mirándome al espejo, me aconsejo: «Lola, cuando te veas tirada por los suelos ya harás por levantarte, ahora estás en las nubes y no vas a dejar de volar». Acabo el desayuno y marcho directa al precipicio.

Al llegar, veo que me está esperando abajo, por lo visto él tampoco ha dormido esta noche y necesita algo de cafeína; nos vendrá bien a los dos. Ya sentados en la mesa, juego con el café con leche sin dejar de marear el líquido con la cucharilla. Sabiendo que él me observa y dudando si preguntar lo que me reconcome la cabeza, desde ayer por la tarde, sigo en mi dinámica de marear el desayuno.

—¿Ocurre algo Lola? Estás muy pensativa y silenciosa.

—No, nada, cosas mías.

—¿Me lo quieres contar?

—No sé si te gustará —respondo recelosa.

—Si no lo intentas no lo sabremos.

Me lanzo

«Venga, de cabeza».

—Es sobre lo que me dijiste ayer. Tú no has podido dormir pensando en mi ropa interior —sonríe—, y yo no he pegado ojo recordando tus palabras. Aquello que dijiste…, lo de que estabas un poco…

—¿Sí? —Él espera.

—¿Era… pillándote…?

—Era pillándome.

—Verás, tú ya sabes mi historia; me refiero a mis bajones por abandono y todo eso que te conté ayer y, por supuesto, serás consciente de que tengo miedo. Porque a veces no se sabe si es peor que estéis casados o que no.

—¿Perdona? ¿Estás hablando en serio? —Pone un gesto de incrédulo.

—Los casados no rebasan cierta línea. Y ya sabes hasta dónde vas a poder llegar.

—¿Por qué no intentas hablar claro?

—A ver si sé explicarme. Los hombres que no estáis casados os morís por comeros un caramelo…, bueno los casados también, no obstante, vamos a centrarnos en los solteros. Hacéis lo imposible por comeros el sabroso caramelo, sois capaces de matar con tal de llevaros el caramelo a la boca, incluso descartáis rubias despampanantes, con el fin de saborear «*eeese*» preciso caramelo. Y cuando por fin conseguís desprender el envoltorio y disfrutar del puto caramelo, todo son pegas; que si es amargo, que si tiene relleno y no me gusta, que si no es el sabor que quería, que si demasiado dulce, que si demasiado blando, que no es lo que esperaba… Y a por otro caramelo. Entre tanto, mientras intentáis quitar el envoltorio, el caramelo ya ha cruzado la línea. ¿Lo has entendido? —remato mi discurso.

—Creo que sí. ¿El caramelo eres tú? —interroga serio.

—Más o menos.

—Lo de la rubia sobraba.

—Lo retiro, el resto lo mantengo.

—La línea que no rebasan los casados…, y el caramelo sí, ¿son los sentimientos?

—Algo así…, ellos no llegan a pillarse para luego dejarte tirada. Se supone que hay unos límites desde el principio.

Pone cara de asombro, ya sabía yo que me iba a arrepentir. Se ha levantado sin decir nada y se dirige hacia la barra, seguro que le he acojonado y con la misma desaparece. No sé por qué narices he tenido que decirle eso. Vuelve con una botellita de agua en la mano. Se sienta de

nuevo.

—Creía que te ibas —le digo un poco asustada. Seguro que se me nota.

—No pienso ir a ninguna parte. —Le noto tenso—. Deberíamos intentar disfrutar de esto sin pensar en líneas. Me gustas mucho, te gusto, ¿mucho?

—Mucho —confieso.

—Pues no pienses en nada más. Esas líneas de las que hablas a veces se convierten en metas, y no todos llegamos a la meta. Sin duda, eso es peligroso.

—Tienes razón, no debería haberte dicho nada. —Otra vez arrepentida.

—Tal vez debí ser yo el que no te dijese nada. —Calla y espero—. Pero es lo que siento, Lola. Mira —se acerca—, esto a nivel informativo. El caramelo…, tiene mi sabor favorito, no amarga, me encanta su relleno y de momento lo voy a seguir saboreando hasta morirme de gusto. —Sonríe derritiéndome una vez más—. Y tú, ¿lo has entendido?

—Creo que sí. —Ya se han juntado las doscientas mariquitas bailando bachata.

—Eso no quiere decir, que no pueda acabar —sigue hablando—, y ese día deberás tener claro que en ningún momento te he utilizado. Todo lo que te digo lo siento, aunque la posibilidad de que llegue a su fin esté ahí.

—Claro claro, eso lo entiendo.

«¿Seguro que lo entiendes, Lola?

»Sí sí…, pero que no acabe.

Capítulo 10

Pasan los días y seguimos desfogando nuestra atracción sexual a escondidas del mundo. Tan solo Olga era partícipe de mi felicidad hasta hace varios días, poco después de la famosa charla del caramelo, en que como era de esperar, Manolo acabó siendo conocedor de nuestro secreto; el exceso de fuego entre nuestros cuerpos y la falta de previsión, colaboraron bastante.

Todo comenzó con unas palabras sofocantes que él me envió al verme en la oficina, yo ya había gestionado con Manolo el tema del trabajo y me disponía a marcharme, sin embargo, ese día, la necesidad de Javier era apremiante. Cuatro días habíamos estado sin vernos y, al parecer, le resultaban insoportables. Separados apenas por un par de paredes, y mediante una llamada telefónica, comenzó el error.



—Te he visto pasar por el pasillo. ¿Vienes a verme?

—No, está Manolo y no te controlas.

—Tú me vuelves incontrolable.

—¿Yo? No hago nada.

—Existir, ¿te parece poco? Lola, ven.

—No, no voy a ir. —No sé por qué le dije que no, si sabía seguro que iba a ser que sí.

—¿De qué color llevas el tanga? —Su temperatura estaba ya por los bajos fondos a punto de llegar al infierno.

—¡Javierrrr! —yo hablaba bajo para que Manolo no me oyese.

—¿Llevas brasileña? Me vuelven loco tus brasileñas.

—¡Javierrrr! O te callas o cuelgo.

—O vienes o voy.

—Cuelgo…

—Voy…

—¿Ves como no te controlas?

—Ven... y déjame arrancarte las bragas de una vez.

—Como se entere Manolo, te mato.

—No se entera…

Dominada como siempre e incapaz de negarme a sus súplicas, sabía que solo había una forma de apagar aquel fuego; encaminarme hacia su despacho. Acalorada y con la completa seguridad de que no debía ceder, me resignaba a no poder contrariar sus deseos, que como siempre, con sus palabras, hacían que mi cuerpo ardiera y que adoptase sus mismas necesidades. Al entrar en la oficina, él, desesperado, cerró con seguro y entre arrumacos me despojó de las prendas inferiores. Sentándome en la mesa y separando mis piernas, comenzó a descontrolar sus impulsos más hombrunos.

—El viernes tienes libre. —Se volvía loco de deseo.

—Iba… con Manolo… a los cines… —yo ya casi no podía hablar.

—Anúlalo.

Extasiados al máximo, ese momento de placer recibió un tremendo jarro de agua fría, cuando Manolo llamó a la puerta y nos obligó a cortar en seco. Con rapidez cogí mi falda, olvidando mis bragas, y me escondí en mi habitual cueva —debajo de la mesa—. Entre tanto, él se dispuso a

abrir.

Al entrar, el director que traía unos documentos, se percató de que Javier estaba algo exaltado y, sospechando, no tardó en ojear alrededor y percibir mi tanga encima de la mesa. No pudo más que asombrarse y poner cara de situación mirando a Javier, a lo que este respondió con un gesto en su rostro también de situación. Ya en el pasillo, al irse, Manolo hizo una pequeña objeción.

—¿No tienes casa y tienes que traer aquí a una mujer?

—Lo siento, Manolo, no se repetirá.

Manolo, callando, marchó a su despacho, entre tanto yo salía del escondite recriminando y protestando por lo bochornoso de la situación.

—Te lo he dicho, no pienso volver a hacerte caso.

—Ha sido muy morboso, no me lo negarás. —Reía.

—¿Morboso? Me has dejado a medias. ¿Eso es morboso?

—¿Y yo qué? Lo acabamos…, ven aquí…

—Te lo advierto, dejaré de venir a la oficina. —Solo pensaba en vestirme y salir de allí.

—¡Anda!, no te enfades mujer.

Con mucho cuidado, salí sin que Manolo me descubriese y, simulando lo máximo posible, me dirigí a hablar con él. Necesitaba el viernes libre.

—Manolo, tengo un problema.

—Tú…, ¿no te habías ido? —preguntó.

—¿Eh? Sí sí, es que…, he recordado y he vuelto. Verás, el viernes no puedo ir contigo a los cines. Necesito el día. ¿Podríamos ir el jueves?

Por un momento el hombre quedó callado, pensando, miraba a la puerta, me miraba a mí, seguía pensando y yo esperando.

—¿Estás tirándote a ese? —Señaló hacia el despacho de Javier.

—¿Perdona? ¿Qué dices? —«Tierra trágame», pensé.

—Esta mañana me dijo que no vendría el viernes. De repente tú te habías ido sin necesitar el viernes y de golpe y porrazo apareces de nuevo por aquí pidiendo el viernes. Hace un momento había un tanga en su mesa, me apuesto lo que quieras a que el tanga y la dueña han desaparecido y están delante de mí. —Manolo me miraba esperando una confesión.

—No me hagas esto, Manolo —supliqué—. Está bien, estamos…, no estamos, solo hemos quedado, algunas veces…, Manolo, me debes una.

—Me voy a pasar toda la vida debiéndote esa. —Y un poco enfadado, salió a llamarle a él—. Creo que os hacéis un flaco favor liándoos coordinador y supervisora. Ya sabéis que la empresa no quiere más líos de este tipo y que os jugáis los dos el puesto. Pero no seré yo quien lo impida, ni quien os delate, eso sí, los líos fuera de la oficina. Y ya sé, que por jerarquía aquí mandas tú —señaló a Javier—, y como veo, que has perdido los papeles, visto lo visto, pondré yo las normas; aquí se viene duchado y fresco, los calentones fuera. ¿Entendido?

—Claro, ya te dije antes que no volvería a suceder. Ha sido un arrebato.

—Pues a venir enfriados a partir de ahora. En cuanto al viernes…, está bien, iré solo y ya te cuento. Y acabamos con las deudas de una puñetera vez.

Ese mensaje iba dirigido a mí, y afirmé para junto a Javier abandonar la estancia, yo bastante sofocada y enfadada.

—Te lo he dicho…, ¡no sé por qué te hago caso!

—¿Qué es eso de las deudas?

—Cosas nuestras, y no cambies de tema.

Y con una mirada de las que atemorizan a cualquiera —menos a él—, acabamos con el tema.

Ese día empecé a revelarme al modo en que dominaba mi vida y eso empezó a pasarme factura, porque él no estaba muy conforme con que yo mostrase mi oposición.

Dos días más tarde de aquel nefasto suceso con el director, él, ya había olvidado todo, y de nuevo me llamaba para que pasase por la oficina. Manolo había salido y, por lo visto, de nuevo la necesidad apremiaba. Me negué. Yo sabía que las ausencias de Manolo no solían durar demasiado tiempo y no quería arriesgarme a que de nuevo nos encontrase *in fraganti*. Ese día, reconozco que, me negué muy a mi pesar, porque los encuentros inesperados me ponían tanto como a él. Siendo franca diré que me ponían y me ponen absolutamente todos los encuentros con él.

—No voy a ir, te pongas como te pongas —aseguré.

—Qué tozuda eres cuando quieres.

—¿Tozuda? ¿Te refieres a que soy la única que pone un poco de sensatez?

—Estamos perdiendo tiempo, ya estarías aquí.

—No voy a ir, y voy a colgar. Esta tarde te llamo.

—¿No vas a venir? ¿En serio?

—No —confirmé.

—De acuerdo…, no me llames esta tarde.

—¿Cómo?

—Que no me llames.

Colgó el teléfono. El glaciar Perito Moreno, nada tenía que ver a mi lado; decir que quedé congelada se me queda corto. No podía comportarse de un modo tan infantil. Me parecía surrealista lo que acababa de suceder y fue tal el cabreo que cogí, que esa misma tarde decidí seguir sus instrucciones; no le llamé. Ni por la noche, a pesar de que, en más de ochenta y ocho ocasiones, estuve tentada de hacerlo. A cada minuto cogía el terminal para llamarle, y al segundo siguiente lo soltaba preguntándome por qué narices no me llamaba él y me pedía disculpas.

Al día siguiente me levanté mucho más enfadada de lo que me había acostado y eso me reforzó para seguir en mi decisión de no descolgar el teléfono. Conforme pasaban las horas, el enfado se iba transformando en desesperación y angustia, pues yo sabía que, aun no llamando, tenía claro que no quería acabar con aquella historia que me estaba dando la vida. Pero si él no llamaba, ¿era porque había decidido acabar con lo nuestro? Me angustiaba y me angustiaba, y necesitaba respuestas.

Llegó la noche, el teléfono seguía sin sonar y la desesperación estaba rozando los límites del crispamiento en mi cabeza. Estaba casi a punto de dejar de respirar cuando necesité coger el teléfono y hablar con ella. Me daba incluso vergüenza contarle lo sucedido; era tan sumamente ridículo, un enfado sin enfados, sin discusión, sin motivos, no sabía ni por dónde empezar. Olga se quedó casi como yo, helada.

—No sé qué decirte, no quiero mencionarte algunas posibilidades, sabiendo que no te van a gustar.

—¿De qué hablas?

—Lola, te lo digo y no te enfadas.

—A ver…, ¿en qué estás pensando?

—Pues igual se ha cansado y era una forma de deshacerse de ti.

—Eso no ha pasado. No se ha cansado. —Y me enfadé, como ella bien sabía que sucedería.

—Vale, pues no he dicho nada.

No podía haberse cansado. Pensé:

«Cuando uno se cansa no te llama para que vayas a verle y se enfada si no vas.

»Sí, Lola, sí, cuando solo quieren un polvo y te llaman y no vas, se enfadan y te expulsan de su vida.

»¡Que no! ¡Que no! ¡Y que no!

Olga seguía hablando.

—Mañana hemos quedado para tomar unas cañas en la cafetería de abajo. ¿Por qué no te vienes y te despejas? Entre tanto esperamos a ver qué pasa con tu Javier.

No podía esperar más. Aquella incertidumbre de no saber qué demonios le pasaba y por qué actuaba de ese modo, me estaba matando. Intenté evacuar mis tormentos, acepté la invitación de Olga y ese mismo viernes, al salir de trabajar acudí a tomar una cerveza con los compañeros, como solía hacer antes de que él llegase a mi vida.

Todos se alegraron de verme de nuevo en una de esas reuniones informales, donde olvidábamos las batas, las máquinas pulidoras, las bayetas, y las fregonas. Once eran los que me acompañaban y fue agradable retomar las risas en compañía. Una llama de fuego subió por mi cuerpo hasta envolver mi rostro de rojez, al mirar mi teléfono y ver un mensaje en mi chat. «Mi Javier», se había decidido a escribirme y el interrogante acerca del contenido de aquel mensaje comenzó a torturarme. Tenía miedo de mirar. Dudé barajando las infinitas posibilidades: «Te echo de menos…, quiero que hablemos…, necesito verte…, lo siento…, perdóname…». Esas eran las posibilidades que yo quería, y luego estaban las que no quería: «Fue bonito mientras duró…, no volveremos a vernos…, olvídame…, que te vaya bonito…».

Aterrada, no quedó otra que leer el mensaje.

Mi Javier 14:23: ¿Qué haces?

Ese mensaje no lo había barajado como posibilidad. Y en parte, sentí alivio.

Lola loba 14:32: Tomando una cerveza con los chicos, en la cafetería.

Demasiada información para lo escueto de su mensaje. Al enviarlo me arrepentí, parecía una invitación para venir en mi busca. Y eso fue lo que hizo, acudir y sentarse en la barra, a esperar no sé qué. Pronto mis acompañantes se percataron de su presencia y empezaron a debatir si le invitábamos a la mesa, cosa a la que yo misma incité alegando que no era tan serio como aparentaba; claro que no les dije en todas las facetas en que yo le conocía. Alguien tuvo la brillante idea de que fuese yo la que le trasladase la invitación, y acepté; era una buena excusa para mirarle a los ojos. Allá que fui.

—Los chicos me han pedido que te diga si te apetece acompañarnos a la mesa.

—No creo que sea buena idea. —Leí el rencor en su mirada.

—Deberías venir. Les he dicho que eres encantador.

—O sea, que soy encantador… y tengo que creerlo.

—No me hagas quedar mal —insistí obviando su comentario.

—No sé… —Bebió de su cerveza.

—Te están dando una oportunidad para integrarte en el grupo y dejar de ser el regional.

—Y tú, ¿quieres que me siente?

—Estoy aquí.

—¿Quieres?

Claro que quería, de no haber querido me hubiese negado a ir a pedírselo, y él lo sabía, no obstante, necesitaba que le implorase. Me opuse a ello. Di media vuelta y me encaminé hacia la mesa, y al sentarme en mi silla le observé coger su caña y acercarse. No había hueco para él, por lo que algunos se movieron para dejarle sitio justo enfrente de mí, al otro lado del grupo, de modo que ambos quedamos presidiendo los extremos de aquella mesa rectangular.

—Bueno, jefe —habló Fermín que era de los más veteranos—, aquí no se habla ni de trabajo

ni de amantes, cada uno que se acueste con quien quiera, ja, ja, ja.

—De acuerdo, podéis empezar por llamarme Javier.

Al cabo de cinco minutos, ya estaba completamente integrado y las risas corrían por la mesa. Entonces Berta, sentada a mi lado, me susurró al oído.

—¿No te pone el tipo este? Voy a pedírmelo para mi cumple.

Miré a Berta y solo pude sonreír a la vez que me respondía para mis adentros.

«¿Que si me pone?

»Me pone…, claro que me pone…, no te imaginas cómo me pone.

Y no recuerdo bien quién fue, pero alguien formuló la pregunta adecuada que desencadenó lo que no debía desencadenarse.

—¿Y cómo llevas estar tan lejos de tu casa?

—Se lleva, no es la primera vez que trabajo fuera de mi zona —respondió.

—¿Tienes familia? ¿Mujer? ¿Hijos?

—Tengo una hija. Y a ella sí la echo en falta. Es un poco torbellino y ahora tengo demasiado silencio.

—¿No tienes pareja? —Me atreví a preguntarle en mi papel de fingido desconocimiento.

—No —dijo a secas mirándome; creo que con tono amenazante.

—Bueno, eso siempre se lleva mejor, cuando no hay nadie al otro lado esperando. —A Berta le hacían chiribitas los ojos.

—Claro, supongo —afirmó él.

—Pues yo creo que a mí no me vendría mal irme destinado a Huelva o a Pontevedra, por lo menos, a descansar un poco de la parienta. —Fermín y sus bromas.

—Hay alguien… —dijo él y mi sangre dejó de correr.

—¿Alguien? ¿Te refieres a alguien especial? —preguntó Berta.

—Sí, claro, vive aquí, en Valencia, así que no puede echarme de menos, sí espero que lo haga cuando me vaya.

—¡Vaya! Llevas dos días aquí y ya has ligado, y yo que no me como un *torrao* —bromeó Alex.

—No te lo comes porque no sabes cocinarlas, bruto, que eres un bruto —espetó Nanda.

—Bueno es que a veces las mujeres sois complicadas —añadió Javier enviándome un mensaje.

En ese momento el cabreo adormilado despertó enfurecido. «¿Complicadas? ¿No se estará refiriendo a mí?», pensé. Todas las mujeres de la mesa protestaron.

—Define complicadas. No creo que si ella te oyese le resultase gracioso ese comentario —sentencié.

—Tal vez, pero como no me oye, y no sé cuándo me oirá… Está enfadada. —Se notaba que había retintín.

—¿Qué le has hecho? ¿Cocinarla mal? Ja, ja, ja —replicó Alex.

—No, al contrario, la trato como al caviar. Es solo, que es un poco testaruda.

Testaruda…, yo… En ese instante tensé la cuerda lo máximo posible y me dispuse a ponerle en un aprieto para vengarme de esos calificativos que, sin saberlo nadie, me estaba enviando a mí.

—¿Como al caviar? Como al caviar sería llamarla en este momento y pedirle perdón —le dije, y Olga sentada a mi lado me dio una patada.

—¿Por qué crees que debo pedirle perdón y no ella a mí?

—Porque el caviar siempre tiene razón. Y porque lo estás deseando. Se nota. —Jugar con

fuego era peligroso, pero ahí estaba yo, como Juana de Arco, en primera línea.

—Es que Lola no ha tenido muy buenas experiencias con los hombres —dijo Nanda.

—¡Ah, ¿no?!, Lola. ¿Por eso me atacas? Sin conocerla a ella.

Claro que la conocía, y de primerísima mano. La saludaba cada mañana delante del espejo.

—No ataco. Tú has dicho que la tratabas como al caviar. En cambio, a veces los hombres, creéis que tratáis como caviar y tratáis como mortadela.

—¿Eso crees?

Me di cuenta de que aquello se estaba convirtiendo en un diálogo entre dos, y el resto de asistentes en meros espectadores que acompañaban al compás de sus cabezas cada frase nuestra, al igual que si de un partido de tenis se tratase.

—No hay nada que vuelva más loca a una mujer, que una llamada sorpresa cuando está enfadada. Una disculpa, unas palabras cariñosas y ahí es cuando se convierte en caviar listo para ser saboreado y devorado.

—¡Hostia, Lola! Cómo hablas cuando quieres —comentó Nanda.

Olga seguía dándome patadas advirtiéndome de que parase con el juego, todos permanecían expectantes, y él… se encendió.

—¿Quieres jugar? —Me provocó.

—¿Por qué no…? —respondí retándole.

—Muy bien, vamos a jugar. —Me miró desafiante—. Tú ganas, la llamo.

Cogió su teléfono y me llamó. Yo sabía que el mío estaba en silencio y aquella llamada no iba a ser atendida, por ello permanecí en todo momento, desafiante con mi rostro y retándole con la mirada. No olvidé que para nada era conveniente que nuestra relación, o lo que fuese en ese instante, saliese a la luz.

—No responde —dijo Fermín.

—Responderá… —Pulsó el botón rojo, y de nuevo ejecutó llamada.

—Igual no te coge si está enfadada —apuntó Berta.

—Lo va a coger, ya lo creo que lo coge. —El enfado en él ya era evidente.

Yo seguía tranquila, estaba segura de que él tan solo fingía para salir de esa trama y demostrar que la supuesta no cogería el teléfono, porque en el fondo era tan cabezota como él había insinuado.

—Pues no responde, no… —Volvió a insistir Fermín.

—Tranquilo, Fermín, va a responder. Te digo yo que va a responder.

—¿Seguro? —dije.

Y ahí me sentencié.

—Y tan seguro… —Y señalándome con su teléfono dijo—. ¿Quieres descolgar el puto teléfono de una vez?

Y me miró, y me petrifiqué, y se petrificaron… todos. Después de escuchar sus palabras todas las miradas se focalizaron en mi persona y yo no sabía dónde meterme. Con dos dragones de los de diez metros metidos en cada uno de mis ojos le lancé unas fogosas llamas, y acto seguido me levanté y salí del local entre enojada, sorprendida, confundida, desbordada… y perseguida por él. Al llegar a la calle, me apoyé en el cristal del ventanal, sin percatarme de que éramos observados por todo el personal que permanecía en el interior.

—¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? —pregunté alterada.

—Sí, poner en peligro mi puesto de trabajo.

—El mío.

—Al que liquidan si se enteran es a mí, tú tienes a Manolo para defenderte. —Seguía tenso.

—¿Y se puede saber a qué ha venido esto?

No dejaba de mirarme. Esa mirada fulminante me tenía hipnotizada obligándome a mantener mis ojos en ella. Esperaba y esperaba, sin obtener ninguna reacción por su parte. Aquellos cinco o seis segundos, parecieron cinco o seis lustros. Hasta que, rendida ante aquella loca situación, cerré mis ojos y bajé mi cabeza junto a una exhalación extrema que delataba mi agotamiento. Todavía con mis ojos cubiertos por mis párpados, sentí su mano recorriendo mi cuello deslizándose hacia la nuca. Soplé… soplé, dejándome saborear por esos dedos que no dejaban de jugar con las carnes que cubren mis cervicales. Necesitaba despejar ese pantano salado que ya inundaba mis ojos. Y cuando estaba a punto de reventar en un llanto…

—Era lo que querías, ¿no? Una llamada, una disculpa y te conviertes en caviar. —Sus palabras me sonaron como la melodía de un piano en mitad de una batalla campal.

Plegué mis párpados y me enfrenté a su mirada, encontrándome con su rostro casi pegado al mío. Tenía claro que iba a *cederme* una vez más al monstruo de mis pasiones.

—No vuelvas a estar tantas horas sin llamarme —ordenó asomando esa sonrisa ladeada que me obligaba a doblegarme.

—¿Por qué? —Quería una declaración. Me lo debía.

—Lo he pasado mal.

—¿Solo mal? —sonreí.

Me devolvió la sonrisa y acercándose a mí, me susurró.

—Muy mal, bruja…, muy mal…; me tienes loco.

—Y tú, eres odioso…

Al despegar nuestros labios, tras ese deseado beso, no quedó más remedio que entrar al lugar donde, al acercarnos, un absoluto y casi aterrador silencio reinaba en la mesa. Ninguno de los compañeros se atrevía a hablar ni a preguntar, a pesar de que las miradas hablaban por sí solas. Fue Javier quien dijo las primeras palabras.

—Si alguna vez viene algún inspector de la empresa y queréis deshaceros de mí, solo tenéis que contar lo que habéis presenciado. No creo que Lola corra ningún peligro, así que lo tenéis un tanto fácil. Aunque sería de agradecer que nada de lo sucedido saliera de aquí.

—Ya te informó Fermín de que aquí no se habla de esas cosas. Cada cual se acuesta con quien quiere —apuntó mi queridísima Olga.

—Claro —dijo Fermín sonriendo dando un palmetazo en el brazo a Javier—, a los jefes se os da mal lo de escuchar.

—De acuerdo de acuerdo —admitió Javier.

Unas últimas miradas entre sus chocolates y mis pardos confirmaban la reconciliación.



Capítulo 11

Han pasado varias semanas desde aquella primera cita en que decidí acudir a cenar con el pibón. Después de todo lo acontecido, esta madrugada el desvelo me invade y no pudiendo conciliar el sueño, me he levantado a tomar el fresco en la terraza para poder encajar esta nueva situación en la que me encuentro. Algunas cosas han ido cambiando. Su empeño por querer que las cosas funcionasen según sus apetencias, me iba demostrando que mi empeño era exactamente el mismo; que las cosas funcionasen según sus apetencias. Me entregaba a él sin objeciones, acudía a sus llamadas sin reparo, incluso en los momentos de alta tensión por enfados, que los ha habido, siempre se acababa en una cesión por mi parte hacia su voluntad. Y para colmo, se atrevió a presentarse en mi casa.

Tras el incidente con Manolo y lo sucedido aquel mediodía con los compañeros de trabajo, decidí que no quería más sorpresas ni juegos de escondite como si mi vida fuese la de una furtiva. Preparé una cena de chicas en casa con mis hijas y me dispuse a contarles con quién pasaba mis ratos libres. Esa misma noche, Sara nos informaba de que la sesión del día siguiente se había aplazado, inconsciente de que la noticia sería más relevante de lo que ella imaginaba.



—La peluquera nos ha dejado tirados. Ya se han puesto a la búsqueda de otra…

—¿La peluquera? —Pregunté asombrada.

—Sí, se va a trabajar a la televisión y llamó ayer para comunicarlo. En producción están que trinan.

—A esta niña las neuronas le van menguando. ¿Qué soy yo? Espabilada. —Patri se irritó y con razón.

Con rapidez y sorprendida por su despiste, Sara llamó a su agente para informarle de la disponibilidad absoluta de su hermana. En ese mismo momento se estableció una entrevista para el siguiente lunes. Creo que me vi en la prensa rosa al lado del monumento, como madre de dos galardonadas con el Goya. Uno a la mejor actriz y otro a peluquería y maquillaje. Para algunas cosas, siempre me he frenado demasiado, y para otras corro que vuelo, ese mismo lunes. Patri comenzó a ocuparse de los peinados de las modelos. La respuesta a la prueba que le hicieron fue: «Ya era hora de encontrar a alguien con talento innovador». Así que ahora las hermanas trabajan juntas y van a viajar juntas, porque ya hay planeados algunos viajes. Siempre tuve miedo a que Sara se marchase y ahora se irán las dos. El karma se venga de mí.

Saltamos de alegría por haber conseguido la entrevista para Patri, y la euforia del momento me vino a pelo para empezar a hablar acerca del verdadero motivo de aquella reunión. Lo solté de carrerilla, sin respirar y suplicando compasión, como si mis hijas me fuesen a castigar por salir con chicos a demasiada temprana edad.

—Ya sabía yo que esta cena venía con premio. —Sara bromeaba mirando a su hermana—. Es un vejestorio, pero muy atractivo.

Así…, como suena…, mi «Dios» un vejestorio… Casi la mato.

—¿Te has estado escondiendo? —Patri se sorprendió.

—Un poco —confesé.

—Las hijas somos nosotras, mamá. —Ambas reían.

Las vi distendidas, contentas y ante la pregunta de si él ponía el debido interés, quise mostrar

unos mensajes de los que solía enviar por las mañanas; los de las noches habrían sacado demasiado mis rojeces faciales.

—Lo tienes loco, mamá. —Sara no dejaba de hacer palmas.

—Al menos eso parece —respondí preguntándome por qué narices tenía que recurrir al dichoso «al menos».

En ese instante hubo un tira y afloja entre mis hijas y yo para que le llamase; ellas querían y yo me negaba. Ese incomprensible poder de dominio que tienen los hijos con las madres, acabaron por convencerme; y encima con altavoz.

—Me va a matar si se entera, así que calladitas. —Y llamé—. Hola, Javier, ¿cómo estás?

—Aquí, tumbado en el sofá, y esperando a que me avises. ¿Ya ha acabado la cena?

Entre tanto mis hijas no dejaban de hacerse gestos de cariñitos en tono burlón.

—Acabamos de empezar y quería decirte…, se lo he contado a las niñas.

—¡Vaya! No sabía que pensabas hacerlo.

—Ha sido improvisado —mentí.

No quería que pensase cosas raras, aun sabiendo que su imaginación no se desbordaba como la mía. Miré a mis hijas e hice gestos para que guardasen silencio, y de poco sirvió, ya que sin poder contener sus risas ambas explotaron a la vez.

—Hola, «mi» Javier.

—Muy bonito, Lola, con el altavoz puesto, agradece que no haya dicho nada inoportuno.

—No te molestes, queríamos conocerte. ¿Quieres venir a cenar? Estamos empezando, comida mexicana preparada por mamá. —Sara nunca tiene filtro.

—No no, es una fiesta de mujeres. No vengas. —Me entró el pánico.

—Por supuesto que voy, me encanta la comida mexicana preparada por mamá. En quince minutos estoy ahí.

Y pensé: «Será canalla…».

Menos de quince minutos tardó en llegar a casa y al recibirle, a solas en la entrada, unas pequeñas palabras cariñosas acompañaron un beso.

—Eres un traidor, ¿cómo se te ocurre venir?

—Y a ti, ¿cómo se te ocurre lo del altavoz? Si llego a preguntarte el color de las bragas… ¿qué haces?

—Rosas —le dije con sigilo, provocándole, mientras mi mano no controló el deseo de pasearse por su zona varonil.

—Lobaaa… —me respondió arrastrando esa última sílaba por sus cuerdas vocales hasta llegar a lo más hondo de mí. Con un azote propinado en mi trasero nos dirigimos al salón.

La velada fue encantadora, al igual que el invitado. Mis hijas atentas y preguntonas, supongo que es comprensible, y yo…, se me disparó la imaginación un poquito más de la cuenta, puesto que veía una escena en la que él y yo éramos los convivientes y ellas la visita a casa de mamá. Esto, evidentemente es perjudicial para mi salud cardiaca, y acordándome de los consejos de Olga en cuanto a los planes de casita, coche y jardín, puse freno contra mi voluntad, porque aquella imaginación me entusiasmaba.

Llegado el final de la visita, decidí acompañarle hasta el ascensor, y al abrir la puerta cuál fue mi sorpresa que, sin tiempo de reacción me introdujo en él y comenzó a besarme. Yo estaba intranquila por si alguien nos pillaba.

—¡Javier…! ¡Javier…!

Aturrullado me cogió de la mano y me hizo salir del elevador para llevarme hacia la escalera y quedarnos entre una planta y otra. La luz se apagó y aquello no pintaba nada bien. Solo porque

mis hijas estaban en casa, por lo demás pintaba en multicolor.

—¡Javier, por favor…! Contrólate.

—Tranquila.

No estaba demasiado tranquila, y mucho menos cuando me puso de cara a la pared y poniéndose detrás de mí, comenzó a recoger mi cabello suelto, dejando mi cuello con completa vulnerabilidad con respecto a sus apetencias. Percibí sus dientes rozando esa parte de mi cuerpo, generando en mí esa sensación de extrema exquisitez.

—Me estás empapando —le dije.

—¿El cuello?

—El cuello también.

Perdió todo el control de sus manos y de su ser y tuve que frenar recordando quién me esperaba en casa.

—¡Buf! ¡Eres un demonio! No puedes dejarme así después de decirme estás cosas. —Seguía besándome sin control.

—¡Vete a casa…!

—No puedo… ¿Meto el coche en el garaje?

—¿Y qué digo? ¿Qué voy a hacer un recado a la una de la madrugada? Anda, no seas loco y vete.

—Me vas a hacer morir a disgustos.

—Querrás decir de gusto.

—Eso si bajásemos al garaje, así son disgustos.

—Márchate, mis hijas estarán pensando cosas raras.

—Ellas también hacen estas cosas.

—¿Te quieres ir ya?

—¡Está bien! Me voy y que sepas que esto no se hace.

Presionando su miembro se separó de mí, subió las escaleras para coger el ascensor y despedirse con un último beso. Al entrar en casa me ruboricé cuando Sara, sin condescendencia y sonriendo me dedicó unas delicadas palabras.

—¡Anda! Péinate, mamá…

Javier, había caído bien a mis hijas, y eso me era grato; su opinión era muy importante para mí. Pronto me fui a la cama y allí tuve necesidad de llamar a Olga para contárselo. El sonido de su voz al responder me obligó a cambiar de planes.

—¡Por Dios, Olga…! ¿Estás llorando? ¿Qué sucede?

—No, ya se me pasa, ha sido un momento, es que me dan bajones.

—¿Qué ha pasado?

—Nada nada…

—Me lo dices o te cuelgo. —A veces tengo que ser dura con ella.

—Cada día me cuesta más, Lola.

—¿Estar con él? No me digas eso porque voy y te hincho a palos.

—El sexo, lo rehúyo, y se me acaban las excusas.

—¡Olga, así no puedes seguir!

—Lo sé, tranquila, se me pasará.

—No se pasa, Olga. Nunca se pasa si no pones remedio.

—No puedo, no puedo.

Ahí cortó la llamada. Me dejó hundida, y no quiero imaginar cómo se quedó ella. Antes, todo era más sencillo, ella lo asimilaba y lo aceptaba; era su decisión a pesar de que yo nunca lo

entendí. Pero de un tiempo a esta parte todo es diferente. No era la primera noche que me llamaba tras tener sexo con Paco y, a pesar de que ella no utilizaba esa palabra, era más que evidente que era «obligado»; la falta de interés por su parte y su estado de ánimo al acabar la delataban. Puede que Felipe tenga algo que ver —bendito Felipe—, y haya sido el culpable de que ella sepa lo que de verdad es una relación sexual. Incluso creo muy probable, que ahora tenga otra perspectiva sobre una relación sentimental.

En cualquier caso, estoy casi convencida de que algo está sucediendo en su matrimonio, y no necesito demasiadas premisas para saber, que bueno no es. He intentado buscar marcas en su cara o brazos, y no encuentro nada, y siendo honesta, tampoco creo que Paco llegase a eso. Ese rostro de tristeza que se apodera de ella y esas llamadas me tienen en un sinvivir. Solo cuando finge una cena conmigo, su rostro cambia tornándose la cara más feliz de la ciudad, porque mi ausencia la cubre el que de verdad ilumina su vida, Felipe.

A pesar de que Olga seguía repitiéndome que la caída sería aplastante, yo decidí seguir flotando. Las catástrofes vienen solas y cuando se les antoja, así que quise seguir gozando del momento y olvidarme de los desastres. Poco a poco se iban sucediendo los encuentros y poco a poco iban cambiando de contenido. Comenzaba a haber una de cal y otra de arena. A veces blanco y a veces negro. Momentos dulces como el azúcar y momentos de rabia salada.

Ese día habíamos comido fuera y al regresar a su casa, la entrada en ese ascensor nos trajo recuerdos de aquella primera cita.

—¿Recuerdas la primera vez? —me preguntó.

—Claro, no lo voy a olvidar.

—Como locos…

¡Nuestras miradas cruzadas ya adelantaban intenciones!

—Sí, en cambio ya… —Le miré salida perdida entreabriendo mi boca y relamiéndome los labios.

—¿Qué dices, Loba…? —Se abalanzó sobre mí—. Cada día me pones más, tú no sabes cómo me tienes… —Me aprisionaba contra la pared del ascensor.

De nuevo el delirio se adentró en mi persona, cuando en un impulso me agarró y sujetándome, posó sus manos en mis nalgas para suspenderme en el aire. Complacida colaboré para no bajar de ahí, rodeando su cuerpo con mis piernas y con mis brazos como si no hubiera un mañana, mientras nuestras lenguas intercambiaban fluidos que provocaban una expansión de placer por todos nuestros órganos.

El ascensor llegó a la planta, entramos a su casa y me llevó al dormitorio, cosa que nunca hacía —siempre era en el sofá—, y allí comenzó a desnudarme con desesperación. Se deshizo de mi ropa, me encarceló con sus brazos para desabrocharme el sujetador, provocando que esa posición diera lugar a unos buenos besuqueos en mi yugular.

—No me canso de ti… —me decía descendiendo.

Sus besos y sus dedos se recreaban en mis pechos y yo, entregada por completo, quise estrujar mis manos en sus hombros, aferrándome como si pendiera por un precipicio y ese fuese mi único amarre de salvación. Sentir sus labios peregrinar por mi piel me hacía envolverme de una pasión descontrolada, sobre todo, cuando al detenerse en el mejor parador, hambriento, saboreó mis bragas. Intenté contenerme y disfrutar del momento, aunque en realidad me moría por arrancarme la única prenda que quedaba en mi cuerpo. Sus manos entraron por dentro de la lencería, provocando en mí unos gemidos intensos difícilmente controlables. El descenso de la prenda se inició con ese arrastre de sus manos por mis muslos, por mis piernas…, sentirle me estaba convirtiendo en una laguna rebosante de placer.

Se incorporó y frente a mí, se deshizo de su camisa por encima de la cabeza, sin tan siquiera desabrocharla para no perder tiempo. Y yo, que tampoco estaba por la labor de perderlo, me deshice de todo lo que me impedía tocar su sexo. Allí estaba ella, mi XXL, pidiéndome que la acariciase, rogándome que la besase. No podía más que obedecer, me sentía su esclava, con ganas de brindarme ante ella, pero él, no me dejó continuar con mi ritual. Me levantó y me posicionó de espaldas a él y con mis ojos contemplando la cama, acercó su boca al máximo a mi oreja y un susurro incendió la estancia.

—Ahora empieza el juego…

—¿El juego…?

Jugamos y mucho. No sé muy bien qué tipo de juego era ese en el que su objetivo era aplazar mi meta lo máximo posible, haciéndome sufrir e implorar clemencia. Pero me gustó, tal vez más de la cuenta, porque eso era lo que sucedía con todo lo que vivía junto a él; todo me estaba gustando más de la cuenta. Al acabar aquel sabroso y diabólico juego nos tiramos en la cama; yo boca abajo y él parte de su cuerpo encima de mí. Me besó los hombros y agotados caímos rendidos.

Un movimiento me despertó, abrí los ojos y vi que estaba anocheciendo. Él estaba sentado en la cama, me incorporé y pasó su brazo por encima de mi hombro para acabar aquel gesto con un beso en la frente.

—¿Qué tal la siesta? Llevas tres horas durmiendo.

—He dormido muy bien.

—¿Tienes hambre?

Un café con leche fue lo que preparamos.

—¿Te gusta llevar la voz cantante siempre en el sexo? —Quise conocer detalles.

—Me gusta todo en el sexo. —Me miró perverso.

—¿Todo? ¿Todo todo?

—Casi todo.

—¿El sado? ¿Las orgías? ¿Fetichismo? ¿Con tu mismo sexo? ¿Relaciones abiertas? Puedes contarme tus secretos.

—Haces demasiadas preguntas. Ya se me han olvidado. —Sonrió.

—¿No quieres contarme tus gustos?

—No me importa.

—Empecemos —ordené.

—La curiosidad mató al gato. ¿No has oído eso nunca?

—Empecemos. —Insistí, porque no sabía lo que se avecinaba.

—Empecemos pues. Todos somos fetichistas, siempre hay algunas cosas que nos ponen mucho, como pueda ser un ascensor. —Me guiñó un ojo—. Solo he tenido una pareja en mi vida y siempre fui fiel. Las relaciones abiertas no son para mí y con mi mismo sexo nunca me ha tentado.

—¿Sado? ¿Orgías?

—Si morder, azotes leves o atar, cuentan como sado, sí, me gusta, pero hasta ahí. Orgías no.

—¿Has practicado alguna?

—No…, más de dos sí.

Me di cuenta de que no quería que me hiciese esas mismas preguntas, para no tener que responder con un triste «no» a todas ellas, por lo tanto, seguí hablando sin dejar opción a que él me interrogase.

—Más de dos, ¿quieres decir tríos?

Su mano extendió cuatro de sus dedos y mi interior quedó pasmado imaginando posturas, entonces pensé en mi ridículo historial sexual. Fijando su mirada en mis ojos, fui consciente de que no estaba cómodo. No obstante, yo, tentando al destino, continué.

—Cuatro…, tres mujeres claro.

Asintió y siguió fijándome esa fría mirada.

—Tres rubias —me dijo.

—¡Cómo no…! Rubias.

Y eso se lo podía haber ahorrado porque las rubias y yo tenemos una relación bastante tensa y él lo sabe. Se pellizcó la nariz y ahí empezó el conflicto.

—¿Quieres probar?

—¿Yo…? ¿Probar qué?

—Tres… o cuatro.

Temí por si hablaba en serio.

—¿Quieres tener sexo conmigo y dos o tres más?

—Se puede intentar.

—¿Y por qué mujeres? Podrían ser hombres.

Yo tenía claro que ni con mujeres ni con hombres, mas quería comprobar su reacción puesto que no estaba segura de que fuese una firme propuesta.

—Por mi, bien, probamos primero con mujeres y luego con tíos.

—Morenazos.

—Je, je…, morenazos.

—¿Tú me besas, otro me folla y otro me toca las tetas?

De repente su imagen se congeló como si necesitase concentración para visionar la escena. Dudé si era porque la idea le excitaba o le aterraba.

—Empezamos con las rubias —confirmó.

—Te vuelven loco las rubias.

—Claro… —dijo señalando mi oscuro cabello.

—Pues no sé qué haces quedando conmigo. —Mi interior ya no estaba demasiado relajado.

—Me espantaste a la rubia y no me quedó otra.

—Has cambiado la versión…

—Bueno…, a veces no se dice toda la verdad.

Me di cuenta de que no me estaba gustando nada la conversación y que no iba a derivar a buen puerto. Incluso así, no me quise callar y aceptar sin más esta nueva interpretación de lo nuestro. Supuse que intentaba ponerme celosa, cosa que tampoco iba a aceptar.

—Puedes quedar con las rubias que te dé la gana, te montas con ellas la orgía, y conmigo no cuentes, yo soy más *sosanga*.

—Tú no quieres que yo quede con ninguna rubia.

—No seas tan egocéntrico, tú te mueres por quedar con rubias y seguro que con otras morenas también, y yo no soy nadie para impedírtelo.

La ira empezaba a adueñarse de mí, a pesar de que la mantuve oculta para mis adentros todo lo que pude. Sabía que eso iba a ser por poco espacio de tiempo, porque la conversación avanzaba, y no por muy buen sendero.

—De acuerdo, ligaré con la primera rubia que me encuentre, me la tiraré a solas para ver si da la talla y luego hacemos un trío. O igual comparo y…

En aquellos momentos hubiese abrasado incluso al fuego. Y lo peor de todo, era que no sabía si hablaba en serio, para poder reaccionar de un modo u otro. Un cruce de miradas me contuvo

de salir corriendo, generando en mi interior millones de dudas que se resumían en una sola:

«¿Qué mierda haces que no te vas?».

Me puse seria, tensa, la rabia me ahogaba, cuando de repente me acordé de mis hijas.

«¿Y ahora qué les vas a decir a ellas?».

El miedo a la respuesta no impidió que formulase la pregunta definitiva que hizo explotar mi bomba de relojería.

—¿Qué coño hago aquí?

—No sé, dímelo tú.

Cerré mis ojos, esbocé un sonido parecido al de una sonrisa sarcástica y tras respirar profundo para sosegarme, y pensando en cómo hincarle mi pie en sus morros, me levanté para dirigirme a la habitación a recoger mi ropa, vestirme y largarme. Antes de eso, un vaso a medio llenar me invitó a ser el sustituto perfecto de esa patada que segundos antes visioné, y cogiéndolo le lancé el agua a la cara, con la misma rapidez que salí a toda leche de allí, intuyendo que aquello le enfadaría muchísimo. Al contrario de lo que yo pensaba, no se enfadó. Al menos por el agua desparramada en su cara.

—¡Ey…, ey…, ey…! —Intentó cogerme de la mano, sin conseguirlo.

Enfurecida llegué a la habitación perseguida por él, que seguía secando su rostro. Reina de la furia, de la ira, del odio, del dolor, y de muchas cosas más que sería eterno enumerar, me dispuse a vestirme para marcharme de allí cuanto antes.

—¡Lola…! —Intentó agarrarme el brazo.

—¡Suéltame! —grité—, si te acercas a mí no respondo.

—Lola, ¡por Dios!, estábamos jugando.

¿Jugando? ¿Estábamos jugando? ¿Dónde cojones estaba el dado y las fichas? ¿Quién dijo vamos a jugar? Nadie. Ya vestida me dirigí a la puerta y de nuevo me siguió. No quería prestar atención a nada de lo que me decía. Al llegar intenté abrir y, como de costumbre, había cerrado con llaves y no estaban puestas en la cerradura. Con mis ojos encharcados seguía levantando la voz sin querer mirarle.

—¡¡Las llaves!!

—¡Lola…, era un juego, relájate!

¡Que me relajase! Estaba para asesinarle y me pedía que me relajase. Eso me crispaba mucho más.

—¡Ábreme! —El volumen de mi voz seguía rozando los decibelios permitidos.

—Sabes que no voy a abrir. Cálmate, tan solo estábamos jugando.

—No me calmo, ¡no ves que soy una loca, que ni tú sabes qué hace aquí…! ¡Que me abras! —voceé de nuevo.

—Vale, lo siento. No pensaba que te enfadarías tanto.

—¡Abre la puerta!

—Lola, por favor…, te he dicho que lo siento.

Intentó rodearme por la cintura, pero creo que yo ya me había convertido en un *terminator*.

—¡Ni me toques y saca las putas llaves! —de un zarpazo aparté sus manos—, y cuando me vaya ya puedes meter a las rubias que quieras. Que te mueres de ganas.

—¡Joder…! Si me muriese por quedar con rubias te aseguro que no te habría metido en mi cama, ni tú me habrías metido en tu casa. Porque dentro de mi ignorancia, quiero pensar que, si me has metido en tu casa, es porque sabes que yo no quiero meter a nadie más en mi cama. —Él intentaba no perder la compostura.

Estaba yo como para entender ese trabalenguas.

—¡Yo estoy aquí de rebote, acabas de decirlo! ¡Ábreme de una vez!

—Muy bien, Lola, veo que no me has escuchado. —A partir de ahí alzó la voz—. ¡¿Te vas a calmar de una vez o te calmo yo?!

Hubo un forcejeo, yo me resistía y él agarraba mis muñecas intentando evitar que me marchase. Yo no quería ceder, me resistí, hasta que consiguió aprisionarme entre su pecho y la puerta, dejando mi cara apoyada en la madera y la suya clavada en mi cabeza.

—¡Suéltame! —Mi enfado no acababa.

—¡Cálmate, coño! ¡Si quisiera a otra, tú no estarías aquí!

—¡Me haces daño! ¡Quiero irme!

—¡No te pienso soltar hasta que vea que se te ha pasado el enfado!

Necesitaba llorar, sentí impotencia; por mucho que luchase su fuerza siempre iba a superar la mía. Opté por ceder un poco; era el único modo de que aflojase y me dejase salir.

—¿Por qué lo has hecho? Sabías que me enfadaría.

—Solo era un juego, yo te provoco, te pones celosa, me excito, te excitas, y luego…, ya sabes… No pensaba que te enfadarías, creía que me seguías el juego.

—¡Quiero que me dejes irme! —pedí algo más calmada.

—¡Madre mía! No quiero compartirte ni compartirme con nadie. Me gusta lo que hacemos y cómo lo hacemos. Solo jugaba con palabras.

—¡Cállate…, necesito marcharme…!

—No puedes ponerte así por un juego.

—Todo no tiene que ser cómo y cuando tú digas. ¿Cuándo he decidido yo jugar? Estas cosas me hacen caer en la miseria. —Mis ojos seguían llenos de lágrimas.

—¿Cómo y cuando yo diga? No tienes ni idea.

—Necesito irme.

—No…

Aun no queriendo, me dio las llaves, yo metí en la cerradura la correspondiente haciéndola girar y al intentar mover la manivela, de nuevo me aprisionó al máximo con su cuerpo evitando que pudiese abrir. Con su boca hundida en mi cabellera, de nuevo me rogó.

—No te vayas…, por favor…, no quiero.

Todavía aprisionada entre él y la puerta pregunté.

—Hablabas en serio…, no era un juego, ¿verdad? Te gustaría hacerlo con varias.

—Te he contado mis gustos y parte de mi vida sexual. Tú tendrás la tuya también. ¿De verdad piensas que si estuviese en la cama contigo y con otras dos o cuatro mujeres…, las vería?

Y eso acabó con mi *terminator* y retomé a mis mariquitas. Todavía enfadada, esta loba comenzaba a parecerse más a una *«corderita»*. Me quedé quieta esperando con la incertidumbre de cómo acabaría aquella situación.

No sé por qué digo lo de la incertidumbre, porque lo cierto era, que sabía que acabaría como él quisiese.

—Lola…, algunas cosas me ponen mucho…, que te pongas un poco celosa, verte envuelta en una toalla, los juegos de palabras, esta posición aprisionándote contra la puerta…, contigo me pone todo… ¿Y a ti?

—No. —Nada convincente.

—¿No estás excitada Lola…?

—No. —Mentí de nuevo.

Sin enfados ya, acercó su rostro y sus palabras se arrastraron por mi oreja para acabar de reblandecerme.

—No me mientas, noto cómo palpitas…

—No te miento… —Claro que mentía, yo también me notaba ese palpitar.

—¿Me dejas besarte?

—Búscate a una rubia.

—Si no dejas a la rubia en paz conseguirás que me enfade.

—Tú la has invitado a la fiesta.

—La fiesta es privada y el anfitrión se va a comer el manjar.

—¿No prefieres a una rubia? —Ahí ya era yo la que jugaba.

—Prefiero una loba que me muerda la yugular.

Como pude me giré sabiendo que él acercaría su cuello a mis labios. Necesitaba perderme entre sus marcadas venas, ya no quería contenerme y tras saborear, mordí con desgarradora intensidad.

—¡Ahhggrr! —Se quejó—. ¡Síií…, esta es mi Loba…!

—¡Hijo de Satán…!, al final te sales con la tuya…

Y una vez más me entregué a él y se entregó a mí. Ya conocía parte de sus gustos sexuales y pronto descubrí otros. Ese día fue el primero en que utilizó palabras malsonantes mientras lo hacíamos, aunque a mí me sonaron exquisitamente bien. Zorra, guarra, golfa… Dicho así puede sonar grotesco, en cambio, cuando el hombre que te está proporcionando el placer más sabroso que puedas imaginar, te llama en ese momento: ¡goolfaaa! o ¡zzzooorraaa!, arrastrando las vocales entre sus dientes, ayudados por su lengua, esa lengua que te comes, que saboreas, que te hace delirar…, encajando cada letra en los lugares más recónditos de tu cuerpo…, eso…, eso puede ser lo más excitante del mundo.

Tras aquella controversia que acabó en una fogosa reconciliación, llegó el primer fin de semana juntos. Esto fue algo improvisado y, como de costumbre, yo siempre dispuesta a sus necesidades, claro que el modo en que me lo pidió no daba opción a una negativa. Ese viernes, él no había ido a la oficina por cuestiones personales —había quedado conmigo—. Él era el jefe y hacía lo que le daba la gana, yo procuraba organizar mi trabajo para complacerle.

Después de acercar a Sara y a Patri al aeropuerto para dirigirse a la ciudad condal, donde permanecerían cuatro días en una nueva sesión de fotos, visité a Olga en el trabajo. Parecía que los últimos días estaba más serena, a pesar de que seguía sin querer que me acercase a su casa. Felipe, generoso, le había dado un tiempo para reflexionar y eso le proporcionó un respiro.

Yo conozco a Felipe poco, apenas he coincidido con él diez o doce veces en los casi dieciocho meses que llevan juntos, y por un corto espacio de tiempo, pero percibo en él, alguien muy seguro de sí mismo y, sobre todo, enamorado. Ese entusiasmo que una persona desprende cuando ve a otra, le delataba. Olga se niega a admitirlo, a pesar de que lo sabe mucho mejor que yo y en primerísima persona. Con Paco todo seguía igual, inmerso en su mundo de sillón y televisión, asimilando las excusas que ella alternaba de menstruación, dolores de lumbalgia y jaquecas, cada vez que pedía sexo.

—¿Has pensado qué será de tu vida si Felipe desaparece? ¿Buscarás otro amante?

—No quiero otro amante, le quiero a él.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, no lo sé… Me resulta muy complicado pensar ciertas cosas. No es fácil.

—Es cierto, no lo es, y yo no intento convencerte de nada, solo pretendo que entiendas la postura de Felipe, y que te plantees si de verdad este es el modo en que «tú», quieres vivir. Acaparando el sufrimiento de los demás para que sean felices, y hablo en concreto de tu Paco, porque ya ha quedado claro que Felipe no lo es, y tú tampoco.

Ambas somos conscientes de que en muchas ocasiones tanta sinceridad viene acompañada de dolor. Ser tan crudas y transparentes nos hace en muchas ocasiones ser crueles con nosotras mismas.

Al acabar aquella charla me dirigí a casa de Javier y aunque era más pronto de lo acordado, no me importaba, yo sabía que él estaba en casa y podríamos disfrutar de más tiempo juntos. El portal estaba abierto y eso me facilitó la entrada. Por un momento pensé en avisarle desde el telefonillo, pero pronto cambié de parecer y quise darle una sorpresa. Al subir arriba, llamé al timbre y me extrañó que tardase en abrir.

—Habíamos quedado más tarde —me dijo sin abrir del todo la puerta.

—Bueno…, no importa.

—Sí importa.

—No importa.

—Estoy ocupado.

—No me vaciles que me cabreo. —Pensé que de nuevo quería jugar.

—No te vacilo, es demasiado pronto —aseguró con seriedad.

—Abre la puerta —ordené tajante.

—Tengo desorden.

—¿Desorden? —Intenté no alterarme porque estaba convencida de que solo pretendía provocarme.

—Desorden.

Mi mirada debió transmitirle demasiadas cosas no muy cariñosas, porque agarrándome del brazo y tirando de mí, me introdujo en la casa.

—Casi te pones celosa…, anda, pasa. —Me dio un azote en el trasero y se jactó sonriendo.

—Casi te mato, que no es lo mismo. No juegues conmigo. —Le señalé con mi dedo índice, solo hasta que vi su intención de morderlo.

Comimos allí mismo, preparamos algo ligero y luego, una acalorada siesta se apoderó de nuestras fuerzas y nos llevó a caer rendidos en la cama. Al despertar sentí de nuevo hambre y, una vez más, preparé algo de comida, esta vez acompañada con parte de mi sueño.

Había comprado unas velas y un buen vino que no saqué antes, reservándolo para la cena. Él seguía dormido y yo intentaba no hacer ruido hasta tenerlo todo listo. Eché una sábana en el suelo y en el centro un pequeño mantel que encontré en un cajón de la cocina. Sobre una bandeja apoyé el vino, las copas, aceitunas, almendras, un buen jamón, un selecto queso y un mucho de amor escondido. Esparcí las velas por el suelo sin encenderlas y bajé un poco las persianas para amortiguar la claridad de la tarde. Ya solo faltaba despertar a mi amante preferido. Unos besos en la mejilla le alertaban de que debía prestarme atención. Al incorporarse y salir al salón guiado por mis manos, contempló la escena…

—Me quemas la casa y no me entero.

—¿Lo dices por las velas, o por lo profundo que duermes? Ven.

Nos sentamos en el suelo y le serví el vino.

—Con este panorama que me has plantado no sé si devolverte hoy a casa.

Comencé a encender las velas.

—Esto es un sueño a medias. —Quise contarlo—. Cuando me recuperé tras la marcha de mi ex, aprendí a sobrellevar mi vida soñando despierta. Noche tras noche, soñaba y soñaba, y al despertar, la cruda realidad me enfriaba. Pero hasta enfriarme, yo soñaba, me ausentaba y me relajaba; era como vivir por momentos en otra vida perfecta, aun a sabiendas de que esa vida nunca iba a ser la mía. El sueño casi siempre el mismo, al llegar la noche me metía en la bañera

llena de agua, un poco de esencias, hasta arriba de espuma, velas, media copa de vino barato —reímos—, y un cerrar los ojos para ver un ventanal de cristal que ocupaba toda la pared de mi baño, mostrándome el paisaje; un lago y pinos o abetos, no importaba, cubiertos de nieve. Y lo confieso…, un hombre llegaba, me besaba, me masajeaba el cuello y los pies, y se metía en mi bañera llena de imaginarios pétalos de rosa.

—Me vas a excitar si sigues.

—El sueño acababa ahí. Siempre sonaba el teléfono, o llamaba alguna de mis hijas, o la secadora me avisaba de que debía salir. Qué vida más triste la mía. —Yo misma bromeé—. Visto lo visto, esta mañana al escoger el vino he pensado, Lola, no puedes comprar el lago, ni los pinos, ni la nieve, en cambio, tienes el amante perfecto y el vino, solo te faltan las velas. Y aquí están las velas. —Le besé en los labios,

—Podrías haber preparado todo esto en el baño.

—Tienes razón.

—Ayúdame —me dijo incorporándose.

En cuestión de un momento trasladamos las velas, nos llevamos las copas y esperamos con paciencia a que se llenase la bañera; el resto de aderezo quedó abandonado a su suerte. Y mi sueño se hizo realidad, aun sin ventanal, sin paisaje, rodeada de espuma, oleando las aguas, envueltos en fuego y saboreando a ese hombre que me hacía disfrutar una vez más de la pasión. Yo no dejaba de repetirme: «Lola, no necesitabas un amante, le necesitabas a él».

En muchas ocasiones añoraba contarle a mi psicólogo el vuelco que había dado mi vida y lo feliz que era. Nunca me decidí a llamarle.

Nos relajamos y permanecimos charlando en el agua.

—¿Y tú?, ¿tienes algún sueño? —le pregunté, todavía disfrutando del baño.

—¿Sueño? No sé…, de pequeños, Estrella, siendo todavía Julián, y yo, hablábamos de viajar a Australia. Visitar poblados indígenas, recorrer aquellos desiertos y conocer culturas diferentes me tienta; no creo que ese sueño se haga realidad. Unas veces por dinero, otras por trabajo, eso se va quedando en el olvido. También soñaba con viajar a la Antártida y jugar con los pingüinos, estar rodeado de hielo debe ser espectacular. Me apasionan los extremos, ya ves que del desierto paso al glaciar.

—Los tuyos eran más fáciles que el mío —le dije.

—¿Cómo me dices eso? ¿Y qué hago yo aquí metido?

—No lo sé, dímelo tú…

No quiso responder. Su silencio a veces me asfixiaba, porque hacía que mi imaginación crease su propio camino y convirtiese la incertidumbre en un pacto de amor. En el exterior el sol ya descendía dejando un cielo anaranjado. Entonces quise seguir soñando.

—¿Te has bañado alguna vez de noche?

—Nunca y sé que te sonará raro. No soy mucho de playa, ya lo sabes.

—Esto no tiene nada que ver con la playa que tú conoces. Esa que se desborda en días calurosos con sonidos de niños y familias domingueras. Esto es otra cosa. Cámbiate, nos vamos.

Por un momento me parecía surrealista que llevase a cabo mis propósitos. Aquello me gustaba, y sabía que tenía que coger mucho más las riendas de esa relación.

La playa no estaba lejos y fuimos caminando. Al llegar, con las últimas horas de luz solar, apenas quedaba gente; tan solo unas familias alumbradas por unos quinqués, un par de parejas que abandonaban y poco más. Dejamos un par de toallas en la arena y nos metimos en el agua. Jugamos, nos salpicamos, reímos, nos abrazamos, nos besamos, nos volvimos a salpicar y nos volvimos a abrazar. Sin darnos cuenta la luz del día se había extinguido por completo y la luna

creciente que brillaba junto a su propio reflejo en el mediterráneo, era la que escasamente nos iluminaba.

—¿Para qué me has traído aquí? ¿Vas a abusar de mí en el mar? —preguntó.

—¡Nooo!, eso es lo que te gustaría. No me dirás que no es casi perfecto, el mar, la luna, tú, yo… —Le cogí las manos.

—Demasiado romántico, esto no nos pega a ti y a mí. —Apenas veía su rostro, y el tono de sus palabras empezaba a hacerme volar.

—Bueno, haz como en mi sueño, imagínate otra vida. Imagina que estás enamorado y que esto es el paraíso. Cierra los ojos y disfruta el momento.

—Ya, pero yo no quiero estar enamorado.

Si no hubiese querido estar enamorado hubiese echado a correr en ese mismo instante. Y no, se quedó allí, cerca de mí, cogiéndose a mis manos, en silencio, dejándose llevar por el leve oleaje, y afianzándose a mi vida.

De pronto tiró de mí y me acopló a su cuerpo.

—Tú tampoco quieres estar enamorada, ¿verdad? —Apoyó su frente en la mía.

Había demasiada oscuridad, sin embargo, no sé por qué, recibí el brillo de sus ojos mediante esas palabras. De buena gana le hubiese dicho que no quería, pero que ya era demasiado tarde para que yo pudiese tomar esa decisión. Mi corazón le pertenecía desde hacía muchas semanas, y ya de nada servía lo que yo quisiese. Me adherí a su misma respuesta, ocultando una vez más mi verdadero sentimiento.

—Tampoco.

—Intuyo que tampoco vamos a practicar sexo a la luz de la luna.

—Intuyes bien, la poquísima gente que hay en la playa sabría lo que hacemos.

—Se morirían de envidia —susurró en mi oreja.

—No creerás que las demás personas no hacen el amor.

De nuevo me acerqué a él y me habló al oído.

—El amor sí, follar como follamos tú y yo…, lo dudo.

Reflexioné conmigo misma: «Follarás tú, porque yo llevo haciéndote el amor, ni se sabe».

Quise salir del agua. Sin pedirle permiso tiré de sus manos y salimos hasta la orilla. Él se sentó sobre su toalla y yo envuelta en la mía me posicioné a su lado.

—¿Te ha molestado lo que he dicho? Te ha faltado tiempo para salir. —Quedó un tanto confuso.

—¡No!, no me ha molestado, no quiero hacerlo ahí dentro y como siempre acabas saliéndote con la tuya, he preferido desaparecer de la escena para no verme de nuevo cediendo.

—¡Ja, ja, ja! Qué lista eres, a ver si te lo hago aquí y va a ser peor.

En ese momento sonó su teléfono.

—¿Estrella? ¿A estas horas? —Eran las once y se extrañó—. ¿Hola? —Hubo un silencio—. No importa, tranquila, ¿ocurre algo?

La poca luz que desprendía su teléfono iluminó vagamente nuestras siluetas. Y un pequeño detalle me descolocó. Puso el teléfono en modo altavoz. Y con voz muy baja me pidió que alumbrase con mi teléfono. Encendí la linterna y entendí que quería ver mi cara y que yo viese la suya. Dejé el aparato sobre su toalla y la luz me trajo un visionado inigualable.

—Estoy en la playa.

—¿A estas horas? —dijo la hermana.

—A estas horas. ¿Recuerdas la mujer de la que te hablé? ¿Aquella que te dije que era diferente y que tanto se hizo de rogar?

Sí. Hablaba de mí. Y por lo visto, de mí había hablado a su hermana.

—Claro, lo recuerdo.

—Pues en la playa, a estas horas, y con ella.

Yo guardaba silencio, le miraba y escuchaba.

—¿Estás de coña? —respondió sorprendida Estrella.

—No, no estoy de coña… La he metido en mi cama, varias veces.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes…, así estamos.

—Eso es…

—Fuerte…, sí. —Al bajar su rostro, esbozó una sonrisa que se adentró por todos mis nervios, hasta alcanzar mi corazón.

En ese instante creo que me quedé sin respiración, y estaba convencida de que ni tan siquiera habíamos ido a la playa y tan solo seguía durmiendo esa siesta de la que en minutos despertaría. Haciendo uso de mis ganas de disfrutar de los sueños, seguí saboreando ese.

—¿Te has enamorado, Javi? —preguntó Estrella.

Tras esas palabras de su hermana, un iceberg debió abrazarme porque empecé a tiritar. Dejé de mirarle, doblé mis piernas, apoyé la barbilla en mis propias rodillas y me puse a contemplar el mar, sabiendo que respondería que no. Tan solo habían pasado unos minutos desde que me había dicho que no quería estar enamorado. Guardó silencio y la hermana necesitó reclamar su atención.

—Javi…, ¡Javi…!, ¿se ha cortado esto?

—No, no se ha cortado. Sigo aquí. Mañana te llamo.

—No me dejes así, ¡hombre! —protestó.

—Estrella, mañana te llamo —insistió.

De reojo, vi cómo se reclinaba sobre sus codos, y permaneciendo callada me resistí a mirarle. Y ahí comenzó mi nueva vida.

—¿No vas a decirme nada? —me dijo.

—No creo que quieras responderme.

—Inténtalo.

Y lo intenté.

—¿Por qué soy diferente?

—No hablaba de ti, hablaba de la rubia.

—¡Vete al cuerno!, deja de hablar de la rubia o sacaré a pasear a mi psicólogo.

Incluso sin haber tenido nada con Mario, me parecía mucho más adecuado para provocar celos, que cualquier otro de los que adornaron o estropearon mi vida.

—Está bien, lo siento.

Se incorporó acercándose a mí. Apoyando su barbilla en mi hombro suspiró un par de veces consiguiendo que su aliento chocase con mi cuello. Con mi rostro hacia el frente y mis ojos cerrados, dejándome seducir por esos suspiros, de nuevo pregunté.

—¿Por qué?

—No sabría darte una respuesta concreta. Solo sé que, a cada instante de mi vida, necesito un instante de la tuya.

Seguía sin mirarle. Mi tsunami interior de nuevo alcanzaba los ciento treinta y ocho grados y mis mariquitas revoloteando pedían auxilio.

—¿Por qué no has acabado la conversación? Podías haberme hecho un gesto y me habría ido para que hablaseis tranquilos.

—No había nada más que decir…, bueno sí, pero primero te lo diré a ti.

Apartando el pelo de mi cuello, besó mi nuca y de nuevo un susurro recorrió mis entrañas.

—Voy a ser extremadamente romántico, esto no va mucho conmigo, pero hoy me apetece horrores estar acorde con esta noche de sueños.

Se levantó y caminó unos pasos. A unos tres metros de distancia me pidió que le alumbrase y así lo hice recurriendo a la linterna de mi móvil, viendo ya, cómo no dejaba de espolvorear la arena en el aire con su pie. Entre tanto, yo me preguntaba qué estaba intentando hacer con aquellos gestos. Pronto se acercó y se quedó plantado delante de mí, hasta que pasados unos segundos comenzó a retroceder arrastrando su pie con el talón hincado en la arena dibujando una franja.

—Fíjate bien en esto…, solo lo haré una vez —dijo.

En ese mismo instante supe que esa marca no era una franja y que me iba a morir de gusto. Comenzó a caminar en círculo. Con un gesto en su dedo, colocado debajo de su ojo, me advertía de nuevo para que no perdiese detalle. Yo ya había dibujado en mis labios esa sonrisa que florece cuando hay felicidad, y él seguía paseando haciéndome esperar. Espera que sin duda mereció la pena; verle cruzar de un lado al otro de aquella marca en la arena tenía un significado muy relevante. Caminó hacía mí y de nuevo se sentó a mi lado esperando mi reacción.

—Una franja… —dije sonriendo.

—Sabes muy bien que no es una franja —acercó su rostro al mío—, es una línea. —Se separó a mirarme y de nuevo se acercó mucho más—. La línea.

—¿Esa línea… es?

—Esa línea…, es.

—No…

—Sí.

—¿Un juego de palabras otra vez?

—No, no hay juego de palabras esta vez, y te aseguro que he intentado no acercarme a la línea, autoconvenciéndome: «Javi, lo pasas bien, buena compañía, sexo espectacular, grandes risas, ya está, quédate ahí». No he podido. Tú, lo has complicado todo.

—¿Te estás acercando a la línea? —Necesitaba concretar.

—Déjate de chorradas de acercamientos. —Seguía muy cerca de mí susurrándome—. Cruzada, rebasada, atravesada, y sé que tú estás igual que yo, así que, a partir de ahora, en este grupo de dos, no entra nadie ni sale ni *Diooos*. ¿Te parece bien mi amor?

—Tengo que digerir esto.

—Yo te ayudo.

Se abalanzó sobre mí tumbándome en la arena y besándome con pasión, de tal modo que de nuevo olvidamos que había que respirar. Tras ese prolongado beso fui más allá.

—¿Ya no tienes miedo?

—Estoy tan aterrado como tú.

Y seguimos besándonos.

Fue él quien decidió levantarse y cogiendo mis manos tiró de mí, haciendo que yo me incorporase. Sabía lo que aquellos ojos chocolate estaban planeando, y quise ausentarme del mundo y dejarme llevar. Entre besos y caricias sentí mi cuerpo sumergido bajo el agua hasta la cintura. Nunca había hecho el amor dentro del mar y no habría mejor ocasión, ni mejor acompañante; decidí que esa noche debía ser inolvidable y merecía la pena sellarla de ese modo. Yo misma me deshice de la parte inferior de mi bikini.

—¿Lo has hecho en el mar alguna vez?

—Nunca, y me muero por probarlo contigo —respondió.

—También es mi primera vez —confesé.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Completamente.

—¿Te estabas reservando para mí?

—Estoy convencida de ello.

—Pues no te voy a hacer esperar ni un minuto más.

Ese día fue nuestra primera vez en el mar. Pero no solo sellamos la noche en la playa. Tras el acto *marítimo-nocturno*, decidimos marchar a casa y seguir haciendo el amor. Porque esa noche fue la primera que los dos hicimos el amor.

Tengo serias dudas de si era su primera vez en esto de hacer el amor conmigo; yo ya era una veterana en hacer el amor con él.

En casa lo hicimos largo y tendido, fue un sinfín de intercambios de caricias en las que el objetivo no era otro que permanecer unidos y no acabar jamás. No hubo prisa por llegar a un orgasmo, por otra parte, deseado. Sentíamos que, por primera vez, nos habíamos liberado de aquella cárcel que retenía nuestros sentimientos y lo que tocaba era expresar con nuestras manos, con nuestras miradas y con nuestros cuerpos, lo mucho que nos amábamos.

Al acabar yacimos el uno al lado del otro, y ahí comenzó mi tormento. Él se perdía en sueños y yo, que no podía dejar de cavilar, estuve a punto de abofetearme. Estaba enamorada y cuando supe que era correspondida, necesitaba poner freno a eso. Esos miedos al abandono que me atormentan de continuo, no me iban a dejar disfrutar de mi relación ya estable con el amante perfecto. Eso que tanto había añorado, ahora se convertía en un martirio por culpa del «hijo de puta» —el padre de mis hijas—, que me dejó esta secuela convertida en trauma. Necesitaba hablar con él, quería despertarle, pero…, ¿cuánto de romántico es que un hombre te diga que ha cruzado la línea y después de hacer el amor, le digas tú, que quieres que la descruce? El destino me ayudó un poco y le despertó. Al verme incorporada en la cama supo que algo rondaba por mi cabeza. Ya me iba conociendo bien.

—¿No duermes?

—Prefiero hablar.

No hizo muy buen gesto, creo que pensó que acabaríamos discutiendo. Me empeñé en que eso no sucediera, e intenté ser lo más delicada posible.

—La curiosidad a veces me aclama. ¿Cuándo te diste cuenta de que te acercabas a la línea?

—No te lo vas a creer. Puede que tanto como acercarme a la línea no, pero el día que rechacé un polvo seguro con una rubia casi convencido de que no ibas a querer cenar conmigo.

No me lo podía creer, desde el día de la rubia.

—En esos días, casi no habíamos hablado.

—Exacto. Esa misma noche pensé «Javi, cuidado con la loba esta, que te engancha del cuello y te arrastra al monte». Tú lo llamas línea, yo monte. —Reímos.

—Me enviaste un mensaje muy romántico esa noche.

Se acercó a mi oído, noté el exhalar de su boca y lo percibí en cada recoveco de mi oreja. Necesitaba abrazarle y sentirle más cerca que nunca. Él me susurraba.

—No te imaginas todo lo que esa noche llegué a fantasear. Y tú, ¿cuándo cruzaste la línea?

—Me da vergüenza decírtelo.

—Tampoco me hace falta saberlo.

—Creo, que el día de la rubia, yo ya era hija predilecta del otro lado de esa línea.

Mi cuerpo era un escalofrío. Sus besos inundaban mi boca y yo no dejaba de temblar en pleno

mes de agosto. Llevaba meses muriéndome porque cruzase la línea, y ahora solo pensaba en el peligro de ese cruce, que no era otro que su marcha y, según mi pronóstico, su posterior abandono. No dejaba de odiarme por no disfrutar de esos preciados momentos. Cerré mis ojos y escondiéndome en su cuello hice una objeción.

—¿Eres consciente de que me estás arrastrando a un lugar al que no quiero llegar?

—¿Eres tú consciente de que si te arrastro es porque yo voy revolucionado por delante de ti? Puedes estar tranquila, cuando llegue al final, llenaré todo de agua y prepararé una buena capa de espuma con pétalos de rosa, para que cuando tú me alcances todo te sepa a gloria. Y ahora, ¿vamos a dormir y despertar juntos? Hoy no quiero que te vayas.

—Vas a destrozarme la vida. —Mi ego ya estaba duplicado a lo ancho y a lo alto.

—Jamás. ¿Vas a quedarte a dormir conmigo?

Por supuesto, me quedé. Me apetecía demasiado; por primera vez en mi vida sentía que vivía el verdadero amor. Alguien que solo deseaba compartir sus horas conmigo; esa sensación de que mi vida era él y de que su vida era yo. Pensar que no volvería a respirar si no era con el oxígeno que desprendía su boca. Claro que deseaba compartir con él su cama, y su vida entera. Y eso era un tormento, porque su regreso andaba acechando.

Él notó que algo me inquietaba.

—¿Estás bien, mi vida?

—Bueno…

—¿Qué te pasa?

Me lancé.

—No quiero seguir con esto.

—¿De qué narices hablas?

Se extrañó demasiado, y ahí me entró el pánico.

—No no…, no es eso…, lo siento…, no quise decir que no quiero seguir con esto. Quiero decir…, no así.

—¿Así…?, ¿cómo?

—No quiero que ahora utilices palabras como mi vida, mi amor, te quiero y ese tipo de cosas. Ya sabemos lo que sentimos. Prefiero seguir como antes, sin utilizar esos términos.

—¡Cojonudo! —Noté que un poco se estaba enfadando—. ¿Puedo quererte y no puedo decírtelo? Deberías explicarme eso.

—Conoces al dedillo mis temores, tu marcha me atormenta y las consecuencias mucho más. Cada vez que pronuncies algo así me repetiré: es momentáneo, Lola. Soy imbécil, lo sé, y puedes decirlo, pero déjame caer por el precipicio a mi modo.

—No tienes por qué caer por ningún precipicio.

—Eso va a depender mucho de ti, y para que luego no sientas remordimiento vamos a dejar las cosas como están. Tú mismo dijiste que disfrutásemos sin pensar en líneas y acabas de cruzarla. Te juro que soy la mujer más feliz del universo, porque lo que siento por ti… no se describe con palabras, por eso voy a pasar la noche contigo y voy a despertar contigo. Aun así, necesito, si esto acaba algún día, no tener que echarte en cara las veces que me dijiste que me amabas. Es algo importante para mí. Promételo.

—Está bien, lo prometo, sin estar de acuerdo, porque «esto», como tú lo llamas, no tiene por qué acabar. Y si acaba no hay por qué reprochar nada. Las cosas tienen un principio y un final. Y no se puede estar pensando en el final desde el principio.

Tenía razón; no tenía por qué acabar, y si acababa no tenía por qué ser por una traición. Los dos éramos conscientes de que ese temor no me abandonaría así de fácil y él cedió a mis deseos.

Esa noche de viernes el sentimiento quedó sellado y de nuevo oculto. Al día siguiente él mantuvo su promesa.



No puedo conciliar el sueño y me he levantado a tomar el fresco en la terraza para poder encajar esta nueva situación en la que me encuentro. Hoy, madrugada del domingo, no puedo dormir y salgo a la terraza a contemplar la luna. Hay luna llena y la noche es demasiado calurosa. Él está en la cama, le veo desde aquí a través del hueco de la puerta que une este aireado espacio con la habitación. Le contemplo, no puedo dejar de adorarle.

«¿Cómo se puede querer tanto?».

Está desnudo, boca abajo, una pierna arqueada dejando asomar sus partes íntimas para que yo no acabe con este calor de ninguna de las maneras. Necesitaría meterme en la ducha y refrescarme, teniendo claro que, al salir, esa belleza asomando entre sus piernas seguiría ahí, y el calor de agosto también. Sin quererlo, pienso en aquella noche en la que contemplando el puerto me preguntaba qué hacía en aquella habitación acompañada por el tal Carlos. Hoy de nuevo reflexiono y me pregunto cómo he llegado hasta aquí, con este ser al que amo tanto, aunque yo misma me haya prohibido decírselo.

Sigo contemplando ese bello cuerpo, esa hermosa espalda, esos glúteos que acompañan ese sexo. Me excito, le deseo, me giro y de nuevo contemplo el paisaje; apenas unos árboles y unas tristes farolas en ese parque solitario y abandonado a las cuatro de la madrugada. Vuelvo a mirar hacia la cama, veo que ha despertado y al no percibir mi presencia me busca. Me mira y sus ojos me encuentran. Se levanta, se acerca desnudo, descalzo, despeinado, rascándose la cabeza, ojos somnolientos, rostro adormilado, o sea…, monstruosamente tentador.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Sí, tenía calor y me levanté a refrescarme. Ya regresaba a la cama.

—Vamos.

Capítulo 12

Amanece el domingo. Es caluroso como todos en estas fechas. Hemos despertado juntos y, como ayer, un beso en mi mejilla acompaña los buenos días. Él sigue en la cama mientras yo he querido preparar el desayuno. Me apetecen tostadas y puesto que ya circulo por esta cocina como por la mía, sin esperarle me pongo a ello. Cuando lo tengo todo listo, entro en el dormitorio y allí le veo, boca abajo, visionando su móvil, y mi estómago hambriento piensa en las tostadas, en cambio, mis ojos desean cambiar de menú y pasar a mordisquear nalgas. Me tumbo a su lado y con mi mano acaricio esa excitante parte de su cuerpo, subo hacia la espalda queriendo dibujar cada detalle con mi mano, y él ladea la cabeza para mirarme.

—¿Va usted a cubrir este cuerpo para que yo pueda desayunar en condiciones y sin atragantarme? —le digo.

—Claro… —Me besa sonriente.

Llegamos a la cocina.

—¿Quieres café? —pregunto.

—No…, quiero a la que ha preparado el café.

—Ponemos café. ¿Y tostadas?

—No quiero tostadas… —Mete su mano por debajo de mi camisón.

—¿Y qué quieres? —Las mariquitas pidiendo tostadas, mantequilla y churros.

—Un «tú», al natural. Caramelo…, dulce…, con relleno…, y con sabor a kiwi…

Mi tanga es verde.

—Tendrás que conformarte con el café. —Loca estoy porque empiece a saborear el kiwi.

—Lola…, ¿tenemos sirope en casa?

—Es tu casa.

—Seguro que tenemos…

Se levanta y abre el frigorífico.

—¡Vaya! ¡Tenemos nata y sirope de fresa…! Esto con kiwi tiene que ser la leche. —Esa mirada perversa ya me está informando de sus intenciones.

—¿En qué estás pensando?

—Un poquito de imaginación —ruega.

—¿Te gusta esto?

—¿El sirope?

—Y sin sirope…

—Atiéndeme bien. Desde el primer momento supe que eras el mismísimo infierno y que acabaría abrasándome entre tus llamas, hasta achicharrar cada rincón de mi ser. Y aquí estoy…, comiendo sirope…, nata…, convertido en cenizas…, y a tu lado. Di…, ¿me gusta?

—Te gusta…, te vuelve loco… —respondo extasiada.

Afirma con su cabeza con ese gesto en sus labios abiertos de puro placer acompañado de un sonido delicioso que desvela su excitación. Me doy cuenta de que cuando eres eternamente feliz, y tienes sexo, no importa no llegar al final, si por el camino el placer te abruma y no deseas cambiar a ese amante por el mejor orgasmo del mundo. Pero cuando eres eternamente feliz, y el placer te abruma, y no deseas cambiar a ese amante por nada, y consigues el mejor orgasmo que se pueda llegar a imaginar…, entonces muerdes… y muerdes… y disfrutas como una loba mordiendo a la presa que, excitada entre el dolor y el placer, consigue un esplendoroso final.

—¡Aggrrr…! ¡Lolaaaa…! ¡Aggrrr! —grita.

—¡Me gusta…! ¡Me gusta…!

Y cuando dejas de ser la loba y él deja de ser tu presa, te vuelves a dar cuenta de que lo único que importa es que él esté ahí, en tus momentos, en tus desayunos, en tu vida.

Llegan los reproches.

—¡Por Dios, Lola…! Entre no morder y el canibalismo hay diferentes opciones.

Eso nos provoca risas.

—Lo siento, me apasiono y…

—¿Tengo herida? —Pregunta mirándose el hombro.

—No seas quejica…, te gusta, te vuelve loco.

—Se puede morder un poquito más flojo también. —Sonríe.

—Mírame y dímelo. —Mi celo no llega a saciarse de él.

—¡Síií…!, me ha gustado y mucho, a pesar de que ahora escuece.

—Te lo curaré, y ten claro que esta loba seguirá mordiendo mientras haya carne. —Lamo con mi saliva al igual que un animal cura sus heridas.

Desayunamos tarde y luego hablamos de Olga, me tiene preocupada y le confieso mis sospechas acerca de lo que sucede en su matrimonio. De pronto, casi sin darme cuenta empiezo a sentirme mal, porque acabo de contarle que ella tiene un amante y eso era un secreto que debía guardar bajo llave. Como ya no hay remedio le pido discreción.

—A veces soy demasiado dura con ella, ella también lo es conmigo y ambas lo sabemos. Hemos aprendido a soportarnos esa faceta. —Él escucha atento—. Yo solo quiero que sea feliz y creo que está malgastando su vida. Nunca he compartido su actitud, a pesar de que siempre la respeté, pero ahora es diferente, la veo sufrir, la veo triste. A veces necesito que espabile y no sé cómo sacarla de ese mundo de ética impuesta por una educación desfasada, que no le permite romper un matrimonio a la vista de los demás, aunque de puertas para adentro esté hecho añicos.

—Eso lo tendrá que decidir ella.

—Eso es lo malo, que ella no decide nunca. A veces pienso que basa su vida en controlar la mía para que sea como querría que fuese la suya.

—Te estás alterando… ¡Qué barbaridad! Me duele el mordisco del hombro a rabiar —se queja.

—Es cierto, me altero, me saca de quicio este tema.

—¿Y qué opina ella de lo tuyo? ¿De lo nuestro?

—Cuando llegaste, revolucionaste todo. Además de irse Margarita, que nos trajesen un hombre y encima guapo, era una buena novedad. Cuando le dije que me habías besado y que teníamos una cita, tardó cero minutos en llegar a casa.

—Oye, ¡bonita!, me besaste tú. —Me muestra su adorable sonrisa.

—Tú me mirabas las tetas.

—Viniste a provocarme.

—¿Será posible…? ¿Cómo eres así…? Ya me habías pedido quedar no sé cuántas veces y yo te había rechazado…, ¿lo recuerdas?

—No me acuerdo. —Sonríe porque, evidentemente, sí se acuerda—. Sigue.

No deja de mirarse la herida del hombro.

—Luego llegó el diablo, eso se le da bastante bien…, se nos da bastante bien a las dos. Que si solo querrá un revolcón, que no te enganches, que lo pasarás mal, tíratelo y ya está…, así día tras día soportándola. —Me mira y callamos.

—Y ahora, ¿qué dice?

—Que he subido demasiado a la cima y el batacazo será mortal. Y eso que todavía no le he

contado la última parte. —Me refiero a la línea.

—A veces hay final feliz. ¿Lo sabes?

—Ya…

En este momento nuestras miradas se cruzan; esas palabras han sido una declaración disfrazada, de las que yo no quiero escuchar. No quiero pensar y me levanto para dirigirme al fregadero con las tazas de café vacías. Consciente de que huyo, viene tras de mí acercándose por mi espalda y traicionándome con esa voz baja que me convierte en gelatina.

—Me hiciste prometer que no te lo diría. Y no te lo diré.

Y las doscientas mariquitas, han concentrado una manifestación para de nuevo recorrer mis entrañas diciéndome que me ama. No puedo evitar girarme y responder.

—Estás rompiendo la promesa.

—No he dicho nada.

Pero su mirada y su sonrisa lo dicen todo, y yo, entre un poco molesta y un mucho enamorada, quedo esperando una nueva respuesta.

—*Na-da* —repite—. Y que te quede clara una cosa, tú a mí, no me vuelves a morder jamás. —Se presiona el hombro.

De nuevo las carcajadas nos unen y cansada de sus hipocondriacas protestas, intento ver si corre peligro esa diminuta marca, a la que apenas se le ve un punto de rojez, que ni tan siquiera supura. El sonido del teléfono nos interrumpe. Estrella llama y él de nuevo activa el altavoz.

—Dijiste que me llamarías, necesito datos. —Creo que se refiere a datos acerca de mí.

—No he tenido tiempo, ¿qué datos quieres?

—La Diferente…, cuéntame algo.

—Pues…, aquí estamos acabando de desayunar.

—¿Habéis dormido juntos? ¡Qué mono!

—Verás, es que la tengo loca y no hay modo de deshacerme de ella. —Me abalanzo sobre él para comerme sus labios.

—Madre mía, Javi, no me lo creo, tú enamorado…

Le miro en pleno éxtasis.

—Lo ha dicho ella. —Me susurra y sigue hablando con su hermana—. Se llama Lola, y la metes. Yo hablaré con Alba.

—Ya he hablado yo. Soy la organizadora, tenía que comunicárselo.

—¡Joder, Estrella…! Esto era cosa mía.

—Lo siento, algo así cuesta mantenerlo en secreto.

La llamada ha finalizado con Javier un poco molesto. Seguimos hablando largo y tendido hasta casi las dos de la tarde en que, sin tener prisa por comer, sacamos un botellín de cerveza para remojar nuestras bocas secas de tanta charla. Y en el preciso instante en que deja las cervezas en la mesita de delante del sofá, siento a mi lado la vibración de su teléfono. En la pantalla un nombre de mujer. Rosana.

No debería haber motivo para enojarme, ya me ha dicho que me quiere, incluso se lo ha comunicado a su hermana, en cambio su pasividad y el hecho de que al parecer no tiene intención de responder me ponen en alerta.

«¿Quién cojones es Rosana?

»¿Algún contacto de su agenda femenina?

El teléfono sigue sonando y él, impasible. La tal Rosana se ha debido cansar de esperar respuesta ya que el terminal ha dejado de sonar. Le miro esperando a que diga algo, «una vieja amiga», «la conocí en Ibiza» o cualquier cosa de esas que se dicen para excusar ese tipo de

llamadas, y le veo sin intención de hablar y esquivando descaradamente mi mirada. Eso es un claro indicio de que Rosana es «alguien», así, entrecomillado. Cuando ya empiezo a echar humo por las orejas, de nuevo el móvil vuelve a sonar, y de nuevo el mismo nombre en la pantalla. Pues si él no habla lo haré yo.

—¿No piensas responder?

—No es importante, luego llamaré.

Que no es importante dice… ¿Si no es importante por qué no lo coge? Mis mariquitas se han convertido en garrapatas que me están desangrando. Cada segundo que pasa tengo más claro que la susodicha forma parte de esa agenda femenina de citas. Seguro que estuvo con él, le gustó y llama para repetir. Lleva cinco meses conmigo, por mi propio bien pensaré que desde que estuvieron juntos han pasado al menos cinco meses y un día. Bastante embotonada me levanto para largarme.

—¡Quietaaa, Loba…! —Agarra mi mano para impedírmelo—. Voy a cogerlo porque ya te he puesto celosa, y de ahí a cachonda solo hay un paso. Cuando acabe con ella, empezaré contigo.

«¡¿Cómoooo?!».

Se ríe. El muy canalla se ríe. Con firmeza, consigue sentarme en sus muslos, mas yo, enfurecida, pongo resistencia y consigo desprenderme de sus garras y alejarme de él. Desde la distancia oigo que saluda y compruebo que ha puesto el manos libres.

—Hola.

—Hola, papá. Necesito un favor.

No me queda más que deducir que Rosana es el nombre de la pareja de su hija, algo que nunca me dijo ni pregunté. Rabiosa porque no deja de jugar conmigo, gesticulo un «te odio» asegurándome de que lo percibe. Apoya su mano en el corazón simulando un profundo dolor y yo…, lo de odiarle…, ¡uf! Ni queriendo puedo. Padre e hija hablan y yo me marcho guardando silencio para que conversen.

—¿Se te ha vuelto a caer el móvil al agua? —pregunta él.

—No. Acabaré tirándolo yo, no me aguanta nada la batería —responde la hija.

—Ponlo en la lista de bodas.

—No tengo lista de bodas, eso sí, un padre espléndido, que seguro no sabe que regalarme para mi cumple.

—Faltan nueve meses para tu cumple.

—No es problema, lo adelantamos. Tengo que consultarte algo. Rosana y yo queremos preparar una cena con su padre, para que os conozcáis y el día de la boda no sea todo tan frío. Todavía falta para eso, es posible que sea en otoño. Necesito que me digas que te parece bien y que vendrás.

—Y, ¿has llamado a tu madre para pedirle lo mismo que a mí?

—Papá, ella no se va a negar. Pónmelo fácil, porfa.

—Ya, ¿y le puedes pedir que se porte bien?

—Vale, se lo pediré. ¿Vendrás?

—Iré. Por cierto, ya sé que has hablado con la chivata de tu tía.

—Sí.

—Te lo quería decir yo.

—¡Vaya! ¿Eso significa que es cierto?

—Supongo que te habrá contado la verdad así que, sí, lo es. Se llama Lola.

—¿Vives con ella?

—No, pero sí empieza a ser bastante importante.

—Me cuesta creerlo…

—Cuando la veas de mi brazo en la boda lo creerás, tienes que invitarla.

Y yo que lo oigo acudo corriendo y con mis brazos le hago señales de que no quiero asistir a ese evento.

—Entenderá mi padre que si no lo veo no lo creo, ¿una fotito tal vez…? —La hija que persiste en su incredulidad.

—Bueno, tú ponle cubierto. Puede incluso que si sigo aquí nos presentemos unos días en Navidad, o antes. Tengo ganas de verte.

—Yo también, papá.

Ese vicio de hacer planes sin consultarme me altera. Y sigo moviendo mis brazos, comunicándole que ni hablar a lo de la boda.

—Deja de hacer el pajarraco porque vas a ir. —Javier se dirige a mí.

—¿Siempre tiene que ser lo que tú digas? —No me contengo.

—¿Está ahí? —Alba espera.

—Sí, está aquí. Está un poco agobiada. Ha sido un fin de semana complicado, esperemos que se le pase. A veces se pone así un poco tontorrona pero tranquila, la tengo dominada. —Me mira lanzándome un beso entre silenciosas risas y de nuevo exploto.

—Mira lo que te voy a decir… —le señalo con el dedo—, yo puedo decidir por mí solita.

—¡Papá…! ¡Es verdad! —La sorpresa de su hija es evidente.

—Hija te lo estoy diciendo.

—Es que…, es tan raro.

—Ya ves, estaba en Valencia, y yo perdido en León. —Me sonríe y vocaliza un «te adoro», porque sabe que lo otro está prohibido.

—Quiero conocerla. —Insiste su hija.

—Ahora no es buen momento, creo que está a punto de degollarme. Hablamos pronto. Cuenta con ese cubierto de más. Un beso.

Y ya me toca sacar el genio; mira que me resulta difícil cuando le tengo delante. Pongo todo mi empeño y al ataque.

—Digo yo, que algo pintaré en todo esto. —Con los brazos en jarra le muestro mi queja.

—Claro que pintas, y mucho. Por eso vas a venir a la boda de mi hija.

—Pues nada, hazme una lista de lo que puedo y no puedo hacer, de lo que puedo y no puedo decir y luego cuando quieras me apagas para no molestarte.

—Deja de decir tonterías que te pones muy fea.

—¡Vete al cuerno!

—¿Me lo estás diciendo a mí?

—No, al vecino del quinto.

—El vecino del quinto soy yo. Deberías empezar a correr.

No me lo pienso dos veces y salgo corriendo directo al dormitorio concienciada de que me alcanzará, y mira por dónde, lo consigue. Me atrapa y caemos en la cama, intento resistirme, aunque me muero de ganas por ceder. Y aquí, encantada y aprisionada por él, siento que de nuevo voy a tocar el cielo.

—¿Quieres que te explique por qué quiero que vayas a la boda? Solo necesito dos palabras.

—No.

—Muy bien, Lolita…, pasaremos directo a la acción…

—¿Qué acción?

—Quiero volver a comer sirope. O a hacer el amor, como tú prefieras.

—¡Eres un cabronazo!

Acerca su boca a mi cuello, siento como comienza a rozar su zona en mi pelvis, la respiración de ambos ya es sonora, cierro mis ojos y un nuevo delirio recorre mi cuerpo.

—Vamos a hacer el amor…, y a pelo.

«¿A pelo?

»¿Ha dicho a pelo?

»*¡Síp!*

—¿A pelo?

—A pelo —confirma besando mi cuello.

—Y eso, ¿por qué? ¿Lo decides tú?

—A parte de conmigo, ¿con quién más lo haces?

—¿A qué viene eso?

—Yo con nadie también… No te voy a dejar embarazada… Va siendo hora de que hagamos el amor de verdad —afirma convencido.

—¡Ah!, perdona, tienes razón, que hemos estado haciéndolo de mentira.

Sonríe jocoso y permaneciendo cerca de mí, responde.

—Nunca en mi vida el sexo ha sido tan de verdad…, aun así, quiero sentir tu piel rozando mi miembro…, dime que sí, Lola…

—No.

—Sí, venga…

—He dicho que no. —No pienso ceder a esto.

—Vaaale…, con preservativo, como tú quieras.

Abre el cajón de la mesilla y saca uno, medio abriéndolo y dejándolo preparado a un lado de la cama. Como ya le conozco y sé que siempre se acaba saliendo con la suya, estoy alerta y no bajo la guardia. Después de desnudarnos se tumba sobre mí y comienzan los besos; no pienso relajarme porque sé que no es de fiar.

—¿Me puedes decir por qué no, al menos? —pregunta.

—Porque te irás, y el resto ya lo sabes —respondo tajante.

Con el resto me refiero a que se acabará. No dice nada, sigue besándome y yo sigo un poco tensa.

—Lola…, relájate.

—Prométeme que no vas a intentar meterla sin goma…

—Cállate…, que me distraes…

—Lo que quieres es que me distraiga yo…

Sigue encima de mí, intenta abrir mis piernas, me resisto, forcejeamos un poco, no deja de ser un juego entre risas, hasta que ya creo que necesito ponerme seria.

—No te pienso dejar.

—¡Anda no seas tontina! Abre las piernas.

—¡Que no! Que te cuelas.

—¡Déjame colarme…! ¡Me estás poniendo a rabiar…!

—¡Que no!

—Déjame entrar… ¡Bruja!

No me ha quedado más remedio que cortar en seco. Ese «bruja», ha sido lo más parecido a una llave maestra para abrir mis piernas y que este golfo se cuele donde no debe, o al menos como no debe.

—¿Esto es para ti hacer el amor? —Ya estoy segura de que viene tormenta.

—¡Joderrrr! Me vas a cortar… —protesta.

—Pues ponte el preservativo ya.

Esto parece un partido de fútbol en lugar de un acto de amor. Ataque contra defensa.

—Esto no tiene ningún sentido. ¡No te puedo dejar embarazada!

—¿No tiene sentido? No lo tendrá para ti. Para mí sí, y mucho, porque, aunque hayamos cruzado la línea, yo sé que te irás y se acabará. Así que no pienso hacer el amor contigo de verdad, como tú dices; me limitaré a follar. Y follar se folla con funda.

—¡Qué pesada con que me iré…! ¡Al final conseguirás que quiera irme! —Se levanta de la cama y se va al baño dando una patada a la puerta para cerrarla.

Convencida de que se ha acabado el momento sensual y de que ha llegado la hora de marcharse, me visto para irme convertida en pura ira. En el mismo instante en que me dispongo a salir de la habitación, él regresa y me pregunta por mis intenciones intuyendo que quiero largarme, y como lo que me apetece es reventarle la cabeza, prefiero irme sin decir nada evitando así pasar unos años a la sombra. Ante mi silencio él insiste.

—¿Te vas?

—¡Qué observador eres…! —Estoy enfurecida.

—¡Cojonudo…!

—¡Vete a la mierda! —Cuando me enfado me resulta complicado controlar mi lengua.

—¡Lolaa…! —Se le huele la rabia.

—¿Qué? No te calles…, suéltalo…

—Mejor vete…, no vaya a ser que me arrepienta.

—¡Imbécil!

—¡Lolaaaa…! —me grita.

Ya he recogido mis cosas, sigue mirándome enfadado…, muy enfadado. Abro la puerta y antes de salir me giro y cariñosa me despido.

—¡Imbécil!¡Estoy hasta el mismísimo de que quieras dirigir mi vida! ¡Gilipollas!

De un portazo cierro, llamo al ascensor y espero sintiendo que me desgarro por dentro.

«¿Por un simple condón se acaba tu historia de amor?».

No es el condón, es algo más que eso, no quiero que decida por mí; me canso de que decida por mí. El puto ascensor que no llega, y él que no sale. Si esto fuese una película ya estaría a mi lado pidiéndome perdón, para arrastrarme hasta su cama e incluso follaríamos sin preservativo. Como es la realidad, me iré con una mano delante y la otra detrás.

Ya está aquí el ascensor, y él…, acaba de abrir la puerta y viene hacia mí. No le pienso mirar, si le miro una de dos, o le vuelvo a llamar gilipollas o le como la boca por salir a por mí, como en el cine. No sé, qué sería peor… Se para a mi lado, no he abierto el ascensor esperando que me diga el motivo de su salida, tengo dudas de si tenerle a mi lado es buena señal.

—Ha llegado el ascensor, ¿no te ibas? —habla enfadado.

Se disipan mis dudas y opto por volver a los piropos.

—¡Imbécil!

Ya no hay nada que esperar, abro el ascensor para largarme cuando de repente veo que me sigue y entra conmigo.

«¿Dónde coño va?».

—Ya me has insultado bastante, ya nos hemos enfadado bastante y ya te has ido…, ahora, ¿podemos volver a casa? —Otra orden que desobedeceré.

—Eso hago…, volver a «mi» casa. —Pulso el cero y el ascensor comienza a descender.

—No la iba a meter.

—Sí la ibas a meter.

—Que no…

—Al menos no me trates como si fuera tonta.

—¡Vaaale! La iba a meter…, lo siento… ¿Volvemos a casa?

—Es «tu» casa, mi casa es «mi» casa, y mi coño es «mi» coño. Yo decido cuándo follo y cuándo hago el amor.

El ascensor ha llegado a la planta de abajo.

—Pulsa el cinco. —Me ordena.

—No, me voy.

Abro y salgo, él me sigue.

—Lola, voy en pijama, si sales pienso ir detrás de ti hasta que vuelvas a casa, y no me quiero enfadar, haz el favor de volver a entrar en el jodido ascensor.

—¿Que no te quieres enfadar? ¡Encima…! Esto es de locos.

No sé por qué, decido hacerle caso, y a regañadientes vuelvo al ascensor. Entrando a casa intenta cogerme la mano, pero le rehúyo. Se nota a leguas que ambos seguimos muy disgustados.

—No me toques…, que vuelva no quiere decir que no esté enfadada.

—Vale, no te toco hasta que tú lo decidas, podrías al menos darme una explicación.

—¿Explicación?

—Sí. No entiendo si estamos juntos y esto es una relación, que coño hacemos follando con preservativo si soy estéril.

—¡Yo decidiré cuando me quiero acostar con un hombre sin usar condón! Lo que tú llamas relación, tan solo es algo que tú decidiste porque se te antojó cruzar la línea, esa línea que no querías cruzar, pero como siempre hay que hacer lo que tú digas, pues a cruzar la línea. Primero no quiero, ahora si quiero; «el niño de los antojos» —espeto con ira—, y yo detrás como una imbécil. El día que me rompas la vida te recordaré este momento y entonces me darás la razón y me pedirás perdón.

—Creo que deberías ir al psicólogo, no podemos estar toda la vida follando con preservativo, solo porque tú vivas atemorizada por si esto se acaba. ¿Cuando llevemos diez años, va a ser así también? —Y una sonrisa burlesca acaba con mi paciencia.

—No creo que quieras que vaya al psicólogo, en estos momentos, si fuese, me lo follaría. Eso sí, con condón.

«Menuda metedura de pata, Lola. ¿Cómo se te ocurre decirle eso?».

Está callado, mirándome fijamente, creo que se ha quedado con las ganas de soltarme un bofetón o cualquier grosería. Pienso que ha llegado el momento de rectificar, y creo que no me va a dar tiempo, le veo un poco enojado… Miento, le veo demasiado enojado. Si sus ojos lanzasen cuchillos, yo estaría ya con doscientas heridas por arma blanca.

—¡Lárgate! —me grita y señala con su dedo la puerta.

Me quedo quieta. Y él se acerca.

—¿No me has oído? Que te largues. No te voy a permitir eso.

—¿Permitir tú? ¡Engreído!

Se dirige hacia la puerta, la abre y con un gesto me invita a salir. Más que una invitación es una orden de las suyas, y esta vez, dándola fuera de sí.

—¡Largo…! —insiste.

Y salgo. El portazo que da mueve todos los cimientos del edificio, y asustada me quedo apoyada en la pared pensando en si saldrá de nuevo a por mí; he tentado demasiado a la suerte y creo que ahora no estará de mi lado. Me rasco la cabeza, me pica todo, no sé si de nervios, de

enfado, o de no saber cómo arreglarlo. Llamo al timbre y la puerta se abre antes de dos segundos; seguro que estaba al otro lado esperando igual que yo.

—¿Sí? —me dice con su rostro muy muy enfadado.

—No quise decir eso.

Me agarra del brazo y me mete dentro de la casa cerrando la puerta con otro golpe que provoca otro temblor del edificio y de mi cuerpo. Dudo si debería tener miedo a su enfado o a mi debilidad. Clavándome esas pupilas incendiadas al igual que dos lanzas medievales, espera a que yo siga hablando.

—No quería decir lo del psicólogo.

—Repítelo. —Me mira desafiante.

—No quiero acostarme con nadie y lo sabes.

—Claro que lo sé. ¿En qué coño estás pensando?

—Por un puto preservativo… —Con ímpetu suelto mis cosas en el sofá.

—Eso, por un puto preservativo…, y por llamarme gilipollas, y por amenazarme con acostarte con tu psicólogo. Si te quieres acostar con él o con otro, me lo dices, y no me amenaces.

—No quiero —hubo un tiempo que sí, ahora ya no—, solo quiero acostarme con uno, y que ese no decida por mí cómo tengo que tener mis relaciones sexuales. —Mucho más calmada, mis ojos piensan en darse un baño.

Viene hacia mí, creo que me va a abrazar, su rostro se relaja, y me viene la imagen de una película de amor. Pienso que ahora es cuando me agarra y acabamos enroscados echando el polvo del siglo.

«A ver si me empotra…».

—No entiendo por qué, yo sé que tú no piensas en follarte a nadie y, en cambio, tú, solo piensas en que si me voy te dejaré. Hay una promesa de no mencionar ciertas palabras… ¿Recuerdas…? Haz el favor de aquí en adelante de olvidar el tema del abandono. El día que quiera acabar con esto, te lo haré saber, y no será abandono, sencillamente habrá acabado. Entre tanto, procura no volver a sacar a pasear a tu amigo el psicólogo. Y tranquila que ya no se folla, ni con, ni sin.

«Sin empotrar te quedas, nena».

Se ha sentado en una esquina del sofá y con un poquito de miedo decido que ha llegado la hora de apoderarme yo de la otra esquina. Habrá que salvaguardar distancias mientras la ira siga estando en nuestros cuerpos. Estoy agotada, no quiero ni mirarle, tengo una sensación bastante rara y desagradable. Voy a dejar pasar algo de tiempo y dentro de un rato me iré a casa. Supongo que mañana todo volverá a la normalidad.

—Te he dicho que no lo íbamos a hacer, no es necesario que te sientes tan lejos.

—Estás muy enfadado.

—¿Tú no?

—Sí, yo también.

—¿Hay alguna norma para que los enfadados deban sentarse a distancia?

—Precaución.

Muy serio veo que espera que me acerque, así que, a pesar del enfado de ambos, me aproximo, pero no demasiado. De nuevo soy consciente de que no dejo de complacerle. Al parecer no me he acercado lo suficiente, porque se levanta y se posiciona a mi lado. Pasados unos segundos levanta su brazo y me rodea apoyándolo en mi hombro.

«Son unas paces, Lola, no las desperdicies».

Me acomodo y decido coger su mano. Ambos seguimos callados, cuando él me da un beso en

la frente y me dice muy bajito.

—No volveré a intentarlo hasta que tú lo decidas.

—Esto me duele —me quejo.

Sintiendo ese nudo en la garganta que me asfixia, necesito respirar y me levanto para salir a la terraza. Mis lágrimas acaban desprendiéndose y siento dolor, mucho dolor. Me pregunto por qué aun siendo todo tan idílico tienen que existir estos momentos que me destrozan. Él viene tras de mí y con sus labios intenta secar mi rostro.

—Estás saladita.

Mi sonrisa asoma, y entre rabia y satisfacción por la reconciliación, cierro el puño y lo golpeo contra su corazón.

—Lo siento, soy un estúpido.

—Sí…, lo eres. No sé qué tipo de relaciones has tenido antes, ni si estabas acostumbrado a dominar todo, pero deberías darte cuenta de que me agotas.

—Solo he tenido una relación. Y justo lo contrario.

—Muy bien…, reconfortante saberlo —digo resignada.

—Lo siento… —Con su pulgar acaba de limpiar mis lágrimas.

Me abraza, y me dejo por dos razones. La primera, porque lo necesito y la segunda, porque lo necesita él y le complazco. Lo sé, soy incorregible.

—Necesito que respetes mis decisiones, que son pocas, pero para mí es importante.

—Lo sé, y lo haré. A veces soy tozudo como un mulo. Créeme si te digo, que esto solo me pasa contigo.

—Debo tener cara de sumisa, de geisha o algo parecido.

—No, Lola, lo que tienes es un dominio sobre mi persona que haces que me vuelva incontrolable.

—Pues contrólate o te mandaré a freír espárragos cualquier día de estos.

—No vas a hacer eso nunca.

Una nueva orden que estoy segura acataré.

Pasan los días y todo parece que fluye y fluye. Pero no sé qué demonios ocurre en la vida, que esa estabilidad emocional que me empeño en saborear, nunca llega a instalarse por completo. Por lo visto la felicidad no está diseñada para vivir conmigo. Apenas cinco palabras pronunciadas por Javier, han sido suficientes para romperme en mil pedazos.

—Se acabó, Lola, se acabó.

Esa frase ha dolido como una daga ardiendo en fuego adentrándose en mi corazón.

Capítulo 13

Parece que la felicidad no está hecha para ser disfrutada por mí. Algo llega de nuevo a mi vida sin haber sido invitado. Eso que empezó como una fuerte atracción sexual, ya se ha convertido en una llama de amor difícil de apagar.

Difícil, pero no imposible.

Como en todas las llamas, siempre llega un soplo de aire en el momento más inoportuno para convertir ese fuego en mecha chamuscada. Después de seis meses placenteros, esa ráfaga de aire viene dispuesta a mermar mi tranquilidad en forma de correo electrónico. Esta mañana, Javier, ha recibido la noticia de que su función en Valencia llega a su fin. La empresa ha recuperado el ochenta por cien de los clientes perdidos y sigue engrosando, paso a paso, la lista de los nuevos.

Son buenas noticias para la empresa y para nuestro ego profesional, sin embargo, demoledoras a nivel personal. Deberá regresar a León en un par de semanas. Sentados en la mesa me da la noticia, a la vez que se maldice por haber hecho bien su trabajo, demasiado pronto.

—Se acabó mi tiempo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto descolocada.

—Esta mañana.

—Y no dices nada…

—No sabía cómo. Tenía que encontrar el momento.

—Después de comer…, para que me indigeste.

—Lola, esto tampoco es de mi agrado, me está costando mucho asimilarlo y no sé cómo te lo vas a tomar tú.

—Bueno, tenía que llegar. Sabíamos que pasaría. —Me resigno, mi corazón se aterra, y una espesa niebla rodea mi entorno sin dejarme ver hacia dónde caminaré a partir de ahora.

—¿Qué piensas? —me pregunta destrozado.

—¿Qué quieres que piense? En estos momentos no puedo ni pensar. —Un pequeño y mutuo silencio nos acompaña—. ¿Qué vas a hacer?

—Irme, Lola, no puedo elegir.

—Conmigo…

—¿Contigo? ¿Se puede saber qué estás pensando? No, mejor cállate y no lo digas porque discutiremos. —Me coge la mano—. Te diré lo que pienso hacer. Llamarte todas las noches, haremos videollamadas, venir tanto cuanto pueda. ¿Alguna cosa más que se te ocurra que haga? Espera…, pensar en ti todos los días y no olvidarte. Esas dos también… ¿Tus opciones? —Sonríe y besa mi mano.

—Olvidabas lo más importante —no puedo estar más triste—, preferiría que cogieses una excedencia. Soy un poco egoísta.

—No olvidaba nada, eso no hacía falta decirlo, porque lo sé y lo sabes. La excedencia, ahora, con la boda de Alba es inviable. Solo cambian unos pocos kilómetros, no voy a dejar de pensar en ti. Ni tú en mí. Te lo prohíbo.

«¿Unos pocos kilómetros…? Se va a la otra punta del planeta y dice unos pocos kilómetros.

»A León, Lola. ¿Sabes dónde está León?

»Sí, eso es como la otra parte del planeta.

Había previsto una tarde de volcanes y en estos momentos me encuentro acotada por el lago Michigan hecho hielo. Me abraza, y el desasosiego que se me avecina me ha convertido en una burbuja de aire explotada; o sea, en nada. Él, que percibe mi falta de entusiasmo en ese abrazo

me pide que empatice, pero esa niebla que no me deja ver más allá, me impide ponerme en su lugar.

—Lola, si no me ayudas esto va a ser muy complicado.

—Lo siento, ahora mismo no sirvo para nada. Ya sé que no es culpa tuya, pero no puedo controlarme. —Intento normalizar—. ¿A quién traen?

Pregunto por preguntar. En realidad, me importa tres pepinos quien venga; yo ya tenía el coordinador que necesitaba en mi vida y me lo están arrebatando.

—No sé nada. Ándate con ojo; igual eres para odiar al nuevo coordinador como para volverte loca por él. Si es hombre ni le mires, no hagas que tenga que venir corriendo a darte una paliza. —Solo intenta hacerme sonreír.

—Tomo nota, no apartaré mis ojos de él hasta que regreses.

Jamás dos semanas habían pasado tan rápido, creo que alguien ha recortado el calendario para joderme estos últimos días. Un cúmulo de incertidumbres se ha apoderado de mi vida entera pensando en que la distancia acabará con esta idílica relación que llena mi vida por completo, sin necesidad de ningún ventanal aderezado por pinos y nieve. He intentado consolarme con Olga, con mis hijas, con Manolo, incluso con él. Siendo atea, he rezado para que no llegase este día o para que un nuevo correo cambiase las directrices de esa decisión. Por desgracia la decisión está tomada y no hay marcha atrás.

Apenas he pegado ojo en estos últimos días, como en los viejos tiempos cuando le conocí y no dormía pensando en sus ojos y en su boca. Estoy sumida en una angustia constante que no me deja respirar, sobre todo en este preciso instante que estoy saboreando mis últimos minutos con él. Se marchará mañana por la mañana, y hemos decidido despedirnos hoy para evitar malos tragos. Como si el de hoy fuese un buen trago.

Ha oscurecido ya y estoy en la cama sin poder dejar de contemplarle. Yace a mi lado y mi mente enamorada y retorcida, piensa en amordazarle y secuestrarle para evitar separarnos. Esta noche no hemos tenido sexo, ha sido mucho mejor; hemos hecho el amor, el amor de verdad, piel con piel…, fuego con fuego…, fluido con fluido… Creo que él no lo esperaba y que yo lo necesitaba. Y lo más importante, ha sido mi propia decisión.



Después de desnudarme y saborearme con los besos más tiernos que puedan existir en la faz de la tierra, me ha tumbado en la cama y mientras se bajaba el bóxer yo he alargado el brazo para abrir el cajón de la mesilla y hacerme con uno de los preservativos que allí guarda. De un mordisco he roto el envoltorio, le miraba, él me miraba, y yo dudaba. Pero en milésimas de segundos, algo ha pasado por mi cabeza y me ha hecho sentir que antes de marcharse necesitaba hacerle mío de verdad, y eso no era posible con una goma de por medio. Sin pensarlo más, he decidido lanzar el preservativo lo más lejos de nuestra presencia.

—¿Qué haces? —ha preguntado con gesto incrédulo.

—Hazme el amor.

—¿A pelo?

—A pelo.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Acercando su rostro al mío hemos juntado nuestras narices.

—Lola…, ¿y si no vuelvo? —El muy canalla me sonreía.

—No me digas eso ahora, cabronazo, y penétrame…

La suavidad con la que he percibido esas carnes adentrándose en mi cuerpo, me estaban forzando a sentir que no quería que eso que vivía en ese instante se acabase. El chocolate de sus ojos se apoderaba de mis pardos que, sin parpadear, no podían, ni querían desprenderse de ellos.

—No te muevas. Quédate dentro de mí. No quiero que esto acabe.

—Yo tampoco —ha respondido.

Pero inevitablemente ha acabado y en ese instante he escuchado toda una filarmónica dentro de mi cuerpo. Trompetas, arpas, saxofones y violines. Y aunque lo de los violines suene a final feliz de cuento de princesa, en este caso nada más lejos de la realidad.

Reconozco que, por un momento, he disfrutado de la sintonía olvidando lo que sucederá mañana…, solo hasta que él ha decidido hablar.

—Voy a romper la promesa.

—Nooo.

—Sí, lo necesito.

—No…, no…, déjame disfrutar de esto y mantén la boca cerrada, te lo pido por favor; calla.

Aun sabiendo que no hay nada en el mundo que me pudiera dar más felicidad, que hacer el amor con él, escuchando «te quiero», me he negado.

En silencio hemos continuado ese acto de amor. La alterada respiración obligaba a abrir nuestros cercanos labios haciendo que nuestros alientos se mezclasen convertidos en un remolino pasional. Él embestía y yo contraía sin desear acabar con esos apetecibles vaivenes. El sonido de ese sinfín de vibraciones, que nuestras cuerdas vocales emanaban, y el persistente menester de nuestros ojos por devorar los del otro, ha derivado en Javier la necesidad de acelerar sus movimientos y en mi la necesidad de acompañarlos. No puede haber nada en este mundo que coordine mejor que nuestros cuerpos desnudos amándose. Como dos cisnes bailando enlazados, su cuerpo ha estallado derramando toda su esencia dentro de mi ser. Y en ese mismo instante, he sabido que nadie jamás me dará lo que él me proporciona. La seguridad de que ese sentimiento llamado amor, existe.



Yacemos agarrados. Su cuerpo cubre parte del mío y mis brazos le rodean por completo no dejando ni tan siquiera pasar un hilo de aire entre nuestras pieles. Nada más acabar el acto, me doy cuenta de que ni tan siquiera he llegado a mi final, aun con esas, sin duda ha sido uno de los mejores momentos de mi vida. Un verdadero acto de amor. Sin gritos, sin mordiscos, sin aullidos, y sintiendo que éramos un solo ente. Ahora, sabiendo que duerme, una lágrima desciende por mi rostro y el terror de nuevo se apodera de mí.

«Le vas a perder, Lola».

Ese pensamiento se me ha instalado en los últimos días y la constancia con la que me martillea, va a hacer añicos mi cabeza. Javier acaba de despertar y observando mi lágrima se acerca y con un beso la hace desaparecer.

—No voy a dejar de pensar en esto cada día. Te prometo que nada va a cambiar, Prométeme que no lo cambiarás tú.

—¿Yo? Yo no puedo; vivo presa de ti.

—¿Lo digo?

—Nooo…

—Pero lo sabes…

—¡Eres un mamón…! Cállate.

—Un mamón, sí, ya lo sabes…, y lo otro también lo sabes.

Mis ojos fulminan sus pupilas y su boca se apodera de la mía, ha llegado la hora de marchar y es Javier quien decide arrastrarme hasta el ascensor e introducirme en él, sin apenas dejarme tiempo para un último suspiro. Tengo claro que de no haberlo hecho así, no me habría separado ni en cien años.

Acabo de levantarme y me siento frente a Sara para compartir el desayuno. Mi rostro y mis ojeras revelan no haber pegado ojo haber mantenido mis pupilas en remojo toda la noche. Mi hija ya no sabe qué hacer para consolarme.

—No sé por qué no has ido a despedirle. Yo hubiera aprovechado hasta el último segundo.

—No quiero que me vea otra vez así.

—Ya te vio ayer así, mamá. Los mayores sois muy tontos…, «me despido un día antes para que mañana no me veas así, si me ves hoy, no es por pena ni dolor, eso sería si me vieses mañana, pero si me ves hoy no tiene nada que ver, seguramente es por algún acontecimiento fortuito».

Tras ese discurso, sale de la cocina y pasados unos segundos vuelve con las llaves de mi coche en sus manos y, dejándolas encima de la mesa, con una pregunta pone fin a mi desayuno.

—¿Qué crees que hará si te ve llegar?

Quiero apurar hasta el último minuto de su estancia aquí, y sin dudarlo más, me cambio para ir corriendo hasta la que pronto dejará de ser su casa, con la intención de apurar la despedida todo lo que pueda.

«Como haya adelantado el viaje no te lo perdonarás nunca».

Un par de vueltas y consigo aparcar el coche. Corriendo me dirijo al portal temerosa de no llegar a tiempo. Por fin estoy aquí y a mi llegada, la salida de un vecino me facilita la entrada. Corriendo me dirijo al ascensor, «puñetas», está ocupado, y no queda otra que esperar; cinco plantas son demasiadas para lo acelerada que vengo. El ascensor llega y, esperando que salga su ocupante, ¡¡sorpresa!!, Javier con dos maletas y unas bolsas de viaje, intentando salir.

—Dijiste que no vendrías. —Se sorprende al verme.

—Sabía que no podrías tú solo con todo el equipaje. —Sonrío.

—No pensaba irme sin pasar por tu casa —confiesa.

Una complicada salida del ascensor, y pronto suelta las maletas para fundirnos en un nuevo abrazo aderezado por tristeza y sueños rotos.

—No dejes de llamarme o acabaré olvidándome de ti —le ordeno.

—¿Bromeas? Te llamaré en cuanto llegue, y todos los días, odiarás la sintonía de tu teléfono móvil.

Seguimos fundidos en ese abrazo, siento que de nuevo será él quien me separe y me obligue a marchar. De pronto noto sus brazos que aprisionan más mi cintura… y más…, y suena la maldita a la vez que encantadora melodía.

—Te quiero…

—¿Qué haces? —le digo.

—Calla y escucha, te quiero…

—¡Joder! Javier…, dijimos que no. —Seguimos aprisionados.

—No. Tú me hiciste prometer que no, y ya está bien, se acabó. Cuando empezó esto, solo buscábamos pasarlo bien, pero…, todo ha cambiado, Lola, y no quiero irme sin decírtelo. Te quiero…, te quiero.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque te quiero y porque te quiero, no lo olvides ni un solo día. No voy a dejar de estar en

tu vida nunca. —De nuevo aprieta mi cuerpo contra el suyo.

—Yo también te quiero, mucho, no lo olvides tampoco.

—Escúchame bien —me mira y sus ojos se abrillantan a la vez que coge mi rostro con sus manos—, no he querido a nadie así, jamás, y no voy a dejar de quererte ni aquí ni allí. Y márchate ya, no quiero subir al coche y verte así.

—No no no, no quiero soltarte. —Las lágrimas hacen acto de presencia.

—¡Por Dios!, Lola…, mírame —le miro—, vete a casa, antes de lo que crees estaré de vuelta. Te quiero, mi vida, te quiero.

Saboreando esos «te quiero», me alejo sin poder dejar de mirar hacia atrás. Subo al coche, y al buscar un clínex en mi bolso para secar mis ojos, oigo la campanilla del teléfono para descubrir que el hombre al que acabo de dejar, ya me echa de menos.

Mi Javier 9:48: Te quiero.

Lola Loba 9:49: Te quiero, me dejas destrozada.

Lola Loba 9:49: Lo siento, lo retiro. Solo te quiero.

Me remuerde la conciencia el saber que le hago responsable de mi angustia. Sé que no ha sido una decisión suya y que tan solo el destino es el culpable de mi desconsuelo.

Necesito dormir, son las diez de la noche y acabo de hablar con mí…, sí, con mi amor, esa es la palabra. Ha llegado bien, esta era su cuarta llamada desde que salió de Valencia. He tenido que fingir que me encuentro mucho mejor para que no quede intranquilo, no quiero que sepa que estoy más destrozada, si cabe, que esta mañana. Me he marcado un objetivo. Ya me hizo saber que tardaría algunas semanas en ponerse al día, así que su regreso no será demasiado pronto, por lo tanto, mi cometido será no obsesionarme hasta que pueda venir a verme. Creo que ya puedo dar el objetivo por fracasado. No obstante, confío, confío y confío. Tarde o temprano sé que volverá.

«Lola, la distancia es muy mala y se empieza soplando a todo gas y se acaba bufando como un globo pinchado».

Siempre tengo esa parte de mí que no me deja vivir tranquila.

Han pasado nueve días desde su marcha y creo que lo estoy llevando bastante bien. Sus mensajes son continuos y sus llamadas diarias, y aun sabiendo que todavía es pronto para hacer balance, no puedo evitar sentirme satisfecha. Sara y Patri de nuevo viajan, en esta ocasión a Calpe para una firma de bañadores; ellas siguen avanzando. En el trabajo hay novedades, hoy ha llegado la nueva coordinadora, se llama Montse y es una señora de unos sesenta años que aparenta tener mucho temperamento, aunque correcta en el trato. Ha hecho una valoración muy positiva acerca de mi trabajo junto al de Manolo y al de Javier —con los desastres que dejó la tal Margarita, lo nuestro nos ha costado—. Sus palabras han sido satisfactorias: «Seguiremos en la misma línea, todo va prosperando». Ha sido motivador, después de los días desoladores que sufro en mi vida sentimental.

Hoy haremos nuestra primera videollamada con ordenador, ha sido idea suya y estoy muy contenta, necesito verle en tamaño grande. El próximo día utilizaré un HDMI y conectaré el portátil a la televisión; cuarenta pulgadas ocupadas por su rostro debe ser una gozada. Hoy ya no me da tiempo. Estoy delante de la pantalla y envío un mensaje de chat para ponerle en preaviso.

Lola loba 19:10: No me llames. Tengo nuevo coordinador y no está nada mal, ya no me interesas.

Y aparece él, así de normalito, igual de guapo que siempre, sonriendo al verme, cortándome la respiración al mostrarse ante mí, y sabiéndolo. Porque lo sabe…, sabe que me la corta.

—Hola.

—Hola —respondo.

—¿Estás intentando ponerme celoso con Montse? Pensé que lo de que eras lesbiana era una broma.

—¡Vaya! ¿Lo sabes? —Incluso a través de la cámara, sigo sintiendo la tentación de lanzarme a su cuello.

—Me ha llamado Manolo esta tarde. No os fieis de las apariencias, es tan exigente como benevolente. Trabajé con ella en Madrid. —Hay miradas—. ¿Y aparte de cachonda con Montse, cómo estás hoy?

—¡Muy gracioso…! Bien, sin novedad, las niñas se han ido a Calpe por trabajo, y poco más. ¿Y tú?

—Bien, deseando que pasen los días. Puede que en un par de semanas me las arregle para ir.

—No hagas planes que luego se tuercen. Cuando tengas las maletas en el coche me lo dices.

Pasan los días y como era de esperar Javier no ha venido a verme. No es culpa suya y no me siento decepcionada, aunque me gustaría que todo fuese diferente. Hoy, me ha avisado de que me llamará más pronto, tiene la tarde libre y la va a aprovechar conmigo. Eso es una muy buena señal, de esas que ya no necesito. Desde que se marchó no ha dejado de estar presente en mi vida con llamadas constantes, mensajes, incluso intercambiándonos fotos, pero el demonio que llevo dentro no deja de recordarme que las cosas se pueden torcer. Embobados mutuamente a través de la pantalla, él confiesa su cansancio, cuando veo que alguien por detrás del ordenador le pasa una cerveza y algo parecido a unos cacahuetes. No queriendo imaginar cosas de esas que la maldita «Lola demonio» se encarga de apuntarme, intento normalizar la situación y con un gran nudo en la garganta le pregunto por la compañía.

«Lola, a ver si te dice que está solo, y la cagamos, porque solo ya sabemos que no está».

—Dos, estoy con dos. —Sonríe.

—¡Tu hija! —¡Qué alivio por dios!, por un momento había olvidado que compartían casa.

—¡Albaa!, venid, acercaos a la pantalla. —Y aparece en escena su hija y la compañía.

Me presenta a las chicas. Tras un intercambio de saludos ellas preguntan por mi asistencia a su boda.

—¿Vendrás? —pregunta Rosana.

Llega un mensaje a mi teléfono.

Mi Javier 19:54: ¿Pensabas que estaba con una rubia? Te quiero.

—Lo de la boda me pilla un poco lejos, lo pensaré —respondo a la joven.

—Venga largaos ya. La llamada era para mí. —Javier se queja con la intención de quedarse a solas conmigo.

Mientras ellas se marchan, él coge el teléfono haciéndome una señal de que responda a lo que allí me ha escrito, y yo no puedo más que juntar mis manos con gesto de pedir perdón, a la vez que veo que sus labios gesticulan de nuevo un te quiero. Y yo que deseo responder a tal afirmación, escribo: Te quiero, beso, te quiero, beso, te quiero, beso. Entre tanto, en la pantalla del ordenador no dejamos de mirarnos, y el chat del móvil sigue siendo nuestro método de comunicación escrita.

Mi Javier 20:02: Si estuviera con otra no te llamaría, ¿no crees? Hay que pensar. Tú, lo de las gráficas ni idea, ¿no? ¿Dónde vamos a dormir cuando vaya a verte?

Lola loba: 20:03: En casa ya sabes que hay un sofá para ti.

Mi Javier 20:03: Ni lo sueñes.

Lola loba 20:04: Si lo que quieres es dormir te mando al sofá. Si lo que quieres es otra cosa…

Mi Javier 20:05: ¿De verdad necesitas que te diga lo que quiero?, porque empiezo y no acabo.

Su mirada en la pantalla de mi portátil ya está alterando mi temperatura.

Lola Loba 20:05: Necesito tenerte aquí.

Mi Javier 20:06: ¿Te llamo desde mi habitación?

Lola loba 20:06: Más tarde si quieres; ahora voy a la ducha.

Mi Javier 20:06: ¿Puedo ir contigo?

No respondo a ese mensaje. Voy a por mi cucha ligera y ceno y recojo con rapidez. Me instalo en la cama dispuesta a darle las buenas noches.

—Hola, preciosa, pensaba que ya no me llamabas.

—Estaba acabando de recoger, recuerda que ahora estoy sola y no tengo ayuda.

—¡Madre mía! Tú ahí sola y yo aquí solo.

—Te quisiste ir.

—Eso es un golpe muy bajo y lo sabes. Tengo muchas ganas de estar contigo.

—Y yo. —Ya noto recorrer por mi cuerpo algunas mariquitas.

—Imagínate como estaba ahora mismo, desesperado, esperando que llamases, visionando esa ducha, imaginando el agua caer por tu cuerpo.

Por un momento guarda silencio y le oigo suspirar.

—¿Te gustaba la visión? —Pregunto y tengo clara la respuesta.

—¿Llevas bragas, Lola?

—Javier…

—Lola…, ¿las llevas? —Ese sonoro respirar atraviesa kilómetros de distancia a través del teléfono para confesarme que está convertido en puro fuego.

—Sí, llevo.

—¿De qué color?

—Las de la gaviota.

—Me encanta que me des detalles, ahora mismo tengo tu braguita en mi mente.

—No sé qué pretendes… —Lo sé… ¡Dejaré de saberlo…!

—Bájatelas…

—Me lo estaba oliendo…, no voy a hacerlo. —Aunque he practicado muchas veces sexo a solas con aquel amante imaginario, me resulta muy extraño hacer esto con él.

—Lola…, mete un dedito por el lateral de tus braguitas, con suavidad y deslízalas por tus piernas sintiendo que ese dedo es el mío. Cuando llegues abajo me avisas…

—Cállate… —Ya estoy poseída.

—Lola..., bájatelas…, me encantaría escuchar cómo te acaricias.

—No sigas.

—Te estás poniendo cachonda, bájatelas.

—¡Joderrr…! —Cachonda no…, *cachondísima*.

—Lola…, ¿el tío de tu bañera te tocaba?

—¿Cómo me preguntas eso?

—¿Lo hacía?

—A veces… —Es un cabrón.

—Lolita…, el tío de tu bañera soy yo…, dime, ¿cómo estás en este momento?

—Cállate ya…

—Ya no puedo parar, cierro los ojos y… ¡uf...!

Me quedo callada, sabiendo que necesito complacer una vez más al monstruo este que se

adueña de mi voluntad. Poco a poco voy deslizando mis bragas por mis caderas, descendiendo por mis muslos, por mis pantorrillas, pasando por mis tobillos hasta desprenderme de ellas por completo. Cierro los ojos y ya noto «su mano», posándose entre mis humedades. Siento como su lengua recorre todo mi sexo y me convierte en lava volcánica que va a explotar al tiempo que oigo sus profundos jadeos. Abro los ojos y regreso a la realidad que me dice que ni su lengua ni su mano están conmigo, pero su resollar sigue excitándome, aun a sabiendas de que nos separan setecientos kilómetros de distancia. Pasa el momento, acaba la pasión y comienza el desconsuelo.

—Lola…

—Qué…

—Te deseo tanto.

—Cállate, por tu culpa estamos así, te odio. —Miento, no puedo odiarle, cada día le quiero más.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé. —Lo sé.

—¿Nos duchamos y te vuelvo a llamar?

—Está bien.

Pasados unos minutos retomamos la llamada. Nuestras conversaciones nocturnas en ocasiones pueden llegar a durar hasta tres horas. A falta de tenerle a mi lado, me conformo con escucharle. Ya tengo casi la certeza de que esta historia no va a acabar, al menos por su marcha.

«Ruega que por nada».

Como puedo, voy pasando los días, entre idas y venidas de mis hijas, encuentros y charlas con mi abogado del diablo particular, Olga, alguna comida con Manolo y su esposa e infinidad de llamadas y mensajes incesantes, que me recuerdan que ese hombre no piensa en nadie más que en mí. También mis sueños de bañera inmersa en los Alpes acompañan mi soledad, cada vez que me sumerjo en ella y el «enamorado» acude siempre a acompañarme. Ya tiene rostro fijo, incluso voz, y el sexo pegado al teléfono mantiene viva nuestra llama hasta que podamos estar juntos.

Hoy es viernes, han pasado cuatro semanas desde su marcha y me siento desinflada. No llega el momento de su visita y cada día que pasa me voy impacientando más. El miércoles me dijo que este fin de semana tampoco podría venir a verme. No sé, qué cojones hay que poner al día en ese lugar en el que por lo visto desde *1800* está todo sin ordenar, y eso que la empresa data de *1972*. Es inexplicable tanto trabajo.

Esta mañana he desayunado con Olga, está desesperada. Ha vuelto a ver a Felipe, a pesar de que las cosas no van bien en casa. Él se ha emperrado —enamorado— y ella se siente abatida. Por fin he decidido hurgar y averiguar qué es lo que pasa en su casa, después de que me plantee la posibilidad de venirse unos días a la mía.

—Olga, huir no es la solución.

—De momento, sí.

—Y luego, ¿qué…?

—Pues…, luego ya veré…, no soporto más la pasividad de uno y la desesperación del otro.

—Olga, ¿qué pasa en casa? ¿En tu matrimonio? Sé que me ocultas algo. ¿Hay algo demasiado grave que no me quieres contar?

—No, todo sigue como siempre. Es solo que voy tocando fondo.

—Ya… —No me ha convencido.

—Felipe no quiere perderme, de eso estoy segura.

—¿Y tú? ¿Estás dispuesta a perderte? Porque no quiero repetirte que estás perdiendo tu vida.

—Siempre tienes que hacer la pregunta inoportuna.

—Pues da la respuesta oportuna.

—Ya sabes la respuesta, no sigas tocándome los cojones —protesta.

—Pues nada, cambiemos de tema. ¿Cómo lleva la niña el nuevo curso?

—La niña…, afectada.

—¡Joder! —Eso me molesta.

—No quiero hacerle daño a Paco, y él es el culpable de todo. —Confiesa.

—¡Olga, eres terrible!

—Lo sé, y no creas que no me odio por no tener valor de enfrentarme a esto.

—Ya. —La miro fijamente.

—Deja de mirarme.

—Dejo de mirarte. —Enfoco mis ojos en el techo.

—Lola, yo no me casé para separarme. Encontré un hombre trabajador, que no sale de fiesta con los amigotes. ¿Sabes el daño que le haría a mis padres?

—No sale de fiesta ni contigo. Lo de que no te es infiel… sin comentarios.

—Ya, ninguna mujer sería amante de alguien que no sabe que existe un clítoris y que los besos con lengua no solo se dan en la boca.

—Lo de tus padres me parece obsoleto. Es tu vida. ¿Por qué no empiezas a pensar en ti?

—No me educaron demasiado para eso.

—Ni a mí para ser abandonada, y tuve que aprender. Abre los ojos, Olga, la vida pasa.

—¿Debería irme con Felipe?

—¡Nooo!, deberías hacer lo que te haga feliz. No solo en la cama, en tu vida, Olga. —La he dejado un poco K.O.

—Necesito empezar a plantearme algunas cosas, lo sé.

—Tengo que irme. Si quieres que sigamos con esto llámame. Estoy todo el fin de semana disponible. Sara no regresa hasta el martes, así que si me necesitas…

—Esta noche duermo en tu casa —me dice con discreción.

—Así, sin pensarlo…, ¿le abandonas?

—No…, es que he quedado.

Como de costumbre Olga me utiliza como tapadera para quedar con su amante, y yo no puedo más que protegerla para que al menos por unas horas sea feliz.

Es casi medio día y he recordado que le dije a Montse que pasaría a recoger las nóminas. Sin demorarme me dirijo a la oficina con la esperanza de que Manolo no se haya marchado todavía, hoy he cambiado de bolso y me dejé las llaves en el otro. Aligerando el paso camino por la acera pensando en la conversación con mi amiga, y sintiendo un poco de remordimiento como tantas veces en las que al acabar tengo la sensación de que no he empatizado lo suficiente con ella. Ser amiga de esas que te pasan la manita por el hombro nunca fue nuestra especialidad.

Ya casi llegando, acabo de pasar por al lado de un coche igualito al de Javier y siento un poco de morriña; es lógico, me recuerda a él… De repente veo colgado en su retrovisor interior, un pequeño león de peluche, igualito al que lleva Javier simbolizando su tierra. Necesito mirar más y comprobar la matrícula. Y…, no puede ser verdad…

«Lola, ¿pueden existir dos coches iguales, del mismo color, con la misma numeración de matrícula, y con el mismo peluche, en un mismo lugar?».

No…, imposible.

Con mi corazón descontrolado, echo a correr subiendo las escaleras de dos en dos. Al llegar arriba, a través del cristal de la puerta del despacho de Manolo, diviso la espalda más linda que

humano pueda contemplar. Su espalda, esa espalda mía, y a Manolo de frente haciéndole un gesto con el fin de avisarle de mi presencia.

«Debes estar soñando, Lola.

»¡Y un cuerno!

Tras la señal de Manolo se gira, y al verme, me lanza una de sus mejores sonrisas, mientras yo sigo caminando hacia él, sabiendo que no voy a despertar, por mucho que mi diabla interior quiera amargarme este fabuloso e inesperado momento. Al llegar a su encuentro solo un reproche sale de mi boca.

—¿Por qué me mentiste?

—Me volvía loco la idea de sorprenderte, y no me arrepiento.

Ya no necesitamos palabras; es suficiente fundir nuestros cuerpos en un abrazo, que tan solo Manolo es capaz de interrumpir.

—Fuera de aquí, los dos, venga, no quiero ver más tangas por encima de las mesas… Fuera.

En mi despacho repetimos arrumacos discretos, sabiendo que Manolo está cerca. Pronto recojo todo el papeleo y nos marchamos a casa con la intención de *«arrumaquearnos»* todo lo permitido…, y lo no permitido también.

Al rebasar la puerta, retomamos momentos.

—¿Las niñas se han ido ya? —pregunta.

—Sí, al final no regresan hasta el martes.

—¿Estamos solos todo el fin de semana?

—Solitos todo el fin de semana. ¿Dónde quieres dormir? —Sonrío sin dejar de besarle.

—¿En el sofá?

—Me he comprado una cama de metro cincuenta.

—¿Qué me dices? Me encantan las camas de metro cincuenta. —Los besos no acaban.

—¿Tienes hambre?

—¡Estoy que *mueeerdo*...! —Se recrea en esa palabra haciendo que ya quiera sentir sus dientes en mi piel.

—Comida…, me refería a comida.

—Un poco sí, ¿te apetece salir?

—No, tú estarás cansado, y yo prefiero que piquemos algo del frigorífico y pasemos la tarde encerrados. Te dejo que me hagas lo que quieras. —Ya estoy a mil solo con su presencia.

—No sabes lo que acabas de decir. Vengo como para destrozarte. —Me aprieta agarrando mis nalgas y presionando paquete—. Si es posible, primero necesito una ducha.

—Claro, te sacaré una toalla y entre tanto prepararé algo de comida fría.

—¡¿Qué dices?! —Aprieta más mis posaderas—. No quiero algo frío, necesito algo muy caliente que me frote la espalda.

—Puedo meter la esponja en el microondas.

—¡Te vas a enterar…! ¡loba!. —Me da un azote en el trasero y nos dirigimos al baño—. Por cierto, no tengo preservativos.

—¡Vaya! ¡Una pena…! Habrá que hacerlo de verdad. —Le miro sedienta.

Me desnuda, le desnudo, e intento encontrar el punto de temperatura del agua, sintiendo como sus labios no dejan de degustar mi espalda. Los chorros del agua comienzan a caer por mi cuerpo, convenciéndome de que cierre mis ojos para ausentarme de la vida y disfrutar de este real sueño. De frente a los azulejos apoyo mis brazos en la pared, y ya percibo el deslizar de esas manos impregnadas de jabón por toda mi piel. Cada vello despierta, cada poro transpira, cada aliento mío alimenta su sed.

De nuevo he gritado como una loba, y afincada a su cuerpo, rodeándole con las piernas al final de este salvaje momento, una vez más siento que muero de puro placer.

—Te he echado muchísimo de menos —confiesa.

Todavía me sigo sorprendiendo al escuchar estas palabras suyas capaces de provocar un nuevo tsunami dentro de mi cuerpo, y consiguiendo que mis mariquitas le pidan más.

—Necesito hacerte el amor una y otra vez…, la distancia me está consumiendo —confieso.

—No me lo digas, Lola…, no puedo solucionarlo ahora mismo.

En este momento intento reafirmarme en que esto no acabará jamás.

En la comida una conversación poco habitual.

—¿Desde cuándo no lo hacías sin preservativo?

—Desde el día que nos despedimos. —Bromeo.

—Si me llegas a decir menos te mato.

—¡Ja, ja, ja! Desde mis veinte años. Puede que alguna vez más de esas que el padre de mis hijas decía que por una no pasaba nada. Menos mal que no pasó. ¿Y tú?

—Cinco o seis meses antes de separarme…, hace ya un trecho también.

—¿Y esos cinco meses?

—Ya no existía el sexo.

—¿Y nunca con ninguna mujer?

—¡Noo! ni loco, yo soy muy precavido, a mí las enfermedades sexuales me infunden un poquitín de miedo. Tengo misofobia y nunca he tenido pareja desde que me separé. Por lo tanto, siempre con…

—¿Qué es eso?

—Resumiendo, miedo a los gérmenes. Lo mío es solo en cuestión de sexo, mi cama, y cosas muy personales. No es nada como para alarmarse, aunque sí reconozco que esas manías me condicionan un poco.

—¿Por eso no metías a nadie en tu cama?

—Por eso y porque nadie era importante. Si alguien es importante te da igual contagiarte o morir de cualquier modo…, pero a tu lado.

«Pero a tu lado.

»¿Lo has pillado?

»Pillado y «*morida de gustaco*».

Me besa, y… ¡¡Me lo como…, es que me lo como enterito!!

—¿Siempre llevas o llevabas uno encima?

—Siempre. Y ya sé que tú no. Eso no me gustó nada.

—¿Solo uno?

—No.

—¿Los sigues llevando? —Pregunto temerosa.

—Nooo —recalca.

—Y si los llevases no me lo dirías.

—¿Quieres discutir?

—No.

—Pues deja las tonterías a un lado.

—Vale. —Callo.

—Soy un hombre fiel, no me planteo acostarme con otra.

—A veces surge…

—Las cosas no surgen, se buscan, y si se encuentran sin buscarlas se evitan. No tengas miedo,

Lola. —Una mirada penetra en mis pupilas convenciéndome de que me ama y no tengo nada que temer.

—Lo siento…, mis traumas unidos a la separación van a acabar conmigo.

—¿Quieres que te cuente lo de la boda?

Pronto cambiamos de tema de conversación y hablamos del próximo evento, ese al que estoy invitada y al que todavía no sé si asistiré. También ese enlace, es en parte culpable de nuestra separación; de no ser por él, tal vez Javier se habría planteado una excedencia y yo no estaría aquí tan lejos llorando su ausencia. Aunque a él le veo muy entusiasmado contando los detalles hasta que sale a relucir la madre de la novia. Por lo visto ejerce demasiado de madre inquisidora que quiere opacar los gustos de su propia hija, no respetando ni ese día tan señalado.

—Bueno, las madres somos así. —Me siento identificada y la justifico.

—No. Te aseguro que ella no es así. Ella es como es... Única y detestable.

—Es su madre.

—¿Tú de qué parte estás?

Me resigno y guardo silencio, no le gusta que la defienda. Acaba de informarme de que tendré que comprar siete prendas de vestir y me quedo asombrada. Al parecer, más que una boda va a ser un cúmulo de sucesivos eventos.

—¿Siete?

—Siete, esto será peor que las fiestas de mi pueblo, con programa impreso incluido. Se les va la olla a la tía y a la sobrina. Te cuento, el jueves comenzará todo con una comida presentación para que los invitados confraternicen, algunos no conocen a mi hija y otros no conocen a Rosana. Por la noche, una gran despedida de solteras a la que acudiremos todos. El viernes han sido generosas y nos lo dan libre para descansar del ajetreado jueves. Por fin llegará el gran día y a la una de la tarde del sábado se darán el sí quiero, con su correspondiente comida y posterior fiesta hasta que los cuerpos aguanten. Y el domingo cada uno a su casa.

No dejo de prestar atención. Me cuenta que el abuelo de Rosana es un magnate de las finanzas en Canadá. Millonario y con poquísima relación con la nieta, debido a que, al fallecer la madre, el padre y la niña regresaron a Madrid. Por ello ha querido ser espléndido con ella. La joven envió la invitación por pura cortesía y compromiso, no imaginando que el abuelo insistiese en asistir a la boda y despilfarrar lo inimaginable, ya que según Javier habrá pocos invitados, pero no se recortará en gastos. Por lo visto, los padres de Rosana nunca llegaron a casarse en contra de la voluntad del viejo, y eso es lo que le ha suscitado las ganas de venir. Disfrutar de la boda de su única nieta, ya que no pudo hacerlo con la de la hija. Al parecer todos los descendientes del hombre son varones. Algunos de ellos también acudirán al festín.

—Dime, ¿vas a acompañar al padre de la novia a dicho despilfarro? No hay horario de salida del hotel. Podemos olvidarnos de la boda y retorcernos en pelotas, creo que las camas son de dos por dos, eso da para mucho.

—Creo haber contado tres eventos, la comida, la despedida, y la boda, ¿por qué siete vestidos?

—¿Te preocupan más los vestidos que la cama? Mal vamos. No dije siete vestidos, dije siete prendas de vestir. Tres vestidos y cuatro combinaciones para el padre de la novia. Es un requisito que he puesto yo. —Me guiña el ojo—. Bueno, si quieres solo tres, el domingo ya hemos dicho que lo pasaremos desnudos.

—¿Con tanta fiesta va a resistirte el cuerpo? ¿O empezaré ahí a conocer tus gatillazos?

Y me da risa, esa risa que no puedes controlar y que contagia a tu acompañante haciendo que disfrutéis juntos de esas bromas.

—Algún día, muy muy muy lejano, tendré que recurrir a la pastillita azul, y entonces me

vengaré de esto tirándolas a la basura…, ¡demonio…!, ¡que eres un demonio…!

Me encanta compartir risotadas de estas que te dejan dolor en el vientre y una felicidad abrumadora.

—¿Qué me dices de la boda?

—Estará toda tu familia, y tu ex,

—Es lo que tienen las bodas, que suele ir la familia y, por desgracia para mí, la madre de la novia. —Me sonríe.

—Lo hablaremos.

De nuevo ha llegado el domingo y de nuevo otra dolorosa despedida. Esta, mucho menos dramática y de seguro con mejor recuperación. Contemplando el coche alejándose por la calzada, me encaro a mi Lola diabla, restregándole en su propia cara la visita de Javier.

«¿Ves como ha venido y no me ha abandonado?

»Dale tiempo.

»¡A la mierda! ¡Joder!

Haré oídos sordos a eso. Mi moral está completamente subida, teniendo la certeza de que un nuevo encuentro se repetirá, y otro, y muchos más. Y si alguna vez se acaba, me moriré seguro, pero tendré la certeza de que, «al menos», nunca me engañó y que todo lo que me ha dicho es sincero.

De nuevo odio el «al menos». No sé por qué tengo que utilizarlo. Lo elimino: «Pero tendré la certeza de que nunca me engañó». No sé, qué pintaba ese «al menos» ahí. A veces creo que me gusta torturarme.

Capítulo 14

Dos semanas hace ya de su marcha, hemos vuelto de nuevo a las llamadas, a las pantallas de ordenador, a las noches de pasión en la distancia y a los mensajes calenturientos que me obligan a cometer locuras que ni yo misma me creo. Como la de ayer, cuando estaba haciendo la compra. Al acercarme a la caja en el lineal había un expositor de preservativos y mirando pensé: «Tú ya no necesitas esto». No pude controlarme. La necesidad de llamarle en ocasiones es tan inminente que no importa el lugar ni la hora; simplemente llamo. Y así lo hice.

Lola Loba 17:12: ¿A qué hora me llamarás?

Mi Javier 17:14: Acabo de llegar a casa. He estado comprando unas cosas. Puedo hacerlo cuando quieras.

Lola Loba 17:15: Yo, ahora mismo, en el súper, el cajero está de muerte, no sé si llevármelo a la bañera…

Mi Javier 17:16: Sal de ahí ahora mismo.

Lola Loba 17:17: Te dejo, me toca en la caja.

Suena mi teléfono…, sorpresa…, Javier…

—¿Sí? ¿Dígame? —Me hago la despistada.

—Lolita…, no juegues con fuego…, dime que el cajero es rubia y tiene una noventa de sujetador.

—Lo siento, voy a pagar, no te puedo atender en este momento.

Cuelgo, con mis mariquitas revolcándose a carcajadas y yo conteniendo las mías. Javier tiene razón, ya estoy pagando y la cajera es rubia, aunque no le he preguntado su talla de sujetador. Al salir meto la compra en el maletero y cojo mi teléfono para llamarle. Él ya lo ha hecho tres veces.

—Hola…, ¿querías algo?

—¡Eres una bruja…!

—Te gusta esta bruja…

—Me vuelves loco. Sobre todo, cuando te huelo…, como ahora.

—¿A qué hueles?

—A bruja calentita.

—Tengo un ansia por morderte que me muero.

Me encantan estos juegos y me excitan muchísimo. No es la primera vez que, hablando con él, arrincono mi coche en cualquier recoveco para desahogarnos por no poder controlar el calentón. Mi vida sexual en algo más de medio año, ha pasado de ser inexistente a ser abundante y variada. Gracias a él, que es quien me hace arder.

Hoy toca reunión de mujeres. Olga come en casa, además de mis hijas que tienen unos días libres y, por supuesto, tía Juana nos acompaña. A solas, mi amiga me cuenta sus planes de seguir viendo a Felipe y no dejar a Paco. Esto será algo momentáneo, según dice, ya ha decidido abandonarle; solo necesita tiempo para preparar a sus padres. No sé si acabar de creerlo y, con mucho esfuerzo, dejo encerrada a mi diabla en la mazmorra y me porto como amiguita de palmadita en el hombro. Me cuesta horrores; esto no va conmigo.

Hacía tiempo que no se juntaban casi todas las mujeres de mi vida en el salón de casa. Lamentablemente faltan dos muy importantes, mi suegra, a la que adoro, y que nunca viene porque ya nos encargamos nosotras de visitarla, y mi madre.

Mamá ya no viene nunca tampoco. Echo mucho de menos a mamá, la he echado de menos

cuando me he sentido mal por las diferentes piedras que han entorpecido el transcurso de mi vida, pero también la echo mucho de menos cuando soy feliz. Me encantaría que nos viese en estos momentos, escuchando a Patri y Sara contar sus nuevos proyectos, los viajes que se les avecinan, lo enamorada que está Patri de Jorge, a pesar de la distancia, y cómo avanza la carrera de Sara hacia la fama. Se entusiasmaría al ver lo feliz que es su hermana, a pesar de haber perdido al hombre de su vida, y estaría orgullosa de ver cómo ha afrontado su nueva existencia con entusiasmo y optimismo.

Le dolería muchísimo lo que vive Olga, a la que conocía desde niña, aunque seguro que ella también pensaría que una mujer que tiene un amante es una golfa. La educación de nuestras madres les impedía ver más allá de lo que te permite una cultura patriarcal. Estoy segura de que se sentiría orgullosa de mí. Esa misma educación patriarcal la obligaría a pensar: «Mi hija sola sacando adelante dos niñas, sin el respaldo de un hombre». Claro, que el respaldo que yo tenía ni era respaldo, ni se le podía llamar hombre.

Me encantaría contarle que me he enamorado, y que soy correspondida. Que he estado rota en multitud de ocasiones y que ahora alguien me ha dado un motivo para recomponerme. Que he conocido el amor de verdad, ese que te impide respirar cuando te da aliento, que no te deja dormir para envolverte en sueños, que quita el apetito y te alimenta de deseos. Me gustaría tanto coger su mano, acariciar su rostro, tocar su pelo, y decirle: se llama Javier, mamá.

«Te echo tanto de menos, mamá».

Amanece un nuevo día y la historia de Olga de nuevo cambia. Después de una monumental bronca con Paco, junto a su pequeña ha decidido venirse a casa. El guion de esta historia va cambiando a cada momento. La niña está muy afectada, ella destrozada, y yo he decidido que no vamos a hablar del tema. Necesitan descansar y ya habrá momento para charlas. Les cedo mi cama para que duerman juntas y me instalo en la habitación de Sara. Arropándome, suena el teléfono.

—Hola.

—Hola, Loba. ¿Qué haces?

—Metiéndome en la cama y esperando a que llamases. ¿Qué tal el día?

—No es lo que peor llevo. Las noches me superan. ¿Y tú?

—Bueno…, regular, tengo inquilinas en casa.

—¿Las niñas?

—No, Olga, ha tenido una fuerte discusión en casa y se ha venido con su hija.

—Algo grave debe haber sido para que se marche.

—Eso parece, dice que solo será unos días, y no la iba a dejar sola.

—Claro, lo entiendo.

—¿Cómo estás tú?

—¿Yo? Bien. Muy bien. Diría que muy muy bien… ¿Quieres la sorpresa ahora o el viernes cuando me veas?

—¿El viernes? ¿Ya? ¿Tan pronto? —Loca de contenta me acabo de poner.

—¡Ja, ja, ja!, ¿tan pronto? Para mí ha sido una eternidad…, voy lo antes que puedo mi vida.

Se me derrite el alma cada vez que escucho cosas como esta.

—Para mí también, pero esperaba que pasasen otras cuatro semanas por lo menos.

—No, no va a pasar tanto tiempo. Ya tengo todo organizado para poder escaparme más a menudo.

—¡Qué bien! —La noticia me hace feliz.

—¿Estás ya en la cama?

—Sí, ella estaba cansada y con la niña no íbamos a hablar. Me he tumbado a esperarte.

—Te echo mucho de menos, el viernes tómatelo libre, llegaré pronto.

—A sus órdenes…, jefe. Te esperaré en casa.

—¡Je, je…!, Lola…

—Dime…

—¿Ropa interior?

Una llama se apoderaba de mis pechos y me muero por iniciar de nuevo el sendero del placer guiada por sus palabras; por desgracia, hoy habrá que recurrir a la contención.

—No estoy sola.

—Mujer, puedes ser un poco discreta y silenciosa.

—¿Silenciosa? —Con él es imposible.

—¡Mmm…! Me muero por escucharte… —La sensualidad llega a mi oído.

—¡Javier…!

—Un *poquitito*…

—Cállate, que no puedo. —Susurro para que ni Olga ni la niña me oigan

—Métete debajo de la sábana…

—¡Joder…! ¡que te calles…!

—¡Madre mía…!, el viernes…, no te voy a dejar respirar…

—No sigas…, voy a colgar.

—Imagina cómo estoy ahora, pensando en ti.

—¡Ostras! Que te calles o cuelgo. —Me voy a enfadar.

—Lola… —susurra.

A la porra, he decidido colgar. Cachonda como una mula me ha dejado, pero no quiero hacer esto teniendo gente en casa. Ahora me volverá a llamar…

«Pues no llama…

»¡Mierda! No puedo creer que se haya enfadado.

»Ponle un mensaje…

»Mejor le llamo…

»Y él, ¿por qué no llama?.

Recurro al mensaje.

Lola loba 23:15: ¿Te has enfadado?

Mi Javier 23:15: Sí.

Lola loba 23:16: No me lo puedo creer.

Mi Javier 23:16: Bueno…

Lola loba 23:16: Te he dicho que lo dejases, que no estaba sola.

Mi Javier 23:17: Anularemos lo del viernes.

Lola loba 23:17: No hablas en serio.

Mi Javier 23:18: El viernes lo comprobarás.

Lola loba 23:18: ¡No me jodas!, no puedes hacer eso.

Mi Javier 23:19: Poder, puedo.

No sé si seguir con este debate que me está dejando loca. No puede anular un viaje solo porque yo haya decidido ser sensata ante una situación un tanto embarazosa. ¿Dónde está el Javier comprensivo que a veces hace acto de presencia? Al final voy a acabar enfadada y el fin de semana se irá a la mierda. Ahora mismo le llamo y le canto las cuarenta.

«Lola, ¿esas cuarenta que siempre se quedan en cero menos media?».

Le llamo, y al descolgar se queda callado. En estos momentos de tanto silencio, dudo si es

mejor hablar o volver a colgar.

—¿Estás ahí? —hablo.

—No, ha descolgado el teléfono el gato…, ese que no tengo.

Odio que me vacile de ese modo cuando estamos enfadados.

—No puedes hablar en serio y anular el viaje.

—¡Ah, ¿no?! ¿Y eso por qué?

—Porque no tiene sentido.

—Perdí el sentido cuando me enamoré de ti… ¡Lobaaa…, que me tienes locooo!

¡Lo mato…! ¡Un día lo mato!

—¡Eres un capullo!

Oigo risas e imagino su cara.

—Este capullo el viernes te va a dejar seca.

—¿El viernes? El viernes te mataré…, y luego te follaré, pero te aseguro que primero te mato. Me has asustado.

—¿Ahora le das a la necrofilia?

—No, le doy a los borricos como tú. ¿Se puede saber a qué ha venido todo esto?

—Tenía que bajar el calentón, cariño.

—¿A mi costa?

—Tú eres la principal culpable.

Me quedo callada. Mi Lola diablesa tenía razón, ni cuarenta, ni menos media.

—Eres…

—Lola, el fin de semana, ¿estará Olga en casa?

—No lo sé. No quiero presionarla. Ahora me necesita.

—Bueno, pues deberías ir diciéndole que tú, gritas…

Es un mamón…, mi mamón…, mi encantador mamón…, mi único y deseado encantador mamón… Y yo su presa, porque de veras que lo intento, pero no consigo ni cantarle las cuarenta, ni nada; me tiene rendida a sus pies.

Ha llegado el ansiado viernes. Olga decidió anoche, tras una larga conversación telefónica con Paco, que hoy regresaría a casa. No creo que se vayan a solucionar las cosas, Paco es muy neandertal, y ella…, mañana volverá a ver a Felipe, así que tengo la sensación de que estos días en casa no han servido de mucho.

A las seis de la mañana me ha despertado la campanilla que me avisa de los chats, mi deseado trofeo salía y me lo hacía saber de una forma un tanto sutil.

Mi Javier 06:03: Vete preparando la bañera, en cinco horas estaré ahí.

Lola loba 06:03: Sabroso despertar, te esperaré metida en ella.

Tras cinco eternas horas, asomada a la ventana y con una única prenda cubriendo mi cuerpo, le veo llegar.

Esto me recuerda a cuando era niña y papá llegaba de uno de sus viajes. Era chofer de una empresa de turismo y viajaba mucho por toda Europa; sus vueltas a casa eran toda una celebración. Resulta paradójico que, tantos años conduciendo un vehículo de esas dimensiones, por diferentes países, y muriese a manos de un utilitario y en una carretera comarcal. La vida a veces creo que nos vacila haciéndonos vivir situaciones que en cualquier película nos harían exclamar un «venga ya, eso nunca pasa». Pues sí, pasa. El día que fallecieron mis padres había niebla, y papá se confió pensando que sus años de experiencia y conocer la calzada eran suficientes para conducir a cierta velocidad, no previniendo que el otro conductor no iría tan rápido. Acabó empotrado detrás del otro vehículo. Tanto él como mi madre iban sin cinturón de

seguridad y ese fue el motivo de sus muertes. Si la prevención no se hubiese quedado en casa olvidada, el cinturón hubiese amortiguado el golpe de ambos. Es lo que dijeron los atestados, y nunca sabré si de haberlo llevado hubiesen sobrevivido. Tantas ocasiones en que me echaron en cara no haber utilizado precaución y haber evitado así mi primer embarazo…, yo jamás pude echarles en cara a ellos esa falta de prevención, no me dieron la oportunidad. Ambos fallecieron en el acto. Llegué incluso a reprocharles el haberse marchado sin avisar, y juntos, dejándome sola.

Cuando alguien querido desaparece de tu vida, crees que es culpa suya y el dolor y la rabia te hacen descargar contra ellos. Eso ocurre en esa etapa que los expertos llaman negación. No quieres ver que han fallecido, y te quieres convencer de que te han abandonado, quizá porque el subconsciente espera que vuelvan. Luego pasan los días, las semanas, y te das cuenta de que no puedes llamarles ni escribirles ni tan siquiera buscarlos, y que, por mucho que les odies, nunca se lo vas a poder decir porque no van a volver. Es ahí cuando admites la dura realidad. Nadie te abandonó, la vida te los arrebató. Y con la vida no te puedes enfadar, porque ella siempre gana. A posteriori, pasas a la fase de aceptación y asimilas que esa dura realidad va a formar parte de tu vida hasta el fin de tus días.

Suena el timbre y tengo que apartar ese recuerdo de mi cabeza; no les borro de mi vida ni un solo día, pero ahora necesito estar con el hombre que me quita el aliento. Abro y aparece. Al verme con el albornoz suelta la maleta, sus ojos se iluminan y él mismo se encarga de cerrar la puerta.

—Eres una bruja encantadoramente malvada. Ven aquí…

Abre el albornoz y sus manos se adentran recorriendo toda mi espalda a la vez que poco a poco me va dirigiendo hacia el dormitorio. Como en un baile, me dejo llevar al compás de sus pasos. Me despoja del albornoz y la sensación de frío se instala en mis carnes.

—Como echaba de menos la suavidad de tu piel…

—No mientas tengo la piel de gallina, estoy helada.

Me mira frunciendo las cejas y sonríe.

—No te preocupes, gallinita, te voy a hacer entrar en calor y vas a sudar como una cerdita.

Su pantalón ya se percibe hinchado y mi universo de nuevo flota entre sus manos, para hacerme sentir que solo hay un Dios que se apodera de mi ser.

Ha pasado el frío, y ha cumplido su promesa haciéndome sudar como una cerda. Tanto que al acabar hemos llenado la bañera y ahí, una relajada charla.

—Sara se va a París. ¡Me da mucho miedo! Esto va demasiado rápido. —Intento contarle mis penas.

—Ese mundo es el que hace felices a tus hijas.

—Lo sé y eso me consuela. Saber que ellas son felices y están juntas.

—¿Cómo va lo de Olga? —pregunta.

—Mal…, la veo agotada, necesita tomar una decisión.

—No es nada fácil, si te refieres a separarse.

—Imagino que no debe serlo —admito.

—¿Demasiado conservadora? ¿Por eso no se decide?

—No la educaron para tener un amante y lo tiene, a veces pienso que eso son excusas. Lo que sucede es que siempre piensa más en los demás que en sí misma. Le duele hacerle daño a quien se lo hace a ella. Yo me vengaría.

—Me acojonas…

Reímos y él sigue hablando.

—Las separaciones siempre son dolorosas, ella tendrá miedo. Cuando te acostumbras a vivir tantos años con una persona, sientes que al separarte te quedas desnudo ante el mundo. Pierdes algo que ha formado parte de ti, algo que se suponía que era tu otra mitad. Luego va pasando el tiempo y te das cuenta que ha sido una buena decisión, a pesar de haberte costado demasiado tiempo y quebraderos de cabeza hasta tomarla. Yo era un crío cuando me fui a vivir con Marisa, no había tenido otra novia, y era como si me separase de mi propia vida. Entiendo a Olga.

—Pero te pudo el sufrimiento.

—Sí, así es. No obstante, creo que mi situación era diferente, con Marisa había una tortura constante, batalla tras batalla. Olga vive con un pasivo que ni pone ni quita. Eso siempre es diferente, no hay peleas ni gritos, es silencioso, aunque es cierto que puede ser más dañino; si no lo ves es como si no existiese y no buscas remedio, a pesar de que está ahí, y no deja de hacer daño.

—Pareces mi psicólogo, siempre encontrando las palabras adecuadas.

—¿Cuánto tiempo fuiste a terapia?

—Poco, unos meses. Iba a menudo, él sabía lo que hacía y yo me dejaba ayudar.

—Parece que te dejó huella.

¡Mecc! ¿Celoso?

—Si alguien te ayuda a salir de un pozo, claro que deja huella.

—¿Le echas de menos?

—¿Estás poniéndote celoso?

—No, esa palabra no entra en mi vida. Sí me doy cuenta de que lo mencionas en más de una ocasión. Aquel día no dijiste voy a follarme a cualquiera, dijiste «me follaré al psicólogo».

—Eso no fue así y lo sabes, estaba muy enfadada. —Me giro y le como la boca saboreando su lengua—. Yo solo quiero acostarme con este ejemplar que es el único al que meto en mi bañera.

Después de ese extenso baño, hemos decidido comer fuera. Vamos a un lugar que acaban de inaugurar y del que me han hablado muy bien, entre otros Carlota, mi vecina. Ya me han avisado de que los precios son un tanto elevados, pero para una ocasión como esta, en que mi monumento privado viene a verme, no hay que escatimar. Hoy invito yo. Hemos pedido una tabla de mariscos y una botella de vino blanco, recomendación de la casa. El lugar, exquisito, las mesas adornadas con farolillos y tarritos de cristal con arenas de colores. Unos biombos separan las mesas procurando intimidad entre cada grupo de comensales y la música de un saxofón entona melodías de los años ochenta. ¿Puede haber un panorama más romántico? Cuando llegue la factura me cagaré en sus muertos, ahora levitando.

—Lo que hemos pedido es afrodisíaco… ¿Lo sabes? —me dice sonriendo.

—Claro que lo sé, y sé que tan solo es un mito, todo está en la mente. —Estoy convencida de ello.

—Pues a mí ya me está haciendo efecto, y ni han servido.

Acaba de meter su pie entre mis muslos.

—No hace ni un par de horas.

—Ya ni me acuerdo de eso. ¿Sabes cómo son los baños de aquí? —Esa pregunta ya es una completa intención.

—No, no lo sé.

—No hay mucha gente comiendo, no habrá colas para entrar al servicio.

—Sabes que es una locura, este es un sitio fino. —Ya empiezo a notar cambios en mi ropa interior.

Saca su pie de donde lo tenía, se levanta, deja la servilleta encima de la mesa, sus pupilas me

salpican pedacitos de fuego y acercándose a mi oído me susurra.

—Voy delante.

Y ese susurro ha sido una orden, una consigna, una súplica, un deseo, un anhelo, un querer, un sueño…

«Imposible negarte».

Tengo que reconocer que la recomendación fue muy buena. Los baños… espectaculares. También hemos disfrutado de la exquisita comida, y no voy a mencionar la numeración de la cuenta porque sería vulgar y ordinario.

«¡Me *recago* en sus muertos!».

Tras un paseo regresamos a casa, quiero disfrutar al máximo de estas horas porque en cuanto me descuide será domingo.

Parece mentira, llegó el domingo y Javier se fue. Da la sensación de que hace dos minutos estábamos en el baño del restaurante restregándonos y el tiempo haya dado un salto. Es injusto que lo bueno pase tan rápido, y lo malo, que son los días hasta su regreso, sean tan eternos. Con la de adelantos que crea la ciencia y nadie inventa el teletransporte. Otra vez volveremos a las videoconferencias y a las llamadas, a mi soledad pegada a un teléfono y a mis ojos pegados al calendario.

Olga come hoy en casa. De nuevo me cuenta cómo está su historia y, como preveía, sin novedad. Alega necesitar tiempo, y yo que he decidido ser comprensiva con ella la he apoyado, a pesar de que, en verdad, le daría dos bofetones y la acompañaría a su casa a por sus cosas. Vuelvo a ser amiguita de palmadita en el hombro por unos días más y me porto bien.

—¿Cómo llevas de nuevo su marcha? —me pregunta.

—Otra vez sola y de nuevo a esperar. No te puedes hacer una idea de lo mal que lo llevo las primeras horas, luego entre llamadas y mensajes lo voy asimilando, pero el principio es horrible.

—¡Madre mía, Lola!, ¡cómo te has enamorado…!, y él de ti. No sabes cómo me alegro de haberme equivocado en mi pronóstico.

—Tengo un miedo que ni te imaginas, aunque no se lo diga a él, lo tengo, y no poco. Cualquier día me lo enganchan por allí, se olvida de mí, y me muero, te juro que ese día me muero.

—Él no parece pensar en eso, Lola, le tienes muy enamorado.

—Yo no dejo de tener miedo.

—Te quiere llevar a la boda de su hija y tú estás pensando en que se va a fijar en otra. Olvida ya esas tonterías. En poco tiempo te pide matrimonio y la que te pierde soy yo. Porque lo de ir a visitarte a León lo tengo crudo.

—Con Felipe sería mucho más sencillo. —No he podido resistirme.

—Tenías que soltarlo.

—Me lo has puesto a huevo, no te enfades, además eso nunca va a pasar. Yo no me voy a ir a León.

—¡Ah, ¿no?! ¿En serio piensas que vais a estar así toda la vida, viajecito va, viajecito viene? Algún día te pedirá vivir juntos, y tú aceptarás. Dime que no lo has imaginado.

—No lo hará, él no puede dejar su trabajo ni yo el mío.

—Lo has imaginado… —Lo sabe igual que yo.

—Sí, lo he imaginado, pesada, y solo es eso, una imaginación.

—Eso, una imaginación que te mueres porque se haga realidad.

—¡Olguita…! vamos a ser buenas las dos y no meter cizaña.

Capítulo 15

Ha llegado noviembre, y con él esta temperatura otoñal y húmeda que, aunque no sea un frío polar, hace que ya necesite recurrir al calor de una manta cada vez que me cobijo en mi sofá.

Mi relación con Javier ya parece algo estable e irrompible, a pesar de que esta noche va a ser larga y tediosa para mí. Javier tiene una cita con su ex, y aunque ha prometido llamara la vuelta, creo que los segundos van a ser demasiado lentos. Lo cierto es que no entiendo por qué mi cuerpo está tan alterado, de sobra sé que él no quiere ese encuentro y todo se debe a una petición de su hija que, a la postre, asistirá también a esa reunión junto a Rosana. Pero mis mariquitas han experimentado una mutación y de nuevo se convierten en garrapatas para exprimir toda mi sangre y tenerme aquí agonizando, ya que tengo bastante claro que ella no ha superado la separación y desea volver con él, y esa cena me pone a mí en peligro. Porque a veces los encuentros se cruzan con las añoranzas y con los buenos recuerdos y acaban…, ¡uf!

«Lola, despeja». Intranquila no dejo de repetirme esa canción.

Cualquiera en mi lugar estaría como yo; a nadie le gusta que su amor quede con su ex y mucho menos, si encima sabes que la ex sigue loca por él.

Suena el teléfono.

—Hola. ¿Qué haces? Yo, a punto de salir.

«Yo, aquí muerta de miedo por si te lías con ella». No se lo diré.

—Viendo un poco la tele. Hoy hace frío y me he envuelto en una manta, como en mis mejores épocas.

—¡Ja, ja, ja! ¿Te vas a dormir? Si quieres mejor te llamo mañana.

—No. Te esperaré. — Ni hablar, hasta que no llame no voy a pegar ojo.

—No creo que llegue más de las doce, en cuanto acabe la cena me largo.

—Vale, cuidado con el vino —advierto del vino por no advertir de la ex.

—Tranquila, me mantendré sereno para hacerte el amor cuando regrese. Ponte algo que me vuelva loco.

—No te retrases, te estaré esperando ansiosa.

—Te dejo, Lola, vienen a por mí. Luego me mandas un mensaje con las braguitas que has elegido…, deseando volver estoy. Un beso.

Encima me deja cachonda, las bragas viejas de cuello alto me pienso poner. Aquí me quedo con mi manta y con mis garrapatas, esperando que el reloj decida empezar a correr. Intención no le veo mucha.

Necesito tentarle, le enviaré un mensaje con la elección de mis bragas.

Lola loba 22:22: Las brasileñas de encaje granate, esas que te ponen a cien.

Mi Javier 22:38: No me calientes que no quiero dejar a mi hija tirada. En cuanto acabe esto salgo pitando. Y te digo cuatro cositas de las que te gustan.

Al menos volverá pronto, o eso pretende.

Son las doce, ¿debería haber acabado la cena? Estoy impaciente. Si tenía tantas ganas de estar conmigo, ya debería estar de vuelta.

«Está con su hija.

»Sí, y con su ex.

»O tal vez con alguna rubia que se haya tropezado al salir del lugar.

Siempre pienso en rubias, y las morenas también existen. Las estadísticas me dicen que las rubias ponen en peligro mucho más mi relación. Recordemos a la rubia con la que coqueteó

aquel día, aunque él diga que no. Morenas no hay ninguna —seguro que haberlas, haylas—. Por lo tanto, rubias 1 morenas 0. Lo dicho, las rubias ganan por goleada.

»Lola, en ocasiones se te sigue yendo la pinza.

»La culpa es suya por no llamar. ¡¿Dónde coño se ha metido?!

Doce y diez, creo que ya estoy fuera de mí. Le escribo. De momento seré correcta. —Estoy que lanzo navajas.

Lola loba 00:10: ¿Todo bien?

Son más de las doce y media y la rubia y la morena han sido sustituidas por algún contratiempo automovilístico que no quiero ni imaginar. Empiezo a preocuparme porque su última conexión fue conmigo hablando de mis bragas. Es raro que ni tan siquiera haya mirado mi último mensaje.

Lola loba 00:31: Estoy preocupada, solo quiero saber que estás bien.

Lola loba 00:40: Supongo que te has retrasado.

Lola loba 00:50: Sigo preocupada. Dime que no ha pasado nada.

Lola loba 01:00: Me voy a la cama sin saber nada de ti.

Lola Loba 01:02: Dime que no te la estás tirando.

Sin haber pegado ojo todavía, oigo la campanilla del chat. Hace ya un buen rato que dejé el teléfono en la mesilla. A mi recuerdo llega aquella videollamada en la que me decía: «Si estuviera con otra no te llamaría», y eso es lo que ha hecho, no llamar. No quiero mirar el mensaje.

«Estaba con otra…, estaba con otra.

»No pienses que estaba con otra, lee el mensaje.

»¿Qué dirá el mensaje?

»He pinchado…, estaba con una rubia…, estaba con cuatro…

»¡Lola, por Dios!, no te va a decir eso, lee el puto mensaje.

Mi Javier 01:34: Lo siento, se retrasó la cena. Mañana te llamo. Nunca dejaré de quererte.

¿Nunca dejará de quererme? ¿Por qué me dice que nunca dejará de quererme? Qué rara me suena esa frase. Siempre me dice te quiero, nada más. Suena a despedida y para conformarte, «nunca dejaré de quererte».

Me recuerda a Paqui, compañera de trabajo. Su marido, como el mío, también la abandonó e intentaba consolarla diciéndole: «Tú siempre serás la mejor madre, la mejor esposa y la mejor amante», pero ahí te quedas. Pues vaya consuelo, a veces vale la pena ser la peor en todo y que no te dejen tirada. La pobre mujer tardó más de cinco años en superar el abandono y nunca llegó a entenderlo. Con los años hizo suya la frase: «más vale sola que mal acompañada», y aprendió a quererse a sí misma.

«Por ese camino vas Lola.

»No sé cómo deshacerme de la “tipa” esta que tengo metida en los sesos.

Tengo claro que no voy a poder dormir pensando en por qué no ha hecho ninguna alusión a mi último mensaje. Me dice que nunca dejará de quererme y, ¿no me dice que no se la ha tirado?

«¡Madre mía!, que te caes por el precipicio».

De repente el terror se adueña de mí. Ya sabía yo que las garrapatas estaban por algo. Necesito pensar que llegó cansado y se metió en la cama sin ni tan siquiera darse cuenta de ese último mensaje. Quiero llamarle…, la angustia empieza a paralizar mi corazón. Creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad. He de relajarme o al final tendré que llamar al servicio de emergencia.

Está bien…, «respira, profundo, sal al balcón y aplaza la llamada para mañana». Estoy convencida de que no ha sido un simple retraso; en estos momentos parezco una desquiciada y

tampoco estoy para enfrentarme a nada, intentaré dormir.

He pasado las horas casi en vela, algunas cabezadas he dado por agotamiento, y ahora mismo estoy tan nerviosa que creo que necesito un cigarro —nunca he fumado—. Son casi las nueve y al abrir su chat, veo que su última conexión ha sido hace apenas dos minutos. Me escribe.

Mi Javier 09:02: Estaba esperando a verte en línea, no quería despertarte.

Despertarme dice; si no he podido dormir.

Lola Loba 09:02: Ya estoy levantada. Quiero videollamada.

Esto lo acabo de decidir, quiero ver sus ojos cuando me cuente qué sucedió.

Mi Javier 09:03: Está bien, enchufo el portátil.

Aparece en pantalla, no me mira a los ojos, eso es malo, terriblemente malo. Intentaré no adelantarme. Tiene el puño cerrado y apoyado en su boca. Guarda silencio, eso tampoco me gusta en absoluto.

—¿No vas a decirme nada? —Ya no aguanto más.

—Claro, perdona, se complicó mucho la cena, me quedé sin batería y no pude avisarte hasta llegar a casa. Lo siento.

«¿Sin batería? Sin batería no se reciben los mensajes. Y los recibió, sin tic azul, pero había dos, y bien hermosos, o sea, recibidos.

»¡Uy! Qué mala pinta tiene esto.

—Te veo raro.

—No, solo cansado.

—¿Estuviste con ella?

—Con Alba y Rosana, sí.

—Con tu ex.

—¡Ah! Sí claro, en la cena ya lo sabes, íbamos los dos y el padre de Rosana.

—¿Y después?

—Nada.

Y ese nada tan escueto me acaba de envolver en el espanto y confirmar mis premoniciones. Hubiese esperado un «pero, ¿qué dices?» o un «¿Cómo se te ocurre?», incluso hubiese aceptado un «me fui a casa». Pero ese solitario «nada», ha convertido su respuesta en un «de todo».

—¿Te has acostado con ella? —Le miro fijando mis ojos, esperando respuesta y tristemente observo, que el pánico que se había adueñado de mí, se está apoderando de él manteniéndolo en silencio. Repito.

—Te has acostado con ella…, dime que no... ¡Di que no…! —Y grito—. ¡¡Di que noo!!!

—¡¡No, no!! ¡Lola, escucha…!, no fue nada.

«¿No fue nada? ¿No fue nada? ¿Qué cojones es lo que no fue nada? ¡Me muero…me muero…!».

—¡No puede ser…! ¡Esto no puede estar pasando…! —Presa del horror que esas palabras me han lanzado, cierro el ordenador.

¿Nada? ¿Qué es nada? ¿Cuánto es nada? En milésimas de segundos infinidad de interrogantes martillean mi cabeza para averiguar, qué significaba «nada». Porque «nada» siempre es «nada», cero, vacío, inexistente. Y ese «no fue nada», tiene pinta de todo, menos de nada.

El sol parecía no apagarse en mi vida, hasta hoy, que ha amanecido gris; un gris de esos que te parten la vida, que apaga brillos, que invierten la historia, que te roban ilusiones; un gris de esos con forma de granada que explota y acaba con todo. Siento que muero; él no me puede hacer esto…, él no. Tengo que despertar, esto no es real…, voy al baño…, necesito despertar. No dejo de salpicarme la cara, me miro al espejo y el sueño no acaba. Necesito zambullirme, lleno el

lavabo de agua y meto toda la cabeza…, sigo sin despertar. Quiero gritar… ¡no puede haberme hecho esto…! ¡Él sí me quería…! ¡Qué mierda ha hecho con su amor…! ¡¡Me quiero morir… necesito morir…!!

Salgo del baño y me siento en el suelo, acompañada de mi manta, y de mi amargura. Mis ojos van a estallar, mi corazón está roto y mi alma aplastada. ¡Canalla! ¡Es un canalla…! Sigo ansiando morir.

Mi teléfono no deja de sonar, sé quién es y no pienso responder. Aunque debería hacerlo y decirle todo lo desgraciado que es y en lo que me acaba de convertir, ¡en una puta mierda! y no tengo fuerzas ni para eso. Siento rabia, necesito estamparle la cabeza, necesito odiarle, necesito hacerle daño. Acaba de romper nuestra idílica vida, tengo que lanzar algo contra la pared para desahogar mi ira…, mi zapatilla…, la lanzo…, ahora la otra, tengo el zapatero al lado y sigo lanzando zapatos; todos los zapatos. No dejo de llorar, no dejo de lanzar, no dejo de esperar despertar.

Acabo de despertar, la rabia y la desesperación han superado mis fuerzas y me han entregado al sueño. Sigo aquí, en el suelo, envuelta en mi manta, sin vida, a pesar de que el oxígeno sigue llegando a mis pulmones y la realidad sigue siendo la misma. Ese canalla me ha desgarrado. Aquí tirada, llegan las preguntas; ¿por qué? El «al menos» ha dejado de existir para dar paso al por qué. ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué se tuvo que ir? ¿Por qué él? ¿Por qué?

«¿Por qué no piensas ya en ir llamando a Mario?».

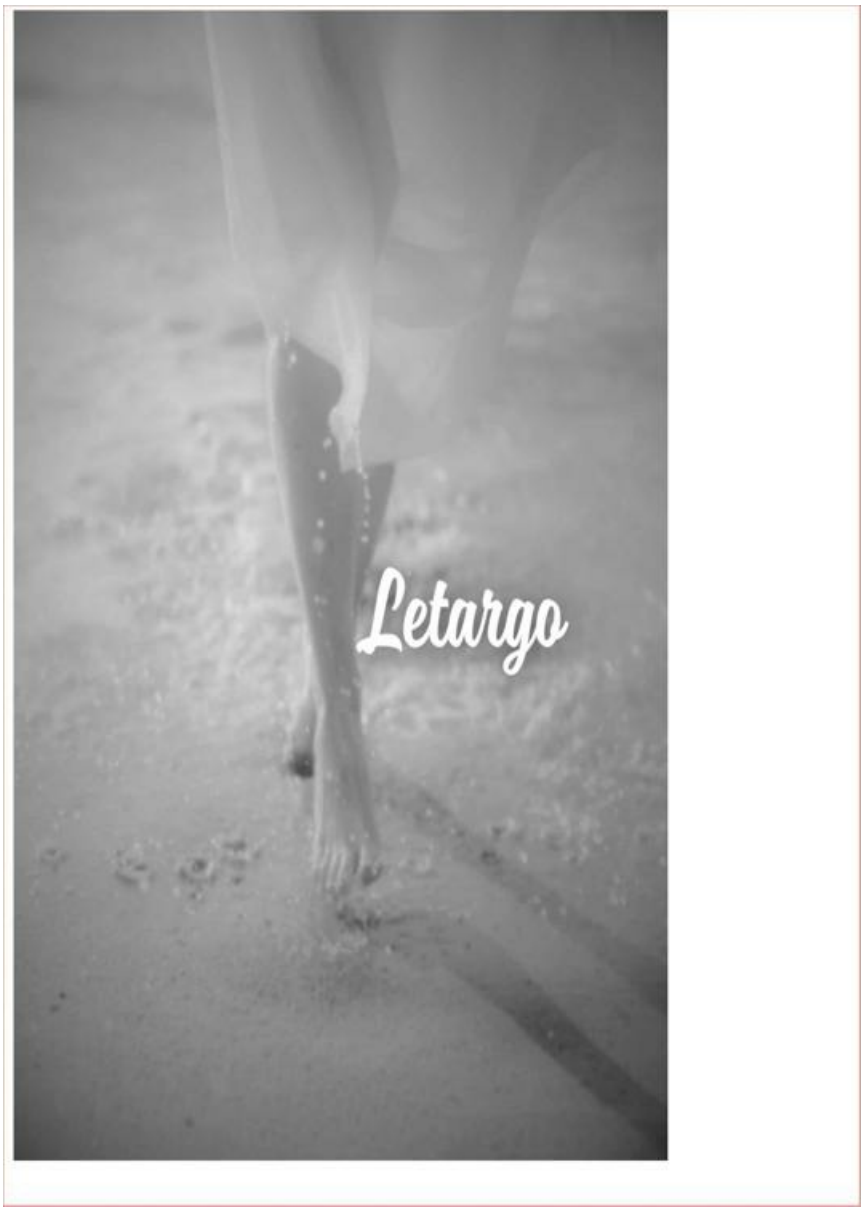
Mi tsunami interior está muerto. Las aguas se han secado y la tierra se agrieta. Esas grietas se marcan en mis carnes convirtiéndome en pedacitos de angustia y dolor. Me aferro a mi manta, estoy cogiendo frío y decido irme a la cama arrastrando por el suelo la prenda sin importarme si se ensucia. Me da igual; un poco más de porquería en mi vida…, ¿qué más da?

Me acurruco sobre el edredón y apoyo mi cabeza en la almohada, y ahora viene lo peor. Me acuerdo de mi madre y de mi padre, cuando me derrumbo es cuando más les añoro. Recuerdo las palabras que siempre me decía papá: «Nunca llores por amor, si te ama no te hará llorar; antes morirá, te lo dice un hombre enamorado». Él lo estaba y mucho, tanto como ella. A los dos días de anunciar mi primer embarazo, seguido a que la tormenta por el disgusto calmase, ambos me dijeron: «Si te casas que sea por amor, no condenes tu vida por un error». No les hice caso. No sé, por qué la vida está llena de maleantes ladrones de felicidad, gente sin escrúpulos, asesinos, violadores, y una larga lista más…, y se los tuvo que llevar a ellos. Me vuelvo loca cuando lo pienso.

Cansada y agotada por los llantos y por el desánimo miro mi teléfono y compruebo que tengo noventa y siete mensajes de chat que no quiero mirar, y treinta y ocho llamadas perdidas, que no pienso devolver, todo ello del mismo emisor: El canalla. Creo que ha llegado la hora de despedir a este intruso que se adueñó de mi vida, para ahora dejarme tirada en el arcén de cualquier carretera al borde de un barranco, esperando darme un último empujón.

Sin leer ninguno de los mensajes me dispongo a escribir.

Lola loba 10:53: No vuelvas a escribirme, no vuelvas a llamarme. Eres lo peor que me ha podido pasar en la vida. Y no por la infidelidad, de esas ya he tenido en abundancia y estaba acostumbrada. Pero tú, eras diferente, a ti…, a ti te quería y pensaba que tú a mí también; acabo de darme cuenta de que no era verdad. Todo fue mentira, tuviste que cruzar la línea para ahora lanzarme por un acantilado y verme hecha trizas. Te lo dije, te dije que te lo recordaría. ¿Recuerdas tus palabras? No tienes que caer por ningún precipicio. Pues rodando voy a toda velocidad, gracias a ti. No vuelvas a intentar contactar conmigo. JAMÁS. Acabas de morir para mí.


Letargo

Capítulo 16

Nadie me enseñó a olvidar. Nadie me enseñó a curar mis heridas. Tuve que aprender a convivir con ese permanente dolor y con un ingrato vestido diseñado de recuerdos. Esos días se convirtieron en infierno y las noches en las cloacas del infierno. Solo maldecía y maldecía constantemente al amor. A ese amor que nos pintan de sueños y que nadie dibuja con el dolor. De niña me enseñaron a soportar el *bullying,* que en aquellos tiempos no pasaba de unas simples burlas por mis gafas. Cuando me quedé embarazada tuve que aprender a ser adulta, madre y ama de casa a la vez. Más tarde, al abandonarme mi ex, me formaron para subsistir económicamente y no depender de nadie. Pero nunca, nadie, me enseñó a soportar este dolor. Un dolor que me desgarra, que me rompe, que me humilla.

Se acerca la Navidad. No me gusta la navidad, me hace recordar. Recuerdo porque no puedo olvidar; no olvido porque no dejo de recordar. A mis abuelos fallecidos, a mis eternamente amados padres, al marido de tía Juana que era un hombre adorable; rácano y adorable…, y al canalla. Ese no está muerto, aunque para mí, como si lo estuviera.

Después de aquella espantosa madrugada tuve que hacer frente a mi vida y salir a la calle e intentar comerme el mundo, pero el asfalto me engullía, el aire me ahogaba y la pena me consumía. Necesitaba iniciar una nueva vida, me obligaba a maquillarme, acudía al trabajo simulando una falsa sonrisa, iba de compras, incluso de nuevo inicié mis tardes de biblioteca, pero la fortuna se ensañó conmigo.

El primer libro que cogí era una novela romántica de esas donde un apuesto hombre se enamora de la protagonista. Al tercer capítulo decidí que no quería saber nada de enamorados y abandoné la historia para pasar a la lectura de investigación documental sobre la naturaleza. El destino seguía sin apiadarse de mí, demasiados nombres de animales que empiezan por J y recordaban el nombre del canalla: jurel, jabalí, jirafa, jerbo, jineta…, a la mierda el mundo animal. Pasé a los cómics, «todo será más sencillo», pensé. Y ahí también veía al canalla, bien con una capa, bien con un antifaz o bien con un martillo en la mano; no había modo de borrar a ese hombre de mi cabeza.

Lo mismo sucedía cuando iba al supermercado. De primeras cambié de super, y de segundas…, ni cambiando. Por cada sección que pasaba siempre había un ápice que me hacía recordar, pero el remate llegaba cuando pasaba por la sección de perfumería y allí los geles, las esencias y las esponjas me remontaban a esos baños sensuales que tantas veces había compartido con el dichoso canalla. En realidad, daba igual lo que hiciese, siempre había algo que me transportaba a mis recuerdos. Por ejemplo, las bolsas de basura a cuando llegó a la empresa, los vinos a nuestras cenas y al baño al igual que las velas, la sección de desayunos a nuestros primeros despertares juntos, los frutos secos…, a él también, los botes de tomate…, pues también, las conservas… también, el pescado… también. En definitiva, mi vida se había convertido en un redundante recuerdo.

Además, tengo que confesar que he vuelto a llenar mi bañera, eso sí, solo en un par de ocasiones, porque como ya no hay forma de cambiarle el rostro al visitante, he optado por sustituir los baños por duchas rápidas hasta nueva orden. Creo que, poco a poco, voy recuperando mi autoestima, me repito día a día que yo no soy la culpable de haberme cruzado con tanto sinvergüenza.

No he acudido a Mario, mi psicólogo, y eso me enorgullece. Estoy intentando salir sola del pozo, y creo que poco a poco lo estoy consiguiendo. Salvo en algunas noches en las que ni mi

cuerpo ni mi alma controlan mis pasiones, y regresan a mí aquellas manifestaciones de amor, aquellas risas compartidas, aquellos encuentros sexuales a través del terminal, aquel mezclar nuestro tiempo, aquel fundirnos las almas. Entonces, de nuevo caigo al fondo.

Puestos a confesarme, diré que ha habido alguna que otra ocasión en la que no he podido evitar cerrar mis ojos y escuchar su voz pidiéndome que me quite la ropa interior. Y me avergüenza reconocer que, como siempre hacía, le obedezco y me imagino poseída por él, excitándome, recordándole y alcanzando el placer. Al acabar, siempre se apodera de mí ese sentimiento de culpa y odio hacia mi persona, por seguir deseando las carnes de ese desgraciado que me ha arrebatado la vida. Porque sí…, le sigo deseando.

Desde ese día en que me volví loca lanzando zapatos contra la pared, ha sido mucha la información que ha llegado a mí sobre lo acontecido, y al parecer las cosas no sucedieron como yo tenía en mente; sin embargo, poco cambia eso la historia. Me mintió, me traicionó y estuvo con ella. «Al menos» —tenía que salir—, sé que lloró y eso me satisface; saber que ha sufrido y que no solo fueron mis ojos los que se quedaron sin luz de tanto llorar. Eso me da bienestar, orgullo, me complace, siento tranquilidad. Es difícil de explicar, pero eso era lo que sentía cada vez que me llegaban noticias suyas acerca de su situación. Noticias que nunca pedí y que él se encargó de trasladarme.

Después de aquel mensaje donde le comuniqué que no quería saber nada más de su vida, hubo algún contacto, inútil, por cierto. Yo no iba a cambiar de opinión, por mucho que insistiese.



Mi Javier 10:54: Lola, por favor, te quiero. Déjame explicarte. Cógeme la llamada por favor. Necesito hablar contigo. Te lo ruego.

Lola loba 10:55: No quiero hablar contigo. Jamás.

Mi Javier 10:55: Lola, no te pido que me hables, solo escúchame.

Lola 10:55: No.

Mi Javier 10:56: Solo una vez, por favor.

Lola loba 10:56: Ni hablar.

Sabía que pretendía convencerme con algún pretexto.

Mi Javier 10:56: Una vez. Solo una.

Mi Javier 10:56: Voy a llamarte, cógelo, solo quiero que me des una ocasión para explicarme.

Lola loba 10:57: Una.

Accedí, a una. Solo una…, y llamó.

—Lola, te quiero, ante todo quiero que sepas que te quiero y que estoy roto por dentro. No quiero que esto acabe así, en realidad no quiero que acabe de ninguna de las formas. Me tendió una trampa, tú no la conoces, se dejó en casa una prenda de abrigo, luego me insistió en tomar la última, sabe que no tolero demasiado las copas, eso también lo sabes tú, que nunca bebo más de dos. —Yo lloraba y callaba—. Te he traicionado, lo sé, y debes estar…, no quiero perderte; nunca he amado a nadie como te amo a ti. —Empezaba a instalar un nudo en su garganta que le cortaba la voz—. Me odias, y lo merezco, necesito que entiendas que te quiero y necesito tu perdón. Estoy destrozado, Lola, te prometo que jamás volverá a suceder nada semejante ni nada que te pueda hacer daño. Lola, lo siento, ¡maldita sea! ¡Lo siento!, ¡perdóname! Te lo ruego.

Aquel pequeño discurso acababa con ambos inundados en llantos. Yo no quería perdonar, no quería hablar, no quería nada, solo quería morir. Aun así, saqué fuerzas para entre sollozos, responder.

—¡¿Cómo tienes valor a decirme que tú estás destrozado? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?! —gritaba con rabia.

—Lo siento, lo siento, no sabes cómo me duele esto. Todo lo que estás sufriendo. Perdóname…, perdóname.

—¡Te la follaste! ¡Hijo de puta!, ¡te la follaste!

—¡No! ¡No…! Solo… ¡Lola, por Dios!, lo siento…

—¿Solo? ¿Qué significa «solo»?

—Nada nada…

—¡¿Nada?! ¡¿Qué es nada?!

—¡Olvídalo!

—¡¡¡Que hables!!! —grité.

—Solo…, se arrodillo.

¿Solo? ¿Alguien sabe lo que se siente al oír al amor de tu vida contarte que otra mujer, «solo» se ha arrodillado para comérsela? Yo sí. Asco…, angustia…, arcadas…, y más arcadas. Tuve que irme al baño, creía que acabaría vomitando, y allí me mantuve acoplada a mi cuerpo porque necesitaba que él supiese cómo me sentía yo.

—Me das un asco que ni en tus peores pesadillas llegarías a imaginar. Querías que te escuchase una vez y ya te he escuchado. Se acabó. Voy a colgar y bloquear tu número y tu chat. ¿Para esto querías cruzar la línea?

—¡No, no…! Lola, te quiero…

—Te dije que llegaría el día en que te lo recordaría, y ya ha llegado. Qué poco tiempo te ha hecho falta. Había que romper la promesa; había que hacer como tú quisieras. Lo sabía…, lo sabía…, por eso no quería… Te odio…, te odio... Intenta vivir con el remordimiento, si es que lo tienes, y deja que yo recupere la vida que me arrebataste y que me acabas de desgarrar.

Sin ni tan siquiera un adiós colgué.



Mi tía siempre me dice que estoy como el tiempo. Pues así estaba esa noche en la que la llovizna mojaba mis cabellos, cuando en un ataque de ansiedad tuve que asomar mi cabeza por la ventana para poder respirar. Por mucho que respiraba, el oxígeno se negaba a darme aliento. Tuve que permanecer bajo la lluvia, intentando entregarle aire a mis pulmones, y declarando un pulso al cielo. A ver quién de los dos era capaz de derramar más agua de nuestras entrañas. El cielo dulce, yo, salada. El cielo por caprichos de la naturaleza, yo por caprichos de un canalla. El cielo acompañado de truenos y relámpagos, yo de maldiciones y deseos de deshidratarme para acabar con ese calvario.

Al día siguiente salió el sol, y yo seguía derramando lágrimas.

Poco a poco fue llegando información dosificada de lo sucedido. Él se encargó de hacer partícipe a algunas personas de nuestro alrededor.

El suceso…, asqueroso, deleznable, detestable, repelente; hablando pronto y claro, «una puta mierda».

La noche de la cena, Marisa se prestó a llevar a sus acompañantes en su vehículo, y aunque Javier —sigue siendo el canalla— se negó, ella insistió. Al llegar al domicilio para proceder con la recogida, subió a la vivienda, y acercándose al sofá, con premeditación y alevosía y sin ser vista por nadie, dejó un fular. Fular que sería la trampa que lanzaría a Javier por el barranco de la desdicha, y a mí detrás de él. Acabada la cena, las jóvenes marcharon de fiesta y Marisa insistió a Javier en tomar una última copa, para cerrar rencillas.



—¡Vamos…!, por Alba, por la boda que está haciendo que olvidemos nuestras diferencias. Brindemos una última vez —Insistió Marisa.

—No hacía falta que se casase nuestra hija para llevarnos bien, era cuestión de voluntad. —Reprochó él.

—Tienes razón, por eso he recapacitado y quiero brindar. Sé que estás con alguien y quiero desearte que seas feliz.

Al parecer, Marisa tuvo un comportamiento ejemplar en aquella cena, cosa poco habitual en ella, y eso despistó a Javier, que confiando en sus palabras aceptó esa última copa. Mas no fue la última. No sé cuántas hubo, lo que sí sé y él sabía, era que aquella ingesta de alcohol era superior a la que su sensatez podía soportar. Tras varias tomas, llegó el acercarle a casa, y allí, ella llevaría a cabo el final de ese plan, que horas antes había ingeniado y que estaba saliendo a pedir de boca gracias a lo poco que, en esos momentos, él se acordó de mí.

Mientras tanto, yo sí me acordaba de él, preocupándome, inquieta, temiendo y permaneciendo en mi cama esperando esa «puta» llamada tranquilizadora que nunca llegó.

Jamás dejará de ser un canalla.

—Javi, tengo que subir, olvidé arriba un fular. ¿No te importa verdad?

—Subes… lo coges —la señaló con el dedo índice—, y… te vas, tengo que… hacer una… tengo que… ¡*co-ño…!* llamar.

—¿A tu novia?

—¡Em… sí! —Estaba bastante perjudicado.

¿Para qué iba a decirle más?, había que impedir esa llamada como fuese. Una vez arriba, ella cogió la prenda, comenzó a desabrocharse los botones de la blusa y con el fular rodeó a Javier. Él, aturdido, intuyendo sus intenciones, tanteaba cómo deshacerse de aquel atuendo que ella había colocado en su cuello, a pesar de que lo único que conseguía era enredarlo más.

—Te has pasado un poco con el vino…, me encantas —decía ella.

—Saca… sácame esto… y *loárgate*.

—Podríamos acabar como en los viejos tiempos, nadie tiene por qué enterarse, ni tu novia. —Paseaba su mano por todo el cuerpo de Javier.

—¿Cómo coño… me has *liao* esto? ¡*Joer estoy mareao*! —Demasiado.

—¿No quieres comprobar cómo estoy de mojada? —La mano llegaba a su bragueta.

—*Mestoy haciendo un nuudo con las maanos y la brufanda… ¡qu…!¡¡bff!!*

Se me remueven las tripas, el hígado, y todos los órganos, cada vez que pienso que mientras ellos disfrutaban, yo esperaba aquella llamada alternando mi intuición entre la posibilidad de un accidente y la realidad. La realidad ganó; mi intuición pocas veces me decepciona. El imaginar la escena doblemente me produce náuseas. No quise conocer detalles, ni dónde —sofá o cama—, ni cómo ni quién empezó. Pero sin quererlo, algunos datos llegaron a mí. Al parecer ella se arrodilló propinándole una excitación involuntaria con ayuda de unos toqueteos en el pantalón —ya sabemos en qué zona—. Él, bajo los efectos del vino y ya excitado, intentaba interrumpir aquella situación insistiendo en que parase, pero al parecer ella no es tan obediente como yo y continuó, hasta que lo consiguió y en su misma boca, él desparramó.

Ahí, su estado ya no le permitía demasiadas cosas, tan solo dejar caer su espalda en aquel mismo sofá donde se había cometido el delito. Su cuerpo, que ya pesaba demasiado, no daba para muchos más trotes y allí mismo perdió su voluntad. Pasadas un par de horas despertó frotándose el rostro y, aturdido por la resaca, comprobó que ella seguía reclinada en aquel mismo asiento. Ahí fue cuando su conciencia le confesó que acababa de romper su vida y con no

demasiada delicadeza despertó a Marisa, para invitarla a marcharse.

—Lárgate —le dijo.

—Deberíamos ir a tu cama, lo haríamos completo y disfrutaríamos los dos.

Viendo como ella se regocijaba en su dicha no se pudo contener.

—¿Qué mierda estás haciendo?

—Bueno…, creo que esto ha sido cosa de los dos.

—Sigues en tu empeño por destrozarme la vida. Pasan los años y no asimilas que no volveré contigo nunca.

—Parece que te ha gustado el modo en que te la destrozo.

—Sabes muy bien que estaba ebrio, ya te has encargado tú de eso. Coge tus cosas y lárgate.

—No lo estabas tanto, te empalmaste rápido. Siempre te gustaron mis mamadas y muy cachondo. Por lo visto, tu novia no te complace como yo.

—¡Eres una hija de…! Lárgate antes de que cometa una locura, y llame a tu hija para decirle lo que estás haciendo.

—Mejor llama tú, a tu novia y le cuentas lo que haces tú.

Creo que era lo que ella realmente deseaba, que me llegase la información acerca del encuentro. Tras esas palabras envenenadas, Javier cogió el famoso fular y el bolso, y abriendo la puerta los lanzó hacia afuera indicando de nuevo que se marchase. No le quedó opción, y tras su salida él dio un portazo. Lo siguiente fue comprobar su teléfono y viendo que eran ya la una y media de la madrugada, leyó mis mensajes.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡¡Eres un grandísimo imbécil!! —decía en voz alta a la par que daba varias patadas enrabiadas al sofá.

Con rapidez, recapacitó y envió su mensaje.

Mi Javier 01:34: Lo siento, se complicó la cena. Mañana te llamo. Nunca dejaré de quererte.

Al día siguiente, preso del terror, a sabiendas de que se acercaba una gran tormenta que iba a inundar su vida de desdicha —no tanto como la mía—, antes de hablar conmigo, tuvo la necesidad de consultar con Estrella. Después de mucho reproche y mucho aleccionamiento inútil sobre lo que no debería haber hecho, la hermana le recomendó que lo mejor era contármelo. De lo contrario, Marisa sacaría partido en el próximo evento —la boda de Alba—, para informarme en persona del desafortunado suceso. Él, que sabía que al enterarme yo, evidentemente llegaría el final, optó por llamarme y de momento obviar la información. Aquello había que dosificarlo poco a poco.

«Me encanta cómo los hombres, al final, siempre acaban pensando en mí.

»Qué majos son…

»¡Así se pudran todos!

—Tal vez cuando nos veamos, no voy a decirle algo así por teléfono, no dejará que me explique. —Javier seguía hablando con Estrella.

—Cielo, es que poco hay que explicar, has metido la pata, o más bien el rabo, hasta el fondo. Yo ya te habría matado. ¿Cómo pudiste dejarte llevar?

—No lo sé, no lo sé, ya te he dicho que bebí, soy un inconsciente. ¿Qué has hecho, Javi? —pensaba en voz alta. —La pierdo, la pierdo…

Se despidió de su hermana, temeroso, acorralado por el pánico y deseando que las agujas del reloj girasen en sentido contrario, pero las agujas del reloj siempre giran en el mismo sentido y nunca hay marcha atrás. Entonces llegó enfrentarse a mí.

Y me llamó, y le dejé, y cumplí con lo que dije, bloqueé su número, su chat y edité el contacto. Otra vez, sí, otra vez, ahora el contacto ha pasado a ser «elquetehadestrozadolavida».

Lo he guardado así por si alguna vez, dentro de doscientos ochenta años, se me ocurre mirar, que no se me olvide lo sucedido.

Ante la impotencia de no poder contactar conmigo, desesperado de nuevo llamó a su hermana.

—Se ha acabado, me lo ha notado, he destrozado su vida y la mía. No la voy a recuperar nunca, tienes que ayudarme.

—A ver, cielo, si pretendes que te perdone hoy, es que piensas poco. Dale tiempo, déjala meditar. Pasados unos días, intentaré hablar con ella, ahora todo lo relacionado contigo lo va a mandar al carajo. Si consigo algo te avisaré.

Al cabo de dos días de angustia y embarcada ya en la antesala de una nueva depresión, llamé a Olga para que viniese a casa. Odiaba tener que darle la razón; al final sus premoniciones se hacían realidad.

—Ya está, tenías razón. Subí demasiado y acaban de empujarme, me he caído y me he abierto la cabeza. Ya estoy muerta.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? —Olga no entendió a la primera.

—Me ha engañado, con su ex. El muy hijo de Satanás.

—¡¿Cómo?! ¡No lo puedo creer! Si no la soportaba. No puede ser cierto.

—Sí…, sí lo es, muy a mi pesar, lo es… Olga, me muero.

—Pero…, ¿cómo ha sucedido? ¿Ha vuelto con ella? ¿Qué ha pasado?

—No, fue el viernes, ella se la comió, y el cabrón dice que no fue nada. —Y de nuevo me puse a llorar—. ¿Eso es infiel sin ser nada o cómo es eso?

—¡Madre mía! Lola, estás rota. ¿Cómo no me lo habías contado antes?

—Porque mira cómo me pongo, menos mal que las niñas están en París y no regresan hasta el domingo. ¿En una semana lo tendré superado ya? —Seguía desconsolada en brazos de mi amiga.

—Vamos a intentarlo. Pero igual se lo tendrás que contar a ellas. ¿Y cómo ha sido?, dijiste que ni se hablaban.

—Según él, le preparó una medio trampa, le incitó a beber vino y… ¡uff! Olga, no me hagas imaginar… —De nuevo lloraba.

—Oye, pues igual es verdad, ¿o no lo crees?

—No creo que fuese tan borracho para no poder decir no; si se empalmó no estaría en coma etílico.

—Cariño, me da mucha pena, estabas tan feliz…

—Me pidió perdón quinientas veces, hasta que le bloqueé. No le pienso perdonar, Olga, jamás, me ha destrozado, este sí me ha destrozado.

—¡Madre mía, Lola!

Aquella triste conversación acabó con nuestros cuerpos abrazados y ambas ahogadas en lágrimas; yo por sentirme morir, ella por sentir que yo me moriría. A partir de ese día se iniciaron los intentos del canalla por contactar conmigo. Su primer recurso fue Manolo. Le llamó preguntándole por mí.

—Ya sabes que no viene mucho por aquí, y desde que te fuiste menos.

—¿Puedes llamarla y decirle que necesito hablar con ella?

Y Manolo me llamó. La respuesta fue tan tajante que ese mismo día comunicó al canalla mi reacción.

—Me ha dicho, que si vuelves a llamar te diga que regreses a tu cementerio, que estás muerto para ella. No sé por qué intuyo que algo ha pasado.

—Sí, Manolo, algo ha pasado. Cuando vuelvas a verla le dices que la quiero y que sigo necesitando hablar con ella.

Otra tentativa fue llamar a Patri, las niñas, aún no habían regresado de París y esa llamada las puso en alerta de que algo no iba como debía.

—Estamos en París, no volvemos hasta el fin de semana. ¿Qué sucede?

—Nada, he perdido su número, cuando regreséis a casa decidle que me llame.

Y Sara, que de tonta no tiene un pelo —ya podía yo parecerme a ella y dejar de ser el bufón de los hombres—, comenzó a conjeturar. «Qué raro, si ha perdido su número y no la llama…, ¿ella no le llama?» Y acto seguido me puso un mensaje.

Sara 18:56: Dice Javier que le llames, ha perdido tu número. ¿Todo bien?

Pensé: «El desgraciado este le va a contar a todo el mundo que me ha dejado».

Respondí a mi hija para no levantar sospechas —ya las había—, y tras reflexionar mucho, me dispuse a desbloquear a «*elquetehadestrozadolavida*», para cantarle —esta vez sí— las cuarenta, las cincuenta y las sesenta.

Lola loba 19:23: Si le piensas decir a todo el mundo que me has dejado, al menos ten la valentía de contarles el motivo.

Elquetehadestrozadolavida 19:24: Lola, ni te he dejado ni he contado nada. Quiero hablar contigo y no me coges el teléfono. Lo siento, ya no sé a quién recurrir.

Lola loba 19:25: Te dije que no iba a volver a hablar contigo. Deja a mis hijas y a mi gente en paz.

Elquetehadestrozadolavida 19:26: Lo siento. No crucé la línea para destrozarte, la crucé porque te quiero y te voy a seguir queriendo el resto de mis días. Las artimañas de una arpía no pueden ser nuestro final. Déjame llamarte.

Lola loba 19:27: Las artimañas de esa arpía, que cuando te ponía cachondo no te parecía tan arpía, no son nuestro final. Nuestro final ha sido que tú no has sabido mantener tu bragueta cerrada.

Elquetehadestrozadolavida 19:28: Déjame llamarte. Desbloquea.

18:30: No lo voy a hacer.

Elquetehadestrozadolavida 19:31: Lola, te quiero. Por favor.

Y de nuevo bloqueé el chat. Y de nuevo lloré sin consuelo.

Mis hijas regresaron de su viaje. Tuve que hacer frente a contarles lo sucedido viéndome de nuevo obligada a rememorar la historia y a sentir asco y angustia una vez más. Patri preguntaba si sospechaba de alguna vez anterior y era evidente que no. Sara, por su parte, planteaba un perdón a sabiendas de que ambos estábamos —odio pensar que todavía lo estoy— muy enamorados. Les hice ver que no necesitaría de ninguna terapia, que mi tristeza pasaría pronto. Y es cierto, no la he necesitado, pero la tristeza…, no acaba de abandonarme.

Tuvo que enfrentarse a contarle a su hija lo sucedido. Eso no le resultó nada fácil. La joven, al parecer, viendo que el contacto conmigo había desaparecido, dando lugar a la falta de alimento y entusiasmo, no dudó en preguntarle por la situación.

—Está enfadada conmigo. No me coge el teléfono. —Le costaba admitir que la realidad era que yo le había dejado.

—Bueno, no te preocupes, se le pasará. ¿Pero muy enfadada? Porque hace más de una semana que no hablas con ella —preguntaba su hija.

—Tan enfadada que me ha dejado.

—¿Cómo que te ha dejado? ¿Dejado de que ha roto? —interrogó Rosana.

—¿Hay otro dejado, Rosana? —Alba apuntillaba—. ¿Quieres contarnos qué ha pasado? Igual te podemos ayudar.

—Prefiero no contártelo, hija. —No sabía cómo decirle, que su madre, otra vez, había actuado

como una perversa, claro que confesarle que él había sido un cerdo era peor.

—¿Le has sido infiel? ¿Te ha sido infiel?

—Tu madre me lio.

—¿Cómo?

—El día de la cena, me hizo tomar alguna copa de más y luego intentó…, ya sabes.

—¿Te acostaste con mamá?

—No, no llegamos…

—Pero…, si no pasó nada… —Rosana atenta al relato preguntaba.

—¡Ostras! ¡No me hagáis daros detalles! ¡Que no me acostase con ella, no quiere decir que no pasase nada! —Javier acorralado acabó confesando.

—Te las has cargado a las dos. Ahora mamá creerá que vas a volver con ella.

—No, a tu madre ya le puse las cosas claras esa misma noche. El problema lo tengo con Lola, porque a ella sí la he perdido. Me ha bloqueado, no quiere saber nada de mí y no sé qué hacer para recuperarla.

—¡Chungo! —Rosana comentaba—, no es por desanimar.

—Pues desanimas, anda, cierra ya la boquita. ¿Y cómo se ha enterado? —Alba seguía indagando.

—Tenía que llamarla y me retrasé demasiado. Al día siguiente me lo leyó en los ojos. Me conoce bien.

—Y se lo negaste.

—No pude.

—¡Qué mal! Hay que negarlo hasta morir, sino pasa esto. —Rosana, compungida por la desolación del suegro, no se percataba de que confesaba aquello delante de su propia novia.

—Muy bien, Rosana, dándome pistas.

—Mujer, lo digo por él. Anímate, igual se le pasa. ¿Quieres que la llamemos?

—No creo que sea buena idea, papá.

Alba nunca me llamó, creo que supo ser discreta y pensaba que con el tiempo se me pasaría. Estrella, sí hablo conmigo.

—Hola, cielo, ¿te acuerdas de mí?

—Hola, Estrella, claro, te recuerdo.

«¿Ahora el tipo este me va a enviar también a su familia?». Ese pensamiento iba acompañado de mucha rabia. Me sentía acosada.

—Verás…, a ver cómo te digo…, imagino cómo debes estar. Y créeme que empatizo contigo mucho más que con él. Pero me gustaría que supieras que está roto. Nunca había visto así a mi hermano.

—Supongo que sabes que se lo ha buscado él.

Después de todo, encima parecía que él era la víctima de una Lola perversa incapaz de perdonar.

—Claro que lo sé, lo que no sabes tú, es cómo es la víbora de mi excuñada. Yo le tengo cariño, a pesar de que también sé lo lagarta que puede llegar a ser. La prueba la tienes en con quién vive la niña.

—Si sabía que es una víbora, que no se hubiese quedado a la última.

—Lola, el culpable es él, en eso estamos de acuerdo. Y yo no te tengo que decir lo que tienes que hacer, cielo. Tan solo, si hubiese una remota posibilidad de perdón, deberías saber que está enamorado de ti y que no deja de llorar.

—¡¡¿Llorar?, ¿él llora?, estás de coña!! —Ahí me enfadé—. La que llora cada noche soy yo, a

la que han engañado es a mí, a la que le han arrebatado la vida es a mí. Dile que no vuelva a enviar un mensajero y que me deje en paz.

—Por favor, yo solo intento ayudar y no quiero molestarte. Veo que estás tan enamorada como él, y me da mucha pena. Por otro lado, tienes toda la razón, esto es por su culpa. Así que, si llora, que llore.

Estrella envió un mensaje a su hermano: «Querido, está loca por ti, y lo tienes jodido. Está muy enfadada y rabiosa».

Un par de semanas más tarde, ella misma me volvió a llamar. Y con un poco menos de ira en mi cuerpo, entendí que su buena voluntad no merecía mi desprecio y la atendí educadamente.

—Solo te llamo, porque pienso que es conveniente que conozcas la verdad. No creo que imaginar cosas que no han sucedido te beneficie, ni le beneficie a él. También creo que es justo que sepas qué está pasando en su vida y en la de los que le rodeamos, y no hago esto para que le perdones, tan solo quiero que seas conocedora de lo que sucedió. Nunca te ha mentido, bebió y ella supo sacar tajada como buena lagarta que es. Cuando reaccionó se deshizo de ella y tuvo claro que te perdía. Me llamó desolado.

—Tarde. —Desganada, solo eso pude decir.

—Sí, es tarde. Entenderás que es mi hermano y me duele, aunque eso no le exculpa, claro está. Solo necesitaba tener esta conversación contigo. ¿Alguna vez has oído la expresión «morir de amor»? Creo que no necesito decirte nada más. —Yo quedé en silencio. Nada de lo que me dijesen me haría cambiar de opinión—. Te deseo lo mejor, Lola, debes ser una persona muy especial para que Javi se haya enamorado de ti.

Y seguí en silencio, apretando mis ojos cerrados y conteniendo las ganas de gritar que yo era la que estaba muriendo de amor. Pero ese secreto lo guardé conmigo, la mensajera estaba de parte del otro bando y no estaba dispuesta a darle ese dato.



Estrella fue mi mayor informadora. Después de aquella llamada supe que había llorado, que había buscado ayuda para localizarme, que estaba dolido, que vivía arrepentido, que se había roto. Aun así, las cosas iban a seguir igual; jamás me planteé un perdón, ni me lo planteo. Y sé que al final esto pasará, convirtiéndose en tan solo un recuerdo y puede incluso que, en unos años, acabe olvidando su nombre. Entre tanto…, sigue metido en mi vida, robándome el corazón, adueñándose de mi insomnio y, en consecuencia, provocando que el odio que siento hacia mí, no desaparezca.

Hoy es festivo, seis de diciembre. El día ha amanecido algo caluroso y siguiendo en mi rutina de imposición de deberes, me obligo a salir de casa. Mi pijama de felpa me llamaba con insistencia y no he querido prestarle atención.

Con ropa cómoda, hoy, he querido venir a la playa y tras descalzarme, extiendo la toalla para sentarme. Busco en mi móvil música de la que menos me gusta; sé que la que me gusta me recordará lo que no debo. He encontrado una cadena de música country, será perfecta. Hace un día soleado, esto provoca que no sea la única que ha decidido venir a ver el mar. Saco un libro, no puedo leer, no me concentro, a pesar de que el libro buscado a conciencia habla del viejo Egipto, sin romances, sin enamorados, sin pistas que provoquen que mis recuerdos afloren, no obstante, siempre acaban por aflorar.

Aparco el libro, sigo escuchando música y me pongo de pie iniciando un paseo por la orilla. Mi mirada se pierde observando el movimiento de las olas que se acercan a rozar mis pies, para

de nuevo retroceder. Así, una y otra vez, hasta que me obligo a retomar mi visión, para no acabar abandonada por mi propia cordura. Mis ojos se empañan y la necesidad de parpadear me golpea el alma necesitando despertar, aun habiendo aceptado la realidad y siendo consciente de que no existe tal sueño, solo esta cruel existencia que me abandona en mi pena. Tengo miedo, tengo mucho miedo de que no acabe esta angustia. Hace unas semanas necesitaba parar el tiempo y ahora necesito que acelere, que vaya deprisa, muy deprisa, que pasen los meses y que todo se convierta en pasado. En estos momentos, creo que ese pasado me va a acompañar todo el resto de mi futuro, y es ahí cuando de nuevo mi mirada se nubla y me entrego a mi sino perdido.

De nuevo las olas refrescan mis pies y vuelvo a parpadear contemplando el mar. Mi mar, mi Mediterráneo, este mar que me vio crecer, este mar turquesa que mezcla tantos colores. Verde, azul, gris, color arena acercándose a la orilla y blanco en la espuma de sus olas. Y me pregunto, ¿de qué color es el mar? El color del mar es…, el de la calma, el de la serenidad, el que veo en ti, el que veo en mí, el de mi mundo, el de mis sueños, el de tu olvido, el de tu recuerdo, el de mis anhelos, el de mi soledad, el de mis llantos, el de tu lejanía, el de tu traición, el de mi desolación… No sabía que Bonnie Tyler cantase country, en estos momentos su canción *Total Eclypse of the Heart* está atravesando los senderos de mis oídos llegando a mi alma. Con mis ojos inundados saco los auriculares y con una rabia arrolladora los lanzo a la arena.

Tengo que irme de aquí.

El centro comercial está abarrotado, llega la Navidad y la gente se aglomera en los comercios haciendo sus compras. He decidido que estas fiestas las pasaré con mis suegros a los que no visito con demasiada asiduidad desde que las niñas viajan tanto. Quiero llevarles unos presentes para recompensarles por tanta ausencia, así que, aquí estoy entre esta multitud y un tanto agobiada.

Mi suegra fue la que me inició en el mundo de la lectura, así que he optado por comprarle un libro, «Todo lo que te amé», sé que le gustará. Lo acompaño con una bata de estar por casa. En varias ocasiones, en los últimos meses, se han quejado del frío alegando que se van haciendo mayores y les pasa factura el invierno, por lo que también a Vicente, mi suegro, le compro otra. A él, en lugar de un libro le llevaré una pipa diseñada a mano. Siempre fue fumador de tabaco con estos artilugios, hasta que una angina de pecho le obligó a abandonar dicha práctica. Sin embargo, siempre lleva el aparato metido en su bolsillo y de vez en cuando saborea esa boquilla vacía de humo.

Ellos también han sido parte fundamental estas últimas semanas en que el dolor se adueñaba de mí. Las niñas les contaron mi ruptura, obviando el motivo, y ellos, ejerciendo de padres sustitutos, con asiduidad se han ido interesando por mi estado. Siempre les digo que estoy bien; sigo mintiendo.

Mientras la dependienta envuelve la pipa para regalo, curioseo por las vitrinas diferentes cosas dignas de contemplar, como un encendedor con forma de pene, un juego de té diseñado con serpientes o ceniceros variopintos. Lo que más me está llamando la atención, es lo infinito de las terminaciones de los bastones que hay instalados en diferentes paragüeros. Los hay acabados con forma de pecho, con cabezas de toda especie de animales, con luz, con brillantes, simulaciones de fósiles…, todo un universo el de los bastones. Veo otro paragüero con más piezas y observo que llevan nombre grabado en fuego… ¡Puta casualidad…! ¡La primera pieza que me echo a la cara…! ¡No había otro nombre que encontrar más que este! —el del canalla—. Pues miserable el universo de los bastones.

Va quedando constancia de que mi opinión acerca de las cosas, se va relativizando según la relación que encuentre con él.

La tienda, al igual que los demás comercios, está llena de gentío; dadas las fechas es bastante normal. En cuanto pago el preciado regalo, intento salir de esta jauría esquivando a la gente que espera su turno para ser atendidos, y al dirigirme hacía la puerta, de repente, alguien llama mi atención tocando mi hombro, me giro…, y…, ahí está…, atractivo como le recordaba, sorprendido al verme, y esbozando una sonrisa. Entonces escucho:

—¡Loolaa…!

Capítulo 17

—¡Loolaa…!

Esta visión no puede ser real. Me había resistido a llamarle, quería salir yo sola de mi desolación, convenciéndome a mí misma de que soy capaz de superar esto, y ahora, se presenta ante mí, en forma de inesperada e improvisada sorpresa.

—¡Mario!

Mario, mi queridísimo Mario. Y pienso: «Lo que me faltaba».

—¡Qué sorpresa, Lola! ¿Cómo estás? Espera un momento, pago esto y salimos de aquí.

Espero fuera, sintiendo que se me viene el mundo encima porque no me apetece nada volver a rememorar mi dolor, y estoy segura que formulará esa pregunta tonta que todo el mundo hace: ¿Cómo estás? Pues hecha una piltrafa, pero no lo quiero decir.

«Palabras que no se dicen, corazón que no siente».

Ese refrán no era así, lo moldeo por necesidad. Últimamente parece que tengo la obligación de amoldar todo a mi vida.

Estoy esperando…, le miro, le observo, y lo cierto es que no le recordaba tan atractivo. Mi imaginación se dispara y comienzo a pensar.

«¿Y si me tiro a este? Un clavo siempre saca otro clavo.

»Lola, no necesitas sacar un clavo, necesitas sacar un misil de tu cabeza.

Se acerca, parece que me pongo nerviosa, no quiero estar aquí.

—¿Tienes prisa? Podemos tomar un café.

—No, yo…, no tengo prisa, ya he comprado lo que quería.

«¿No has dicho que no querías estar aquí?».

—Genial, sentémonos ahí. —Señala hacia unas mesas.

Viene el camarero y pedimos unos cafés. Yo no dejo de mirarle, en el fondo me alegro de verle, me alegraría muchísimo más si el canalla me viese con él, con el «puto psicólogo». Me lo follaría solo porque él me viese. Lo imagino: este empotrando como un loco, y el otro mirando y llorando a mares.

«El otro estará empotrando a otras.

»Lola, deja de atormentarte y disfruta de la compañía.

—No me llamaste, supongo que te fue bien. ¿Qué ha sido de tu vida?

Ya está aquí la maldita pregunta.

—Mi vida…, sigue su curso... —No entraré en detalles.

—Eso ha sonado a regular.

Que psicólogo tan incompetente, debería haber adivinado que va fatal.

—Prefiero no hablar —le digo.

—Entiendo…, pues a mí bastante regular también, tirando a mal. ¿Ibas a preguntarme no? —Muestra sus dientes sonriendo.

—Claro…, por supuesto. —Creo que no—. ¿Algo grave? —le pregunto.

—Me separé, ¿recuerdas que estaba muy bien casado?

Es sorprendente cómo recuerda ese detalle de nuestro último encuentro. ¿Será igual con todos los pacientes?

—¡Vaya! un gran cambio en tu vida. ¿Debo felicitarte o decir que lo siento? No sé muy bien cuál es la situación.

—La situación es que lo que para mí era muy bien casado, para ella era quedar con otro con

regularidad. Puedes felicitarme, nunca viene mal conocer la verdad y no vivir en la ignorancia.

Me ha venido al pelo su confesión para iniciar la mía. No quería hablar de ello, y ahora siento que no habrá nadie que empatice conmigo como él.

—Parece que andamos parecido. Estuve con alguien y de nuevo me engañaron. Por lo visto mi aspecto de clínex sigue siendo visible.

—Se repitió la historia…, no me has llamado. Se te ve bien.

—No, me resistí a pedir ayuda. Confieso que estuve a punto, pero acabé por contenerme. He asimilado que los canallas son ellos y no voy a volver a tirarme al suelo a llorar… —Tras un silencio—. No dejo de llorar. —Sonrío al hacerle esta confesión.

—Sé que no estamos en terapia, pero si quieres contarme algo…, no me espera nadie. —Me devuelve la sonrisa.

Se lo cuento, todo, cómo empezó, cómo continuó, cómo le hice desaparecer de mi vida, y cómo me llegó la información de su estado de penuria. Él también me hace partícipe de su historia.

—Un día llegué a casa de improviso, y encontré mi cama deshecha y ropa de hombre encima, a la vez que el sonido de la ducha en el cuarto de baño me indicaba que no estaba sola. No quise entrar, no me sentí capaz. Creo que de haberlo hecho hoy estaría en prisión. Con mucho temple me fui y desde la calle la llamé. Tardó en coger el teléfono, estaba acabando con la ducha. —Arquea la ceja y sonríe—. Cuando por fin respondió, le dije que acababa de estar en casa, que le dijese a su amante, que, si había acabado con su aseo personal en mi baño, que se largase. Dos semanas tardó ella en hacer las maletas e irse, se lo puse muy fácil, sin broncas, sin peleas, *bye bye*. Al final no sirven de nada los reproches, no puedes retener a alguien que lo que quiere es acostarse con otro. Así es la vida.

—Qué fácil lo pones todo. Haces que parezca sencillo. ¿Te planteaste en algún momento perdonarla?

—No te equivoques, no es nada sencillo. Tan solo es lo que es. Y no me puedo plantear eso, se han ido a vivir juntos.

—Pero, ¿la perdonarías? —Quise saber.

—Lola, cada persona es un mundo. ¿Estás pensando en perdonarle?

—¿Puedes aparcar tu profesión a un lado y dejar de intentar adivinar mis pensamientos? No, no me planteo perdonarle, solo quiero conocer la opinión de un profesional.

—¡Ja, ja, ja! Seguro que lo has pensado en alguna ocasión. De lo contrario no lo preguntarías.

—Acabo de decirte que no. Me lo planteó su hermana; dijo que estaba roto. Él roto, creo que tenía ganas bromear. No sé cómo pudo mencionar tal cosa.

—¿Y por qué no? A veces cometemos errores que nos enseñan a no volver a tropezar. O preferirías vengarte de él. Yo estoy libre… —Su risa delata que solo debe ser una broma esto que me acaba de decir.

—¿Bromeas? —me pongo nerviosa—, sí, claro que bromeas. No creo que la venganza me supiera bien.

—Muy bien, Lola, eso me gusta.

Me mira fijamente y me intimida. Tantas veces que yo desnudé mi alma ante él, y ahora, siento que él está desnudando mis ojos haciéndome sentir vulnerable. Será mejor que me vaya.

—Tengo que marcharme…, me ha encantado verte fuera de consulta, aunque la charla ha sido un poco terapéutica.

—¿Sigues teniendo mis números? Podemos volver a quedar, un café, una cena, ahora estamos en el mismo bando y podemos desahogarnos juntos.

Que defina «desahogarnos», porque me estoy poniendo muy muy nerviosa.

—No creo que te llame, me estás empezando a dar miedo.

Ambos reímos, yo estoy atacada y creo que lo ha notado.

—No hace falta llegar a la cama, las cenas a secas existen. Y yo no muerdo…, aunque tú, seas un sabroso manjar.

He salido de allí echando leches y sin saber ni por dónde pisaba. De regreso a casa, me doy cuenta de que, sorprendentemente, mis pensamientos no incluyen al canalla.

«Nena, no llames a este que tal y como estás, acabas encandilada otra vez.

»¿Cómo voy a encandilarme con nadie, si no consigo borrar a ese imbécil de mi cabeza?

»Tal vez lo que necesitas es quedar con alguien que esté de toma pan y moja, y Mario cumple los requisitos.

»Si soy sincera…, con quien quiero mojar es con el canalla. ¿Qué estará haciendo ahora?

»Ligando con alguna, seguro…

»Rubia claro…

»Con lo guapo que es, candidatas no faltarán. Rubias, morenas, pelirrojas…

»Y yo, como una tonta aquí pensando en él…

»Imbécil…, eso es lo que eres, una imbécil.

Acabo de llegar a casa, tía Juana ha venido a acompañarme y está preparando pizzas para cenar. Las niñas están en Copenhague de vacaciones, viviendo la vida. Me hace feliz que ellas puedan saborear esa juventud que yo desperdicié por lo que entonces creía que era entregarme al amor. ¡¿Se podía ser más ignorante?! Entregarse lo era, al amor no; más bien a las ganas de descargar que tenía él en plena era hormonal a sus diecinueve años.

—Le he comprado a Malena el libro *Todo lo que te amé*, estoy segura de que le gustará.

—Seguro que sí, a mí me encantó; ¡madre mía!, con lo que pude llorar y lo volvería a leer otra vez. Si quieres me quedo a dormir y mañana hacemos paella. ¿O tienes planes? Si los tienes sería estupendo.

—Sí, lo sería. —Sonrío casi sin ganas—. No quiero que te sientas obligada a acompañarme porque las niñas no están, no me muero por quedarme sola, pero sabes que nunca molestas.

—Ya sé que no te mueres, la que se muere soy yo si no estoy aquí para controlarte. ¿Quieres que vayamos al bingo?

—¡Por favor, tía…! ¡Noooo!

Le voy a contar mi encuentro con Mario. Me voy a arrepentir. ¡Ya verás!

—He visto a mi psicólogo. En el centro comercial. Casualidades de la vida…, su mujer le ha sido infiel.

—¿En serio? ¿A esos que saben todo también les engañan?

—Pues ya ves que sí. Me ha propuesto vernos para tomar un café algún día.

—¡Anda! ¿Y eso es bueno? Deberías decirme que sí.

—Todavía no me siento recuperada.

—Se puede salir a tomar un café y acostarse con el acompañante.

—¡Tía…! No estoy preparada para salir con un hombre a tomar café, ni mucho menos acostarme con nadie.

—El luto es para las viudas. Para las engañadas está el sexo, la diversión y seguir viviendo.

Ella también sabe tocar donde duele. Sé que tiene mucha razón; tengo que empezar a retomar mi vida. Un café puede ser un buen comienzo.

Mis hijas volvieron de sus vacaciones el día veinticuatro y ese mismo día nos fuimos a casa de sus abuelos. Hoy es veintiséis de diciembre, y ya estamos de regreso. Han sido unas Navidades

entrañables con la familia e intentando olvidar penas en algunos momentos. Después de dejar a las niñas en el centro de Valencia, regreso a mi casa y al aparcar el coche en el garaje, miro mi teléfono comprobando que tengo tres llamadas perdidas en la barra de notificaciones. Son de un mismo número que desconozco, y algo me hace sospechar que puede que sea de Mario. ¿Modo de averiguar quién es? Editar contacto y mirar foto de WhatsApp. Grabo contacto como «aa», y en el chat una foto del Monte Naranjo. Menuda pista, media España ha visitado el Monte Naranjo —menos yo—. De nuevo, en ese preciso instante entra una llamada de ese mismo número casi matándome del susto y descuelgo.

—Dígame…

—¿Lola?

—¿Sí?

—Hola, ¿te acuerdas de mí?

Reconozco su voz.

—Vagamente. —Y esbozo una sonrisa.

—¿Te apetece un café? ¿Una cena? ¿Una comida? ¿Un desayuno? ¿Un cine? ¿*Puenting*? No dirás que no te lo pongo fácil.

Demasiado fácil me lo está poniendo. Un reflexivo silencio dudando sobre mi decisión hace que él llame mi atención ante la falta de respuesta.

—¿Te he molestado?

—No, no, disculpa, me has pillado aparcando y… ¿Algún día en particular?

—Bien…, mirando mi agenda…, solo podría ser entre lunes y domingo, día y mes lo eliges tú. Mis horas disponibles son desde las seis de la mañana hasta las seis de la mañana del día siguiente. Y tendría que ser antes de treinta años; luego tengo planes en cualquier geriátrico del mundo y no sé si podré acudir a la cita.

—¡Ja, ja, ja! —Esto es lo que necesito, risas—. Este sábado lo tengo libre, una comida no estaría mal. Con una condición.

—¿Voy a tener que pagar yo?

—No, si aceptas la condición te invito. —Sonrío.

—Está bien…, acepto.

—No te he dicho cuál es… —Sigo sonriendo.

—Ahora estoy en crisis; tres pensiones de tres hijos. Con tal de que pagues tú, aceptaré cualquiera que sea la condición.

—Deberías conocerla antes de aceptarla.

—La imagino, suéltalo ya.

—Nada de citas, comida de amigos.

—¡Vaya! Tendría que haber pagado yo. Lo sabía.

Esa llamada llega a su fin entre risas. Al colgar necesito reflexionar; esa costumbre de darle vueltas a mi cabecita no la he abandonado.

«Has reído, Lola, ¿cuánto hace que no reías?».

»Ya sabes cuánto hace.

Hubo un tiempo en que me moría por gritar, y ahora me muero por reír. Mi Lola endemoniada no deja de cuestionarme y recordarme que lo de los gritos acabó en catástrofe. Intentaré por todos los medios que las risas sean divertidas, sin subidas y sin caídas; lo que viene siendo una línea extraplana… Acabo de recordar «la línea», esa que el canalla cruzó, y eso me demuestra que necesito cada vez más retomar mi vida.

«Lola, él habrá rehecho su vida y tú, aquí estás, pendiente de su recuerdo.

»Prometo centrarme en las risas.

Se acerca la media noche y estoy metiéndome en la cama. Es el peor momento del día y el peor lugar de la casa. Como cada noche duermo acompañada, él se tumba a mi lado sin pedirme permiso. Odio no poder echarle, odio recordar su aroma, odio escuchar en silencio sus palabras, y odio cada vez que apago la luz para esconderme bajo la sábana y sentir cómo me abraza y cómo me ama. Cada vez, al finalizar voy al baño, me miro al espejo y odio a esa Lola perdida, atormentada, adicta al recuerdo, incapaz de controlar sus deseos.

Al regresar a la cama un nuevo tormento me aborda: la incertidumbre acerca de mi próximo encuentro con Mario y, como veo que entre uno y otro no me van a dejar descansar, decido llamar a Olga, el día veinticinco hable con ella y la noté desanimada.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—A punto de meterme en la cama, no tengo claro si en la mía o en la tuya.

—¿Qué te pasa?

—Necesito salir de aquí. Creo que he llegado al límite de mi tolerancia y estoy cruzando la línea de lo insoportable.

—No te quiero condicionar, pero sabes que puedes venir cuando quieras.

—Necesito acabar con esto, no lo soporto más.

—Olga, tranquilízate. ¿Y cómo va todo con Felipe?

—Eso es lo que peor llevo. Él sigue aceptando, soportando y esperando a que yo decida, si es que lo decido alguna vez. —Está muy enfadada.

—Veo que con él ha mejorado la cosa…

—Sí, con él bien. Soy yo, me duele reconocer que reniego de una vida con mi amante, para entregársela al pasivo de mi marido; pasivo para lo que quiere claro…

—¿De qué hablas?

—Nada…, ya no controlo lo que digo.

—No estás bien, deberías aceptar lo que de verdad necesitas tú, y complacerte.

—Tendría que pedir ayuda. ¿Verdad?

—Pues…, hablando de esa ayuda…, he visto a Mario —decido confesar.

—¿Vuelves a terapia y no me dices nada?

—No no, no he vuelto a terapia, le vi estando de compras. Tomamos un café y…, me ha llamado.

Aquí ya estoy empezando a temblar, porque seguro que algo me suelta y sé que me va a molestar.

—¿Te ha llamado? ¿Para qué te ha llamado?

—Pues…, para comer…

Ahora lo suelta.

—¡Vaya! No pierdes ocasión. —Ya lo ha soltado, callo y espero—. Es broma mujer, sal y fóllate al psicólogo y disfruta por las dos, verás que pronto olvidas a Javier.

Y ya lo ha rematado…, y claro, me enfado.

—¡¿Por qué tienes que nombrar al innombrable? ¡¡¡No viene a cuento de nada!!! Te recuerdo que la última vez que dijiste que me follase a alguien… —grito—, no sé ni para qué sigo con esta conversación, ni tan siquiera te he dicho que pienso ir y, por supuesto, tampoco que quisiera tirármelo. No necesito pedirle permiso a nadie. Bueno sí, perdón, se me olvidaba, a mi corazón, y por si te interesa me lo prohibiría, ¿sabes por qué? porque no le olvido. Pero no pasa nada, tú lo mencionas y yo hago como que no me doy cuenta, así parece que mi vida sigue. Y no sigue, estoy tan estancada como la espada de Merlín. Y tú, me ayudas poco. Y nada más. ¡¡¡Que pases

buena noche!!!

Después de colgar inicio unas profundas respiraciones y medito sabiendo que he sido muy injusta con ella; no está pasando un buen momento y yo, haciendo uso de mi actual egoísmo, solo pienso en mí y en mi dolor. Me ha molestado que sea ella precisamente la que lo mencione, ya que es la persona que más conoce mi dolor y siento que no se pone en mi lugar. Del mismo modo me duele pensar, que bastante mal está ella en su lugar, como para ponerse en el mío. El remordimiento ya está aquí y de nuevo llamo.

—¿Tienes idea del daño que me haces? —Ese nudo instalado en mi garganta y en mi alma no me deja decir nada más.

—Sí, la tengo y lo siento. Creo que estamos demasiado vulnerables por culpa del género masculino, y no menciono a nadie. Estamos para lanzarnos a un contenedor y revolcarnos entre los desperdicios, te aseguro que pasaríamos desapercibidas, porque hay tanta mierda a nuestro alrededor con respecto a los tíos, que estamos convirtiendo nuestra vida en una letrina. Y ahora, acabado este momento filosófico que se ha apoderado de mí, ¿piensas decirme si vas a comer con Mario?

—¡Eres terrible! ¿Sabes que te quiero?

—Sí, lo sé, y deberías decírmelo más a menudo o lo olvidaré.

—Está bien, tomaré nota. Y sí, comeré con él, una comida entre amigos no me vendrá mal.

—Bueno, si en algún momento de la comida ves que se pone cachondo y no te apetece, me llamas y ya te hago yo el favor de rematar la faena.

No puedo evitar reír. Es evidente que ella no está ahora para rematar nada, y tan solo ese toque de humor en el que oculta sus penas, es suficiente para conseguir que de nuevo mi cuerpo experimente la sensación de que hay muchas cosas que iluminan mi vida, que no circulan en torno a él, y que me pueden hacer feliz. Aunque cada vez que pienso en él, esa luz se apaga de nuevo devolviéndome a la oscuridad de mis días.

Es sábado y no he vuelto a hablar con Mario hasta esta mañana que me ha enviado un mensaje recordando la comida, a pesar de que yo no la había olvidado.

Mario 10:12: Buenos días. Ya sé que me recordarás vagamente, solo quería refrescar en tu memoria que habíamos quedado para comer, y no se me ocurre ninguna excusa para dejarte plantada, así que no tengo más remedio que ir y soportarte todo el rato.

Lola 10:19: Buenos días, siento tener que ponerte en esa tesitura. ¿Dónde te parece cumplir tu calvario?

Mario 10:21: Donde tú quieras, recuerda que pagas.

Lola 10:23: Ya podrías olvidar algunos detalles insignificantes.

Mario 10:24: Los detalles van unidos a la condición, cuando quieras los obviamos.

Me ha parecido tener la sensación de que una mariquita intentaba asomar la pata. Las ciento noventa y nueve garrapatas restantes, adueñadas por el pensamiento del canalla, le han aplastado la cabeza y se la han cargado. Esto no tiene fin.

Respondo.

Lola 10:26: A las 14:00 en «El velado». Pagaré.

Acabo de instalarme en mi cama, sabiendo que una nueva noche se acumula al contador de mis horas en vela. He vuelto a esas infusiones de pasiflora que hacen el mismo efecto que si me tomase ocho cafés. Y lo peor de todo, es que creo que empieza a afectarme en el trabajo; la falta de descanso me pasa factura durante el día.

La comida con Mario ha sido reconfortante, y a pesar de que ha habido momentos en los que la confusión me ha llevado a plantearme regresar a mi sofá y a mi pijama, su compañía me ha

disuadido de ello, atrapándome y no dejando que me escapara. Durante el encuentro, el canalla se había esfumado, y para no perder el hábito ya de vuelta a casa vuelve a resurgir. Apoyada en mi almohada, ahora compruebo que en mi cama somos tres, Mario se ha incorporado a mi equipo de veladores empedernidos. Hasta ahora el equipo tan solo lo formábamos el canalla y yo.

Son casi las doce y mi chat suena.

Mario 23:41: Que descanses. La próxima vez prometo pagar yo, siempre que tú, prometas no meterme mano y mantener las distancias.

Lola 23:43: Haré un esfuerzo. Buenas noches.

No puedo evitar sonreír, desconocía ese lado informal de Mario y me encanta. Es muy atractivo y no quiero caer en la tentación, porque me resultaría muy difícil meterme en la cama con alguien con quien he desnudado mi interior; claro que siempre se puede hacer en el coche o en la bañera.

«La bañera es de él, Lola.

»Será de quien yo quiera.

»Pues eso, de él.

Esto sigue sin tener fin.

He quedado varias veces con Mario. Todo está siendo muy diferente. Él está consiguiendo que mi vida esté empezando a cambiar. No podía imaginar que un psicólogo con esa pinta de estirado pudiese ser tan divertido; reímos mucho, tanto que ahora cuando llego a casa ya no me acompaña el canalla; mis pensamientos se distraen recordando las risas y lo que vivo con mi Mario. Estamos creando un vínculo especial y, aunque a veces le miro y no dejo de ver su atractivo y que ese cuerpo al desnudo debe ser todo un espectáculo digno de contemplar, no quiero que esta amistad se estropee.

De joven nunca tuve amigos, siendo una niña conocí al padre de mis hijas y ahí se acabaron las amistades con el sexo contrario. Él nunca fue posesivo ni celoso, pero yo aparté mi vida para convertirme en esposa y madre. Los amigos con los que me relacionaba eran las parejas de mis amigas o los amigos de mi ex, y aquello no pasaba de meras quedadas en grupo. Mis encuentros con Mario cada vez me gustan más y no quiero que, por no saber contener una atracción, todo se despedace.

Hoy, le he hablado de Olga, muy superficialmente, pero con la información necesaria para que acceda a un encuentro fuera de consulta. Es un favor personal que le he pedido, y al que él, haciendo uso de su amabilidad, ha accedido. Yo no estaré presente, creo que si asisto opinaré más de la cuenta y no será bueno para ella, entre otras razones porque acabaríamos discutiendo.

Por fin Sara y Patri regresan de su último viaje. Estaban en San Sebastián; esta vez para una nueva fragancia de mujer. Acabada una gran charla en la que me cuentan sus vivencias, la mayor se va a su casa con su amado, y Sara y yo seguimos con la conversación. Creo que necesito hablar con ella de mujer a mujer y sincerarme. Las citas con Mario, que no pasan de ser encuentros entre amigos, me están devolviendo la vida y quiero que ella lo sepa.

—¿Pero quedar de quedar? —Parece sorprenderse.

—Quedar de amigos, sin más. Con él todo es diferente, hablamos, reímos, hablamos, reímos…, una bonita amistad. En estos momentos no necesito ninguna historia con nadie. Yo nunca había tenido un amigo, y este me está gustando mucho.

—Pues…, si tú estás bien…, genial.

Observando cómo queda callada y mirándome indecisa, tengo dudas de si tiene algo que opinar, o tiene algo que ocultar. Le pregunto por esos ojos siniestros y me responde.

—Me ha escrito…, varias veces. No te lo quería decir. Nos dijiste que como si estuviese

muerto y eso he hecho.

—¡¿Y qué pasa?! ¡¿Ha revivido?! —Me enfado.

—No.

Sara se queda inmóvil, sin capacidad para responderme ni reaccionar, y yo he sentido el ímpetu de salir corriendo para no preguntar lo que no debe interesarme. Como era de esperar, la curiosidad me ha traicionado, me ha retenido y me ha incitado a fisgonear. Disparo.

—¿Qué te dice? —interrogo.

—Solo que si estás mejor. Que necesita que estés bien. Se interesa por tu estado de ánimo…, se preocupa por ti. Me da pena, mamá.

—¿Pena? La próxima vez le dices que estoy perfecta y que me estoy tirando al puto psicólogo. No lo conoce, pero saberlo le gustará.

—No le voy a decir eso porque es mentira. —Sara mantiene la calma.

—¡¡¡Da igual, se lo dices y que se joda!!! —grito.

Necesito alejarme de Sara, necesito echar a correr, necesito que la gente me entienda a mí y no le victimice a él. Mi impulso de madre, hace que retorne y la abrace. Ella también llora.

—Hija, perdóname por haberte gritado. Tú no tienes la culpa de nada. Aquí solo hay un culpable. ¿Sabes qué sucede? No os dais cuenta de que me consumo, ya no tengo vida, él me la ha quitado, y encima me dices que te da pena.

—Lo siento, mamá, no volveré a decirte nada.

—No. No volverás a responder a sus llamadas si no quieres traicionarme.

—No digas eso. No quiero traicionarte, es solo que le veo muy arrepentido.

—Pues bien. Que se quede con su arrepentimiento y que se olvide de preguntar por mí.

Me sigue mirando sin responder a mi alegato. Estoy intuyendo que no va a cumplir mis deseos, además, creo que hay más noticias que desconozco. Sigue mirándome y sigue desconcertándome.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo más?

—Sí, es solo que…, no tiene nada que ver con él.

—¿Con qué tiene que ver?

—Conmigo…

—¿Contigo? ¿Qué pasa contigo? —Ya me noto preocupada.

—He conocido a alguien.

No sé por qué, leo en su rostro que no me va a gustar nada ese alguien.

—¿A alguien? Define «alguien».

—Defino…, actor, protagonista de «*Si vuelves*». Ya está…, definido.

¿Asier Roca? ¿Actor revelación de los últimos *Premios Goya*? ¿Protagonista de la película de actualidad? Ahora tengo otro interrogante. ¿Le ha conocido…, de que le ha pedido un autógrafo o algo así? O, ¿le ha conocido de tener citas con postre?

—Deberías hablar un poco más y no lanzarme telegramas.

—Le conocí en Barcelona, coincidimos en el hotel. Un día que yo subía en el ascensor, él entró cuando la puerta se cerraba…, casi me caí del susto cuando le vi. Empezó a soplar diciendo: «por poco me quedo sin medio yo». No pudimos contener las risas. Al día siguiente, tenía descanso y me senté en el hall del hotel a esperar, solo para verle, y ni tan siquiera sabía si seguía allí. Casi a mediodía llegó, entró y ni me vio. Tres horas con el culo aplastado para que ni me viera.

—Le sobran las admiradoras —digo en tono conformista.

—No he dicho que ni me miró…, he dicho que ni me vio. —Veo que quiere contarme algo

más—. Paloma y Patri, habían ido a hacer turismo por la ciudad, así que después de tanto esperar a Asier, no me apetecía esperar a nadie más y me fui al restaurante a comer. Y allí apareció y se acercó. Me preguntó si estaba sola, le contesté que no, que mis acompañantes eran invisibles. Otra vez nos echamos a reír. Se sentó y me preguntó qué hacía allí, le comenté que estaba trabajando, y bla, bla, bla…

—Hija me tienes anonadada, sigue.

—Cuando acabé de hablarle de lo mío, me preguntó si sabía quién era él. Le dije que sí y se extrañó, porque no le había pedido una foto ni un autógrafo. No sé de dónde saqué aquella ocurrencia, pero le respondí: «Algún día yo seré más famosa que tú y entonces querrás hacerte una foto conmigo, así que prefiero esperar». De nuevo reímos, y dijo: «No necesito que seas famosa, la quiero ya». Y con su teléfono la hicimos. Comió bastante rápido y se fue sin tan siquiera pasarme la foto. Esa misma tarde la colgó en su Instagram, en el público, era el único modo de asegurarse de que yo la vería.

—¿Sin tu permiso?

—¡Mamá…!, no te fijes en los detalles insignificantes. ¿Sabes qué puso?

—¿Qué…?

—Yo también pido fotos a mis *ídolas*. En el avión ya de camino a Turquía donde me espera rodaje. Instagram, nuestro mejor aliado, besos a mis fans.

—¿Y qué pasó?

—Pues leí un mensaje entre líneas. «Instagram, nuestro aliado», y lo pensé mucho porque no quería hacer el ridículo. Al final me decidí y envié una petición a su cuenta privada, con dos coj… ¡ja, ja, ja! Y respondió. Adivina qué fue lo que respondió.

—No sé hija…, me parece todo tan de película…

—Me dijo: «Bravo, has captado el mensaje. Con las prisas olvidé pedirte tu número de teléfono, tu nombre, o algún dato para localizarte, y me vi perdido».

Me dio su número de teléfono. A partir de ahí chateamos a menudo y me llamó alguna vez. Cuando fui a París cogió un vuelo desde Estambul y se presentó allí…, solo para verme. Y hasta hoy.

—Pero…, ¿estás con él?

—Estar lo que se dice estar, poco, porque apenas nos vemos. Si la pregunta es si hay relación, sí, la hay. En París no pasó nada, es decir…, comimos, paseamos, fue al despedirse que me dijo que no quería que yo pensase que tan solo era un famoso acumulando una conquista más. En el último minuto me dijo: «¿A cuántas chicas crees tú que he visitado yo en París, cogiendo un vuelo desde Estambul para estar apenas catorce horas con ella?».

—¿Qué te dijo?

—Le dije que no lo sabía. Y sonriendo me confesó: «A ciento veintiocho». Le respondí: «Pues sí que has estado veces en Estambul». Reímos una vez más y me soltó lo definitivo: «Yo solo haría este viaje por alguien que me robase el aliento al mirarla, y me lo devolviese al verla sonreír».

—Hija…, te estás emocionando.

—Es que eso fue lo que sus labios dijeron. No te imaginas lo que decía su mirada.

Lo imagino, claro que lo imagino, yo he visto esa mirada.

—¿Y qué hiciste?

—Le mencioné mis siguientes destinos.

—¿Y fue?

—¡Nooo! que va, me dijo que no abusase de él. Aunque sí ha ido a alguno de ellos. Mamá, te

lo tenía que decir porque ya me ha avisado que de un momento a otro saldremos en prensa. Y no es cuestión de que te enteres de con quién sale tu hija por las revistas.

—Yo no leo revistas. Y necesito que entiendas que esto que voy a decir lo digo desde el punto de vista de madre. ¿No es un poco mayor para ti?

—Doce años, y no me importa. Nunca ha tenido pareja conocida, y ahora se prepara para que yo salga en las revistas como su chica. Creo que eso puede ser una buena señal de que algo conmigo es diferente.

—Los actores casi nunca tienen relaciones estables, esto lo digo desde la posición dañada que tengo adquirida y a punto de patentar. No quiero que te rompan el corazón.

—Demasiados puntos de vista, mamá. El daño es amargo. Dejar la vida pasar es, además de amargo, inútil. Estoy enamorada, mamá.

Sara tiene razón. Cuando estás enamorada no tienes miedo al daño. Solo piensas que prefieres morir en el intento, antes que quedarte parado viendo cómo la vida pasa. Es cuando mueres que maldices haber arriesgado en lugar de ser una mera espectadora del mundo, porque el dolor que queda supera con creces los buenos momentos vividos. Tengo serias dudas de si esto es así. Reconozco que me duele aceptar que aquellos días fui muy feliz. El daño que me hizo, ya convertido en una parte más de mi cuerpo, se niega a dejarme ver nada bueno de aquella historia.

Desde que Sara me alertó de su nueva relación he intentado ver algunos programas del corazón y, efectivamente, ya empiezan a rumorear el idilio de Asier Roca. La joven sale con gafas y gorra y la anuncian como alguien desconocido que nada tiene que ver con el mundo del famoseo. Mi Sara…, me aterroriza pensar que un día saldré a la calle y me encontraré rodeada de fotógrafos, como *Lady Di.*

«No será para tanto».

Apago el televisor a la vez que suena mi teléfono y compruebo que es Mario. Me ofrece un café, y sabiendo que ayer estuvo con Olga, no sé si el café me apetece, lo que sí quiero es preguntarle demasiadas cosas a cerca de mi amiga.

Quedamos en el mismo lugar de siempre. Sé que debí cambiar de cafetería, y aun sabiéndolo, no lo hice. El cambio de supermercado no funcionó y desistí de seguir con los cambios. Sentada esperándole veo que llega. Nos saludamos y seguido de unas breves palabras, pregunto por mi amiga.

—¿Cómo viste a Olga?

—Regular.

—¿Regular y qué más?

—Eso es secreto profesional.

—¡No me jodas! No estabas en consulta, era un encuentro entre amigos.

—Lola…, la amiga eres tú, a ella la vi como paciente, a pesar de no estar en consulta.

—No me puedes hacer esto, estoy preocupada, ¿por qué crees que te pedí que la vieras?

—Y lo entiendo, pero si quieres saber algo más de lo que sabes, te lo tendrá que contar ella.

Le odio, y mi mirada se lo comunica,

—¡Te odio…! —Se lo digo por si con la mirada no es suficiente.

—No dormiré esta noche…

—¿Para esto te pido un favor?

—Me puedes comprar. —Arquea las cejas.

—¿Comprarte?

—Sí, comprarme. Todos tenemos un precio.

—¿En la compraventa no existe el secreto profesional?

—Puedo hacer una excepción, solo para ti —expresa.

Y esa carita…, me indica que el precio de la venta es «carito carito».

—¿Por cuánto te dejas vender?

Ambos reímos como si se tratase de una broma, a pesar de que creo que esto va muy en serio. Se acerca a mí y bajando el tono de su voz lo suelta.

—No lo pagarías.

—No lo sabes.

—Lo sé, soy tu terapeuta —asegura.

—No. Exterapeuta. Yo ya no te cuento mis secretos.

—Sé más de tus secretos de lo que imaginas.

—Lo de ser odioso lo haces porque te pone… ¿No?

—¡Ja, ja, ja! Está bien, te daré un indicio si me respondes a una pregunta. —Seguimos sonriendo.

—¿Solo una pregunta? De acuerdo...

—Allá voy. ¿Cabe la posibilidad de que alguna vez, estos encuentros se conviertan en algo más que un café o una comida entre risas? No quiero que empieces a excusarte o darme explicaciones. Solo necesito un sí o un no.

«Pues parece que lo de no estropear esta amistad, él no lo tiene tan claro como tú».

Sabía que me arrepentiría de hacer el trato, y en este momento es cuando realmente soy consciente del extremado atractivo de Mario y de lo mucho que aún recuerdo al canalla.

—La respuesta es…, creo que no, y quiero que me dejes explicarte. —Me mira y escucha—. Eres encantador y muy atractivo, por cierto, el problema es que no me veo capacitada para poder jugar a dos bandas. Él sigue estando presente en mi almohada y no me parecería justo quedar contigo en ese modo y que, cuando me dieras un beso, cerrase mis ojos pensando que quien me besa no eres tú. Sabes que seguramente esto es lo que sucedería. Nunca volvería con él, no hay nada de lo que esté tan segura como de eso, solo necesito tiempo para que el recuerdo pase a ser un pasado olvidado. Solo entonces estaré preparada para decidir con libertad si quiero quedar con alguien, para algo más que una comida con risas. —Sigue mirándome—. Espero que esto no estropee nuestros encuentros porque de ser encantador pasarías a ser odioso.

—No va a estropear nada. A no ser que te moleste lo que te voy a puntualizar. —Se acerca y con voz grave me informa—. Tú, no tienes ni idea de cómo beso yo, igual ese beso es el que necesitas para dejar vacía tu almohada de una jodida vez. —Vuelve a hablar normal—. Tranquila, solo era una pregunta entre hombre y mujer, nada sentimental.

No me lo puedo creer…, ¿solo quiere un polvo?

—¿Me estabas pidiendo sexo puro y duro? —le digo sorprendida.

Él afirma con la cabeza y no sé si creerle. Intentaré no prestar demasiada importancia a lo que en realidad para mí sí la tiene. Pasaré por alto ese comentario y pediré el indicio acerca de Olga.

—Te toca darme la parte pactada.

—Claro. Vamos allá. —Empieza a hablar de ella—. Es evidente que no está bien, tiene un fondo rebelde y libre escondido tras una educación demasiado conservadora. Además de que su generosidad no le permite pensar en sí misma antes que en los demás. Y luego hay algunos detalles que tú desconoces, que me ha dejado muy claro que no quiere que te cuente.

—¡Qué mona ella! Por algo no querrá que me lo cuentes. Debe ser algo bonito de Paco.

—Eres muy suspicaz.

—¿Suspicaz? Vamos, lo que viene siendo en cristiano, lista.

—¡Ja, ja, ja!, sí, eso mismo, una chica lista.

—¿Es algo grave?

—Algo desagradable que no puedo contar.

—No me puedes dejar así.

—No puedo contártelo—. Arquea sus cejas, me mira, parece que quiere soltarlo, pero sigue sin decir palabra—. No puedo contártelo…, aunque deberías saberlo… —repite.

¿Qué me quiere decir con eso? Si debería saberlo que me lo cuente y olvide el secreto profesional. ¿Y por qué me mira así? ¡Ostras!

—¿Puedo adivinarlo?

—Podrías… —afirma.

—¡Guau! Genial. A sabueso no me gana nadie. Aunque los sinvergüenzas se me resisten.

—No lo dudo.

—¿Es algo grave…? Claro, por eso tengo que saberlo…, espera… —Pienso—. Me he quedado en blanco…, es de Paco…, maltrato físico no.

—No.

—Sigo en blanco…, podrías dame una pista…, ¡olvida tu puto protocolo profesional! —Me estoy poniendo nerviosa.

—Lola, piensa…

Recuerdo las muchas veces que Olga me ha dicho que no le apetece tener sexo con él y que tiene que ceder.

—La obliga a tener sexo…

—Voy a callar…

O sea que sí…, eso ya lo sabía…, debe haber algo más…, y está claro que es relacionado con el sexo.

—Es acerca del sexo…

—Voy a callar…

—Le es infiel…, no puede ser si no sale de casa…

—La infidelidad no siempre es física…, esto solo es un dato informativo.

¡¡Informativo, informativo…, que lo suelte ya!!

—Tiene sexo por internet con otras… —Sigo intentando adivinar.

—Internet no es lo suyo.

—Internet no…, tiene sexo con otras…, y no le es infiel porque no sale de casa… ¡¿Qué mierda de jeroglífico es este?!

Acabo de recordar una imagen. Yo había ido a casa de Olga, habíamos quedado para ir de compras y él estaba allí. Tenía una revista en su mano y de entre sus páginas cayó una foto que, basándose en la ley de *Murphy*, cayó boca abajo. No le di demasiada importancia a aquello, y ahora se me pasa por la cabeza una escena. Paco, masturbándose con fotos de jovencitas…, y me horrorizo, porque si tiene fotos de jovencitas no deben ser desconocidas. Y si no son desconocidas…

—Dime que no lo ha pillado masturbándose con fotos de mis hijas.

—No, Lola, con tus hijas no.

—¿Con su hija? No puede ser…, no, eso no es posible.

—Otro dato informativo es que no tiene por qué ser con jovencitas…

Me sigue mirando, sigue arqueando sus cejas, sigo retorciendo mi cerebro, sigo pensando…, y me sigue mirando… Y… no, lo que ahora pienso, no…, no lo creo, no…, niego con la cabeza, Olga no aguantaría eso, es imposible…, debe ser otra cosa…, que me diga que no…

—No…, dime que no… —Solo con mi mirada sabe que lo he adivinado.

—Lola…, ella no puede saber que hemos tenido esta conversación. Le prometí que no te lo diría…

—N ecesito vomitar…

Han pasado varios días desde el nefasto momento en el que me enteré que el marido de mi mejor amiga se masturbaba pensando en mí. Ella comenzó a sospechar una noche en pleno acto sexual, cuando él pronunció mi nombre. Intentó hacer caso omiso justificando la similitud de vocales, pero aquello se repitió en alguna que otra ocasión. También había adquirido la costumbre de encerrarse en el baño, para su aseo u otras necesidades, siempre acompañado de un periódico incluso de fecha pasada. Entre sus páginas guardaba mi foto. Esto, ella lo descubrió un día que, ya sospechando, le llamó gritando como una loca alegando haber visto una cucaracha. Al salir corriendo para matar al bicho, ella aprovechó y se precipitó a entrar al baño, para encontrar entre las páginas del diario una foto mía impresa, que al parecer había conseguido de mi perfil de WhatsApp. Supongo, que imprimir la foto, sencillamente era para aumentar la visión. Se las ingeniaba bien para lo que quería, el muy cerdo.

Por suerte, Olga ya está en casa. Digo ya, porque por fin he podido convencerla de que abandone al cerdo. Ahora, en mi vida hay un canalla y un cerdo que me abordan en la oscuridad y no me dejan conciliar el sueño. No obstante, reconozco que el cerdo no le llega ni a la planta de los pies al canalla, y que me repugna tanto, que tengo la certeza de que pronto desaparecerá.

Olga desconoce mi conversación con Mario, y ha sido ella misma la que me ha confesado las cerdadas del cerdo —y valga la redundancia—. Una vez más, necesité ejercer mi faceta de mentirosa, pero por una buena causa. Le dije que había recibido una videollamada de su marido y que, si me prometía que no volvía a casa, le contaría lo que me pidió en esa videoconferencia. Ella que imaginaba lo que supuestamente me habría pedido, alegó que no necesitaba saber nada, y confesó, que comenzaba con mi foto y acababa con ella en la cama alternando nuestros nombres. De nuevo tuve una desagradable sensación nauseabunda y fue cuando me puse lo más rotunda posible.

—Ahora, te vas a olvidar de Felipe por un momento, porque la que te doy a elegir soy yo. O él o yo…, o le abandonas o te abandono. Solo te daré veinticuatro horas para que llegues a mi casa con las maletas, tú y la niña…

Y efectivamente, en esas veinticuatro horas recogió algunas cosas, y antes de marchar le dejó unas bonitas palabras de despedida a su queridísimo Paco.

—Sigue masturbándote con quien te plazca, eres tan hombre que no sabes ni follar, solo pajearte. Yo seguiré follando con el que me revuelve el sentido haciendo que mis orgasmos sean paranormales…, se llama Felipe y es el Dios de mi universo de placer. ¡Ah!, y la tiene de veinte centímetros, no como la tuya que no llega ni a diez.

Intuyo, que el cerdo no entendería a qué vinieron las últimas palabras de Olga: «¿Ahora no solo te pajeas con foto, cerdo de mierda, necesitas verla?». Menos mal que él no preguntó y ella no indagó; mi cuartada quedó bordada; solo faltaba la vainica.

Sigo sin entender cómo puede dar pena un marido que se masturba con tu amiga y acaba follándote pensando en ella, incluso pronunciando su nombre. Mario tenía razón cuando decía que ella estaba haciendo una obra de caridad no dejándole. Tampoco entiendo hasta dónde llega el rollo ese del secreto profesional, que es capaz de encubrir a un delincuente solo por guardarle el secreto. Por lo visto, es más importante un secreto que el bienestar de una persona, incluso que su vida en algunos casos.

Hoy ha venido Mario a visitarnos, lo he invitado a cenar. Es nuestro psicólogo particular —el de las dos—. Sé que Olga no necesita demasiada ayuda, la veo liberada y con más ganas que

nunca por ver a Felipe. Verla tan dichosa me hace feliz. En cuanto a Mario, cada día me parece más encantador, y cada día hace que recuerde menos. Al marcharse he bajado a despedirle, necesitaba tomar el fresco, además de confesarle algo.

—Eres un sinvergüenza.

—¿Cómo dices? —Se asombra.

—Sabías que me desestabilizarías.

Sabe a lo que me refiero.

—Sí, lo sabía.

—¿Y cuál era el objetivo?

—Vaciar tu almohada y meterme en ella. —Sonríe.

—No puedes hablar en serio.

—¡Ah, ¿no?!

—Tú no quieres un polvo conmigo.

Por un momento, calla.

—No, no quiero un polvo.

—¿Por qué me hiciste esa pregunta? ¿Y si llego a decir que si quiero algo más que simples encuentros amistosos?

—Yo soy facilón, me presto a todo.

Me inmoviliza congelando su mirada sobre la mía. Es la primera vez que me pregunto si tengo ganas de besarle. Y me alegro, porque eso significa que cada vez estoy más cerca del olvido. No deja de retener mi mirada y tengo dudas de si está pensando lo mismo que yo.

—Lola, no te tortures, las palabras no siempre llevan un trasfondo. Esta noche, cuando te metas en la cama, no entres en ese círculo vicioso de querer averiguar que he querido insinuar; sé que eres muy dada a ello. A veces la situación se presta a coquetear un poco, nada más. Entre nosotros hay una atracción evidente, y también un muro infranqueable por tu parte. —Me da un beso en la cara y se aleja.

Y a voces le llamo.

—¡Me has dejado mucho peor! ¿Por qué no aprendes a estar calladito y no decir cosas que me lleven a entrar en ese círculo vicioso?

—¡Tomo nota, entre tanto, vacía tu almohada! —vocea desde la distancia.

—¿Qué más te da? Tú no quieres entrar en ella. —Sonrío perversa y provocándole. Algunas de mis mariquitas se desperezan queriendo despertar.

—¡¡Vacíala!! —Me lanza un beso con la mano.

Se ha ido sonriendo y dejándome de igual modo a mí. Esto me gusta.

Estoy metida en la cama y una noche más me encuentro con los ojos como platos hasta que el cuerpo se rinde por agotamiento. Por un momento, he tenido la tentación de coger mi teléfono y teclear un buenas noches en el chat de Mario. Las dudas me las disipa mi diabla, que con su buena voluntad y en su afán de controlarme, me disuade de ello.

«No lo hagas, Lola».

Opto por dejar el móvil encima de la mesilla, pero con el rabillo del ojo, manejado por un ente desconocido, no dejo de mirar y sentir la tentación de volver a coger el aparato.

«Eso tampoco, Lola».

Lamentablemente, en esta ocasión no consigo hacerle caso. Busco entre mis contactos, «*elquetehadestrozadolavida*» y quito el bloqueo. Entro en WhatsApp, comprobando su última conexión. Las 23:16h, y empiezo a imaginar si habrá tenido una conversación caliente, de las que tenía conmigo, pero con otra. Me doy cuenta de lo estúpida que soy y huyo de aquí volviendo a

bloquear este maldito contacto.

No es la primera vez que hago esto, y no tengo ni idea de por qué cojones lo hago, puesto que no tengo ninguna intención de escribir. Tal vez solo espero ver si cambia la foto de Chaplin y pone una suya. Tal vez…, no se me ocurre nada porque no hay nada. Es tan sencillo, como que no puedo controlar seguir aferrándome a su recuerdo, tomando contacto con lo único que tengo de él. Su chat bloqueado.

Enfadada conmigo misma, tiro con desprecio el teléfono al otro lado de la cama y, en ese instante, la campanilla suena. Miro la pantalla y veo que alguien al otro lado me alegrará el momento haciéndome un poquito de compañía.

Mario 00:10: ¿Pensando ya?

Lola 00:10: ¡Qué poco ayudas!

Mario 00:11: Perdón. Solo quería saber si estabas sola o acompañada.

Lola 00:12: Sola.

Mario 00:12: No mientas.

Lola 00:13: ¡Vete a la porra!

Mario 00:13: Acompañada entonces.

Lola 00:13: Ya lo sabes, así que deja de martirizarme.

Mario 00:14: No tengo otra cosa mejor que hacer.

Y ahora este lindo sinvergüenza ha decidido llamarme.

—Disfrutas torturándome —le digo nada más descolgar.

—No voy a responder a eso…

—Cobarde…

—¿Deseas decirme con quién compartes tu almohada? —pregunta directo.

—¡¿Qué coño haces?! —Intento no enfadarme.

—¿Conoces la terapia de choque?

—¿Y tú, reconocerás mi puño cuando choque en tus morros el próximo día que te vea?

—¡Ja, ja, ja! Qué agresiva te pones. ¿Vas a responder?

—Él… ¿Contento?

—Bueno…

—Y tú. —No he podido evitarlo.

—Buenas noches, Lola.

No sé dónde me acabo de meter. Ni por qué su reacción es un buenas noches. Tengo la sensación de que esta es la segunda vez que me rechaza por malinterpretar mensajes, que él envía sibilinamente y que yo me encargo de moldear a mi necesidad. Acabo de descubrir que necesito que alguien me conquiste para poder olvidar. Con la luz apagada veo el rostro de Mario en la oscuridad, solo hasta que, como una apisonadora, el recuerdo del canalla entra destruyendo cualquier pensamiento en el que él no sea el protagonista.

Después de esa noche he decidido hacerle caso a Mario y no pensar demasiado. Dejar pasar las palabras por mis oídos sin llevarlas a mi centro de investigación, como si fuese el FBI, intentando averiguar cada pesquisa de cada letra. Pero estos tres días de incertidumbre, en los que no he tenido noticias suyas, no me han dejado llevar a cabo esa intención. He temido haberle asustado después de informarle de que ahora, él también ocupa mi almohada, Tras mucho pensar, hoy, he decidido llamarle. Al escuchar su voz ronca he sentido un gran alivio sabiendo que un catarro le ha mantenido ausente de mi vida.

¿Que si ese alivio significa algo? Pues creedme que yo dudo más que nadie. De lo que no dudo es de que me ha gustado aliviarme, y no poco. Y aunque me haya gustado, no quiero que el

gran apoyo que he encontrado en Mario acabe estrellándose por empezar lo que no debo. ¿O puede que si se deba?

Me ha reñido y llamado mala persona por no haberme interesado por él. Hemos quedado para vernos mañana. Se me hace largo ese mañana.

«¿Y eso…?

»Y eso, nada.

»Ya…, nada.

Estoy teniendo una mañana odiosa; Manolo no está bien. La preocupación por la enfermedad de su madre le tiene absorbido y necesita que atienda yo a los clientes. Encima, no dejo de recordar que ayer volví a tener un desagradable encuentro sexual bajo mi nórdico y con el canalla. Confieso que intenté que fuese con Mario, me propuse por todos los medios que los besos que imaginaba y las manos que sentía recorrer mi cuerpo tuviesen el rostro de Mario. Pensé que tal vez si lo imaginaba y me excitaba, podría plantearme algunas cosas con él. Intento fallido; mi imaginación sigue tan enganchada como yo del canalla, y mi cometido de cambiar de visitante nocturno fracasó.

Lo de desagradable encuentro lo digo por el remordimiento y odio que me generan estas citas nocturnas al acabar, porque por lo demás…, sigo excitándome fervientemente recordando sus caricias y todo lo que me provocaba y me sigue provocando su ser; de ahí el odio póstumo tras el acto. Cuando acabo, siempre la misma pregunta: ¿Cuándo podré sacar a este canalla de mi vida? Y siempre la misma respuesta de mi Lola diabla.

«Mientras sigas teniendo sexo con él, nunca».

Acabo de encontrarme con Mario. Quiere que me crea que está enfadado, no se da cuenta de que no sabe mentir. En el fondo sé que se alegra de verme tanto como yo a él. Un beso al saludarnos y en este preciso segundo una reflexión se apodera de mí.

«Cuando ves a este, se te olvida el otro».

—Deberías haberme dicho que tenías catarro. Pensé que estabas molesto.

—Claro que estoy molesto, a ver si piensas menos en algunos y un poquitito más en otros que están malitos.

Mejor no respondo a eso.

—¿Tengo hambre? Te invito a almorzar —le digo.

Comenzamos a caminar hacia la cafetería habitual.

—De haberlo sabido, ¿habrías venido a ponerme el termómetro? ¿Y a darme jarabe?

—Tú eres médico, no creo que te hubiese hecho falta.

—Cuando uno está malito necesita compañía de la buena.

No le pienso responder tampoco a eso. Seguimos caminando.

—Voy a comerme una tostada, o un bocata. ¿Te apetece comer algo? Tengo hambre.

De pronto veo que ha parado, me giro sorprendida y mirándome con sonrisa de *«meapetececomertetodo»*, hace que algunas de mis mariquitas intenten asomar por los barrotes de la cárcel en la que se encuentran. Creo que estoy a puntito de darles el tercer grado.

—¿Un bocadillo? ¿Una tostada? ¿Unas lentejas? —le pregunto sonriendo y le miro esperando que decida responder.

—Me quedaré con las lentejas. —Camina de nuevo.

—¿A las diez y media de la mañana?

—A las diez y media de la mañana. A veces hay que romper moldes.

Ahora soy yo la que cesa de caminar.

—¡Estás de coña!, no vas a comer lentejas ahora.

—¿Por qué no?

—Porque no apetecen a estas horas. No es normal.

—¿Y qué debería apetecerme a estas horas, según tú?

—Pues un bocata o una tostada…

Viene hacia mí.

—Mira, Lola, yo tengo claro lo que me comería en estos momentos. Y si digo lentejas, son lentejas. Tú, eres la que delira entre bocata y tostada. Igual es porque estás indecisa, no sabiendo si quedarte con el bocata tierno con pan del día y jamón fresco o seguir eligiendo la tostada de todos los días cada vez más quemada.

Creo que no está hablando de comida. La incomodidad del silencio nos acompaña y no sé qué decirle; ni tan siquiera sé si él piensa decirme algo. Llegamos a la puerta de la cafetería y allí me paro.

—Hay un inconveniente —hablo.

—¿Cuál?

—Aquí, no sirven lentejas. —Señalo hacia dentro.

—Si quiero lentejas, no dudes que las busco, las encuentro y las persigo hasta comérmelas.

No sé si sentirme legumbre; su mirada quiere convencerme de que sí.

Entramos juntos a la cafetería. Yo con la cabeza un tanto baja pensando en si a mis mariquitas les gustarán las lentejas. Me ha parecido que un poco sí, por cómo han reaccionado. Él sigue sin decir nada y en una de las mesas más cercanas a la puerta nos sentamos, uno frente al otro. Dejo mi bolso en la silla de al lado y viene la camarera para tomar nota de nuestro pedido.

—¿Qué os pongo? —La chica espera.

En ese momento me ausento de todo y una película pasa por mi cabeza rebobinando mis últimos diez meses.

—Lola… ¿Bocata o tostada?

Muy lejana escucho la voz de Mario preguntando por mi desayuno. No se ha dado cuenta de que yo no estoy aquí. Estoy en la oficina, estoy en su sofá, en el coche, en su apartamento, en su cama, en mi cama, en la bañera, en la playa…, y estoy intentando reconducir a las mariquitas que como locas se acaban de desperdigar intentando dar una bienvenida.

Capítulo 18

Un enorme glaciar acaba de absorber la temperatura de mi cuerpo. Por encima del hombro de Mario, una imagen, cero palabras, corazón desbocado, y una sensación de agonía que hace que mi rostro quede paralizado, alertando al psicólogo y obligándole a girarse para ver qué es aquello que me ha dejado sin aliento. Al incorporar su postura hacia mí, se dirige a la camarera.

—Tráenos media tostada para cada uno y dos con leche. —Sus palabras hacen que aparte mi mirada de la visión. —Intuyo que es él. —Intuye bien.

Y ahí está, sentado en la mesa del fondo, sin dejar de mirarme, levantando un poco su mano saludándome y acompañando con una sonrisa de las que iluminaba mi vida y ahora me la desgarra. Tengo necesidad de mantenerme a flote y no hundirme en esta escena, pero al retener su mirada ya me doy por perdida. Intento evitarlo, no quiero mirar, aunque mis ojos me traicionan buscando su figura y comprobando que él no deja de observar la mía. De nuevo recurro a la posibilidad de que todo sea un mal sueño, cuando Mario de nuevo me habla.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, te aseguro que salgo del atolladero, ¿me disculpas un momento? —Por un segundo me convierto en la mujer de hierro.

—Claro —asiente Mario.

Me levanto y veo que mi terapeuta también lo hace.

—¿Adónde vas? —pregunto temerosa.

—Solo cambio de posición, quiero observar.

«¡Uff! ¡Menudo susto, Lola!».

Se ha sentado en mi silla, de modo que puede ver cómo voy en dirección al canalla, y todo lo que suceda cuando esté frente a él. De camino, no tengo muy claro qué voy a hacer ni qué voy a decir, puesto que, en estos momentos, el recuerdo de lo sufrido, la rabia, el rencor y toda mi agonía abordan mi mente y lo que me apetece es estrujarle el pescuezo. Para colmo la mujer de hierro se está desvaneciendo y aparece la de gelatina, temblorosa y fácilmente fundible. Intento caminar firme para no caerme de bruces y estos ojos incontrolables que observan lo guapo que sigue estando, hacen que yerga mi cuerpo e intente sacar de nuevo a esa Lola fuerte y recuperada; un reto que me está costando la vida. Un detalle significativo: mientras mis pasos me acercan a mi destino, el canalla alterna su mirada entre mis andares y Mario

Llego, quedo quieta, cojo aire para no romperle la crisma, suelto aire y ataco.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Lola…, me alegro de verte. Te has cortado el pelo.

Ya no recordaba su voz, esa voz que me hace revivir todo. Todo lo que todavía recordaba. Las palabras, las sonrisas, las miradas, las caricias, los besos, los te quiero. Echo de menos eso. Echo de menos ese «él» y echo de menos a esa «yo». A mi «yo» cuando estaba «él». A mi «yo» feliz. A mi «yo» en versión auténtica; a la que solo pensaba en amarle. A la que estaba segura de que «él» solo pensaba en amarme. Me busco y no me encuentro.

«Me has llevado contigo, canalla».

Odio recordar mi dulce pasado y necesito regresar a la realidad del espanto, la del engaño, la de la traición, la de las lágrimas, la del dolor. Como en un *deja vú* parece que mi cerebro ha rebobinado y repite la secuencia porque no estoy segura de lo que vivo.

—¿Qué haces aquí? —Tiemblo y el rencor se apodera de mí.

—Hola, Lola…, me alegro de verte. Te has cortado el pelo.

Sigue alternando su mirada hacia Mario y hacia mí.

—Sí, ya ves, como *Natalie Wood* en *Esplendor en la hierba.* ¿La recuerdas? A las mujeres nos da por ahí. —Mi tono es irónico, tal vez jocoso…, odioso, no sabría concretar.

—Estás muy guapa.

—Tú más delgado. ¿Te has puesto a dieta? —La pérdida de peso es evidente.

—No, no me he puesto a dieta.

Nuestras miradas se mezclan, la mía rencorosa, la suya… Me niego a que las mariquitas sigan celebrando su vuelta.

—¿Qué haces aquí? —insisto.

—Vengo a sustituir a Manolo, aún no lo sabes. Él ha pedido una excedencia y a partir del lunes yo soy el nuevo director.

—Eso no puede ser, me lo habría dicho.

Me siento frente a él intentando recibir una explicación de por qué yo no estoy puesta al tanto de ese cambio.

—Sí lo es. —Vuelve a mirar a Mario y vuelve a mirarme a mí —. Su madre ha empeorado y va a dedicar los próximos meses a cuidarla. No te ha dicho nada porque no quería cargarte con más problemas. Ya tenías bastante con lo nuestro…, aunque ya veo que estás mucho mejor. —Y de nuevo sus ojos se enfocan hacia mi acompañante.

—Tú, no tienes ni idea de cómo estoy yo, así que ahórrate comentarios innecesarios…, sobre todo porque ni te interesa.

—Sí me interesa… ¿Quién es? —Denoto en sus ojos una súplica.

—No es cosa tuya.

—¿Estás con él?

En segundos pienso en esa pregunta, y surge una malvada respuesta. Y se la doy.

—Sí.

No tengo claro si acaba de asesinarme con la mirada o si sus ojos han muerto de dolor. Ojalá sea lo segundo, sería una perfecta gozada.

—Deberías volver —dice señalando con su cabeza hacia Mario—. Te vigila.

—No me vigila, es mi psicólogo y me conoce muy bien. —Nunca había sentido el placer de ser malvada, y reconozco que me está gustando más de lo necesario.

—Claro, debí suponerlo…, el psicólogo… —Su sarcasmo sale a relucir.

«Date el gusto, Lola, dátelo completo.

»Ya lo creo que sí, voy a rematar.

—¡Ya ves…! Al final pasó. No debí haber tardado tanto.

Intuyo por su mirada que no debe haberle emocionado demasiado lo que acabo de decir. Esto me empieza a gustar, porque cuanto menos le guste a él, más placer me dará a mí.

—Tenemos que hablar, Lola.

—Tenemos que hablar dice… —Pienso en alto y sonrío con burla—. Si me decidiese a hablar contigo, que lo dudo fehacientemente, estoy segura de que tendría que llamar a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, porque se me agotarían las palabras y necesitaría recurrir a mis manos, para hacerte saber lo que de verdad me apetece decirte. —Suelto toda mi ira contenida sabiendo que mis ojos amenazan con bañarse.

—Sé cómo te sientes, por eso deberíamos tener una conversación…

—No, no deberíamos.

—Sabes que sí. —Vuelve a mirar a Mario—. ¿Es cierto lo del psicólogo? ¿O me mientes? —Apoya sus brazos en la mesa, junta sus manos cruzando los dedos, sus ojos se introducen en los

míos y…, ya lo ha jodido todo.

—No voy a tener ninguna conversación contigo.

—¿Me has mentido, Lola?

¿Conocéis la máquina de la verdad? Pues eso es lo que hay en su mirada, un detector de mentiras al que no se la puedo colar. Solo me queda explotar.

—¡Mierda! ¡Mierda!… no, no estoy con él. —Levanto la voz de impotencia por no poder seguir gozando de mi maldad—. ¿A qué narices has venido? ¡Déjame vivir en paz!

Vuelve a mirar a Mario, y vuelve a mirarme a mí.

—Ya te lo he dicho… Creo que tu amigo se impacienta.

—¡Vete al cuerno! A lo mejor te impacientas tú porque te intriga saber si me lo he follado. —Estoy rabiosa.

—Si no estás con él, ¿por qué no deja de vigilarme?

—No puede ser cierto… ¿Tú me vas a interrogar a mí? ¿Qué tal tu ex? ¿Repetiste noche de pasión? Seguro que sí.

—Para tu deleite, acabas de clavarme cincuenta puñales bañados en brasas en el centro de mi alma. ¿Satisfecha?

—¡No!

—¿Quedas con tu psicólogo fuera de consulta?

—¡Como si me lo quiero tirar, no te incumbe! —De nuevo mi rabia hace acto de presencia y me obliga a bajar la cabeza para respirar.

—Lola…, mírame…, tenemos que hablar.

—¿Hablar tú y yo? —Río—. Tú, y yo, ya no hablamos. Ni hablamos, ni nada. Claro que el concepto de nada para ti, es diferente que para mí. ¿Sabes que es nada para mí? Nada. Nada de nada. Cero. N, A, D, A…, *¡naadaa!* Eso es nada. Puedes mirarlo en una enciclopedia, te servirá en futuras relaciones en lugar de tanta gráfica.

—¿Te puedes calmar?

—¡No! ¡No me da la gana! ¡Y no sé qué narices hago aquí sentada!

Tendría que haberme ido antes de alterarme tanto, o mejor dicho, ni tan siquiera tenía que haberme acercado. A veces creo que me gusta torturarme. Estoy temblando hasta las pestañas y Mario, que lo percibe, propone abandonar las frías tostadas para trasladarnos a otro lugar.

—Tenía que haberme comido ahí mismo las lentejas. ¡Qué idiota soy! —mascullo.

—¿Qué dices? —pregunta Mario mientras salimos del lugar.

—Nada, maldigo…, solo maldigo entre dientes.

Necesito parar y apoyarme en la pared antes de que mi cuerpo agotado se desvanezca cayendo al suelo. A las diez de la mañana estaba siendo una mañana odiosa que no podía ir a peor, y ahora… no solo ha ido a peor, sino que tengo la certeza de que a partir de ahora todo va a ir a muchísimo peor. Me estoy ahogando por momentos, intento respirar y serenarme, y acabo de ser consciente de que el miedo ya es el futuro dueño de mi cuerpo.

—¿Cómo estás? —se interesa Mario.

—¿Cómo estoy? Ni lo sé. Ya no soy dueña ni de mis propias emociones. Entregué mi vida a alguien enamorándome de él y me traicionó. Tengo que decirte que esto es la primera vez que me pasa…, yo jamás había experimentado esta sensación. Es alucinante que, casi a mis cuatro décadas, me embarque en el arca de cupido y el dueño de mi corazón decida traicionarme. Para colmo, cuando creo que ese corazón empieza a regresar a la vida, ese que me lo arrebató decide que regresa…, así, sin consultarme, sin previo aviso, como siempre, haciendo uso de su egoísmo y anteponiendo su necesidad a la mía. Que necesita hablar dice…, que hable con sus zapatos,

como hice yo aquella noche con los míos —Al callar Mario me mira y le miro—. Así me siento.

Está absorto, me ha dejado hablar sin interrumpirme y sé que algo objetará.

—¿Te has desahogado ya?

—No…, me desahogaría si le ahorcase…; a cada momento crece mi instinto asesino. Está bien…, puedes decirme lo que estás pensando.

—Pues que la tostada estaba muy quemada. Y acabo de darme cuenta de que ni el mejor bocata del mundo podrá sustituirla. —Me sonríe y vuelve a hablar—. Sigues muy enamorada.

—¡Vuelve a cerrar la boca! —En cualquier momento gritaré enloquecida.

—Lo estás, y él lo sabe.

—¡¡He dicho que cierres el pico!!

—Pico cerrado.

Mario obedece y calla, a pesar de que sus ojos no dejan de hablarme.

—Sabes que diciéndome eso me hundes. —Efectivamente, por los subsuelos voy ya.

—De acuerdo, lo retiro. —Me mira, me mira y me remira.

—¡¡¿Quéééé?!!! —exploto.

—Que yo calle no significa que no lo sepa. Y si quieres, te cuento también la segunda parte. Por si tenías dudas…, ya te las aclaro yo.

—¿Qué segunda parte?

—Tiene miedo…

—¿Miedo?

—Aterrado… —confirma y guarda silencio—, y enamorado. Solo alguien enamorado y con miedo a perder ese amor expresa ambas combinaciones en sus ojos. Se captaba a leguas que le aterroriza la idea de que estés conmigo, no dejaba de observarme.

—Me quieres hundir en el fango… Después de esto, ¿me vas a decir cómo voy a poder seguir con mi vida?

—Pues igual te toca cambiar de rumbo.

—Esta conversación acaba de llegar a su fin, no quiero conocer ese otro rumbo. —Adivino a qué se refiere y mejor olvidarlo.

Tras unas compras descontroladas por no poder centrarme, regreso a casa donde Olga me espera con la comida preparada. Desde que ella está en casa, compartimos tareas, además de penas. Ella está mucho mejor, en el centro social, la han orientado a cerca de sus derechos y le van a proporcionar un abogado. Sigue sin ver a Felipe desde varios días antes de instalarse en casa; ella necesitaba un respiro por el mal trago, y durante todo este tiempo, la comunicación tan solo ha sido telefónica. Es evidente que un hombre que espera como lo hace Felipe, debe tener un gran interés sentimental.

—¿Cómo estás? Ya me he enterado de que ha vuelto. En el chat del trabajo en el que no estás, no se habla de otra cosa.

—Soy la comidilla…, qué ilusión me hace.

—Lola…, nadie sabe por qué lo dejasteis…, la comidilla es quién se lo llevará ahora al huerto. Algunas apuestan fuerte.

«Es mío».

El subconsciente me traiciona.

»Ya no lo es, que se líe con quien quiera.

Las garrapatas asoman, creo que al pensar que pueda verlo liado con alguna de las chicas. Otro quebradero de cabeza.

—No estoy bien, Olga. ¿Cómo crees que voy a conseguir olvidar teniéndole cerca? Volveré a

coger otra depresión, menos mal que las niñas están en Barcelona casi todo el mes. Tengo que superar esto, este canalla no va a poder conmigo.

—Eso…, ponte en tu sitio, que no pueda contigo. No olvides que es un canalla. —Me mira de reojo.

Ella sí es una canalla, sabe perfectamente que sigo enamorada y se burla.

—No puedo evitarlo… ¿Le has visto? ¡Madre mía! Ha perdido mucho peso, su rostro demacrado… y esas profundas ojeras…, sigue igual de guapo. No sabes cómo me miraba cuando le dije que estaba con Mario.

—¿Le has dicho eso? ¡Brujaaa! Ja, ja, ja.

—Sí y confieso que ha sido como un orgasmo. Le ha dolido, estoy segura. Mario dice que sigue enamorado. No quiero creerle, Olga…, no quiero. Necesito que desaparezca de mi vida.

—No, no quieres que desaparezca de tu vida, quieres borrar lo que pasó. Y eso no se va a poder borrar jamás.

—Lo sé.

—Te quiere, Lola.

¡Uy! ¡Qué mirada…!, algo me dice que ella también pertenece al «club del complot contra el bienestar de Lola».

—¿Qué pasa? ¿Tú también le has estado informando? ¿Hay una alianza en contra de mi tranquilidad y no me he enterado?

—¿Yo…?, ¿informarle…?, solo un poco.

—¡No me lo puedo creer! ¡Entre todos vais a arruinar mi vida! —De nuevo me enfado—. Él sabía que lo de Mario era mentira. ¿Verdad?

—No, todo lo contrario, yo le dije que te veías con alguien, pero que no sabía hasta dónde llegaba.

—Sabías que solo había amistad.

—Claro…, lo sabíamos tú y yo, él no. Quería saber cómo reaccionaría. Y ha reaccionado viniendo a por ti. Como en los cuentos de princesas, cuando el apuesto príncipe regresa en modo rescate. —Y sigue burlándose de mí.

—¡Vete a freír espárragos! Gracias por preguntar qué era lo que yo quería.

—Tenerle aquí. Solo hay que ver la furia de enamorada que se ha apoderado de ti en pocas horas.

En estos momentos le amordazaría toda boca, de no ser porque opino lo mismo que ella.

—No voy a poder resistirlo —me rindo ante la evidencia—, voy a pasarlo mal. Mucho peor quiero decir.

—¡Pobrecita! —Se acerca susurra—. ¿Te has planteado la otra opción?

—¿Qué otra opción?

—Olvidar y perdonar.

—¡¡Ni muerta, y no lo vuelvas a mencionar!!

Después dos días tras el encuentro con el canalla, evitando ir a la oficina, hoy no me ha quedado alternativa. En las últimas horas, todo ha ido a peor, mis días se han vuelto angustiosos y las noches, además de eternas y carentes de sueño, terroríficas. Al menos han desaparecido esas ganas de seguir sintiendo sus carnes y ya no le veo en la almohada para sentir como me ama. Ahora le imagino en la mesa de la cafetería, visionando cómo le estampo el puño en los morros. Algunas ilusiones dan más placer que otras, y esa, en estos momentos de mi vida, es la que más me apetece. Desparramar una buena cafetera llena de café hirviendo sobre su picha, también me entusiasma.

«¿Recuerdas cuando le desparramabas el sirope? Eso sí te entusiasmaba.

»Me odio me odio me odio…

Ya estoy en el trabajo, además de recoger algo de material para repartir, me enfrento a Manolo para que me explique el motivo por el que me ha ocultado que se iba y que el canalla iba a suplir su puesto.

—Hola, Lola, no sabía que vendrías hoy —saluda sorprendido.

—Ni yo. Ha sido un impulso, más que nada para que me cuentes por qué cojones yo no sabía que te ibas, y que «ese» te sustituirá. Gracias por regalarme el susto de mi vida.

—Lola…, no estabas para historias. Yo no sabía seguro a quién enviarían.

—¿En serio? —Le miro incrédula—. Si no hubieses sabido que iba a ser él, me habrías dicho que te ibas. ¿Tú también te has afiliado al «club del complot contra Lola»?

—Lola, yo solo le dije que iba a coger una excedencia y me pidió que esperase unos días, no sabía que era para pedir el puesto. Me llamaba de vez en cuando para saber de ti.

—¡Acabáramos…! ¿Nadie se paró a pensar en lo que yo quería? Primero Sara, luego Olga, ahora tú… ¿Cuánta gente más no se ha percatado, de que lo que quiero es que no sepa de mí, ni saber de él?

—Lo siento, creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad. Me pregunto por qué me la diste a mí y eres incapaz de dársela a él.

—Yo no te di ninguna oportunidad, te hice un favor para que no te abandonase tu mujer y punto. ¿Ella te habría dado la segunda oportunidad? Seguramente no, de ahí que me pidieses el favor.

No puedo más con esta situación e histérica decido largarme. Está claro que yo soy la malvada que no quiere perdonar al pobrecito del canalla infiel. Al salir por el pasillo, por si fuera poco, me lo cruzo y como siempre, mi corazón vuelca quedando en diagonal con las arterias enredadas y derramando todo mi ánimo por los suelos. Necesito unas vacaciones y no verle…

«La vuelta será mucho peor, Lola».

Tengo que llamar a Mario.

—¿Qué te pasa? —Oye mis llantos.

—Necesito salir de este mundo y tener una nueva vida.

—Pides mucho. Solo te puedo ofrecer una escapada a Andorra. ¿Te sirve?

—¿Con eso se me pasará? —Sigo acongojada.

—Pues no, pero podremos esquiar.

—Yo no sé esquiar.

—Bueno, siempre nos queda el muñeco de nieve o revolcarnos y hacer el ángel.

Nieve… Hace tiempo que no diviso la nieve desde mi preciada bañera.

—¡Es tentador! y tú…, encantador.

Con el terminal pegado a mi oreja callo esperando escuchar, «gracias yo también te quiero», o algo similar. Por contra, lo que sale desde el otro lado, es una fuerte exhalación que me deja incierta acerca de su significado. Con Mario la incertidumbre es constante, nunca sé lo que pasa por su cabeza.

—Piénsate lo de la escapada, nos vendría bien a los dos.

Después de tener algunas reuniones con Manolo, y este a su vez con el canalla, hoy ha llegado el gran día —nefasto más bien—; por fin nos veremos las caras los tres juntos. Manolo me ha pedido colaboración y que aparque mis temas personales. Así se lo he prometido y así lo haré. Montse no estará en el maravilloso encuentro; está en la cama bajo los efectos de una gripe.

—Lola, espero que me lo pongas fácil cuando llegue él —me pide mi amigo—, no hagas que

esto sea tenso y molesto para mí.

—Tranquilo, Manolo, el trabajo es el trabajo. No tienes por qué preocuparte. Aprovecha este tiempo para cuidar de tu madre y ya de paso de tu mujer.

La reunión más o menos bien; yo callada, ellos intercambiando opiniones e información. Observando y expectante, ha sido inevitable cruzar nuestras miradas en varios momentos, y la sensación de incomodidad se juntaba con la necesidad de irme. Manolo ya se marcha, y con un abrazo se despide de mí asegurando que nos visitará cada vez que pueda. Al canalla le estrecha la mano y le da un consejo, que no sabría decir si es profesional o sentimental.

—Paciencia, y recuerda poner todo de tu parte.

Sigo pensando que todos están contra mí. Veo que Manolo se dirige hacia la puerta para marcharse, y con miedo a quedarme sola con él, sigo a mi amigo con la intención de desaparecer.

—Lola, contigo tengo que seguir hablando. ¿Puedes quedarte?

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!».

Intento de fuga fallido.

—Portaos bien, chicos. —Últimas palabras de Manolo.

—Tranquilo, todo irá sobre ruedas. —Mentira, todo va a ir de puta pena.

Nos quedamos solos y él, repasando papeles y sin mirarme, emula nuestros primeros encuentros.

«Ya estamos empezando mal».

—Bueno… —empieza a hablar—, ahora nos toca a ti y a mí. Tendrás que desbloquear el teléfono, puede que alguna vez necesite contactar contigo.

Buen intento.

—Eres muy listo, a pesar de no conocer el significado de algunas palabras. —Meto la mano en mi bolso y saco los dos teléfonos—. El de la mano derecha, mi teléfono personal; personal y bloqueado. El de la mano izquierda, el de la empresa; disponible para ti, sin bloqueos y sin chat.

—¿El de la empresa lo tienes activo a todas horas?

—Sí, solo para urgencias. Mi horario laboral es el que es.

—A ver si me sirve, espera.

Coge su teléfono y realiza una llamada.

«¿A mí?».

»Sí, hija, a ti.

Suena el móvil del trabajo y poniendo cara de interrogante descuelgo y respondo, a la vez que le miro esperando que me explique qué narices hace.

—¿Quéé́é? —espeto con el teléfono pegado a mi oreja.

—¿Cenarás alguna vez conmigo?

No me lo puedo creer. Ya me estoy oliendo que la ausencia de Manolo no va a ser tan cordial como le he prometido. Alargando mi brazo le muestro el aparato, y cuelgo esa estúpida llamada. En respuesta, me muestra una sonrisa de esas que no debo mirar, puesto que su atractivo sigue escandalizándome y mis traicioneros ojos que últimamente son desleales, sin mi venia, se dirigen hacia los suyos para dejarse fundir por completo por esos destellos chocolate, que como siempre se adueñan de mi control. Guardando el teléfono en mi bolso, no me contengo y necesito ser rebelde ante mi nuevo director.

—Bloquearé este también.

—Te despediré.

—Atrévete. —Le miro desafiante.

Me voy. Hecha un búfalo y sin una palabra más, me dirijo a mi despacho para respirar. Otra

vez el miedo está presente, porque acabo de percibir aquella misma tensión sexual que nos atrajo en nuestros primeros encuentros. Y lo peor de todo es que en estos momentos no me planteo si caeré rendida a sus encantos; la pregunta ahora es, cuánto tardaré.

Salgo a la calle y de nuevo llamo a Mario; acabará por aborrecerme.

—¿Te has pensado lo de la escapada y me llamas para que vaya comprando los esquíes?

—Lo estoy pensando… Mario, no sé lo que voy a aguantar con este imbécil merodeando por aquí. Esto va a ser una guerra continua.

—Tendrás que ser fuerte si no quieres ceder.

—No pienso ceder.

—¿Seguro?

—Muchas gracias, Mario, yo también te quiero. —Y rebotada cuelgo.

No sé si todo el mundo se ha puesto en mi contra o es que estoy en un lado equivocado de la vida.

«O es que te molesta que te digan la verdad».

Vuelvo a llamar a mi amigo.

—Necesito tu apoyo. No que me hagas preguntas impertinentes —le digo.

—¿O evidentes?

—¡Por favor…!, te lo suplico.

—Está bien, lo siento. Intenta ser fuerte, ahora le vas a ver mucho y eso es complicado. Trátale como lo que es, tu jefe, y olvida que forma parte de tu pasado.

—Eso es muy difícil.

—Lo sé, pero no hay otro modo de llevar esto. De lo contrario acabarás desquiciada.

Ya estoy desquiciada.

Llego a casa casi de noche y Olga me espera. Loca por soltar todo el estrés que he generado en el fatídico encuentro, me preparo un baño. Le pido a Olga que me acompañe; lo que menos necesito ahora es estar sola y que mi cabeza comience a dar vueltas atormentándome. Y mucho menos que el amante venga a visitarme.

—Está bien, espero que no te pongas cachonda, no pienso compartir bañera contigo —bromea.

—Tranquila, me contendré.

El agua y la espuma ya cubren mi cuerpo, necesito cerrar los ojos y entregarme al destino de este menesteroso descanso que, por unos segundos, me deja conseguir mantener mi cabeza en blanco, hasta que mi amiga rompe esta calma interrumpiendo el silencio.

—¿La reunión bien?

—Más o menos.

—Quieres decir algo.

—Sí, y no sé por dónde empezar.

—Empiezo yo. Sigues loca por él y te mueres por volver, a pesar de que tu rencor te obliga incluso a plantearte acostarte con Mario, solo para satisfacer tu sed de venganza. Ese pensamiento te duele, porque sabes que ni eso borrará el pasado. Y no me refiero al pasado de ese desliz suyo; el pasado que nunca se borrará será ese donde descubriste que la felicidad existe, amando y saboreando cada pesquisa de un amor compartido con ese canalla, como tú le llamas ahora, y que ha sido el único hombre que te ha hecho disfrutar de la vida, en todas sus dimensiones.

La odio.

—Tú, cuando tienes cita en la consulta de Mario…, ¿vas a dar clases de psicología o qué?

—¡Ja, ja, ja! Aprendo pronto.

—Mario me ha ofrecido una escapada a Andorra.
—Puede que te ayude a despejarte.
—Puede…
—Yo te ofrecí otra opción, también puedes valorarla.
—¿Cuál?
—No dejes que un desliz arruine tu vida.

Mi cabeza vence sobre la ventanilla del coche, dando pie a que mis ojos divisen el paisaje. El cielo está gris y empieza a lloviznar. Me giro y veo a mi acompañante serio que, al percatarse de mi mirada, esboza una sonrisa que choca contra la mía. Y una frase suya me tranquiliza.
—Vamos a pasarlo bien, relájate y sigue disfrutando de las vistas, queda mucho trayecto.


Resurgir

Capítulo 19

Mi cabeza vence y se deja caer sobre la ventanilla del coche. Puedo divisar los campos sembrados por todo el manto de la llanura. Un cielo gris que deja caer minúsculas gotas de agua, oscurece la visión de unos montes verdes en el horizonte, que hacen que recuerde mi queridísima bañera. Mi acompañante va serio, callado, por un momento le miro esperando una reacción y esboza una sonrisa que choca contra la mía.

—Vamos a pasarlo bien, relájate y sigue disfrutando de las vistas.

Pronto vuelvo a apoyar mi frente en el cristal para seguir pensando. No dejo de pensar, es lo que ahora necesito; me ayuda a no olvidar.

Nadie sabe cuánto soy capaz de amar, y nadie sabe cuánto soy capaz de odiar. Tan solo una persona ha vivido mis dos extremos en esa dura carrera por los sentimientos; tan solo esa persona me ha hecho tocar el cielo y el infierno. Y ahora me vuelvo a preguntar si es esto lo que quiero, debatirme entre el odio y el deseo, entre el rencor y el olvido, entre el amor y el desconsuelo.

Sin saber a ciencia cierta qué va a suceder con mi existencia, tengo claro que este viaje marcará un antes y un después en mi vida. A favor o en contra, esta aventura me va a ayudar a reorganizar mis emociones, esperando no salir magullada y con la esperanza de que mi acompañante sea capaz de contribuir a conseguir mi propósito. No me ha sido fácil tomar esta decisión, y la persona que conduce el vehículo y me lleva hacia este experimento lo sabe; solo le he pedido paciencia, que me comprenda y que me ayude. Y así lo ha aceptado.

Han pasado muchas cosas desde el primer reencuentro con el canalla y desde aquella reflexión de Olga. Y mientras el paisaje pasa a ciento diez km por hora, que es lo que marca el cuentakilómetros del vehículo, el recuerdo de aquellas imágenes se sucede.

Después de ese plácido baño en el que me acompañó mi queridísima amiga, haciendo como siempre de abogado del diablo, decidí que la mejor opción era la propuesta por Mario. Intentar mantener una relación meramente profesional era demasiado complicado, pero mucho más lo era no aparcar el rencor y vivir un tormento día a día. Recibí varias llamadas ofreciéndome invitaciones a las que yo siempre me negaba. A pesar de que conocía mis persistentes negativas, él no cesaba en su empeño e insistía una y otra vez.



—¿Te apetece que comamos juntos?

—Estoy con un cliente, ¿me puedes dejar trabajar?

Yo mostraba enfado, sabiendo que en el fondo algo me sabía a miel. Llegó un punto en que ya se me hacían rutina aquellas llamadas en las que, sin dejarle hablar, yo respondía con un no. Para él, era lo mismo que darme los buenos días con un te quiero, decía conformarse con tal de escuchar mi voz, aunque fuese entonando una negativa. Ya me había acostumbrado a tenerle cerca y, a pesar de que seguía robándome el control de los sentidos, no me quedaba otra que resignarme. Fueron dolorosas las muchas ocasiones en que aquel mal recuerdo salía a flote para devolvernos la tensión y los reproches.

Una mañana de esas en que te levantas eufórica y sientes que te vas a comer el mundo, me encaminé hacia la oficina con el pretexto de recoger algunos papeles y algo de material. Como segundo objetivo, me había marcado contonear mi cuerpo descaradamente ante su mirada, recreándome a sabiendas de que él saboreaba mi cuerpo con sus pupilas, conteniendo las ganas

por no poder hacerlo con sus manos. Me puse una de mis mejores camisas, de esas que llevan botones y que le agitan, y me planté delante de su mesa solicitando los documentos. Él me dio las buenas noticias.

—Por fin he conseguido los cines y las dos clínicas. La capilar y la oftalmológica —me informó de sus logros.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena! Al menos haces algo bien y no has venido en balde. —Cualquier momento era bueno para lanzar puñales.

—¡No te cansas…! —me decía sonriendo—. No me hagas recordarte que yo tengo muchas cualidades que hago bien y que te volvían loca. Otra cosa es que hayas decidido prescindir de ellas.

—No hagas tú, que yo te recuerde que decidí prescindir de ellas, porque tú decidiste compartirlas con otras.

—No empieces, Lola…, no tengo ganas de discutir.

—Has empezado tú…

—No sigas…, que te veo venir.

—Seguiste tú, con tu ex. ¿O con alguna más? Seguro, con todas las rubias disponibles.

Ahí ya mi tono era sádico y él se enfadó.

—¡Lola…! ¡Ya está bien! —Se levantó de su asiento y se plantó ante mí.

—¡¡No, no está bien, no va a estar bien nunca!! —Perdí los papeles—. ¡¡Y mira, podría haber estado bien…, seguro que hubiera estado bien, pero tú decidiste que no estuviera bien, y ya no lo estará nunca… por tu culpa!! ¡¡Para colmo, yo empezaba a recuperarme y has tenido que venir a seguir jodiéndome la vida!! —Comencé a empujarle.

—¡Lola, por Dios…! ¡Cálmate! —Él intentaba tranquilizarme.

—¡¡No me toques!! —Yo insistía en forcejear.

—¡Relájate!

—¡Que quites tus mugrientas manos de mi persona! —Ahí me soltó—. Ni se te ocurra volver a ponerme una mano encima… Tenías que volver…, no era suficiente destrozarme la vida…, tenías que volver…, que salgas de mi vida… —Y con un nuevo empujón le separé de mí.

Con aquel grito envuelto en llanto, me dirigí hacia la salida para marchar; necesitaba salir de allí. Él me siguió y dando un fuerte golpe en la puerta y voceando mi nombre, la cerró quedando cerca de mi espalda, con cada uno de sus brazos a cada uno de mis lados, y más relajado que yo, me rogó.

—¡Lola! ¡No me hagas esto!

—¡Déjame salir…, no quiero estar aquí…! —Mis lágrimas no cesaban.

—Hablemos, ¡Lola, por favor…!

—¡Déjame! Necesito salir de aquí…

—¡Te lo suplico!

—¡¡Por favor…, por favor…, quiero irme…!! —Me ahogaba.

—¡Está bien, lo siento…, lo siento…! ¡Perdóname!

Se separó para dejarme marchar y al abrir tropecé con Montse, que al oír voces se acercó para ver qué sucedía. Su cara, al ver mi rostro convertido en un llanto, fue de puro espanto. Incluso creo que llegó a imaginar cosas un tanto desagradables, por la exigencia con la que pidió una explicación al canalla.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Vidal?

—Nada, Montse, lo siento…, somos pareja y estamos pasando una fuerte crisis.

—¿Sois pareja?

Montse miraba confundida, aunque no tanto como yo. ¿Desde cuándo habíamos vuelto a ser pareja, que yo no me había enterado? Incluso sin estar juntos él imponía su criterio.

—¡¡¿Pareja? ¿Crisis?!! A ti te ha follado un mamut y te ha jodido el cerebro. ¡¡¿Desde cuándo esto es una crisis?!! —Yo estaba endemoniada—. ¡Tú me has puesto a mí los cuernos, eso no es una crisis, eso es un «se acabó», finito, un «ya no hay nada»! ¿Recuerdas lo que era nada? ¡Explícaselo Montse, porque esa palabra le genera lagunas al sabiondo este! —Entre fuertes voces me largué de allí.

Al quedar solos, la mujer quiso saber.

—¿Vidal?

—Lo siento…, no se repetirá.

—Así que infiel.

—No.

—Ella ha dicho eso.

—Sí, ya sé lo que ha dicho ella, y no es exactamente así.

—Cuando no es exactamente así, es porque justamente es así. Si fuese yo, ya te la habría cortado. No vuelvas a montar aquí un numerito así.

Salí de allí bastante derrumbada. Hubo otras ocasiones en que mis indirectas se convertían en flechas envenenadas lanzadas a propulsión para atravesar su corazón. Sin embargo, reconozco que esa vez choqué con mi límite; estaba agotada de luchar contra el recuerdo, a sabiendas de que siempre ganaba él.

Porque contra los recuerdos no se puede luchar; hay que afianzarse a ellos para que formen parte de tu historia, que vivan en tu mismo campo de batalla, que sean amigos y no enemigos, sacar de ellos su mejor lado y provecho. Luchar contra un recuerdo es como luchar contra el cielo…, a veces puede ocultarse tras las nubes, pero siempre va a estar ahí. Intentar cambiar eso nos lleva al límite de la desesperación; es una tarea imposible.

Aquel día me di cuenta de que jamás podría cambiar nada de lo vivido; ni de lo malo…, ni de lo bueno. Necesitaba aferrarme a los buenos momentos para poder dejar de sufrir esas crisis que me hacían perder la razón. Sabía que no iba a volver con él, eso era lo que más claro tenía en mi vida, no obstante, necesitaba respirar. No podía seguir atada a ese tormento y sabía que tenía que conseguir tratarle como a alguien indiferente con el que, ahora, solo me unía una relación laboral. Tenía que retomar el consejo de Mario y dejar aparcado al canalla para empezar a ver a Javier; simplemente el coordinador. Comencé ese nuevo intento esa misma noche, cuando el canalla llamó a Olga en un momento de desesperación.

—Necesito que hables con Lola y le digas que me descuelgue el teléfono. Estoy llamando y no lo coge. Dile que solo quiero disculparme por lo de hoy.

—¿Qué ha pasado hoy? —Le preguntó ella.

—Hemos discutido…, fuerte…, más fuerte.

—No lo sabía, de todos modos, no te prometo nada, la tienes muy jodida.

—Está jodida porque me quiere y lo sabes.

—Jefe, yo no voy a confirmarte eso, ella es mi amiga. Le doy el mensaje y te las apañas tú con ella.

Pero claro, mi queridísima amiga Olga, callando daba demasiadas pistas al canalla. Él, intuyó que, si ella hubiera sabido que yo en realidad no deseaba ninguna reconciliación bajo ningún concepto, la respuesta hubiese sido: «Déjala en paz». Por ello y por su afán de recuperarme, mientras Olga me informaba, él quedaba desesperado sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono, con la esperanza de que se iluminaría en cualquier momento.

—No me has contado que habéis tenido una gorda. —Olga vino a buscarme a mi cuarto.

—No me siento con ánimos de rememorar. ¿Cómo lo sabes?

—Agobiado ha recurrido a mí para que te diga que cojas el teléfono de una jodida vez o que le llames.

—Dile que se vaya a freír monas.

—¿Y por qué no se lo dices tú, si tan claro lo tienes?

—Ahora no, Olga. No estoy para sermones.

No me encontraba en condiciones de recibir una nueva reprimenda, sobre todo porque ya me estaba dando cuenta de que no podía seguir así. Cuando Olga se marchó a su habitación, dejándome por imposible, cogí el teléfono de la empresa y observé que habían sido veinticuatro los intentos por contactar conmigo. Tres veces hice amago de llamarle, y las tres colgué antes de que diera señal. A la cuarta soporté el peso que suponía mantener aquel aparato en mi oreja, por lo que conllevaba para mi existencia dolida realizar esa llamada.

—¡Lola! —respondió sorprendido.

—¿Qué quieres? —fui escueta.

—Disculparme. Solo eso.

—Vale.

—No podemos seguir así. Deberíamos hablar.

—No.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Has acabado? —Mi tono era de hastío.

—¡Joder, Lola…! No, no he acabado. Lo siento, lo siento. Esto me está superando. No quiero pelear contigo, día sí día también. ¿Podemos hacer las paces para poder tener una relación cordial y laboral, y evitar que lo que ha sucedido hoy se vuelva a repetir?

—Ahora no me siento bien, no estoy para pensar en paces.

—No cuelgues, Lola, solo un momento.

No colgué, escuchaba su respirar, recordaba tantas otras veces que de ese mismo modo habíamos compartido llamadas sin batallar; con sonrisas, con alientos, con deseos… Quedé en silencio y él dio el siguiente paso.

—Te echo de menos. —Hubo otro silencio—. Mucho, mi vida.

Mi mariquita oyó «mi vida» y no pudo evitar salir a dar un paseo, sin que las ciento noventa y nueve restantes se lo impidiesen. Eso me daba miedo. Me horrorizaba pensar en las consecuencias. Él siguió hablando.

—¿Y tú? —me preguntó.

—No.

—No mientas…

—No miento.

—Está bien… —Suspiró—. Necesito una tregua, que dejes de acribillarme. No necesito que me castigues, el castigo lo llevo colgando a mis espaldas… Perderte ha sido lo peor que ha podido sucederme en la vida. Es inútil que intentes hacerme daño para recordármelo, el dolor va unido a mi alma.

Derrumbada, yo, guardaba silencio.

—Lola… ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Me has escuchado?

—Sí.

—¿Me vas a dar esa tregua?

—Sí. —Necesitaba hacerlo por mi salud.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Has puesto el grabador de voz con un sí?

Sin querer esbocé una leve sonrisa, que él escuchó.

—¿Me quieres?

¿Por qué tuvo que preguntarme eso?

—No. —Sé que mentí.

—Se ha roto el grabador.

De nuevo sonreí y un suspiro salió de mí, llegando a sus oídos y deslizándose hacia el interior de su ser. Javier —Javier ya—, no deseaba acabar con ese momento de ternura. Había percibido que mi aliento iba cargado de sentimiento, aunque también sabía que ese sentimiento guardaba mucho dolor.

—Te he echado mucho de menos, Lola. Te pensaba…, te pensaba cada día… y cada noche. Te abrazaba en el vacío, ese mismo vacío que me asfixiaba…, y te sentía, sentía que todavía te amaba, sentía tu aroma, te olía entre el recuerdo…, y en medio de ese recuerdo me odiaba, odiaba esa vida donde ya no estabas. No podía dejar de odiarme. Entonces te seguía pensando, te seguía oliendo, y te seguía amando.

—Cállate.

—Necesitaba recuperar tu sonrisa, esa mirada que ya me está dando la vida. Volver a olerte. Olvidar los recuerdos y olerte de verdad. Necesitaba dejar de pensarte, para sentirte cerca de mí. Recuperar mi anhelado oxígeno, ese que solo tú sabes darme.

—Cállate, si quieres una tregua deja de decirme esas cosas. Con esas palabras me haces daño.

—No son solo palabras.

—¡Déjalo ya!

Notó que estaba a punto de romperme entre llantos.

—De acuerdo, te prometo que lo intentaré.

De nuevo hubo silencio.

—¿Has acabado ya? —pregunté.

—No.

A pesar de su respuesta el silencio seguía presente.

—Dime —hablé.

—¿Qué quieres que te diga?

—Has dicho que no habías acabado.

—Ya.

—¿Y…? —Sus respuestas monosilábicas me confundían.

—Nada…

—No sé qué quieres.

—Solo quiero que sigas estando ahí. Oírte respirar.

Creo que pasaron cerca de noventa segundos en los que ninguno de los dos habló. Dicho así, noventa segundos parecen una nimiedad. Pero cuando estás al teléfono, y ni tú ni tu interlocutor pronuncian palabra, ese tiempo puede llegar a ser una eternidad… y en una eternidad te pasan infinidad de cosas por la cabeza, entre otras, que tú también deseas que él siga ahí, pegado al aparato, solo escuchando su respirar, ambos callados, calmados, sin motivo aparente para continuar con esa llamada que se ahoga en deseos de no querer poner fin.

Durante el pausado silencio, algo me atormentó pensando que no debería estar ahí, a pesar de que el mensaje que le enviaba, era que quería estar. Y seguía pensando que debería colgar, consciente de que tanto él, como yo, sabíamos que yo no quería hacerlo. No dejaba de preguntarme por qué no me decía nada; él sabía que no necesitaba decirme nada. Hasta que ese hombre dolorido y magullado, tuvo la necesidad de, una vez más, escuchar mi voz.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—¿Más tranquila?

—Sí.

—¿Has vuelto a poner el grabador de voz?

—Sí. —Y de nuevo no pude evitar sonreír, a la vez que le daba esa respuesta.

—¿Aprovecho y te pregunto otra vez?

—No.

—¡Vaya! siempre se rompe en el mismo instante.

—Eso parece…, tendrás que desistir.

Parecía que por fin se había enterrado el hacha de guerra y se intuía la llegada de unas buenas noches que alimentarían mi descanso. Esa despedida se hacía de esperar.

—¡Madre mía!, Lola…

—Qué… —La mariquita seguía sin regresar a su hogar y a punto de llamar a las demás.

—Nada…

—Deberíamos colgar.

—No quiero hacerlo… ¿Tú quieres?

—Ya te he dado la tregua —afirmé.

—Quiero más… —Reaccionó—. ¡Perdón, perdón…! Ha salido solo.

—No tienes remedio.

—El remedio lo tienes tú…

—Voy a colgar porque no cumples lo que te pido.

—Me tiras de la lengua.

—¿Yo?

—Sí, tú.

De nuevo nos envolvió el silencio.

—Cuelgo, es muy tarde —dije.

—¿Quieres colgar?

—Voy a colgar.

—No quieres colgar.

—¡Por favor, Javier…, ayúdame!

—Lo siento…, perdóname…, te prometo que intentaré contenerme.

—Buenas noches —me despedí sin querer.

—Lola, desbloquea el chat.

—No, que haya tregua no significa que las cosas hayan cambiado.

—Solo te pido que me desbloquees, no que vuelvas conmigo.

—Los dos sabemos que una cosa llevará a que me pidas la otra.

—Sí, lo sabemos los dos —admitió.

—Buenas noches —repetí.

—Buenas noches.

Esa tormentosa noche acabó con un giro de ciento ochenta grados en forma de tregua, para convertir mi particular guerra en un respiro, sabiendo que yo iba a seguir manteniéndome alerta detrás de una trinchera. Aquella velada sin odios acababa con su rostro de nuevo insertado en mi cabeza, y me resultaba inevitable seguir escuchando su respirar.

Tirada en la cama, de nuevo una noche más, transcurrían las horas sin poder dormir, invadida por el pensamiento del que tanto dolor me había causado. Otra vez me golpeaban las dudas acerca del tiempo que tardaría en levantar cabeza, y la respuesta era bastante desoladora… una eternidad. Esa eternidad que surgía como réplica, no era una eternidad de esas que significan demasiado tiempo; no, la eternidad que yo divisaba, era una eternidad de las de verdad, de las que el diccionario define como: «tiempo que perdura siempre». Y ese «siempre» me resultaba agotador.

En la mañana siguiente hubo una llamada implorando un desayuno, y de nuevo una negativa se clavaba en su corazón. También hubo llamada para intentar que comiésemos juntos, incluso para una cena. Aquello se iba repitiendo día tras día sin que él desistiese en sus plegarias. Hasta aquella mañana, en que la tregua se ampliaba delante de un café, en ese lugar en donde tantos momentos habíamos vivido. Ya me estaba acostumbrando a recordar lo bueno en lugar de lo malo, y ese día, jugando con la cucharilla, absorta entre mis pesares, vi como él entraba y se acercaba a la barra. Allí mismo se sentó hasta que percibió mi presencia y no pudo resistir el acercarse a mí.

—Hola —me dijo—, si me hubieses desbloqueado te habría preguntado si esperabas a alguien, así…, vengo sin más. —Y se sentó haciendo que mi sonrisa apareciese.

—Hola. —Intentaba evitar su mirada desde tan cerca.

—¿Me invitas a un café? —preguntó.

—Claro…, ¿estás en crisis?

—La boda me está dejando a dos velas.

La boda…, esa boda a la que yo iba a asistir antes de su traición. De nuevo me veía obligada a recordar lo malo.

—Bueno, los hijos merecen todo.

Yo esquivaba aquellos iris chocolates que él clavaba sin descanso en mí. Una llamada en mi teléfono, cambió el rumbo de mis ojos, necesitando comprobar que él afincaba mucho más los suyos. Mario al otro lado.

—Hola, Mario.

Tras esas palabras no pude resistir ver su reacción y me dispuse a no dejar de observarle. Él apoyó su espalda en el respaldo de su silla y, en silencio, no dejó de mirarme expectante todo el tiempo que la conversación duró. Incluso creo que sin palabras me envió una orden: «Cuelga el puto teléfono».

—Hola, Lola, ayer estuve hablando con mi compañero y lo de Andorra, para marzo o abril sería perfecto, solo falta que me lo confirmes. ¿Te has decidido ya? ¿Cómo va todo?

—Bien, estoy bien, y eso…, lo hablamos.

—¿Eso? ¿Te ocurre algo?

—No, estoy con mi jefe, luego te llamo.

—¿Estás con él?

—Sí.

—De acuerdo. Hablaremos más tarde.

Mario colgó, y ahí de nuevo parecía que una nueva batalla se avecinaba; me equivoqué.

—¿Te llama todos los días? —Quiso saber.

—No te metas en mi vida.

—Solo necesito una respuesta.

—Siempre necesitas algo…, mi vida es mía. No estropees la tregua.

Resignado asimiló mis palabras. Yo había decidido dar aquella tregua por mi propia necesidad de acabar con la agonía que me destrozaba lentamente, y para librarme de aquellas batallas sin ganador en las que, de un modo u otro, yo siempre acababa enfundada en el papel de perdedora. Si bien esa tregua, nada tenía que ver con una posible relación amistosa en la que compartiéramos confidencias.

—Tengo una reunión con el gerente de las clínicas, mañana necesito que pases por el despacho y vemos a quién le damos el servicio. —Se levantó y se marchó, creo que decepcionado.

Al día siguiente de nuevo desperté en estado de positividad, veía que poco a poco olvidaba el dolor y eso me ayudaba a seguir con mi vida, aun estando él presente. Sin premeditarlo, no me di cuenta de que me había puesto la camisa negra de botones y me dirigí al encuentro para acabar de resolver ese tema de trabajo que estaba pendiente. Yo, como buena supervisora, ya había hecho mis planes con aquel asunto, lo que no sabía era que él no me lo iba a poner nada fácil. Llegué a la oficina y dispuesta a concluir con el tema, me planté delante de su mesa.

—He pensado que las clínicas se las demos a Olga, le pillan al lado de casa y son más horas de trabajo. Para cubrir su servicio actual, hay una persona a la que hace tiempo quiero contratar, es buena trabajadora y le debo una.

—¿Pero el personal lo contratas tú, o yo? —Comenzaban las pegas.

—Con Manolo lo hacía yo.

—Manolo no está. —Y como siempre clavándome los ojos hasta la sien.

—Él lo dejaba en mis manos, confiaba en mí, creo que hay cosas que no tienen por qué cambiar.

—¿Cómo lo de no traer camisas a mi despacho? —Con un bolígrafo señalaba mis pechos.

De nuevo noté que me alteraba.

—¡Esto es increíble…! ¿Por qué no haces tu trabajo y dejas en paz mis camisas? Habíamos llegado a un acuerdo.

En silencio me miraba y me hacía dudar, por suerte pronto recapacitó.

—Tienes razón. Déjame pensar lo de Olga.

Y cuando ya me disponía a marcharme, me alertó.

—¡Espera! Te propongo un trato. Cambio a Olga y ese compromiso por una cena.

—¡Eso es chantaje! —No me costaba creer que utilizase el trabajo para su propio interés. Es un tipo listo.

—«Eso» —pronunció enfatizando—, es que llevo demasiado tiempo queriendo hablar contigo, y no me dejas elección.

—¡Eres un abusón! —De nuevo mi ira afloró, pero accedí—. Está bien, pero se acabaron las cenas. Esta y ni una más.

—Eso lo decidimos en el postre. —Seguía siendo un canalla, con esa sonrisa endemoniada que conseguía que mi entorno se rodease de plumas de alas de ángel.

—Cena, sin postre —sentencié.

En el fondo sabía que deseaba comerme todos los postres que él estuviese dispuesto a darme. Mis mariquitas volvían a salir en manada.

Aquella misma tarde de camino al hotel, en busca de Dolores, llamé a Olga para comunicarle

que le había conseguido un mejor servicio. También le informé de que, a cambio, yo tan solo debería acudir a una cena con el nuevo director. Ella, como buena abogada del diablo me auguró un pronóstico bastante tentador: «Vas a caer». Pero yo estaba decidida a permanecer en mi posición y no dejarme embaucar otra vez por ese imbécil que me seguía volviendo loca. Tras hablar con mi amiga, le llegó el turno a Mario. Mi psicólogo particular actuaba de oficio y de amigo, intentando aclararme algunas dudas.

—No creo que te haya chantajeado en serio. Tal vez él sabía que tú solo accederías disfrazando tus ganas con una excusa y la ha encontrado. Lola, me lo puedes decir. ¿Querías ir a esa cena?

—No lo sé, desde que ha vuelto todo me resulta mucho más difícil.

—No te fustigues. A veces hay que empezar de cero, y no necesariamente hay que sustituir a nadie.

—¿Me estás diciendo que debería perdonarle?

—¡Dios me libre!, aunque veo que a ti esa idea es la que te llega. En fin…, lo que digo es que pienses bien qué es lo que quieres tú. Sin mentirte a ti misma, sin pensar qué pasó, sin pensar en lo que pueda venir, y sobre todo sin pensar en lo que ya habías decidido y comunicado a tu gente, como para ahora dar un paso atrás.

»Esta noche, cuando le tengas delante, piensa bien en lo que de verdad quieres tú, y, sobre todo, define bien en tu interior qué es lo que sientes. Porque no es lo mismo sentir dolor por un mal recuerdo, que sentir dolor por no poder saborear el presente. El sufrimiento de un recuerdo formará parte del pasado el día que tú lo decidas. No saborear el presente por no querer traicionar tus decisiones solo te llevará a no acabar con ese malestar.

»Lola, deberías decidir si el dolor es el sentimiento que quieres que te acompañe en un futuro o si, por el contrario, deseas ser libre. Si eliges la libertad solo tienes dos opciones: o le metes de nuevo en tu vida y olvidas, o le expulsas por completo y olvidas. Sin medias tintas. O lo uno o lo otro.

—Ya le expulsé de mi vida, le borré de mi agenda, dejé de verle, de hablarle…

—¿Y de tu corazón? ¿Le expulsaste de tu corazón?

—Lo intenté; de no haber vuelto…, no sé…

—Solo te queda una opción.

—No quiero perdonar…, me supera esa idea.

—¿Estás segura?

Aspiré aire y exhalé, mientras me sinceraba con el que ya era un pilar fundamental en mi vida.

—Si no vuelvo con él, acabaré pidiéndote matrimonio. Eres un verdadero amor.

—Olvida todo lo que acabo de decir.

No tenía claro si bromeaba o si en el fondo se arrepentía por los consejos que me había dado. Nuestra relación empezaba a asemejarse a la que siempre tuve con Olga. A pesar de que había una pequeña —o gran— diferencia; a Olga nunca la vi como una tentación, y a Mario…

Llegué al hotel, y en la acera de enfrente me mantuve expectante para esperar a Dolores, aquella buena mujer a la que yo le debía haber salido de aquel antro llamado Carlos. No quería dejarme ver por si el destino me jugaba una mala pasada, haciéndome tropezar con aquella gobernanta o incluso con el «antro». Después de lo sucedido, algún mensaje me mantuvo en contacto con Dolores, hasta que la dejadez de mis últimos meses, provocaron que esa escasa relación se convirtiese en nula; a pesar de que nunca olvidé que le debía un favor.

A las seis y nueve minutos la mujer salió por la puerta de servicio y me acerqué.

—¡Niña…! ¿Qué *hase* aquí? ¡Qué alegría verla! ¿Cómo le va todo?

—Bien, me va bien. —Mentir y venga a mentir—. ¿Por aquí cómo van las cosas?

—Todo igual, sin novedades. ¿No *nesesitará* trabajo?

—No, Dolores, no, vengo a ofrecérselo. Vayamos a tomar algo y le cuento, hace frío para estar en la calle.

Sentadas delante de un par de infusiones, expuse a la mujer mi oferta y tras mi alegato ella respondió sin vacilar.

—Hecho, solo por no ver a la bruja que tengo por gobernanta ya me interesa.

—¡Vaya!, pensé que tendría que insistirle más.

—No, querida, me muero por salir de este lugar y me lo ha pintado muy bonito.

—¡Es genial…!, y me alegro. Le redactaremos la baja voluntaria y me haré cargo de cualquier sanción por no dar el preaviso. Usted de momento no diga nada y ya le diré fecha para ir a firmar su contrato. Me alegro de que vaya a trabajar conmigo.

—Y yo, mi niña.

Al marchar, de camino a casa saqué mis dos teléfonos. En el personal un par de mensajes de mis hijas anunciándome él día de llegada; faltaban ocho días. En el otro once llamadas de él.

«A ver qué quiere ahora.

»Lo de siempre.

—Oye, guapa, si tampoco me vas a responder a las llamadas con el teléfono de la empresa, te lo requiso.

—Estaba trabajando, hablaba con la señora que va a cubrir los servicios de Olga. En cuanto lo he visto te he llamado. —Tal cual suena, me faltó tiempo para contactar con él.

—¿Qué ha dicho la señora?

—Yo soy muy persuasiva, no se me resiste nadie.

—Lo tengo claro. —Asoma el silencio—. ¿Dónde te apetece cenar?

—El teléfono de la empresa no es para estas cosas. —Sentía algunas patitas de mis mariquitas rondando por mi barriguita.

—Desbloquea el otro.

—Ni lo sueñes.

—A las nueve te recojo.

—Dime dónde y voy solita.

—A las nueve te recojo —sentenció—. Las contrataciones tuyas, la cena mía. —Y colgó sin dejarme opción a réplica.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, al mirarme al espejo me vi sensual, atractiva, femenina, con mi suéter color turquesa combinado con una minifalda negra y cubriendo mis piernas unas medias opacas para resguardarme del frío invernal. Zapatos de tacón alto y un pequeño bolso a juego, eran el complemento perfecto junto a un elegante abrigo negro que llegaba a mis rodillas. Dejé mi cabello suelto y me maquillé discreta. Por un momento confundí el presente con el pasado. Al salir al salón, Olga me miró.

—¡Madre mía, Lola! ¿Te has visto? Cuando te vea se va a caer de culo.

—¡Qué borrica eres!

—Borrico lo vas a poner a él.

—No sé si soportaré…, esto me trae demasiados recuerdos.

—Piensa en los buenos.

—Me cuesta seleccionar, los malos entran sin preguntar.

—No dejes de pensar en ti —me dijo—. Hagas lo que hagas, piensa en ti. Te estaré esperando.

Me sorprendía que todos me diesen el mismo consejo: pensar en mí. Pero había dos Lolas, la

enamorada que quería pensar en mí, y la dañada que no dejaba de pensar en la ex.

Era una noche fría, de las más frías del año. Entre temblores causados por la temperatura y mis nervios a flor de piel, tuve que controlar mis andares para que mis piernas no me traicionasen tambaleando y provocasen una caída de camino al coche. Al subir al vehículo, un hombre eternamente atractivo me esperaba. Ataviado con una camisa burdeos, un pantalón negro, y unos ojos de los que no se pueden describir si no es con un suspiro. Al saludar, vi ese rostro que tantas veces me había amado y mi Lola *hipermeganerviosa*, no pudo más que sonreír. Nos pusimos en marcha, acompañados de un silencio asfixiante, y nos dirigimos al lugar. Repetimos sitio —¡cómo no!—, Marismar. Era más que evidente que había ingeniado aquello con premeditación y alevosía.

Mi Lola dañada insistía: «Ni Marismar ni *marismor*, que no te embauque». Al otro lado y silenciosa, mi Lola enamorada deseaba olvidar y caer en aquella sabrosa tentación. Entrando al lugar, el mismo camarero, la misma esquina, y casi el mismo panorama. Velas, un fino jarrón con tres rosas blancas, copas…, se veía todo tan romántico…, no pude contenerme y el dolor salió a flor de piel.

—¡Qué romántico! Y qué pena…, cuidado con el vino que luego te juega malas pasadas. ¡Ah, no! perdón, eso solo te pasa cuando cenas con tu ex.

Le debió sentar como cuchillo envenenado y ardiendo en fuego, porque dando un giro sobre sí mismo, y pasando las manos por su nuca, respiró profundo y de nuevo al regresar frente a mí, habló.

—¿La tregua? ¿La has olvidado en casa? Podemos ir a por ella antes de sentarnos. —Sin esperar mi respuesta siguió hablando—. ¿Por qué no cenamos tranquilitos?

Ambos quedamos callados y yo bajé mi mirada.

—Lo intentaré.

Y lo intenté, y lo logré. No sé si fue él o yo, lo cierto es que, para mi sorpresa, el ambiente se fue destensando y aquel encuentro se convirtió en una velada mucho más agradable de lo que había imaginado. Hablamos de muchas cosas; de mis hijas, de su hija, de la boda, parecía que se habían borrado los meses de dolor y que de nuevo éramos pretendientes a una cita con postre. Hasta que llegó el postre y Javier no pudo evitar aquello que le atormentaba desde que volvió.

—¿Qué relación tienes con el psicólogo?

—Quedamos a menudo, comemos, hablamos. Ahora yo soy su terapeuta, su mujer le dejó. Ya ves…, somos del mismo club de ciervos. —Mis lanzas salían solas.

—¡Joder, Lola! con lo bien que íbamos.

—Sí, hasta que tú has mencionado a mi psicólogo. Yo no he mencionado a tu ex.

—Lo has hecho nada más entrar.

No quedó otra que, reconocer mi error.

—De acuerdo, lo admito.

—¿Intenta ligar contigo? —siguió preguntando.

—¿Y si lo intenta?

—Si lo intenta…, nada. ¿Has estado con él? —Ya empezaba a querer saber demasiado.

—No me interrogues, es mi vida.

—Lola… —Me miraba implorando una respuesta.

—¿Me quieres dejar vivir? Viniste y te adueñaste de mi vida, te fuiste para romperla, y una vez marchado me engañas con tu ex, aun así, no era suficiente y tenías que volver. —La rabia de nuevo asomaba—. ¡¿Cómo tienes valor a preguntarme si he estado con Mario?! No tienes ningún derecho. Pediste una tregua y te la di, querías una cena y te la he dado. ¿Qué más quieres de mí?

—¿De verdad quieres que te lo diga? —Sonreía. El muy mamón sabía lo que me producía su sonrisa. Era muy fácil utilizar esa arma para desbancarme.

En ese instante respiré y descansé. No quería volver a las batallas, había decidido sanear mi estado emocional y no deseaba más guerras. Él se percató y se disculpó.

—Lo siento, Lola, hay cosas que me superan. Reconozco que he metido la pata.

Entonces una chispa de dolor me asaltó. Me pregunté: «¿por qué no le vas a decir lo que sientes? ¿Por qué él tiene todo el derecho a preguntar y yo no tengo el derecho de hablar?». Necesitaba expulsarlo, hacerle partícipe una vez más de mi sufrimiento. Ver que a él le dañaba mi propio dolor. Ese que él había generado.

—Me sabías tan enamorada que creíste que nunca te dejaría de querer, pensaste que sería infinito. Sin darte cuenta tú mismo cambiaste el amor por dolor.

—Estaba borracho, Lola.

—Sé sincero. ¿Tan borracho…? Déjalo, prefiero no saberlo. No quiero seguir hablando de eso. Es nauseabundo.

—Lo siento…, lo siento todo. Lo que te hice, perderte, que te duela, esto…, el estar así ahora…, todo.

—Redimirse no es suficiente. Nunca será suficiente.

—Lo sé, y te juro que haría lo que me pidieras, con tal de volver.

—No lo entiendes, ¿verdad? No quiero pedirte nada. Ya nunca te pediré nada.

—Lo siento. —Bajó su cabeza y comenzó a manosear su copa.

—No vuelvas a preguntarme con quién he estado. No lo vuelvas a hacer.

—No lo haré. Perdóname. Sé que no tengo ningún derecho.

No sabía cómo seguir conteniendo mis ganas de decirle que no había estado, ni podría estar con nadie nunca jamás, porque mi corazón le pertenecía… y mi alma… y mi vida. Necesitaba salir de aquella conversación dolorosa. La noche había sido perfecta y yo quería que siguiese siendo así.

—Está bien, pagas tú y lo olvido. —Con una leve sonrisa intenté seguir con la tregua pactada.

—Pagaré con tal de que sigas sonriendo. —Sus ojos no dejaban de mirarme delatando sus pensamientos: «Necesito recuperarte».

Decidí que debíamos marcharnos. Estaba empezando a tener miedo a que aquella compañía me resultase demasiado agradable y rozase la línea de la peligrosidad, convirtiéndola en demasiado apetecible; mi Lola endemoniada no me lo iba a permitir. Durante el recorrido hasta mi destino, el silencio de nuevo se convirtió en protagonista, creando un ambiente tenso que ocultaba un ferviente deseo por ambas partes. Al llegar a casa de nuevo intentó que el recuerdo me tumbase a sus plegarias.

—Si quieres meto el coche en el garaje para que no te vean las vecinas.

Sonreí, le miré, y estuve a punto de sacar el mando para abrir el portón y repetir momento. Tuve que hacer un gran esfuerzo para negarme.

—Buen intento, me quedaré aquí.

Bajé del coche y me despedí evitando mirarle, para que la tentación no me jugase una mala pasada al ver esa mirada de nuevo clavada en mí. Debí intuir que él no iba a permitir que la noche acabase así de fría; insistió en acompañarme hasta el portal. Tenía claro que aquello era una nueva estrategia y que debía protegerme con armaduras de acero, porque a cada momento me sentía más vulnerable y más dispuesta a compartir estrategia.

Ya en la puerta, metiendo las llaves en la cerradura, le miré, y… ¡oh Dios…!, fue lo peor que hice, porque vi el amor tatuado en esos chocolates brillantes.

—Ya te puedes ir, estoy a salvo —bromeé.

—Esperaré a que entres.

Esa boca me gritaba: «Déjame besarte».

—Te veo él lunes. —De nuevo me despedí.

—¿No me vas a invitar a subir?

—Sabes que no. —Me costó mucho más de la cuenta ese no.

—¿Repetiremos?

—Márchate…

—Déjame repetir, Lola. No me he portado tan mal.

Dicen que un silencio vale más que mil palabras, y yo supe que al callar dejaba no una, sino todas mis puertas abiertas. No solo deseaba repetir, hubiese entregado mi alma al diablo por tener el valor de agarrar su mano e introducirlo en el ascensor, subirle a casa y apoderarme de nuevo de su alma como en aquella lejana primera cita.

En mitad de esa tensa escena, donde abundaba la contención por ambas partes y presa del deseo, entré en el portal y cerré la puerta posando mi mirada en la suya. Seguro que, si hubiésemos mantenido nuestros ojos por un minuto más, aquel cristal que nos separaba se habría fulminado víctima del fuego que desprendíamos. Poco a poco él se fue alejando, y yo entraba en el ascensor, para contemplar a una Lola con doble sentimiento: orgullo y culpa. El primero por haber conseguido resistir y no caer de nuevo en las redes de Javier. El segundo, por reconocer que deseaba no haber llevado a cabo el primero. Mirándome al espejo el recuerdo de Mario me golpeaba.

«Él tiene razón, Lola, solo te queda una opción».

Al entrar en casa, una Olga adormilada me esperaba en el sofá envuelta en una manta.

—Qué pronto vienes, eso es que no ha habido polvo. —Ella siempre tocando las narices.

—No, no ha habido polvo, he aguantado a pesar de que en estos momentos soy un pingajo. No puedo más, Olga.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, ahora nada, lo hizo en su día y no hay forma de deshacerlo. Y me cuesta mirarle y no besarle. No puedo estar a su lado sin que me tiemble todo. No tenía que haber ido a la cena. ¡¿Cómo puedo quererle tanto?! Me odio, odio no poder no quererle.

—¡Anda…! No llores más… ¿Por qué no le das esa oportunidad ya de una vez? Él lo está deseando y tú, por lo que veo, también. Deberías borrar todo y empezar de cero.

—Esa opción me la contempló Mario.

—Piénsalo, Lola. Él te ama y tú le amas, y si para ser feliz tienes que perdonar, tendrás que perdonar. Que el tormento de un desliz no condicione tu felicidad. Distinto sería que hubieses dejado de quererle o que él no mostrase arrepentimiento.

—Viviré aterrada por si se repite.

—¿Realmente crees que se repetiría?

No lo sabía, la duda me invadía y eso era una gran barrera para una reconciliación.

—Necesito pensar, me voy a la cama, gracias por estar siempre a mi lado.

—Claro que voy a estar siempre, pedazo de *tontarra*.

Con un abrazo nos marchamos cada una a nuestro cuarto. Y allí, inevitablemente necesité de nuevo recurrir a mi gran amigo y consejero Mario.

Lola 23:47: Acabo de volver de la cena.

Mario 23:55: ¿Y cómo vuelves? ¿Bien o mal?

Lola 23:55: Mal. Todo ha sido perfecto.

Mario 23:56: Deberías hacer terapia de choque. Pasar más tiempo con él y ver si vas superando ese trauma y el miedo.

Lola 23:57: Si hago eso caeré seguro.

Mario 23:57: O no…, igual lo que sucede es que te das cuenta de que no lo superas y decides venir a buscarme.

Intuí una sonrisa a la vez que recibía otro mensaje subliminal al que no quise prestar demasiada atención. Javier ya ocupaba todos mis sentidos.

Lola 23:58: ¿Lo superaré?

Mario 23:58: Depende de ti, Lola.

Mario sabía que yo necesitaba acabar con aquello y recuperar mi vida, esa que el canalla me había robado. Yo no estaba tan convencida y entre mi almohada y el eterno insomnio, que como siempre me acompañaba, acabaron por hacerme reflexionar.

«No entiendo por qué, yo, Lola, feliz hasta hacía unos meses, traicionada y humillada por la misma persona que me había generado esa felicidad, no soy capaz de darme una segunda oportunidad».

La respuesta era clara; para dármela a mí, necesariamente se la tenía que dar a él, y eso… me jodía. Aun jodida, acepté aquel nuevo reto, necesitaba retomar mi vida, volver a ser feliz. Como siempre, afloraba un «pero», y no era otro que esa imagen que me provocaba náuseas y que en muchas ocasiones se acomodaba en mi cabeza: Javier de pie y una ex, a la que no le ponía rostro, de rodillas ante su miembro —mi miembro—. En ese preciso instante supe que no habría oportunidad nunca para mí, ni para nadie; aquello me superaba.

Pero cuando quería, yo podía llegar a ser la diosa de la persistencia, y con todos los peros del mundo, lo intenté. Decidí que esa terapia de choque de la que Mario me había hablado, podría ser la solución; pasar más horas con él y comprobar si funcionaba. Acordándome de esa invitación a la boda, que por evidencia no seguiría en pie, puse mi plan en acción. Solo necesitaba confirmar mi asistencia a dicho evento. Y claro, ahí…, un poco de dificultad encontré, porque a ver de qué modo le explicaba a Javier que no quería volver con él, pero que, por el contrario, sí quería ir a la boda. Rocambolesco era un rato largo, y difícil otro tanto. No me importó, a pesar de que mi Lola endemoniada no dejaba de repetirme la misma frase: «Qué pronto vas a caer». Convencida a más no poder, me encaré a ella.

«Que quede claro que no le estoy dando ninguna oportunidad a él, me la estoy dando a mí.

»Ya ya, se nota se nota.

»¡Pesada! El día que pueda encerrarte en la mazmorra no sales en tu puta vida.

»A ver si puedes.

Me dejé seducir de nuevo, siempre aparentando poner freno.

Esa misma mañana fui a la oficina a pedirle que se respetasen las condiciones que yo le había ofrecido a Dolores. Y tras el trabajo de nuevo entró la seducción.

—¿Cuándo vuelven tus hijas de viaje? —Quiso saber.

—Eso es personal.

—Solo era por si estabas sola…, aburrida… y querías que te acompañase a cenar.

—Olga sigue en casa. No estoy sola.

—Pero yo sí, y me aburro. Te invito otra vez.

—No puedo, tengo que sustituir a Nieves esta tarde, hemos hecho unos cambios y no puedo negarme.

—¿Cenar? —Insistió recalcando que la cena era fuera del horario laboral.

—De aquello que yo dije de una cena y ya está… ¿Qué parte es la que no supe explicarte?

Coges carrerilla y no sabes poner freno.

Mi rostro debió echar estrellas de placer, porque él percibió aquellas palabras de forma un tanto sospechosa, para ser una negativa. Se levantó y se acercó a mí.

—Verás, lo de poner freno se nos daba bastante mal a los dos. Y si sigues mirándome así…

Las doscientas mariquitas, que durante los últimos días luchaban por rebelarse contra mí voluntad, de nuevo, más entusiasmadas que nunca, hacían acto de presencia practicando surf sobre el oleaje que ya tenía el tsunami montado en mi vientre. Creo que fueron ellas mismas las que me aconsejaron que me alejase de aquel precipicio; era demasiado pronto para caer.

Como era de esperar, Javier quedó pensando si de nuevo volvería a recuperar a su loba. Ese pensamiento se lo facilité yo, cuando al marcharme me giré, y mis ojos pardos se estrellaron en sus chocolates.

Días más tarde, regresaban mis hijas de su largo viaje. Después de recogerlas en el aeropuerto, al llegar a casa y, mientras contaban sus nuevas experiencias, me hicieron entrega de un regalo. Un espectacular conjunto de blusa de tirantes y pantalón largo, con un estampado formando aguas, en tonos blancos, grises y negros. A esta pieza de ropa le acompañaba un elegantísimo mantón blanco, y al verlo no pude reprimirme y comentar.

—Sería perfecto para la boda, de no ser porque había que ir de azul.

—¿La boda? —Ambas se sorprendieron.

Había que hablar.

—Ha vuelto Javier.

—¿Has vuelto con él? —Patri se adelantaba.

—No, no. Ha vuelto él. Manolo pidió una excedencia y le sustituye, pero no, no hemos vuelto… aunque… puede que yo asista a la boda. —Me costó soltarlo.

Les conté cuál era mi situación, que estaba cansada de llorar y pelear. Les dije que necesitaba poner en práctica aquella terapia de la que Mario me había hablado. Que debía darme esa segunda oportunidad a mí misma y solo estando más de dos horas seguidas con él, sabría si podría ser capaz de soportarlo. Patri se mostraba reticente y Sara apostaba por el riesgo. Ambas respetaron mi decisión; entendieron que era mi dolor, que era mi historia y que era mi vida.

—Y a pesar de que sé que el miedo me va a acompañar en este duro viaje, quiero intentarlo. Al decir intentarlo, me refiero a empezar de cero y averiguar si él valora de verdad mi perdón y por supuesto comprobar qué siento estando a su lado. Necesito asegurarme de que puedo perdonar, tanto para mantener una amistad como para poder sobrellevar la relación laboral. Me lleve adonde me lleve este camino, he decidido intentarlo.

Poco a poco las tensiones entre nosotros parecía que iban desapareciendo, no obstante, yo no bajaba la guardia por completo. Faltaban dos semanas para la boda y no se había hablado de ese tema, ni tan siquiera tenía vestido, en cambio, yo ya había organizado mis vacaciones y toda mi vida pensando en el viaje. Una nueva llamada al teléfono de la empresa y una nueva tentativa por reconquistarme, nos llevaron por fin a hablar del evento.

—¿Tienes planes? —me preguntó.

—Yo siempre tengo planes. ¿Qué quieres?

—¿Eso es una pregunta trampa? Sabes muy bien lo que quiero, además de que me desbloquees de una vez el chat.

—¿Qué quieres?

—Tienes que pasar por aquí, tengo que darte unas pautas, un par de detalles.

Y hacia allí me fui. Al llegar, él me esperaba ansioso —como yo—, y contemplándome de arriba abajo, sin ocultar su satisfacción, me pidió que me sentase delante del montón de papeles.

—¿Y esto? Yo nunca he hecho esto. Deberías decírselo a Montse.

—No, no es nada. Apenas dos detalles. Esto es porque coincide a últimos de mes y ella estará con el inventario y liada buscando nueva sede. Vamos a mudarnos.

—¿Siempre tengo que ser la última en enterarme de todo?

—Puede que Manolo te contase demasiadas cosas. No olvides que eres la supervisora, hay cosas que no te competen.

—Gracias por informarme de mis competencias. —Me tensé.

—Lola, por favor…, no todo es un ataque.

Tenía razón, a veces necesitaba recordármelo o que me lo recordasen.

—¿Qué tengo que hacer?

—Te dejaré todo lo que pueda listo antes de irme, mira en esta carp…

—¿Irte? ¿Cómo que irte?

—Se casa mi hija, ¿recuerdas?

¡Por fin! ¡La boda! Llevaba días esperando esa conversación y justo ese día voy y lo olvido. Me hubiese abofeteado.

—Sí sí, lo recuerdo.

—Bien, te decía que esto…

—No sigas. Esa semana tengo vacaciones, Javier. ¿Recuerdas eso tú? Tendrás que pedírselo a Nieves, ella me sustituirá.

—¡Vaya! Pensé que…, al no acompañarme, aplazarías tus vacaciones para el verano.

¿No acompañarle? Quería dar mi vida por acompañarle.

—No, no quería mover nada, además, yo…, pensaba…, bueno nada déjalo.

—¿Qué pasa?

—Nada nada, llama a Nieves y explícale esto a ella.

—¿Te pasa algo? ¿Estás enfadada conmigo otra vez? ¿He hecho algo mal?

—No, no es por ti, es solo que…, ¡uff! qué difícil es esto.

—¿Puedes decirme qué es lo difícil? Empiezas a preocuparme.

—Pensé que tal vez podría ir contigo. Ya sé que no seguiré invitada y no pretendo ir a la boda. Yo…, no tengo otros planes y había pensado conocer la zona…, imagino que será mala idea. Olvídalo.

Como un tornado inesperado a ocho mil kilómetros por hora, Javier cerró la carpeta que contenía los documentos y la retiró de mi presencia. Sin gesticular palabra hizo una llamada y, esperando que alguien apareciese al otro lado del aparato, no dejaba de mirarme, serio, con interrogante en su mirada, sin dejar de moverse. Entre tanto, yo, temerosa e impaciente, ya empezaba a arrepentirme de haber expuesto mi idea.

—Olvídalo, haré otros planes —dije.

Con un gesto colocando un dedo en sus labios me rogó que guardase silencio. Y obedecí.

—Hola, Estrella. —Se puso de espaldas a mí, para mi deleite, dejándome contemplar aquel revés varonil que tan irresistible me resultaba—. Lola viene a la boda. —Hizo una pausa y al otro lado del teléfono se oía una gran exclamación—. No, no es eso, solo que viene. ¿Vienes seguro? —Girándose de nuevo hacia mí, me preguntó.

—No quiero causar contratiempos. No hablaba de ir a la boda. Solo pensaba…

—Ningún contratiempo… —De nuevo se dirigió a Estrella —. Viene seguro. —Y tras otra pausa—. Bien, te llamaré más tarde y ya veremos lo otro.

Al colgar el aparato, me levanté un poco descolocada, él caminaba acercándose a mí.

—Me siento un poco incómoda, tu hermana habrá pensado que soy una loca. Ha sido un error.

—Te aseguro que no es un error. —Sus ojos comenzaron a apoderarse de los míos—. ¿Y se puede saber en calidad de qué, vas a venir a la boda? —Él ya sabía que aquello podría ser el principio de algo.

—No he dicho de ir a la boda. Solo ir a León.

—Si vas a León, vas a la boda. ¿Cómo te vas a presentar?

—¿Compañera de trabajo del padre? —Le miré sonriendo.

—¡¡Ja, ja, ja!!, qué buena eres. Creo que no aceptan, solo aceptan compañeras sentimentales. —Ya estaba muy cerca de mí.

—Sepárate… —Tuve que apartar mi mirada de sus ojos para no rebasar ese límite que me seguía imponiendo.

—Lola…

Las respiraciones de ambos se mezclaban a pocos centímetros y el deseo ya estaba a punto de estallar.

—La distancia… —Puse mis dedos en su torso en forma de freno sin adivinar que ese leve tacto me sabría demasiado suculento.

—Lola…

—Sepárate…

—Loba… —Ese «loba», fue jugar sucio.

—Sepárate, cuando te acercas demasiado no controlas la bragueta y luego te acabas arrepintiendo, como con ella.

«¡¡Mierda!!».

No sé cuántas veces repetí eso en mi cabeza.

Me resultaba casi imposible contener el rencor. Javier se alejó levantando sus brazos y apoyando las manos en su cabeza y a la vez que cruzaba los dedos, se dirigió hacia la ventana para respirar profunda y repetitivamente. Yo pensaba en cómo enmendar aquello. La terapia de choque empezaba mal y en el fondo yo estaba loca porque funcionase.

—Lo siento…, me cuesta mucho borrar algunas cosas. —Me disculpé.

—¿Sabes qué sucede? Que en el fondo me lo merezco. —Calló unos segundos—. Estoy agotado, no sé qué pasa por tu cabeza. El día de la cena te miraba, veía a mi Lola…, a mi loba, y pensé que te recuperaba. Luego me sueltas una bomba de estas y me hundes. No quieres desbloquear mi chat, y en cambio quieres venir a la boda. Me muero por que me acompañes, te juro que deseo que vengas conmigo, pero me confundes, necesito saber algo más. No soporto pensar que te recupero y al instante sentir que todo es mentira, porque duele.

—¡¿Te duele? ¡Claro, tu dolor te duele…! ¡¿Alguna vez te paraste a pensar en cómo me dolió a mí?! ¡¿Tienes idea de cómo todavía me sangra ese dolor?!

Inmersa en aquella rabia, que se adueñaba una vez más de mí, fui consciente de que iba por mal camino. Así no se llegaba a ninguna parte, y conteniendo mis lágrimas guardé silencio. Javier se dio cuenta, una vez más, de que había roto nuestras vidas e intentó abrazarme. Debió sorprenderse mucho, casi tanto como yo, al comprobar que yo aceptaba ese intenso roce de su cuerpo.

—¡Lo siento…, lo siento…! Me he cargado nuestra historia. A veces me olvido del daño que te he hecho y siendo egoísta te pido perdón esperando que lo borres. Lola, te prometo que si quieres que me aleje de tu vida lo haré. Pediré mi vuelta y no regresaré más, te lo juro, incluso sabiendo que me muero solo de imaginarlo.

Me separé de él para buscar un clínex en mi bolso, seguía pensando que no podía estropear todo al primer intento; quería dar marcha atrás y retomar mi oportunidad. De nuevo una vez más

agotada entre lágrimas decidí que solo yo podía poner remedio. Tal vez bromear relajaría el ambiente.

—Hemos pasado de la tensión sexual al drama puro y duro.

Ambos sonreímos.

—Estábamos mejor en la tensión —alegó él.

—Javier… —le miré a los ojos—, quiero ir a la boda, de momento solo eso, y me gustaría que respetases mi decisión. Necesito saber lo que quiero, porque todo el día recordando y odiándote me agota, me hace daño y si sigo así acabaré loca. Me hacen falta unas vacaciones con urgencia, olvidar todo. Cambiar de aires creo que me vendrá bien y, prometo olvidar mis reproches si tú prometes darme tiempo para reflexionar. Me presentas como una amiga, te portas bien y de regreso, puede que tengamos una charla…, si no te he matado antes. —Estaba mucho más relajada—. Déjame intentar soportarte.

—¿Cómo me pides eso? Me muero porque me soportes.

—Prométeme que respetarás mi espacio.

—Te lo prometo, prométeme tú, que pase lo que pase tendremos esa charla.

—Lo prometo.

—Solo necesito apuntar una cosa… Sabes que…, en la boda…, estará ella.

—Sí, claro que lo sé, del mismo modo que sé que tú estarás conmigo y con nadie más. —Sonó a amenaza.

—Ni se te ocurra dudarlo, vas a disfrutar más que las novias. Me encargaré de que seas feliz y disfrutes esos días, aunque me cueste respetar ese espacio entre tú y yo. Y…, otra cosa… ¿Podremos volver a vernos antes del viaje? Alguna cena o comida…, aún faltan dos semanas.

—No empieces…, me lo has prometido.

Y me marché sin responder, brindándole una de mis mejores sonrisas, y dejándole exultante. Él sabía que mi decisión era un primer paso hacia su meta —yo también—, o al menos hacia un camino libre de tensiones y palabras envenenadas. No pude resistirme más, al salir a la calle cogí mi teléfono y busqué en contactos «*elquetehadestrozadolavida*».

«¿Tú recuerdas por qué le pusiste ese nombre?

»No.

»¿Te hago memoria?

»No.

»Esto… era por si…

»No la escuches, corre, reedita.

Rápidamente reedité. Grabé como Javier y, por supuesto, desbloqueé para poder escribir; me moría por hacerlo.

Lola loba 12:43: Sí.

No pasaron ni treinta segundos y recibí esa video llamada que no me sorprendía nada.

—Ya pensaba que estabas tardando —afirmé.

—Gracias por desbloquearme.

—De nada. ¿Algo más?

—Sí, Estrella necesitaba saber si hay algún inconveniente en que sigamos compartiendo habitación en el hotel, todas están ya distribuidas y es complicado para ella separarnos. No tienes por qué preocuparte, yo puedo dormir en el sofá…, o en el suelo si hace falta. ¿Qué le digo?

—Pues…, si ya están distribuidas, lo tiene complicado y tú estás dispuesto a dormir en el sofá…, el motivo de la llamada ¿es…?

—No voy a responder eso. —Reía—. Me cuesta, Lola.

Era incapaz de cumplir su promesa; le perdoné.

—¿Me invitas a comer el viernes? ¿O tu crisis no te lo permite? —Quería seguir saboreando aquella oportunidad.

—Hipotecaría mi vida si fuese necesario.

Lo peor no era que me dijese que hipotecaría su vida, lo peor fue como me miraba al decirlo. Chocolate caliente fundido desparramándose por mis venas.

Cuando de repente la vida decide regalarte la felicidad, te amarras a ella con cadenas y cuerdas hasta acoplarte, sintiendo que esa dicha ya forma parte de tu vida y que nunca se desprenderá de ti. No ves el peligro y solo piensas en complacerte. Hasta que un día llega un intruso, que no lo es tanto, y te traiciona. Rompe una de las cuerdas, provocando en efecto dominó que todos tus amarres acaben por soltarse, dejando esa felicidad en la cima del pico más alto y hundiéndote a ti en lo más profundo del océano.

Y allí, te ahogas, te consumes, todo es oscuro, hace frío, y ese frío te duele, el dolor te atormenta, y el tormento te mata. Es ahí, cuando crees estar muerta, que de pronto la cuerda rota se dirige hacia el fondo de manos del intruso. La tienes ante tus ojos, rehúyes mirarla, porque te niegas a volver a aferrarte a ella para salir a la superficie. Desconfiando sigues en el fondo, con el frío, el dolor, el tormento y muerta.

Hasta que te cuestionas cómo quieres morir. Helada abajo o subiendo hacia la superficie. Eres consciente de que, si hubiera un mínimo indicio de felicidad, no se encuentra en el fondo; la felicidad sigue en la cima, incluso puede que esperándote. Por ello, decides que tienes que afianzarte a la cuerda de nuevo, cerrar los ojos, aferrarte, y volver a confiar.

El miedo te domina, sabes que ese amarre está dañado y, aun así, prefieres vivir con miedo que morir atormentada en las tinieblas. Porque mientras subes no hay dolor, ni tormento, se calma el frío y dejas de estar muerta.

Nelson Mandela dijo una vez, con otras palabras, que la valentía no era la ausencia del miedo; era su presencia y superarlo. Y yo me propuse ser valiente. La más valiente, sabiendo que ese miedo en muchas ocasiones vencería más de una batalla. Me moría por subir y recuperar lo perdido; no quería seguir a oscuras viviendo entre recuerdos que me rajaban por dentro.

Al llegar a casa de nuevo mi eterno pilar, Olga, me esperaba.

—¿Le has perdonado?

—Dicho así, no. Digamos que he enterrado el hacha de guerra, voy a intentar quedar con él y comprobar cómo me siento. Sin estar juntos tal y como se entiende la palabra juntos. Creo que es un buen comienzo, me siento liberada; me había aferrado al rencor y necesitaba salir de ahí. No sé lo que resistiré sin volver a atacar, porque el recuerdo y el dolor son difíciles de borrar de mi cabeza. No puedo seguir queriendo y negando, y ya sé que el siguiente golpe sería mortal, pero prefiero morir nuevamente golpeada que consumida y estancada en el pasado.

—Te vas a sentir fenomenal.

—Y…, voy a ir a la boda.

—¿En serio? ¿Así, sin estar juntos?

—Así, sin estar juntos. Y no me mires así, lo voy a intentar.

—¿Te refieres a no caer? Te mueres por caer y yo porque lo hagas. ¿Cuándo vamos de compras?

Llegó el viernes, y llegó la cita. Ansiaba esos momentos en los que me acicalaba para retomar uno de tantos encuentros. Me propuse ponerle las cosas fáciles; nada de camisas con botones,

nada de ceñidos, nada de coquetear, no obstante, sabía que las cosas no eran tan sencillas. A él le bastaba una leve sonrisa mía para generar calambres en su cuerpo.

Decidimos pasar de las formalidades y optamos por una hamburguesa y el placer de comer con los dedos. Allí planificamos el viaje. Yo ya estaba un poco atacada de pensar lo que me esperaba.

—Hay algo que me inquieta…, si tú eres el padrino. ¿Estaré sola?

—Tan solo en la ceremonia, me ocuparé de que Estrella esté pendiente de ti en todo momento. El resto del tiempo estaré contigo.

—¿Me vas a presentar a todo el mundo?

—Lola, no te agobies, vas a pasarlo bien…, sin más. Ese es tu plan, sin trabajo, relajados, sin reproches, sin agobios, olvida el resto; te sentirás cómoda.

—De acuerdo. Esta tarde iré con Olga a buscar vestido…, a ver si encuentro algo azul.

—Vale…, las combinaciones te las perdono.

—¡Ey! —Le lancé una patata.

Él me la devolvió, y así entre risas, parecía que por fin comenzaba la tregua de verdad. Al marcharme, me quedó un gran sabor de muchas ganas de más.

Esa misma tarde compré dos vestidos, me costó decidirme, porque los que más me atraían tenían puesto en sus etiquetas una numeración poco atractiva. Con ayuda de Olga, pude conseguir dos piezas por un módico precio. Al regresar a casa, aquel sabor que había quedado en mí, requería ser alimentado y tuve la necesidad de volver a esa encantadora rutina de los mensajes. Reconozco que estuve a punto de reeditar de nuevo el usuario y devolverle a mi propiedad —mi Javier—. Decidí darme un poco más de tiempo.

Lola loba 20:02: Ya tengo los tres vestidos.

Javier 20:03: Cómo me gusta leerte! Estarás preciosa con ellos.

Lola loba 20:04: Tú, supongo que tendrás todo también.

Javier 20:04: A mí me faltan las cuatro combinaciones.

Javier 20:04: Perdón, perdón. Era una broma.

Lola loba 20:05: Te volveré a bloquear.

Javier 20:05: Te volveré a insistir.

Lola loba 20:06: Pesado.

Javier 20:06: ¡Guapa!

Lola loba 20:07: Feo.

Javier 20:07: Me está gustando esto demasiado y no voy a seguir porque lo siguiente te enfadará.

Lola loba 20:08: Arriésgate.

Javier 20:08: ¿Seguro?

Lola loba 20:10: Sí.

Javier 20:10: Último mensaje de Lola: feo. Mi respuesta: TQ loba. (No te enfades).

Lola loba 20:12: Buenas noches. Sin enfadarme.

Leer TQ, además de sacar mis mariquitas en pleno carnaval, acababa de devolverme a la cima. Entusiasmada y casi convencida de que acabaría entregándome a él en cualquier momento de aquellas vacaciones, al día siguiente decidí comprar dos combinaciones. Una en color blanco y otra púrpura, ambas extremadamente sexys. Al intentar salir de la corsetería no pude resistir la tentación de volver a entrar, cuando en el escaparate, me fijé en un camisón de tirantes, largo, con corte bajo el pecho y con la espalda descubierta, color verde botella y transparente casi en su totalidad. Al pasar mi tarjeta por el datáfono, mis risitas interiores me cosquilleaban pensando:

«Lola, esto no es una tregua, esto va a ser un acoso y derribo hacia su persona».

Durante la semana abundaron los mensajes y alguna que otra llamada. Él seguía en ocasiones sin poder controlarse y a mí empezaba a no molestarme, más bien a encantarme. Hubo un intento por su parte de invitarme el viernes a cenar, sin que yo pudiera aceptar; había quedado con las niñas para despedirnos. El tiempo que yo iba a estar en León, ellas viajaban a Sevilla. Me excusé y lo aplazamos para el sábado.

Y aplazarlo al sábado era demasiado esperar.

Ese mismo viernes, durante la cena, mis hijas me dieron noticias, no sé si decir que buenas o malas. Para ellas eran buenas, para mí, en mi papel de madre, malas malísimas. Pronto debían instalarse en Madrid, las cosas con la agencia iban muy bien y empezaban a abundar los trabajos en estudio, cosa que implicaba mucho más trabajo y menos descanso. Y en consecuencia no poder regresar a casa entre reportaje y reportaje.

—¿Para cuándo? No sé por qué primero hacéis las cosas y luego me las comunicáis, no me gusta nada eso. —Mis quejas no servían de nada, ya estaba todo decidido.

—Mamá, por Dios, nos tratas como si tuviéramos doce años. —Ambas protestaron.

Pronto se marcharon a casa de Patri, el avión salía muy temprano y Jorge se encargaría de acercarlas al aeropuerto. Intercambiamos abrazos y deseos augurando días felices.

Me quedé sola, Olga se había marchado ese fin de semana a casa de su madre, y entonces fui consciente de que no quería esperar a mañana. Saqué mi móvil del bolsillo y al comprobar que no estaba su, ya de nuevo rutinario, buenas noches de Javier, pensé que era la excusa perfecta para escribirle.

Lola loba 21:48: ¿Ocupado?

Javier 21:51: No, viendo la televisión. Dime.

Lola loba 21:52: Nada, como no me has dado las buenas noches, pensaba que te pasaba algo.

Javier 21:53: Sabía que estabas con tus hijas, no quería molestar. ¿Te preocupas por mí?

Lola loba 21:53: Se han ido, duermen en casa de Patri, el avión sale temprano. ¿Preocuparme? Lo justo.

Javier 21:54: ¿Cuánto es lo justo?

Lola loba 21:54: ¿Te apetece un café nocturno, con charla, sin malos rollos y sin más allá?

Javier 21:55: ¿Es una invitación presencial o una invitación de videollamada?

Lola loba 21:55: Presencial.

Javier 21:56: En veinte minutos estoy ahí.

Lola loba 21:56: Prométeme que te vas a portar bien.

Javier 21:57: Si ya empiezas a poner inconvenientes… Te lo prometo.

Antes de que él llegase comenzó a llover con demasiada intensidad; aquí casi nunca suele hacerlo y cuando lo hace, el cielo descarga lo inaudito. Llegó empapado y temblando de frío. La tormenta le sorprendió por el camino y los veinte metros de distancia que recorrió desde el aparcamiento hasta el portal, fueron suficientes para entrar en casa calado.

—Esto que hago yo, no lo hace nadie. ¿Tienes idea del frío que cae en la calle? Enciéndeme la chimenea —dijo bromeando, conocedor de que no existía ninguna chimenea en mi casa.

Saqué unas toallas y le presté un pijama que hacía un par de años compré equivocado de talla y que apenas usaba. Era lo más acorde a su estatura, aun así, parecía un jugador de baloncesto enfundado en un pijama de talla XXS. Entre tanto, metí su ropa en la secadora para que pudiese marcharse vestido en condiciones.

—¡Por Dios…! Estás muy atractivo…. —No pude contener las carcajadas.

—Esto no es dejarme una prenda para que entre en calor por la tormenta, esto es una cruel

venganza. Anda hazme una foto que la pongo en mi perfil; verás como triunfo.

—Seguro que sí. ¡Ja, ja, ja! —Seguíamos riendo.

Poniendo poses, le hice una pequeña sesión de fotos, cuatro o cinco, nos divertimos mucho, hasta que la cafetera sonó. Tras servir el café nos sentamos en el sofá, y arropados por una manta, guardamos la suficiente distancia como para que yo estuviese segura de que no corría peligro; aunque el peligro lo llevaba yo anexo a mi piel…, aun salvando las distancias. No sé ni cómo, la separación entre él y yo se fue acortando y acabamos más cerca de lo que habíamos empezado.

—Tenemos que adelantar el viaje. Saldremos el lunes, Estrella llegará a Madrid ese día y me gustaría recogerla para marchar juntos a casa. Imagino que, no estando tus hijas, y de vacaciones, no te supondrá demasiado contratiempo. Tendremos allí más tiempo para descansar del viaje y aprovecharé para enseñarte un poco la zona, te va a gustar.

—Bien, llamaré mañana a tía Juana, la había invitado a comer el domingo, si salimos el lunes necesitaré preparar la maleta; a más días, más ropa. ¿Dónde dormiré yo?

—Esto…, tengo yo una casa…, en León…, que no sé si sabes, que yo de normal vivo allí —ironizó.

—Es que como te he conocido de anormal.

—Tú me volviste anormal.

Escuché unos fuertes gritos que salían de sus pupilas y tuve que volverme sorda para no gritar con él.

—Ya sé que vives allí, pero está tu hija y su novia.

—¿Te incomoda?

—Un poco. Ahora…, no es lo mismo.

—Hacemos las paces cuando tú quieras.

Me miró y yo con mis ojos protesté, de seguir con aquellas insinuaciones hubiese acabado comiéndomelo entero. Tras esa mirada siguió hablando.

—Creo que mejor nos vamos a un hotel.

—Puedo irme yo sola.

—De acuerdo, te pasaré una lista de los hoteles de la zona, llamas, te reservas una habitación, y luego, vas tú solita a la boda. —De nuevo esa sonrisa burlesca.

—Bien.

—Ni lo sueñes. Vas a dormir en casa, ellas no te incomodarán, apenas estarán allí —se acercó a mí demasiado—, y fin de la conversación, preciosa.

Los relámpagos no dejaban de irrumpir a través de los cristales. Esperando a que cesase la lluvia para que pudiese marcharse, pusimos una película de las que nos gustan a los dos. En blanco y negro, *Sabrina* de Billy Wilder; todo un clásico. Entre escena y escena, Javier empezó a entornar sus ojos, a la vez que poco a poco la cabeza se le iba cayendo hacia atrás y la boca se le abría. No quise decir nada, tan solo observaba ese vaivén intentando contener mis risas y, de repente, en lugar de atrás, se le fue hacia el lado cayendo sobre mi hombro. Me paralicé, deseaba inmortalizar aquello, necesitaba parar el tiempo. Bajé el volumen del televisor para que no despertase y rogué que la lluvia no cesase en los próximos doce años. Luego, con ayuda de la cámara de mi teléfono, pude guardar aquella imagen, no sin antes compartirla con Olga.

Lola 12:09: Qué crees que debo hacer con esto?

Olga 12:11: Ohhhh! Disfrutar. Beso.

Mis ojos también acabaron cerrados y rendidos a Morfeo. Cerca de las tres de la madrugada

desperté, y viendo que la tormenta no había acabado, saqué otra manta, una almohada y le avisé para que se acomodase en mi sofá.

—¡Javier…, Javier! —susurré—. Túmbate, llueve mucho, no puedes irte así.

Medio adormilado se dejó hacer y se acomodó. Yo me fui a mi habitación y después de colocarme mi prenda de dormir, a la que acompañaba una gran tentación, de nuevo salí para recrearme en aquella imagen. Y en el más absoluto de los silencios contemplé a mi amo y señor. Sigilosamente me arrodillé delante del sofá y entré en trance, no quería razonar y mi corazón se desbordaba. Por un momento volví a odiarle, y volví a amarle. Le lancé un mensaje, que él sumido en su sueño no escuchó: «Te quiero». Entonces se giró y tuve que tirarme al suelo boca abajo para no ser vista; el muy sabueso, me olió, se asomó y me vio.

—¿Lola? ¡Contras!, ¡qué susto me has dado! ¿Qué haces ahí?

¿Contemplarte? ¿Adorarte? No podía confesar la verdad y me las ingenié. Buscar una lentilla era la excusa perfecta, de no ser porque yo no las usaba y hubiese hecho el ridículo —más—. Así que opté por las joyas.

—He perdido un pendiente, miraba por aquí.

—¿Te ayudo a buscar?

—No no, ya si eso mañana.

Me levanté y me marché a mi habitación, dedicándome una última visión de su cuerpo tendido en mi sofá y envuelto en mis mantas. Pensé que esas mantas no las lavaría ya de por vida para conservar su aroma. Ese aroma tan peculiar que solo él desprendía.

Al día siguiente seguía lloviendo. Aquella plegaria de que no parase de llover en doce años iba haciendo camino, aunque sabía que lo de los doce años era un sinsentido. El olor a café y pan tostado despertaron a Javier. Al levantarse se acercó a la cocina y yo, al verle salir, con aquel pijama ceñido, no me quedó otra que formular una pregunta conteniendo mis risas.

—¿Has dormido bien?

—Bastante bien. Estaba pronosticado que debía dormir alguna vez en tu sofá.

—Sí.

—Puedes explotar a reír, ya veo que te contienes, bruja.

«Te ha llamado bruja.

»Sí, bruja.

»Dile que no te llame bruja porque no respondes.

—Tienes la ropa seca en el baño.

—¿Has encontrado el pendiente?

Tuve dudas de si se había creído lo del pendiente, o de si me quería poner en un aprieto riéndose de mí, como tantas veces había hecho cuando me conquistaba. En cualquier caso, tenerle cerca me producía tantos destellos interiores que iluminaban esa mañana, que no quise saber sus intenciones al mostrar aquellos dientes, envueltos en otra de sus encantadoras sonrisas.

—Lo encontré, lo había dejado encima del lavabo.

—No recuerdo que llevases pendientes anoche.

¿Se había fijado? Claro que se había fijado, yo sabía que mi cuello le apasionaba y le resultaba fácil contemplar el lóbulo de mi oreja.

—Los llevaba antes de que llegases tú. Al ir a la cama miré en mi mesilla y solo había uno. ¿Café? —pregunté intentando olvidar los pendientes.

Con ese café comenzó mi fantástica mañana, que debido a la incesante lluvia alargó aquella visita. De nuevo compartimos las primeras horas del día como las de antaño, ahora con la inexistencia de la pasión, aunque esa pasión contenida no había desaparecido ni tan siquiera para

mí. La charla de aquel desayuno, me iba alentando de que mi terapia de choque iba viento a favor. Ambos estábamos relajados, y yo incluso acalorada porque hubo más de una ocasión en que hubiese deseado olvidar todo y disfrutar de pleno, pero me obligué a ir despacio.

El destino fue generoso conmigo aquel día, manteniendo la lluvia hasta las ocho de la tarde para que yo pudiese seguir disfrutando de la compañía. Al marcharse, un recuerdo de nuestro próximo viaje.

—Antes de salir de casa te enviaré un mensaje para que estés lista —me dijo.

—No creo que pueda dormir esa noche. Tengo que reconocer que cada vez me impone más y estoy muy nerviosa.

—Pues relájate, porque vamos a pasarlo bien. ¿De acuerdo?

Afirmé contemplando como su inigualable silueta desaparecía por las escaleras.

Cené algo ligero y tuve la necesidad de meterme en mi cama. No sabía si deseaba descansar o tan solo recordar. Quería entregarme de pleno a mi cuerpo yacido; estaba agotada de tanta contención. Rebobiné cada minuto y palabra de los que había vivido desde su regreso, sin encontrar otra salida que rendirme. Ladeé mi cuerpo en la cama, visionando aquella parte de la almohada vacía, añorando esas ocasiones que él había ocupado ese lugar, y recordando esa felicidad perdida. Cerré mis ojos y me entregué a una nueva visita, aterrándome que no viniese solo —con la ex—, necesitaba pensarle, necesitaba sentirle. Poco a poco iba recordando sus besos, sus caricias, sus mordiscos, su sexo, y sumergida por completo entre mis sábanas, y simulando con mis manos sus caricias, mi temperatura fue en aumento. Prometo que intenté contenerme porque estaba convencida de que íbamos a ser tres, en cambio, la contención duró poco, solo hasta que mi teléfono sonó.

—Lola…

—Sí…

Mi respiración estaba exaltada y se asustó.

—¿Qué te pasa?

—Nada…

—¿Nada? ¿Estás bien?

No, no estaba bien, tenía unas ganas tremendas de tener sexo con él y no quería que lo supiera.

—Estoy bien.

—¿Estabas…?

—¡Estoy bien! —insistí.

—Lola…, estabas…, ¿pensando en mí?

Ahí ya había identificado el motivo de la alteración en mi respirar.

—No…, voy a colgar.

—No cuelgues…

—Voy a colgar.

—Lola, por favor…, no cuelgues. —Esa frase sonó tan desbordada de sensualidad como mis pensamientos.

Me odié. Me odié hasta la saciedad por no poder resistirme. Olvidando mi actual vida, dejé de contenerme y comencé a saborear mis pechos con mi propia mano, mientras escuchaba su aliento. Cerré mis ojos, y ya fueron sus manos las que recorrían mi cuerpo. Entregada de pleno a los susurros que escuchaba, abrí mis piernas para que ese canalla en la distancia se apoderase una vez más de mí.

—Lola…

Esa voz entre jadeos me dibujaba lo que sucedía al otro lado, y mi respiración me delataba a

mí, cuando su mano —la mía—, inició el camino hacia el centro de mis deseos.

No pude poner freno y ambos llegamos hasta el final. Un final en el que nuevamente me odié. Por entregarme a él, por sentir, por revivir. Mis ojos se humedecieron. Pasaron unos segundos hasta que él pronunció mi nombre.

—Lola… —Callé—. Lola…, dime algo.

—No voy a decir nada, y tú no vas a decir nada. Vamos a olvidar que esto acaba de suceder.

—No puedes pedirme que olvide esto.

—Sí puedo. Acabas de romper tu promesa, en realidad no dejas de romperla. Vamos a borrar esta secuencia y seguir con lo previsto. Lo vas a hacer por mí. ¿Verdad?

Después de que él hiciese uso de su insistencia, accedió a mis plegarias y decidimos olvidar.

Y un cuerno íbamos a olvidar aquello. Yo, la que menos.



Capítulo 20

—Vamos a pasarlo bien, relájate y sigue disfrutando del paisaje.

Javier me tranquiliza, sabe que este viaje va a ser algo tenso. Yo sigo divisando el panorama a través de la ventanilla. Hemos salido temprano, y queda poco para llegar a Madrid. Los recuerdos y el silencio me han acompañado durante el trayecto; a veces me hago daño recordando, otras aprendo a disfrutar de la parte positiva de lo vivido. De vez en cuando le miro y el cruce de una sonrisa es nuestra mejor conversación.

Llegamos pronto al aeropuerto y cada uno de nosotros llama a nuestras hijas. Hemos tanteado por internet algún lugar cercano para comer cuando llegue su hermana. Javier está… muy atento, y noto que satisfecho; su rostro al hablarme despide felicidad. Creo que él no habría imaginado este viaje conmigo ni en sus mejores sueños; yo tampoco.

Acaban de anunciar la llegada del vuelo de Tenerife, estoy nerviosa, todavía recuerdo las conversaciones con Estrella después de…

«Lola, deja de recordar.

»Dejo de recordar.

Esta, va a ser la primera de un cúmulo de presentaciones en donde no tengo claro cuál va a ser la palabra que utilice para definirme: ¿Ex? ¿Casi ex? ¿En *stand by*? ¿Casi reconciliados? ¿Proyecto retorno? Aquí mi hermana, aquí mi «proyecto retorno», suena fatal. Aquí mi hermana, aquí mi «en *stand by*», peor. Creo que desistiré de seguir barajando posibilidades y que sea él quien decida, porque ni yo misma sé cuál es en estos momentos mi posición.

Aparece Estrella en escena y un largo abrazo acompañado de besos, les mantiene unidos un buen rato mientras yo en la retaguardia, espero expectante. Se separan y se dirigen los dos hacia mí, ha llegado el momento.

—Ella es, Lola —me presenta, solo nombre.

«Pues no era tan complicado».

—¡Hola, cielo!, ¡qué mona eres! ¡Uf!, vengo cansadísima. ¿Vamos a comer algo? Traigo mucha hambre. ¿Todo bien? —me pregunta.

—Encantada, sí bien —respondo.

Estrella es una mujer de metro ochenta, aproximadamente —al lado de estos dos me siento pulgarcita—, cabello castaño, con destellos rubios ocasionados casi seguro por el sol de la isla y ojos marrones como los de Javier. A media legua se percibe que es puro nervio, y guapa, muy guapa, con un gran parecido a su hermano.

Cerca del aeropuerto hemos parado a comer, y en mitad de la comida Javier se ausenta por un momento al recibir una llamada de Nieves; la pobre estará un poco perdida, sea lo que sea lo solucionará. Al quedar solas, Estrella aprovecha para preguntarme.

—Cuéntame. ¿Cómo estás? ¿Le perdonaste? Y disculpa si interrogo demasiado, es que las penas de ese —señala a Javier a través de la ventana— me las he comido yo enganchada al teléfono horas y horas. Sabrás que lo pasó muy mal, y ya sé que tu peor, eso no lo pongo en duda, eso sí, una cosa te diré, loco le sigues teniendo. Desde que se separó, que hace unos años ya, nunca…, nunca jamás nos presentó a nadie, de hecho, no hubo nadie. Parece que tú le hiciste perder la consciencia. En fin, nunca pensé que vendrías a la boda, y me alegro mucho. Él está…, no hará falta que te diga cómo está, se le ve. Anda cuéntame antes de que vuelva.

Creo que va a ser muy complicado practicar el *feedback* con esta mujer.

—Bueno…, pensaba que estabas al corriente.

—¡No! ¡En absoluto! La última noticia fue, «me voy a Valencia, tengo que intentarlo todo», y a las semanas me llama y me dice que vienes a la boda. Un poco perdida me habéis dejado.

—Ya…, pues…, no estamos. Necesito tiempo.

—Te entiendo cielo y, supongo que, si estás aquí es porque cabe una oportunidad. —Yo afirmo—. Él está feliz, pero vas a tener que ponerte una buena coraza. El jueves te vas a encontrar con la diosa Envidia, reina del celo y la venganza.

—Me asustas…

—¡Nooo!, al contrario, ella consiguió lo que quería, vengarse. Trazó un plan y le salió bien la jugada. Te toca mover ficha a ti. Ármate y gana la guerra, tienes al rehén de tu parte.

Yo no quiero mover ficha, esto no es una lucha de dos mujeres por el macho alfa. Nunca fui partidaria de luchar por nadie, salvo por mí misma o por mi felicidad. Yo nada tengo que ver con ella, solo que aparece como un fantasma en mis sueños, o más bien en mis pesadillas, y eso solo se lo tengo que agradecer a un culpable, y es a él. Y ahora, su hermana también será culpable, porque yo ya casi ni me acordaba del suceso y otra vez me lo ha regresado. Estrella me avisa.

—¡Cuidado que viene el lobo…! —Se refiere a Javier.

—¿Ya le has inflado la cabeza? —la riñe cariñosamente.

—Menos que tú a mí cuando llorabas. —Descarada mira a su hermano y sonríe.

Javier me mira, le devuelvo la mirada con ternura y, segundo a segundo, mi adoración por él va creciendo.

Retomamos el viaje, me pido el asiento trasero para poder descansar, se me está haciendo demasiado largo el trayecto debido a la falta de costumbre con estos largos recorridos. Cerca de las ocho llegamos al destino y conforme nos acercamos, me van contando que la casa, antes de ser reformada tras fallecer sus padres, había sido el domicilio familiar. Está anclada en un pequeño pueblo a pocos kilómetros de la capital leonesa y ya la voy divisando cerca de la plaza central. Es un edificio de dos pisos con tan solo dos viviendas, una por planta, y con un garaje en el bajo. Estoy sorprendida por la belleza de la construcción y el conjunto del paisaje.

—¡¡Para para!! —exclama Estrella con urgencia—, déjame que baje, que están ahí Susana y Desi. —Se apea dejándome a solas con Javier.

—Hemos llegado, esta es mi casa —dice señalando el edificio y sin dejar de mirarme.

—Ya veo. —Recojo la mirada.

—Ninguna mujer ha subido nunca ahí.

Le miro y con mi mirada le recuerdo a alguien.

—Saca eso de tu cabeza. Ella no entró, pasó a recoger algo. Tú vas a entrar y con maleta.

—No sé si creerte.

La serenidad de sus ojos, quieren convencerme de que no miente.

Hemos guardado el coche en dicho garaje y subiendo por unas escaleras interiores, llegamos a la primera planta, donde se encuentra la casa de Javier. Un gran salón con una amplia cocina americana, ambos al exterior, con acceso a una gran terraza, desde donde se contempla la plaza y una bonita iglesia de esas de pueblo que, aun no siendo creyente, no te puedes resistir a visitar —mañana lo haré—. En la parte derecha del diáfano espacio lindando con la cocina un pequeño pasillo donde hay tres puertas, dos dormitorios y un baño. Al otro lado del salón, se accede a un pequeño recibidor que da paso al dormitorio principal y en él, una puerta, que intuyo será otro baño. El dormitorio también tiene acceso a esa gran terraza.

Me informa de que en la planta de arriba está la casa de Estrella que permanece cerrada gran parte del año. Según cuenta, la vivienda es un gran *loft* en el que apenas dos paredes de paves separan el baño del gran espacio.

Bajamos a la primera planta, donde ya nos disponemos a coger las maletas para recolocar nuestro equipaje.

—No sabía que vivías en un sitio tan peculiar, es precioso todo, por dentro y por fuera.

—¿Te gusta? Al fallecer mis padres, decidimos invertir para alquilar como casa rural. Cuando acabamos la reforma hacía poco que me había separado y pensé que no había mejor inversión que disfrutarlo.

—Hiciste bien. Es precioso, la decoración es…, lo tienes todo muy…, me encanta.

—Cuando te animes te traigo a vivir aquí. —Me mira de reojo.

Por un momento casi respondo: «acepto». Entramos en el dormitorio principal, él transporta mi maleta.

—Aquí vas a dormir… —me informa.

—Pero…, este es tu cuarto.

—¿En serio? No lo hubiera adivinado. —Su ironía, siempre presente.

—Dijiste que nunca metías a una mujer en tu cama.

—No dije eso. —Se pone serio de nuevo—. Dije, que hasta tu llegada nunca había metido una mujer en mi cama. Y sigue siendo así…, y serás la última, pienso seguir esperando. —Me guiña el ojo y pronto reacciona—. Perdona, sale solo.

Me voy acostumbrando a su falta de contención, en el fondo creo que me gusta cada vez más, pero es mejor que él no lo sepa. Todavía.

—Voy a tener que ponerte un precinto en la boca, no me dejas respirar —me quejo entre risas.

—¿Te ahogo?

—Un poco.

—¿Te hago el boca a boca?

Y ya no puedo más, entre carcajadas me saco la zapatilla y se la lanzo. Por suerte no acierto y podemos seguir riendo. Ahora viene hacia mí, amenazándome con la mirada, y creo que viene la venganza por lo del zapato.

—Estoy muy contento de que estés aquí y de que por fin hayamos dejado de discutir.

—Y yo —respondo, y las mariquitas que quieren conocer León.

—Ven —me dice cogiéndome la mano—, tengo una sorpresa para ti.

Me lleva al baño, el que hay dentro de su dormitorio y que todavía no había visto. Tal vez por eso no me lo enseñó, ¿Qué guardará ahí para mí? Al entrar de nuevo me impresiona la decoración, combinaciones en color negro y marfil, y una ducha cubierta por una pared de pavés, a la que me acerca. Aquí no hay bañera ni velas ni espumas ni copas de vino. Expectante sigo mirando a mi alrededor, buscando esa sorpresa que no encuentro. Le miro con interrogación y me acerca lo máximo al plato de ducha. Entonces…, cual azafata que acaba de entregar el máximo premio de un concurso, señala un óculo con borde de madera de unos setenta centímetros de diámetro.

—Tu ventanal —me dice.

Después de un lapsus, en el que me quedo un tanto anonadada viendo ese diminuto ventanal, soltamos unas grandes carcajadas. Debería explicarle, que además de agrandar ese pequeño óculo, necesitaría cambiar el plato de ducha por una gigantesca bañera, adornarla con velas y esencias y buscar dos copas de vino. Al visitante no lo quiero sustituir.

Poco a poco aminoran las risas y sin expresarle ninguno de mis pensamientos, dejo caer mi espalda en la pared, apoyando de pleno mi cuerpo. Se acaban los carcajeos y entran las tensiones, cuando con sus ojos clavados en los míos, veo como apoya su mano sobre los azulejos que hay detrás de mi hombro, dejándome cercada entre él y la ducha. Me tiembla todo, no deja de

mirarme y no dejo de imaginar qué se puede avecinar ahora. Esperando que no lo haga, aun sabiendo que me muero de ganas, sigo anclada a sus ojos.

Flexiona su codo, su rostro se acerca cada vez más al mío y negando con la cabeza le imploro que no continúe. No presta atención a lo que sabe que le estoy pidiendo, y sigue aproximándose hasta dejar su mentón rozando mi mejilla. Es ahora, sintiendo ese roce y su aliento deslizarse por mi cuello que tengo la necesidad de contradecir a mis deseos.

—No lo estropees, no lo hagas… —le murmuro.

—No pienso hacer nada —susurra en mi oído—, pero tú tienes carta blanca.

¿Carta blanca…? ¿Cómo me puede decir eso en estos momentos en que me muero por saborear todo este cuerpo?

Ya no controlo mi boca y desobedeciendo mis órdenes, muerdo con suavidad ese mentón que me abre las puertas al delirio.

—¿Has olvidado lo loco que me ponen tus mordiscos? —Me sigue hablando con dulzura al oído.

Su respiración se acelera, y la mía mucho más a sabiendas de que me voy a vencer.

«Déjate, Lola…, déjate, y déjale».

De nuevo mis incisivos aprietan carne, esta vez acompañados por mi traicionera lengua, que humedece esa parte de su barbilla que ahora es presa de mis dientes. Levemente separo mi rostro, y al girar, mi nariz se encuentra con la suya y por cuenta propia comienzan un flotante baile de lado a lado, como si de un tango se tratase. Necesito abrir mi boca, me falta el aire y la sequedad se adueña de mí garganta. Intento evitar tocar su cuerpo estrujo su camiseta con mis manos. Quiero dejar de contenerme, necesito «ya» dejar de contenerme.

—Lola…, recuérdame que no debo hacer nada…, ¡¡Dioosss…!!, estoy a punto de olvidarlo.

No quiero recordarle nada. Sabiéndome abrasada por sus deseos he decidido cerrar los ojos y entregarme a los míos propios, saboreando este instante que me hace olvidar quién me desgarró meses atrás. Siento la necesidad de rozar sus labios, y convencida de que ha llegado el momento opto porque empiece el juego. Mis manos se relajan y dejan de estrujar la camiseta, para comenzar a acariciar su cuerpo. Su rostro se enfrenta al mío, nuestras frentes se apoyan, los alientos se convierten en un solo suspiro. Sé que está tan deseoso como yo… o tal vez más.

—¿No me lo vas a recordar, Lola…?

No, definitivamente no.

No encuentro mejor modo de hacérselo saber que uniendo mucho más ese único suspiro. Pronto nuestras lenguas se reconocen, no han olvidado lo mucho que se deseaban y se enredan dejándonos percibir este añorado sabor. Como dos serpientes siento sus brazos rodear mi cintura, hasta que la necesidad de respirar hace que él esconda su rostro en mi cuello dejando libre mi reflejo en el espejo. Ahí, la Lola diabólica me obliga a abrir mis ojos y observando mi propia imagen, me hace una pregunta.

«¿Fue aquí, con ella?».

Y acaba mi deseo y acaba el momento. Intento separarme, él se niega y no me lo pone fácil.

—¡Para, Javier…, para!

—¡No…!

—¡Sí! Frena…, por favor…

—No, mi vida, no… —La pasión le posee.

—Suéltame…, me lo prometiste…, ¡suéltame…!

Por fin se separa, me mira, estoy aturdida y veo que él confundido. Me froto la frente, y un tanto alterado me habla.

—¡¿Qué pasa?!

—Me lo prometiste.

—¡Me has besado tú…! No puedes hacer esto, parece que quieres y luego retrocedes. El sábado más de lo mismo; yo no te lo pedí, tú lo deseabas y yo…, yo mucho más que tú. Tuvimos sexo y, aunque por teléfono, fue… espectacular…, lo sabes. En cambio, luego quieres borrarlo. ¿Qué pasa?

—¡No lo sé…! No lo sé… —Me siento acorralada y necesito explotar—. Sí, sí lo sé…, hay un fantasma con cuerpo de mujer que me persigue interponiéndose entre tú y yo. Tú la invitaste a inmiscuirse en mi vida, y yo no consigo que la abandone. Yo no quería esto, no quería volver a los reproches, pero cada vez que pienso en bajar la guardia, ella aparece y me obliga a levantarla.

Poseído por la rabia de ver que una vez más debe aceptar que ha roto nuestras vidas golpea con su puño los azulejos provocando un sobresalto en mi cuerpo. Pronto recapacita.

—Lo siento, lo siento. —Pasa su mano por mi mejilla—. Mi enfado no es por ti, es por mí.

La providencia se apiada de mí. El sonido de unas llaves nos alerta de que su hija entra en casa.

—¿Estás bien?

—Sí…, creo que sí —miento.

—Viene mi hija y vamos a salir, ¿de acuerdo? Necesitamos hablar de esto. Ahora relájate. Ante todo, quiero que estés bien.

Cogiendo mi mano salimos al encuentro de las jóvenes. Javier aúpa a su hija como si fuese una niña de cinco años, y Rosana se acerca a mí presentándose. Siempre supe que este encuentro iba a ser tenso para mí, pero nunca pensé que de este modo. En estos momentos no soy una gelatina, soy un flan esclafado.

—Hola, Lola, encantada de conocerte en persona. ¿Qué tal el viaje? —Rosana se presenta.

—Gracias, el viaje largo.

—Podemos cenar, no se separarán hasta mañana —dice mirando a padre e hija.

Pero no ha habido que esperar tanto, pronto se acercan y Alba me saluda con dos besos, al tiempo que su padre me presenta.

—Alba, ella es Lola.

—Ya sé que es Lola —bromea—. Gracias por venir. Me alegro de que estés aquí.

—Sí, yo también —digo mirando a Javier.

Lo cierto es que de nuevo acabo de mentir. En estos momentos, no puedo estar más arrepentida de haber tomado la decisión de acudir a este evento. Mi terapia de choque se va a la mierda, y yo con ella. En cuanto acabe de cenar me iré a la cama, y allí descansaré, reflexionaré y si puedo hablaré con Mario; le necesito más que nunca. Puede incluso, que mañana decida volver a Valencia; está claro que no estoy preparada para esto.

«Menudo ridículo, Lola, primero decides venir y ahora decides largarte; esto no es un juego».

Es cierto, no es un juego, y lo sé, por eso más vale retirarse a tiempo que perder la partida.

Acabamos de cenar y excusándome por cansancio, decido retirarme a dialogar con la almohada, lo malo es que la almohada es «su» almohada y se pondrá de su parte para no dejarme ir. Javier me acompaña a la habitación. Sigue estando muy atento y pendiente de mí. Al llegar a la puerta me coge del codo.

—Siento lo sucedido antes en el baño. Bueno…, mucho no lo siento, es más, si soy sincero me ha sabido a gloria —dice sonriendo y me derrito—. Lo que quiero decir es que…, te lo había prometido y te he provocado, no debí hacerlo.

Con mi mano tapo su boca, deseando en mi interior taparla de nuevo con mis labios.

—No sigas, no importa, olvidamos esto también… ¿Te parece?

—No sé si voy a poder olvidar tantas cosas bonitas…

Finjo rezar y hago un gesto de súplica.

—Está bien…, lo siento, y lo intento. —Acaba cediendo.

Ya no necesito consultar nada con su almohada, porque cuando le tengo tan cerca de mí, las ganas de seguir a su lado consiguen convencerme de que no hay fantasma ni diosa que pueda conmigo. También le digo lo injusto que me parece que yo usurpe su cama.

—Tú duermes aquí —se acerca—, y ahora puedes decirme dónde quieres que duerma yo. Y no es una provocación, solo es una pregunta que espera respuesta, por lo insistente que te pones con la dichosa cama.

—¿Serías capaz de dormir? ¿Solo dormir?

Mira hacia atrás, intuyo que comprobando que nadie se aproxime, y de nuevo vuelve su rostro hacia mí para decirme algo.

—Estando ellas ahí fuera, solo podríamos dormir, porque si me dejases hacerte el amor… —baja más su tono—, sería tal el escándalo que hasta Estrella bajaría al escucharte. Y ahora métete en la cama y deja de provocarme, porque te juro que a la siguiente no me retiro por mucho que me lo pidas. ¡Bruja…!

«Te acaba de llamar bruja otra vez.

»Me acaba de llamar bruja, sí, otra vez.

»Con lo cachonda que te ponen sus “brujas”.

»¿Y cómo crees que me acaba de poner?

Muerta me ha dejado. Creo que hacía tiempo que no me ponía así tan solo con palabras. A punto he estado de agarrarle del pecho y provocar la bajada de su hermana y de toda la plaza del pueblo. Como de costumbre, la fantasma, a la que ahora decido también denominar diosa Envidia —como dijo Estrella—, aparece para recordarme que seguramente no habría llegado a gritar, ni tan siquiera a suspirar; ella se habría presentado para callarme.

«En serio, Lola, o superas esto o se va todo a la mierda».

Al levantarme Javier me tiene preparada una sorpresa, que de sorpresa ya no tiene nada. Va a enseñarme la zona, así que, con ropa cómoda y unas pequeñas mochilas con botellas de agua, salimos de ruta para convertirnos en senderistas, aunque sea solo por un día.

Para una persona como yo, que vive en una gran ciudad y viaja en plan económico aprovechando las excursiones de tía Juana, estos paisajes están siendo una verdadera delicia. Todo lo que hemos visitado es espectacular. Pueblos rurales donde se respira sosiego. Rutas que proporcionan esplendorosos escenarios con lagos, bosques, prados y un sinfín de vistas que me incitan a pensar, que aquí nace el oxígeno y cuándo llega a Valencia ya lo hace polucionado.

Acabamos de llegar a un lugar denominado «El banco más bonito de León», donde la combinación del paisaje, hace que a tu mente llegue la palabra naturaleza en todas sus dimensiones. Sin pronunciar palabra, ambos divisamos esta estampa que, a mí en particular, me deja perpleja por su hermosura. Sentados y todavía en silencio, me pregunto por qué zonas tan bellas son tan desconocidas. Después de unos minutos de silencio y pausada respiración le digo lo que siento.

—No entiendo, cómo la gente gasta tanto dinero en visitar la costa para pasar quince días metidos en el agua, pudiendo contemplar estas divinidades.

—No lo entenderás nunca porque naciste con el mar. Es cierto que yo también prefiero esto como destino turístico, a pesar de que, ahora que vivo allí y contemplo el mar cuando me apetece, reconozco que es un *lujazo*.

—Esto es espectacular, solo se oye la naturaleza, me quedaría aquí eternamente.

—Sabía que te gustaría. —Guarda silencio—. Sería un destino perfecto para celebrar un aniversario.

Me toca la fibra, porque justo hace más o menos un año que comenzó todo. Todo eso, a lo que él se encargó de ponerle fin.

—Sabes que te lo cargaste.

—Sí, y no me importa esperar un año más.

Sus brazos se apoyan en sus piernas y con su cabeza baja no deja de manosear unas piedras que ha cogido del suelo.

—Tú sabes que yo sigo locamente enamorada de ti, ¿verdad? —le pregunto.

—Sí, lo sé, de lo contrario no estarías aquí. —Se gira y me mira —. Y tú sabes que yo estoy cinco escalones por encima de ti. ¿Verdad?

—Sí, de lo contrario, tampoco estaría aquí. —Otro incómodo silencio y necesito lanzar una pregunta—. ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó?

—Necesito saberlo, Javier, hasta donde llegaste. ¿Fuiste tú?, ¿fue ella?

Quiero asegurarme de si la versión coincide con la de Estrella.

—Me niego a hablar de eso.

—Lo necesito.

—No, será peor, no me hagas esto.

—¿Tanto duró y tanto te gustó? ¿Por eso no quieres contármelo?

—No me gustó, no me gustó. ¿Cuántas veces he de decirte que estaba bebido?

—Quiero entenderlo —insisto—. ¿La metiste en tu cama? ¡Madre mía! He dormido ahí. Dime que no lo hicisteis en la cama. —Empiezo a agobiarme.

—¡No! Lola. ¡No es como crees! —exclama—. Ya te conté por qué subió. Yo había bebido y empezó a acercarse…

—Y tú, ahí quieto, como una estatua, no fuese que se arrepintiese, ¡Diosss! —Tapo mi rostro con mis manos, ocultando como se humedecen mis ojos.

—¡No sé a qué viene esto! ¿Te gusta pasarlo mal y hacérmelo pasar mal a mí? —Se irrita.

—¿Tú lo pasas mal? Bueno, es lo que toca, ya lo pasaste bien en su día.

—¡Muy bien!, me has pedido que te lo cuente, pues me vas a escuchar —habla enfadado—: El vino y una víbora me jugaron una mala pasada. Ni recuerdo cómo empezó, solo sé que de repente me vi allí, delante de ella arrodillada. Tuve que tirarme al sofá, no podía ni con mi cuerpo. Cuando desperté me di cuenta de lo que había pasado y me volví loco echándola de mi casa. Te juro que si hubiese querido serte infiel, lo habría hecho con cualquiera menos con ella. ¿Sabes que me dijo al irse? Que yo le había robado a su hija y que no pararía hasta joderme la vida. Ella no quiere volver conmigo, quiere reventarme, esa es la pura verdad. Y gracias a mi torpeza lo consiguió, porque al final mi vida se ha desgarrado, y con ella la tuya. No podía contarte una cosa así por teléfono, por eso al principio lo oculté, No obstante, el remordimiento ya me estaba ahogando.

—Te empalmaste…

—¡Joder!, Lola, eso es un nervio. Sube al tacto.

—¡Y una mierda! ¡No me vengas con esas! ¡¿Si te tocase Manolo también te empalmarías?!

—¡¿Quieres oír que lo busqué, que me gustó?! Pues no vas a oír eso de mi boca jamás. Me lanzaría por cualquier acantilado si supiese que borraba lo sucedido, aunque no volviese a verte nunca más. ¡No soporto haberte hecho daño y te prometo que no he dejado de quererte ni un

minuto! —Coge mi cara con sus dos manos —. ¡Mírame, Lola…!, ¡mírame! ¡Ni un minuto!

Suelto sus manos de mi rostro y me levanto caminando unos pasos alejándome de él. De espaldas quedo divisando las aguas de este lago, que bien podría ser el de mi bañera. Pero hasta eso se lo ha cargado. Me quedo quieta pensando bien lo que quiero decir, y de nuevo el silencio aparece para gritarme que ese recuerdo me sigue haciendo daño. Respiro, froto mi rostro, de nuevo respiro, y regreso. Me siento a su lado.

—Vas a tener que darme mucho tiempo para superar muchas cosas, y no te prometo nada. El fantasma sin rostro me atormenta y hasta que no le ponga cara creo que no voy a superarlo. Y cuando se la ponga estoy segura de que será mucho peor y te odiaré más. Así que, crudo lo tenemos los dos.

—El tiempo te lo estoy dando y lo sabes, de lo contrario, sería yo el que no estaría aquí.

Con mi mano acaricio su espalda, asciendo por su cuello, llego a su cabeza, y allí, dulcemente enredo mis dedos entre sus cabellos. Él se relaja apoyando su cuerpo en el respaldo del banco, para una vez más mirarme y con sus ojos lanzarme un gran mensaje de amor.

Sin pensarlo dos veces cojo su mano.

—Hagamos una cosa —le propongo—. Sigamos con el plan y disfrutemos de la boda. Tu hija se va a casar y no es justo para ella que no estés al cien por cien. Además, quiero compartir esto contigo, sin este sinvivir; necesito pasarlo bien y olvidarme de todo. Vine para ponerme a prueba, y no sé si ha sido buena idea, porque en lugar de fiesta parece que hemos venido a una pelea de gallos; en gran parte es culpa mía. Necesito divertirme, bailar, reír, perder el control... Ayúdame a ausentarme del dolor, y cuando todo esto acabe ya veremos qué hacemos con el fantasma, contigo y con mi vida. Quiero disfrutar lo que pueda.

—Lo peor está por llegar. Tienes que saber que no va a ir a por mí, irá a por ti. Nunca superó la separación, pero jamás intentó algo tan grave; solo al saber que había alguien importante ha puesto tanto empeño en romper mi vida. Sabe que tiene que ir a por ti para hacerme daño a mí. El jueves tratará de intimidarte.

—No se trata de lo que ella intente, sino de lo que consiga. Y espero que tú no me falles.

—No te voy a fallar. Te lo prometo. Y tienes razón, a partir de ahora empieza la fiesta. —Se acerca a mí oído—. Déjame decírtelo solo una vez, y perdóname. Te quiero.

Y en este mismo instante comienza la fiesta. Una fiesta que más bien se asemeja a un fin de fiestas, porque al escuchar esas dos palabras, mis mariquitas se vuelven locas echando fuegos artificiales con traca final incluida.

Desde la habitación veo la luna. En los centros de estos pueblos, no hay altos edificios que te oculten la visión de una noche tan espectacular como esta. Todos duermen y he decidido salir a la terraza en pijama y envuelta en mi abrigo. Al salir me asusto, la silueta de un hombre —mi hombre—, sentado en uno de los sillones de mimbre, me alerta. Me ve, y con la mano me hace un gesto para que me siente a su lado. Él está envuelto en una manta que al sentarme comparte conmigo.

—¿No puedes dormir? —le pregunto.

—No. No hables, solo contempla. Hay demasiadas estrellas esta noche, eso debe ser un buen augurio.

Me rodea con su brazo, y no puedo evitar imaginar cómo hubiera sido esa escena sin su traición. Seguro que igual, el cambio surgiría al entrar en la habitación, donde la luna nos hubiese invitado a compartir momentos de pasión. Es una diferencia demasiado relevante que hace que aquí y ahora decida confesarme; necesito hacerlo. Decirle las veces que lloré y lo mucho que sufrí. Sin broncas, sin peleas, una confesión entre amigos, saldando la deuda

pendiente de esa charla que se va postergando.

—Lloré hasta quedarme seca…, me prometí que no me iba a hundir, en cambio, me tuve que acostumbrar a vivir en la profundidad de las tinieblas más oscuras. Y no quiero que vuelvas a pedirme perdón. Ya suena repetitivo. Solo necesito que calles y me escuches, solo necesito saber que no hablo sola.

—Callo y escucho.

—Te he odiado mucho, no deseaba volver a verte, quise borrarte de mi vida. Tuve que refugiarme en el trabajo, en mi tía, en Olga y en Mario. Mis noches en vela fueron eternas. El dolor no acababa nunca; cada noche me traicionabas.

—¿Cada noche?

—Sí, cada noche. Ella —señalo a la luna— lo sabe bien, era la que me acompañaba mientras no dejaba de derramar lágrimas. Noche tras noche irrumpías en mi cama para mantenerme despierta. Ni tan solo una pude dejar de imaginarte. Cuando por fin caía rendida, el despertar era más doloroso al comprobar que todo lo que me dolía era verdad; que me habías quitado la vida y dejado vacía de amor.

Me mira con desgarro y sigo hablando.

»Ya no importa, nada va a borrar el sufrimiento vivido. Por eso de nada sirve pedir perdón. Podría perdonarte, y aun así lo vivido está ahí, al igual que lo sufrido; ya forma parte de mi historia. ¡Menuda historia…! Claro, que con mis antecedentes puedes estar orgulloso, te llevas la palma de oro al dolor generado.

—Me estás torturando.

—No, me estoy desahogando. ¿No querías hablar? Pues hablando estamos, y sin peleas. Déjame acabar. —Asiente con la cabeza—. Estuve casi dos semanas esperando despertar. El hombre que tanto me amaba y que había decidido cruzar la línea, no podía haberme hecho aquello. Hasta que un día desperté y me dije: «Pues sí, Lola, te lo ha hecho». Y empecé a vivir…, a malvivir con mi sufrimiento, mientras te imaginaba aquí quedando con otras, rubias claro. Y lloraba, y lloraba… No podía dejar de llorar.

—Nunca quedé con nadie, puedes creerlo o no. No quería quedar con nadie más que contigo, me di tiempo para que tus heridas curasen, y sabía que no iba a ser nada fácil. Además, nunca dejé de preguntar por ti.

—Sí, de eso me enteré, y también ahí me hiciste daño. Parecías la víctima y yo la verdugo. Otro daño colateral para Lola. Cuando te vi sentado en la cafetería…, te hubiese arrancado los huevos.

—Yo te hubiese comido a besos. —Callamos unos segundos, de nuevo él habla—. ¿Qué pensaste?

—Que era una pesadilla…

Hemos sonreído a la vez que con su brazo me presiona contra su cuerpo.

—¿Quieres saber qué pensé yo al verte entrar acompañada?

—Me muero por saberlo.

—¿Este no será el puto psicólogo…? —De nuevo sonreímos—. No…, bueno sí, lo confieso, eso lo pensé, ya sabía que quedabas con él. Antes de eso, mi primer pensamiento fue «la quiero», el segundo «la quiero». ¿Necesitas saber el tercero?

He necesitado girar mi cabeza para mirarle, por un momento creo que los dos estábamos deseando lanzarnos a los labios del otro. Me cobijo en su regazo un instante y con un beso en la mejilla me despido para marcharme a la cama. Si me hubiese quedado tan solo unos segundos más, estoy convencida de que hoy, él habría dormido en su cama junto a mí.

Día de presentaciones y noche de despedida, sigo metida en la cama y sigo metida en mi fiesta. No ha vuelto a haber lágrimas, solo risas; parece que el momento del banco y el de la luna fueron cruciales para marcar un punto de inflexión a este viaje.

Ayer, seguimos en el papel de excursionistas visitando la zona y sin dejar de sorprenderme por las maravillas del lugar. En casa, todo ha ido genial, disfrutando esos momentos en familia que me han hecho sentir como en la mía.

Durante la cena Rosana afloraba sus nervios ante la inminente llegada de su abuelo, al que ni tan siquiera conoce en persona. El hombre pisará Madrid a las seis de la madrugada y allí alquilará un vehículo para llegar hasta el hotel donde se lleva a cabo el enlace. Por lo visto, después de la boda, aprovechará para conocer parte de nuestro país. Claro, si no hay problemas económicos, todo es más sencillo. Él no tiene que amoldarse a los viajes baratos de ninguna tía como siempre he tenido que hacer yo.

Anoche, al retirarnos a dormir, de nuevo Javier me acompañó y allí en la puerta me intentó tranquilizar.

—Mañana vas a conocer a mucha gente.

—Procura no dejarme sola mucho tiempo. Ya sé que eres uno de los protagonistas del día, solo te pido que en la medida de lo posible…

—Estaré pendiente de ti. ¿Cómo quieres que te presente?

—No me preguntes eso. Tú sabrás…

—¿Decido yo?

—Decide tú.

Me dio las buenas noches y se marchó. A los pocos minutos recibí un mensaje.

Javier 23:11: ¿Novia?

Lola loba 23:12: ¿Te daba miedo decírmelo a la cara?

Javier 23:12: Lo que me daba miedo era decírtelo, que te pareciese mal y fastidiarme la noche.

Javier 23:13: La otra opción: miedo a que te pareciese bien y no poder comerte la boca.

Mi Lola 23:14: Es decir, en cualquier caso, la noche se augura complicada.

Javier 23:15: No, si me dejas hacerte compañía.

Me metí en la cama sin esa compañía, a pesar de que no quería estar sola.

Ha amanecido y sigo recreándome entre las sábanas, anoche decidimos cómo íbamos a turnar las entradas a los baños. Por supuesto las chicas lo harán primero, ellas deben llegar antes. En el desayuno me pregunta si estoy tranquila, y aunque intento aparentar que lo estoy, hay un puño presionando mi esófago, que creo que me joderá el día. Ha bajado Estrella, histérica e inquieta porque todo salga bien; ella es la responsable del evento y está más nerviosa incluso que las protagonistas. Juntas las tres mujeres se marchan, y yo, que ya he salido del baño, en su habitación empiezo a escoger prendas. Él se viste en otro cuarto.

Cojo la combinación blanca que compré aquel día, me la pongo y empiezo a pensar en si él, se habrá puesto también su ropa interior o estará desnudo; no sería mala idea visitarnos. Ya me excito de pensar cómo acabaría esa visita. La excitación se va a la mierda cuando de repente veo a tres. Profundamente respiro, expulso al fantasma, y la excitación ya es nula.

Lo siguiente es ponerme las medias, y acto seguido desenfundo el traje que las niñas me trajeron de Barcelona. Mis ojos se desvían, para localizar en el perchero el vestido Rosa con cremallera hasta el rabillo que había comprado para la despedida, por un momento me tienta ponerme ese y salir a que me abroche; creo que si hago eso… olvidaríamos el evento, y eso no puede pasar.

Intento dejar mis apetencias sexuales de lado y salgo al salón donde él me espera. Está… «¡Madre mía cómo está!».

Un traje color granate y una camisa blanca, junto a una corbata negra, cubren ese cuerpo que la naturaleza ha tenido a bien ofrecer al mundo, para que nos deleitemos contemplándole. Otra vez me derrito ante él.

«Lola, deberías llevar repuesto de ropa interior».

—Estás… espectacular —me dice cogiéndome la mano y obligándome a dar un giro rotativo sobre mi cuerpo.

—Y tú, *guapisísimo.*

Como si fuéramos a danzar, me agarra y me sigue hablando.

—¿Vas a bailar esta noche con el padre de la novia?

—Intentaré hacerte un hueco.

Me balancea sin música y sonríe.

—Tenemos que irnos —me dice.

—Pues deja de bailar.

—Es que estás preciosa…, y quiero disfrutarlo.

Casi se queda el evento sin la presencia del padre de la novia, porque mientras bailaba, juro que esperaba que se abalanzase sobre mí, y esta vez no tenía intención de retroceder.

«¡Uf! Qué complicado me lo pone todo este hombre».

—Creo que hay que marcharse ya. —Se resigna—. Se nos ha hecho un poco tarde y no podemos retrasarnos, luego vendremos a por las maletas. Coge lo preciso para esta noche por si acaso.

Cerca de las once llegamos al lugar. Un antiguo palacete convertido en hotel y centro de celebraciones, ha sido el escogido por Estrella para celebrar la boda de su única sobrina. El sitio es entrañable y desprende serenidad. Rodeado de jardines coloridos, en los cuales hay ubicado una gran carpa, el paisaje no tiene desperdicio. Dentro de esa carpa, varias estufas interiores con forma de pirámide, para apaciguar el frío característico de la zona. Allí mismo, diferentes mesas con bebidas y entrantes ya preparados para recibir a los invitados, que a posteriori pasarán a comer en uno de los salones interiores. Las mesas, adornadas con flores disecadas y cubiertas de manteles blancos con aderezos verde botella, inspiran glamour. Los comensales no empezarán a acudir al recinto hasta las doce, por lo que tenemos tiempo de dar un breve paseo por estos jardines. Apenas pasados quince minutos desde que hemos iniciado el recorrido, él recibe una llamada de su hija.

—Ha llegado mamá, paciencia porfa. —Y ambos nos dirigimos al interior de la carpa.

—¿Estás bien? —Javier se inquieta por mí.

—Creo que sí, vamos allá.

«Al patio de los leones».

Necesito ver si se miran, si reaccionan; saber qué ocurre cuando está a su lado. Y no quiero que me lo cuente, quiero comprobarlo con mis propios ojos.

Encaminándome hacia el duelo con ese fantasma, siento la necesidad de aferrarme a algo, tengo tanto vértigo por caer de nuevo al océano, que con fuerza cojo su mano rogándole que no me suelte. Él se para, me mira, me pasa un dedo apartando un mechón de pelo de mi rostro y con unas palabras me devuelve la serenidad.

—Escúchame bien, no olvides por lo que llevo luchando cuatro meses. No dejes que se salga con la suya. ¿Entendido?

—Entendido. —Respiro profundo y entramos.

—¡Marisa! Vienes pronto —saluda él.

¡¡Menuda mierda me acabo de comer!! Es tremendamente guapa y casualmente rubia, con una cabellera larga y brillante que adorna maravillosamente su espalda. Sus ojos claros tienen formas bien definidas, y los labios que adornan esa belleza parecen convertirla en una diosa de verdad. Su estatura no rebasa la media y, sin duda, su cuerpo sí rebasa la excelencia. Los imagino siendo pareja y aquello debía ser como un anuncio de Dior. Es bellísima.

«¡Joder! Lola. ¡Esto no es un fantasma, es Lucifer!».

—Soy la madre de la novia, ¿recuerdas? —responde Lucifer.

La mirada entre ellos es tensa, muy tensa. Vamos bien.

—Claro, no lo olvido. Te presento, ella es Lola, mi novia.

Aunque tambaleando, me empodero en el título que él me ha otorgado y me recuerdo a mí misma que yo estoy ahí para eliminar un fantasma, y no para luchar por un hombre. No obstante, me siento poderosa afianzada a la mano de Javier y lejos de dar dos besos, que es lo que hubiese requerido en otra circunstancia, extiendo mi mano para saludar correcta pero distante.

—Alba me ha hablado algo de ti. —No voy a decir encantada porque no lo estoy.

—Las hijas, ya sabes, espero que bien. ¿Y tú?, ¿no le has hablado de mí? Trece años juntos, algo le habrás contado. —Mira a Javier.

—El número de la mala suerte Marisa. —Una agria sonrisa sale directo hacia ella.

«Envidia» decide obviar ese comentario y sigue dirigiéndose a mí.

—Pensaba que no vendrías a la boda, me dijeron que ya no estabais juntos.

Él me presiona la mano, sé que su intención no es otra que recordarme lo que minutos antes me ha dicho que no debo olvidar. Observo un gesto de regodeo en todo el cuerpo de esa diosa Envidia, sintiéndose complacida por ser la causante de nuestra ruptura.

—Las malas lenguas no saben qué inventar. Discúlpanos, estábamos dando un paseo y vamos a seguir —dice Javier tirando de mi mano.

Al salir de la carpa seguimos con el paseo y me muero por soltarlo.

—No me habías dicho que era tan guapa.

—¿Eso es importante?

—¿Que sea guapa o que no me lo hayas dicho?

—No sé, a mí no me preocupa ninguna de las dos. Y a ti tampoco. ¿Estás bien?

—Bueno, creo que he superado la primera fase.

Estoy bien, empiezo a estar bien. Si algo he visto salir de sus ojos al mirarse, no era otra cosa que rencor.

«Lola, donde hay rencor hay cositas.

»¿Cositas?

»Sí, cositas de esas que tú sabes.

»No no y no.

Seguimos paseando contemplando las plantas y respirando oxígeno puro, hasta que, pasado un rato, Javier siente hambre y me pide que entremos como dos furtivos a robar algo de comida. Y yo, que cada vez me siento mejor, me presto a ello, así que, riendo y a escondidas, nos adentramos en la carpa. A veces parece que tenga doce años; eso también me encanta.

No hay nadie dentro por lo que su cometido le va a resultar fácil. Está intentando no coger todo de la misma mesa con la intención de que no se note el vacío, por ello va recorriéndolas todas hasta llegar a la del fondo. Yo le espero en la más cercana a la entrada intentando sacar una china que se me ha clavado en el zapato. Descalzo el pie e intento desprenderme de la jodida

piedrecita, y con mi cabeza abajo, manteniendo mi zapato en la mano a la vez que procuro no caerme por quedarme a la pata coja, oigo una voz; la voz del fantasma. Ese fantasma que de nuevo ha venido a verme, esta vez de cuerpo presente y además. por su cara de perversa, diría que viene vestida de Envidia…, toda una diosa.

—Es impresionante que con lo que sucedió le hayas perdonado —habla.

No se va a rendir fácilmente, y creo que no me voy a acobardar.

—¿Lo sucedido? No fue para tanto. Estaba bebido.

—¿Eso te ha dicho? —Sonríe y me recuerda a la novia de «Chucky»—. ¡Espectacular…! Bueno, como siempre. ¿O contigo es más discreto?

En milésimas de segundo se me agolpan los pensamientos y necesito poner en orden mis ideas.

«No olvides por quién lleva luchando cuatro meses.

»No olvides que estás a punto de tocar la cima.

»No olvides que quieres una relación de dos y expulsar al fantasma.

Con mi mirada busco a Javier y compruebo que, a lo lejos, no se ha percatado de que su ex y yo estamos dialogando —por llamarlo de algún modo—. Y es ahora cuando yo, y solo yo, decido retomar la relación de dos.

—Yo nunca peleo por un hombre y me cuesta creer que tú quieras hacerlo por él, sabiendo que él no lo hace por ti. En cuanto a lo de discreto…, puedes desbordar tu imaginación.

—¡Qué mona! Eres una pánfila, no te enteras de nada.

«¿Me ha llamado pánfila? ¿Pánfila yo?».

—Marisa, no te robes protagonismo con estas chorradas, tú eres la madre de la novia, y yo tan solo, «la novia del padre». —Utilizo todo el énfasis que puedo, sabiendo que eso le va a doler.

Creo que la he dejado KO, porque se aleja y sale de la carpa. Crecen mis nervios y buscando a Javier, compruebo que apurándose viene hacia mí, seguramente porque ya se ha percatado de quién me acompañaba. No debe haber perdido el tiempo porque viene engullendo comida, y al acercarse, frunce el ceño queriendo conocer lo sucedido. Tiene la boca tan llena que no puede ni hablar, y se va a arrepentir de haber zampado tanto cuando le exponga mis planes.

—Traga ahora mismo lo que estás comiendo porque tengo en mente comerte yo a ti.

A él, creo que también le he dejado KO. Reacciona, y como un torbellino busca algo para poder dejar su boca libre. Con una servilleta la vacía y ansioso espera que yo actúe.

—Pareces un niño, al que le van a dar cincuenta piruletas —digo riendo.

—De mi sabor favorito…, no lo olvides —responde con los ojos como platos.

Libre ya de cualquier migaja, ha llegado el momento de rodear su cuello con mis brazos y lanzar mi discurso.

—No voy a dejar que ninguna diosa ni ningún fantasma me arrebaten la vida que he decidido que quiero tener, que es la que antes tenía. Pero te aseguro que si vuelve a suceder algo parecido, yo misma te arrancaré los ojos y tus partes y te las haré tragar.

—No volverá a pasar —responde tajante.

Y me desprendo de ese calvario de continencia que me había convertido en esclava todo este tiempo. Aprisionando nuestros cuerpos, desparramamos una gran catarata de besos, que transforman mis huesos en espirales de amor. De nuevo este baile de lenguas, que parece no tener fin, nos hace olvidar dónde estamos, y mis manos, abducidas por su espalda, saborean al compás de su murmullo.

—No pienso acabar este momento.

—No lo acabes —ordeno.

Y no cesamos en ese afán de degustarnos.

—¿Esto es que hemos vuelto? —pregunta.

—Más o menos.

—No vale recular.

—Sin recular.

Y con efecto ventosa de nuevo, absorbo esas sabrosas carnes que encierran su boca y que me dan la vida. Beso, y le beso, y solo pienso en no dejar de besarle jamás.

Mi diabla pretende aguarme la fiesta preguntándome.

«Con todo lo sufrido, ¿le vas a perdonar?».

Y le respondo.

Sí, le voy a perdonar, porque necesito darme esa segunda oportunidad. Para poder seguir viviendo, para sentir deseo, para volver a ser suya, para que vuelva a ser mío, para afianzarme con fuerza a esa cuerda que presiento que ya no se va a quebrar nunca más y conseguir afincarme en lo más alto del universo, olvidando las oscuras tinieblas del fondo del océano.

—¿Subimos los trajes, Lola? —me pregunta.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Lo que él quiere subir es otra cosa que lleva guardada en ese pantalón, y sinceramente no sé si estoy preparada para eso o el fantasma seguirá queriendo formar un trío. Lo cierto es que me muero de ganas por averiguarlo.

—Deberíamos dejarlo para después. Ahora mismo llegarán los invitados y debes estar con tu hija.

—Te aseguro que van a ser pocos minutos.

Mi volcán ya está entrando en ebullición a punto de soltar toda la lava. No quiero dejar de mirarle, esos dos chocolates me encienden cada vez más.

—Se darán cuenta —digo.

—Ahora, eso no me importa.

—Lo de la ropa no urge.

Se está acercando a mi mejilla, ya tengo claro que me va a soltar algo que hará que mis bragas se empapen.

—¿Y follar? ¿También quieres dejarlo para después? Porque pienso *desprendeeerte* de toda tu ropa, *bajaarte* las *mediassss*, dejar esos pechos libres de presiones, *arrrrancarrrte* las bragas y tirarte en la cama para transportarte a un universo, donde sentirás dentro de tu ser las estrellas expandiendo *fuegooo*, *abrasáaandote* el interior, cuando con cada embiste mío, en silencio, te diga… te *quieeero*. Y ahora dime… ¿Lo dejamos para después?

Creo que me he corrido y ya no necesito subir…

Lo necesito, claro que lo necesito.

Me lleva hacia el coche para coger los trajes. Antes no lo hicimos por un contratiempo con las tarjetas de las habitaciones, que ahora es la excusa perfecta.

Abre el maletero y cogemos la ropa que va en sus respectivas fundas. Cierra y amenaza.

—No voy a recular…

—No quiero recular… —Le aseguro.

Ya estamos entrando en la habitación. Alguna parada en el ascensor y en el pasillo, ha ayudado a subir nuestras temperaturas —más—. No me da tiempo a nada, apenas hemos soltado la ropa y el neceser, y ya viene hacia mí con una cara de lunático que me da miedo. Se va acercando cada vez más, al compás que yo, sin darme cuenta, voy retrocediendo sin entender

muy bien el motivo, porque me muero de ganas porque me alcance.

—No me huyas, Lola…

—No… no huyo…

—Loba…, ven aquí.

Sigo retrocediendo, no sé qué me pasa.

Por fin me alcanza y acabo de averiguar el motivo por el cual reculo. Ahora, el fantasma tiene rostro y no quiero verla en «ese» momento.

—Has dicho que no ibas a recular —me dice.

—No lo hago a conciencia…

Acaba de pasarme una mano por la cintura aprisionando mi espalda y con la otra rodea mi cuello. Tengo tantas ganas de esto que me aterra que no salga bien. No deja de rozar sus labios en mi piel, me siento ardiente y distante a la vez. Él lo percibe.

—Lola…, mírame… —Le miro—. ¿Me ves? —pregunta.

—Sí —afirmo.

—Estamos solos.

—Sí. —Él no la ve, pero yo la huelo.

—No hay nadie, Lola, solos tú y yo; Tu Javier y Mi loba…, solos. Y ningún pensamiento va a evitar que te haga el amor ahora mismo. Porque no me muero por follarte, eso ya lo haremos esta noche…, ahora vamos a hacer el amor como tú y yo estamos deseando.

Se despoja de su camisa, dejando la parte superior de su cuerpo al aire, mientras yo ya estoy necesitando acariciar este vello que me convierte en perturbada. Mis manos van bajando por su cuerpo hasta tropezar con el cinturón. Sin pensarlo desabrocho todo, incluido el pantalón, y ansiosa no puedo dejar de mirar para recibir esa belleza que tanto he añorado; mi idolatrada XXL.

Poco a poco me despoja de todas mis prendas; está siendo extremadamente delicado, con la justa lentitud para conseguir erizar cada poro de mi piel.

—Nunca me habías desnudado tan despacito…, me está gustando.

—Nunca te había deseado tantito… y a mí, sí que me está gustando.

De nuevo necesito besarle y amarle, sentir sus caricias, que perciba las mías. Ya es imposible controlar mi deseo y me habla, y me mata.

—Siénteme…, olvida el mundo, expulsa todo lo que haya en tu mente hasta dejarla vacía para mí.

—¡Mmm! Sigue…, sigue…

—Llena este momento solo de mi aliento. Escucha mi sentir alterado con tu presencia. Sé que no necesitas mirarme para saber que soy yo. Aun así, mírame…, quiero que me mires, que tus ojos vean que estoy aquí, pegado a ti, que se aseguren de que esto no es un sueño.

Esos susurros me están volviendo loca.

—No te calles, sigue… —le ordeno relamiendo su cuello.

—Siénteme, respírame, deja que tus instintos se apoderen de los míos. Cédete a lo que tu alma te está pidiendo a gritos y saborea cada una de las vibraciones que provocas en mi cuerpo. Soy yo… dominado por ti.

—Humedece mis labios, quiero sentir tu boca pegada a la mía —le ruego.

—Ahora mismo, no hay nada mejor en el mundo que saborearte.

De nuevo vuelvo a gritar, y de nuevo he vuelto a gozar viendo como ese tsunami, también invade su cuerpo y le envuelve en el delirio más exquisito para alcanzar su final.

—Te quiero —susurra.

Hemos regresado al evento, Estrella no se separa de Liam, el abuelo de Rosana, al que hemos apodado *millonetti*, y que ya hace un buen rato hizo acto de presencia. Creo que babea un poco con este hombre que parece un galán de cine maduro y atractivo. Me mira de reojo sonriendo, intuyendo el motivo de nuestra ausencia y me ruborizo. Javier no suelta mi mano, empieza el trasiego de invitados y con ellos las presentaciones. Al fondo la diosa no nos pierde ojo.

Alba acude al lugar donde estamos, viene un poco acelerada.

—¡Papá! Ha venido tía Camino. ¿Dónde estabas?

—Lola no se encontraba bien, hemos subido a la habitación.

Evito sorprenderme por esa excusa.

—¿Estás mal, Lola? ¿Qué te pasa?

—Ya nada —dice él—, la he repuesto, no ves que está resplandeciente.

Me ruborizo por el modo en que acaba de confesarle a su hija que hemos hecho las paces en modo cien por cien.

—¡Javierrrrr!

—¡Papaaaa! Busca a tía Camino o no me dejará tranquila. —Alba da esa orden a su padre.

La joven se marcha, y él, con su rostro tan resplandeciente como el mío me confiesa.

—Lo siento, necesito gritarlo, da gracias de que solo se lo haya dicho a mi hija. —Sonríe el muy cabronazo—. Vamos a buscar a mi tía, y respira hondo porque con ella se necesita.

Tía Camino…, bueno…, me he reído mucho, sobre todo cuando le ha preguntado si pensábamos casarnos, y yo siendo atrevida, y devolviéndole a Javier la pelota por lo de Alba, le he respondido que pronto. Es una mujer curiosa, me ha preguntado todo acerca de mi vida, incluso si me llevaba bien con mi ex; dice la mujer que eso es importante para su sobrino. En este caso no hay por qué preocuparse.

De pronto, observo cómo Estrella abandona a Liam, al ver la llegada de una nueva invitada. Una hermosa mujer de mirada dulce, muy delgada, entre rubia y pelirroja, tres décadas y media seguramente, y que, al localizarla, Javier no oculta una gran satisfacción.

—¡Alicia…! No puede ser… Tienes que conocerla —me dice llevándome hacia ella—. ¿Qué haces aquí? Estrella, no me habías dicho que vendría. —Mira a su hermana a la vez que abraza a esta mujer.

—¡Sorpresa hermanito! ¡Sorpresa! —responde Estrella.

—No olvides que soy casi de la familia, tu hermana me ha insistido mucho y un reencuentro en la boda de tu hija era muy tentador, sobre todo porque tengo entendido que habrá karaoke y no sois nadie sin mí. —La mujer se dirige a mí—. Tú debes ser Lola, que quede claro que lo sé por Estrella y no por ti —le mira a él—, me tienes muy abandonada.

—Cierto, lo admito —alega Javier.

—Encantada —respondo—, a mí tampoco me ha hablado de ti.

Tras el intercambio de saludos, Alicia se despide para cumplir con el resto de familiares y quedamos los dos hermanos y yo.

—Gracias, Estrella, por conseguir que Alicia esté aquí.

—No ha sido nada fácil, así que ya me debes dos.

—¿Dos? ¿Has conseguido lo otro? ¿Lo tienes?

—Lo tengo. —Sonríe satisfecha la hermana.

—¿Mucho? —pregunta él.

—Mucho, pero ya verás, calidad suprema, alucinarás en colores.

—Eres única —piropea Javier a Estrella.

—Lo sé, cielo…, me voy con el *milloneti*, que me lo arrebatan.

Al quedarnos solos, comento la situación.

—Por un momento he pensado que ella era una ex tuya.

—Solo tengo una ex y ya la conoces. Alicia es como otra hermana, no hay etapa de mi vida en la que ella no aparezca; en la infancia, en la adolescencia y en mi mayoría de edad. Desaparece a mis veinte años, cuando me voy a vivir con Marisa y aparto de mi vida todo. Después de eso coincidimos en algún evento familiar, siempre siendo observada por la fantasma, como tú la llamas. Al tiempo se fue a vivir a París donde, desde entonces, da clases en un prestigioso conservatorio. Allí conoció a Oscar, su marido, que alterna su vida entre la capital francesa y Madrid. Es socio de unos conocidísimos bufetes de abogados, con sede en ambas capitales. Algunos mensajes preocupándose por mi separación, nos reencontraban en la distancia, y reconozco que mi dejadez es la culpable de que no haya más contacto. Estrella es la que habla con ella… Ya sabes que Estrella saca tiempo para todos. A Alicia le apasiona la música. En realidad, nos apasionaba a los tres.

—¿Los tres?

—Sí, Estrella, ella y yo.

—Me ha caído bien.

—Alicia siempre cae bien.

A media tarde hemos subido a cambiarnos de ropa, ahora llevo un vestido rosa pastel, con lunares negros y grises de corte sirena, tallado en cintura y un largo cubriendo mis rodillas. Unos volantes al final de la falda y mangas, le dan un toque a faralaes. Sigo llevando el mantón blanco de acompañamiento por si salimos a la calle, este frío es muy intenso. Él también se ha cambiado, había que ir de rosa y lleva un pantalón negro con una camisa en tono pastel, ya más informal no lleva corbata. No hemos podido aprovechar bien el cambio de ropa como hubiésemos querido, Estrella se ha empeñado en cambiarse de vestuario conmigo y contarme todo todo de Liam. Puede que esta noche sobre una habitación en el hotel.

Son las diez y media de la noche y en estos momentos, comienza la despedida de solteras. Todo está siendo mucho más divertido de lo que yo esperaba. Y mucho más romántico.

Ya en la zona de la despedida, nos sorprende comprobar que el abuelo de Rosana comparte mesa con Estrella, Alicia y su marido y nosotros. Al otro lado de la sala, Envidia no pierde detalle de lo que hacemos. Estoy tranquila, Javier creo que no sabe ni dónde está sentada.

—¿Habías puesto al *milloneti* a tu lado? —pregunta Javier a su hermana al oído.

—Cambios de última hora, suele pasar.

—¡Ja, ja, ja! ¿Has traído lo mío?

—No. ¿Cómo? No he subido todavía a mi habitación.

—¿Qué habláis? —digo acercándome a ellos; con el jaleo no tengo claro de haber escuchado bien,

—Nada, solo le comentaba que ha cambiado los asientos para traerse a Liam a su lado —responde.

Pronto se van a iniciar los cánticos. En unas fichas numeradas los asistentes apuntan la numeración de las canciones que quieren cantar. Yo la he dejado vacía. Alba y Rosana no dejan de hacerme encerronas y desde su mesa me dicen que me apuntan a «*nosecuantasmil*». Reconozco que me da un pelín de vergüencita, porque, aunque me gusta cantar como al que más, esto solo lo practico en casa pasando la aspiradora o en la ducha, no encima de un escenario y con una multitud a la que desconozco por público. Para eso ya están los artistas.

Y mientras la gente sigue tomando notas, Javier ya está tramando de las suyas.

—Están todos aquí en la sala…, ¿verdad? —Mira alrededor.

—No sé…, yo no controlo. ¿Por qué?

—Voy al baño —me dice al oído.

¿Al baño? ¿Pero a qué…? Intuyo que no es a lo que todo el mundo va al baño, y al mirarme con esos ojos de ciervo en celo, ya he decidido que yo también voy.

—Yo primero, no tardes —indico.

¡Cómo me encanta volver a estos juegos arriesgados de pasión!

Ya estoy en el tocador esperándole ansiosa. Entra y con rapidez me secuestra cogiéndome del brazo para introducirme en el de caballeros. Mis mariquitas desordenadas deben estar jugando al «*pillapilla*» y el centro de encarcelamiento debe estar en mi entrepierna, porque siento ya un cosquilleo en esa zona, que…

—Los hombres visitan menos el baño —asegura—. Qué ganas tengo de que acabe la fiesta… para darte mi fiestón particular.

—¿Tienes una fiesta sorpresa para mí? —Seguimos rozándonos y empiezo a apretarme a su «paquete».

—¡Síií…!, ¡en la habitación!, y ahora también tengo un cóctel de bienvenida, voy a bajarte las bragas… —me dice con una sonrisa demasiado granuja.

—¿Ahora?

—Síií…, ahora…

¿Cómo me puede descolocar tanto este hombre? Loca me tiene intentando levantar mi vestido para proceder al descenso de mi ropa interior, y cachonda como una gata en celo me deshago de mis zapatos. El sonido de la puerta nos convierte en dos cuerpos inmóviles, alertados de que alguien ha entrado al baño.

«¡Puta casualidad! ¿La gente es que lo de la continencia urinaria no sabe que existe?».

—¡Javi!

«¿Javi? ¿Perdona? ¿La diosa?».

Capítulo 21

—¡Javi!

«¿Perdona? ¿La diosa Envidia? ¿Qué coño hace en el baño de los caballeros? ¡Aquí no pueden entrar las mujeres! ¡Para eso ponen los muñequitos en las puertas! ¡¿Es que no lo sabe?!».

Javier sale haciéndome un gesto de que guarde silencio y me quede quieta. Sigo sus órdenes y pongo oído a la conversación.

—Marisa, ¿no has visto el signo de caballeros en la puerta?

—Claro que lo he visto. Hace unos años no te importaba que pasase.

—Eso…, hace años, unos cuantos. A ver…, ¿qué quieres? No has entrado aquí por equivocación… Suéltalo.

—Nada… —Calla y al momento continua—. Voy a vender el piso. Le daré a Alba algo de dinero y podrá comprarse una casa, ahora que tienes novia querrás más intimidad. Tal vez hayáis planeado vivir juntos.

«¡Uy! Esa amabilidad me huele a *socarrat*».

—No te preocupes, ella no va a venir mucho por aquí.

«¿Por qué no? A ver si me entero de más de lo que debo».

—¡Ah, ¿no?! ¿No piensas seguir con ella y la traes a la boda de mi hija?

—Mi hija, Marisa, mi hija también y deja a mi novia tranquila. Lo que haga o deje de hacer con ella no es cosa tuya.

—Pobrecita, con lo enamorada que la debes tener para perdonar una infidelidad.

—Eres insaciable, nunca es suficiente. ¿Cuántos polvos le has dicho que echamos? Porque fue ninguno… ¿No?

—¿Las mamadas no cuentan? Estabas allí, conmigo y a punto de follarme.

«Estoy a un pelo de salir».

—Borracho como una cuba —asegura Javier—. ¿En serio crees que yo tenía intención de algo? Si yo quiero follar, no necesitan emborracharme.

—Eso es lo que te gusta, díselo a la pánfila esa. Que lo que quieres es follar con cuantas más mejor.

«¿Pánfila? ¿Otra vez me llama pánfila? Espera que salgo.

»No te precipites, Lola, aguanta.

—¡Marisa…! Con esa pánfila lo hago en mi cama, repito, y no dos veces… Ni te imaginas lo loco que me pone cuando follamos, y lo mejor, ni te imaginas lo cardiaco que me pone el corazón. Porque la quiero, más que a mi vida. ¿Entiendes eso? Así que ya te puedes ir al cuerno. Y no le des la boda a la niña.

No veo, pero intuyo por su tono que ha estado a punto de meterle la cabeza en el inodoro.

Golpea la puerta de donde estoy, y creo que ya toca salir.

—¡Lola!, ponte las bragas, nos vamos.

No llegué a bajármelas. Al salir educadamente saludo —«hola Marisa»—, y ella, un poco perpleja se va antes de hacerlo nosotros. Siendo Lola, la pura y auténtica, la que necesita explicación para todo porque de lo contrario genera ideas propias y descabelladas, pregunto.

—¿Por qué no voy a venir?

—¿Vas a pedirme explicaciones? —Está enfadado.

—Oye, que yo no tengo la culpa de que te casases con una arpía. —Me molesto.

—Sí vas a venir… ¿Cómo no vas a venir? Es solo que yo iré más.

Antes de salir le atraigo y le beso; un buen morreo, y le recuerdo.

—No olvides por qué has luchado cuatro meses y por qué estoy aquí. —Y sonrío, recordándole que ese fue su consejo.

—Vale…, lo pillo, discúlpame. Me saca de quicio.

Poco a poco la noche va avanzando y no hay asistente que se resista a coger el micrófono para interpretar sus cánticos preferidos. Estoy sorprendida de las veces que he repetido actuación, y si algo tengo que destacar es que Javier me está dejando anonadada. No hubiese imaginado nunca, que aquel monumento que entró por la clínica hace un año, con pinta de «chulo de anuncio», pudiese entonar de un modo tan espectacular. Y ahora de nuevo decide subir al escenario.

«A ver si me sigue sorprendiendo».

Comienza la música…, esa música…, no puede ser…, no puede ser…

Este…, es uno de esos momentos en los que te preguntas si el destino existe. Si alguien tiene guardados los momentos y va moviendo los hilos para que se sucedan en el orden justo y en el momento oportuno. Recuerdo esta canción. La recuerdo muy dentro de mí acompañando mi dolor. Ese dolor que comienza con espacios de tiempo distantes entre uno y otro, y acaba con una frecuencia e intensidad tan fuertes que tienes la certeza de que ha llegado la hora de acabar con tu vida, para dársela a tu hija. Mi parto.

La enfermera que me acompañaba, en el doloroso momento de la dilatación, estaba escuchando música por una pequeña radio de las que había por aquel entonces. Mis contracciones iban en aumento y yo creía que mi cuerpo se partiría en dos, entonces muy amable vino y me dijo: «Escucha la música, céntrate en la música y respira». Sirvió de poco, porque cuando estás dando a luz, sin epidural, como se hacía antes, a lo natural —a lo salvaje—, ni aun trayéndote a Hugo Silva y a Miguel Ángel Silvestre juntos, consigues apartar todos tus sentidos de ese dolor.

La canción sí quedó en mi mente y, días más tarde, ya en casa y Patri alimentándose de mi pecho, la escuché otra vez. Entonces le pedí al que era mi marido que me comprase el single de vinilo. Recuerdo que le costó encontrarlo —qué complicado era todo antes—, aunque al final lo consiguió y aquella canción me acompañó durante algunos meses cada vez que alimentaba a mi hija. Con volumen bajo, creo que a ella también la relajaba puesto que dormía muchísimo.

Sigo pensando que el destino me envía señales como esta. *I Should Have Known Better* de Jim Diamond. Una de esas canciones, que al pasar su época gloriosa ya no se escucha en ninguna cadena, y que cuando por pura casualidad de nuevo suena en tus tímpanos, te eriza el alma, te vuelve frágil, te estremece, te transporta a tus adentros y hace que quieras volver a escucharla una y otra vez.

Miro a Javier y él me canta, sé que me canta a mí. Jamás supe el significado de su letra y hoy, con las pocas palabras sueltas que entiendo de ese idioma, deduzco que habla de engaño y de perdón. Me reafirmo en que la canta para mí, consiguiendo que afloren un cúmulo de sensaciones en mis folículos, que convierten mi vello en banderas ondeantes de placer.

Acaba la canción y los aplausos abundan, los míos también. Va quedando menos gente, muchos se han retirado ya, Marisa entre ellos. Él viene hacia mí y no puedo ocultar cómo me siento.

—Anonadada me tienes…

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno, creo que bueno. ¿Me contarás de dónde has sacado a este Javier?

—Vamos a tomar el aire.

Envolviéndome bien con mi mantón, salimos un momento a uno de los jardines. Él que me ve

arroparme, me envuelve con su brazo para darme calor.

—¿Vas a contármelo?

—Claro. Desde muy jovencito fui un apasionado de la música, en concreto el rock. A mis nueve años tuve mi primera guitarra eléctrica, y a los catorce ya tenía todo lo necesario para montar un grupo musical. Estrella…, Julián todavía, también era una apasionada y, junto a Alicia montamos un grupito. Nos acompañaba en la percusión un primo de Alicia, que fue el primero en abandonar el grupo; estudios, novias, siempre salía algo que le impedía seguir. Amenizábamos las fiestas de los pueblos de alrededor y nos sacábamos unas pesetillas. Alicia nunca descuidó sus estudios hacia ese campo y eso también la obligó a dejar el grupo.

»Aunque el mayor detonante fue el cambio de tendencias. A los ayuntamientos les salía más rentable contratar un *disc-jockey* capaz de pinchar música actual, empezaba a invadirnos el techno y la música electrónica, eso nosotros lo teníamos más difícil. La gente joven acudía más a las plazas, consumían y todo eran beneficios para los pueblos.

»Poco a poco fuimos guardando los instrumentos en el desván. Yo subía de vez en cuando y componía alguna nota, hasta que la llegada de Marisa se apoderó de mi vida; ella, tan absorbente como siempre, necesitaba todo mi tiempo libre.

—No lo hubiera imaginado nunca.

De nuevo hemos entrado en la sala donde Estrella me espera para una vez más espolvorear estos «gallos» que nos salen al cantar. No me sé la canción, y ella tampoco, la *jodía*. Me pregunto para qué la habrá elegido, si en lugar de cantar, lo único que hacemos es reír a carcajadas, aunque eso a estas alturas de la noche tampoco está nada mal.

Relajada y saboreando cada minuto de esta fiesta, junto a mi acompañante, estoy pensando en convertirme en una turbina sin control y atreverme. En mi adolescencia siempre fui muy lanzada, no me daba miedo nada; el riesgo era el mejor camino para no estancarse en la monotonía. La vida nos ha intercambiado parte de nuestra personalidad y me ha convertido en una versión de Olga, midiendo cada paso que doy, temiendo equivocarme, y alerta y malpensada a cualquier novedad. En cambio, estos últimos días me han devuelto a ese modo de vida en que la felicidad consiste en soltar todo, y hacer de todo. En no guardar tus ganas para que dentro de unos años te preguntes qué hubiese sucedido si… Puede que pasada una década me arrepienta de muchas cosas, pero no de no haberlo intentado, y no de no hacer lo que en estos momentos pienso hacer.

Me atrevo…, subo al escenario sola, cojo el micrófono, y de fondo una canción a la que no le pongo título comienza a sonar. La gente me mira expectante esperando que acompañe la música y, sorprendiéndome a mí misma además de a todo este público, empiezo.

—Si me prestáis atención…, quería…, a ver cómo me sale esto. —Javier asombrado, y yo que me lanzo a una piscina creo que vacía—. Quiero comunicaros que ya no voy a cantar más, porque a este paso, las novias mañana acabarán empapadas. Ahora lo que voy a hacer…, necesito vuestra ayuda, porque no tengo muy claro cómo me va a salir esto, y tú te quedas quieto y no te mueves de ahí. —Miro a Javier que confirma con la cabeza que obedecerá—. Bien…, ya sabéis quien soy. La novia del padre de una de las novias, que es ese tío bueno que hay ahí sentado y que me tiene loquita.

Acaba de lanzarme una miradita…, que me vuelve más loquita.

La gente comienza a colaborar con aplausos y voces: «La tienes en el bote», «no te la mereces», «te han cazado Javi», «yo te volvería más loca». Y mi autosugestión se infla desproporcionadamente.

—Ya ves que alguna *propuestilla* me sale —le digo y con su mano me hace un gesto de azote —. Por cierto, os aseguro que no he bebido casi nada, por lo tanto, eso que estáis pensando de:

¿«Qué cojones hace ahí?», lo comparto. —Esa risa tonta no desaparece—. Voy a intentar seguir. Al principio yo no iba a venir a esta boda, bueno rectifico, en realidad al principio de todo sí iba a venir, luego…, sucedió…, dejémoslo.

«Sigue, sigue». Escucho voces que me animan a continuar.

—Pues…, es que…. no sé por dónde…, ¡ja, ja, ja!

Las risas son contagiosas por toda la sala. Y él no deja de mirarme como si fuese a saltar de la silla para venir a comerme a besos. Intento seguir hablando.

—En realidad lo que quería era deciros que estoy muy contenta de haber venido, de haberos conocido, de haberte conocido —señalo a Estrella— y de haberlas conocido. —Señalo a Alba y a Rosana—. Creo que hacía demasiado tiempo que no me divertía tanto.

La emoción hace acto de presencia invitando al nudo de mi garganta a acompañarme, y eso hace que no pueda acabar mi discurso y no sepa muy bien cómo salir de aquí.

—Creo que necesito ayuda. —Miro a Javier.

Pronto da un salto de su asiento y en nada lo tengo delante de mí. Un abrazo, y unas palabras me animan.

—Sigue, te están esperando. —Señala a los familiares que aplauden.

En menudos tinglados me meto, perdida en medio de este discurso y siendo observada por todos los asistentes, le miro y casi olvidándome del resto de mortales le hago una petición.

—Necesito pedirte algo.

—Concedido, sea lo que sea —me responde.

—Prométeme que mis próximas vacaciones las pasaremos aquí, juntos.

Él sabe muy bien leer entre líneas. Sin dificultad ha adivinado lo que en verdad le he querido pedir. Que no haya más paréntesis y que esto sea un punto y seguido, sin promesas rotas y sin mentiras que vuelvan a destrozar nuestra vida, en concreto la mía. Le hago entrega del micrófono y con un gesto con mi mano le invito a que de su respuesta.

El público saca sus propias conclusiones y siguen animando y vitoreando. Alguien grita: «Te está pidiendo matrimonio», a lo que niego con la cabeza, viendo que él por lo bajo me dice: «Te vas a enterar». Esas palabritas unidas a esos ojitos y a esa sonrisita, me vuelven a empoderar en mi trono de diosa del Olimpo y hacen que de nuevo me acerque al micrófono, para apuntillar solo una cosita más.

—No me mires con esos ojitos porque hay demasiada gente aquí y no vas a tener sexo…, se les caería el mito. —Echándome a reír de nuevo, le entrego el aparato.

Los asistentes de nuevo vitorean entre risas y aplausos.

—¡Pero Lolaaaaa! ¿Qué le habéis echado en la bebida? —Tampoco puede dejar de reír hasta que respira y por fin habla—. ¿Me toca?

Con un gesto le indico que puede comenzar su discurso. Entonces, coge un taburete que hay en un rincón y se sienta para empezar a hablar.

—No le voy a decir a esta gente qué puntuación me das tú, a mí en la cama, a algunos les humillaría. —Con mis labios gesticulo «fanfarrón»—. Bueno…, pues me toca. Empezaré por el principio. Ahí donde la veis…, ¡je, je! —no puede evitar reír—, el día que la conocí estuve a un pelo de despedirla. Eso sí, solo a un pelo y rapado al uno, porque al contemplarla alejarse, caminando hacia el fondo, mientras yo miraba su espalda…, bueno…, un poquito más abajo también miré… —y ríe—, pensé, eso se va a sentar aquí. —Señala su muslo—. Y no me equivoqué, claro, que pronto y sin darme ni cuenta, también acabó posándose aquí. —Pone la mano en su corazón y me mira—. Después de mucho insistirme no tuve más remedio que quedar con ella. Quería cenar conmigo…, ya la tenía loca y tuve que hacer un gran esfuerzo.

—¡Ja, ja, ja! Qué mentiroso eres —voceo.

—En la primera cita ya me dejó tocado, hay un testigo por ahí —Estrella levanta la mano—, y en la tercera ya estaba pensando en la boda…, tranquilos…, tranquilos…, no en la mía, pensaba en «esta» boda. Quería que me acompañase en un día tan especial para el otro amor de mi vida. Envía un beso en dirección a Alba—. Luego…, bueno…, hubo un paréntesis…, que ya pasó. Así que al decirme que quería venir a la boda pensé, ¡de lujo!, ¡fabuloso!, ¡genial!, ¡estupendo! —Me fulmina con la mirada—. Claro, bonita, que no imaginaba que me pondrías en esta situación. Ven aquí que te voy a explicar lo que les pasa a las que hacen esto…

Me mira con ese gesto picarón que solo él sabe poner. Los asistentes siguen vitoreando y dando voces que me animan. Me acerco discretamente, y adivinando sus intenciones le advierto: «No vale besar».

—¡Ja, ja, ja!, dice que no vale besar. —Se dirige a nuestro selecto público y, estirando su brazo, me alcanza con la mano para acercarme a él del todo—. Lo que no valía era subir; una vez subida, todo vale preciosa.

—Te mataré —le digo viendo que suelta el micrófono.

—Puedes matarme y hacerme lo que quieras.

Coge mi rostro con sus manos y escuchando de fondo los aplausos ya siento sus labios pegados a los míos. De nuevo se separa, coge el micrófono y algo va a decir.

—Escuchadlo todos bien, y tú —me dice—, volveremos aquí las próximas navidades, y todas las siguientes vacaciones estivales —se acerca a mi oído—, y algún día vendrás y ya no te marcharás.

En estos momentos creo que las doscientas mariquitas están de botellón en una patera de medio centímetro, en medio del tsunami de ciento treinta y ocho grados.

Suelta el micrófono, me abraza y en un susurro que solo yo puedo escuchar, me brinda sus últimas palabras.

—Te quiero y no te voy a perder nunca más. Vas a pasar las vacaciones de tus próximos cincuenta años aquí conmigo.

Escuchando algunos aplausos regresamos a nuestros asientos y como buena «yo» que soy, no controlo mi cabeza y tras un poco deliberar lanzo la pregunta.

—¿Algún día no me marcharé?

Sonríe…, me mira…, me despista…, sigue sonriendo…, me sigue despistando.

—Ya hablaremos de eso. Disfruta de la velada que cuando estemos solos ya me vengaré de esto. Te voy a plantar yo a ti mi micrófono y vas a cantar ópera.

Ya tengo ganas de irme y ponerme a entonar, pero esas palabras anteriores me van a mantener en vela toda la noche.

«¡Como si no me conociera!».

Después de un rato recordamos que había que regresar al pueblo a por las maletas y tras despedirnos de los pocos familiares que quedan en la sala nos marchamos.

Ya sentada en el auto, el cansancio hace acto de presencia convirtiendo mis pies en dos patas de elefante.

—¿Estás muy cansada? —me pregunta.

—Sí, bastante, pero he pasado genial, me he divertido muchísimo. —Me quito los zapatos aliviando mis pies—. ¡Uf!, creo que me van a explotar.

También me quito las medias, el efecto ventosa que estaban haciendo en mis pantorrillas empezaba a tentarme de limar mis uñas ahí, me estaba desquiciando. Él me mira sorprendido.

—Si te vas a desnudar al completo avísame y paro en cualquier sembrado.

El trayecto es corto, suficiente para que su mano derecha converse con la mía izquierda mediante caricias que, rodeadas de silencio, expresan demasiadas cosas. De nuevo la ventanilla ejerce de reposacabezas y retomo algunos recuerdos de los que debería haber olvidado ya. Presiento que no tardaré demasiado en hacerlo; siento que ya he vuelto a mi hogar sentimental, ese en el que su mirada es mi mayor cobijo.

Al llegar a su casa, veo que abre el garaje con intención de guardar el coche. Y sorprendida pregunto.

—¿No regresamos al hotel?

Niega con la cabeza y me responde.

—Dormimos aquí.

—¿Aquí?

—Sí. La primera noche del día después de…, no quiero pasarla en un hotel. Quiero que duermas en mi cama, en tu cama.

Quiero besarle para que me de oxígeno, porque hay palabras y miradas que me dejan sin aliento.

—Pero…, ¿no íbamos a follar? —le digo con mis labios pegados a los suyos.

—Bueno…, primero lo hacemos y luego dormimos, en ese orden —me susurra.

Tras un juego de resistencia entre risas, en el que mi empeño porque vuelva a su asiento lucha contra su empeño de permanecer sobre mí, consigo que regrese a su sitio y, una vez acomodado allí, voy a retroceder un año atrás. Saco la llave del contacto, se la enseño y pulsando ante sus ojos el botón de cierre del vehículo, escuchamos el «clic». La poca luz del garaje me deja contemplar el brillo de su mirada y estoy casi segura de que ya ha adivinado lo que va a suceder. Pongo mi pie derecho en el salpicadero, pongo el pie izquierdo en el volante, le miro, mis ojos lanzan fuego, los suyos están a punto de salir disparados.

Tras apagarse el fluorescente del garaje, una tenue luz de emergencia apenas nos deja contemplar nuestras siluetas. Ha llegado el momento de decirle qué es lo que en estos momentos más deseo y mi sensual voz se lo pide, y su caliente cuerpo me lo da.

Tras el ardiente momento quedamos exhaustos.

—¿Subimos ya? —pregunto.

—Sí, te voy a meter en mi cama, y ahí te voy a hacer el amor treinta y dos veces más. —Me besa.

—¡Ja, ja, ja! Si son las cinco de la madrugada, no te va a dar tiempo.

—Bueno, veintiocho solo.

Unas buenas risas tras ese momento, y subimos a casa para compartir ducha y cama, con esta agradable y placentera sensación que nunca pude olvidar; sentir su cuerpo abrazado al mío.

Acabo de despertar y veo que me traen el desayuno; ¡encantadora sorpresa! En una bandeja, dos cafés, unos bollos, y una margarita de plástico… ¡Qué romántico!

—No es comparable a la bañera con nieve de fondo; hago lo que puedo. —Cogiendo la margarita de plástico me la ofrece.

—El detalle de la flor…, te lo podías haber currado un poquito más —le digo sonriendo.

—Lo de los detalles me queda un poco grande, tendrás que acostumbrarte. —Me pasa el café y se sienta a mi lado.

Debe haber muchas cosas en esta vida que pueden ser lo más lindo del universo, como hacer un crucero con el amor deseado, o revolcarse en la nieve entre risas, incluso sencillamente dormir pegados el uno al lado del otro. Pero… estar sentada en su cama, con una taza de café en la mano, con esos chocolates paseándose por mis ojos y de repente escuchar, «clink», porque él

ha brindado con las tazas de café por los siguientes cinco mil desayunos… Nada, nada en estos momentos, puede superar eso.

Suena el teléfono y Javier responde en modo altavoz.

—Estamos en casa, no creo que salgamos hoy, tenemos que hacer números. Tú ¿dónde estás? —le dice mientras pasa sus dedos por mis labios. Yo los muerdo y con el fuego que desprenden mis ojos le indico que ya estoy loca por empezar a contar.

—Me marchaba con Liam de excursión —responde Estrella—, y te estaba esperando para darte…

Rápidamente la interrumpe.

—Tengo el altavoz. Estamos desayunando. No te preocupes por eso, mañana me lo pasas.

—Vale, lo subiré a mi habitación otra vez. No quiero llevarlo encima. Por si acaso me tienta. ¡Ja, ja, ja! *Chao*… No desgastéis mucho las sábanas.

He tenido la sensación de que yo no debía escuchar algo. No ha dejado a su hermana acabar la frase, y esta vez en lugar de ponerme a pensar, directamente pregunto.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que yo no deba saber?

—No, ¿por qué?

—No dejas que acabe, adviertes de que está el altavoz…, es sospechoso.

—Hay cosas de su vida, que ella no quiere que yo comparta con nadie, y eso lo tengo que respetar y lo tienes que respetar.

Entrada la noche salgo de la ducha, limpia de todo; de gérmenes, de fantasmas, de diosas, de rencores, de odios. Mi vida vuelve a retomar el rumbo y me siento feliz. Hoy ha sido un día de esos en los que a pesar de no hacer nada, lo vives todo. Él tiene una gran colección de películas antiguas y hemos visto unas cuantas. También me ha enseñado algunas fotos, de su infancia, de sus padres, de Estrella siendo Julián, muchas de Alba siendo una niña. En algunas aparece Envidia, y no se ha hecho mención alguna sobre ella.

Me he vuelto loca cuando ha encendido la chimenea. Siempre me ha dado mucha envidia esa escena de las películas, donde él, echa troncos avivando el fuego y ella sentada en el sofá y arropada por una manta, le espera para compartir calor. Hoy la que esperaba arropada era yo y casi no cabía en mi asiento de lo que ha engordado mi felicidad. No ha habido treinta y dos, ni veintiocho, ni ninguno. Después de desayunar, todo ha sido una perpetua sucesión de momentos hogareños, acomodándose a nuestra propia compañía.

Me seco un poco el pelo y me dirijo a la cama, él ya está esperándome en ella. He llamado a las niñas. No sabía cómo decirles que hemos hecho las paces y me he aferrado a eso de que una imagen vale más que mil palabras, y una videollamada ha sido suficiente para que ellas hayan conocido la situación. Reclinada ya sobre su cuerpo le pregunto por el gran día.

—¿Estás nervioso?

—Un poco… En realidad, bastante.

Le doy un beso en la frente y vuelvo a dejarme caer sobre ese cuerpo, cerrando mis ojos. Ni los orgasmos que comparto con él, me producen tanto placer como el que siento al dormir a su lado.

Acabo de despertar, sudorosa y aterrada envuelta en una pesadilla. Exaltada y con respiración acelerada, necesito mirar a mi derecha para comprobar que todo ha sido un mal sueño y, al verle dormido con los ojos cerrados, respiro aliviada. Envidia ha vuelto sin mi permiso para romper mi descanso, y ahora ya aparece con su rostro. La secuencia la reflejaba a ella como protagonista, introduciéndose en mi bañera de ventanal con paisaje, junto a Javier, ambos burlándose a plena

carcajada de mí, que con inmovilidad absoluta permanecía observándoles desde la puerta.

Aliviada retomo la realidad, me acerco a él para sentir que esta escena no será la verdadera pesadilla y que despertaré de un momento a otro, viéndolos de nuevo entre burlas. Me incorporo ya desvelada por el susto y empiezo a pensar en otras cosas. A pesar de que poco a poco voy sintiendo que se va relajando, la afición de mi cabecita por dar vueltas no varía.

«¿Qué le deparará el futuro a mis hijas y cuánto tiempo durará eso?

»¿Cómo estará la madre de Manolo? Tengo que llamarle.

»¿Cuándo finalizará su traslado y cuándo regresará él a León? ¿Llegará un día que tenga que plantearme el traslado a estas tierras?

»¿Qué será de Mario? También tengo que llamarle.

»¿Cuál podrá ser ese secreto de Estrella que no quiere compartir? Eso mejor apartarlo, no me compete.

»¿Volverá mañana a irrumpir la diosa en mi tranquilidad?

»¿Y Olga…, cómo estará Olga?

Sin dudarlo cojo el teléfono para escribir, de todos modos, creo que ya no voy a pegar ojo. Antes, todavía con mi respiración exaltada, miro a Javier con la necesidad de confirmar.

«No, esto no es un sueño, esto es la realidad. Tu realidad, Lola».

Escribo a Olga.

Lola 03:11: Insomnio por pesadilla. Aquí todo es espectacular. Paces cien por cien. Durmiendo juntos en su cama. Al principio complicado, ahora feliz. ¿Qué tal por ahí? Mañana no podré llamarte, te prometo que el domingo lo haré.

Ahora mensaje para mi querido amigo.

Lola 03:24: Mario, he de confesarte que todo ha acabado, las peleas, los rencores, el dolor. Necesito volver a intentarlo. He decidido seguir tu consejo y hacerlo por mí. Me encantaría verte y decirte con mis ojos cómo me siento. Te echo mucho de menos.

¡Por Dios…! Me olvidaba de tía Juana.

Lola 03:32: Tía, por aquí todo muy bien. Muy bien de muy bien. Paces de las que a ti te gustan, sexo incluido. Y pasándolo genial. Besos.

Oigo voces, creo que estoy dormida y me han drogado, no puedo abrir los ojos, no escucho bien lo que me dicen.

—*La... ls… nve… pezr… uchas….*

—¿Qué *pasfa*? —Con el rostro clavado en la almohada intento volver a la vida.

—¡Lola…! ¡Lola!, son las nueve. Hay que empezar con las duchas.

—Tú primero…, no he pegado ojo.

—Vale, te dejo un rato más, he dejado café preparado. Empiezo yo con el baño.

Casi sin poder moverme busco mi teléfono entre las sábanas, me dormí con él en la mano intentando conciliar el sueño. Por fin lo encuentro y compruebo que tengo mensajes de tres contactos.

Tía Juana 08:22: *Nenaaaaa* como me alegro, disfruta y hazte fotos. Seguro que serás la más guapa de la fiesta.

La adoro.

Olga 08:41: Me alegro del cien por cien. ¿Insomnio? Despiértale y reviéntale, verás que pronto te duermes, ja, ja, ja. No te preocupes por llamarme, vive tu felicidad. Besos.

A ella no la adoro, es mi vida.

Mario 08:47: Hola, Lola, acabo de despertar y veo tu mensaje. Un buen despertar. Al leer no sé si alegrarme o llorar.

Mario 08:48: Tan solo bromeaba. Me encantará que me mires a los ojos y me lo cuentes cuando vuelvas. Yo también te echo de menos, aunque sé que estás donde más feliz eres.

¿Por qué Mario siempre me deja con la duda de si realmente quiere decir lo que dice o si esconde algo detrás?

Regresa Javier,

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no has dormido?

—Una pesadilla. —Me levanto y ojeo el desayuno—. Luego la cabeza empezó a dar vueltas y no podía dormir. ¿Me toca el baño?

—Sí, te toca el baño. ¿Necesitas ayuda? —Me besa en el cuello.

—Luego…, cremallera. —Con la boca llena, mientras cojo la ropa interior me dirijo a ponerme a punto.

El rímel ya viste mis pestañas, y mis párpados entonan un leve tono que da un toque de alegría a mi somnoliento rostro.

«Vaya cara para ir a una boda».

Sin dejar de mirar el reloj, intento recoger mi pelo convirtiéndolo en un moño al que desgreño algunos cabellos para dar un pequeño toque informal. Tan solo mi combinación color púrpura cubre mi cuerpo, y mirándome al espejo veo mi reflejo, y al fondo, el suyo sentado en la cama con la única prenda que ese pantalón blanco; pies y torso al natural. Hasta creo que veo un neón de diez metros que pone «muérdeme». Nunca deja de apetecerme y él no deja de observarme.

—¿Qué estás mirando tan fijamente? —le pregunto.

—¿Pregunta trampa? —Se levanta y camina hacia mí—. Sabes muy bien lo que miro, y me estaba preguntando una cosa… Si en un principio, no ibas a hacer las paces conmigo y solo venías a despejarte… ¿dónde ibas con esto tan…, tan «para tentarme»?

Siento el tacto de su mano paseando por mi trasero y noto como uno de sus dedos se introduce dentro de mi brasileña.

—Voy a ponerme el vestido.

Con sonrisa pícara y mirada caliente, me retiro dejándole ansioso en el baño. No sé si es momento de hacer lo que en estos momentos me muero por hacer, pero me vuelvo loca por hacerlo.

Para este día, elegí un vestido azul cielo con corte en la cintura, que deja caer una falda voluminosa asimétrica, en su parte delantera por debajo de las rodillas y descendiendo hasta la parte posterior llegando a los tobillos. El escote en barca, rodeado todo el contorno por una especie de churro enroscado de tul —las definiciones correctas en moda las dejo para Sara—, recorre la espalda, hasta la zona más baja donde acababa en forma de pico. Desde ese final hasta la parte alta de la espalda, una cremallera que remata con cinco pequeños botones. Las mangas, hasta el puño, con corte en la parte externa cerrado por otros cinco botones. Acompaño con unos salones blancos con ocho centímetros de tacón, que fueron del día de mi boda, y que guardaba como recuerdo —no sé recuerdo de qué—. Es la segunda vez que los uso, y en una boda.

Una vez ataviada, a falta de cerrar cremallera, reclamo su colaboración. La cinta que llevaba dicho cierre para su ascenso, la escondí por consejo de Olga: «Que te la suba y se muera de ganas de meterte mano contemplándote la espalda». Aquel día, todavía no sabía que a estas alturas ya me ha metido la mano, la lengua y el churro. Me dirijo a la entrada de la habitación, allí me paro delante de un espejo que cubre parte de la pared, y contemplo la imagen de una Lola embellecida por fuera, y mucho más por dentro. A través de ese reflejo le veo detrás de mí.

—La cremallera. —Señalo mi espalda.

Comienza a subir el tirador muy despacio, tanto que me pregunto si en realidad tiene intención

de ir a la boda. Sin poder dejar de mirarle, mis ojos ya escupen ceniza encendida dirigida a su cuerpo, con la única intención de abrasarle. Ese lento deslizar del cierre se está convirtiendo en algo más que un «cerrar vestido». Aun retrasando el proceso, esa anilla consigue llegar al final, y parece que su estancia allí va a durar poco. Javier ha decidido que el cierre de marcha atrás y suavemente vuelva a su punto de partida.

Ya estoy sospechando que lo que me muero por hacer, es lo mismo que se muere por hacer él. Muy despacio ha conseguido que de nuevo la cremallera quede abierta dejando mi espalda al descubierto. Entonces, poco a poco voy sintiendo su mano introducirse entre mi piel y el vestido, obligándome a cerrar los ojos para saborear este preciado momento. Su cabeza se apoya en la mía, y sus labios, ya perdidos entre mis cabellos, preguntan por la hora.

—Las diez y veinte —respondo.

—Da tiempo —asegura.

Su mano, dentro del vestido, no deja de cosquillear hasta llegar a mi ombligo. Parece que era su objetivo porque al encontrarse ahí, presiona acercándome a él haciendo que mis nalgas perciban su erección.

—No podemos llegar tarde —le digo dejando que bese mi cuello.

—Da tiempo —insiste.

Ha empezado a quitarse el pantalón, y un calzoncillo voluminoso hace que me derrita una vez más y que me muera por satisfacer sus deseos, que sin duda son los míos. De nuevo clava su cara sobre mi cabello y no dejo de sentir su caliente respirar.

—Me vas a despeinar.

—A la porra el peinado. —Con dos manoseadas ha deshecho mi moño.

—¡Por Dios, Javier! Mira lo que has hecho…

—En estos momentos te importa un huevo tu peinado, estás pensando en otra cosa. Dímelo.

Sus labios siguen mezclados con mi pelo en la parte trasera de mi cabeza. Ladeando la suya, asoma esos chocolates para mirarme y de nuevo me lo pide.

—Dímelo.

—Te deseo…, te deseo…

—Así me gusta… —Mordisquea mi oreja—. ¿Cuántas combinaciones como esta has traído?

—Tres…, ¿por?

—Esta la voy a romper. Pregúntame cómo…

—¿Cómo? —Me estoy mojando.

—Pues verás, primero te voy a quitar muy despacito el vestido para que no me riñas como con el peinado, y en cuanto desaparezca de tu cuerpo…, quédate quietecita porque la voy a desgarrar a mordiscos…, y luego seguiré mordiendo todo lo que pille.

«¡Ufff! Qué polvo me espera».

El vestido ya está fuera de mi cuerpo y sus dientes anclados en mis nalgas. Javier ya ha perdido todo lo relacionado con la palabra cautela, y no dejamos de recrearnos, desnudos, excitados, acariciándonos, saboreando nuestros cuerpos. Tan solo una cosa es capaz de desviar mis ojos de los suyos y los suyos de los míos: esa imagen en el espejo de una Lola desenfrenada apoderándose de su cuerpo. La misma imagen que nos lleva a la excitación más profunda para adentrarnos en un más allá de placer y deseo. De nuevo mis gritos se mezclan con sus resuellos entonando esa melodía de un final descomunal.

No quiero salir de aquí, no quiero salir de su vida, no quiero que vuelva a salir de la mía.

—Me vas a matar, Lola —dice tirado en el suelo y todavía sin aliento.

—Has querido tú. —Me voy rápido al baño—. ¿Necesitas un boca a boca?

—Ni te acerques. —Y ríe.

Había que ducharse de nuevo y en ello estamos. Debajo de este óculo turnamos manguera, jabón y miradas. Creo, que esos ojos recelosos me están poniendo en alerta. Algo se avecina.

—¿Has estado con alguien?

Sabía que en algún momento preguntaría esto.

—Cuando estoy sola tengo por costumbre no rendir cuentas a nadie, creo recordar que ya lo habíamos hablado. Yo no te pregunto a ti si has estado con otras.

«Por miedo a la respuesta, Lola».

—Yo no he estado con nadie. Con nadie —recalca—, y solo lo preguntaba porque lo estamos haciendo a pelo. Y bueno…, es una cuestión de prevención. Ya sé que no me tienes que rendir cuentas.

—Ya. Puedes quedarte tranquilo. Yo no follo a pelo con cualquiera. Deberías saberlo.

—Sí, claro. Ya sabes que yo tampoco.

Me huelo que no va a ser suficiente para él y que la conversación no ha terminado. No creo que lo que le preocupe sea una trasmisión sexual, de ser así lo hubiese preguntado antes de hacerlo a pelo, o tal vez después de la primera vez tras la reconciliación. Estoy segura, de que la verdadera pregunta nada tiene que ver con el uso de preservativos.

Seguido, al salir de esa segunda ducha, de volver a peinarme, de vestirme, de dejar que de nuevo subiera la cremallera de mi vestido, de ponerme carmín en los labios, de subir a mis zapatos, de coger mi bolso, de guardar mi teléfono, y de salir de casa…, dos «estás muy guapa», es lo único que ha salido por su boca. Y mira que el tiempo daba para mucho, pues nada, que ya estoy viendo que se avecina tormenta y va a ser mejor mantener la boca cerradita. Hoy es un día especial para él y quiero compartirlo en completa armonía.

Coge las llaves del coche para salir de casa y al abrir la puerta…, de nuevo la cierra.

—¿Has estado con alguien, Lola? De ser así lo entiendo. Solo quiero saberlo.

—No voy a responder a eso.

—Sabes que la duda hace más daño.

—Te aseguro que te equivocas, y te garantizo que, si tú hubieses estado en mi vida, yo no habría estado con nadie.

Ha sido un grandísimo y duro golpe bajo que le obliga a callar. Solo por un momento; el justo hasta subir al coche.

—Has estado —afirma.

—Yo no he dicho eso.

—Lo has insinuado. Y ya imagino con quien.

—¡Qué mona tu imaginación, catedrática en ciencias de la adivinación!

Me mira de reojo y esa mirada me invita a callar. Creo que será lo mejor.

A mitad de camino, otra vez se empeña en hacerme hablar.

—Has estado.

—Sigo sin responder, era mi vida y no pertenecías a ella, tú decidiste irte. Cada uno que supere sus propios fantasmas.

—Yo no decidí irme de tu vida, tú me expulsaste.

Me enfado… y mucho. Porque «*mandahuevos*» que la culpable sea yo.

—Escúchame bien, prometiste que no volverías a preguntarme. Cumple alguna de tus promesas y no vuelvas a hablar de eso. Haz el favor de asumir las consecuencias de tus actos, aunque estos los hagas ebrio. ¿Crees que es el momento para hablar de este tema? —Levanto la voz —. No te voy a contar lo que hice, tendrás que vivir con eso igual que yo tengo que vivir con

lo otro, y ya está bien de recordarme las cosas. ¿Yo olvido y tú me recuerdas? Explícame cómo funciona esto…

De nuevo calla. No responde; sabe que no es nada justo conmigo. En silencio absoluto llegamos al hotel y comienzo a tener una desagradable sensación de incomodidad, que me hace plantearme si sería mejor decirle la verdad. Pero reflexiono y no estoy dispuesta a complacerle. Las malas noches vividas por mí, nunca serán comparables a las que vive él con sus dudas, así que no está mal tomarme esto como un pequeño castigo por su deslealtad.

Estamos entrando al lugar donde debemos separarnos para que él se dirija en busca de su hija. Me coge de las dos manos, suspira y ahora sí me gusta lo que veo en su mirada.

—Está bien, tienes razón, viviré con ello. Estás aquí y eso es lo más importante.

—¿No te das cuenta de que así no me ayudas? Estoy poniendo todo de mi parte. Te he perdonado, intento borrarlo y, ¿no es suficiente?

—Lo es, Lola, te juro que lo es. He vuelto a meter la pata. Perdóname. Ahora busca a Estrella y pronto estaré contigo. —Me besa en la frente.

Respiro… y respiro…, y lo mataría… En estos momentos lo mataría.

Final del día.

Estamos entrando en la habitación, cansada, aturdida y de nuevo pensando. ¿Nunca voy a poder estar tranquila sin ver fantasmas a mi alrededor? Ahora el fantasma ya no es la diosa Envidia, ahora es la reina nieve. ¿Que si estoy sospechando que toma drogas? Pues no debería, a pesar de que algunos sucesos me obligan a mantener la duda. En los meses que estuvo en Valencia jamás vi un indicio de tal consumo, en cambio, aquí y ahora, algunas cosas me hacen sospechar.

La boda ha sido preciosa y emotiva. Las novias espectaculares, Javier muy emocionado, y yo relajada y feliz. Hasta que la ceremonia acaba y comenzamos con las rarezas.



Algo me alerta al llegar las felicitaciones. Al dar la enhorabuena a las chicas, busco a Javier entre la muchedumbre y al localizarlo veo a Estrella posando un «algo», en su mano que no logro visionar qué es, intentando ocultarse del resto de los presentes, y en concreto de mí, por cómo me miran ambos sorprendidos al comprobar que los he visto. Parece algo pequeño y blanco, y me recuerda a una de esas papelinas que contienen sustancias de esas que disfrazadas de angelicales placeres, se consumen y acaban convirtiéndose en maléficas adicciones.

Javier le habla al oído a Estrella a la vez que me mira…, y ya percibo algo raro. Entonces vienen a mí algunos detalles: la conversación cortada donde ella le decía que le esperaba para darle «algo», el día que le preguntó si había conseguido ese «algo» y ella afirmó, puntualizando que aquello era de gran calidad. Ahí ya le he visto en un centro de desintoxicación. Y no acaba ahí la cosa.

En mitad de la fiesta, Javier mira su teléfono, y acto seguido ha desaparecido. Yo, al no verle, pregunto a Estrella, porque es la última persona con la que le vi.

—Ha tenido que hacer una llamada, volverá enseguida —me dice.

«¿Una llamada?

»¿En plena boda de su hija?

»¿Estamos locos?

»¿Quién se va a creer eso?

Nadie…, y menos cuando al poco le he visto regresar un tanto espitoso. Para ser exactos

bastante espitoso, agarrándome y llevándome a la pista para seguir bailando, con la peculiaridad de que ahora parece Elvis Presley, y eso ha aumentado mis sospechas. Mientras bailábamos no podía dejar de pensar.

«¿Se habrá metido?

»Pero, ¿cómo se va a meter?

»Pues como se mete todo el mundo, desapareciendo de la fiesta para ir al baño y ayudándose con la tarjeta bancaria; eso lo hemos visto hacer todos, aunque sea en las películas.

Y claro…, ahí tampoco ha acabado todo.

He intentado no pensar demasiado y disfrutar de la fiesta. Pasado un buen rato, Javier vuelve a desaparecer y ya no puedo más. Mi blanco: Estrella de nuevo.

—¿Lo estás pasando bien, Lola? Yo en extremo. Culpable…, Liam. ¡Ja, ja, ja! —me dice ella al acercarme.

—Me alegro. Cuidado…, de una boda sale otra boda. —He disparado—. ¿Toma drogas?

—¿Liam? Hija, no me ha dado tiempo a averiguar eso. ¿Tú crees que se droga? ¿A su edad?

—Tu hermano, me refiero a tu hermano.

—¿Javi? No sé de dónde sacas eso.

—Cada vez que desaparece vuelve eufórico.

Me agarra y me lleva a un rincón.

—Es la boda de su hija, ¿cómo quieres que esté? —Estrella ha intentado sacar esos fantasmas de mi cabeza—. Lola, no pienses cosas raras, no te conviertas en otra Marisa. Te quiere, no hay nada más.

«¿Yo convertida en una Marisa? ¿Qué demonios ha querido decirme con eso?».

He seguido confundida e intuyendo que se lo contará a Javier. Ya no sé si he creado una fábrica de generar fantasmas o entre todos me han querido convertir en la tonta de la fiesta.

«Lola, como al final siempre acabas tragando con todo…».

Pronto de nuevo Javier ha regresado a mi lado. Y en minutos me he convertido en Sherlock Holmes, solo me faltaba la lupa, vigilando, inspeccionando, observando, escudriñando.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —Me mira raro.

—Bueno…, todo lo bien que se puede, teniendo en cuenta que es la segunda vez que desapareces.

—Lo siento, ya no te dejaré sola.

Mi cabeza ya pensando.

«Ya se habrá puesto hasta el culo.

»Eres una paranoica.

Conociéndome, he decidido que lo mejor era vivir en la ignorancia y olvidar el tema. Poco me ha durado.

—Cuando quieras nos marchamos, te veo cansada.

Cansada sí, desinflada también.

—Si a ti te parece bien que nos marchemos… —respondo.

Y sin demasiado tiempo nos despedimos de todo el mundo y subimos a la habitación.



Sigo cansada, aturdida y de nuevo pensando. Él se quita la ropa y yo me desprendo de la mía sin dejar de observarle. Su cuerpo y su rostro reflejan cansancio y eso no es muy acorde con mis sospechas. Sin muchas palabras se dirige al baño a realizar su higiene bucal, y ahí me convierto en espía, y sigilosamente registro su chaqueta. Hurgo en los bolsillos, en todos, cacheo, busco,

vuelvo a cachear, y nada de nada.

«¿Dónde narices la guarda?».

—¡¡¿Qué haces?!!

«¡¡Mecaguentot…!!».

¿Alguien ha visto alguna vez a todos los protagonistas de los libros de miedo juntos y rodeándote? Seguro que no. Yo tampoco, pero el miedo que se sentirá, estoy convencida que es exactamente el mismo que acabo de experimentar yo al ser pillada *in fraganti*.

—Nada…, nada… —Disimulo.

—¿Nada? Estabas registrando mi chaqueta.

—No…, buscaba un clínex, ya he visto que no tienes.

No he encontrado excusa peor —ni mejor— y he soltado esa estupidez. Él, serio y mirándome con frialdad, señala la mesilla. Y allí tres paquetes de pañuelos de papel con la publicidad del hotel.

«Puto hotel, como si la gente no llevase sus propios clínex».

—¡Vaya! Al ser de publicidad no sabía si se podían usar. —Otra estupidez.

No se ha creído nada. Yo tampoco lo hubiera creído. ¡¡Menuda chorrada!!

Se mete en la cama y yo detrás de él.

—Apaga la luz —ordena.

Noto la seriedad de esas palabras.

—Pensaba que me harías el amor. —Intento suavizar el ambiente.

—No, estoy muerto.

«¿Muerto? ¿Coca? Algo no *furula*».

La frialdad de su respuesta no me gusta. Apago la luz y en apenas unos segundos me habla.

—¿Lo has encontrado?

—¿A qué te refieres?

—A lo que buscabas en mi chaqueta.

—¿Los clínex?

Se incorpora y ahora es él quien enciende la luz.

—Sí, los clínex… ¿O buscabas otra cosa y me quieres hacer creer que me tomas por un poquito imbécil pensando que voy a creer que buscabas clínex?

—No. Buscaba… ¿Tomas drogas?

—Claro…, tú eres mi droga… ¿Todavía no te has dado cuenta de que si no te tengo me entra el mono y me asfixio? Anda…, apaga la luz.

¿Ahora me quiere tomar él a mí por imbécil?

—Hablo en serio…

—Y yo. Venga, suelta lo que estás pensando. Ya me ha contado algo mi hermana.

Qué discreta la hermana, era de esperar.

—Suéltalo tú. ¿Las tomas? —pregunto directa.

—No.

—¿No? ¿Así, sin más?

—¿Qué quieres? No hay más.

No me toma en serio. Me quedo callada y no me conformo, porque yo tengo mis pistas y quiero que confiese.

—No te creo.

—¡Joder…! Lola, si digo no, es que no. ¿Quieres que diga que sí para poder dormir?

—No me trates de paranoica. Quiero la verdad.

—Pues no te comportes como una paranoica. Ahora mismo vas a olvidar esa tontería, apagas la luz y dormimos. Mañana no podemos levantarnos demasiado tarde; tenemos planes. Olvidé decírtelo.

—¿Qué planes?

—El otro día tendría que haberte llevado a un lugar especial y obligado si vienes a León. No sé cómo se me pudo pasar. Da buena suerte y está a una hora de camino. No hace falta madrugar, pero tampoco levantarse a las doce.

—¿Y te parece normal, olvidar un lugar tan especial?

—Entre raya y raya se me nublan las ideas. —Contiene la risa.

—No te burles de mí —protesto.

—Lola, en serio…, estoy agotado… —Me intenta besar y le hago la cobra— ¡Ja, ja, ja! no te enfades que ya sabes que te pones cachonda.

—Pues si me pongo cachonda me follas.

—¿Quieres que te folle? ¿Has inventado lo de la droga para que te folle?

—No.

—Tú tampoco quieres hacerlo. ¿No? —me pregunta.

—Tampoco. —Creo que sí.

Tiene razón, me enfada y me excita.

—Apago la luz. —Y apaga.

Soy incontrolable…, cuando algo se me mete en la cabeza…

—Júrame que no las tomas. —Insisto de nuevo.

—¡Diosssss…! Esto no puede ser verdad —se queja.

—¿Qué era lo que te ha dado tu hermana?

—De modo que ha sido eso. Tan solo era la factura del vestido de Alba, ese lo pagaba yo. ¿Recuerdas?

—¿Y por qué la tenía ella?

—Definitivamente prefiero follarte, aunque tenga un gatillazo.

—No has respondido. ¿Por qué tenía ella la factura?

—¿Porque ella fue con Alba a comprarlo? ¿Porque yo vivía en Valencia? ¿Podemos dormir?

—Pues nada, a dormir —digo resignada y apago la luz.

Me coloco boca abajo, arqueando una de mis piernas y acercándome intencionadamente al lateral de su cuerpo. Apenas unos leves movimientos de mi trasero rozándole, son suficientes para que salte encima de mí.

—¡Qué bruja eres! Ven aquí ¡golfa! Vas a acabar conmigo.

En estos momentos, ya me da igual que se drogue, que se fume o que se coja una cogorza. Lo que quiero es pegarme un buen atracón sexual, porque no hay nada que me ponga más cachonda que ese «bruja» y ese «golfa» saliendo de su boca.

Capítulo 22

Pensé que nunca volvería a sentarme en una de estas duras sillas, donde tantas veces esperé a que sonara mi nombre para entrar y sentarme frente a él, a contarle mi vida en fascículos. Tan solo han pasado dos meses y medio de la reconciliación con Javier y esta es la tercera vez que voy a ver a Mario desde mi vuelta tras la boda.

Mi vida tras el enlace era perfecta, no había diosas, ni fantasmas; mi vida sobre un cielo envuelta en algodones. No sé por qué, de nuevo algo aparece para destrozar mi vida, mi estabilidad emocional, mi historia perfecta…, y todo se me derrumba.

Cada vez me voy convenciendo más de que nunca podré tener ese estado de paz interior que te genera la felicidad. Necesito ver a Mario. Hace varias semanas que no nos vemos, ni tan siquiera hablamos, por lo que no sé cómo será este inesperado encuentro. Intuyo que no tardará en salir puesto que la sala de espera está vacía y el último paciente ya se ha marchado.

Nadie sabe que he venido, ni tan siquiera él. La falta de ese segundo tic en su chat, me confirma que no ha leído mis mensajes. A pesar de que creo adivinar el motivo, ahora no voy a preguntar nada acerca de eso. Ni tan siquiera sé lo que le voy a decir cuando salga. Miento, en realidad sí sé lo que le tengo que decir, lo que no sé, es cómo decírselo. Se abre la puerta, estoy atacada, ahogándome entre mis agonías, ya veo que sale.

—¡Lola…! —Se sorprende.

Solo verle ya me inunda de paz. Le miro y no digo nada, el nudo de mi garganta va creciendo y mi voz va desapareciendo. Estoy segura de que mis ojos ya le han revelado que algo no va como debiera.

—¿Qué pasa, Lola…? ¿No iba todo bien?

Exacto, iba… Iba todo perfecto.



Al día siguiente de la boda, Javier me llevó a ese lugar al que según decía, era obligado visitar, porque además de su hermosura, generaba buena suerte a sus visitantes.

«¿Suerte?». Me río yo de la suerte.

Yo seguía sospechando de su consumo de cocaína, y estaba tan agotada de tanta diosa y tanta reina, que decidí aparcar todo y liberarme de aquellos tormentosos pensamientos. Pensé que después de la visita volveríamos, comeríamos con Estrella y regresaríamos a Valencia. A mi hogar, a ver a mis hijas, a Olga, a mi tía, a mi día a día con él, a seguir disfrutando de él. Si había un consumo acabaría por salir a flote; que yo me torturase no iba a adelantar la noticia.

Durante el trayecto hacia ese nuevo paisaje, confieso que se me fue un poco la cabeza y pasé mucho miedo. Él lo convirtió en algo misterioso y mi imaginación, que ya sabemos que se desborda sin poner un mínimo de raciocinio, necesitó muy poco para montar casi un *thriller*, con cadáver incluido. Sin dejar de preguntar por el misterioso lugar, seguía sin recibir pistas, tan solo repetía una y otra vez que era digno de ver. A falta de pocos minutos para la llegada al destino, Javier paró el coche y sacó un pañuelo de la guantera, indicándome que tapase mis ojos. Aquello me puso en alerta.

—No puedes verlo llegando, es la tradición, hay que situarse en un lugar en concreto y una vez allí, observar todo.

—¿Es un mirador?

—Ponte el pañuelo y no preguntes.

—Esto no me hace gracia —le dije.

—Venga, hazlo por mí. —Insistió ofreciéndome una vez más el atavío.

Accedí, protestando.

—Tú haces esto con todas…, ¿o es que el pañuelo viene de serie en la guantera?

—¡Ja, ja, ja! Sabes de sobra que eso nunca ha ido en la guantera —respondió—. Me costó un poquitín conseguirlo ayer. ¿Te lo quieres poner ya o llegaremos tarde?

—Esto me da «un mucho de *yuyu*».

Ahí, se empezaba a descarrilar mi imaginación, aun así, haciendo uso de mí siempre buena voluntad ante sus peticiones, me coloqué el aderezo y retomamos la marcha.

—Tranquilízate, estás demasiado tensa.

—No, no puedo, esto parece un secuestro. En las películas la chica guapa, que soy yo —reí—, se enamora del chico guapo, que acaba siendo el psicópata que la secuestra y la descuartiza.

—Has olvidado decir que el chico guapo soy yo, y deberías dejar de ver cine de terror.

—Nunca lo veo…, precisamente por esto.

—Espero que te guste, de lo contrario, menudo fracaso.

—Si no me gusta no pienso disimular, por hacerme ir a ciegas.

—Estamos llegando. No te lo quites por nada del mundo. Te lo pido por favor.

—Seguro que me vas a meter en una nave de esas que salen en las películas, en donde el suelo está lleno de charcos de agua, y en medio una silla al lado de una mesa llena de artilugios de tortura. —Volví a reír—. Que sepas que estoy bromeando para esconder el miedo que me estás haciendo pasar.

—¡Menuda imaginación tienes! ¿Quieres estar calladita? O cuando empiece a descuartizarte te cortaré la lengua lo primero.

—¡¡Javierrrr!! Si repites algo así me quitaré el pañuelo.

—¡Ja, ja, ja! Mira que eres tontorrona.

Llegamos al lugar y permanecí sentada en el coche. No debía moverme hasta que él me avisase, pero fui un poco pícara y bajé la ventanilla esperando escuchar algo. El ambiente olía a invierno, a chimenea, a brasas. Escuché que alguien decía, «todo listo», y en respuesta Javier daba las gracias. Comencé a imaginar en la infinidad de posibilidades que podían dar el perfil de aquel «todo listo». Lo primero que imaginé fue una sala de torturas. Lo segundo no fue una imaginación, fue un consejo de mí misma: «Lola, en cuanto llegues a Valencia visitas a Mario sin falta, lo de la imaginación ya se te está yendo de las manos».

Tengo que ser honesta y decir que esa primera imagen, no entraba dentro de las posibilidades. Solo fue producto de demasiada incertidumbre y de una cabecita que nunca va a dejar de enredar.

Abrió la puerta del coche para ayudarme a bajar.

—Ven conmigo. No te quites el pañuelo y no te sueltes de mis manos, ten cuidado porque el camino es pedregoso, pero no temas, te iré indicando.

—He oído voces. ¿Hay alguien más?

—Gente…, poca, no te preocupes.

—Muy bien, se estarán riendo de mí.

—¡Qué va! Aquí todo el mundo viene así, a ciegas…

—¿Seguro? —Desconfié.

—Hemos llegado a una escalera. Sube despacito, son doce peldaños.

—Es un mirador seguro, no me acerques al borde que tengo vértigo.

—Si no te acerco al borde no te podré tirar por el precipicio.

—¡Vete a la porra…, no doy un paso más!

—¡Ja, ja, ja! Sigue subiendo, solo estoy bromeando.

Seguía sintiendo ese pánico que se percibe al ver una película de terror, que aun sabiendo que todo es ficción, no te impide temblar de miedo y no querer ir al baño por si acaso. Supongo que llevar los ojos vendados fue el gran condicionante.

—Me voy a vengar de esto, que lo sepas —sentencié.

—Último peldaño. Ahora te suelto un momento, no te muevas.

Escuché el sonido de unas llaves, y aquello ya me iba dando pistas. Ni sala de torturas ni mirador. Una cabaña donde pasaríamos nuestras próximas horas era mi sospecha.

—Oigo unas llaves, no hay puertas en los miradores. —Yo misma me hice un *spoiler*—. ¿Es una cabaña?

—Yo no dije que fuese un mirador —de nuevo me cogió las manos—, sigue avanzando.

Nada más entrar ya percibí el olor a leña quemada.

—Huelo a fuego, «me acabará quemando» —expresé al aire—. Estamos en una cabaña con chimenea. ¿Me has traído a una cabaña en medio del bosque? ¿Puedo quitarme el pañuelo ya?

—Todavía no, sigue avanzando.

Y seguí caminando cogida de sus manos. Hasta que por fin…

—Estás en el lugar idóneo. Antes de quitarte el pañuelo quiero decirte algo. Así que préstame mucha atención —hablaba cerca de mí—. Pase lo que pase y veas lo que veas, te seguiré queriendo. Te seguiré queriendo toda mi vida.

—Me estás asustando. Voy a quitarme esto.

—Espera espera, solo quiero que sepas que no lo he podido evitar, y creo que tampoco quiero hacerlo. Porque me produce…, bueno…, lo necesitaba. Y espero que a ti también te guste.

En ese momento, con mis ojos vendados, por un instante se me apagó la vida. Esta imaginación mía que no sabe poner freno, de nuevo invitaba a la reina nieve a acompañarnos, y la imagen de lo que verían mis ojos al deshacerme del pañuelo, se adueñó de mí por segundos. Polvo blanco esparcido por encima de una mesa de cristal, tarjetas de crédito e incluso llegue a visionar jeringuillas. Sabía que me volvería loca si no me deshacía del maldito pañuelo. Aquellas alucinaciones eran tan descabelladas que tenía claro que nada de lo que en la oscuridad visionaba se haría realidad. Sin más esperas, saqué el pañuelo y… efectivamente… creí morir.

—Eres un maldito hijo de… —y tapé mis ojos llorando—, me has asustado…, mucho…

Apartando las manos de mis ojos contemplé, y el miedo a despertar de nuevo hacía acto de presencia. Javier se acercó a mí y se puso a mi espalda rodeando mis hombros con sus brazos.

—Perdóname…, y míralo bien… Es para ti.

—Te odio…, te odio… —Seguía llorando.

—No me digas eso mi vida…, lo he hecho para ti.

Entonces sequé bien mis ojos para saborear bien todo lo que mis pupilas presenciaban. Mi sueño, mi fantasía, mi ilusión hecha realidad. No había mesa, ni polvo blanco, ni tarjetas… Un baño. Había un baño…, mi ansiado baño. Aquel que dibujaba cada noche que lo imaginaba, ese que compartía en sueños con él, el que definía como una utopía en la que nunca sus ingredientes iban a poder reunirse en el mismo momento. Y ahí estaba, mi utopía al completo.

Me resultaba imposible dejar de mirar esa inmensa bañera de forma ovalada, con reposacabezas acolchados y unos asideros de metal que no tuve muy claro en ese momento para qué eran. Una bella estampa que la mostraba llena de agua y cubierta por una espesa capa de espuma adornada por pétalos de rosa de diferentes colores. Rodeando la bañera por el suelo varias velas encendidas y, en uno de los bordes, una repisa donde esperaban dos copas con una

cubitera, que guardaba una botella de cava hundida en hielo. Eso no era todo, al fondo un gran cristal sustituía la pared, dejando ver un paisaje con un lago rodeado de pequeñas montañas. Me acerqué al ventanal y me giré, le miré y, aunque deseaba decirle todo lo que sentía, en ese momento la emoción me impidió hablar.

—No he podido conseguir la nieve, y en cuanto al enamorado… ¿Te sirvo yo? —Se iba acercando a mí—. Te aseguro que no encontrarás a nadie que te ame más.

—¿Estás de coña? —dije—. Si suena el despertador en estos momentos o me despiertas para desayunar te mataré.

Seguía observando el paisaje esperando despertar de un momento a otro. Es lo que suele ocurrir cuando sueñas algo que te hace flotar, que justo en el momento que llega lo mejor, Morfeo se larga devolviéndote a la realidad. Y yo estaba casi convencida de que así sería.

—No vas a despertar, mi vida —me dijo.

—No necesitabas esto. —Seguía emocionada y mis lágrimas de nuevo descendían por mi rostro.

—Pero tú sí. Y deja de llorarme. —Él no dejaba de sonreírme.

Le abracé, le abracé y no pude hacer nada más que abrazarle.

—¡Lola, por Dios…! Deja de llorar…

—No puedo…

—Pues hay más, y tengo que cubrirte los ojos de nuevo.

—¿Más? No puede haber más que esto.

Se posicionó detrás de mí y, con sus manos cubriendo mis ojos ocultando cualquier visión posible, de nuevo caminamos.

—Ahora me descuartizas…, luego despierto y fin del sueño. —Ya me había relajado y comenzaba a bromear.

—¡Ja, ja, ja! ¿Preparada?

Liberó mis ojos de la oscuridad y aquella fantasía crecía. En el dormitorio el ventanal, al igual que en el baño, ocupaba gran parte de la pared. Una enorme cama cubierta de pétalos, carecía de cabezal para poder posicionarse de cara o de espaldas al paisaje. Frente a esa cama, una gran chimenea que ya ardía.

—¡Madre mía! Sí podía haber más. —Me solté de él y me dirigí hacia aquel cristal sin dejar de divisar el paisaje, a la vez que apoyaba mis manos y mi frente en él—. ¿Cómo has encontrado esto?

—Estrella y sus contactos. Mira… —sacó una bolsita con un ticket y una mirada burlesca penetró en mí—, aquí también iba la llave. Mi droga. —Arqueó una ceja y encogió la otra.

—¡Qué ridícula me siento!

—No pienses eso. —Intentó mitigar mi momentáneo malestar.

Yo no podía dejar de contemplar todo aquello. Me senté en la cama.

—Aquí cabemos diez por lo menos —dije.

—Olvídalo. —Se sentó a mi lado—. Puedo valer para diez, pero solo vamos a estar tú y yo.

—Tú y yo. —Le besé con pasión.

—Hay algo más, Lola. —Su rostro se tensó.

—¿Ahora viene lo malo? No me asustes.

—¿Recuerdas cuando desaparecí en la boda?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Fue por esto.

Encima de la cama, junto a los pétalos de rosa, había una cajita envuelta en cintas rojas y

rosas. Demasiado grande para ser un anillo, que por otro lado no esperaba, y demasiado pequeña para ser una combinación con la que aderezar aquella noche. Estaba tan emocionada que mi cabeza se paralizó dejando al lado sus imaginaciones, y cogiendo ese pequeño paquete comencé a soltar cintas.

—Dime que no es malo.

—No, no lo es. Hoy va a ser todo bueno, o eso creo. Ábrelo y decide por ti misma.

Me deshice de las cintas, me deshice de la tapadera y dentro un papel. «¿Un papel?», pensé. Y pronto me explicó la importancia de aquel papel.

—Enviaron un correo el viernes. Al parecer, debido a la falta de cobertura no lo recibí hasta el sábado. En mitad del baile… ¿Cómo pretendías que no me mostrase eufórico?

Por la presente comunicamos

Atendiendo a la solicitud presentada por Don Javier Vidal Cruz, de mantener su puesto de trabajo en la zona de levante, por cuestiones personales, y teniendo en cuenta los servicios prestados por dicho trabajador, y los diferentes destinos a los que ha sido sometido, procedemos a conceder, en un plazo de al menos un año, dicha plaza en la delegación de Levante. La empresa tendrá en cuenta que dicho destino podrá ser prorrogable dependiendo de las circunstancias y necesidades de la empresa. Así mismo el trabajador se compromete a no pedir nuevo cambio hasta transcurrido el tiempo acordado por ambas partes. Pasados los doce meses la empresa se compromete a reunirse de nuevo con el empleado y valorar de nuevo la situación a convenir.

Esperando respuesta de conformidad le saluda atentamente.

Jefe de personal.

—¿Qué es esto?

—Lo que lees. Me quedo, aunque vuelva Manolo.

—No…

—Pues sí… —Con un gesto de su mano, retirándome el pelo hacia la parte trasera de mi oreja, me dio un beso en la mejilla, que me supo a todo el azúcar del mundo.

—¿Cuándo solicitaste esto?

—Hace dos meses. Tenía que recuperarte, y desde la distancia era muy complicado.

—¿Y si no te hubiese perdonado?

—Estando cerca todo era más sencillo.

—Claro. —Le besé—. Te quiero. Y gracias. Nadie jamás podrá borrar esto.

—Yo también te quiero, pero no te emociones demasiado —me susurró al oído—, luego viene la parte en que te descuartizo y lanzo tu cuerpo al lago.

—Ya no me importa. El hombre del que estoy enamorada acaba de regalarme la fantasía de mi vida. Déjame disfrutarla y luego me descuartizas y haces con mi cuerpo lo que quieras.

—No hará falta que te diga lo que de verdad quiero hacer con tu cuerpo… —Picarón me mostraba esos ojos brillantes a los que nunca me podía resistir—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Indiscutiblemente, por la bañera.

Lo tenía más que claro; mi bañera, mis velas, mi ventanal, mi paisaje, y mi amante.

—Pues por la bañera, vete comprobando el agua y desnudándote que bajo a por las maletas y subo en un «pis-pas».

Regresé al baño para de nuevo saborear aquella ilusión. Contemplé una vez más el paisaje a través del enorme ventanal. Decidí sucumbir a sus deseos y comencé a quitarme la ropa. Llegaron a mí algunos recuerdos del sufrimiento vivido. Quise apartarlos para no manchar ese

momento y me resultó imposible, mi otra Lola siempre actuaba con independencia y seguía sin poder mantenerla callada. Pero esta vez encontré réplica para todo. Supe reconocer que había sufrido lo impensable, fui consciente de que aquel paréntesis me había arrebatado la vida, esa vida que él mismo me estaba haciendo recuperar con creces. Estaba dispuesta a borrar todo sabiendo que me amaba, y tenía muy claro que yo no iba a encontrar la felicidad en ninguna parte donde no estuviera él.

Cuando volvió, yo le esperaba desnuda, envuelta en una toalla, y con las copas vacías en mis manos.

—¡Vaya! que buen recibimiento, estoy por irme y volver de nuevo. —Dejó las llaves en la bandeja de las copas.

—Quítate la ropa y abre el cava, vamos a brindar.

Le contemplé mientras se desnudaba —eso siempre era un placer—. Cogió la botella de cava y comenzó a moverla apuntando al techo para que el tapón saliese disparado por la presión de las burbujas. Después de que algo de la bebida se desparramase por el suelo, llenó las copas.

—¿Por qué quieres brindar? —Me preguntó

Con una mano cogió la copa y con la otra rodeó mi cintura…, con lo otro rozaba mi cuerpo.

—¿Porque no haya ni un paréntesis más en nuestra historia? —Eso era lo que más deseaba.

—Sin paréntesis. Por ti, por nosotros, por lo que nos espera. Y porque a cada instante de mi vida, siga necesitando un instante de la tuya.

Brindamos, bebimos, y rompimos la uniforme capa de espuma para adentrarnos en aquel lago de felicidad. Nos posicionamos enfrentados. Yo necesitaba no dejar de mirarle para asegurarme de que todo era real. Sus pies rozaban mi cadera y mis pies la suya. Reclinando mi cuello sobre aquel reposacabezas, cerré los ojos y me aislé del mundo, consciente en todo momento de que él no desaparecería al abrirlos. Tras varios minutos acompañados por el silencio, Javier habló para preguntarme si me encontraba bien. Respondí sin mover ni un milímetro de mi cuerpo, disfrutando de esa relajación.

—No podría estar mejor.

—¿Quieres más cava?

—Luego, ahora no quiero moverme.

—Vale. Seguiremos paralizados.

—Si algún día rompemos, quiero que sepas que hoy soy la mujer más feliz del universo. —Abrí los ojos para mirarle.

—Era el objetivo principal. Yo también soy muy feliz, y lo de romper, quítatelo de la cabeza. Es más, hay una última sorpresa.

—No. Mientes.

—¡Ja, ja, ja! Si en los próximos veinte años no te hago ningún regalo, espero que no me lo eches en cara. —Alargó su brazo y cogió las llaves que había depositado en la bandeja—. Esto no es un regalo. Tan solo es una proposición que…, es algo importante para mí, y no quiero una respuesta precipitada. Habrá tiempo de valorarlo. Digamos que hoy se abre el plazo de solicitud y tú lo rellenas cuando quieras.

Sabía lo que significaban aquellas llaves, y me quedé un poco expectante. Al igual que él, que en silencio y observando esperaba una reacción por mi parte.

—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos? —pregunté.

—¡No mujer!, solo te doy las llaves para que vayas a limpiar de vez en cuando.

Le chapoteé varias veces. Sabía que no era cierto y que me estaba proponiendo una vida en común. Eso sí me descolocó un poco, los hechos acontecidos desalojaron esa idea de mi cabeza

que, antes del paréntesis, en varios momentos, llegué a pensar. Y mucho menos esperaba que una vez reconciliados, me lo pidiera tan pronto. En su mirada vi que lo tenía muy claro, yo no quería estropear el reinicio y sabía que las convivencias acaban quemando. Le pregunté si estaba seguro.

—Sí, y veo que tú no, así que vamos a disfrutar de la bañera, de la cama, del paisaje y ya lo hablaremos.

De nuevo regresamos al silencio, a la paz, a cerrar los ojos, cambié mi posición enfrentada a él y me puse a su lado. Sentí que no había experimentado tantas sensaciones juntas en mi vida. Hasta que un torbellino de burbujas me alarmó rompiendo la paz. Javier había pulsado el botón de *start* para activar el *yacuzzi*.

—¡¡¡Javierrrr!!! ¡¡Jolin!! Me has asustado. No te rías. —Con la mano le lancé agua a la cara.

Sin pensarlo dos veces me devolvió el chapoteo entre risas. Intenté zambullir su cabeza, sin éxito, él era —y es— más fuerte que yo, así que ante aquella batalla me toco el lado de perdedora. Pronto me agarró y me arrinconó en una de las esquinas de la bañera, colocándose encima de mí. Entre aquellas juguetonas luchas casi sin darnos cuenta, se inició el juego de la pasión.

—¿Sabes para qué son todos estos asideros? —Se refería a los de metal que tenía la bañera.

Solo en ese preciso momento adiviné su utilidad.

—¿Para salir sin resbalar? —ironicé.

—¿En serio? —Me miró incrédulo—. Agárrate con las manos a los de los lados, los míos son los que hay detrás de ti. —Se acercó a mi oreja y le sentí—. Te lo voy a explicar.

Nunca imaginé que la realidad pudiera superar la ficción convirtiendo ese momento en verídico y en algo mucho más suculento de lo que jamás soñé. Mi fantasía hecha realidad, con un amante enamorado al que me entregaba, con el que no pensaba desperdiciar ni un solo segundo del que permaneciésemos en aquella estancia. Un amante con el que mi realidad se convertía en un sueño y mi sueño en realidad.

Llenando las copas yo le observaba y otra vez recordaba el tormento, no quería entorpecer mi creciente felicidad, pero a menudo me resultaba imposible evitar que una pincelada de recuerdo acudiese a mi cabeza. Viendo cómo las burbujas del cava se desbordaron cayendo sobre la espuma jabonosa, abandoné esos pequeños resquicios de dolor para retomar nuestras risas y de nuevo brindar.

—Porque podamos repetir esta fantasía muchas veces más —dije.

—Porque no encuentren tu cuerpo en el lago —reía—, y porque lo que siento en estos momentos no acabe jamás.

Apoyados de nuevo en los acolchados tuve curiosidad. A los regalos no hay que ponerles precio, y mucho menos a los sueños, y ese desbordaba ceros y yo quería saber cuánto iban a costar esos días en ese lugar de ensueño.

—¿Cuánto has pagado por esto?

—Eso no lo vas a saber. Y al ver tu cara de felicidad, hubiese pagado el triple.

—¿El triple de cuánto?

—No te lo pienso decir, no insistas.

—¿Cuándo lo pensaste?

—Antes del paréntesis estaba ya reservado. Conforme pasaban los meses y no perdonabas tuvimos que cancelar. Me dio mucha rabia porque sabía que te morirías de gusto al verlo, y no me equivoqué. Al ver que no reculabas no podía dejar pasar más días. Las comisiones de cancelación de estos sitios son muy generosas. El día que me dijiste que venías a la boda se me

cayó el alma al suelo.

—¿Por eso llamaste a Estrella?

—Sí, los sitios exquisitos no abundan, y aunque caros están más solicitados de lo que creemos.

—¿Cuánto?

—Si no te callas te meteré la cabecita debajo del agua.

—Si no me lo dices te morderé cuando me obligues a bucear.

Cogió mi copa y junto a la suya las dejó en la bandeja.

—¿Qué has dicho que vas a morder?

Lo primero que hice al salir de la bañera fue hacer un video para las niñas, para tía Juana y, como no, para Olga.

Lola 13:32: Mira dónde me ha traído, este sueño no acaba.

Lola 13:33: Tenemos Javier en la empresa para largo. Me muero de gusto.

Lola 13:34: Proposición indecente: vivir juntos. Sensación de querer lanzarme.

Olga 13:35: ERES UNA PUT. GOLF. JAJAJAJA. Espectacular. Deseando que vuelvas y me cuentes.

Lola 13:36: Tú sabías que se puede hacer siete veces en un mismo día? Aparte la noche…

Olga 13:37: SIGUES SIENDO UNA PUT. GOLF. JAJAJAJA Te quiero.

Lola 13:37: Cómo van las cosas por ahí?

Olga 13:38: Bien. Disfruta y no pienses en nada.

Aquel «bien», era tan revelador como el «nada» de Javier. Sonaba a todo menos a bien. Decidí no insistir para no interrumpir esa tranquilidad, que yo sabía que tenía estando instalada en mi casa.

Estuvimos en ese fabuloso lugar hasta el martes por la mañana, dos días completos que debieron costarle una fortuna. A día de hoy todavía desconozco cuánto pagó. Repetimos varias veces bañera, cama, chimenea, incluso ventanal. Fue muy excitante hacerlo con mis pechos aplastados en aquel cristal, contemplando el paisaje mientras él metía y metía. Él incluso quiso probar el baño del restaurante, pero me negué.

—Quítate la idea de la cabeza, no has pagado un copón para hacerlo encima de una cisterna.

—Con lo que te gustan a ti las cisternas.

Esas palabritas, acompañadas de esos desorbitados chocolatitos me volvían loca. Pero no, no lo hicimos encima de ninguna cisterna. Lo que sí hicimos durante la comida fue sacar el tema de la convivencia.

—¿Qué piensas? Estás muy callada —me dijo.

—En tu propuesta.

—Habíamos dicho que lo hablaríamos al volver.

—Solo pienso.

—¿Qué piensas?

—No lo quiero estropear. —Me daba mucho respeto dar ese paso.

—Si crees que se estropeará, olvídalo.

—Me encantaría intentarlo… —No me dejó acabar.

—Lolita…, come y calla. Disfrutemos. ¿De acuerdo?

Comí y callé.

Nadie mejor que yo sabe cómo es mi cabecita; como un péndulo que no sabe poner freno.

El mismo martes al subir al coche retomé el tema. No quería que pensase que no me entusiasmaba la idea. Sin embargo, que me entusiasmase no significaba que no me diese miedo

lanzarme al vacío. No llevábamos ni doscientos metros recorridos cuando de nuevo yo sacaba el tema.

—Como si ya hubiésemos vuelto…, quiero hablar de tu propuesta.

«Así, de golpe, sin un "¿podemos hablar?", ni nada parecido, que no le dé tiempo a echarse atrás».

—¡Ja, ja, ja! ¡Impaciente!, y cabezota.

—Gracias por lo de cabezota, y hablamos.

—¿Es una buena señal que quieras hablarlo?

—Olga sigue en casa.

—Lo sé, ¿por mucho?

—No es momento de preguntarle ahora.

—¿Supongo que tienes dudas porque no quieres dejarla sola?

—Sí. Ese es uno de los principales motivos.

—Lola, la propuesta no tiene fecha límite de promoción, esto no es una oferta que se acabe.

—Lo sé. He estado pensando en la posibilidad de que tú te instales en casa. Pero estando ella no creo que sea buena idea.

—No, no creo que lo sea. Tranquila, habrá tiempo.

Y fin de la conversación. Al final era mejor dejarlo y barajar bien las posibilidades, teniendo en cuenta que no iba a dejar a mi amiga sola. Lo que iba quedando claro era que sí quería intentarlo.

Después de aquel infinito viaje de regreso, al llegar a casa, le pedí a Javier que se quedase a dormir. Era tarde y me apetecía seguir compartiendo cama.

Durante la cena contamos a Olga todas nuestras vivencias durante esos días, a pesar de que ella no estaba muy receptiva; sus agonías no le dejaban atender las dichas de los demás. Pronto descubrí el motivo de que su presencia fuese más ausencia que otra cosa. Paco estaba intentando coaccionarla. Sabía que ella era débil y de mentalidad retrógrada para algunas cosas —no siendo así para otras—, y eso era un punto a favor para que regresase con él.

Por otro lado, Felipe, que aun siendo desconocedor de lo que Olga le confesó a Mario, no dejaba de persuadirla para que permaneciese en mi casa, y yo, al enterarme de la situación, no me quedó otra opción que recurrir a la amenaza.

—¡¡Te di dos opciones, o él, o yo!! —Me enfadé mucho—. ¡¡Y te recuerdo que me elegiste a mí, no te voy a permitir que ahora me cambies por él!! ¡¡Y no es una cuestión de a quién eliges, es una cuestión de que empieces a quererte de una puta vez!!

Javier intentaba no opinar, él también desconocía el secreto —no era fácil de contar—. Se limitaba a decirme que me tranquilizase y que la dejase respirar, que al fin y al cabo era su vida. Yo le respondía.

—¡Eso es…, su vida…, no la vida de Paco! Tienes el síndrome de Estocolmo y lo sabes. —Estas últimas palabras se las dije a ella.

—Lola, se está agobiando, deberías parar. —Javier intentaba acabar con aquello.

—Aquí todo el mundo se agobia, menos el que debe. ¡¿Por qué no te callas y me dejas hablar con mi amiga?!

Me pasé, le grité. Lo que tardó en reaccionar, tardó en levantarse y decirme que se iba. Entró en mi cuarto para coger las cosas que había sacado de su maleta. Pijama, neceser y poco más.

—Vais a acabar discutiendo por mi culpa, me iré a mi casa —dijo Olga.

—¡Ahora que la has liado te quedas quieta, y ni te muevas! —La acojoné y salí tras él.

—¡Javier… Javier…! Lo siento, lo siento, hay más cosas de las que sabes. No puede volver a

su casa.

—Yo no he dicho que vuelva a su casa, te he dicho que aflojes, ¿no ves que está muy nerviosa? Me voy Lola, no creo que sea buena idea lo de la convivencia.

—Eso no viene a cuento ahora.

—Sí viene…

—No puedo aflojar. Si aflojo vuelve, que la conozco.

—Vale, de todos modos, me marcho.

—Por favor, te pido que no me hagas esto.

—¿Que no te haga esto? Venimos de pasar unos días de ensueño y ahora me gritas como una loca solo porque creo que estás perdiendo los papeles con ella. ¿Tú puedes gritarme y yo no puedo irme? Ya lo creo que puedo. Mañana te llamo.

—No. —Ese no, salió con demasiada seriedad.

—¿No? ¿Qué quieres decir con ese no?

—Nada. ¡Por Dios, Javier!, no te vayas, te lo pido por favor, ya te he dicho que lo sentía. Hablo con ella y vuelvo. —Acaricié su mejilla—. Por favor, mi vida…

Cedió, y me esperó en la habitación. Solo tardé quince minutos en volver. El tiempo que me llevó amenazar de nuevo a Olga, y que ella acabase reconociendo que yo tenía razón y que no debía volver con aquel…, ¿asqueroso? Sí, esa es la palabra. Cuando regresé a mi habitación suspiré al ver que él ya se había metido en la cama. Me cambié y me dispuse a hacerle compañía; sabía que estaba tenso. Los dos lo estábamos.

—¿Estás más tranquilo?

—Yo no he perdido la tranquilidad en ningún momento —me respondió.

—Vale, he sido yo. Y por si no me preguntas te diré que se queda y que ya estoy más relajada.

—Bien.

Estaba enfadado, me dejó claro que se quedaba por no complicar más las cosas, a pesar de no sentirse cómodo. Yo tampoco lo estaba, aquella escena en vistas a una convivencia no era demasiado alentadora, y el remordimiento no me dejaba respirar. Me metí en la cama, necesitaba apoyarme en su pecho aun sabiendo que no estaba receptivo. Lo intenté, pero tropecé con ese brazo suyo, que más que un brazo parecía un muro de acero infranqueable, con ganas de ponérmelo muy difícil. Quise movilizarlo y él no se dejaba; utilizando su fuerza ponía resistencia, y yo ponía mi insistencia.

—No seas malo, no te he pedido que te quedes para que ahora te pongas borde.

—Ya lo sé, me has pedido que me quede para darme dos gritos, ¿no?

—¡Joder…!, ¡qué pesado te pones!… Ya te he pedido disculpas.

Yo seguía intentando levantarlo y él muy pasivo seguía evitándolo.

—¿Vas a levantar el brazo de una puñetera vez?

Con desgana lo levantó, y me apoyé. Intenté darle un beso y me hizo una cobra en toda regla. Y como cuando quiero soy muy insistente, lo volví a intentar, y él repitió acción, y yo otra vez, y él más de lo mismo.

—Así vamos a estar toda la noche hasta que me des un beso. —Reía al decir aquello.

—Primero me gritas, ahora no me dejas dormir. ¿Lo siguiente?

Me lo puso a huevo, me acerqué a su rostro y di mi respuesta.

—No te lo voy a decir porque me pondría cachonda y acabaría engordando a ese que tienes ahí abajo escondido en tu pijama, y como no lo vamos a hacer…, me callaré. Me pondría «más» cachonda, quería decir.

Su mirada de locura ya empezaba a ceder. Comenzó a reír y noté que su mano ya pellizcaba

mi espalda.

—Tú, no serás así todos los días en casa… ¿No?

—No, yo solo soy así, si mi amiga quiere volver con un hombre sucio.

—Define sucio.

—No puedo.

—¿Infiel?

—No, bueno no sé…, no sigas porque no puedo contártelo.

—Está bien.

Aquella conversación acabó como yo quería que acabase. Apoyada en su pecho, su brazo rodeándome, sus labios rozando mi frente, y los míos besando su cuerpo. Resumiendo…, en el mismísimo paraíso.

Al día siguiente fue Olga quien en el desayuno, antes de ir al trabajo, le contó el motivo por el que no debía volver con Paco, con la intención de que él entendiese mi reacción de la noche anterior.

—Mi marido me folla con los ojos cerrados. ¿Sabes por qué? —Miraba a Javier—. Porque piensa en otra. Cierra sus ojos y se la folla, y mientras la nombra a ella yo soporto los golpes de su polla empujándome. Y yo, que como me dice mi amiga me quiero poco, lo consiento y hago ver que no me doy cuenta, soportando yo sola ese secreto. Ahora ella lo sabe y todo es distinto.

—Ella, ¿te refieres a Lola o a la que está en la cabeza de tu marido cuando lo hace?

—A las dos.

—Olga…, no hace falta… —Intenté evitarlo.

—Sí, sí hace falta. —Calló un par de segundos y miró a Javier—. Es la misma.

En ese momento Javier frunció su ceño y me miró. Creo que por un momento pensó que no había entendido. Pero sí lo había entendido, perfectamente lo había entendido. Rápido reaccionó y exclamó:

—*¡Jo-der!*

—Pues sí. Un poco cerdo. Y ahora, sabiendo que pensáis vivir juntos, yo aquí estorbo. Solo será por unos días hasta que encuentre algo.

—Olga, no estorbas, sácate eso de la cabeza —le dije.

—Ya lo creo que sí, tranquila, solo voy a volver hasta que encuentre algo.

Pero no volvió. En un principio decidimos que haríamos las cosas tal y como Javier las había planeado. Viviríamos en ese apartamento alquilado y Olga se podría quedar en casa con su niña. Poco a poco fui cavilando y me di cuenta, que era mucho mejor que ella se trasladase al apartamento de Javier y él a mi casa. A veces, el darle tantas vueltas a la cabeza, me resulta fructuoso. Esa decisión, también le daba a ella más tranquilidad y seguridad, pensando en que al cerdo no le diese por venir a buscarla.

El día que Olga fue a recoger las pocas pertenencias que quedaban en su casa, él la amenazó. Nunca creyó que se diese ese momento y cuando la vio llegar acompañada de Javier —yo no me sentía capacitada para verle—, hubo más de un insulto.

—¿Quién es este? ¿Tienes un lío con este y por eso te vas?

Una forma poco cariñosa de decirle a una mujer que vuelva con él. No daba para más.

—Es mi jefe, y haz el favor de dejarme tranquila, solo vengo a llevarme mis cosas.

—¿Te estás acostando con tu jefe?

Era más que evidente que se sentía humillado. Esta historia es más común de lo que parece. Un hombre que tiene al lado una mujer a la que no valora, que como ella hay cien mil, y mejores que ella millones. Porque ella es simple, demasiado vulgar, demasiado común, poco llamativa y

sin esa sensualidad de algunas mujeres que salen por la televisión o aparecen en las revistas. Aun así, es suya, y eso la obliga a estar a su lado. No puede marcharse y mucho menos con otro hombre, aunque él no le preste ni la más mínima atención. Porque para eso es suya, en lo bueno y en lo malo, y en el vacío también. Sumisa, consentida, obediente, trabajadora, perfecta ama de casa, perfecta madre, y suya. Un día, esos ángeles despiertan y ven que a dos metros hay vida y deciden vivirla. Entonces son…

—¡¡Puta…!!

—Caballero, disculpe, si sigue usted insultando a la señora llamaré a la policía. —Javier decidió que había llegado la hora de intervenir.

—A ti, ¿quién te ha metido vela?

—Ella —dijo él muy sereno señalando a Olga.

—Javier, ni le escuches. —Olga seguía sacando bolsas de basura con sus cosas.

—¡Puta…! La que se acuesta con otro es una puta.

—Coge lo preciso y vámonos de aquí —le pidió Javier a Olga.

Pero tardaron en irse. Todo el tiempo en que la policía tardó en llegar y tomar datos. Javier decidió actuar por su cuenta, no pudiendo contenerse al escuchar por tercera vez esa palabra malsonante. A Paco le cayó una orden de alejamiento de quinientos metros. Aun así, desconfiando, decidimos que ella en el apartamento estaría más camuflada. Paco había pasado de ser un pasivo en el amor, a un activo en el odio. Motivo suficiente para que intentásemos protegerla. También cambiamos sus servicios. Y cuando había que llevar a la niña cada quince días lo hacía Javier, o tía Juana. Nunca ella ni yo.

Así fue como Olga y Javier intercambiaron vivienda y yo metía a ese hombre en mi casa.

Las niñas volvieron de Sevilla y también iniciaron su mudanza. Se trasladaban a Madrid, las dos. Sara seguía viendo a escondidas de la prensa a Asier Roca; se había convertido en la misteriosa encapuchada de la prensa rosa. Patri y Jorge lo llevaban como podían. Él intentó inscribirse en ofertas de empleo en Madrid, consiguiendo que tan solo le llamasen de una. Después de hacer el viaje, se encontró allí con ciento quince personas más que acudían a la entrevista. Era difícil que le cogieran y, de hecho, volvió a Valencia sin trabajo.

Tía Juana seguía viniendo algunos domingos a casa y nos hacía su excelente paella, y Manolo, que seguía pendiente de su madre, en ocasiones nos acompañaba en esas comidas.

A mi queridísimo Mario…, le llamé. Insistí en verle, pero se había ido a Andorra, a ese que iba a ser nuestro viaje. Creo que llevó compañía porque las dos veces que intente hablar con él, siempre acababa diciéndome: «Tengo que dejarte, me esperan». Y no creo que fuese el profesor de esquí. Solo unas semanas más tarde conseguí verle. Había cambiado, estaba distante, y a partir de ese encuentro casi siempre respondía a mis wasaps con frases cortas: todo bien, ya hablamos, te llamaré, estoy ocupado… Empecé a echarle de menos, pensé que habría conocido a alguien y le dedicaría su tiempo.

Las cosas en casa fueron bien. Regresamos al trabajo y seguíamos teniendo momentos de pasión como antaño, sobre aquella mesa llena de papeles, cada vez que Montse desaparecía. Ahora también lo hacíamos en el almacén, y en mitad del pasillo, y en mi despacho; había plena libertad. Como en los viejos tiempos, al quedarse solo me avisaba y yo acudía. También en casa aprovechábamos cualquier rincón, si bien es cierto que mi cama y mi baño, convertidos en nuestra cama y nuestro baño, eran los mayores testigos de nuestros deseos.

También hubo locuras…, excitantes locuras.

Un día, cogimos el coche y nos fuimos a un descampado cercano al aeropuerto desde donde se veía despegar los aviones. El día anterior había llovido en cantidad y al parar en un terraplén, la

fogosidad se apoderó de nuestros cuerpos, que fundamentalmente, era a lo que habíamos ido a dicho lugar. No sé si tanto movimiento contribuyó a que el coche se afincase en el barrizal, lo cierto es que ni para adelante ni para atrás. No era un sitio demasiado transitado, tan solo parejas noctámbulas acudían allí con el mismo fin que nosotros.

Por suerte, ese día habíamos ido a plena luz del sol y eso fue una dicha, porque de no haber sido así no habría pasado aquel tractor, que con sus cuerdas nos ayudó a salir del atasco. Cuando nos fuimos, sofocada, le recalqué con autoridad que eso no se iba a repetir, y que nuestros próximos destinos sexuales no iban a diferir de cama y bañera. Reconozco que mis cometidos con ese hombre eran demasiado difíciles de conseguir.

Cinco días después del incidente del barro, fuimos a un centro comercial a hacer unas compras. Era media tarde y el parking interior estaba repleto, por lo que no hubo más remedio que dejar el coche en los aparcamientos exteriores y bastante alejados del edificio. Era una hora de lo más concurrida. Nos entretuvimos demasiado y además decidimos entrar en una sala de cine a ver una película, consiguiendo que se hicieran más de las doce.

Al salir y caminar hacia el coche, poco a poco fue introduciendo su mano en el bolsillo trasero de mi pantalón. Yo ni me inmuté, porque ya era habitual en él esta acción. Claro que, a diferencia de otras veces, en esta había una intención de algo más que un simple caminar. Noté que me iba apretando cada vez más, y ya adivinaba su intención de pellizcar, con el inconveniente de que mi pantalón era vaquero y eso impedía los pellizcos por la rigidez del tejido. Ingenioso él, me frenó y casi sin darme cuenta ya había metido su mano entre el vaquero y mi trasero.

—¡Mmm…! Así quería yo, tocar culito.

—¿Qué haces? Va a vernos alguien.

—Que se mueran de envidia.

—¡Anda calla! Ya me liaste el otro día.

Pero tenía un poder sobre mí, abrumador. Tal vez porque yo deseaba tanto aquellas morbosidades como él, a pesar de que siempre había una Lola temerosa de ser pillada en la calle teniendo sexo. Y eso era lo que me hacía poner ese freno que él se encargaba de quitar. Tras degustar esos dedos que no dejaban de friccionarme, decidió sacar la mano y seguir caminando el uno al lado del otro. Tan solo a falta de unos metros de llegar al coche, de nuevo se afincó a mi cintura, y presionando sobre ella, de ese modo en que se te calientan hasta los sesos, me hizo una proposición.

—¿Lo hacemos ahí?

—¿Ahí dónde? No empieces a ingeniar.

—En el coche.

—No.

—Sí.

—Que no.

—Que sí. Tócame y comprobarás que tiene que ser que sí. Hay necesidades que no pueden esperar.

—Déjate de necesidades, en casa lo que quieras.

Pero llegamos al coche y sin abrir la puerta, allí mismo me empotró quedándose a mi espalda. Yo percibía su exaltado respirar, su aliento me soplaba deseo y eso me convertía de nuevo en su presa. Posando sus manos en mis pechos, comenzó a acariciarlos bastante descontrolado y en mi trasero, yo ya sentía su erección gritándome que me iba a volver loca otra vez

—¡Por Dios, Javier! Pasan coches. Esto es una locura.

—Esto me gusta, yo vigilo.

Comenzó a desabrocharme el pantalón y sin darme cuenta sus dedos ya estaban dentro de mis bragas.

—Odio que me hagas esto…

—No lo odias, te gusta, Loba…, quiero sentir que me muerdes por no poder gritar.

—¡Te odio…! La yugular te voy a morder un día.

—¡Síii! ¡Me pones loco! Cuando contienes la voz, tus ojos se desorbitan y verte es como atravesar el fuego. Calienta…, calienta…, y sigue calentando…

Trataba de protestar y lo único que conseguía era excitarle más.

Al acabar, subimos al coche y le informé de mis próximas intenciones.

—Mañana venimos aquí otra vez.

—¡Ja, ja, ja! ¿Te gustaría repetir locura? —dijo riendo.

—Es culpa tuya, a mí estas perversiones no se me ocurren.

—Claro, el depravado soy yo, la que disfruta, tú.

—Tú, ¿lo pasas mal?

—¿Yo? Acércate —ordenó.

Me acerqué.

—No dejas de volverme loco. Nunca vas a dejar de volverme loco.

Otro día, al marchar al trabajo antes que yo, me llamó a los dos minutos un tanto alterado.

—Lola, ábreme, he olvidado algo.

¿Y sus llaves? Pensé. Deduje que ese sería el olvido. Abrí la puerta y entró.

—Tenemos que hablar. —Se plantó delante de mí y me dejó helada.

¿Tenemos que hablar? Eso se dice antes de decir la otra frase, «lo nuestro no funciona». Y hasta dos minutos antes, lo nuestro funcionaba de maravilla, así que no entendí muy bien a qué venía aquello.

—¿Hablar? ¿Hablar de qué?

—¿He dicho hablar? No, quería decir follar, tenemos que follar…

—¡Vete a freír espárragos! Algún día te dejaré por estas cosas.

En ese momento lo que menos hicimos fue freír espárragos. Más bien llegar tarde al trabajo.

No solo hubo momentos de morbo y sexo. También había veladas de eternas charlas nocturnas, donde ambos desnudábamos nuestro interior recordando nuestros pasados. Había un doloroso tema común en nuestros recuerdos, nuestros padres. Su ausencia, los recuerdos de infancia, las añoranzas; podíamos pasar horas y horas hablando de ellos. Casi siempre se acababa con los rostros empapados, Javier tenía un aspecto de chico duro y fuerte, seguro de sí mismo, pero aquel tema le convertía en una frágil burbuja, endeble y siempre rota al final de la conversación.

Y luego estaba el trabajo, que en ocasiones nos mantenía unidos. Y nuestros juegos de niños adultos, apostando por cualquier cosa, nuestras bromas, nuestras ironías, sus tomaduras de pelo haciéndome enfadar, esas carcajadas que a veces nos reventaban dejándonos un dolor en el vientre insoportable y satisfactorio a la vez. Yo volvía a ser feliz y él no dejaba de hacerme feliz. En ocasiones me llamaba sin motivo aparente para sacar a pasear mis mariquitas.

—Hola, ¿cómo estás?

—Javier, hace media hora hemos salido de casa juntos.

—¿Media hora? ¿Solo? Mientes.

—Vas a acabar conmigo.

También había llamadas raritas.

—Corre pon la tele. —Me asustaba.

—¿Qué pasa? —Yo, temerosa y con rapidez encendía el aparato—. ¿Qué pasa?

—¿No dicen nada?

—¿Nada de qué?

—Bueno, ya te lo digo yo. Dicen que un leonés se ha vuelto loco por una valenciana y que va a morir de amor cualquier día de estos.

—Te voy a matar en cuanto llegues a casa. ¿Te imaginas en lo que estaba pensando? —En mis hijas.

—¿Y tú imaginas en lo que estoy pensando yo…? En comerme una valenciana.

Y yo, eterna enamorada, colgaba.

Y así se iba escribiendo nuestra idílica historia. Historia como esas de las películas, en las que todo es tan perfecto que tienes claro que en el guion aparecerá algo para romperla, y dar un giro al romanticismo convirtiéndolo en drama.

Por fin un día Mario contactó conmigo. Olga había cambiado su número de teléfono y al comunicarlo en el centro social, por lo visto hubo una confusión con la numeración y no daban con ella. El psicólogo me llamó, sabía que, si alguien podía localizar a Olga, esa era yo. Mi recibimiento fue un tanto apático después de que, en tantas ocasiones, él evitase mis mensajes.

—Es adulador que apenas me hables y ahora me llames preguntando por ella. No sé si ponerme celosa.

—Je, je…, esto es una urgencia. Siento no encontrar momento para tener una charla contigo.

—Si quisieras lo encontrarías. Todo el mundo saca media hora de donde sea para un amigo.

—Tienes razón… ¿Te apetece desayunar mañana?

—Mejor café por la tarde, si no te importa.

—Claro, imagino que los desayunos los compartes con él.

¿Él? ¿Por qué no pronunciaba su nombre? Eso me descolocó.

Le di el teléfono de Olga y al día siguiente, como habíamos acordado, acudí a ese café.

Y allí me encontré, envuelta en hielo, sentada frente a Mario, con un nudo en la garganta que casi no me dejaba hablar. Yo le echaba tanto de menos y, en cambio, él parecía tan distante.

—¿Cómo te va? —pregunté.

—Bien, como siempre, no hay novedades en mi vida.

Él no preguntó por la mía.

—¿Por qué no respondes a mis wasaps? —Quise saber.

—Sí respondo.

—¿Eso es responder? Sí, no, bien, te llamaré… Pareces un hombre huyendo de su último polvo.

—Lola —se incorporó colocándose erguido en el asiento—, tú tienes tu vida, eres feliz con él y yo intento vivir la mía. No huyo de nada, y de un polvo menos, entre otras cosas porque no existió.

Pensé: «¿Qué está queriendo decirme con eso?». Otra vez parecía que callaba más de lo que hablaba y no pude contenerme.

—A veces creo que me pones adivinanzas.

—Mi cabeza en los últimos tiempos anda despistada, no me hagas mucho caso.

—¿Una mujer tal vez?

—Sí, una mujer.

—¿Sales con una mujer?

Me miró con tal fijación que adiviné lo que se avecinaba.

—No…, no nos vemos, siempre le digo que ando liado, a penas respondo sus mensajes con monosílabos y no contesto a sus llamadas, a pesar de que ella nunca deja de insistir. —Y me soltó esa bomba.

Intenté no indagar, sabiendo lo que me estaba insinuando.

—Te habría gustado Andorra —me dijo.

—¿Fuiste solo?

—Sí, me vino bien. Hay ocasiones en que la soledad es tan importante como la buena compañía.

Otro silencio, más miradas y tensión, mucha tensión.

—Tienes razón no deberíamos haber quedado. —No sabía cómo salir de aquel enjambre de angustia.

Y entonces la bomba estalló.

—Me echabas de menos… Yo también.

En ese instante, como si de una serpiente se tratase, deslizó sus brazos con calma por encima de la mesa, mientras sus ojos no dejaban de observar mis manos quietas sobre la misma. Mi mirada esperaba y se posaba en sus manos, sabiendo cuál era el destino. Pronto sus dedos alcanzaron los míos y mi cuerpo comenzó a temblar al sentir aquel roce. Esa mezcla de sensaciones entre incertidumbre, nervios, miedo, querer irme y a la vez querer quedarme, me mantuvo paralizada.

Me quedé.

Regresé a casa al cabo de tres horas. Maldiciéndome por haber provocado aquel encuentro. Durante el trayecto no dejaba de repetirme una y otra vez que lo había estropeado todo.

«¡Mierda, mierda, mierda, no tenía que haber ido!». «¿Por qué tuve que insistir?, tenía que haberme largado al instante… ¡Mierda, mierda!».

Me arrepentía…, me arrepentía y no dejaba de arrepentirme.

Al llegar a casa sabía que algo en mi rostro reflejaría mi malestar y que Javier se percataría. Sin apenas decir palabra me excusé alegando un fuerte dolor de cabeza y me fui a la cama. Javier se empeñó en cuidarme. Cuando le vi entrar con un vaso de agua y un paracetamol, pensé: «A veces me agobia». No era cierto, él nunca me agobiaba, sencillamente me cuidaba, me mimaba, me amaba. Pero yo estaba demasiado…, no localizo palabra para definir con precisión cómo me encontraba en esos momentos, en los que parecía que todo era un estorbo, incluso él.

—¿Qué tal con tu amigo? Has tardado un poco. ¿Todo el tiempo estuviste con él?

Aquellas preguntas fueron demasiado inoportunas. Y mis pensamientos cada vez eran más injustos hacia él: «¿No le he dicho que me duele la cabeza? ¿Qué coño hace aquí?». Cuidarme, eso hacía.

—No…, bueno sí, quiero decir que había mucha gente en consulta y se retrasó, tuve que esperar mucho.

—¿Y qué tal? ¿Bien?

—Sí, bien, hay una mujer, aunque dice que no quedan mucho y se siente mal por ello, porque la pobre no deja de insistir. —Cambié un poco la versión y oculté la identidad de la susodicha.

—No querrá nada serio.

—Sí, eso creo…, necesito dormir, Javier, la cabeza me va a reventar.

Salió de la habitación para dejarme descansar. No sé si se fue tranquilo o si algo le rondaba. Para Javier, Mario no era un amigo cualquiera. Yo jamás llegué a decirle que nunca había tenido nada con él y eso le convertía en «amigo diferente bajo sospecha». Javier tenía la certeza de que mi corazón se dedicaba en pleno a él, no obstante, es cierto que aquella cita con Mario no fue

algo que le entusiasmase, a pesar de su confianza ciega en mí.

Estuve algunos días en *shock*, intentando culpabilizar a las jaquecas cada vez que Javier me preguntaba por mi extraño comportamiento. Creo incluso que llegó a sospechar algo, porque en ocasiones me percaté de que me observaba demasiado, a la par que yo intentaba mostrar naturalidad. Seguía arrepentida de haber acudido al encuentro, y viendo que aquello ya no tenía vuelta atrás no quise permitir que eso desestabilizase mi idílica vida.

Tuve que tomar una decisión, que no fue otra que borrar todo lo sucedido ese día. Me costó mucho, mi sentimiento por Mario no me permitía expulsarle con tanta facilidad. Aun así, mi vida, esa vida por la que yo había luchado para estar junto al hombre al que amaba, era la que tenía que salvaguardar. En algunas ocasiones, ya metida en la cama, y en mi continuo hábito de darle vueltas al coco, aparecían pequeños trazos de aquel encuentro, que sin dudar me esforzaba por expulsar.

Poco a poco todo volvió a ser armonioso y retomé la tranquilidad de mi vida. Hasta que de nuevo algo se torció y una mañana me levanté un poco… rara. Y para postre, él no ayudaba.

Aquí llegó el verdadero drama.

—¿Cuántas tostadas quieres? —me preguntó.

—Las de siempre.

—Vale, adivinamos pues…

Esos murmullos me sacaban de quicio.

—¿Qué? —pregunté para que supiera que le había oído.

—Nada. ¿Quieres bollería?

—¿Cuánto cuesta sacar la bollería? —Me dirigí al armario donde guardábamos galletas, cruasanes y madalenas, y saqué todo—. ¡Ale! bollería en la mesa. Si no se come se guarda, no creo que sea tan difícil.

—No sé si preguntarte si te caliento la leche. —Extremaba el cuidado.

—¿Me caliento la leche? Siempre. No sé para qué preguntas.

—Siempre no, a veces te la pones del tiempo.

—Pocas veces.

—¿Y quieres que adivine si hoy es una de esas pocas veces?

Creo que ahí Javier empezó a perder la paciencia.

—Pues lo dejas y ya me lo preparo yo.

—Javi, cállate… —Otro murmullo.

—Pues eso, cállate —protesté.

—Muy bien, callado. —Me miraba esperando respuesta.

—Es que me agobias con los desayunos. —Encima que me lo preparaba…

—Así que te agobio… ¿Y con qué más te agobio? —Intentó mantenerse templado en todo momento.

—No sé…

—Bien, intentaré relajarme en los desayunos y evitar los «*nosé*».

Aquello me sonó a burla y decidí no responder. Al cabo de un rato…

—¿Comemos fuera? —pedí, necesitaba salir de casa.

—Si te apetece, vale.

—¿A ti te apetece?

—Me da igual, si tú quieres salimos.

—Pues no sé… —Yo dudaba.

—¿Prefieres pedir chino…? —Y él buscaba alternativas para contentarme.

—No sé…

—Pues decídete.

—¿Por qué yo? Decídelo tú.

—Pues salimos. —Y pensó en voz alta—. Me va a dar el día.

Otro murmullo que eludí de nuevo.

—Pero, ¿dónde? —Yo erre que erre.

—¿Donde quieras?

—¡Uff! Al final tengo que decidirlo yo.

Salimos a comer a un chino, poco a poco me iba destensando. Y al llegar la noche un beso antes de dormir me convertía en un dulce angelito.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches, y a ver cómo te levantas mañana.

—Yo me levanto siempre bien, tú me alteras con tus manías.

No era cierto. En realidad, Javier si tenía algunas manías; era meticuloso obsesivo con la higiene y demasiado ordenado, Yo no soy desordenada, pero tampoco mi vida depende de si las cosas están en un lugar concreto, no pudiendo moverlas de ahí, y en ocasiones él se sobrepasaba con esas, llamémoslas, manías. A pesar de ello, ese no era el motivo de mi comportamiento.

Pasados unos días de aquel rocambolesco desayuno, una tarde llevé a Inés —una nueva empleada— a la oficina para firmar el contrato, darle uniforme y material. La mujer llevaba una semana trabajando y yo había estado con ella casi todo el tiempo. Solía hacerlo la primera semana con las nuevas empleadas, para asegurarme de que todo se llevaba a cabo de forma correcta y según las pautas de la empresa.

Inés tiene treinta y cuatro años, es dicharachera, divertida, y no tiene pelos en la lengua a la hora de comentar su opinión, y así lo hizo aquel día al ver a Javier. Eso me superó. Seguido de darle un segundo uniforme y algo de material de trabajo, salimos del almacén y fuimos al despacho para proceder a la firma de documentos. Tras las debidas presentaciones, él indicaba a la mujer que era todo aquel papeleo.

—Esta carpeta es la de riesgos laborales, léela bien. Esta hoja de la entrega del uniforme y material de trabajo, firmas aquí —señalaba sin apenas mirarla—, y esto el contrato, firmas todas las hojas donde pone el trabajador. Esta, la hoja de protección de datos y compromiso de secreto profesional. Vuelvo enseguida. —Me miró y salió.

Inés no se contuvo al comentar sobre el aspecto de nuestro director. Mi director.

—No está nada mal el hombre, así da gusto —dijo a la vez que firmaba.

—No es para tanto. —Se me llevaban los demonios.

—¿Que no es para tanto? ¡Menudo caramelito!

Mi caramelo. El caramelo que me comía yo. Nadie más iba a saborear ese caramelo. Los celos se adueñaban de mí, y mi mente con complejo de péndulo otra vez comenzó a funcionar.

«No sé por qué tiene que venir con camisa al trabajo, para llamar más la atención. Me encandiló a mí y ahora querrá provocar a otra. Perfumado…, esa es otra, qué falta hará perfumarse para venir a trabajar. A veces creo que le gusta llamar la atención hasta de Montse. Cuando llegue a casa se lo pienso decir, a ver si le gustaría que yo fuese en camisa de botones a visitar a los clientes. Encima sin afeitar que sabe que salvaje pone más. “Me irrito, me irrito”, pues te dejas barba de ocho meses y no te irritas…».

Un último pensamiento me serenaba: «No vas bien, Lola».

Javier regresó, se sentó en su sillón y comenzó a ordenar los papeles firmados. Inés se despidió para marcharse, y yo ejerciendo un poco de bruja impertinente, me comporté como una

desquiciada, y claro, Javier se enfadó.

—Te espero en casa. —Y después de darle un beso en los labios miré a Inés—. Siento romperte la fantasía.

La mujer quedó algo más que alucinada. Él intuyó lo que pasaba. No era la primera vez que le piropeaban delante de mí, y yo siempre le puse al corriente, de modo que le resultó fácil adivinar a qué había venido aquel comentario. Se levantó y dejando a Inés sola en la oficina me llevó a mí a la mía.

—¿Se puede saber en qué estás pensando?

—¿Yo?, en nada, me cansa que fantaseen con tirarse a mi hombre.

—¿Sabes lo violento que resulta lo que acabas de hacer? Para ella y para mí.

—Pues no te adornes tanto, y aféitate.

—¡Lola, por Dios! ¿Qué te pasa?

—A mí nada, ellas que no se cortan un pelo. Y tú, que parece que te mola.

—Voy a decirle a la mujer que se vaya. No te muevas de aquí. —Javier iba agotándose de aquellos cambios de humor que me rondaban ya varios días.

Llegué a asustarme pensando: «Qué mierda haces Lola, te cargas la relación». Y es que, si tu cuerpo anda experimentando ciertas cosas, ninguna reflexión te va a hacer entrar en razón. Te vuelves terca, y segura de que posees la verdad absoluta. Él regresó, y yo seguí en mi empeño.

—¿Te das cuenta de que no saben que somos pareja? —Intentaba hacerme razonar.

—Pues pon una foto nuestra en la pared.

—¡Madre mía, Lola…! A veces no creo lo que oigo. ¿Tú sabes la cantidad de clientes que me preguntan si les voy a enviar a la supervisora a cubrir el servicio?

—¡¿Ah, sí?! —Me sorprendí mucho—. ¿Y qué les dices?

—Pues pienso: «¿A mi Lola? ¿El tipo este quiere ver el culito de mi Lola moviéndose por su negocio? Le voy a decir yo por dónde se mueve la supervisora». Les digo que tú solo limpias en mi casa, que es tu casa, o sea nuestra casa. Arreglado. Piden disculpas y ya. Sin estos numeritos.

—¡Qué fácil lo ves todo!

—¿Fácil?, cada día me lo pones más difícil. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

—No lo sé…, me enervo… Voy a tener que decir el primer día que el director se mete en mi cama, a ver si así…

Esa misma tarde intenté reflexionar sobre lo que me pasaba. Cambios de humor, sensibilidad ante los olores, falta de apetito alimenticio y exceso de apetito sexual, y cuanto más lo pensaba, más me bloqueaba, entonces dejaba de pensar. Y en cuanto dejaba de pensar, no pensaba en otra cosa más que en follar. Estaba hambrienta…, muy hambrienta. Esa misma noche, el fuego y la pasión se desparramaron generosamente por mi cama.

Al día siguiente, acabábamos de desayunar cuando Javier se metió en la ducha, y yo…, fui tras él con un claro objetivo, contemplarle…, y lo que cayese. A través de la mampara le veía frotarse, pasarse las manos por el pecho, esparcir la espuma por ese cuello, lavar su miembro una y otra vez, no pude evitar acalorarme pensando: «Se la va a poner dura…, que se ponga dura». Al salir, ambos lavábamos nuestros dientes, yo en ropa interior y una bata encima, y él con una simple toalla rodeando aquella zona que escondía mi XXL. Su pecho todavía mojado me gritaba. Juro que intenté contenerme porque sabía que llegaríamos tarde al trabajo, pero igualmente juro que me gritaba con tanta efusividad, que era imposible no prestarle atención. Y prestarle atención tenía unas consecuencias, que no eran otras que mi «yo» salida perdida, y con pensamientos sabrosones.

«¡Me excita! ¡Madre mía! cómo me está poniendo…

»¡¡¡Diosssss…!!!, ¡ya estamos las dos *cachondísimas*!

Miraba de reojo aquel pecho, intentando soportar el zumbido de su cepillo de dientes que ya empezaba a molestarme.

«¿No va a acabar con esa higiene bucal nunca?». Pensé.

Por suerte para mí, acabó. Me quité la bata, daba igual llegar tarde, la contención no es buena. Mario siempre me decía: «Expulsa lo que sientas, aunque sea delante del espejo». ¡Vamos…!, que estaba en el lugar perfecto! Mi mirada le dio una pista a Javier de lo que pretendía deshaciéndome de la prenda.

—Llegamos tarde —me advirtió.

—No seas tan meticuloso y deja de mirar el reloj.

—Montse no está y se me amontona el trabajo.

—Y a mí se me amontona la humedad.

Empecé a recorrer su pecho con las yemas de mis dedos, haciendo que mis uñas le erizasen.

—Cómo te gusta provocarme…

—Me vuelve loca saber que te pongo cachondo cuando no lo estás.

—Ya…, lo que sucede es que lo hicimos anoche…

—¿Por qué escarbas en el pasado? —Mis uñas rozaban su pelvis.

—Dos veces.

Me acerqué agarrando su cuello hasta acercar su oreja a mis labios, relamí todos sus rincones mientras él inspiraba y espiraba intensamente. Sus cuerdas vocales emitieron un sonido que yo descifré como ardiente pasión.

Me cogió en brazos a horcajadas y me llevó a la habitación, me tiró en la cama y desprendiéndose de aquella toalla que envolvía su cuerpo, se fue posicionando poco a poco encima de mí. Mis ojos se nublaron cuando cubrió mi rostro con la toalla, y sus palabras sonaban a través de aquella tela.

—No vas a ver tu cara, pero vas a escucharme gritar sin control.

—¡Lola…!¡Lola…! ¡Lola…!¡Loba…!

Percibir aquellas llamadas que no lo eran, me excitaba. Oír mi nombre de su boca seguía siendo una de las mejores delicias, sobre todo si a la vez estaba sintiendo cómo llegaba a la cúspide del clímax metido dentro de mi cuerpo.

Pronto se vistió con prisas para marcharse, a pesar de que yo quería más.

—¿Repetimos?

—¡Ja, ja, ja…! Tú me quieres matar. Son las nueve y tengo que irme.

Me planté en la puerta franqueando la salida.

—¿Voy luego y lo hacemos encima de la mesa?

—¿Voy a tener que llevarte a un centro de desintoxicación?

—Con que lo hagamos más a menudo será suficiente.

—Esta noche. Ahora sabes que tenemos que irnos.

—Está bien. —No me quedó otra que transigir.



Y lo hicimos esa noche, y hemos repetido, mucho, no me canso, no me sacio, mis deseos no tienen fin.

Mis deseos no tenían fin, hasta hoy, que mi vida se ha paralizado.

Al cúmulo de aquellos síntomas —cambios de humor, sensibilidad ante los olores, falta de apetito alimenticio y exceso de apetito sexual—, se agregaba un signo importantísimo al que yo

quería no prestar atención, esperando que desapareciese. Bueno, más bien que apareciese. Mi periodo. Ese periodo que tenía que haber venido hacía casi dos semanas y que no daba señales de vida. Era imposible quedarme embarazada de Javier, eso lo sabía, así que esperaba y esperaba, pero la menstruación no llegaba.

Casi dos semanas de ausencia, me han parecido lo suficientemente importantes como para comenzar a preocuparme. ¿Tal vez una menopausia prematura?, ¿tal vez alguna otra anomalía? Anoche reflexioné con máximo detalle y al recordar los embarazos de mis niñas, vi que había demasiadas cosas en común con mi estado actual. Eso me ha acojonado, y a la vez me ha armado de valor para averiguar qué narices está pasando en mi cuerpo.

En silencio y sin consultar con nadie, primero he ido a la farmacia, luego he vuelto a casa, me he metido en el baño, he orinado en el botecito, he metido el extremo del chisme dentro del botecito, lo he puesto encima de la cisterna, y a esperar. La espera ha sido más larga que la guerra de los cien años. Mi cabeza ha tenido tiempo de pensar de todo, incluso sandeces, para no perder la costumbre:

«Tranquila, Lola, ahora no es como la otra vez, que tenías dieciséis años y sabías que tus padres te iban a matar. Ahora tienes casi cuarenta, dos hijas adultas y un marido estéril. La situación es menos alarmante…

»Claro, mujer…

No quería mirar, pensando que era una completa locura, he estado a punto de tirar el aparato a la basura y olvidar la prueba. Hasta que, con miedo y de puntillas, me he asomado a comprobar el resultado, y… ¡¡Uff, qué alivio!!, por fin he podido respirar. Me he quedado bastante tranquila al comprobar las dos rayitas de color rosa. Estaba más segura que nunca, de que en esta ocasión sí despertaría de la pesadilla, porque esto, a mí, con una pareja estéril, no me puede pasar.

Poco a poco me he ido bloqueando al comprobar que no despertaba. El aturdimiento ha inundado mis sentidos, he esperado a que sonase el despertador, pero esperaba y esperaba y ese maldito chisme no sonaba. Me he tranquilizado a mí misma esperando un rato más, y ha sido inútil; el puto despertador ha seguido en silencio. He vuelto a mirar las rayitas por si me he confundido, y confusión ninguna, esas dos franjas rosas se han convertido en dos calvarios. Y… «¿dónde coño se ha metido el despertador?».

He creído volverme loca; no me puede pasar esto. ¿Por qué narices me pasa esto a mí? He comenzado a dar paseos intentando pensar y meditar cuál debía ser el siguiente paso, y debe haber sido una de mis mariquitas la que me ha recordado un nombre; las otras ciento noventa y nueve han debido salir huyendo, que es lo mismo que me apetecía hacer a mí. El nombre…: Mario. Como loca he cogido mi teléfono y he escrito no sé cuántos mensajes.

Lola 10:15: Mario, necesito verte. Es urgente, respóndeme Mario.

Lola 10:15: Por favor, Mario, necesito verte.

Lola 10:16: Dime algo, por Dios, es urgente.

Lola 10:16: No me hagas esto…, necesito verte. ES MUY URGENTE.

Pero no aparece el segundo tic y eso me indica que me ha bloqueado. Después de nuestro último encuentro la relación ha sido inexistente, yo se lo pedí, y él lo deseaba. Ni una llamada, ni un mensaje, tan solo algún recuerdo instalado en mi cabeza de los buenos momentos vividos, y algún ápice pasajero de lo mucho que lo añoraba. En estos momentos le necesito, le necesito más que nunca. No viendo otra solución me he plantado aquí, en el centro donde le conocí; en esta sala de espera. Y aquí sentada en una de estas duras sillas sigo esperándole.

Se abre la puerta…, por fin se abre la puerta… y sale.

—¡Lola…! —Se sorprende.

Solo verle, ya siento tranquilidad. Le miro y no digo nada, el nudo de mi garganta va creciendo, impidiéndome hablar. Estoy segura de que mis ojos ya le han revelado que algo no va bien.

—¿Qué pasa, Lola…? ¿No iba todo bien?

Me quedo bloqueada, mis ojos se encharcan cada vez más y mi voz enmudece. Miedo, tengo miedo… Tengo mucho miedo y, casi sin poder, me veo en la necesidad de hablar cuando de nuevo, mi psicólogo y amigo, pregunta.

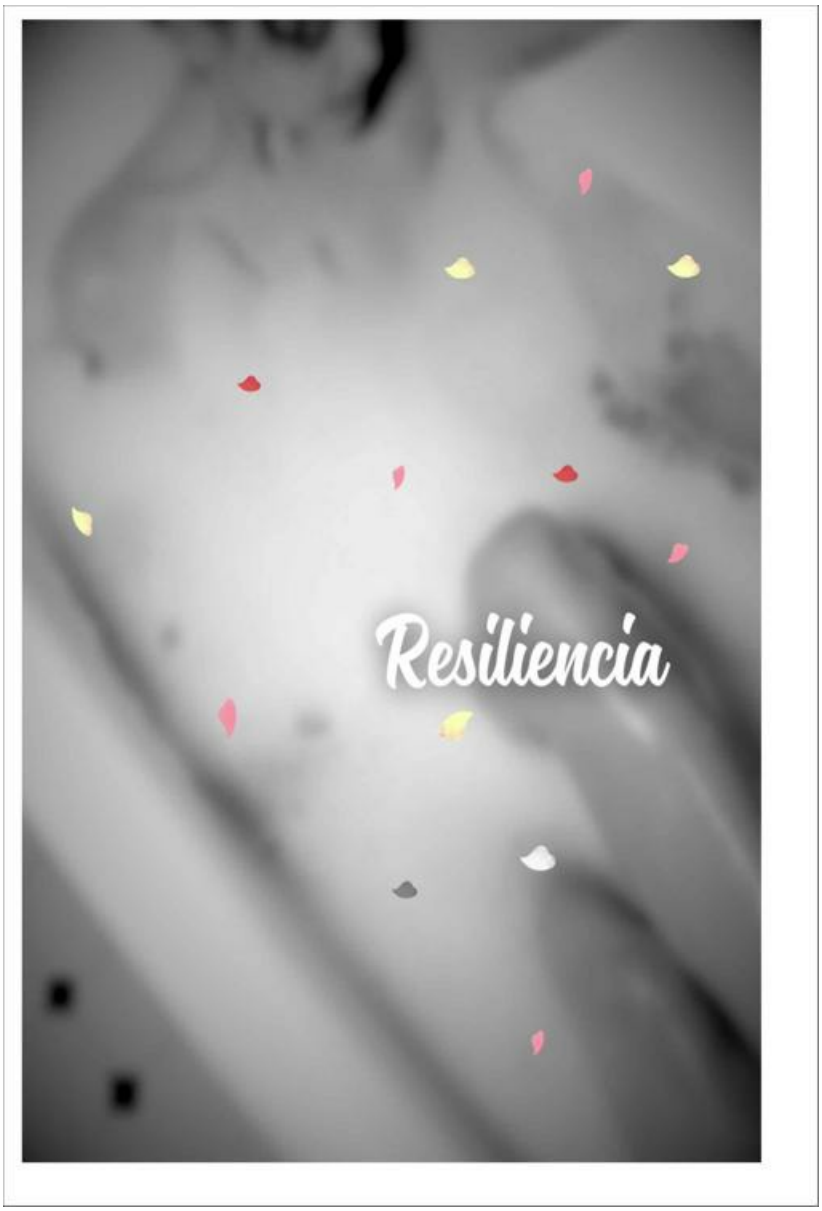
—Lola, ¿qué sucede? ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada… —Y me derrumbo entre mis propios llantos.

—¿Embarazada? ¿De quién?

Necesito respirar para poder digerir esa pregunta.

—¿Cómo puedes, tú, preguntarme eso…?


Resiliencia

Capítulo 23

Otro día que me escapo. Otro día de visitas clandestinas. Otro día de jugar a esconderse. Otro día ocultando mis salidas.

He llegado al lugar. Me espera como siempre en un bonito jardín lleno de árboles, descansando su cuerpo en un banco y con la única compañía que un paquete de cigarrillos en su mano; ahora fuma. El tabaco ya forma parte de su espera. Esa espera que nunca le trae lo que en verdad desea y le obliga a conformarse con un «al menos». Un «al menos», difícil de completar por la multitud de carencias. Me siento a su lado, un día más, toca mi rostro, un día más cojo su mano, un día más cae una lágrima, un día más le muestro mi sonrisa, un día más imposible mostrarme la suya.

El día que le confesé a Mario que estaba embarazada comenzó la tortura, y un sinfín de acontecimientos comenzaron a sucederse en mi vida. Esa mañana, el «*cuentalágrimas*» empezó a rodar. Rodó y rodó, y parecía que no tenía intención de parar.



—¿Qué pasa, Lola? ¿No iba todo bien?

Me bloqueé, mis ojos se encharcaban cada vez más y mi voz desaparecía. Tuve miedo…, tuve mucho miedo, y sin poder, me vi en la necesidad hablar

—Estoy embarazada… —Y me derrumbé entre mis propios llantos.

Aquella inesperada noticia le obligó a guardar unos segundos de silencio al tiempo que, fijándome la mirada, indeciso y pensativo, se contenía para no formular la pregunta inadecuada. La contención acabó por desaparecer.

—¿Embarazada? ¿De quién?

Necesité respirar para digerir la pregunta. ¿Cómo podía él preguntarme eso?

—¿Cómo puedes preguntarme eso…?

Encogió sus cejas y no dejó de mirarme. Yo seguía sumida en mi llanto cuando él, ante un acto de compasión, me pidió que saliésemos de aquel centro. La frialdad de sus paredes no era el lugar más adecuado para hablar de algo tan delicado, aunque tampoco quería ir a ningún sitio donde alguien pudiera escuchar mis palabras. A dos manzanas, un parque, unos columpios llenos de niños y unas madres en su papel de vigías, no era el lugar más apropiado para la ocasión, a pesar de ello, decidimos sentarnos en un banco y de nuevo retomamos mi confesión. Él estaba confundido, muy confundido.

—No puedes preguntarme eso… —le reproché.

—Lola, dijiste que era estéril.

—¡Así es…! Eso me dijo. Y estoy embarazada. ¿Entiendes? Embarazada.

—Pero entonces…

—Tienes que ayudarme, Mario, no puedo seguir con este embarazo.

—Cálmate, Lola, necesito que te tranquilices. Y necesito saberlo.

—¿Saber qué?

—Pues…, no sé cómo preguntarlo. ¿Es suyo?

—¡Bravo, Mario! —Me reí por no partirle la cara—. Sí, es suyo. Claramente es suyo. Tiene que ser suyo, yo con el espíritu santo no me relaciono.

—Está bien, lo siento. Yo…

—¿Qué demonios estás pensando?

—Nada nada, es solo que… ¿Cómo es posible?

—Yo qué sé, yo no soy médico. Se habrá curado.

—¡Por Dios! Lola, no estamos hablando de un catarro.

—¡Pues no lo sé …!

Me miraba, me miraba, y me desequilibraba más de lo que yo ya lo estaba.

—Pero…, entonces…

—¿Qué piensas? Puedes soltarlo… —le dije.

—No pienso nada. Estoy tan descolocado como tú.

—No lo creo.

Era imposible. Nadie en el mundo podía estar igual de descolocado que yo. Es más, creo que nadie en este mundo, jamás, ha estado tan descolocado como yo lo estaba ese día.

—Tienes que entender que la noticia sorprenda, al igual que la situación. Es todo…, muy extraño. ¿Lo sabe él?

—¿El embarazo? No, no lo sabe. Ni lo va a saber. Solo lo sabes tú.

—¿Me has contado que estás embarazada, antes que al padre de la criatura? No puedes hablar en serio.

—¡Sí sí sí! ¡No me mires así! —Seguía atacada—. ¡Necesito que me ayudes!

—No sé si sentirme orgulloso u odiarte. —Apoyó los codos en sus piernas. Sus manos comenzaron a frotar su rostro para acabar con sus dedos entrelazados en la parte trasera de su cabeza.

—Puedes odiarme… ¡Mario, no estoy bien, necesito tu ayuda!

—Pero…, algo tendrá que decir él.

—¡No no! Si se entera querrá tenerlo. Y eso no es posible.

—¿No es posible? Los padres deberíamos poder opinar.

—Esto no es un debate político, ¡joder…!

—Claro, ya entiendo. Y, ¿qué es esto, Lola? Podrías haber ido al centro sin pasar por mí. ¿Qué estás haciendo?

—Solo te pido ayuda, eres mi amigo.

—¿Hemos vuelto a ser amigos? Creí que habíamos decidido no volver a vernos.

—Eso no implicaba dejar de ser amigos si nos necesitábamos.

—Quieres decir si me necesitas tú.

—No es el momento.

—¡Ah ¿no?! ¿Tú decides cuándo es el momento de cada cosa? ¿Has pensado que a mí también me puede doler?

—¡¡No, no lo he pensado!! ¡Estoy angustiada!

Volvió a frotarse la cara mientras mascullaba palabras que no logré descifrar.

—Fuiste cruel conmigo al despedirnos la última vez que nos vimos. Que solo pretendía desestabilizarte dijiste, que quería romper tu vida. Yo…, romper tu vida, ¿te has parado algún día a pensar en eso?

—Sí, lo pensé aquellos días. Y lo siento, lo siento. Necesitaba seguir con mi vida.

—Claro, hasta hoy que se paraliza y de nuevo llamamos a Mario. Porque Mario siempre va a estar ahí.

—Ese día no tenías que haberme dicho lo que sentías. Sabías que me confundirías.

—¿Sabes lo que sabía? Un par de noches antes de su regreso me dijiste que en tu almohada estaba él, y yo. ¿Lo recuerdas? Eso era empate. Tú, ya estabas confundida antes de su vuelta.

—No lo recuerdo…

Se giró hacia mí.

—Mientes. ¿Por qué me mientes? Di la verdad. Si él no hubiese vuelto estaríamos juntos.

Era lo más probable, pero volvió.

—Tú nunca hablaste claro, tus palabras siempre parecían un acertijo. Confesarlo ese día, cuando ya había decidido perdonarle y compartir mi vida con él era inútil y dañino.

—Sí, enviaba acertijos, que nunca te interesó descifrar. Lo hacía porque yo no quería compartir almohada con nadie. Él tenía que desaparecer de tu cama. Yo quería ser el único que te robase los sueños.

—¡¡El único que me robaba los sueños era él, y siguen en su poder!! —Desesperada grité.

Algunos transeúntes giraron sus cabezas. Tuvimos que callar y respirar. Ambos estábamos agotados. A veces confesarte resulta tan agotador como una sesión en el gimnasio. Te esfuerzas, sueltas toda la adrenalina, te agotas y acabas rendido.

—Lo estás volviendo a hacer… —le dije.

—¿Decirte lo que siento? Sí, lo vuelvo a hacer. ¿Y tú? ¿Vuelves a dudar?

—Está bien, ¿quieres una confesión? Pues la vas a tener. Es cierto que dudé de regreso a casa aquel día. Mucho, aunque todo fue fruto del miedo y de tu inesperada confesión. Miedo a perderte, y miedo, además, porque me aterraba que al volver a casa mis reacciones le hiciesen sospechar e imaginar cosas. Él nunca supo si habíamos estado juntos en su ausencia, era una especie de castigo que le impuse por su infidelidad. Las dudas pronto se disiparon de mi cabeza. Es lo que sucede cuando estás segura de que vives la vida que quieres junto al hombre que amas. ¿Sabes lo difícil que es perdonar una infidelidad? Solo se perdona por amor, y lo sabes.

—Claro que lo sé. —Me miró comprensivo.

Fue solo cuando le vi con cierta empatía que necesité confesarme al completo.

—Recuerdo la noche de la que hablas, claro que la recuerdo, y reconozco que tuve dudas; me atraías y eras tan…, odiosamente perfecto… Sin embargo, cuando aquella mañana le vi, sentado en la cafetería, esperándome, lanzándome corazones con la mirada…, supe que nunca iba a conseguir dejar de quererle… Mario, el día de nuestro último encuentro, me preguntaste si alguna noche seguías apareciendo en mi almohada.

—Fue ahí cuando perdiste los papeles soltando por esa boca veneno.

—Ese día no te respondí, lo haré ahora. Nunca Mario, nunca del modo en que tú lo preguntabas. En cambio, mi Mario, ese Mario al que me unen tantas charlas, claro que sigue apareciendo, en mi almohada, en mis desayunos, en mis comidas, en mi vuelta al trabajo, en cada minuto de mi vida. No imaginas cómo te he echado de menos.

—¿Cuando te lo tiras también me ves?

Esa pregunta iba acompañada con una gran sonrisa, a la que me afiancé para poder acabar con esas confesiones, y retomar el verdadero motivo por el que nos habíamos reencontrado.

—No, ahí no apareces. ¿Podemos acabar con esto?

—Está bien, Lola, perdóname. He olvidado que hablo con una embarazada. Lo siento.

No sé lo que sentía, si haberme acribillado, si haberme obligado a confesar, o mi embarazo. Incluso puede que todo.

De nuevo retomamos mi problema. Y siento calificar un embarazo de problema, cuando engendrar una vida es lo más bonito del mundo. Eso sí, lo más bonito del mundo cuando el padre no es estéril. Porque en tal caso, es cuando pasa de ser lo más bonito a problema. Un tremendo problema.

—¿Me ayudarás? —pregunté.

—Deberías decírselo.

—¡No no! ¡Lo querrá, lo querrá…!

—Lola, piensa fríamente. Céntrate y no te vuelvas loca. ¿El sexo como lo tenéis? Sin anticonceptivos claro, es evidente. Si abortas sin decirle nada, ¿Qué va a pasar después? ¿Le dirás que prefieres hacerlo con preservativos a partir de ahora? ¿Te pondrás un DIU? ¿Volverás a abortar?

—¡No lo sé, no lo sé…! No me ayudas.

Las cuestiones que me planteaba Mario me hundieron más en aquel pozo sin fondo, hasta tal punto que era incapaz de pensar con coherencia y frialdad como mi amigo me pedía. Recuerdo la sensación de derrumbe que se apoderó de mí.

—Lola, tiene derecho a saber que no es estéril. Piénsalo.

—¿Y tú por qué no piensas más en mí, en lugar de pensar en él?

—Eres injusta y lo sabes.

—¿Injusta? ¡Injusto es decirme que es manso y a la primera de cambio hacerme una barriga! No estoy preparada para tener un bebé a estas alturas de mí vida.

—¿Tienes claro lo del aborto?

—¿Qué parte de «no estoy preparada para tener un bebé» necesitas que te repita?

—¿Vas a ocultarle un embarazo y un aborto?

—¡Sí sí sí! ¡Deja de una vez de mirarme así! Necesito que me ayudes.

—Un aborto no es extirpar una verruga.

Me tensé, todo lo *tensable* posible.

—Escúchame bien, si en algún momento llega a intuir o sospechar que puede tener hijos los querrá. Y eso no es viable. Yo no quiero tener más hijos.

—No estás pensando con sensatez.

—¡Por Dios Mario!, necesito tu ayuda, no sermones.

—Díselo.

—¡He dicho que no!

—Sí, convéncele de que se repita la prueba, yo puedo encargarme de eso.

—Tú quieres que me abandone.

—No eres dueña de tus palabras. Si lo haces a escondidas…, y surgen complicaciones… ¿crees que entonces atenderá a razones cuando intentes decirle que el niño es suyo?

—¡¡No lo sé, no lo sé…!!

—Céntrate y piensa. Se lo cuentas, insistes en que debe repetirse la prueba, yo consigo esa prueba en veinticuatro horas. Y luego decidís si queréis abortar. Si la opción es el aborto, también me encargaré de eso.

—¿Has imaginado por un momento su primera reacción cuando le diga que estoy embarazada? —Me aterraba solo de imaginarlo.

—Sí, ¿y tú?, ¿has imaginado lo que pensará si descubre que le has ocultado un embarazo siendo estéril? Esto, creo que sería mucho peor.

—Voy a morir, decida lo que decida estoy muerta. Si le demuestro que no es estéril no me dejará abortar.

—Tendréis que hablarlo.

—¡No quiero hablarlo! He tomado ya una decisión.

—Pues le informas de ello.

—Me voy peor de lo que he venido.

No era del todo cierto, me sentía bien por haberle recuperado, aun cuando la realidad era que

mi problema seguía estando ahí.

—¡No te vas a morir! Hazme caso, piénsalo bien y si quieres mañana te llamo.

—¿Mañana? Tengo que acabar con esto cuanto antes.

Llegué a casa. En ese preciso instante en que crucé el umbral, decidí que no había metido a un hombre en mi casa y en mi vida para tomar decisiones a escondidas, y menos de esa índole. Mario tenía razón. ¿Y si la intervención se complicaba? Me asaltaban las dudas. ¿Cómo reaccionaría él ante ese inesperado embarazo? De nuevo compré un test y lo oculté hasta la mañana siguiente.

Durante la noche pensé todo y más. Las ideas se me cruzaban, se había generado una guerra de soluciones en mi interior y ninguna conseguía alzar la bandera de la victoria. No pudiendo pegar ojo, a las siete de la mañana, cansada de no dormir, y agotada por la batalla mental, me levanté, de nuevo oriné y de nuevo metí el test en el fluido.

De pronto pensé en una remota posibilidad, ¿y si el test del día anterior había dado resultado erróneo? No hubo error que valiese, de nuevo esas dos rayas aparecían reflejadas en la ventanita de ese asqueroso aparato, al que ya había convertido en mi mayor enemigo. Me bloqueé una vez más, el aturdimiento regó mis sentidos, de nuevo seguía esperando que sonase el despertador y que todo fuese una pesadilla, cuando de pronto…, sonó, a las ocho, como cada día, pero esa mañana yo ya estaba despierta, no acababa ningún sueño y seguía en el baño mirando esas dos «putas» rayas rosas, que más que rayas eran estacas.

Otra vez sentí el miedo invadiendo mi cuerpo, escuché a Javie levantarse, al tiempo que noté que la temperatura ambiental bajaba a cuarenta grados bajo cero, porque mi cuerpo comenzó a temblar sin control. Haciendo uso de la cobardía y lejos de querer ocultar el test, lo dejé encima de la tapa de la cisterna para que lo viese, y con ello evitar el mal trago de tener que ser yo la que se lo enseñase.

Me puse a lavarme los dientes, y le vi entrar. A través del espejo perseguía cada movimiento que él iba haciendo, hasta que levantó la tapadera del inodoro. Por un momento pensé que igual al verlo se volvería loco de alegría, como suele pasar en los casos de papás primerizos —me refiero a casos normales donde los papás tienen espermatozoides.

Sin dejar de desperezarse, con una mano se rascaba la cabeza y con la otra atinaba su miembro hacia la taza del wáter. Fue al acabar, al tener que pulsar el botón de la cisterna para descargar el agua, cuando observé como ladeaba su cuello intentando averiguar, qué narices era eso, o de quién demonios era.

Y ahí empezó el verdadero calvario de las dos jodidas rayitas.

—¿Qué es esto? —preguntó un tanto en situación de: «¿Qué coño está pasando aquí?».

—¿Me mentiste?

—¿Mentirte, en qué? ¡¿Qué es esto?! —Señalaba el test y ya se acercaba al: «¿Qué coño está pasando aquí?».

—Dos rayitas rosas, positivo. Eso pone el prospecto, dos rosas igual a positivo. Eres fértil.

—No —esbozó una risa sarcástica—, no soy fértil, o eso está *falluco* o… —Reflexionó—. Eso no está bien.

Supe a ciencia cierta cuál era la segunda posibilidad en la que había pensado. Hice un esfuerzo por centrarme en lo que me tenía que centrar, intentando no perder los nervios.

—Estos tests no fallan, son simples como la prueba de la rana.

—¡No me vengas con ranas! ¿Qué coño está pasando aquí? —Llegó.

—Pues lo que pasa es que, o no eras estéril o has dejado de serlo. Eso pasa.

—¡Ja! ¿Me tomas por idiota?

—¿Con un tema como este? Jamás.

Ni con otro, de idiota no tenía un pelo. Ni lo tiene.

—Azoospermia secretora. ¿Sabes qué es eso?

—No lo tengo claro. Deberías repetir esa prueba.

—No tengo espermatozoides, ninguno. O sea que no es que son vagos, o que están adormilados y les cuesta llegar, o que hay pocos… No. No existen. Estéril total. —Se estaba poniendo demasiado tenso, su yugular empezaba a parecerse a la de *Hulk*.

—¡¿Me quieres decir entonces cómo mierda me he quedado embarazada?! —Yo también me iba pareciendo a *Hulk*.

—¡Pues no lo sé, dímelo tú!

—¡¿Perdona? ¿Tengo cara de querer acostarme con otro o de querer tener un hijo?!

Ambos subíamos el volumen de nuestras voces por momentos.

—¡Pues ya me contarás de dónde has sacado ese positivo!

—¡Había una oferta en el supermercado y he dicho, voy a llevarme uno por si me hace falta! ¿Estás queriendo insinuar algo? ¡Porque no quiero retroceder y recordarte que si alguien tiene pruebas para insinuar soy yo!

—¡Pues no hagas que insinúe lo evidente y dime de dónde has sacado el positivo! ¿Te ves con el psicólogo?

Sabía que lo iba a soltar, y me desangró. Ese fue el principio de la guerra, y del fin.

—¡No me lo puedo creer!, no puedo creer que acabes de decirme eso. Después de lo que he tenido que aceptar…, si quisiera un hijo de Mario estaría con Mario, y no contigo.

—¡Igual se os ha ido un poquito la mano! —Se iba de la habitación.

—¡¿La mano? ¡La cabeza se me fue a mí volviendo contigo, pedazo de cabrón! ¡Vete de mi casa…, y esto no es un paréntesis, es un punto y final…! ¡Malnacido! ¡Con todo lo que he aguantado…! —y rematé—. Debí haberme quedado con él cuando volviste. ¡Cabrón!

Y claro, eso le dolió, y frenó. Tuvo que respirar antes de girarse para mirarme, casi con instinto asesino, al tiempo que serenándose venía hacia mí.

—Corre…, ve y dile que te ha hecho una barriga y que quieres cargarme el muerto.

¡Plash!

Mi mano no se contuvo y decidió estamparse en su cara, y no contenta con eso, seguí pegándole con mis puños en el pecho. Él intentaba defenderse tan solo evitándome y procurando controlar mi furia, cosa que le resultó fácil, porque mis llantos adueñados de los pocos alientos que me quedaban, me dejaron sin fuerzas. En ese instante odié tener que darle la razón a Mario. Imaginé cuál hubiera sido su reacción de haberse enterado del otro modo, tras ocultárselo, y creo que en estos momentos yo estaría en modo póstumo.

Mientras él salía de la habitación dejándome allí desconsolada, yo no dejaba de dar golpes en la pared, rogando no sé a quién lo mismo de siempre…, que me despertase, que me despertase y que me despertase. Pero al otro lado de la llamada, a no sé dónde, nadie respondió a mis súplicas. Me consumía la desesperación. No entendía cómo había sido tan cruel conmigo, dudando de mí y de mi amor por él. Estaba destrozada.

Con sus ojos colorados, y con evidentes signos de haber llorado, pasado un buen rato vino en mi busca. Se sentó en la misma cama que yo estaba tumbada; no le miré, no quería verle.

—Recoge tus cosas y vete —le dije.

—Solo quiero que nos tranquilicemos y hablemos, sin gritos, como dos adultos civilizados.

Callé y esperé. Ya me daba igual lo que dijese. Solo quería que desapareciese de mi vida.

—A ver cómo digo esto… —dudaba—, prefiero que me digas si has estado con alguien,

aunque haya sido una sola vez, o un error, lo entenderé, recogeré mis cosas y me iré. Tan solo te pido que no me hagas creer que te he dejado embarazada sin poder.

Me pareció asombrosa la frialdad con la que pronunció aquellas palabras: «Lo entenderé, recogeré y me iré». ¿Dónde se había metido el Javier enamorado que pidió un traslado para recuperarme por haber sido infiel? Sí, él, el infiel al que yo perdoné y ya estaba pensando en largarse. Decidí ser igual de fría y esta vez mirándole a los ojos.

—A ver cómo te digo esto…, prefiero que te hagas una prueba, que compruebes que me has dejado embarazada, porque, aunque creas que no, sí puedes. Que lo asimiles, me pidas perdón y te largues… para siempre.

Seguramente percibió que mi mirada no ocultaba nada, y reaccionó. Cogió su teléfono e hizo una llamada. Entre tanto yo, rota, cavilaba a quién narices llamaba en medio de aquella catástrofe.

—Alba…, hola. ¿Estás en casa todavía? Necesito que me hagas un favor. Vete al altillo de mi habitación, sí…, espero…, hay una caja con papeles y sobres. Busca unos que pone Clínicas Covira…, creo que es un sobre blanco y el emblema es granate…, sí ese…, saca el documento de dentro y hazle una foto…, no, no pasa nada…, sí, envíame la foto…, no, tranquila todo está bien…, vale ya la he recibido. ¿Va todo bien en casa?, te llamo en unos días. Sí, tranquila, te llamaré.

Pensando que no le haría falta llamarla, puesto que en breve estaría allí con ella, cogí el teléfono de Javier para ver la foto de aquel documento que él me quería mostrar. Leí muchos datos médicos que no pude descifrar, y un único diagnóstico, azoospermia secretora irreversible. ¡Vamos…!, como si me entregase una carta firmada por la Organización mundial de la salud. Yo estaba embarazada y él era el padre.

—Irreversible, Lola. Da igual repetir la prueba. Es irreversible. Yo no puedo dejarte embarazada —me dijo con total serenidad.

—Pues si tan claro lo tienes, solo te queda recoger tus cosas e irte. —En ese momento le odié, le odié mucho más que la noche que lancé mis zapatos contra la pared.

De nuevo se sentó en la cama, la misma en la que yo permanecía tumbada y callada esperando que de un momento a otro me pidiese perdón. Apoyó sus antebrazos en sus muslos y comenzó a frotar sus manos, hasta que la desesperación le obligó a levantarse y comenzar a dar paseos de un lado a otro de la habitación. No sé si me miraba, yo estaba metida en mi burbuja de terror y difícilmente nada me iba a sacar de allí. Salvo él, cuando se acercó, se paró, y de cuclillas, apoyándose en la cama, puso su cuerpo en dirección a mí.

—¿Tienes vómitos? —me preguntó.

—No te preocupes, mis síntomas ya se los contaré al padre de la criatura. —Estaba demasiado dolida y solo pensaba en hacerle daño.

—No me toques los huevos…

—¡No me los toques tú a mí…! ¿Quieres pararte a pensar? ¿Para qué cojones voy a pedirte una prueba si me he acostado con otro?

De nuevo callaba y retomaba sus paseos por la habitación, convirtiendo el sonido de las suelas de aquellas zapatillas en hachas sangrantes en mi cabeza. Retomé mi discurso.

—No te preocupes, no es necesario que te hagas ninguna prueba. Esto se ha acabado, tú te largas que ya estás tardando, y yo aborto que también estoy tardando. He sido una completa imbécil pensando que querrías saber que puedes tener hijos, porque en realidad no tengo intención de tenerlo. Debí haber abortado y no decirte nada. Me hubiese ahorrado todo esto. Claro, que no ha venido nada mal saber a qué engendro he metido en mi casa. Empieza a recoger

tus cosas, «ya».

Me pareció percibir que aquella reflexión mía le estaba empezando a hacer recapacitar, de nuevo se sentó en la cama.

—Si el niño fuese mío, lo del aborto se hablaría.

De nuevo me sacó de mis casillas.

—¡Ja! ¿Si el niño fuese tuyo? ¿Si el niño fuese tuyo? —Me incorporé y le empujé en la espalda provocando que se levantase de la cama—. ¡Vete a la mierda! El niño ya no es tuyo. ¡Que te vayas! —Seguí empujándole y de nuevo lloraba—. ¡Que te vayas!

Dado mi estado, no le quedó más remedio que salir de esa habitación dejándome sola, tendida en la cama, con ganas de volver a destrozar mi zapatero y con las mariquitas de nuevo convertidas en garrapatas.

Pasó un buen rato y mi posición, en poco había variado. Tan solo mis ojos iban cambiando para mostrarse cada vez más encarnecidos de tanto llorar. De nuevo Javier regresó, se sentó otra vez en la cama dándome la espalda y pasados unos minutos se decidió a hablar.

—He llamado a Montse, le he dicho que hoy no iremos a trabajar, que estamos acatarrados.

No dije nada. Permanecí en mi postura de inerte total. Él continuó para hacerme saber su decisión.

—Repetiré la prueba. —Tampoco respondí a eso.

—Veo que no piensas decir nada. Lo diré yo. He estado pensando…

—¿Con el psicólogo? —No me pude contener.

—¡Hossstiiaa, Lola! ¡Pónmelo fácil! —Levantó su cuerpo a la vez que el tono de su voz.

—¡Peor debería ponértelo! Tendría que haberte tirado por la ventana.

—¡Es posible! ¡¿Por qué no te pones en mi lugar?!

—¡Esto sí es bueno…! ¡La preñada soy yo…!, ¡y bajo sospecha, yo también! ¡¿Por qué no te pones tú en el mío?!

—¡Lo intento y no me dejas!

—Eso será —saqué mi ironía de paseo.

De nuevo callé, presentía que quería decir algo más.

—Si te hubieses quedado embarazada de otro…, te habrías ido corriendo a abortar antes de que me enterase, ¿verdad?

Era lo que pensaba hacer, y era lo que Mario me advirtió que no hiciera.

—Para empezar… ¿Por qué crees que estoy contigo? ¿Para poder acostarme con otro y tener una tapadera por si me quedo embarazada y luego irme a abortar para que no te enteres? Y para seguir… ¿Por qué no piensas de una puta vez con coherencia y luego recoges tus cosas y te largas?

En ese momento sonó el teléfono, y aunque esa llamada parecía de lo más inoportuna, no lo fue. Estrella al otro lado del terminal.

—No es un buen momento, Estrella…, no, no es grave… —Me miró y se arrepintió—. ¡Qué narices! Sí es grave, grave de cojones. Lola se ha quedado embarazada. —No pude oír lo que Estrella decía, pero él no dejaba de mirarme—. No me preguntes eso ahora, ninguno de los dos estamos bien en estos momentos…, asegura que es mío…, yo…, es complicado…, pues no lo sé…, no lo sé…, ella no quiere tenerlo…, te he dicho que no quiere…, voy a colgar, creo que me estoy agobiando.

Y colgó, y calló, y callé. Y al momento mi teléfono sonó.

—Lola, ¿cómo estás? —Estrella me llamaba a mí.

—Difícil responder.

—Yo te creo. Si no fuese de Javi no se habría enterado. ¿Verdad?

—¡Vaya! Por fin alguien habla con coherencia.

—Pon el altavoz, quiero que él me escuche.

Dejé el móvil encima de la cama y puse el altavoz. Entre tanto, él miraba incierto sin saber todavía quién me había llamado.

—Javi, hazte la prueba. Las mujeres cuando somos infieles, sabemos hacerlo bien. Piénsalo. ¿Por qué te lo iba a decir si no quiere tenerlo? Lo habría solucionado ella a tus espaldas.

—¿Tú crees que, al cabo de tantos años, la naturaleza me ha vuelto fértil? —Preguntó a su hermana.

—Los caminos del señor son inescrutables, y las artimañas retorcidas de una loca Envidia también.

—¿Qué insinúas?

—¿No te parece todo muy sospechoso últimamente?

—No lo sé…, en estos momentos no sé qué creer.

—Hay algo que no te he contado. En la boda me dijo que vio a Lola…, con varios camareros. Yo sabía que no era cierto; si no estaba contigo estaba conmigo. Me insistió en que no te dijese nada. Está claro que para no decírtelo lo mejor era no contármelo.

—¡Será hija de la grandísima puta! —Me salió del alma.

—Los celos la enferman —respondió él con rabia.

—Javier, no le di importancia, yo también lo achaqué a sus celos, ahora…, todo es diferente, ella quería romper esto de cualquier forma.

—Eso lo tenemos claro —dijo abatido—. Los celos pueden con ella.

Pero su hermana seguía hurgando.

—Está claro que quería romper esta relación, lo intentó de todas las formas posibles. Hace muchos años que lo único que pregunta es si tienes novia. Parece que le da igual con cuantas te acuestes, siempre que no sea con la misma.

—No entiendo…

—Ella sabe lo maniático que eres con tus cosas. Por lógica debe saber que siempre utilizas preservativo en tus relaciones sexuales, salvo que tengas una pareja estable.

Javier se frotaba el rostro, yo no entendía demasiado a qué se estaba refiriendo, tenía mis pensamientos abstraídos y se me acumulaban las dudas de todo. Hasta que Estrella formuló la pregunta del millón.

—¿Por qué fuisteis a aquella clínica en Madrid? Hay clínicas en León.

—Era de un conocido suyo, dijo que agilizarían todo si había que seguir un tratamiento… ¿Qué estás pensando?

—Con pareja estable dejas de utilizar precaución y pasa lo que precisamente ha pasado. Ella no quería romper tus parejas, quería evitar un embarazo. Piensa, Javi.

—¡No…! No…, eso es muy retorcido…, no tiene sentido…, además un centro de ese tipo no se arriesgaría a falsificar ese tipo de documentos.

—Hazte la prueba, Javi…, y dile a Marisa que vas a ser padre. Tal vez ella te saque de dudas.

Tuve la sensación de que Estrella tenía todo demasiado bien atado. Intuí que además de todas las conjeturas que le había expuesto a Javier, había otras cosas que ella sabía y callaba. Nunca supe si mi intuición estaba en lo cierto.

—Estuve muchos años con ella sin poner precaución y no se quedó embarazada.

—Sin ponerla tú… —dijo Estrella.

Justamente. Sin ponerla él.

Javier se despidió de su hermana bastante abatido. Sabía que Marisa era retorcida y con una mente enferma capaz de cualquier cosa. ¿Pero hasta tal punto? No. Creo que nunca llegó a imaginar que aquello pudiese ser fruto de alguien con quien había compartido su vida durante tantos años. En su favor diré, que a mí me parecía tan descabellado como a él. Quería inclinarme por un error fortuito en el diagnóstico, o tal vez un error de la naturaleza que se enmendaba. Alguien no podía ser tan ruin.

Estrella se despidió de nosotros dejando paso al mutismo absoluto. Yo abrazado al mío sentada en la cama, y él aferrado al suyo apoyado en la ventana y observando la calle. Ni tan siquiera había tensión, solo vacío, un vacío demoledor que ninguno se atrevía a romper. Fueron casi veinte minutos de angustia sin saber ni qué decir ni qué hacer.

Yo estaba tan enfadada que solo deseaba que él abandonase mi casa. Él, lo único que deseaba era coger el teléfono y llamar a Marisa, a pesar de que no sabía cómo enfrentarse a aquello. Necesitaba la frialdad y templanza suficiente para que, de ser cierto lo que Estrella intuía y Javier ya empezaba a sospechar, la convenciese de confesar la autoría de tan macabra maniobra y además explicar el porqué. Sin fijar mis ojos en su cuerpo, supe que se giraba y se acercaba. Pensé que una vez más me pediría perdón, y tenía claro que no se lo daría. Se sentó a mi lado e intentó coger mi mano; yo con un rápido impulso la retiré.

—¿Hablamos? —Quería conversar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Yo sí.

—Yo no.

Callé.

—Si soy el padre…

Cada vez que mencionaba eso metía la pata. Y cada vez que metía la pata yo sacaba mis garras.

—Tú ya no eres el padre, puedes irte con la conciencia tranquila.

—Padre se es siempre, no cuando la madre decida.

—Eso. Siempre, tú lo has dicho. Desde el principio, y en eso, te has quedado un poquitín cortito.

—Sí, lo sé —calló un momento—. Iba a llamar a Marisa, y he recapacitado. Vamos a hacer las cosas bien. Primero me hago la prueba para tener a qué agarrarme, creo que es mejor actuar con frialdad.

¿Vamos? Ya no había un nosotros, así que para nada yo iba a hacer ninguna cosa en común con él. Si bien la tensión de los gritos había desaparecido, yo seguía muy enfadada y muy muy dolida.

—¿Cómo estás? —me preguntó con ternura.

—Déjame.

—Vaya forma de saber que voy a tener un hijo… Debería haber sido una noticia para celebrar, algo fabuloso… ¡Menuda mierda…!

—No iba a ser bonito de ninguna de las maneras. —Le deje claras mis intenciones.

—Tienes que entenderme, Lola, esto era inimaginable para mí.

Parecía que empezaba a digerir que las dos rayitas eran fruto de su cuerpo.

—Lo inimaginable era que yo me acostase con otro…, con eso te sobraba.

—Lo sé lo sé, y créeme que lo siento… ¿Preparo café? No has desayunado.

—No. Quiero que te vayas.

—No me voy a ir, si es cierto lo que Estrella ha insinuado y lo que yo estoy imaginando…

¿No te das cuenta? Siempre está ella detrás.

—Ella detrás, y tú delante.

—Tienes razón…, pero esto era impensable.

—Me gustaría que te fueras.

—¿Lo tienes claro?

—Sí. —Estaba segura.

—¿Por qué no dejamos que pasen unos días y que se calmen las aguas? Ahora ambos estamos desbordados.

Lo que estábamos era derrumbados.

—Prefiero que te vayas. —Insistí.

—Lola…

Pronunció mi nombre a modo de súplica y me negué a escucharle. No quería ceder a eso. Esta vez no. Estaba muy dolida y, a la vez, era consciente de que la vulnerabilidad que ya existía en mi cuerpo me convertiría en presa fácil. Me fui a la cocina en busca de algo, daba igual el qué, se trataba de escapar de sus palabras. Debí adivinar que me seguiría. Comencé a abrir armarios sin destino aparente, y él se percató de que estaba perdida.

—¿Qué buscas?

—No lo sé. Necesito una tila.

—Anda, siéntate, yo la preparo.

Obedecí y me senté. Calentó el agua e introdujo los sobres del relajante natural en ambas tazas. Ni una palabra, ni una mirada, sentado frente a mí sirviendo el azúcar, y pendiente en todo momento.

—¿Quieres tomarla en el sofá o en la cama? Tienes cara de cansada.

—La tomaré aquí.

Después de servir el agua, yo no dejaba ni un momento de contemplar con mis ojos el leve movimiento de aquella infusión. Seguíamos callados, indolentes, deseando que todo acabase y poder poner fin a tanto malestar. Mi cabeza agachada se incorporó, y las lágrimas que descendían por su rostro me desgarraron por completo envolviéndome en un demoledor llanto.

¿Cómo podía haber cambiado tanto todo? Hacía poco más de cuarenta y ocho horas nos brindábamos manantiales de pasión, y ahora, me faltaba odio en el mundo para entregárselo. Al verme derrotada se levantó y vino a abrazarme; en ese momento estaba tan rota que hubiese recibido un abrazo hasta de la misma diosa Envidia.

—Lo siento, Lola…, lo siento…, ponte en mi lugar, necesito que te pongas en mi lugar. No puedo creer que haya vivido toda la vida una puta mentira. No quiero que sigas llorando, esto no debe ser bueno en tu estado.

—Quiero que te vayas.

—No me quiero ir.

—Pero yo sí quiero.

—No me voy a ir… —Intentaba secar mis lágrimas a pesar de que yo me oponía.

—Necesito que te vayas. Todo ha cambiado.

Enfureció.

—¡No ha cambiado nada! ¡Y no me voy a ir! ¡¿Lo entiendes?! —Levantó la voz y me asusté —. ¡Todo va a seguir igual! ¡Cedo a todo! —Se incorporó y gritó más—. ¡Cedo a todo! ¡¿lo entiendes?!¡Con el bebé hacemos lo que quieras, pero no me voy! —Y de un golpe tiró la silla al suelo.

¿Se podía querer más? Seguro que no, demostrarlo de otro modo…, eso sí. Me asusté mucho,

por un momento pensé que aquello era el inicio de una discusión con rasgos violentos; por suerte me equivoqué. Con rapidez levantó la silla, realizó una llamada a Oscar, el marido de Alicia, y mientras hablaba no dejaba de caminar de un lado a otro; la ira se había apoderado de él.

No recuerdo demasiado bien la conversación, porque mi cabeza en ese momento estaba ausente pensando en la interrupción de ese embarazo. Me tomé aquella tila, y comencé a sentir un poco de miedo. De un modo inconsciente me vino a la cabeza esa terrorífica imagen que todos tenemos de abortos clandestinos. Una vieja casa de los años cincuenta, en el barrio más apartado y marginal de la ciudad, una habitación con una mesa cubierta por una sábana y algunos cuchillos y ganchos. Todo ello alumbrado por una bombilla de las antiguas colgando del techo. Y una señora obesa, con pinta de bruja de la época templaria, que abría la puerta con un delantal blanco impregnado de de sangre. La imagen no podía ser más siniestra, aunque por suerte para mi salud mental pronto regresé a la lucidez pensando: «Lola, por Dios, que estamos en el siglo veintiuno». Reaccioné y fue ahí cuando escuché las últimas palabras de Javier.

—Sí sí, en cuanto las tenga te las envío por correo. Gracias Oscar.

Al acabar con aquella conversación, se dirigió hacia mí de nuevo e intentó exponerme sus intenciones.

—Perdóname por lo de la silla. Yo…, estoy…, no sé ni cómo estoy. Voy a demandar a la clínica, Oscar me llamará para indicarme los pasos a seguir. De momento, lo primero es hacerme la prueba…, y no pienso irme, Lola, no pienso perderte otra vez; me da igual que no me hables, estaré aquí a tu lado, decidas lo que decidas.

Me levanté y derrumbada por no tener la fuerza suficiente para echarle, otra vez me fui a mi cuarto, pasé el pestillo y ya no supe nada más de él hasta avanzada la noche en que llamó a la puerta pidiendo su cepillo de dientes; el baño estaba dentro del dormitorio y fue su excusa perfecta para de nuevo reencontrarse conmigo. Abrí y le dejé pasar, ya estaba más relajada, a pesar de que seguía dolida. Cogió su cepillo, su pijama, una almohada y de nuevo intentó el diálogo.

—Dormiré en el sofá unos días —dijo.

Yo, ya iba percibiendo que el okupa no se iba a ir tan fácilmente.

Soltó las cosas encima de la cama y me suplicó.

—Necesito hablar, Lola, necesito que hablemos…

—¿Qué quieres hablar? ¿No has dicho ya bastante?

—El niño…, que…, bueno, si lo tienes decidido… —Se sentó a mi lado.

—No estoy preparada para ser madre soltera ahora mismo.

—No quiero enfadarme otra vez. —Lo decía por lo de soltera.

—Como si te echas a reír.

—No vamos a romper, métete eso en la cabeza. Lo del embarazo…, si lo tienes decidido, no se hable más… Aceptaré con tal de no romper lo nuestro. ¿Dónde lo haremos?

—¿Hacer qué?

—No quieres tener el niño… ¿No?

—Esto no entraba en mis planes.

—Ni en los míos, te lo aseguro.

—Pero tú sí lo tendrías.

Mostró una sonrisa de las que te salen solas cuando sueñas despierto, sus ojos brillaron, y su mano cogió la mía consiguiendo ganar a mi resistencia.

«¡Perdición a la vista!».

—No entraba en mis planes, y cierto es que sería una verdadera fantasía que tú me dieses un

hijo. Con esto no te quiero condicionar, aceptaré lo que decidas. Pero si te condiciono voy a ser el padre más feliz de la tierra; te lo garantizo.

«¡Perdición confirmada!».

En ese momento sin saber cómo, una pizca de duda entró en mi cuerpo. Tenía claro que ya me había condicionado. Sin soltar mi mano siguió hablándome.

—Lola, te quiero…, te quiero a ti. Y al niño… por supuesto, te mentiría si te dijese que no. Pero ante todo a ti. Me encantaría seguir entregándote mi vida, que me sigas poniendo perdido —ahí apoyó su cabeza en mi hombro y…, vendida—, que me dejes dormir abrazado a ti esta noche.

—Ni lo sueñes.

—No seas mala.

—He dicho que no.

—¿Me dejas tocarte, Lola?

—¿Cómo? —Se me pasó por la cabeza, no sé qué barbaridad.

—El vientre.

—No…, no creo…

—Lola…, aceptaré todo…, solo un momento.

—Por favor, no me hagas esto…

Todo el mundo ha visto alguna vez en las redes sociales, en la televisión, o en algún video o foto que algún amigo te ha enviado por WhatsApp, ese gatito con ojos llorosos que no se sabe muy bien si está pidiendo perdón, clemencia, o qué…, pero todos lo hemos visto. Bien, pues eso era lo que tenía delante de mí en ese momento. Tal cual el gatito.

—Por favor, solo un momento… —volvió a suplicar.

La pizca de duda ya estaba creciendo. Y eso me hacía peligrar y morirme de miedo.

—Está bien…, un poco.

Y tocó. En ese instante creo que no fui consciente, de que dejarle tocar el vientre, era lo peor que se puede hacer con alguien que quiere ser padre, cuando tú has decidido abortar. Y lo peor que te puedes hacer a ti misma, cuando has decidido abortar, y sabes que tu vida consiste en hacer feliz al que te toca el vientre, que encima quiere ser padre. Esa inconsciencia fue el principio de una montaña rusa en mi cabeza.

—Es mío… —afirmaba con su mano posada en mi vientre.

—Sí, mamón, es tuyo… —Me emocionaba, quería seguir odiándole, y en cambio me emocionaba.

—¿Te preparo algo de cena?

—No tengo hambre.

—Pero el niño sí, me lo ha dicho. —No apartaba su mano de mi vientre.

—No me puedes hacer esto…

—¿Quieres que te dé un beso para que se te pase todo?

—No…

—Ven aquí…

Me abrazó, y me sentí cobijada, protegida, fuera de toda amenaza perturbadora de mi felicidad. Su regazo era mi mejor refugio.

—Tengo miedo —le dije.

—Lo entiendo, por eso no vamos a precipitarnos, lo primero la prueba. Y ya decidiremos lo otro.

—Lo tenía decidido. —No quería que se confundiese, aunque muy a mí pesar, la confundida

en esas horas era yo.

—La prueba, Lola, la prueba. ¿Dónde la hacemos?

No sabía si pronunciar aquel nombre, después de que sus primeras sospechas fuesen encaminadas hacia él. Por fin me decidí. Sabía que, con la ayuda de Mario, todo sería más fácil y más rápido.

—Mario nos puede ayudar con las dos cosas.

—Lo dices muy segura. ¿Has hablado ya con él?

No quería mentir. No iba a mentir.

—Estaba muy asustada.

—¿Le dijiste a él que voy a ser padre antes que a mí?

—Sí, lo siento, sabía cuál sería tu reacción y me entró el pánico. Él me convenció para que te lo contase.

—¿No me lo ibas a contar? —interrogó.

—Estaba aterrada.

Me miró, y no supe si lo que había en esos ojos era decepción, celos, rabia o simplemente malestar.

—Está bien, ahora eso no importa. Puedes hablar con él. —A pesar de que no fueron palabras con mucho entusiasmo, accedió.

El abrazo siguió su curso.



Capítulo 24

Hoy no es un buen día, hay tensión. Quiero marcharme y no me deja. Hace semanas que solo piensa en mis visitas, y no me siento capacitada para abandonar esta historia que en ocasiones me devuelve al pasado, al odio y al rencor. Sus ojos me piden clemencia y mi debilidad se la brinda, olvidando el principal motivo de por qué hoy estamos aquí.



Al día siguiente del acogedor abrazo, nos levantamos solo con monosílabos. Poco a poco se iniciaron frías conversaciones. Hablamos de Marisa…, mucho. Nunca me había contado tantas cosas vividas con ella, cosas penosas que la convertían en una mujer obsesa y desquiciada. Yo me iba sintiendo cada vez más indecisa. La relación se había convertido en algo similar a dos personas que comparten casa y que sentimentalmente no les une nada.

Él se había instalado en la habitación de Patri, solo a la hora de dormir, porque el resto del día, cuando regresaba del trabajo, se implicaba por completo en la labor de atenderme. Se iniciaban los vómitos matutinos y él no se marchaba hasta que no me veía más o menos repuesta. Yo tuve que pedir una baja laboral, me sentía cada vez más débil debido a mi falta de apetito y a mi desolación por lo acontecido en aquellos días.

Hablé con Mario, le conté todo lo sucedido el día anterior. Sorprendentemente, empatizó mucho con él, decía que otro hombre no me hubiese creído e incluso se hubiese negado a repetir la prueba. Hubo que esperar unos días para hacer esa biopsia, habíamos tenido sexo hacía poco y no era recomendable.

Tan solo a Olga le conté la situación indicándole que guardase la máxima discreción, no quería que mis hijas se enterasen, de momento; si aquello no seguía su curso no tenía ningún sentido comunicar nada, a pesar de que sin saber por qué, yo ya iba ingeniando como contarlo. La pizca de duda iba en aumento.

Quedé para comer con Olga el mismo día en que Javier llevó la muestra de su esperma.

—¿Tan ocupada estás con tu nuevo conviviente, que ni me llamas? Os imagino todo el día ahí, dale que te pego.

—No imagines tanto —le dije.

Ella pidió un menú para comer, yo una simple ensalada.

—¿Ensalada? ¿Vas a hacer la operación bikini?

—No, todo lo contrario, estoy embarazada.

«¡Toma jarro de agua fría!».

—¿Estás…? ¿Quééé…?

—Sí…, lo que acabas de oír.

Con una simple mirada supo que no bromeaba.

—Pero…, Javier no podía…

—Pues puede…, ya ves que sí puede. Sospecha que su ex falsificó los documentos. O en la misma clínica, que por lo visto dirigía un amigo suyo.

—Pero, ¿qué me dices? ¿*Al Capone* es la tipa esa o qué?

—Eso parece… ¿Sabes que creyó que era de Mario?

—¿En serio? Bueno…, si a alguien que no puede tener hijos le dicen que va a tener uno, es normal desconfiar y buscar padre.

—No, no lo es. Él sabe lo que yo he perdonado por amor. No tenía derecho a desconfiar ni a buscar padre.

—Mujer, la primera reacción creo que es lógica.

—¡Pues no!

—Mira, si no te conociera y me lo contases, me iría riéndome de ti y pensaría, «la gilipollas esta se cree que me voy a creer semejante embuste».

—Si no me conocieses. Pero me conoces. Y él me conoce.

—¡Qué cabezota eres!

La miré un poco enfurruñada. Y pronto me derrumbé de nuevo.

—Estoy mentalmente agotada.

—Te veo triste…, no sé si preguntar qué va a pasar ahora…

—Tengo muchas dudas. Al principio lo tenía claro y cuando me dijo que no podía ser suyo, me reafirmé. Ahora…, no sabes con qué cara me mira cuando me toca el vientre, y solo hace tres días. Si decido acabar con esto, no voy a poder borrar esa imagen de mi cabeza en la vida; me perseguirá por los restos.

—Tranquila, decidas lo que decidas será lo mejor.

—¿Estás segura? Yo no lo estoy tanto.

Olga fue un gran consuelo; fue la única que no me reprochó nada. Hasta llegar a ella, mi camino por las confesiones —Mario y Javier— no había sido muy fácil, y ella supo cómo hacer que aquel comunicado no fuese otro latigazo de dolor. Ese mismo día me confesó que al finalizar el curso de la niña se iría a vivir con Felipe; otra ciudad y otra vida. Me dolió; en mi nuevo estado la necesitaba más que nunca, pensé que no iba a poder llevar los siete meses restantes sin ella. Ese pensamiento me indicaba que mi decisión ya iba tomando otro camino.

La noche antes del día citado para la recogida del resultado había mucha tensión. Tengo que confesar que al colocarme la prenda de dormir pensé: «¿Y si sale negativo…?». Reconozco que dentro de mis desvaríos, este fue el más descabellado:

«Igual me ha visitado el espíritu santo y dentro de dos mil años se celebran las navidades con la virgen Lola».

Una milésima de segundo necesité para saber que no había virgen ni nada que se asemejase, y que el resultado iba a ser que sus testículos estaban llenos de bichitos con colita que corrían alegremente. Él estaba muy nervioso, se lo note en la cena; la dejó casi toda en el plato. Creo que también se le pasaba por la cabeza lo de la Virgen Lola, sin aureola y con un Mario en lugar de un San José. Decidí hacerle una visita a su improvisada habitación preocupándome por su estado de ánimo. Pensé que se lo debía; en esos últimos días, habían sido muchos los extremos cuidados hacia mi persona, y hacia lo que mi persona llevaba dentro.

—¿Estás bien? —Se alarmó al verme e incorporó un poco su espalda.

Yo también me alarmé. Estoy segura de que mucho más que él, cuando al entrar le vi tirado en la cama, en calzoncillos, marcando paquete, pecho al aire, cabello mojado de haberse refrescado, un brazo en alto con la mano detrás de su cabeza y con la otra mano ojeando su móvil. Rodeándole una docena de flechas fluorescentes multicolor y una canción de fondo: «Todo para ti, todo para ti».

Habían pasado muchos días desde que no dormíamos juntos, y en ese momento me lo hubiese devorado enterito.

—Sí, estoy bien… ¿Y tú? —respondí.

—¿La verdad? Muy nervioso.

—¿Por el resultado?

—Sí. Y por la decisión que tomemos después.

No habíamos vuelto a hablar de eso. Lo único que se hacía al respecto era que él, todas las mañanas posaba su mano en mi vientre para preguntarme cómo me encontraba. Y yo sin responder no me quedaba otra que salir corriendo a levantar la tapadera del váter.

—¿Quieres que lo hablemos? —le pregunté.

—No. Quiero que mañana estemos serenos y tranquilos.

Me senté a su lado en el canto de la cama, él se tumbó de nuevo, y viendo que yo no me iba se incorporó y se sentó a mi lado.

—¿Te ocurre algo? ¿No quieres dormir sola?

—¿Te acuerdas cuando fuimos a León, cuando en tu habitación te pregunté si serías capaz de solo dormir?

—Me acuerdo.

—Me preguntaba… ¿hoy serías capaz?

—Claro que sí… ¿Quieres dormir aquí o en tu cama?

Tenía claro que la que no iba a ser capaz de «solo dormir», era yo. Sin responder puse mi mano en su hombro y le tumbé. Yo lo hice a su lado, apoyándome en su pecho desnudo y obligándole a que me rodease con su brazo. Tenerle tan cerca de nuevo…, era una delicia.

—¿Te has planteado que pasaría si el resultado confirma tu esterilidad? —Eso fue para romper el hielo, así, en plan suavecito.

—¡Lola, por Dios…! No me insinúes eso porque sabes que me jodes vivo.

—Yo no dudo. Pero no hace falta ser muy lista para saber que tú, sí estás dudando. —Le miré —. ¿Verdad?

—Solo responderé a eso si prometes no enfadarte. —Asintiendo le dejé continuar—. He dudado mucho, lo reconozco. Sé que no te arriesgarías al resultado de mañana si este niño no fuese mío, así que lo tengo claro. Es otra duda la que en ocasiones me reconcome; el pensar que algún día fuiste de él. Y ya sé que a eso no vas a querer responder. Así que vamos a pensar nombres para el bebé.

El muy bandido sonriendo lo dejó caer. Y yo, me agarré.

—¿Javi? —Propuse.

Intentó mostrar indiferencia cuando sabía tanto como yo, que las mariquitas se habían trasladado a su cuerpo y no dejaban de revolotear en su interior.

—Lolita.

—¿Martín?

—Marisa.

—¡¿Marisa?! Me incorporé del susto. —Al mirarle vi que por supuesto bromeaba.

—Bueno…, si lo pensamos bien, gracias a ella estás embarazada.

—¿Gracias a ella? ¿Tienes idea de lo agobiada que estoy con esto? Ni en sueños le vamos a poner su nombre.

Se incorporó acercándose a mí, ya sabiendo, que la idea de un aborto estaba casi descartada.

—¡Ah! ¡¿No?! Y dime…, ¿cómo le vamos a poner a mi hijo?

Le miré sin poder controlarme.

—Ahora no estoy para pensar eso…

—¿Por qué? —Imagino que ahí, ya olía a Loba excitada.

—Estoy… —Comencé a deslizar mi mirada por aquel pecho que aclamaba ya mis dedos, hasta llegar a la única prenda íntima que cubría su cuerpo. Mis manos persiguieron a mis ojos, y también alcanzaron aquel destino que poco a poco iba cambiando de volumen.

—Me habías dicho dormir sin hacer nada…, así ya no sé si me interesa compartir mi nueva cama contigo —me dijo completamente empalmado.

—Te interesa, ya lo creo que te interesa. —No pude más.

Cogiendo sus hombros, me tumbé en la cama y agarré su cabeza con mi mano, para poder saborear esa boca que conseguía que olvidase todo. Él estaba tan receptivo que en apenas un par de besos ya se había deshecho de mi ropa.

—¿Esto no será malo? —preguntó.

—No.

—¿Seguro?

—Que no…, calla y sigue.

Al final del fogoso e intenso encuentro, sin necesidad de decir nada, ambos nos trasladamos a mi cama. Todo parecía encauzarse rumbo a esa nueva normalidad a la que todavía le esperaban algunos que otros acontecimientos. Pero volver a apoyarme en su pecho, volver a sentir el palpitar de su corazón, volver a sentir sus labios en mi frente, volver a saber que nada me iba a separar de él, era lo único que necesitaba para poder descansar esa noche.

Apagué la luz y las palabras se tornaron sentimiento.

—Lola.

—Qué.

—¿Voy a ser padre?

—Sí, vas a ser padre.

Me volteó para quedar encima de mí.

—Te quiero, te quiero, y me haces el hombre más feliz del universo.

El levantar del día siguiente fue bastante tenso. Cruzamos apenas las palabras justas para desayunar —¿tostadas? ¿café?—. Creo que de nuevo se le pasó por la cabeza la posibilidad de un resultado negativo. No quise presionarle ofreciéndole tranquilidad, todos sabemos que cuando estás atacado eso es lo peor que te pueden decir: «Tranquilo, todo va a salir bien». Ya… pero entre tanto, el que se come la mierda devorándose las uñas eres tú.

Una vez en el centro social, había otra barrera que era muy posible que tuviese que superar; el hecho de tropezarse con Mario por los pasillos. La idea de encontrarme en el centro de sus miradas me resultaba bastante incómoda. Sentados en la sala de espera no dejé de cogerle la mano ni un segundo, a pesar de que la presión que ejercían sus dedos sobre la mía llegaba a ser incómoda. Pronto la doctora nos hizo pasar a su consulta y la sensación de incertidumbre se convirtió en ahogo. Ahí ya no supe qué mano presionaba más la del otro.

—No puedo darle una explicación al informe que ustedes me enseñaron. Nunca me atrevería a decir si fue una negligencia o si hubo falta de profesionalidad, eso no está en mis manos. Lo que sí les aseguro es que usted es fértil, es más, sus espermatozoides tienen una actividad arrolladora, por lo que en un futuro deberán tener en cuenta esta información.

Javier aspiraba, cerraba los ojos y soplaba. Yo me derrumbé de nuevo ante aquel, ya predecible diagnóstico y cubrí mi rostro con mis manos, mientras que mis ojos de nuevo volvían a humedecerse. Creía que al escuchar el diagnóstico todo acabaría, en cambio, la sensación de soltar por fin toda la tensión, provocó en mí el recuerdo de tantas malas horas vividas. Fue como situarme en el minuto cero de aquella mañana que me encontraba frente al test.

—Tranquila, Lola. Ya está, ya se ha acabado todo. —Me tranquilizó.

Necesité respirar varias veces. Entré en un estado de aturdimiento total, sabiendo que en cualquier momento me iba a desmayar.

Dicen los expertos que cuando se vive un estado de estrés provocado por cualquier tipo de

contrariedad, el cuerpo humano es tan sabio que sabe que no debe ni puede derrumbarse. Es cuando todo parece acabar que viene la caída. Pues bien, eso mismo debió sucederme a mí. La tensión se había ido al conocer esa respuesta que era la que esperábamos, y mi cuerpo dijo «ya te puedes caer», y caí. No llegué a perder el conocimiento del todo, aunque sí sentí que las voces se oían de fondo y que no podía fijar mi mirada sobre un punto en concreto. Pronto me recuperé y me aferré a la mano de Javier todo el tiempo que duró la visita.

—Bien —seguía la doctora—, creo que se había valorado una alternativa, dado su estado quizás deberían volver mañana y ver cuál es la situación.

—No no, esa alternativa ya no la contemplamos. —Javier se apresuró a dejar clara nuestra decisión.

—Me gustaría que me lo dijese ella y, a ser posible, cuando esté un poco menos aturdida, si no le importa.

—No, doctora —dije—, lo hemos descartado. Queremos que nazca. Ya lo habíamos hablado.

—En cualquier caso, mi deber es informarles de que, si cambian de parecer, habría que hacerlo lo antes posible, antes de la semana catorce de gestación. Las fechas son importantes.

—Gracias doctora.

Ambos queríamos salir cuanto antes de allí y regresar a casa para saborear aquel diagnóstico —él mucho más que yo— y la nueva situación de futuros papás. Nos despedimos y salimos de la consulta. Entonces sucedió lo inevitable; un encuentro, unas miradas, y tensión, mucha tensión. No me quedó otra alternativa más que la de presentarles. Se dieron con educación la mano, a la vez que Javier agradeció su colaboración en los últimos días.

—¿Estás bien? —Mario me preguntó.

—Sí.

—No del todo, se ha mareado —reveló Javier mirando a Mario—, será mejor que nos vayamos a casa, ella y el bebé necesitan descansar.

Dudo si lo hizo a modo de información para hacerle saber a Mario que íbamos a tener ese niño; la mirada que mi psicólogo dirigió hacia mis ojos, me delataba que evidentemente había recibido el mensaje.

—Claro, es mejor que guardes reposo unos días, tanto ajetreo te ha agotado y ahora tienes que pensar un poquito más en ti y en lo que llevas dentro. Y si necesitáis algo más de mí, ya sabéis donde encontrarme.

—La obligaré a tenerlo presente —respondió Javier.

Y yo, sin abrir la boca, en medio de los dos.

Lo peor al salir.

—¿Por qué te has puesto tensa al verle?

—Por ti. No sabía cómo reaccionarías tú.

—Ha sido incómodo. Él también lo estaba.

—No es cierto, él estaba normal. Lo que sucede es que tú le ves como enemigo y no sabes ni lo que ves. En cambio, él solo te ve como mi pareja, la pareja de su amiga. Una amiga.

No era cierto, Mario tampoco tuvo un comportamiento normal. Ambos se tenían por el enemigo público número uno, y era cierto que ese encuentro había sido demasiado tenso para las tres partes. De camino a casa dando un paseo, la otra cuenta pendiente.

—Ahora empieza la guerra. No sé si quiero esto, o disfrutar de mi paternidad contigo… Necesito llamarla, necesito saber por qué. Y rezando estoy para que esto acabe en una loca celosa que no tiene nada que ver con una negligencia de una clínica.

Qué difícil era lo que pedía.

Deambuló por toda la casa, una y otra vez, eligiendo las palabras adecuadas con las que enfrentarse a Marisa. Esa verdad descubierta, que le había mantenido en una mentira durante tantos años, iba a provocar una gran guerra. Después de mucho ronroneo, por fin me cogió de la mano y me sentó en el sofá, para acto seguido arrodillarse delante de mí. Necesitaba prepararme para la situación.

—Esto es por nosotros, voy a acorralarla hasta que confiese. Yo la conozco bien, y quiero que, diga lo que diga, permanezcas callada. Estoy seguro de que soltará por su boca hienas hambrientas de loba; no te conviertas en su manjar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Buscó el contacto, pulsó llamada, puso el altavoz, y de nuevo con su dedo en sus labios me recordaba que guardase silencio.

—¿Javier? —Al otro lado, Lucifer.

—Hola, Marisa. Imagino que no esperabas esta llamada.

—Pues no. ¿A qué se debe?

—Te llamo para darte una buena noticia, sé que te alegrarás.

—¿Te casas?

—No, mucho mejor…, voy a tener un niño.

El silencio que siguió a las palabras de Javier, ya delataba demasiadas cosas que le obligaron a cerrar los ojos, negando con la cabeza y completamente seguro de que la loca celosa y la negligencia, mantenían una fiel relación. Siguió hablando.

—Veo que te sorprende.

—Y tanto, siendo estéril es un milagro, deberías preguntarle a la pánfila a quién se ha follado para darte un hijo.

Estuve a punto de saltar, pero Javier me imploró con sus chocolates para que me contuviese.

—No te esfuerces, Marisa, si quieres te mando una foto con el resultado. Mis espermas no solo existen, sino que han existido siempre, y además están locos de movimiento. De hecho, hay un bebé en el vientre de Lola que lo confirma. Tengo una pequeña duda…, si resulta que soy fértil… ¿por qué a pesar de no usar precaución, nunca te quedaste embarazada? No te imaginas en estos momentos lo que agradezco que eso no sucediese.

—Pregúntaselo a ella que es la que se ha quedado preñada a saber de quién; conmigo nunca pudiste. Creo que deberías atar cabos.

—Los tengo bien ataditos, Marisa. Si sigues por ese camino será peor. ¿Cuánto te costó?

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes, si no me lo dices, te lo preguntará un juez…, además de tu hija.

Hubo un silencio, el suficiente para que ella reaccionase y le diese la respuesta que confirmase todo.

—Te empeñaste en ser padre, yo no iba a tirar por la borda todo lo que había conseguido. Un embarazo y un niño me trastocaba todo. Tuve que poner remedio.

—¡¿Remedio?! ¡¿Haciéndome creer de por vida que no podía tener hijos?! Cada vez te superas más. ¡Eres un monstruo!

—Era tu vida o la mía. Tus deseos o los míos.

—No puedo creer que llegases a ese extremo. ¿Cuánto pagaste a la clínica por esto? Porque les va a salir mucho más caro.

—Nada.

—¿Nada? ¿Pretendes que lo crea?

—Alguien me debía un favor.

—¿Qué clase de favor para falsificar un resultado de tal importancia?

—Eso es cosa mía.

—¡¡Y mía!! ¡¡Suéltalo!! —Las voces ya se oían en casa de los vecinos.

—Un favor que el mes que viene cumple veintiséis años.



Marisa conoció al doctor Ferrando Guzmán cuando apenas tenía dieciocho años. Él de treinta y ocho, con una ejemplar vida convencional, casado y con familia numerosa, se encaprichó de aquella joven leonesa que conoció de forma casual en la estación del tren de Atocha, en Madrid. Él no dejó de llamarla con insistencia y Marisa, intuyó que citarse con alguien de su posición le podría reportar además de contactos, algunos beneficios económicos.

Durante un año, él le prestaba algo de dinero, sin derecho a retorno, a cambio de encuentros que se llevaban a cabo con cierta asiduidad. El día que Marisa descubrió que estaba embarazada, presa del pánico ante aquella situación, decidió que había llegado la hora de cumplir su sueño. Ese embarazo era el arma perfecta para abrir las puertas de lo que ella tanto tiempo había ansiado. Tener su propio salón de belleza. Conseguir un buen pellizco, a cambio de su silencio; no resultaría nada difícil, teniendo en cuenta la situación del doctor. Cuando Ferrando recibió la noticia no dudó en ofrecerle lo necesario para acabar con aquel feto. El hombre no sabía que Marisa tenía otro plan.

—Ni se me pasa por la cabeza contarle nada a tu mujer —amenaza de una angelical Envidia —, solo necesito algo de dinero para acabar mis estudios y poder montar mi propia peluquería. Si me ayudas, nadie jamás sabrá quién es el padre de mi hijo, y yo me haré cargo de él. Solo quiero prosperar, creo que estoy en mi derecho. Solo te pido ayuda económica. Tú te has estado beneficiando de mi juventud estos meses con encuentros difícilmente olvidables, no me lo negarás. Yo quiero beneficiarme de tu economía. Solo eso, sin dramas.

—Eres muy lista para lo joven que eres. Me has tenido bien engañado.

—Vamos, Ferrán, yo sé que solo era sexo. Nunca me dijiste que dejarías a tu mujer, ni yo te lo pedí. Los dos sabíamos lo que había.

—¿Te has preñado a conciencia para sacarme pasta?

—No, te aseguro que no. De ser así me hubiese quedado embarazada mucho antes. Te recuerdo, que eras tú el que en varias ocasiones descuidaba los condones porque te gustaba más así.

—Tampoco te negabas en exceso.

—¡Venga ya! Ya está hecho, Ferrán. Yo me hago cargo del bebé y tú de mi futuro. No te voy a pedir un chalé en la sierra de Madrid, solo una ayuda que para ti será insignificante. Creo que es un buen trato para los dos.

El doctor Ferrando, desconocía en ese momento que aquel pacto no sería tan insignificante como ella le hacía saber. Marisa fue progresando.

Al nacer Alba, ella consiguió acabar sus estudios de peluquería y se inició como empresaria de un pequeño negocio, en el que el doctor, como bien habían acordado, colaboraba con aportaciones económicas. Los encuentros pasionales habían desaparecido, Marisa estaba demasiado ocupada con su nueva peluquería y con su pequeña, y él se limitaba a enviar cantidades esporádicas para preservar la integridad de su familia.

Cuando Javier llegó a su vida, las cosas, por lo visto, no funcionaban del todo bien y, curiosamente, ella siempre se las arreglaba para salir adelante sin desvelar quien era su verdadero promotor. Con el paso de pocos años, Marisa consiguió abrir un salón de belleza en el que podías

entrar y salir sintiéndote Audrey Hepburn en *My Fair Lady*. Fue al cabo de algún tiempo, que Marisa tuvo la necesidad de volver a visitar al doctor Ferrando.

Pasados unos años de casados, y habiendo adoptado ya a Alba, a Javier, la idea de tener hijos ya le empezaba a martillear en la cabeza, y eso no entraba en los planes de Marisa, que seguía teniendo en mente seguir subiendo peldaños en su carrera. Bajo la insistencia de su marido, ella, en apariencia, accedió a tener otro hijo, con la contrariedad de que los meses pasaban y el embarazo no llegaba. Ambos decidieron acudir a una clínica de reproducción asistida para solucionar el problema. Y, ¿cómo no?, la clínica elegida no sería otra que la de un amigo y conocido, que no dudaría en agilizar el proceso, para que todo fuese lo más rápido posible. Unas semanas antes, ella misma visitó a su amigo para ponerle en antecedentes.

—¡¡Marisa…!! No esperaba volver a verte. ¿No te llegan las transferencias, que necesitas venir a verme?

—He venido a pedirte un favor muy importante.

—No seas tan fría. —Se acercaba a ella—. ¿Qué fue?

—Eso no importa, no estoy aquí por ella.

—Una niña. Estás muy cambiada y muy apetecible. ¿Te ha crecido el pecho? —Él seguía acercándose.

—Ferrán, me he casado, no vengo buscando eso.

—Ya sé lo que buscas… —sabía que era dinero—, y eso no evita que me pongas caliente como el primer día. —La rodeaba con los brazos.

—¡Ferrán…! ¡Ferrán…! —El doctor estaba ya tan cerca que Marisa tuvo que empujarle para deshacerse de él.

—Te puedo hacer el favor y echarte un polvo. La última vez marcaste tú el precio, tengo derecho a ser ahora yo el que pide. Recuerda que soy tu socio.

A Marisa no se le pasaba por la cabeza volver a negociar con su sexo desde que Javier había entrado en su vida. Pero la necesidad apremiaba y tuvo que plantearse ceder a las exigencias del doctor.

—Está bien, ¿quieres un polvo? Acepto, si tú aceptas mi propuesta.

—¿Qué quieres?

—Mi marido quiere un hijo.

—¿Y no te quedas embarazada? ¿Necesitas mi ayuda? —De nuevo la acosaba encendido.

—Ya tenemos una, la tuya, él la adoptó. No quiero romper mi vida con un embarazo ahora.

—Entiendo. —El doctor se distanciaba de ella; comenzaba a oler la gravedad de la propuesta que se avecinaba.

—Necesito tu ayuda, solo tienes que poner un «no» delante de la palabra fértil. Te prometo que la deuda quedará zanjada de por vida. No necesito ninguna transferencia más. Con esto se acaba nuestro pacto. Te lo prometo.

—¿Tienes idea de lo que me juego si hago eso?

—Claro, por eso no abriré la boca, y como siempre tú sigues conservando a tu familia, que es lo que siempre te preocupó.

El doctor la miró fijamente y no pudo resistirse.

—¡Eres una víbora!

—Sí, una víbora con una vida que no estoy dispuesta a perder, igual que tú cuando me dejaste preñada. Todos tenemos prioridades.

—Ándate con ojo de no quedarte embarazada. Si te hago un informe con un diagnóstico así, deberás tener mucha precaución el resto de tu vida. Si pones en riesgo mi clínica y mi reputación

caerás conmigo.

—No te preocupes, eso lo tengo controlado hace mucho tiempo, solo necesito que desista y asimile que no será padre.

Marisa salió de la consulta sin necesidad de ofrecer sexo a su compinche. Este, empezaba a valorar cuán ruin era esa mujer y lo que deseaba era que desapareciese lo más rápido posible de su vista.

Pero en aquel plan había una gran laguna con la que no habían contado. Una separación. Marisa no podría controlar a Javier una vez separados. ¿O sí? Tan solo tenía que mostrarse como una celosa resentida y romper cualquier relación estable que él pudiese tener.

Al pasar los años tras la separación, ella creyó que todo iba a ser más fácil de lo que en un principio temía. No llegaba una mujer definitiva que pusiese en peligro esa macabra estrategia. Transcurrían los años y Javier se iba acomodando a esa independencia exenta de pareja estable. Según ella, era difícil que regresase a una vida en convivencia donde las limitaciones y los condicionantes viven a flor de piel. Marisa comenzaba a relajarse.

Entonces el destino dijo: «Lola, a escena».

Y llegó Lola, *osease*, una servidora. Y lo que para Envidia era impensable —incluso para Javier—, se tornó en la peor de sus pesadillas. Él, se enamoró.

Después de unos segundos en los que Javier no estuvo capacitado para nada, salvo para fruncir el ceño y frotarse las sienes, Marisa decidió acabar con su confesión.

—¿De dónde crees que salió todo? El salón grande, la reforma de la cocina, incluso tus estudios.

—¿Mis estudios? Nunca dejé de trabajar, pasaba horas con la máquina pulidora y llegaba la madrugada cuando yo seguía enganchado a los libros.

—Tu salario no daba para tanto.

—Seguro que no, tus caprichos y tus metas eran demasiado ostentosas para un puto peón como yo.

—Puedes llamarme ambiciosa, no me avergüenzo. Cada uno debe tener claro lo que quiere en esta vida. Tú querías un hijo, yo progresar.

—Ni tan siquiera tú puedes creer lo que estás escupiendo por esa boca. No eres consciente de las barbaries que has hecho en tu vida. Conseguiste todo a costa de hacerme creer que yo era estéril.

—¡No!, en aquellos días yo ya había conseguido entrar en la élite de la belleza, el resto venía rodado. Se trataba de no perderlo con un embarazo y un bebé. Le pedí ayuda, él necesitaba mantener su familia y yo necesitaba no aumentar la mía.

—Estrella tenía razón, nunca fueron celos. Todo era una trama.

—Que siempre fui celosa contigo no es una novedad.

—Eso no tenía nada que ver con los celos. Tu insistencia en destrozar mi vida se basaba en que no tuviese hijos para cubrirle a él.

—No, para cubrirme a mí y a mi hija. Esto no puede salir a la luz…, bajo ningún concepto. Piensa en Alba.

—¿Alba? ¡Eres una hija de puta! Te juro que vas a tener que explicarle el motivo por el que no tiene hermanos. Voy a ir a por ti…, te juro que voy a por ti.

Javier acabó la llamada con el rostro desencajado, en un estado de absentismo total a la vida y sin apenas poder mirarme a la cara. Otra vez sus piernas comenzaron a deambular de un lado

para otro, hasta que tres fuertes patadas en la mesa pequeña que había delante del sofá me obligaron a levantarme para intentar sosegarle.

—¿Como pude estar tantos años casado con la hija de Satanás? —espetó.

Pero aquello solo acababa de empezar.

No dejaba de frotarse las manos insistentemente, estaba enloquecido, ansioso de venganza, capaz de cualquier locura. Con el teléfono en su mano marcaba y comenzaba a mascullar.

—Tiene que enterarse, tiene que enterarse…

Supe sus intenciones y me apresuré a quitarle el teléfono de las manos. Con una simple mirada adivinó lo que le quería transmitir. Aun así, se lo expresé con palabras.

—Ella no tiene culpa, le harás daño y mañana te arrepentirás.

Irritado e impotente, me quitó el teléfono con intención de seguir con aquella llamada. Recapacitó y lo tiró con rabia sobre el sofá.

—Algo le tendré que decir…, ella sabía que yo no podía tener hijos.

—Claro, ya pensaremos cómo decírselo. Ahora estás demasiado tenso —le dije.

Al cabo de unos días de mucho reflexionar acerca de la posible denuncia a la clínica, retomamos el tema del comunicado a nuestras hijas. Mediante videoconferencia contamos a Sara y Patri mi nuevo estado, y el entusiasmo fue arrollador. Tía Juana también fue informada. Parecía que a todo el mundo le apasionaba la idea más que a mí. Mi tía mostraba verdadero fervor por el acontecimiento, «esta vez niño», decía.

Y llegó el momento de enfrentarse a su hija. No era tarea fácil, porque sabía que después de que Alba recibiese aquella noticia, era inevitable que formulase la pregunta que le llevaría a tener que contar más de lo que deseaba, acerca de por qué yo me había quedado embarazada si Javier era estéril.

Y eso fue lo que sucedió.

—No podías tener hijos. —Reacción inmediata de la hija.

—Al parecer sí puedo.

—Pero hay unos resultados, yo los vi.

—Falsos.

—¿Falsos?

—No deberíamos seguir con esta conversación Alba. El niño es mío.

—¿Falsificaste resultados para no tener un niño con mamá?

—Quiero dejar el tema, Alba. Te lo pido.

—¡No, yo no quiero dejar el tema! ¿Fue ese el verdadero motivo de la separación? ¿Mamá quería otro hijo y tú no, porque las cosas ya no iban bien? ¿Falsificaste esos papeles?

—No, hija. La historia no es así.

—¿No? ¿Y cómo es? Creo que empiezo a comprender a mamá y aquello que me dijo el día que te marchaste. Se volvió una paranoica obsesiva contigo, y nunca la entendí.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Intentaba consolarme diciéndome: «Mejor que se vaya, él nunca me va a dar lo que yo necesito». Se refería a un hijo. ¿Verdad? No le diste un hijo porque no quisiste. Le mentiste falsificando esos papeles. Y ahora vas a tener un hijo con Lola.

—Yo no falsifiqué nada.

—Acabas de reconocer que son falsos.

Javier estaba acorralado. Yo le veía angustiado por no querer revelar la verdadera autoría de aquella treta, entre otros motivos porque no veía necesario revelar a su hija la identidad de su padre biológico, y de cómo su madre había comerciado con su gestación. En todo momento me

mantuve al margen escuchando las acusaciones, me contenía para no lanzar lo que mi lengua estaba deseando soltar: «La arpía de tu madre que no sabe estar quietecita». En lugar de eso, le dije otra cosa para acabar de una vez por todas con las dudas.

—Alba, tu padre necesita saber si quieres conocer la verdad, sea cual sea.

Javier me miró, y vi el terror en sus ojos.

—¿Sea cual sea? —La muchacha dudó.

—Es injusto que acuses a tu padre de algo, de lo que acaba de enterarse apenas unos días antes que tú.

—¡¿Qué está pasando?! —levantó la voz.

—Alba, te he dicho que no siguieras…

—¡¿Qué está pasando?! ¡Decidme la verdad…, sea cual sea…, ¿Lola…?!

—Es tu padre quien tiene que hablar.

—¡¿Está mi madre detrás de todo esto?!

—Alba, es mejor dejarlo aquí.

—¡¡No, no es mejor dejarlo aquí!! —Los gritos ya eran muy subidos de tono.

—Fue alguien a quien ella pidió ayuda para falsificarlos. Tú eras muy pequeña. Era ella la que no quería tener más hijos.

La joven calló por un momento. El suficiente para respirar y buscar cualquier motivo para justificar a su madre.

—¡Tiene que ser un error…!

—Ojalá, para mí también ha sido muy duro descubrirlo. Si Lola no se llega a quedar embarazada, hubiese seguido creyendo en una infertilidad inventada.

—Pero ella no ha podido llegar tan lejos, papá.

Hay cosas que, por naturaleza, para el ser humano son imposibles de admitir o de racionalizar. Alba no quería llegar a reconocer, que por mucho que su madre estuviese obsesionada con Javier, había sido capaz de semejante artimaña. Pasadas unas horas decidió que debía enfrentarse a la verdad de manos de la verdadera autora de tan macabra fechoría. Con un hilo de esperanza deseaba que hubiese una explicación que justificase que en realidad todo había sido producto de una confusión o una negligencia médica. Fue la misma Marisa quien la sacó de dudas.

—¿Cómo puede ser que papá vaya a tener un hijo si nunca pudo tenerlo contigo?

—¿Qué te ha contado? Lo único que hace es ponerte en mi contra. Esto es cosa de nosotros dos, no sé por qué te mete.

—Mamá, en contra tuya me pones tú solita. Dime que no es verdad lo que me ha contado.

—No sé qué te ha contado.

—Que un conocido tuyo falsificó los resultados de su esterilidad porque no querías tener hijos.

—Se puso demasiado insistente. Me vi obligada.

—¿Obligada? Pero, ¿tú te oyes? Era tan sencillo como decirle que no los querías. Siento vergüenza, me das pena, y lo peor es que no puedo dejar de quererte.

—Hija…

—Ojalá algún día yo descubra que no soy tu hija. ¿Cómo has podido hacer algo así con papá? Mantente alejada de mí. Van a tener que pasar muchos meses y muchas cosas para que yo olvide esto.

Lo siguiente que hizo fue enviar un mensaje a Javier. Hubiese sido más apropiado una llamada, de no ser por la incapacidad para poder hablar en aquellos momentos.

Alba 10:14: Lo siento papá. Siento haber dudado de ti. La he llamado y lo ha reconocido. No sabes cuánto la odio en estos momentos. Tampoco sabes lo feliz que me hace saber que vas a

darme un hermanito o hermanita. Sobre todo, porque sé que vas a seguir siendo el padre más maravilloso que exista jamás.

Papá 10:16: No tenía que haber sucedido así. Te quiero mucho hija, y soy tremendamente feliz, a pesar del modo en que está sucediendo todo.

Abruptamente, ese hombre de casi dos metros, se echaba a llorar en mi regazo.

Esa misma noche decidí que había llegado el momento de agradecer a Mario todo lo que había hecho por nosotros. Durante unos días, Javier necesitó tomar relajantes para poder dormir, y ello provocaba que pronto cayese rendido. Cada noche se repetía la misma escena. Ponía una película de nuestro particular repertorio, se metía bajo la sábana y apenas unos minutos más tarde dejaba de existir. Esa noche no fue diferente y yo aproveché para enviar un mensaje a mi amigo. Además de agradecida, también me inquietaba saber cómo estaba tras el fortuito encuentro.

Lola 22:10: Hola. Solo quería agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

Mario 22:11: No importa. He adivinado que lo vais a tener. Me alegro si es lo que deseas.

Lola 22:12: ¿Por qué dices, si es lo que deseo? Parece que pones en duda mi decisión.

Mario 22:13: No se debe tener un hijo para complacer a nadie.

Lola 22:13: Deja de machacarme, tus consejos han colaborado mucho y he decidido tenerlo. Agradecería apoyo moral además de ayudarnos a conseguir unas pruebas.

Mario 22:14: Tienes razón…, lo siento. Todo te irá bien. Vas a ser una madre fabulosa.

Lola 22:14: Gracias. Mario, me gustaría que todo fuese como antes, que pudiéramos vernos, quedar de vez en cuando y reír como lo hacíamos.

Mario 22:15: ¿Los tres?, porque en el encuentro de hoy, casi me mata con la mirada. Deberías decirle que nunca estuviste conmigo y que pueda dormir tranquilo.

Lola 22:16: No te miraba de ninguna manera, solo salía tenso por la situación.

Y a él, también le mentí. Ya no me quedaban paños calientes por poner.

Mario 22:16: ¿Y tú? ¿Estás bien?

Lola 22:17: Estoy bien, no solo te escribo cuando tengo problemas, aunque sea muchas veces ese el motivo. Solo quiero que retomemos nuestra amistad.

Aquel mensaje quedó sin responder, y yo me torturaba sabiendo el porqué de su silencio. Entre tanto la pantalla del televisor en blanco y negro, me devolvía aquellos buenos momentos abrazada al hombre que ocupaba mi corazón. A las once y media recibí respuesta de Mario

Mario 23:28: Perdona por no responder. Necesitaba pensar. Quedar con la mujer que te roba los sueños y que se muere por otro hombre, no es nada fácil. Mucho menos si ese otro hombre sospecha que me he acostado con ella, y mucho menos si lleva en el vientre un hijo suyo. Si se enterase de que la veo a escondidas, ella sería la más perjudicada, y nada más lejos de mis deseos. Creo que me equivoco a raudales enviándote estas palabras, pero por una vez voy a ser egoísta y pensar en mí. Sabes que no es buena idea que nos veamos. Tranquila, algún día lo haremos, solo necesitamos un poco de tiempo para que esto se enfríe, han sido demasiadas emociones seguidas. Cuídate, cuida ese bebé, y cuida tu felicidad, no la pierdas. Te escribiré. Un beso.

«Cuida tu felicidad». ¿Lo necesitaba? ¿Por qué me decía que cuidase mi felicidad?



Capítulo 25

—No sé hasta cuándo voy a poder seguir con esto. No quiero seguir aquí.

Tan solo recibo un roce con su dedo que me impide alejarme del lugar.

—Debería hablar con él —le insisto.

Como siempre se niega.

No quiere, sé que no quiere, y a mí me incomoda cada día más esta clandestinidad.



Seguido de aquella conversación de Javier con su hija, fue Estrella quien me llamó a mí. Su hermano la puso al corriente de todo y después de intercambiar algunas palabras, y mostrar su entusiasmo por la próxima llegada de un nuevo miembro a la familia, su sentencia fue: «Se va a liar». Sabía que Javier no se iba a quedar con los brazos cruzados.

El día de la primera cita con Oscar, marido de Alicia, y de ahí en adelante nuestro abogado, Javier hubo de trasladarse a la capital con la poca documentación de que disponía. Yo seguía con mis náuseas matutinas, por lo que no le acompañé. En esa reunión, dejaron claro a Javier que contra Marisa no podían actuar, dado que ella no tenía relación laboral alguna con la clínica y demostrar que estaba detrás de aquella falsificación, era prácticamente imposible.

Cuando regresó de Madrid, recomenzó de nuevo mi anhelada vida con él. Fui a recogerle al aeropuerto, y allí mismo creía que me rompería en la espera. Tenía tantas ganas de abrazarle, que cuando se acercó a mí, y apenas dándome un beso en la frente para apoyar su mano en mi hombro, comenzó a caminar…, me paré y le dije sin titubeos.

—¿Esto es lo que nos has echado de menos a tu hijo y a mí?

—Es que ahora somos una familia seria y formal —me dijo riendo.

Le hice soltar la maleta y me puse de puntillas para llegar a su oído. Rodeando su cuello con mis brazos le susurré: «Bésame ahora mismo como Dios manda o no te dejaré entrar en casa».

Y me besó, no sé si como Dios mandaba, pero sí como a mí me gustaba. Al llegar a casa retomamos nuestra vida sexual. Me moría por hacerlo.

—¿Te preparo algo de cena, papá? —Le destrocé.

Una mirada perversa se despidió de sus ojos a la vez que se acercaba a mí.

—Repítelo.

—¿Te preparo algo de cena?

Su sonrisa brillaba tanto como sus ojos.

—Lo otro.

—Ya te habían llamado papá con anterioridad.

—No tú y con mi hijo aquí. —Tocó mi vientre—. Te voy a cenar a ti enterita.

Le agarré de la pechera y, mientras él ya había comenzado a comerme la boca, yo le arrastraba al dormitorio. Con un empujón le lancé a la cama y me deshice de mi ropa. Seguía con mis hormonas alteradas y el cuerpo me pedía sexo. Tres días estuvo en Madrid, los suficientes para que, al volver, yo no pensase en otra cosa más que en satisfacerme carnalmente, a pesar de que esos fogueos no eran solo carnales. Había necesidad de unir nuestros cuerpos y demostrarnos cuánto deseábamos seguir entregándonos amor, y olvidar al resto del mundo. Rozar mi cuerpo en sus manos, y mis manos en el suyo, mezclar la humedad de mi lengua en la de su boca, sentir sus movimientos del amor dentro de mi cuerpo, saber que nada ni nadie iba a separarnos…

Salvo una cosa…, el bebé.

—Lola…, tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí, de hacerle daño.

—¡Ja, ja, ja!, no la tienes tal larga.

—Sí la tengo larga…

Me estaba excitando cada vez más pensando en su tamaño.

—Claro, veinticinco, como todos. Cállate y entra.

—La meto solo un poco.

—La metes del todo.

—¿Por qué no nos tocamos y ya está?

—«¿Perdona?». —Me enfadé—. No hablas en serio… —Pero su mutismo me decía que sí—. No puedo creer esto. ¡Mira cómo estás!, empalmado como un caballo. ¿Me vas a decir que quieres que te haga una paja? Piensa la respuesta… —Le amenacé.

Creo que sintió miedo y otorgó.

Fueron pasando los meses, y poco a poco se fue acostumbrando al sexo conmigo embarazada. Algunas situaciones cómicas, cuando el vientre comenzaba a crecer y yo iba teniendo limitaciones posturales, interrumpían la excitación para dar paso a las carcajadas. Acudíamos juntos a la preparación del parto. Ese mismo verano viajamos a León y a Madrid a ver a nuestras hijas, poco a poco los meses pasaban y me encontraba cada vez más pesada. También hubo riñas, él me convirtió en una mimosa que solo pensaba en ser el centro de atención, y yo exprimí al máximo mi embarazo, aprovechándome de su debilidad. Él no dudaba en complacerme pese a que en ocasiones se lo ponía bastante complicado.

Nunca quisimos saber el sexo del bebé. Preferimos que fuese una sorpresa que ese mismo pequeñajo nos diese en el momento que viese la luz. Barajamos varios nombres. Marisa no, por supuesto. Si era varón había posibilidades entre Julián o Javier. Si era niña él proponía, Lola, y yo, Martina. Martina no era un nombre elegido al azar. Papá se llamaba Martín, y siempre quiso un nieto. Yo deseaba que mi hijo se llamase Javier y debatimos bastante sobre ello, porque el padre de la criatura quería ponerle el nombre de su hermana —el anterior—, y de su padre que era el mismo. En vistas a que yo estaba ya avanzada cuando tuvimos la última conversación acerca de este tema, y me sentía en el derecho a ejercer mi egoísmo de madre, tomé la determinación de que el niño se llamaría Javier y la niña Martina. Pero claro, eso no se lo dije a él, con un poco de suerte me saldría con la mía.

En aquellos días la relación con Mario se fue distanciando, durante todo el embarazo no volvimos a vernos, tan solo algunas escasas frases intercambiadas por chat nos mantenían en un distante contacto. La última vez que hablamos me dijo que estaba conociendo a una mujer. Me alegré tanto…, no sé si por él o por mí, puesto que seguía en plan embarazada egoísta. Si él iniciaba una relación con otra mujer, eso significaba que podríamos retomar nuestros encuentros amistosos.

Lola 18:18: ¿Dónde la has conocido?

Mario 18:19: Tenemos conocidos en común. En una barbacoa de esas donde se invita a todo el mundo y como te descuides al anfitrión ni le ves.

Lola 18:20: Me encantaría conocerla.

Mario 18:20: La conocerás. ¿Sigue todo bien en casa? Tu vientre, ¿creciendo?

Lola 18:21: Todo bien, y sí, esto no deja de crecer y de patalear, menos mal que queda poco.

Quedaba muy poco, apenas cinco semanas que junto a las primeras fueron las peores.

Entre tanto, el tema del juicio ya se había puesto en curso. Tan solo al mes de poner la demanda hubo un acto de conciliación en el que la clínica nos ofreció una cantidad demasiado suculenta como para rehusarla, sobre todo para currantes, poco más que mileuristas como nosotros. Javier la rechazó.

Hubo un segundo intento donde la cifra ya no era suculenta, era exquisitamente suculenta. Y esa, también la rechazó. Yo, a pesar de ser parte afectada de la trama —creo que la que más sin comerlo ni beberlo—, siempre delegué en él la decisión que debíamos tomar en todo momento. Y su decisión era que no se iba a dejar comprar por dinero, quería una condena. El abogado fue muy claro con nosotros y nos hizo saber, que la condena podría llegar en forma de dinero y algo más, y lo que de verdad le interesaba era ese «algo más». Que el doctor Ferrando fuese deshabilitado de por vida, que la suma que tuviese que pagar llevase a la quiebra de sus clínicas y que en consecuencia el mismo doctor se encargase de arruinar a Marisa.

Pero aquello se fue de madre. Un suceso desordenó todas las fichas que Javier tenía colocadas. El doctor también necesitaba su propia venganza y arruinar a Marisa no era suficiente. Necesitaba mucho más.

Días antes del suceso, Alba nos había comunicado la posibilidad de trasladarse a Canadá. El abuelo de Rosana les había ofrecido trabajo a ambas y dada la inestabilidad que sufrían con respecto al trabajo, aquella idea les pareció tentadora. Por supuesto, a Javier no le gustó nada que su hija le plantease un traslado tan lejano. Sin embargo, el incidente lo cambió todo.

Eran casi las dos de la madrugada cuando la llamada de la policía contactando con Javier nos alarmó. En milésimas de segundos pensamos en cualquier desgracia sucedida, pero nunca llegamos a imaginar en ese instante, la barbarie que se había cometido. De inmediato tenía que viajar a León, no al día siguiente ni en unas horas, no, debía despojarse de su pijama y ponerse al volante. Marisa había sido agredida brutalmente y Alba necesitaba a su padre.

Un indigente encontró a Marisa encharcada en su propia sangre. Al principio todo apuntaba a un atraco, salvo por un detalle: los delincuentes dejaron olvidado el teléfono de Marisa en el suelo, y eso despistó a la policía. ¿Cómo podía ser que unos bárbaros cometiesen esa torpeza? Ese mismo teléfono fue el que utilizaron para localizar a algún familiar, con la peculiaridad de que el nombre de Alba era su primer contacto, y ella fue la primera en ser alertada.

La joven acudió rápido al hospital, teniendo que soportar el relato de lo acontecido. La policía no llegó a acabar de contar todo al completo. El impacto de la gravedad de la situación en que se encontraba la madre, provocó que ella misma tuviese que ser asistida, después de que un desmayo la hiciese perder el conocimiento. Al recobrarlo, minutos más tarde, no dudó en facilitar el teléfono de su padre para que acudiese en su ayuda lo antes posible. Y lo antes posible para Javier era «ya». La policía fue delicada al narrar lo sucedido con la madre y la hija, sin restar importancia al asunto, por lo que Javier no dudó pasar lo que quedaba de noche al volante.

Al llegar a León, Alba ya recuperada y destrozada, se abrazaba a su padre temerosa por la vida de su madre. La desolación se apoderó de Javier cuando en un despacho, un doctor, le informaba de cuál era el estado de Marisa. Pronóstico reservado, todavía tenía que volver a ser intervenida. Con una navaja habían rajado su rostro por tres zonas diferentes. Dos profundos cortes uno en cada pecho y otros cuántos en sus brazos y piernas. La parte derecha de su cabello había sido incendiada hasta llegar a su cuero cabelludo. Y la inconsciencia se la provocó una cantidad descomunal de golpes, propiciados por todas las partes de su cuerpo, incluida la cabeza. No siendo todo eso suficiente…, le sesgaron la lengua. Javier sabía que no se trataba de un robo y no tardó mucho en recordar las palabras de Marisa aquel día de su confesión: «Esto no puede salir a la luz bajo ningún concepto, piensa en Alba».

El pánico le absorbió por completo. No se separó de su hija en los tres días que estuvo allí. Me llamó contándome lo sucedido, aunque reconozco que fue muy benevolente con el relato; imagino que no quería impresionarme demasiado, dado mi estado. Además de narrarme lo sucedido, me informó que iba a llegar a un acuerdo con la clínica ya que se sentía responsable de todo lo acontecido. Tuve que hacer un gran esfuerzo desde la distancia para sacarle esa idea de la cabeza. Si había algún culpable, quedaba más que claro que era Marisa, y aquello se había vuelto en su contra, a pesar de que en esos días sentí verdadera lástima por ella. En cuanto al acuerdo, como siempre, la decisión que tomase sería la que yo apoyaría.

Pasadas unas horas, el cirujano que la intervino salió a hablar con los familiares. Javier, conociendo la gravedad del asunto e intentando proteger a su hija, decidió que era mejor acarrear él con aquella tarea.

—No te muevas de aquí, hablo con el doctor; luego podremos pasar a verla.

Alba obedeció a su padre y siguió sentada en la silla del pasillo frente a los dos policías que custodiaban la habitación de Marisa. El doctor daba todo lujo de detalles a Javier.

—¿Parentesco? —preguntó el cirujano.

—Soy su exmarido.

—Siendo ex no es usted un familiar muy directo.

—Mire, doctor, la que está ahí fuera es mi hija, y es el familiar más cercano de la herida. No creo que los detalles que vaya a darme sean de buen gusto, así que prefiero escucharlos yo antes de que ella se vuelva a desmayar. El resto de los familiares andan desperdigados por Andalucía, Argentina y Alemania. No vamos a ir a buscarlos. Puede empezar a hablar. —Fue rotundo.

—Hemos tenido que intervenir demasiadas partes de su cuerpo. Los cortes no eran profundos, pero había catorce. Tiene dos costillas rotas y multitud de contusiones, una de ellas cercana al ojo y es la que más nos preocupa. Mañana será valorada por el oftalmólogo y el neurólogo; puede que se haya dañado algunos nervios. Los cortes de los pechos eran limpios así que esa parte no causará problemas. El cuero cabelludo de la zona quemada ha perdido vida, el pelo no volverá a crecer ahí.

»Y ahora viene lo más grave. El rostro ha quedado muy desfigurado. Tiene dos grandes cortes en ambos lados de la cara, uno de ellos llega desde la comisura hasta la oreja. Un tercero cruza toda su frente. Hemos reconstruido en la medida de lo que se ha podido; así como en los pechos los cortes eran finos y limpios, en el rostro, salvo el de la frente, más que corte había desgarros producidos de seguro por que intentó escapar. Después de la intervención hemos hecho un TAC para valorar que ningún órgano interno haya sido dañado.

»El pronóstico sigue siendo reservado, y si vemos que evoluciona favorablemente, en un par de días estudiaremos la posibilidad de sacarla del coma inducido. Ella no debe hacer esfuerzos cuando despierte, volveré a recordárselo si con un poco de suerte se recupera. Por otro lado, como somos humanos, les vamos a dejar pasar unos minutos. Les ruego tengan en cuenta la gravedad de la paciente y respeten el tiempo; tan solo unos minutos. ¿Me he explicado?

—Demasiada claridad, doctor. Lo agradezco.

Javier no pudo musitar palabra mientras el doctor hablaba. El relato no era para menos.

Padre e hija entraron al box y aquello fue mucho más impactante de lo que habían imaginado. Tan solo sus ojos magullados y un pequeño orificio dejando su boca entubada al aire, estaban descubiertos. Ambos se posicionaron a sendos lados de la cama. Mientras la joven cogía la mano de su madre, poseída por la desolación, Javier, apenas podía ni mirarla; el sentimiento de culpa no le iba a abandonar durante mucho tiempo. Al salir de la breve visita, la policía les esperaba, en concreto a Javier.

—Nos presentamos, soy el Inspector Fuentes, mi compañera la inspectora Rodillo. ¿Nos acompaña por favor?

¿Primer sospechoso? Un ex resentido.

Fueron a una sala en el mismo hospital. Alba era acompañada por otro policía a un lugar más cómodo.

El interrogatorio comenzaba.

—¿Cómo era su relación con la víctima en la actualidad? —El inspector Fuentes parecía llevar la voz cantante.

—Mala, nula, inexistente.

—Lo tiene claro —comentó la inspectora Rodillo.

Javier miró con recelo a la mujer.

—¿Conoce usted posibles enemigos de su ex? Tal vez deudas económicas, algún cliente resabiado, examantes…, drogas…

—No, ella ni tan siquiera fuma, cuida mucho su salud. Las otras opciones, no tengo ni la menor idea.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—No lo recuerdo…, bueno sí, hace ya algún tiempo, la llamé para decirle que estaba esperando un hijo. Hará unos seis meses.

—¿Tiene una relación nula con su ex y llama para comunicarle que va a ser padre?

Javier seguía mirando con recelo a la inspectora, que con sus comentarios dejaba entrever su posible implicación en el delito.

—Disculpen, ¿soy sospechoso?

—Hacemos nuestro trabajo —respondió el inspector.

—¿Van a detenerme?

—No, en absoluto, solo le pedimos que colabore con nosotros.

—Trato de hacerlo…

En silencio, Javier meditó que tal vez no había sido buena idea revelar el motivo de su última llamada a Marisa. Aquella brutal paliza llevaba el remitente grabado a fuego.

—¿Por qué se separó de ella?

—Celos.

—Debería ser más explícito.

—Deberían decirme que es lo que quieren saber en concreto. No soy un exmarido dolido, la dejé yo; se convirtió en una celosa enfermiza. Traté de llevar una vida cordial con ella y lo ponía muy difícil, de ahí que la relación no fuera buena, a pesar de tener una hija en común. Pero de ahí, a querer deshacerme de ella, hay un gran abismo. Yo estaba en Valencia cuando sucedió todo, hacía mucho que no teníamos contacto.

—Buena coartada… ¿Sabe qué son los sicarios?

—¡Rodillo!, controla tus palabras. —Fuentes llamaba la atención a su compañera—. ¿Conoce las relaciones que mantenía su ex en los últimos meses? Parejas, amantes…

—No, ella no era de parejas estables. Lo que a mí me consta es que sus relaciones siempre fueron insignificantes.

—¿Cuánto de insignificantes? —preguntó Rodillo.

—Unas cuantas noches de sexo, ya sabe...

—¿Tiene su domicilio en Valencia en la actualidad?

—Oficialmente no. Vivo allí con mi mujer de forma temporal. Estoy trasladado cubriendo una excedencia.

—¿Y la hija en común con la víctima?

—Ella vive aquí, en mi casa, con su pareja. Oiga, entiendo que tienen que hacer su trabajo, pero mi hija me necesita.

—¿Y dice que tiene una nueva familia?

—Pareja, no estamos casados, vivimos juntos.

—¿Y su actual pareja? ¿Qué relación tiene con la víctima?

Javier comenzaba a desesperarse.

—Nula.

—¿Nula de inexistente o nula de que no se soportan? —La inspectora seguía mostrando impertinencia con aquellos comentarios incriminatorios.

—¿También ella es sospechosa? —Javier sacó su sarcasmo a relucir.

—Tenga cuidado, señor Vidal, las preguntas las hacemos nosotros —recalcó Fuentes—, y hasta que la víctima recobre la consciencia, incluso yo, puedo ser sospechoso. El ataque presenta todos los indicios de un ajuste de cuentas. Puede ser económico o tal vez sentimental, porque el tema drogas se ha descartado de antemano. No da el perfil.

—Mi actual mujer y ella no tienen ninguna relación. No la han tenido nunca. Solo se vieron una vez en la boda de mi hija.

Y ese día nos convertimos en sospechosos de aquel macabro suceso, a pesar de que, tanto Javier como yo, sabíamos de dónde provenía la autoría de tal paliza. Él decidió que de momento era mejor guardar silencio.

Al cabo de pocos días, Marisa comenzó a recuperarse. Los médicos empezaron a sacarla del coma inducido y poco a poco iba recobrando sus constantes vitales. Por prescripción médica, la policía tardó algunos más en interrogarla. Javier había ido a León una vez más para estar al lado de su hija. Una última visita a la madre, con los ojos humedecidos por el daño, la ira y la impotencia, fue la despedida entre él y Marisa.

Al entrar en la habitación, el rostro de aquella mujer seguía oculto tras los vendajes, pero su mirada era visible y más expresiva que nunca. El dolor que despedían no pasó inadvertido para Javier.

—¿Tienes idea de dónde nos has metido a todos? Ahora mi familia tampoco está segura. Yo soy sospechoso, Lola es sospechosa, Alba tiene que salir huyendo y, mírate, a punto de perder la vida. ¿Cómo se te fue tanto la cabeza?

Los bellos ojos de esa dolorida diosa se encharcaron al escuchar los reproches de Javier. El daño físico debió doler, el de la conciencia, seguramente la desgarró. A ella no le quedaba otra que guardar silencio. Eso era lo que le esperaba en los próximos años. Silencio.

—No quiero volver a verte jamás. Procura que le cojan, porque si esto salpica a Alba, a mi familia o a mí, te juro que yo mismo acabaré contigo. —Y antes de marcharse una última sentencia—. ¡Desaparece de mi vida de una puta vez!

Nunca más se volvieron a ver.

Dejando a Marisa dañada, Javier abandonó la habitación. En su mente un único objetivo, hablar con Alba para que ella y Rosana aceptasen cuanto antes el trabajo que les había ofrecido Liam. El asunto se estaba poniendo feo. Con la intención de coger su coche, caminó hacia el parking y al llegar, antes de arrancar el motor, me escribió un mensaje.

Mi Javier 17:22: Saldré mañana temprano, llegaré a medio día. Te quiero. Besos a mi bebito.

De nuevo un mensaje que me dejó mal sabor de boca. Los besos para su bebito, ninguno para mí. Y ya sé que puso te quiero, pero yo estaba convencida de que eso le salía por defecto. Respondí.

Lola loba 17:23: Te echamos de menos. Besos.

A la vez que entraba mi mensaje en el teléfono de Javier, entraba otro de un número desconocido.

052014030 17:23: Ocúpate de ella. Que se vaya, que se vaya lejos.

Su reacción inmediata, llamar. No imaginaba que del otro lado no atenderían la llamada.

052014030 17:24: No puedo hablar, tendrás que tenerlo presente en el futuro. Solo escribir.

La policía había facilitado un teléfono a Marisa; dadas las circunstancias era el único modo en que ella podía expresarse.

052014030 17:25: Nunca imaginé que esto acabaría así. Y no imaginas cuánto me duele que mi hija esté sufriendo esto.

De nuevo el sentimiento de culpa se apoderó de Javier.

Javier 17:25: Voy a llegar a un acuerdo con la clínica. Creo que ahí se acabará todo.

052014030 17:26: No les vi el rostro, iban encapuchados. Los que casi me matan, eran dos.

Javier 17:26: Pocas pistas para la policía.

052014030 17:27: Sí, es cierto. Había un tercer encapuchado que se mantuvo al margen. Apoyado en una pared, se limitaba a reír y llamarme «puta zorra». Sonreía, no dejaba de sonreír viendo cómo me pataleaban. El hijo de puta disfrutaba mirando.

Javier 17:28: ¿A ese tampoco le viste la cara?

052014030 17:28: No lo necesitaba. Identifiqué ese «puta zorra» a la primera. Javi, necesito que pongas a Alba a salvo para poder señalarle.

Javier 17:29: Alba se irá a Canadá en un par de semanas, me encargaré de ello.

052014030 17:30: Gracias. ¿Cómo está Lola?

Javier 17:30: Intentaste arruinar mi vida y has arruinado la tuya.

052014030 17:31: ¿Cómo está?

Javier 17:31: En peligro. ¿No te das cuenta de dónde nos has metido?

052014030 17:31: ¿Y el embarazo?

Javier 17:32: Olvida de una vez a mi familia. ¿Eres consciente de lo que nos has hecho?

052014030 17:33: Lo soy, y por todo esto no volveré a ver ni a mi propia hija…, tu hija. ¿Sabes? Fuiste el mejor padre que le pude dar a Alba y te perdí.

Javier 17:33: No es momento de lamentarse.

052014030 17:34: Te quise mucho. Nunca dudes que te quise más que a mi vida. Te voy a devolver todo lo que te robé, te lo prometo. Vas a disfrutar de tu familia. Voy a dar su nombre. Pero no firmes el acuerdo con la clínica. No dejes que ganen los malos.

Javier 17:35: Tú formas parte de los malos. No lo olvides.

052014030 17:37: Yo ya he perdido, y lo recordaré cada día que no pueda mirarme a un espejo, y cada día que no pueda tocar a mi hija. Ahora te toca ganar a ti. Arruínale, asegura el futuro de tus hijos a costa de mi error y de esta paliza que casi me mata. Yo le meteré en la cárcel y tú le llevarás a la ruina. No firmes el acuerdo; llega hasta el final.

Javier 17:38: No quiero ser tu socio. No quiero saber nada de tus historias.

052014030 17:40: Es normal que me odies, no te lo reprocho. Solo quiero que lo pienses y que no haya sido todo en balde. Piensa en tu bebé, piensa en Alba. Y si sale mal, te doy permiso para que acabes con mi vida. Créeme, te lo agradeceré. ¿Imaginas cómo será esa vida a partir de ahora? La reina de la belleza convertida en una mezcla entre el Joker y El fantasma de la ópera.

La propuesta quedó en el aire y Marisa no llegó a saber si Javier hubiera aceptado el trato, porque la policía fue más rápida que ella. El teléfono que le habían facilitado estaba siendo intervenido. El registro de aquellos mensajes quedaba reflejado y fue el detonante para que esa

misma tarde, los inspectores Fuentes y Rodillo, se presentasen en aquella habitación hambrientos de confesión. La decisión de Marisa estaba tomada, por lo que no les resultó difícil comenzar el proceso. Sin forzarla demasiado, Marisa entregó el nombre del verdadero autor: Ferrando Guzmán Ramos.

Hasta para ser malo, hay que ser bueno, y a este señor, por llamarle algo se le olvidó que cuando pactas con el diablo, no puedes darle la espalda. No tardaron mucho en detenerle. Y él mismo confesó quiénes habían sido los autores materiales del suceso, reconociendo haberles contratado.

No sé por cuántos años debía entrar en prisión, porque aquello a las pocas semanas de cruzar la entrada de la cárcel careció de importancia. La condena la cumplió en otra vida, si es que existía. Los sicarios, aunque no siempre forman parte del mismo bando, tienen muy asumido lo del corporativismo y cuando a unos los traicionan, aparecen el resto. La tarde que Ferrán se ahorcó en su celda, después de que sus compañeros la abandonasen, había recibido una visita enternecedora de una pequeña parte de esa corporación de la que hablaba antes. Fueron tan cariñosos con él, que decidieron enviarle al cielo para que viviese una vida entre ángeles.

Marisa decidió apartarse del resto de los mortales. Tras varios días sintiéndose como una momia, al desenvolverla de aquellos aparatosos vendajes, decidió que no quería ver en qué se había convertido su bello rostro. Eligió una granja de retiro espiritual en tierras gallegas, desde donde, vía telefónica, siguió manteniendo permanente contacto con su hija.

Alba viajó a Canadá, donde sigue viviendo junto a Rosana. Javier decidió no retirar la denuncia. Además de la recomendación de Marisa, Oscar su abogado, le dijo que estaba loco si estaba pensando en echarse atrás. Se sabía que era un juicio ganado de antemano y la cifra que se barajaba no era para desperdiciar. Sin embargo, los motivos que a él le habían promovido a meterse en ese pleito quedaban fuera del asunto. Pronto tuvimos la noticia de que el doctor se había suicidado, por lo que deshabilitar a aquel individuo ya era un objetivo inútil. Y arruinar a Marisa…, su vida ya era un sinsentido.

Pero yo me puse terca. Por una vez quise que mi opinión contase y no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Mi objetivo no era Marisa, mi objetivo era que esa clínica desapareciese, que sus descendientes no saboreasen el dinero generado por un truhan sin escrúpulos. En ocasiones me pregunté cuántas «Marisas» tendría el doctor en su agenda telefónica o cuántas falsificaciones más habría hecho. Tal vez yo no era la única damnificada. Puede que hubiese más falsos estériles en los oscuros archivos de aquella clínica. No quise dejar pasar aquello por alto, a pesar de que mi hijo iba a nacer por petición expresa de su padre y consentimiento de su madre. Quise exigir responsabilidades y, contra todo pronóstico, Javier me escuchó, y seguimos adelante con la demanda.



Capítulo 26

Enciende otro cigarrillo.

—No deberías seguir con ese vicio, acabará con tus pulmones.

Encoge sus hombros haciéndome saber que no le importa ni lo más mínimo su respiración. Estos gestos suyos, en donde parece que todo le da igual, son los que hacen que me pregunte qué narices hago aquí sentada, intentando soportar este vendaval de indiferencia.



Llegó el día en que rompí aguas, a pesar de que faltaban unos días para que llegase la fecha indicada. Aunque tan solo con palabras, me encontraba en un momento sexual provocado por unas frases picantes que intercambiamos antes de su regreso a casa. Solíamos hacerlo a menudo, y ese día yo le llamé para ir calentando el terreno. Ya no practicábamos la penetración, pero nunca nos faltaron infinidad de alternativas.

—¿Tardas mucho en llegar a casa?

—No, acabo en diez minutos. ¿Qué comemos?

—Tengo pollo al horno, intentando mantenerlo caliente. O podemos cambiar de menú. Si eliges color dejamos el pollo y me como otra cosa.

Me refería al color de la ropa interior.

—¡Lolitaaa…!

—¿Eliges?

—Prefiero que me sorprendas.

—Pues ya me he bajado las bragas, y te estoy esperando…, sin ellas.

—Estoy cerrando.

—Yo te espero abierta.

—¡Uf! Deja de decirme esas cosas…

—Me callo.

Y colgué. Sabía que me llamaría al subir al coche.

—¿Te has puesto ya la sorpresa?

—Sí.

—¿Cuál es?

—¿No querías sorpresa?

—Me va a chocar el pantalón con el volante. Vas a provocar un accidente.

—¡Mmm…!

—Aparcando, ni te muevas, te vas a enterar en cuanto suba…

Al abrir la puerta no me encontró y a voces me llamaba.

—¿Dónde estás? Me estoy abriendo la bragueta, ponte de rodillas que… —Se paralizó.

—Acabo de romper aguas. —Un charco rodeaba mis pies, y una penumbra su mente—. ¡¡Javier!! No te quedes parado, trae la fregona y mis zapatillas.

—¡Voy voy, ya voy!

Aquella «cosita» que iba a nacer, decidió que ese era el mejor momento para venir al mundo, en medio de una excitación que se vio frustrada por la caída del líquido amniótico. De nuevo «la cosita» se interponía entre Javier y yo, no dejándome disfrutar de la pasión.

El parto fue rápido, apenas tres horas, y la preciosa sorpresa se llamó Martina. Pesó tres kilos

trescientos gramos, y las sensaciones que se experimentan cuando tú ya habías dado por zanjada tu labor de procreadora de la humanidad, al ver que una pequeñaja vuelve a iluminar tú vida, te hacen sentir la reina madre del universo.

Mi padre, seguiría desde donde fuese, si es que estaba en algún lugar, añorando la llegada de ese nieto varón, pero seguro que estaría orgulloso de conocer a mi niña, que además iba a llevar su nombre. Mi madre…, la recordé tanto esos primeros días, sabiendo que, al igual que hizo con mis otras dos hijas, no se habría separado de mí. Mis hijas mayores seguían siendo mis niñas, ella iba a ser mi pequeñaja.

Qué equivocada estaba al pensar eso, esa pequeñaja iba a ser completa y absolutamente de su padre. Lo acaparó todo para ella, y ella para él. Creo que me aislaron de su círculo. Ya el primer día me lo advirtió Olga cuando llegó al hospital a visitarme. Yo yacía en la cama y Javier sentado en un sillón mantenía en brazos a Martina.

—¿Habéis pedido baberos a las enfermeras? —preguntó mi amiga.

—Solo es un bebé… —le dije.

—Son para el padre, que tiene la pechera ya empapada. —Olga reía—. Qué poco respeto me vas a inspirar a partir de ahora, jefe.

—A ver si dices lo mismo cuando te deje sin vacaciones. —Bromeaba él.

—Déjame a esta pequeñita —le habló a la niña—. Tu papá no sabe, que mamá no va a permitir que tía Olga se quede sin vacaciones. ¿Y en casa quién manda? Mamá, díselo tú…, la jefa es mamá.

—Mamá está de baja, no lo olvides… —Sonriendo Javier seguía bromeando con Olga.

—Mamá manda aun estando de baja. Y otra cosa voy a decirte, «mamá», esta te va a absorber a este —auguró señalando a Javier.

Y qué razón tenía.

A los pocos días de regresar a casa después del nacimiento de Martina, tuve que pedirle que me dejase cambiarle el pañal a mi hija, y eso solo fue el principio. Siempre había escuchado aquello de que a los hombres, a los cuarenta, les entra la *pitopausia* y necesitan renovarse buscando mujeres más jóvenes. Bien, pues a Javier le había entrado la *pitopausia*, la *papipausia* y cualquier «*pausia*» que exista…, todas en una. Menos mal que la renovación fue con mi propia y recién llegada hija. Parecía que se había esfumado su Lola, su loba y el mundo entero. Solo existía su lobita, como él la llamaba.

Fueron pasando los días, las semanas, y tocaba retomar nuestra pasión y nuestros momentos de buen sexo. Aunque lagunas, había. Como era lógico había que amoldar horarios, su trabajo, horas de sueño, tomas de pecho, baños, y sexo. A este último se le dejaba siempre para lo que sobrase; lo primero la lobita, y luego la madre. En parte era lógico. Lo que no era lógico era que cuando la niña dormía, el padre también le dedicase mi tiempo y se sentase a mirarla hasta que despertase de nuevo. Ese era el rato del que disponíamos para nuestras intimidades y él se lo dedicaba a ella en lugar de dármelo a mí.

Llegué a obsesionarme con el sexo, es decir, con la falta de sexo. Me había acostumbrado a tenerlo cuando quería y al nacer la niña eso cambió. Tener que gestionar aquellos encuentros, además de gestionar que yo ya no era su preferencia, me llevó a desearlo mucho más.

Luego estaban las prisas, porque cuando lo hacíamos ya no se podía emplear demasiados minutos en los preliminares ni en los posteriores, a sabiendas de que la niña podía despertar en cualquier momento. Aquello de juguetear toda una noche loca, quedarse relajado, saboreando el clímax, volver a jugar, repetir clímax, y de nuevo relajarse…, todo eso quedaba ya en el recuerdo. Había que hacerlo y espabilarse en la ducha y, además, nunca juntos, uno de los dos

debía hacer guardia. Por suerte, ese sin vivir pronto pasó.

Lo de pronto lo veo ahora desde la distancia, porque en su día fue eterno.

A los seis meses de nacer instalamos la cuna en la habitación de Sara que ahora sería la de Martina. Ya dormía casi doce horas seguidas por la noche, de nueve a nueve, y otras muchas más de día entre toma y toma. Se convirtió en la bella durmiente, y yo en la amante sedienta. Así, tal cual suena, sedienta, porque él seguía regando mi jardín con cuentagotas. Yo recordaba con anhelo esos días en que llegaba y me decía: «Ven aquí que no te voy a soltar hasta reventarte». Esos días me reventaba también…, por no soltarla a ella.

Es posible que tuviese celos de mi propia hija, yo no pensé en aumentar la familia. Cuando me quedé embarazada estaba viviendo una luna de miel y aquello me vino grande. A pesar de todo, vivía en absoluta felicidad.

La primera noche que Martina durmió sola en su cuarto pusimos los interfonos. Idea descabellada por supuesto. La niña sola, abandonada a su suerte, sin sus ojos observándola, una completa locura…

—¿Cómo va a dormir la niña sola sin que la veamos?

—Igual que viéndola, cierra los ojos y se duerme —le dije.

—¿Me vas a hacer esto? No voy a pegar ojo en toda la noche. —Lamentó.

—Javier, por favor, si sigues así acabaré dejándote.

—Mi abogado te enviará a la cárcel por abandonar a mi hija.

—Y el mío te demandará por abandono marital. Me tienes seca.

Me puse a desnudarle sin remirarme en nada, solo necesitaba echar un buen polvo sabiendo que no giraría su cabeza hacia la cuna. Llegué a dudar si me abandonaría en mitad del acto para ir a verla.

A pesar de todo, poco a poco fuimos recuperando nuestra normalidad en cuanto a pasión, y poco a poco iba asimilando que debía compartir al hombre de mi vida con aquella pequeñaja, que iba acaparando nuestra atención; de la suya mucho más.

Pasaban las semanas y Martina iba creciendo. Tía Juana se había convertido en asidua a nuestra casa, siempre con extrema prudencia; casi nunca venía cuando estaba Javier, decía que había que respetar las intimidades. La niña se acercaba a los once meses y seguía siendo el foco de atención de su padre. Yo seguía de excedencia y él seguía en Valencia. Su estancia se alargó más de lo previsto, y éramos conscientes de que en cualquier momento llegaría el final.

Y lamentablemente llegó.

La visita de un alto cargo con una propuesta en la cartera, puso nuestra vida en común patas arriba. La madre de Manolo falleció y él se reincorporaba a su puesto de director dejando a Javier fuera del equipo. Por suerte, la cercana jubilación de Montse le mantenía con un pie asomando en la delegación de Valencia, aunque con condiciones. La empresa hacía ya unos años que había empezado a expandirse en Sudamérica, y querían ir más lejos.

—¿Dubái?

—Dubái.

—¿Es una broma? —Le miré a los ojos—. En serio, quieres gastarme una broma.

—Es trabajo; no bromeo.

¿Trabajo? Su trabajo estaba en España. Llevaba meses preparándome para una posible mudanza a León y, ¿me hablaba de Dubái? No podía concentrarme y lo único que pensaba era: «¿Qué mierda es esta?». Solo el hecho de escuchar el nombre de ese país bloqueó la entrada de cualquier información añadida.

—¡Lola…, Lola…! ¿Quieres atenderme?

—¡No no y no!, no vas a irte. Despídete.

—¡Está bien! Cuando usted decida escucharme hablaremos. —Se levantó de la silla y se fue a la habitación.

Yo también abandoné mi comida y sacando a Martina de su trona, la tomé en brazos y le perseguí. Al entrar en mi cuarto, le encontré tumbado con los zapatos puestos y en mi papel de ama de casa, al que no me quedó más remedio que aferrarme en aquellos meses, le señalé los pies para que se descalzara. Eso me llamó la atención, ya que Javier era extremadamente meticuloso con la higiene y este tipo de detalles le caracterizaban. Estaba tan descentrado como yo, o más. Dejé a Martina a su lado y, por fin, le pregunté por las condiciones.

—Cuatro semanas, regreso ocho días a casa, vuelvo otras tres semanas y vuelvo. Fin de la expedición. Montse se prejubila y el puesto es mío. Coordinador regional de la delegación de Valencia, sin retorno. Definitivo. El tiempo en Dubái dobla salario y vacaciones. Lo de las vacaciones sería indefinido, a partir de este año dos meses anuales.

—¿Necesitamos dinero?

—Sabes que no.

—No veo dónde está la parte tentadora.

—El ascenso, los dos meses de vacaciones. He pensado que podríamos instalarnos esos dos meses en mi casa. Incluso he barajado la posibilidad de viajar a Canadá y ver a Alba. Solo son dos meses fuera. Deberíamos al menos pensarlo.

—¿Sabes cuánto crece tu hija en dos meses?

—Sí, lo sé. ¿Sabes tú lo que yo disfrutaría de ella en esos dos meses de vacaciones cada año de mi vida?

Eso fue un chantaje emocional en toda regla.

Un día antes del viaje, y preparando su equipaje, intenté controlarme para que aquellas últimas horas no fuesen un torbellino de reproches. Imposible. Había cedido a su decisión en total desacuerdo a este viaje y sabía que esas siete semanas iban a ser setecientos infiernos.

—Venga, desahógate, te noto contenida —me dijo cruzando sus brazos.

—No voy a hablar, no quiero discutir.

—Explotarás…

Él lo tenía demasiado claro. Y así sucedió. Exploté.

—Estamos esperando cobrar una porrada de millones como para comprar la empresa y Dubái juntos, y a ti se te encapricha irte. No sé qué coño se te ha perdido en Arabia. —Y de un golpe, solté los dos cinturones enrollados dentro de la maleta.

—Emiratos, Lola, Arabia es otro país.

Lo mío siempre fueron las matemáticas. De no haber conocido al merluzo de mi ex, hubiera sacado una brillante carrera de ciencias, pero la geografía…

—¡Me importa un huevo Emiratos, Arabia, China, Brasil y el mundo entero!

—Hasta que no salga el juicio no des por ganado ese dinero. Y para eso, ya dijo Oscar que faltaban unos cuantos meses. Ya hemos hablado de esto y sabes que no lo hago por dinero, lo hago por calidad de vida.

—Lo haces por ti, sin pensar en mí.

No era cierto, cuando me enfado puedo llegar a ser demasiado torpe. Entre tanto, él aguantaba el chaparrón resignado.

—Lo que menos necesito es irme estas cuatro semanas estando enfadados.

—Claro, solo cuenta lo que necesitas tú.

—¿Y tú?, ¿necesitas que nos enfademos?

—Lo que necesito yo ya no importa. —Bajé mi cabeza quejándome.

Bordeó la cama y vino hacia mí. Contra mi voluntad, sus brazos se apoderaron de mi cintura ejerciendo presión contra su cuerpo. No me quedó otra que empezar a ceder.

—Vamos a hacer una cosa —me dijo—, nos enfadamos, dejamos de hablarnos hasta que me vaya, mañana pido un taxi que me acerque al aeropuerto, no nos despedimos, y cuando vuelva dentro de tres semanas echamos un buen polvo y hacemos las paces. Esos polvos son los que más cachonda te ponen.

—¡Vete a…!

Me besó, no me dejó decirle que destino era el que yo había elegido para él en ese momento. Como siempre, me vi obligada a ceder a sus antojos.

Antojo…, antojo…, claramente, antojo no era.

—No debería dejar que me beses, debería ponerte en cuarentena hasta que vuelvas.

—Vale, que empiece mañana la cuarentena. —Seguía besándome sin parar.

—Dime que me vas a echar de menos.

—Lola, llevo una semana sin dormir pensando en las cuatro siguientes.

—¿Volveremos a las citas en la pantalla?

—Claro, y a las telefónicas calientes también.

—Seguro que te has ofrecido voluntario por eso.

—Seguro, siempre es mejor eso que un buen polvo comiéndote los pechos, rozando tu cuello, tocando este culito, y metiéndotela hasta reventarte.

Me miró y leí en su mirada que en nada me quitaría toda la ropa. Y eso era justo lo que yo deseaba que hiciera.

Tía Juana se quedó con Martina para que yo pudiese llevar a Javier al aeropuerto. Allí la despedida fue tan trágica como la de aquel día que él regresaba a León. Tal vez porque mi cabeza retomaba el recuerdo de lo sucedido a causa de la separación. ¿Tenía miedo? Seguro que sí, y no quise ni tan siquiera pensarlo. Me convencía de que ahora todo era distinto, teníamos una hija y lo nuestro ya no era una relación; habíamos formado una familia que él adoraba y de seguro nunca pondría en peligro.

Pero…, ¿y yo?

Parecía que alguien le había soplado al oído que Javier me dejaría sola y que era el momento oportuno para enviarme un mensaje. Sospeché incluso de Olga, y le pregunté si ella tenía algo que ver con ese wasap.

—Hace más de dos meses que no voy a terapia, y no es mi amigo, es el tuyo. Yo no le escribo ni le hablo fuera de consulta. —Fue rotunda.

—Vale, lo siento. Pensé que era mucha casualidad. Javier se fue ayer y…

—¿Vas a responder?

—Creo que sí. No hay motivo para que no podamos hablar.

—Bien, mantenme informada del bonito encuentro.

Percibí en ese mensaje unos cuernos, un tridente y un largo rabo, todos ellos rojos.

Respondí al mensaje de Mario donde me emplazaba para vernos en un almuerzo. Accedí a un encuentro, no sé si acertadamente; supuse que él habría dado por suficiente aquel tiempo que necesitaba para que todo se enfriase. Seguía conociendo a la misma mujer de la que me habló la última vez que mantuvimos contacto por chat, y vendrían juntos a la cita. Eso me tranquilizaba, la presencia de ella impediría que los reproches floreciesen de nuevo. Llamé a tía Juana con el pretexto de tener que hacer unas compras, para que se quedase con Martina, y cerca de la una y media me dirigí al lugar.

Llegué antes que ellos y me senté a esperar en una mesa al fondo del restaurante. Estaba nerviosa, no sabía cómo tenía que reaccionar cuando llegasen, y me distraía mirando a mi alrededor intentando calmar esos nervios. En la barra del lugar, unos tipos no dejaban de mirarme y eso me puso más nerviosa si cabía, hasta que les vi aparecer. Ella caminaba delante de él, joven, bastante joven, entrada en carnes y marcando curvas, con una larga cabellera tan lacia como rubia y una alegre sonrisa en su rostro. Detrás, él, mi queridísimo Mario, serio, mirada congelada dirigida a mí en todo momento, la mía correspondiéndole, y en mi cabeza un pensamiento impuro: «Sigue siendo *atractivísimo*».

Ya a mi lado un par de besos a Lidia, que así se llamaba la joven, y otro para Mario. Tuve que contener mis ganas de lanzarme a sus brazos y abrazarle como tantas veces habíamos hecho antes de que Javier regresase a recuperarme. Seguía echando de menos esas cosas con él.

—Voy al baño, vuelvo en nada. —Aún no habíamos empezado a comer y la chica se excusaba.

—Es muy joven —le dije a Mario.

—Sí, lo es —afirmó.

No es que yo tenga nada en contra de la diferencia de edad en el amor, pero reconozco que me sorprendió. Y mucho.

—Y guapa…

—Sí, también es guapa. —Él sonreía—. ¿Cómo va todo por casa?

—Ahora, bien, aquella locura pasó y parece que vuelve la calma. Sin contar lo de Dubái, por supuesto. Solo serán dos meses.

—¿Qué tal tu niña?

—Bueno…, ella es…, me ha devuelto la juventud. Parece que he vuelto a mis dieciséis o veinte años cuando nacieron mis hijas. En parte te lo debo a ti.

—No me debes nada.

—Se parece mucho al padre.

Un cruce de sonrisas nos convirtió en los mejores cómplices.

La joven Lidia salió del baño. Al acercarse a la barra para pedir una botella de agua, me quedé paralizada mirándola. Desprendía rayos de felicidad —supongo que con Mario eso era muy fácil —; no perdía la sonrisa ni un solo segundo. Mis ojos, sintieron la tentación de girar levemente en dirección a mi amigo, y me di cuenta de que todo el tiempo que yo la miraba a ella, él me estaba mirando a mí.

—Deberías cambiar el destino de tu mirada —expresé.

—¿Cómo?

—Deberías mirarla a ella más que a mí.

—Necesito mirarte a ti más que a ella.

—No sigas por ahí o me iré —le dije decidida.

—No me malinterpretes, con ella estoy casi a diario, y es un cielo de niña. Lo que sucede es que he echado mucho de menos a mi amiga. Nuestra amistad, esa que tú querías recuperar.

Sentí alivio, como cuando has inflado un globo hasta tal punto que crees que va a explotar y sin anudar lo sueltas y el globo hace ¡prrufff! Pues esa era yo, un globo soltando el *prrufff*, por fin. También me sentí un poco ridícula.

—¡Vaya! Lo siento, he sido un poco torpe.

—Tú nunca eres torpe, en todo caso poco delicada.

Reímos, reímos, y en ese preciso instante, fui consciente de cuánto le había echado de menos.

La despedida llegó. Lidia ya había subido al vehículo y esperaba, mientras que nosotros, sin

palabras, supimos lo que nos apetecía a los dos. Cuerpo a cuerpo aquel abrazo sabía a café caliente en medio de un alud. Unas palabras en la despedida unían nuestros pensamientos.

—No deberíamos haber tardado tanto en hacer esto.

—Supongo que no —reconoció.

—¿Volveremos a vernos pronto? —pregunté.

—Antes de lo que esperas.

Cuando llegué a casa, tía Juana me había preparado la merienda. Tarta de queso y arándanos. ¿Así cómo iba a poder perder aquellos cuatro kilos que se habían quedado instalados en mi cuerpo después del parto? Esos cuatro y los otros cuatro que yo ya tenía adquiridos por cuenta propia, empezaban a plantearme seriamente corregir mis hábitos alimenticios. Sobre todo, cada vez que me ponía un pantalón vaquero y tenía que mantener mi respiración hasta poder abrochar el botón. Mi tía me servía un café y un trozo de pastel y yo murmuraba: «Mañana empiezo la dieta».

Esa misma noche me sinceré con Javier. Tenía que decirle que había estado con Mario, de no haberlo hecho me hubiese sentido infiel. Los volteos de mi cabeza nunca quedaban quietos y pensé que quedar con un amigo no era ser infiel, ocultarlo, un claro indicio de «algo», y por «algo» se empieza… No quise entrar en esa dinámica y se lo conté.

—Tienes mala cara. ¿Qué te pasa?

—Me remuerde la conciencia. Todo es culpa de mi tía. Ha venido a quedarse con Martina y me ha hecho una tarta de arándanos. Encima se va y no se lleva nada. Ahí la ha dejado en el frigo, entera, con un letrero que dice: «Olvídate del peso y hasta la última migaja». ¡La odio!

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué boba eres! ¿Qué tal el día?

—He visto a Mario. —A través de la pantalla me miraba y callaba—. He comido con él, bueno con ellos. Venía con su novia. —Ahí se le iluminaron los ojos como si hubiese tenido el sol en sus manos—. Es joven, muy joven, no quise preguntar su edad; no creo que llegue a los treinta.

—Y él, ¿cómo está?

Creo que se percató de que lo único que me preocupaba era la acompañante de Mario. ¿Celos? No, no lo eran, aunque puede que Javier lo pensase en algún rinconcito de su ser.

—Muy bien, le he visto feliz —seguía hablando de la compañía—, ella es puro nervio, será su juventud. Cuando vengas me gustaría poder verle. Es decir que le veamos juntos. Solo si quieres.

—Claro, no hay motivo para no hacerlo.

Nos quedamos callados. Aquel encuentro no le supo nada bien, y mucho menos a los dos días de haberse marchado. Parecía que había una premeditación en ello y, al igual que yo sospeché que era demasiada casualidad, imagino que él, desde tan lejos, pensaría lo mismo o peor.

—¿No me cuentas nada? ¿Cómo es Dubái? Las fotos que me enviaste ayer del hotel eran espectaculares. Menuda vidorra te vas a pegar a costa de mi soledad.

—¿Vidorra? Llevo dos días aquí y ya me estoy arrepintiendo. Así que imagina lo que me espera.

—¿Qué te pasa?

—Os echo mucho de menos.

«Seguro que a Martina mucho más que a mí».

—Nunca me quieres hacer caso. Anda…, no lo pienses, en cuanto te despistes habrá pasado.

—Supongo, el reloj nunca se para.

Con las palmas de sus manos frotó su rostro como queriendo despejar aquel pensamiento, y tras ello se quedó mirándome a través de la pantalla. Incluso por el ordenador, esa mirada seguía

ardiéndome tanto como el primer día. Y más si encima iba acompañado de ciertas palabras, como las que empezó a soltar para calentar mi cuerpo. En concreto mi entrepierna.

—¿Te has duchado?

—Sí.

—¿Qué llevas puesto?



Capítulo 27

Decido marcharme. No soporto que me presione con la mirada cuando no encuentra palabras. Al subir al coche, respiro y cojo el teléfono para comprobar la hora. Un nuevo mensaje vuelve a alterar mis pulsaciones.

Entrante 19:37: ¿Vas a abandonarme?

He dejado ese mensaje sin responder. Me chantajea emocionalmente y tengo que poner freno a esto.



Las primeras semanas que mantuvieron a Javier en Dubái, pasaron despacio, demasiado despacio para las ansias que yo tenía porque volviese. En esos días, de nuevo volví a ver a Mario, a pesar de que sabía que a Javier no le entusiasmaban esos encuentros. Esa vez me sorprendió acudiendo solo.

—¿No ha venido Lidia contigo?

—No. He preferido estar a solas contigo, como en los viejos tiempos.

Ahí ya mis manos comenzaron a sudar, mi voz se esfumó y mis ojos se congelaron sobre los suyos, que no dejaban de intimidarme.

—¿Cuándo vuelve el padre de tu hija?

—Se llama Javier.

—Siempre me costó pronunciar su nombre y no sé si debería decir: marido.

—Moralmente lo es, aunque no estemos casados.

—Está bien. ¿Cuándo vuelve tu marido?

—Faltan diez días.

—¿Cómo lo lleváis?

—¿La distancia? No es la primera vez que nos separamos, es cierto que ahora con la niña, todo se me hace mucho más cuesta arriba. No es lo mismo que tengas una relación en la distancia y tengas que asimilar el verte de vez en cuando, que tener una familia y una convivencia. Esto se lleva peor.

—Seguro que esta vez, a ti te sale mejor.

—Muy bien, Mario, la cita estaba siendo idílica —le reproché.

—¿Cómo va la relación?

Mi cuerpo entero se convirtió en un bloque de cemento que tardó demasiado en responder.

—¿A qué viene eso?

—Recuerda que soy tu psicólogo —dijo—. Solo quiero saber si estás bien. Si te cuida, si eres feliz.

Eso es lo que quería saber, si yo era feliz. Me pregunté durante varios días qué hubiese pasado si le hubiese dicho que no lo era.

—Lo soy, y lo sabes. Sigues haciendo preguntas que hacen pensar cosas.

—No es mi intención.

Sí lo era, estoy segura de que sí lo era.

—¿Por qué no me cuentas cómo te va a ti con esa joven que te has echado por novia? ¿Cómo la conociste?

—¡Ja, ja, ja! Defendiéndote con un ataque, no es propio de ti.

—Bueno…, ya sabes, renovarse o morir. Cuenta.

—Me abordó, no me pude resistir. Cuando tienes cuarenta y cuatro años y una mujer de treinta te dice que quiere comerse el mundo contigo, además de querer comerte otra cosa…, te entregas a la vida.

—¡Mario, por Dios…! No seas ordinario —dije entre risas.

—La ordinariez a veces es tan apropiada como la cursilería.

—No te pega nada.

—¿No? Vaya…

—No. No te imagino diciendo ciertas cosas.

—Te aseguro que las utilizo. A veces pienso que no tenía que haber sido tan correcto contigo.

Incorporó su espalda acercándose a mí, y con un gesto supe que quería que me acercase. Lo hice para que hablase bajito y no le oyese nadie.

—Yo también digo…, polla…, coño…, chúpamela…, quiero follarte…

De no haber sido porque sonriendo echó de nuevo su espalda hacia su asiento, hubiese pensado que aquel «quiero follarte», era una petición. Algo por dentro me bullía, sin poder descifrar qué cojones era.

Siguió hablando.

—Pero claro, las mujeres veis una corbata y pensáis que en lugar de decir «vamos a follar», decimos: «¿Querida, me das permiso para hacer el acto destinado a la gesta de un nuevo ciudadano del mundo?».

—¡Ja, ja, ja! Eso sí es una cursilada.

De nuevo salían esas risas que tantas veces había compartido con él, y que desde hacía varios meses andaban desaparecidas.

—Y…, ¿qué planes tienes con ella?, porque se te pasa el arroz.

—Gracias, Lola, a mi edad eso es justo lo que hay que decirle a un amigo.

—No te pongas en plan ofendido. Ella es joven y querrá algo más que un par de polvos.

—Son bastantes más de un par.

—¿Puedes responder en lugar de presumir?

—No hemos hablado de eso. Y yo no quiero hablar de eso —se acercó de nuevo a mi—, prefiero quedarme en lo de «quiero follarte».

De nuevo me descoloqué. Y comencé la operación escapada.

—Tengo que irme, se hace tarde y tengo un bebé que atender.

—No te asustes, no te pediré que te acuestes conmigo. —Comenzó a reír.

—¡Eres un perfecto imbécil! que lo sepas. Estás queriendo intimidarme.

—¡Ja, ja, ja!

Aquellas risas me supieron a gloria, recordándome las de nuestros encuentros cuando Javier había desaparecido de mi vida. Salimos de la cafetería y me acompañó hasta el lugar donde yo había aparcado mi coche. Allí nos despedimos amigablemente emplazándonos a un nuevo encuentro y, una vez sentada en el asiento, por el retrovisor contemplé aquella espalda alejándose, mientras mi Lola *«metededito»*, me hablaba.

«¿Qué? ¿Imaginando esa espalda empujando?

»No.

»Estuviste a punto.

»Déjame.

»Lo debe hacer de lujo, para que una treintañera se haya vuelto loca por él.

»El amor no tiene edad.

»Y los buenos polvos tampoco.

»Yo ya tengo mis buenos polvos y al amor de mi vida.

Disipando aquellos pensamientos que tengo claro no pasaban de simple curiosidad, arranqué el motor y me fui a casa. Allí me esperaba mi hija con tía Juana que pronto se marchó. Me aligeré en bañar a la niña y llevarla a la cama; necesitaba estar libre para cuando Javier me llamase. Desde tanta distancia nuestros días eran eternos esperando la llegada de esos momentos nocturnos.

Como siempre, mi hija no tardó en dormirse y aproveché rápido para darme una ducha. Todavía con mi pelo mojado y envuelta en mi albornoz, recibí dos mensajes.

Mi Javier 21:14: Se me ha estropeado el portátil, te llamo por teléfono en diez minutos.

Mario 21:14: No quería intimidarte, te estaba poniendo a prueba.

No sé cuál de los dos me supo peor.

Puntual, diez minutos más tarde, Javier hizo videollamada con el teléfono.

—¿Qué te ha pasado con el portátil? —pregunté.

—No lo sé, se ha bloqueado y no podía ni tan siquiera cerrar sesión. He tenido que desenchufar, y al conectar de nuevo, otra vez se ha bloqueado. Mañana preguntaré en recepción dónde puedo repararlo.

—Bueno, no te enfades, tendrá solución.

—Eso espero. ¿Y la niña?

—Durmiendo, luego te paso un video que le hemos hecho mientras comía.

—¿Ha estado tu tía en casa?

—Sí, necesitaba ir a la peluquería. Y ellas disfrutan estando juntas.

Obvié mi encuentro con Mario. Todavía no sé por qué, pero después de aquel mensaje, tuve la sensación de que no debía contarle que le había vuelto a ver. Y la cagué. Me cagué.

—¿Has ido a la peluquería y te lavas la cabeza?

«A ver cómo sales de esta, Lola».

—Ya te digo. Tengo un cabreo…, pues no me dicen que si quería probar una nueva mascarilla gratis. Mira, me pica todo. Mañana me van a oír.

—No sé para qué te dejas experimentar. Aunque sea gratis.

—No me pillan más, te lo aseguro.

«Cómo te has escapado…

»Por los pelos…

»Esos que no te han *enmascarillado*.

—Va quedando menos…, cuento los días —me dijo con voz cálida.

—Yo también, mi vida.

—¿Sabes que estuve pensando anoche?

—No.

—Cuando coja las vacaciones nos iremos a León. Vamos a hacer vida de ermitaños. Invitaremos a tu tía. Tres días.

—¿Solo?

—Solo, los suficientes para irnos tú y yo a la cabaña del ventanal.

—A veces tienes ideas muy buenas.

—Si te cuento todas las que tengo…

—Si te cuento yo lo que imagino.

—Cuéntamelo. ¿Qué imaginas?

—Pues…, te imagino saliendo de esa gran bañera, yo esperándote en la cama, completamente

desnuda tapada solo con la sábana. Te imagino mojado y envuelto con una pequeña toalla, la misma con la que cubres mi rostro no dejándome contemplarte. Imagino tus manos merodeando por mi cuerpo a través de la sábana.

—Sigue, Lola.

—Me imagino retorciéndome, ardiendo, mientras con tus manos dibujas mi silueta sobre esa tela que me cubre. Te imagino duro, caliente y escuchando mis jadeos.

—Me estás subiendo la temperatura.

—Te imagino a los pies de la cama arrastrando la sábana por mi cuerpo hasta dejarme al descubierto. Te imagino mordisqueándome, sintiendo tus dientes sin poder verte.

—Me muero por ver ese cuerpo… —Su respiración ya no era regular.

—Te imagino… —Suspiré.

—Lola…

—Sí…

—¿Sabes lo que quiero ahora?

—Dímelo…

—¡Quiero *follarrrteee*…!

Y al escuchar ese «quiero follarte», mi mente se trasladó a otro lugar. Un sentimiento de odio y vergüenza se mezclaron dentro de mí. Estaba teniendo una relación sexual, aunque telefónica, con el amor de mi vida, y tan solo dos palabras acababan de fastidiar todo. Me mantuve en silencio, nada ardiente salía de mí boca. Él se percató de que algo me pasaba, aunque seguía excitado. Tuve que inventar una excusa; otra mentira.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Me pareció haber escuchado a Martina. Nada, sigue durmiendo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Lo siento. Si quieres seguimos.

—¡Esto es una mierda!

—¿Cómo dices?

—Me refiero a esta situación, tú ahí, yo aquí, calientes, sin poder tocarnos. No debí aceptar esto.

Tanta distancia nos lo estaba poniendo demasiado difícil.

Se acercaba el regreso de Javier, solo faltaban tres días. También el cumpleaños de Martina estaba por venir y me atormentaba la idea de que cualquier contratiempo retrasase el regreso de su padre. Dado mi historial de buena suerte, había muchas probabilidades de que así fuese. No obstante, desde mi punto de vista de positividad total, esa mañana decidí acudir a un almacén de esos donde encuentras de todo para montar una fiesta, incluso payaso. A ese me lo encontré a la hora de pagar.

—Diecinueve euros, señora.

¿Señora? Ya empezó mal.

—Perdona, creo que hay un error. Mis cálculos son catorce. —Repasé la cuenta y los precios no coincidían—. Este producto no está bien en el ticket, pone nueve y en el lineal ponía cuatro —señalé.

—Puede ser, lo que vale es lo que marca el ticket, señora. Porque a veces el lineal no está actualizado, y la caja sí.

¿Me tomaba por imbécil?

Pues sí, me tomó por imbécil. Pero claro, si alguien en este país conoce las hojas de reclamaciones, esa soy yo. De hecho, creo que debo estar en el *guinness* como clienta que más ha

pedido. Es más, incluso creo que se está barajando la posibilidad de que, en los talonarios de dichas hojas, haya siempre una donde ponga: «Reservada para Lola Ballester».

Después de una diferencia de opiniones le exigí la susodicha hoja para presentar la correspondiente reclamación. Rápidamente llamó al encargado que sin dudarlo fue al lineal a comprobar que el precio que marcaba eran cuatro euros. Recibí unas disculpas a la vez que ordenaba al cajero que procediese a la devolución. Salí de allí echando chispas, porque si algo me revienta es que un mocoso me quiera tomar por imbécil pensando que soy una vieja que no se entera de nada.

—Recuérdame que aquí no tenemos que volver, hasta que ese payaso abandone la caja —le dije a Martina en voz alta.

Al entrar en mi vehículo un detalle me dejó algo perpleja. Del almacén salía un hombre corpulento, y a pesar de no ser nada fisonomista, en ese momento habría jurado que era el mismo tipo que me miraba en el restaurante aquel día que quedé con Mario. Llegué a pensar en la posibilidad de que Javier me hubiese puesto un espía en su ausencia. Ya sabemos cómo se las gasta mi cabecita. De nuevo el sonido del teléfono me alertó y pensé: «Qué estupidez». Al cogerlo, vi que tras esa llamada había otras cuatro de Javier. Demasiadas a mi parecer y un poco inquieta le llame, sin obtener respuesta. En menos de cinco segundos una videoconferencia me aclamaba.

—¿Dónde te metes? Llevo media hora llamándote.

—Peleándome con un payaso. —Todavía estaba alterada.

—¿Qué?

—Nada, déjalo. ¿Qué pasa? ¿Por qué llamas a esta hora? ¿Hoy no trabajas?

—No, no estoy trabajando. He salido a dar una vuelta.

—Nosotras también —enfoqué a mi hija—, mira Martina, papá…, dile todo lo que hemos comprado para el cumple. Tienes ya el billete de regreso. ¿Sabes ya día y hora?

Yo hablaba sin dejar de enfocar a mi hija.

—Sí, sé el día y la hora. Tengo algo que decirte y puede que no te guste.

Eso me enfadó, estaba segura de que el viaje se iba a retrasar y yo no estaba para retrasos. Puse el móvil delante de mi cara y me alteré un poquito. Solo un poquito.

—¡Lo que me faltaba! ¡Si no me va a gustar, no me lo digas! ¡¿Para esto llamas?!, ¡¿para decirme que hay retraso?! ¡Si lo sé no descuelgo! ¡Ya sabía yo que algo así pasaría…, me lo estaba oliendo! ¡Como no estés aquí para el cumple de tu hija no vuelvas! ¿Por qué te ríes?¡Ni pizca de gracia me hace!

Lo que decía…, un poquito.

—Cuando quieres comportarte como una niña, mira que te sale bien. —No dejaba de sonreír poniéndome ojitos—. Mira dónde estoy dando un paseo.

Comenzó a girar su teléfono, haciendo que yo contemplase aquel maravilloso paisaje, lleno de grandes vigas amarillas, igualitas que las del aeropuerto Adolfo Suarez. ¿Madrid? ¿Estaba en Madrid? ¡Sií!, estaba en Madrid. Giró su teléfono enfocando su sonriente rostro.

—¡¿Qué haces en Madrid?! ¡Martina…, que viene papá! —hable bajo porque la niña estaba delante—. Eres un mamón, ¿cuándo vas a dejar de tomarme el pelo?

—¿Me vuelvo? —El cabronazo reía con ganas.

—Sí. Ya te puedes ir por donde has venido. —Mi rostro ya era puro placer.

—Entonces, ¿llamo un taxi cuando llegue a Manises?

Mi entusiasmo ya no me dejaba razonar.

—¿Un taxi? No, bueno lo que quieras, o voy yo, o si prefieres te esperamos en casa, o… no sé,

dime. ¿Qué hago?

—Al menos, veo que tienes ganas de que regrese. ¿Quieres relajarte?

—No, no puedo —dije entre risas y emoción—. Voy, voy a recogerte. ¿A qué hora llegas?

—A las cuatro.

—¿Uf! Qué ganas tengo de verte… —Y a través de aquella pequeña pantalla del móvil lancé un te quiero que él recibió con el mismo entusiasmo.

—Lola.

—Dime.

—Trae a la niña.

—Claro…, pensaba que ibas a decirme que ropa interior debía ponerme. —Otra vez primero la niña.

—Eso me da igual, no me voy a fijar en lo que lleves puesto.

—Qué poco romántico. —Retorcí un poco mis labios.

—¿Romántico? Ya habrá tiempo para ser románticos. Hoy todo será fuego.

—Ya me estás quemando… —Le miré ansiosa.

—Y si no llevas ropa interior, tampoco pasa nada. —Qué canalla era.

—Voy para casa, le doy de comer a la niña y salimos para Manises. Por cierto…, tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa?

—Sorpresa sorpresa.

Me dirigí a casa un tanto atacada, tanto, que tuve un percance con unos individuos que circulaban en una potente moto por mi izquierda. Intentaba cambiar de carril y no había forma de que se apartasen. La gente toma posesión de la calzada y se cree que los demás pagamos impuestos para que solo ellos circulen por las vías. Entre payasos y motos me estaban rematando el día.

A las doce, ya en casa, le di de comer a Martina y tras preparar mi pantalón, aquella famosa blusa blanca de botones que tanto nos unió años atrás, y ropa interior de lo más sugerente, me metí debajo de la ducha sin dejar de mirar la hora. A mis cuarenta años y recién dada a luz, apenas once meses atrás, me sentía pletórica, con ganas de comerme el mundo y, sobre todo, con unas ganas ilimitadas de comérmelo a él.

Por cierto, recordé que debía devolver el tanga a su correspondiente cajón.

Llegamos al aeropuerto a las tres y media, de nuevo atacada y de nuevo otro percance con otro motorista. Hubiese jurado que era la misma marca de moto; demasiada casualidad. Martina dormía su siesta y, entre tanto, yo me senté en un asiento a esperar, sacando mi móvil y enviando un mensaje: «Desesperada ya». No recibí respuesta, iba en modo avión. Hasta las 16:05, en que un «no queda nada» me confirmaba que había tomado tierra. Estaba tan nerviosa que no sabía si mi sorpresa saldría bien.

Me dirigí hacia la puerta de llegadas impaciente por su salida, y aun sin quererlo, no me quedó más remedio que despertar a la niña y cogerla en brazos. Fijé mis ojos en aquel pasillo y entonces… le vi… ¿Cómo podía seguir encantándome tanto su porte y su caminar? Fue increíble la sensación de comprobar que seguía provocando en mí interior ese tsunami que hacía que todas mis mariquitas se revolcasen. Ver acercándose a mí, ese cuerpo de *modelazo*, hacía vibrar todo mi esqueleto sabiendo que pronto iba a ser devorado por mí. Cuando él nos vio, el rostro se le iluminó.

Y ahí llegó mi sorpresa.

Hacía siete días que Martina había dado sus primeros pasos. Pensé en hacer un video para

mostrárselo, y me parecía cruel que los primeros andares de su hija, los viese a través de una pantalla. Decidí no contarle la novedad y esperar a que llegase. Todavía a cierta distancia bajé a mi hija al suelo sujetándola de las manos, y cuando él se percató de lo que iba a suceder, aligeró su paso hasta que llegó a unos tres metros de distancia. Allí, dejó caer su cuerpo sobre sus rodillas y abriendo los brazos no pudo evitar emocionarse.

—¡No puede ser…! ¡Ven aquí… ¡Vamos, ven aquí, lobita!

A un metro de él, más o menos, la solté y caminó hacia su padre tambaleando. Ese momento si era digno de haber sido grabado. Se afianzó tanto a su hija que por un momento pensé que olvidaba que yo estaba allí. Qué tonta puedo llegar a ser a veces. ¿Cómo iba a olvidar eso? Se levantó con Martina en brazos y me rodeó por la cintura fuertemente. Yo me aferraba como podía a su espalda, mi hija acaparaba gran parte de su cuerpo y no me quedó más que conformarme con lo que quedaba.

—No sé si voy a poder volver ahora que os tengo tan cerca —susurró.

Cogió su maleta sin soltar a la niña, y caminando hacia el coche íbamos haciendo planes. Como siempre, había prioridades, y me puse celosa.

—¿Con quién va a dormir Martina esta noche? Porque nos vas a dejar, ¿verdad, Mamá?

—¡Qué remedio…! —dije desganada.

Yo ya tenía asumido que poco podía competir con mi pequeña. Pero era tremendamente feliz y sabía que él también venía con ganas de mí, así que consintiendo que Martina invadiese mi cama, fui consciente de que, en algún momento, ese hombre me iba a dar lo que yo necesitaba. Al subir al coche para dirigirnos a casa, me abordó lanzándose sobre mí.

—¿Aguantas a llegar a casa o te bajo aquí mismo las bragas?

—¡Uy! Dijiste que viniese sin bragas. Creo que es mejor llegar a casa. Aquí con la niña…, un poco violento.

—¡¿Has venido sin bragas?! Déjame que lo compruebe.

—No no, anda, vámonos.

—Solo comprobarlo ¡Loba…! —Su mirada era de lobo hambriento.

—Esto está lleno de gente.

Se retiró a su asiento.

—Está bien, pero decirme que no las llevas y obligarme a marcharnos, es cruel.

Arrancó el coche y como una loba me lancé a ese cuello que, desde que le conocí, había sido mi perdición. Mi mano comenzaba a navegar por la botonadura de su pantalón y la suya ya no pudo resistirse a pasear entre mis piernas. Yo no quería un polvo rápido en el asiento del coche y menos con mi hija detrás observando.

—Arranca y vamos a disfrutar de esto bien, en casa, creo que me lo merezco. Y te aseguro que no las llevo. Esto lo digo para que vayas calentando motores.

—¡Je, je!, qué jodidamente mala eres.

De regreso una moto delante y otra detrás nos impedía aumentar la velocidad. «¿Más motos?», pensé.

—Deben haber puesto promoción de tres por dos en motos. No dejan de cruzarse en mi camino.

—Sí, cada vez hay más; se ahorra en combustible y no te vuelves loco aparcando.

Mis protestas por la impaciencia se hicieron audibles hasta llegar a casa. Una vez allí, dejé a Martina dormida en su cama, y llegó la hora de encenderlo todo.

Todo, todito, todo.

—¿Vas a ducharte? ¿O quieres comer algo primero?

Con la mirada leí su pensamiento: «No eres más tonta porque no lo intentas».

—Quiero ver si llevas ropa interior. —Vino hacia mí como ciervo en celo.

—Martina no tardará en despertar, ya había dormido antes.

—Sesenta segundos, necesito sesenta segundos. ¿Y tú? —Ahí, ya me había empotrado contra la encimera.

¿Yo? De esos sesenta me sobraban cincuenta. No se lo dije. Bajé mi pantalón para que comprobase que, efectivamente, no llevaba ropa interior en la parte inferior de mi cuerpo y con mis manos me impulsé sentándome encima del mármol. Abrí mis piernas y cogiendo su cabeza le susurré al oído.

—¡Cómeme todo que estoy que me muero!

Pues bien…, esto…, supongo que todo el mundo conoce eso de «ya ta». Decir que lo nuestro fue un «ya ta», sería alargar generosamente la cosa.

A los sesenta segundos no sé si llegamos, diría que no. Fue tan rápido, que al acabar las carcajadas salieron a flor de piel. No era para menos. En realidad, aquello fue más bien una necesidad; el verdadero acto de amor vino unas pocas horas más tarde. La niña de nuevo dormía en brazos de su padre tras el biberón nocturno y yo le aconsejé que se fueran a dormir.

—Estás cansado, llévatela a la cama y duérmete.

—¿Y tú, no vienes?

—Has dicho que querías dormir con ella.

—Claro…, después.

Se levantó y llevó a Martina a su cuarto. Luego vino a por mí y cogiéndome de las dos manos me levantó del sofá, se puso detrás de mí, rodeando mi cintura y empujándome hacia el pasillo comenzó a derretirme.

—Ahora no van a ser sesenta segundos.

—¿Sesenta y dos?

—Prepárate, golfa, que vas a desear que vuelva a irme.

Volví a saborear mi XXL, esa que era mía y solo mía.

Ya en la ducha, cada uno enjabonando al otro como si nada hubiese sucedido y quisiésemos empezar una nueva escena de pasión, Javier necesitó hacer una pregunta.

—Lola, ¿eres consciente de lo que hemos hecho? Ahora y antes.

—Sí, lo soy.

—¿Seguro?

—Claro que seguro, no soy tan descerebrada como para hacerlo sin poner precaución ahora que sé que tu vecinito de abajo tiene inquilinos. Comencé los anticonceptivos antes de marcharte. Era otra sorpresa que guardaba para cuando cogieses el preservativo, y ya he visto que no has tenido ni la menor intención.

—¿No quieres la parejita?

Mis ojos en ocasiones pueden ser tan expresivos que no necesitan de ninguna palabra. Él captó el mensaje.

—Vale, olvidamos lo de la parejita.

Acabando de secar mi cabello, me quede en el baño. Sabía que él me esperaría en la cama, y acerté, a pesar de no estar solo. Esa noche tenía tantas ganas de dormir a su lado, que cuando llegué y vi a Martina en el centro de mi cama, sentí tal decepción que no pude evitar de nuevo ponerme celosa de mi propia hija y hacérselo saber.

—¿Y yo, adónde voy? ¿Al sofá? ¡Ya te vale…!

—Tú, al otro lado de ella, para que no se caiga.

—Ya veo las ganas que tienes de dormir abrazado a mí.

—Lobita, mami se pone celosa.

Lobita no escuchaba, estaba dormida. Y yo no estaba enfadada; me fascinaba verlos juntos y ver como él adoraba a mi pequeña. Pero yo necesitaba que el hombre se olvidase, en algunos momentos como ese, del padre. Yo dejaba de lado a la madre para ser la amante empedernida que solo deseaba dormir a su lado.

—No tengo celos de mi hija, es solo que creo que tú la antepones a nosotros.

—No seas así, mujer. ¿Tú tienes idea de cuánto la he echado de menos?

—Gracias, yo también te adoro.

Y me fui de la habitación escuchando cómo me llamaba. Mi intención no era enojarme en exceso, el amor de mi vida había regresado a casa y no iba a estropear nada con una de mis regañinas. Saqué la baranda y protección de la cama de la niña y me dirigí a mi cuarto con ella. Estaba dispuesta a salirme con la mía y no dejar que mi hija se interpusiese entre mi deseo y yo. Una vez colocada me miró sin gesticular palabra, me planté con los brazos en jarra y me dispuse a imponer mi norma.

—O te mueves, o te muevo.

—¡Me das miedo! —Riéndose se movió al centro y yo me posicioné a su lado.

Y así, noche tras noche, hasta que se marchó, esa fue nuestra posición en la cama. Él en medio, boca arriba y nosotras a los lados. Lo de boca arriba era momentáneo, solo hasta que yo me dormía, porque, pongo las dos manos sobre fuego y no me quemo que, en cuanto yo cerraba los ojos, él se giraba para quedar completamente encarado a mi rival. Martina.

Capítulo 28

Estoy llegando a casa. Como cada día que me escapo, vuelvo a tener miedo de que, al regresar y enfrentarme a su cara, lea en mis ojos lo que no debe leer. Aparcando, de nuevo recibo mensajes y de nuevo el corazón se acelera.

Entrante 19:47: Déjame ver a la niña.

Lola 20:08: Ni lo sueñes, no voy a hacerle eso a Javier.

Entrante 20: 09: Solo quiero verla, sabes que me lo debes. Yo le di la vida.

Lola 20: 09: Si repites eso otra vez, no volveré a verte jamás.

Llamo a Olga, necesito hablar con ella y desahogarme. No estoy bien.

—Deberías dejar de acudir a esas citas —me dice.

—Lo sé, pero no puedo.

—Javier acabará por enterarse. No quiero imaginar qué hará.

—Matarme. Si se entera me matará.

—Matarte no, tener un problema muy gordo, sí.

—Quiere ver a la niña.

—¿A la niña? ¿Estás loca? Ni se te ocurra.

La mañana que inicié estos encuentros, Javier seguía en Dubái. El destino de nuevo nos separaba, lanzándome al desamparo ante una llamada que llegaba a destiempo y, como un terremoto, dejándome sin palabras y sin capacidad para reaccionar. Tal vez debí tomarme un poco de ese tiempo y no haber acudido al encuentro, pero tiempo era precisamente lo que no tenía; la llamada requería cierta urgencia y, sin pensarlo, me presenté en aquel lugar. Desde entonces, algo me impide abandonar estas citas. Hoy, al igual que el resto, también la he llevado a cabo dentro del máximo secretismo. Secreto que solo soy capaz de compartir con mi gran apoyo, mi querida amiga Olga. Casi siempre las visitas a mis suegros son mi fingido cometido, y ante un retraso intento excusarme con algo, segura de que, si él se entera, me matará.

A los ocho días, de nuevo Javier debía volver a Dubái. Y ahí comenzó todo. Una llamada tan inesperada como desesperada, fue el inicio de esta tormenta de la que no sé cómo salir. Ese día tuve que tomar una decisión. Una decisión que difícilmente tendría marcha atrás y fui consciente de ello. Tuve que combatir con mi pasado y con mi presente. Tuve que poner en la balanza los recuerdos, contra mis valores. Tuve que decidir entre el rencor y el olvido. Y juro que me negué, me negué incluso a acudir a ese primer encuentro, pero ya me lo ha dicho Olga repetidas veces, «eres una blandengue».

Aquella llamada de socorro realizada por una intermediaria, no me dejaba muchas opciones en cuanto pronunció su nombre, a pesar de que dudé mucho si acudir a esa llamada de socorro.



—Ha intentado suicidarse.

—¿Suicidarse? —pregunté incrédula.

—Sí, pero clama, ya se encuentra fuera de peligro. Y sus deseos son estrictos, solo quiere verla a usted.

Estuve todo el día valorando lo que debía hacer. Mis recuerdos me daban una orden y mi maldita conciencia otra. Hay cosas para las que no estaba preparada, como para plantarme delante de una persona que había intentado quitarse la vida. ¿Alguien lo imagina? ¿Qué dices?

¿Cómo estás? Es evidente que mal. Independientemente de eso, tampoco estaba preparada para enfrentarme a esa persona, después de… todo. Como en muchas ocasiones sucedía, mi alma de ángel venció a mi alma diabólica y acudí al lugar.

Recelosa sin saber con certeza lo que me iba a encontrar, dejé a Martina con tía Juana una vez más, y me planté en la puerta de aquel convento donde me habían citado. Ya solo la entrada me pareció siniestra, temerosa y sospechosa cuando vi un par de motos aparcadas en el parking situado frente a la entrada del lugar. Motos que me resultaban ya demasiado familiares. Y si a eso le añadimos que yo no dejaba de pensar, «¿qué demonios hago aquí?», se puede llegar a imaginar cuál era el tembleque que me asaltaba.

Al entrar, me recibió una monja muy simpática que se ofreció a llevarme junto a la persona que me esperaba. Aquello era un laberinto; desde la entrada se divisaba un patio lleno de fuentes y zonas verdes, por el que cruzamos para llegar al destino. En ellos, varias personas sentadas, otras paseando, otras jugando a las cartas…

—Disculpe, hermana, esta gente… ¿vive aquí?

—Por supuesto, salvo algunos que al igual que usted, vienen de visita.

—Entiendo que esto, no es solo un convento.

—Lo es, hermana, es la casa de Dios, es la casa de todos. Aquí es bien acogido todo el mundo.

Seguimos avanzando y cruzando varios pasadizos de piedra envejecida, que al caminar hacían eco, imagino que por la altura de sus techos. Durante el trayecto hasta llegar a nuestra meta, nos cruzamos con varias monjas por el camino cuyo rosto impasible y aciago, despedía rechazo a un posible y simple saludo; cabizbajas se acercaban y se alejaban dejando tras de sí apenas un leve sonido provocado por sus vestimentas. Mientras transitaba por aquel fúnebre lugar, me juré que no volvería allí. Inocente de mí.

De pronto la monja se paró en una última zona que daba entrada a un jardín trasero, yo calqué acción quedándome inmóvil, petrificada, chocando con esa imagen que no esperé volver a ver nunca jamás. Al visionar su figura llegaron a mí demasiados recuerdos. Llevaba una sudadera azul marino, la capucha cubría su cabeza y estaba encendiendo un cigarrillo. Cuando de repente levantó su rostro y me vio, con rapidez soltó el pitillo dejándolo encima de la mesa y se levantó expectante sin saber cuál iba a ser mi primera reacción. La primera ya la había tenido, quedarme patidifusa ante su presencia. La segunda asustarme cuando la monja me habló.

—Bien, yo me retiro. Si no quiere perderse al salir, al lado de aquella puerta hay un timbre; toque y alguien la acompañará.

—Gracias —pude responder.

Mi mirada regresaba al punto donde debían llevarme mis piernas, esas mismas que ya paralizadas se negaban a movilizarme. Me temblaban tanto, que mi cerebro necesitó dar la orden repetidas veces para que comenzasen a caminar. Pude observar que también su cuerpo temblaba, que tenía mucho más miedo que yo, que al verme avanzar su inseguridad crecía. Unos metros antes de llegar al punto de encuentro sonó mi teléfono. Mis nervios me traicionaban y no conseguía encontrar el dichoso aparato en el bolso. Hasta que di con él y vi que Javier me llamaba. Descolgué y atendí ante su presencia que expectante miraba sin perder detalle de mis palabras.

—Hola, Javier, ahora…, no puedo hablar. ¿Puedo llamarte luego?

Era la primera vez, desde que le conocí, que le hacía esperar por ocuparme de otro asunto. Claro, que el asunto se las traía.

Entonces nos vi mezclando miradas y compartiendo el pánico. Era tan consciente como yo de que, si Javier tenía conocimiento de esa cita, habría acabado con mi vida y luego con la suya. O

tal vez hubiese cambiado el orden; a la suya le tenía muchas más ganas.

Y así fue como, sin pretenderlo, el destino me situó en el hoy. Sí, regresé al lugar, no pude desaparecer, y no solo eso. No consigo desertar de esta historia, abandonar, alejarme para no poner en peligro mi matrimonio. Ya es parte de mi vida y yo de la suya.



HOY

He llegado al lugar. Me espera como siempre en un bonito jardín lleno de plantas y flores, descansando su cuerpo en un banco, y con la única compañía que un paquete de cigarrillos en su mano; ahora fuma. El tabaco ya forma parte de su espera. Esa espera que nunca le trae lo que realmente desea y le obliga a conformarse con un «al menos». Un «al menos» difícil de completar por la multitud de carencias. Me siento a su lado, un día más toca mi rostro, un día más cojo su mano, un día más cae una lágrima, un día más le muestro mi sonrisa, un día más imposible mostrarme la suya.

Hoy no es un buen día, hay tensión, quiero marcharme, pero no me deja. Hace semanas que solo piensa en mis visitas, y no me siento capacitada para abandonar esta historia que en ocasiones me devuelve al pasado, al odio y al rencor. Sus ojos me piden clemencia y mi debilidad se la brinda, olvidando el principal motivo de por qué hoy estamos aquí.

—No sé hasta cuándo voy a poder seguir con esto. No quiero seguir mintiéndole —le digo.

Tan solo recibo un roce con su dedo que me impide alejarme de este lugar.

—Debería hablar con Javier —insisto.

Como siempre se niega.

No quiere, sé que no quiere, y a mí me incomoda cada día más esta clandestinidad.

Enciende otro cigarrillo.

—No deberías seguir con ese vicio, acabará con tus pulmones.

Encoge sus hombros haciéndome saber que no le importa ni lo más mínimo su respiración. Estos gestos suyos, en donde parece que todo le da igual, son los que hacen que me pregunte qué narices hago aquí sentada, intentando soportar este vendaval de indiferencia.

Decido marcharme. No soporto que me presione con la mirada cuando no encuentra palabras.

Al subir al coche respiro y cojo mi teléfono para comprobar la hora. Un mensaje vuelve a alterar mis pulsaciones.

Entrante 19:37: ¿Vas a abandonarme?

He dejado ese mensaje sin responder. Me chantajea emocionalmente y tengo que poner freno a esto.

Estoy llegando a casa. Como cada día que me escapo, vuelvo a tener miedo de que, al regresar y mirarle a la cara, lea en mis ojos lo que no debe leer. Estoy aparcando y de nuevo recibo mensajes, y de nuevo el corazón se acelera.

Entrante 19:47: Déjame ver a la niña.

Lola 20:08: Ni lo sueñes, no voy a hacerle eso a Javier.

Entrante 20: 09: Solo quiero verla, sabes que me lo debes. Yo le di la vida.

Lola 20: 09: Si repites eso otra vez, no volveré a verte jamás.

Llamo a Olga, necesito hablar con ella y desahogarme. No estoy bien.

—Deberías dejar de acudir a esas citas —me dice.

—Lo sé, y no puedo.

—Javier acabará por enterarse. No quiero imaginar que hará.

—Matarme. Si se entera me matará.

—Matarte no, tener un problema muy gordo, sí.

—Quiere ver a la niña.

—¿A la niña? ¿Estás loca? Ni se te ocurra.

Acabo de entrar en casa con una gran sensación de agotamiento. Me dirijo a la cocina y allí le veo, dándole la cena a nuestra hija. Dejo el bolso en una silla, me acerco a él para darle un beso en la frente y acto seguido hacer lo mismo con la niña. En esta ocasión, me doy cuenta de que su mirada me persigue un tanto acechadora, haciéndome sentir centro de diana. Esto me obliga a salir de la cocina.

—Voy a darme una ducha.

—De acuerdo —me dice mirándome de reojo.

Sin haber salido de la cocina todavía, noto que persigue mis movimientos.

—¿Qué tal tus suegros?

Mi cuerpo frena, a pesar de la necesidad de salir corriendo. Sé que de hacerlo levantaría demasiadas sospechas. Es mejor quedarme y responder con naturalidad, sin prestar demasiada importancia a esos ojos que me miran con complejo de rayo láser, cortándome la respiración.

—Bien, no hay cambios. Malena esperando que la llamen para operarse de cataratas.

—Debe ser muy trascendental.

—¿La operación? No, es una intervención muy sencilla —aseguro.

—El sitio al que vas y con quien quedas…, vienes descolocada por completo.

¿Como cuando dices «tierra trágame» utilizando una metáfora? Pero sin metáfora, en este momento necesito que la tierra me engulla y me saque de aquí.

—Vengo de Castellón. No sé a qué viene esto.

—Mírame a los ojos cuando me digas que vienes de Castellón.

No puedo, no puedo mirarle a los ojos y mentirle a la vez. Me obligo a intentarlo.

—Vengo de Castellón.

No se lo ha creído, estoy segura.

—Dúchate, yo acostaré a la niña.

«Confirmado, Lola, no se lo ha creído».

Quince minutos he tardado en salir del baño y en mi habitación veo que Martina se ha dormido en su regazo.

Es la misma secuencia de cada noche, él la coge en brazos y ambos se miran hasta que sus respectivos tonos chocolate se mezclan, provocando que ella lentamente cierre los ojos. En ocasiones los cierran los dos. Ella, todavía no puede ser consciente de la adoración que tiene por su padre, al igual que él por ella.

—Estás acostumbrándola a malos vicios —le digo.

—Dentro de cuatro días se irá a la cama con cualquier gamberro, deja que, entre tanto, se meta en la cama conmigo.

Sonrío, le miro, y no me gusta lo que veo. Seguiré sonriendo.

—En cuanto tú te metas aquí la llevo a su cama. Yo no voy a cenar, no tengo apetito.

«¿Me espera ahí? ¿Es una invitación?».

Me temo que sí, y después del encuentro de esta tarde no tengo el horno para bollos.

Voy a la cocina con intención de comerme una manzana, yo tampoco tengo apetito; haré tiempo a ver si con un poco de suerte se duerme. A pesar de que ya sé que la suerte nunca viene a visitarme.

Pues fracasado el plan de la manzana. Acaba de entrar a la cocina y sentarse en la silla de al

lado.

—Ya he dejado a lobita en su cama.

Esos ojos hambrientos…

«Nenita…, de esta no te libra nadie».

Me observa llevarme un trozo de manzana a la boca, coge mi mano y hace lo mismo; se la lleva a su boca. Está jugando con sus dientes en la palma de mi mano, mientras el chocolate de sus ojos juega con el pardo de mis ojos al escondite. Pagan los suyos y se evaden los míos.

—Tengo hambre —afirma.

—Has dicho que no ibas a cenar.

—No de esa.

—No me encuentro bien.

—Ya lo sé.

«¿Lo sabe? ¿Cómo que lo sabe?

»Se te ve a la legua, Lola.

—¿Lo sabes? —pregunto a pesar de que sé que no debería.

—Últimamente las visitas a tus suegros te devuelven a casa con evidente desgana. No sé si de todo, o solo de mí. —Sigue mordisqueando mi mano.

—No es cierto, solo es hoy, ya me levanté un poco rara. Es porque veo que pasa el tiempo y se hacen mayores; eso me preocupa. —Sigo comiendo manzana—. No vivimos cerca y me inquieta no poder atenderles lo que quisiera.

—Claro.

Eso, no suena a un claro de verdad, suena más bien a turbio; turbio, espeso y oscuro ennegrecido como el alquitrán. Y estoy empezando a no atinar con el cuchillo y la manzana. Será mejor que deje de comerla o acabaré con algún dedo rebanado.

—¿No te has llevado a la niña?

—No, tía Juana quería estar con ella.

—Claro, fíjate que ha salido pitando en cuanto he venido yo. Me ha dicho que hoy le ha venido fatal quedarse con ella. Por supuesto, ha entendido que tus necesidades serían urgentes.

Me levanto y voy directa a tirar la manzana a la basura.

«En cuanto pille a mi tía la espabilo».

—Pues no me ha dicho nada de eso. Ya sabes cómo es, al final prefiere estar con la niña y no decirme que no puede. La próxima vez me la llevaré. Lo cierto es que se han quedado con las ganas de verla.

—Vayamos mañana, te acompaño.

«No sé por qué narices no te quedas callada».

—¿Mañana? ¿otra vez?

—¿Otra vez? Otra vez no. Porque hoy no has ido. ¿Verdad que no, Lola?

Acabo de quedarme sin respiración, sin sangre, y sin cualquier cosa de las que dan vida a mi cuerpo; del susto me he muerto. Encima no deja de mirarme esperando una respuesta. Dudo de si tendrá conocimiento del lugar donde he estado, porque su seguridad me asombra.

—¿Me estás espiando? —le pregunto.

—¿Debería?

—No.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Te estoy espiando.

—No lo dices en serio.

—Totalmente en serio.

—¿Sabes dónde he estado esta tarde?

—En casa de Malena y Vicente no.

—No puedo creer que me espíes. ¿Esto qué es? Tú no eres celoso.

—No, no lo soy, cuando no hay motivos, por supuesto. ¿Dónde has estado y con quién?

Si pregunta… no lo sabe. Acabo de darme cuenta de que no lo sabe.

—¿No me espías? Pues dímelo tú.

—Prefiero que seas tú la que se decida a contármelo.

—No tienes derecho a espiarme.

—No, no lo tengo, ni tú a mentirme. Así que empieza por decirme si te ves con alguien.

Se está tensando el ambiente. Ha dicho alguien, por no mencionar a quien de verdad tiene en mente. Creo que será mejor dejar de tensar la cuerda y aflojar.

—No es lo que crees.

Esa frase nunca funciona. No tenía que haberla elegido. Acabo de sentenciarme.

—¿Y qué es lo que creo?

—Que te miento.

—Es que mientes. —Ya está bastante nervioso.

—Me refiero a que no te engaño con nadie. Sé que lo estás pensando.

—No hagas que mis venas se marquen más. Me engañas, y está claro que quedas con alguien. No creo que me mientas para ir a escondidas a comprarte un pintauñas al chino. La pregunta es… ¿quién es?

Se avecina tormenta y me veo acorralada. Sabía que al final llegaría este momento. Maldita la hora en que decidí seguir acudiendo a las visitas.

—No hay otro hombre. Esto no es lo que parece.

Otra vez frase errónea. Un 99% de las veces sí es lo que parece.

—¡¿Quieres que te diga yo lo que parece?! —Empieza a levantar la voz.

Me callo, se lo que va a soltar en cualquier momento y si lo hace le atravesaré la cara con mi puño. Así que decido no provocar esa respuesta para no llegar a mayores.

—Parece…

Mi silencio le tensa más.

Se levanta como un torbellino y me agarra del brazo, tirando de mí me lleva bruscamente al dormitorio y acaba tirándome en la cama. Descontrolado por completo abre su bragueta y en este momento es cuando tengo serias dudas de si el miedo que empiezo a sentir es fundado. Su pene no está erecto, aun así, se tira encima de mí y siento pánico.

—¡Javier, por favor…!

—¡¡Tú solo follas conmigo!!

Empieza a besarme y yo intento evitarlo. Parece que mi miedo sí era fundado, y ya no tengo dudas de que quiere sexo dominante para demostrarme que le pertenezco. Me cuesta mucho pensar con nitidez en estos momentos en los que no soy capaz de asimilar lo que está sucediendo. Tengo que mirarle a los ojos, necesito que él mire los míos, cojo su cara desencajada y le grito.

—¡Javier! ¿Qué haces? ¡¡Javier!! ¡¡Javier!!

Esos gritos le alertan y le obligan a reflexionar. Decide levantarse y subiéndose el pantalón compruebo que su miembro sigue sin erección. Ya de pie vuelve a mirarme y se marcha cabizbajo con la vergüenza instalada en su cara. Me deja sola, temblando, asustada, y estancada

en el colchón. Sin tener idea de dónde ha ido, mi hija me viene a la cabeza y recobro el movimiento para ir a por ella. Allí le encuentro, arrodillado delante de la cama, con rostro amargo y con evidentes signos de arrepentimiento. Si hay algo que en estos momentos siento son dudas. Muchas dudas. Y necesito respuestas.

—¡¿Qué ibas a hacer?! ¡¿Te has vuelto loco?! —le digo en susurros para no despertar a la niña, pero tremendamente enojada.

—Sí, eso parece —me responde por lo bajo, con aspecto abatido.

No lo pienso dos veces y cojo a mi hija con intención de llevármela a mi cama para dormir solas.

—No te la lleves.

—No la dejaría contigo ni loca. Ni se te ocurra entrar en mi cuarto.

Por primera vez, en la vida que llevo compartida con él, he sentido el verdadero miedo. Al llegar a la puerta, me giro y tengo que hacerle saber una cosa importante.

—Tienes razón, yo solo follo contigo. Y no porque tú lo digas, sino porque solo quiero follar contigo. Tenlo presente. Debería decir «quería» en lugar de «quiero», porque a partir de ahora dudo mucho que mis apetencias deseen hacerlo contigo. Repito, ni se te ocurra entrar en mi cuarto.

Termino de acomodar unas cuantas almohadas en la cama, para que Martina no caiga por el lateral. Me tumbo a su lado sabiendo que no voy a pegar ojo en toda la noche.

«Qué está pasando? ¿Qué demonios estás haciendo?

»Vas a romper tu vida, tu familia, tu tranquilidad por estos malditos encuentros.

»Lola, has jugado con fuego y estás entre las llamas; o sales de ahí o te abrasas.

»¿Por qué se rompe todo de nuevo? ¿Por qué narices una vez más se rompe todo?

Acabo de darme cuenta de que caí rendida. Debió ser cerca de las cinco de la mañana, porque a las cuatro y media seguía viendo videos en Youtube. Abro mis ojos y compruebo que la niña no está a mi lado, y eso me alerta obligándome a dar un salto de la cama y salir a toda prisa. Al llegar al salón, veo que está sentada en el regazo de su padre, que al verme no duda en justificarse.

—Se despertó y pensé que necesitabas dormir. Era demasiado tarde cuando apagaste la luz. Yo tampoco he podido descansar casi nada.

—Te dije que no entrases a mi habitación.

—¡Vamos, Lola…! Es nuestra habitación, y solo pretendía que descansases.

No sé muy bien cómo tengo que reaccionar, por lo que sigo aquí de pie delante de él y comprobando en el reloj del televisor que son casi las once.

—No sabía que era tan tarde —murmuro.

—Tranquila, te he preparado el desayuno, aunque dadas las horas ya puede ser almuerzo.

Se levanta con la niña en brazos acercándose a mí e intentando darme un beso. Rehúyo, me descoloca, estoy convencida de que lo vivido anoche fue real, entonces… ¿qué ha cambiado?

—Vamos a la cocina, tienes que comer —me ordena adelantándose.

Bloqueada por completo necesito reaccionar y pasados unos segundos le sigo. Al entrar, veo que ha dejado a Martina en su trona, y él está delante de la vitrocerámica removiendo, por el olor que percibo, chocolate. En la mesa, churros, bollos, un par de servilletas, dos tazas esperando ser rellenadas y cuatro velitas que en estos momentos está encendiendo. No me mira, se gira y continúa removiendo. Yo sigo bloqueada, sin capacidad para casi nada y sin saber muy bien que espera de mí.

—¿Te vas a sentar o vas a mojar los churros en el chocolate de pie? —me pregunta.

—No tengo muy claro a qué se debe esto.

—Nuestra primera cita fue un desayuno.

—No es cierto.

—Sí lo es. Rebobina y acuérdate.

Acabo de recordar aquel desayuno.

—Aquello no fue una cita, era trabajo.

—Aquello era una cita disfrazada de trabajo.

En mi permanente bloqueo, sigo de pie viéndole servir el chocolate en las tazas. Tras dejar el cazo en la encimera, se gira, y después de un leve suspiro, de nuevo me ruega que me siente.

—¿Desayunamos?

Me acomodo en la silla sin tener claro todavía a qué viene esto. Puede que sea un desayuno de despedida. Acaba de sentarse frente a mí, coge un churro y se lo da a la niña.

—Se puede atragantar —aviso.

—Tranquila, ya están su madre y su padre aquí para vigilar.

El desconcierto no me abandona, y observando a mi hija saborear ese churro como si fuese una piruleta, veo que él, coge una pieza y me la ofrece. Miro su mano con el alimento en ella, y necesito dirigir mis ojos a los suyos para encontrar un indicio de lo que pasa por su cabeza.

—Lo siento —escupe, por fin.

Sigo mirando, necesito algo más. De nuevo me ofrece el mismo churro, acercándolo más hacia mí para que lo coja.

—Lo siento, lo siento. Se me fue la cabeza —repite mirándome con ojos de súplica.

—¿Qué esperas que diga? ¿Vale, te perdono?, ¿aquí no ha pasado nada? —Cojo el churro y lo muerdo.

—No. No espero eso.

—¡¿Y qué narices esperas?!, porque no entiendo nada. ¿Qué significa este desayuno, después de lo de anoche?

—Todo comenzó con un desayuno y lo sentenciamos la noche de la playa. ¿Recuerdas? Un exquisito amanecer y un anochecer inolvidable. Eso es lo que espero. Seguir amaneciendo y saboreando las noches a tu lado. Cada día. Y hasta el final de mis días. Contigo y con ella. —Señala con sus ojos a Martina—. Pero necesito saberlo; lo que sea. Ya tengo claro que no me perteneces y que te acuestas conmigo porque quieres. Yo me acuesto contigo porque te quiero y porque te deseo, cada día más. Lola, ¿qué pasa?, ¿con quién quedas? ¿adónde vas?

—Me voy a arrepentir de esto —hablo en voz alta conmigo misma.

Voy a por mi teléfono y llamo a mi tía.

—Hola. ¿Te pillo en mal momento? ¿Puedes quedarte con la niña?, nos ha surgido una cosa y me harías un gran favor si pudieses volver hoy otra vez…, sí sí, para la comida estaremos en casa y puedes quedarte, pediremos algo… Genial, si cocinas será perfecto.

Sin abandonar mi mirada de la suya realizo otra llamada.

—Buenos días… Iré hoy otra vez… No, no lo sabía… Se lo diré… bien…, de acuerdo.

Al acabar con la llamada, su seriedad ha crecido en un porcentaje demasiado elevado.

—¿Me tienes que decir algo? —pregunta.

—Cámbiate, nos vamos.

—¿Adónde?

—¿Adónde? ¿No necesitas saberlo?, pues lo vas a saber.

—Es suficiente con que me lo digas.

—Lo vas a ver con tus propios ojos. —Me pongo muy muy seria.

—Te han dicho que me digas algo.

Con unas loquísimas ganas de tirarle el chocolate a la cabeza le respondo.

—Ese mensaje no era para ti. ¡Y cámbiate…, nos vamos! ¡O siéntate y olvida el asunto!

Acabamos de subir al coche. Decido conducir y durante el trayecto, la conversación es lo más encantadora que podría ser en una situación tensa como esta, o sea, nula. Alguien tiene que romper con este silencio y decide ser él.

—No me va a gustar lo que voy a ver, ¿verdad?

—No, no creo que te guste.

Esa respuesta hace explotar su contención quejándose de nuevo.

—No sé por qué hay que ir a ninguna parte. ¿A qué viene tanto misterio?

Con un brusco frenazo paro el coche a un lado del camino, y respirando profundo, tanteando bien mis palabras para no cometer ningún error y me lanzo.

—¿Sabes? Creo que deberías estar preparado para esto, y no lo estás. Podemos dar marcha atrás y regresar. Pero te aseguro que no creo que vuelva a tener el valor de traerte hasta aquí. Tendrás que decidirte. O sigo, o doy media vuelta.

Mientras hablaba, en ningún momento me ha mirado, tan solo sus manos frotando sus rodillas han expresado el descontrol de su estado nervioso. Es cuando me callo, que me mira a los ojos teniendo que mantener esa mirada. Intento aparentar que estoy muy segura de lo que hago, y lo cierto es que estoy muchísimo más insegura que él.

Por fin decide que sigamos el trayecto. De nuevo unas motos nos acompañan, sin causarme ya ninguna sorpresa. Estamos llegando a las puertas del convento y, como siempre, aparco en el terraplén que hay enfrente. Está muy sorprendido y no deja de mirar la fachada.

—¿Esto es un convento? —pregunta muy extrañado.

—Sí.

—Tú no eres creyente.

—No hace falta ser creyente para visitar la casa de Dios. Todo el mundo es bien recibido, lo dicen ellas.

—¿Ellas?

—Las monjas.

Bajamos del vehículo y caminamos hacia la puerta. Necesito cogerle la mano y sorprendentemente se aferra como un niño a ella. Toco el timbre y esperamos a que alguien nos abra.

—¿Estás preparado?

—Creo que no. ¿Y tú? —Me devuelve la pregunta.

—No te dejes llevar por la primera impresión. —Intento prevenirle.

He dejado sin responder su pregunta; la respuesta habría sido la misma que la suya. No, no estoy preparada. Que quiera ver a la niña no estaba previsto cuando decidí mantener estos encuentros, y si no afronto esto con Javier, la situación se acabará desbordando.

Una de las hermanas abre la puerta y nos recibe.

—Hola, Lola, no esperábamos que volviera hoy, seguro que le vendrá bien. No ha pasado muy buena noche.

—Ha sido un imprevisto, hermana, vengo acompañada.

—¡Ya veo! No sé cómo se lo tomará, ya le he dicho que ayer, al marcharse usted, tuvo una fuerte crisis.

—¿Le ha dicho que veníamos?

—Solo que venía usted. De él —señaló a Javier—, yo no sabía nada.

Vamos caminando por estos pasillos por los que ya no me pierdo. Él sigue aferrándose a mi mano como un niño aterrado. Al llegar a la cristalera desde donde se divisa el jardín, para y, frenándome me pregunta.

—¿Quién se va a sorprender más, él, o yo?

—¿Él?

Encojo mis cejas y le adentro en el jardín. Al fondo como siempre una sudadera con capucha cubriendo su cabeza. Al vernos, intuitivamente se pone de pie y desde la distancia veo que sus manos tiemblan, haciendo que el paquete de sus cigarrillos caiga al suelo. Javier observa todo el alrededor no sabiendo cuál es nuestro destino. Hasta que de repente, su mirada se detiene en la persona indicada. No quiere dar crédito a lo que está contemplando, su reacción es exactamente la misma que la mía el primer día. Confuso me mira, y yo devuelvo esa mirada con recelo no sabiendo cómo va a responder.

—¡¡¿Marisa?!!

Capítulo 29

—¡¿Marisa?!

Esa capucha cubriendo su cabeza y esa máscara que la cubre desde ambas orejas, más que convertirla en anónima, a nosotros nos delata su identidad.

Nadie sabe cuánto soy capaz de amar y nadie sabe cuánto soy capaz de odiar…, ni de perdonar. Pero una diosa Envidia, con su poder para reinventarse, con su capacidad de mutar, con su poderoso magnetismo para conseguir cualquier cosa…, sí… Ella sí.

El perdón nos libera, nos hace olvidar, nos entrega a la paz interior, incluso a los brazos de quien no se debe, y yo, decidí cerrar mis ojos y dejarme llevar por mi corazón y mi conciencia.



El primer día que me encontré cara a cara con Marisa, sufrí tal *shock* que apenas pude hablar. Me esperaba, como siempre, tapando su rostro, no dejándome ver aquellas cicatrices que lo adornaban y con su capucha cubriendo su cabeza, a pesar de que se acostumbró a llevar peluca para ocultar la alopecia que habían provocado las quemaduras.

En el primer instante no me acerqué; mantuve mucho la distancia, no sé si por incertidumbre o porque me daba pánico ver de cerca en lo que se había convertido aquella bella mujer. Bella y malvada, porque lo fue, y mucho. Tampoco comprendí qué hacía en Valencia, en un convento a las afueras de la ciudad, si según nuestras últimas noticias llegadas de la mano de Alba, se había retirado a una granja de reposo espiritual en Galicia.

Otro interrogante, ¿por qué me llamaba a mí? Tenía claro que el motivo de su intento de suicidio era mirarse al espejo cada mañana. Para ella, su físico y el poder lo habían sido todo, por lo tanto, el hecho de verse deforme y en bancarrota, sabía que era algo que no acabaría de superar nunca.

Varios segundos estuve sentada frente a ella, viendo cómo me miraba; sus ojos azules no eran esos empoderados que vi el día de la boda de su hija. Habían perdido brillo, estaban apagados, tristes, unas grandes ojeras los sujetaban y la desdicha se había instalado de forma permanente en ellos. Cuando salí de aquel estado de asombro, intenté preguntarme a mí misma qué narices estaba haciendo tan cerca de nosotros, y mi mente que seguía corriendo más que una liebre me auguró una nueva y perversa trama.

—¿Qué haces en Valencia y para qué me has llamado?

Cogió una tableta que había encima de la mesa, y escribió.

—He empezado a ir al logopeda; todavía me cuesta mucho hablar. Si no te importa prefiero escribir.

Al mostrarme aquel mensaje, recordé que también le habían arrancado parte de la lengua y asentí para que continuase.

—Yo misma pedí a las monjas ser trasladada lo más cerca de ti.

—¿De mí? ¿Qué quieres ahora? Nunca tienes suficiente…

—Tranquila, no es lo que crees. Necesito contarte lo que pasó. —Siguió escribiendo.

—No necesito saber nada —me levanté—, no sé qué hago aquí.

Alargó su mano para pedirme que me quedase. Pero me solté y me largué. Estuve dos noches sin poder dormir preguntándome qué era lo que quería contarme y por qué. Y viendo que aquello

me iba a atormentar día tras día, decidí volver más preparada; sin *shocks* y con las preguntas bien estudiadas. Lo primero que hizo fue agradecer mi regreso. Y yo, comenzar con el interrogatorio.

—¿Por qué has venido a Valencia?

—Necesito que me escuches, bueno que me leas, nunca acabo de acostumbrarme —de nuevo escribía sobre su tableta—. Quiero que sepas lo que sucedió, no sabéis toda la verdad.

—Puedes empezar —le dije bastante reticente.

Me miró y creí ver que sus pupilas se humedecían. Su flequillo por encima y su máscara por debajo dejaban poco espacio a sus bellos ojos.

—¿Cómo está vuestra niña? —Yo leía sus letras.

No entendí por qué me hacía esa pregunta.

—No he venido a hablar de mi hija.

—Pero yo sí, por ella estoy aquí.

—¿Qué dices? —Me alteré un poco, no iba a permitir que le echase la culpa a Martina de lo que ella conscientemente había trajinado.

—Tranquila, Lola. No te enfades.

—¡No menciones a mi hija!

—¿Sabes que pasó esa noche? No, ¿cómo lo vas a saber? Te lo quiero contar.

Después de enseñarme ese mensaje, escribió un buen rato mientras yo esperaba. No imaginé que el texto pudiese ser tan largo. Al acabar me lo entregó.

—Llevaba varios días mirando por encima del hombro, tenía claro que después de conocerse vuestro embarazo, aquello no iba a quedar así. Tenía miedo. Ese día había salido a cenar con unas amigas, y de camino al parking para coger mi coche y regresar a casa, me pareció que alguien me seguía. Por mucho que me giraba no veía a nadie; estoy segura de que era mi subconsciente el que los veía y me avisaba de que no entrase al maldito parking. En contra de lo que se debe hacer, me apresuré a entrar en él, para coger mi coche y ponerme a salvo. ¿Sabes? Uno en una situación así nunca piensa en frío, y es lo peor, porque si piensas con el miedo metido en el cuerpo, te limitas a correr, y los malos siempre corren más que tú. Tenía que haberme parado en mitad de la calle y gritar para que los vecinos saliesen y que nadie pudiese alcanzarme. Eso lo pienso ahora en frío, ese día pensé con el miedo. Y corrí, hasta que me vi encerrada y con mis verdugos cercándome el paso.

Estaba imaginando la escena y me aterraba pensar que debía volver a casa sola, a pesar de que eran las once de la mañana. Siempre he sido muy miedosa y ella relataba aquella situación con tanto realismo, que me entró el pánico. Me tranquilizaba pensar que yo nunca podría estar en su lugar, o al menos era lo que creía en ese momento. Seguí leyendo.

»Me alcanzaron, puse resistencia; era inútil ponerla. Mientras uno me amordazó con los brazos, el otro sacaba una navaja. Pensé que me iban a matar, y ojalá lo hubiesen hecho, pero él sabía que matándome me libraba del castigo por haberle implicado en aquello, no evitando que Javier tuviese hijos. Tenía que castigarme de por vida, y qué mejor que rajarme la cara. No te imaginas lo que se siente cuando una navaja se desliza lentamente por tu rostro y por tus pechos. Grité, grité mucho, a pesar de que estaba segura de que nadie podía escucharme; ya se habían encargado bien ellos de cerrar las puertas y que nadie entrase en aquel parking.

»Poco a poco se acercó, sus ojos que eran la única parte visible de su rostro desprendían tanto odio que temí, temí por mi vida. Sabía lo que iba a pasar, y mucho más cuando me agarró del pelo diciéndome: «Puta zorra, te dije que caerías conmigo». La sangre no dejaba de caer empapando mi cuerpo…

Con una mezcla de sensaciones que iban desde el miedo hasta las náuseas y que abordaban mi

estómago, le entregué la tableta.

—¿Te resultaría demasiado complicado no dar tantos detalles? —le pedí.

De nuevo escribió.

—Claro, sé que es desagradable —siguió escribiendo—, ahora serán más cortos y delicados.

Tras mostrarme aquello, siguió escribiendo.

—Cuando acabaron con la navaja llegaron las preguntas.

—¿Qué preguntas? —interrogué tras leer.

—¿Dónde vive la putita?

—¿Qué putita? —Yo no sabía quién era «la putita».

—Tú.

Cuando leí «tú», miré a Marisa y me aterré. No quería creer lo que me insinuaba. Ella seguía escribiendo y yo leyendo.

—Quería borrar todas las pistas que le inculpasen. Y lo primero era deshacerse del bebé.

—No…, no… —me levanté horrorizada—, estás mintiendo.

—No, Lola —escribía—. ¿Por qué te iba a mentir, a estas alturas? Ya no tiene sentido mentirte. Necesitaban vuestra dirección. Querían los documentos, y querían hacer desaparecer ese embarazo. Con los documentos se desharía de una sentencia. Con el bebé, se desharía de Javier. Nada como un buen susto para que alguien desista de cualquier empeño.

—Estás mintiendo… —Me senté.

—Me apalearon sin mesura, me arrastraron por el suelo, él seguía llamándome «puta zorra», me empujaron contra los coches, contra las columnas de cemento, me tiraban al suelo para intentar conseguir una respuesta. Vuestra dirección. ¿Sabes que tuve claro desde el principio que no sé la iba a dar?

—No, no te creo…, no te creo… —Pensé que solo me quería hacer responsable de su desgracia.

—Una cosa era no darle un hijo, y otra hacer desaparecer el que venía en camino, dándote una paliza. Yo ya estaba viendo cómo se las gastaban.

—No te creo.

—Es normal que no me creas —de nuevo palabras escritas—, yo no lo creería, aunque eso no significa que no sea cierto. Después de haber puesto todas mis fuerzas para evitar los golpes, tuve que rendirme cuando me rajaron la lengua, y al caer al suelo creo que por un momento perdí el conocimiento. Solo un momento, hasta que la quemazón me hizo sentir que mi cabeza ardía y desperté. Entonces, uno de los matones intentó apagar el fuego de mi cabello, a la vez que voceaba al otro mamut. Cuando apagó las llamas de mi pelo escuché de fondo: «Matar otro precio, ella no da dirección, trabajo acabado. Tú pagar solo por paliza». Y ahí de nuevo perdí el sentido.

—No sé qué es lo que pretendes contándome esto ahora. La policía les cogió. Se acabó todo.

—¿Eso crees?

—Sí, lo creo.

—Seguiré contándote. —Siguió escribiendo—. Estuve no sé cuánto tiempo sin conocimiento, hasta que al poco lo recuperé. Y allí estaban los dos tipos debatiendo qué hacer conmigo. Él, se había largado, pero antes de ello por lo visto les había ofrecido doblar la cantidad a cambio de mi muerte; sabía que yo le había reconocido y tenía que deshacerse de mí. Aquellos dos matones debatían qué pantano era el más profundo. Y, ¿sabes?, nunca supe nadar, ni tan siquiera en una piscina era capaz de permanecer sin tocar fondo. Me aterroriza la idea de morir ahogada.

»Eso me hizo sacar fuerzas de donde no las tenía y, medio moribunda y como pude, les ofrecí

cambiar el pacto; yo triplicaría la cifra a cambio de lo contrario. Salvar mi vida y acabar con la suya. Aceptaron, bajo la amenaza de que si no cumplía dicho pacto no solo sería mi vida la que correría peligro. Por eso había que sacar a Alba del país. Mi vida ya no tenía valor, pero mi hija… ¿Por qué crees que la policía encontró mi teléfono a mi lado? Los mismos matones se encargaron de buscar al mendigo y que desde mi móvil llamase a la policía.

Sus ojos se encharcaron mientras yo leía el relato. Los míos también.

De nuevo le ofrecí el aparato para que siguiese escribiendo mientras yo no dejaba de mirar cómo las lágrimas se desprendían de su rostro, frenando en aquella máscara de tela que ya estaba en gran parte mojada.

»A los pocos días de que la policía les metiese en la cárcel, un primo de aquellos matones me visitó en el hospital. Pasé verdadero terror cuando vi entrar aquel armario de ocho cuerpos en mi habitación, ya que creía que se iba a deshacer de mí. Hasta que habló. Venía a asegurarse de que había sobrevivido y a advertirme de que no debía olvidar mi deuda ya que, pronto, la otra parte de mi encargo se llevaría a efecto y acabarían con él. También me dio información delicada. Me enseñó unas fotos tuyas, embarazada y acompañada por Javi. Sus palabras fueron: «Ellos siguen en peligro, doctor contratar otra gente para acabar trabajo. Yo hacer pedido completo de protección a ellos y a ti. Subir tarifa».

Aquella confesión parecía sacada de una película de Al Capone, Scorsese y Tarantino, juntos. Y yo estaba aterrada.

Al leer aquello tuve que hablar.

—¿Cómo puedes vivir así?, pactando con sicarios. ¿Te crees que diriges el mundo? Te crees una reina.

—No, Lola, yo no soy reina de nada. Pero no olvides nunca que esos con los que yo pacto son los que han estado protegiendo a tu familia.

—Todo esto…, no te creo, ¿qué buscas?

—¿De dónde crees que sacaron las monjas tu número de teléfono? ¿De las páginas amarillas? A él le he protegido incluso ahora en Dubái. También te he protegido a ti, cuando quedas con ese tipo amigo tuyo. Pero tranquila, mis labios están sellados. Sé que amas a Javier por encima de todo.

Recordé…, las motos, el tipo de la barra. La coincidencia en la tienda del payaso. Y me di cuenta de que me había llamado justo cuando Javier estaba en Dubái. Lista y temerosa. Creí que quería chantajearme.

—Ese tipo es mi psicólogo. Javier le conoce y no me vas a amedrentar.

—Le conoce, lo que no sabe es que quedas con él. Ni me importa. Créeme si te digo que no me importa en absoluto. —De nuevo me mostraba la tableta para que leyese.

—Si no te importa ¿para que lo mencionas? ¿Vas a chantajearme?

—No. ¿Crees que si quisiera chantajearte te habría estado protegiendo? No desviemos el tema por un simple comentario. Aquí el peligro no era tu amigo.

—El padre de Alba murió en la cárcel al poco de ingresar. ¿No sé de qué nos tenían que proteger?

—En el futuro te rogaría que no volvieses a repetir eso. El padre de Alba es Javi.

En ese momento su mirada no pudo ser más firme. Siguió escribiendo.

—Dos días en la cárcel son suficientes para contratar nuevos sicarios. No te imaginas la disponibilidad que hay de esta gente. Y eso que las tarifas no son precisamente baratas. Te aseguro que había un plan, y que mis chicos han ido evitándolo. El muy cabrón dejó bien aleccionados a sus hijos. Esto, no solo le afectaba a él, te recuerdo que la clínica sigue en activo

y que irán a la ruina cuando ganéis el juicio.

—¿Me estás diciendo que seguimos en peligro?

—No, ya no. Estamos casi seguros de que no. A ellos les invadió el miedo incluso más que a mí. Tus amigos los moteros saben cómo advertir a la gente de ciertos peligros. Y para tu tranquilidad, te diré, que hasta la fecha no se ha cometido ningún delito, tan solo algún sustillo que no ha pasado a mayores. Con la misma seguridad te digo que no hubiese dudado de haber sido necesario. He querido protegernos, ante todo, pero te aseguro que la venganza con sus hijos me hubiese sabido a miel, y ha sido complicado contenerme.

—Esto es surrealista…

—¡Vamos, Lola! —escribía—, hice lo que tenía que hacer, seguís vivos gracias a mí. No te he llamado para pelear contigo.

—¿Gracias a ti? No sabes lo que dices.

—De no haber falsificado aquello hubieseis puesto precaución, sé que tú no querías tener hijos. Y ojalá nunca te veas metida en una paliza como la que yo soporté, te juro que venderías a tus hijas. Y yo no te vendí, soporté lo insoportable. Mírame, soy un monstruo. Ni tan siquiera me he mirado a un espejo desde ese día. Ya no recuerdo ni el color de mis ojos.

—¿Por eso intentaste quitarte la vida?

De nuevo la tableta era su voz.

—Nunca he querido quitarme la vida. Si lo hubiese querido te aseguro que lo hubiese hecho, ya me conoces, lo que me propongo lo consigo, a pesar de que se vuelva en mi contra. Solo quería que las monjas me ayudasen a hacerte venir y ese era un buen motivo.

—¿Nunca dejarás de utilizar a la gente en tu favor?

—No me juzgues.

—No, claro que no, la vida ya te ha juzgado y te ha condenado.

Me miró, su mirada era triste, y algo parecido a un perdón salió por su boca.

—Ño shabesh cgomo llo shientlo. Hecchlo muchlo dge mlengosh a mli hijga. Tlocagla, beshalla.

Me impactó tanto ver cuánto le costaba verbalizar las palabras, que quise ser condescendiente y yo misma cogí el aparato para que siguiese escribiendo.

—¿Por qué me has llamado? ¿Por qué a mí?

—Yo she quje elles bueñga.

—No me hagas la pelota, Marisa. Creía que yo para ti era una pánfila.

—Panñfilla y llishtga.

Saqué a pasear mi sarcasmo y sonreí; ella parecía hacer lo mismo. La mascarilla que llevaba permanente, no dejaba ver demasiado claro cuáles eran sus gestos.

—Tú y yo nos hubiésemos llevado bien si no te hubieses enamorado de Javi. —Utilizó de nuevo la escritura para seguir comunicándose.

—Si no me hubiese enamorado de él no te habría conocido jamás. Y la verdad, no creo que hubiésemos sido amigas.

—Ahora me gustaría serlo.

Esa manifestación acompañada de su mirada me descolocó por completo. ¿Cómo iba yo a ser amiga de la persona que me había hecho tanto daño?

«Pues eso».

Me marché a casa con la sensación de que aquello no había acabado. De que quedaban cosas en el tintero. De que, en realidad, no me había contado el verdadero motivo de por qué me había llamado a mí. Tras tres días de interrogantes continuados, en los que no conté nada a nadie y

tenía que fingir con Javier que todo iba perfecto, a pesar de que me atormentaba, decidí volver al lugar. Necesitaba respuestas. Soy tan sumamente generosa, e imbécil, que incluso le llevé unas pastas y bombones para merendar.

—Te daría un beso, aquí estas cosas escasean. —Escribía.

—Déjalo, solo pretendo sobornarte con los bombones.

En ese instante, una sonrisa salió de ambas, y un cruce de miradas cómplices llenó mi cuerpo de incertidumbre. Yo no podía ser cómplice de Marisa y mucho menos su amiga. No dejaba de preguntarme: ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¿Por qué me llamaste? —interrogué.

—Necesitaba pedirte perdón… por todo.

—¿Todo? —Sabía a qué se refería.

—Aqjedñla nñocghe Ell no quedgia.

—No quiero hablar de eso. No quiero que me hables de eso.

—Lola…, él no quería, solo quería que me fuese para llamarte, se había enamorado de verdad. Le emborraché, y jugué con sus sentimientos y con los tuyos.

—¡No sigas con eso!

—Deberías estar orgullosa.

—¡Cállate! —grité.

Odiaba recordar esa etapa y mucho más de manos de la causante.

—No deberías decir «cállate», deberías decir bórrate.

Sin saber ni como una suave risa me estaba acercando a aquella Envidia convertida en Eirene; diosa de la paz.

—¡Quieres torturarme! —le dije.

—No me subestimes, cuando he querido torturarte lo he hecho. Ahora solo trato de lavar mi conciencia. Ya te dije que cuando estás a punto de cruzar el túnel todo cambia.

Poco a poco, me vi inmersa en una creciente necesidad de tener que repetir. Ella no se cansaba de darme las gracias por aquellas visitas, y yo, aun visitándola, seguía reticente a perdonarla. Había hecho mucho daño y en el fondo sabía que seguía sin contarme toda la verdad. No obstante, volvía a visitarla, y como buena imbécil, volvía a llevarle bombones.

En nuestros siguientes encuentros conversamos más variado. Me contó cómo era su vida en aquel lugar, las veces que acudía al logopeda, cómo había aprendido a trabajar sin ser remunerada a cambio de un plato de comida y una cama. Marisa se había convertido en la peluquera y masajista del convento. Eso mantenía su mente despejada y su cuerpo activo. Hasta hace unos días, en que el verdadero motivo por el que me había llamado, salió a la luz. Ese día, me deje peinar por ella.

—A ver qué me haces en el pelo.

—Tú shiemple eshtash bapa.

El silencio adornó el modo tan sutil con el que ella cepillaba mi corta melena. Era de imaginar que en muchos momentos añoraba la suya. Esa peluca con flequillo tapando su frente, nada tenía que ver con su añorada y cuidada cabellera. Supe que aquella escena entrañaba ternura, y quise aprovechar el momento para intentar normalizar su físico.

Complicada tarea.

—Marisa, deberías intentar despojarte de esa capucha y de la máscara.

—Ño.

—Tú sabes mejor que nadie que el maquillaje hace milagros.

Cogió su tableta.

—Y tú, deberías saber que hay cosas difíciles de ocultar. Me las he tocado alguna vez, y son demasiado grandes.

—No creo que sea para tanto. Deberías empezar a aceptarte.

—¿Quieres verlas? Igual te sorprende.

Se enfadaba, había cogido miedo a ver su rostro y cuanto más tiempo pasaba, más le espantaba.

—¿Quieres enseñármelas? —La reté.

—¿Quieres verlas?

—¿Quieres?

—¿Quieres tú? —Estaba tensa.

—¿Deshojamos una margarita?

Las risas acabaron con la tensión. Pronto vi cómo se echaba mano a su oreja y sacaba el elástico que mantenía la máscara cubriendo su cara. Al descubrirla vi lo que meses atrás Javier me había descrito, sin tan siquiera haberlo visto. La descripción de los médicos que él me trasladó a mí, fue tan explícita que al ver aquellas cicatrices tuve una extraña sensación, como si no fuese la primera vez que las veía.

—Eres una exagerada, tú sabrías tapar muy bien esas pequeñas marcas —no eran pequeñas—, esa máscara lo único que hace es dificultar tu habla. Tu belleza radica en tus ojos. —Intenté aminorar la gravedad de esas cicatrices.

—No me mientas, pánfila.

Mientras siguió escribiendo observé cómo sus ojos se humedecían. Los míos, que últimamente actuaban de motu proprio y demasiado empáticos con ella, para lo que en realidad merecía, decidieron acompañarla mojándose también. Entonces me di cuenta de que algo estaba creciendo entre nosotras. Ese algo, duró poco, el tiempo que tardó en devolverme la tableta para leer lo que acababa de escribir.

—Me gustaría ver a la niña.

—No entiendo —expresé confundida.

—Quiero ver a tu hija.

—¿Cómo?

—A la niña, quiero verla.

—No.

—Pold favold —hablaba.

—He dicho que no.

—LLolla…, me llo dllebesh.

—Yo no te debo nada. Todo esto…, lo tenías planeado…, sigues siendo…

—Nño, Nño.

—No me lo puedo creer, cómo he sido tan imbécil. Me marcho, no voy a volver. No debí haber venido nunca.

—Eshpedla. —con su tableta escribió—. Solo quiero verla. Me dejé la vida aquella noche para que viniera al mundo. Me he medio arruinado por protegerla. Conocerla, solo conocerla. Esa niña podría haberla tenido yo con él. La tuviste tú, y lo acepto. Es tu hija y la suya. Déjame solo conocerla.

—No.

Me marché entendiendo que me había manipulado, que tan solo quería conocer a mi hija, porque ella vería en ella a la hija que no le dio a Javier; el hombre al que seguro, todavía amaba. Al subir a mi coche, me entró un ataque de ira y decidí entrar de nuevo y reprocharle todo.

—¡¡No vas a dejar nunca de ser una malvada!! ¿Cómo he podido creer que habías cambiado? Solo pretendes ver en mi hija la que decidiste no tener con él, porque todavía le quieres. Pero él me quiere a mí. ¿Entiendes eso?, y nunca te va a perdonar. Ahora entiendo todo…, por eso me llamaste a mí, a la pánfila, porque creías que yo acabaría cediendo. Pues no, mi hija es mía, la hija de Javier y Lola. ¡¡Metete eso en la cabeza!!

Con un gesto de súplica con sus manos, como si fuese a rezar, me pidió que esperase y leyese. No sé qué fue lo que me mantuvo en la espera mientras ella escribía, porque estaba encolerizada. Tardó en escribir aquel párrafo; las lágrimas la obligaban a interrumpir la escritura para secar sus ojos y era más que visible el temblor de sus manos. Al acabar me la entregó para que leyese.

—Claro que le quiero, es imposible dejar de quererle. ¿Verdad? No quiero ver en tu hija la hija que no tuve con él. Solo quiero saber que el dolor mereció la pena. Seguro que es preciosa y se parece a él. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado cómo tendrá la carita ese ángel por el que yo he arruinado mi vida? Y no es culpa de ella mi ruina, es culpa mía, eso lo tenemos todos clarísimo. Alguna vez, endemoniados pensamientos me han hecho pensar que todo hubiese sido más fácil si… Y me niego, me niego a pensarlo. Pero necesito conocerla, saber que todo el dolor que pasé fue poco comparado con el placer de verla reír en tus brazos. Solo verla Lola. No la tocaré.

—No, me niego, ¡¡Y no le voy a hacer eso a Javier!! Si se entera de que vengo a verte me matará. Él nunca te va a perdonar porque no es un blandengue como yo. Así que olvida lo de la niña. ¡¡No la vas a conocer nunca!!

Me fui.

Tras aquella tensa visita hubo otras dos, y en ambas la tristeza que reflejaba su rostro y la falta de conversación se convertían en un chantaje emocional hacia mí. Estoy segura que seguía pensando que yo era una pánfila, sobre todo porque después de tanto daño como me había hecho, yo seguía acudiendo a visitarla. ¿Por pena? ¿Por compasión? ¿Por agradecimiento a una protección que desconocí en su día? Ni hoy sé por qué seguí acudiendo a este lugar. Solo sé que se había creado un vínculo entre ella, su tableta y yo, que parecía unirnos cada vez más.

Pero tocar a mi hija era otro cantar, y poner en peligro mi vida con el hombre al que amaba…, eso era intocable. Hasta anoche, que la situación me desbordó, y eso desencadenó en una serie de circunstancias desagradables, que han hecho que mi vida en común con Javier corra peligro.



—¡¿Marisa?! —exclama.

—Deberías acompañarme. —Cojo su mano.

—¿Qué hace ella aquí?

—Tenemos que hablar —intento que se calme.

—¿Hablar? ¿Qué narices es esto? No me interesa lo que tenga que decir, no quiero verla. ¡¿Qué hace aquí?! ¡¿Y qué coño estás haciendo tú aquí?!

Se le acumulan las preguntas y no es para menos.

Ella se ha retirado, yo estaba en lo cierto, le teme.

Tres días de disputas me ha costado conseguir que por fin se siente frente a ella y escuche el mismo relato que me confesó a mí. Le ha recordado lo que le escribió el último día en el hospital: «Te voy a devolver todo lo que te he robado». Javier sigue reacio, la mirada sigue siendo de rencor, y no le culpo, yo actué del mismo modo. Ella sigue escribiendo y él sigue leyendo. Hasta que la confesión acaba y él deja el aparato encima de la mesa, intentando respirar

profundo. Me mira, le miro, la mira.

—¿Cuánto hace que no hablas con tu hija? —le pregunta.

—Cashli tlodosh llosh dliash.

—¿Sabe ella todo esto?

—Nñoo…, ¿padrla quje?

No deja de mirarla con resentimiento mientras yo me mantengo en absoluto silencio.

—Te dije que nos dejases en paz.

Ella coge su tableta.

—No podía, tenía que cuidar de ellas. —Me señala.

—Muy bien, pues ya está. Ya las has cuidado lo suficiente. Vámonos.

Se levanta esperando que haga yo lo mismo, en cambio me quedo sentada.

—¡Lola…! ¡Nos vamos!

No quiero contradecirle, me levanto cabizbaja sin estar demasiado conforme con el modo en que se pone fin a todo esto. Miro a Marisa…, y ella sabe cómo mirarme para que interceda.

—No pienso irme sin que se lo pidas a él. Él decide. Si él acepta yo acepto.

—Ell nño va a qujededj. ¿Ño veshj quje me odlia? Elsh mallo.

—¿Ha dicho que soy malo? —Javier vuelve hacia ella un tanto…, un mucho crispado—. ¡¿Has dicho que soy malo?!

Marisa se encoge.

—¡Javier, por favor! —Tengo que intervenir—. Acabemos con esto. Solo quiere ver a la niña.

—¿Qué quiere ver qué…? —Me mira asombrado—. ¡¡Ja, ja, ja!! No te lo crees ni loca —le dice lanzando esas palabras con rabia.

—Mej llo dlebeisgh…yio le dgi lla vidga.

Javier se enfada, golpea la mesa con los dos puños y ambas nos asustamos. Varias personas cercanas giran su cabeza al escuchar los fuertes sonidos. Necesito poner mi mano sobre su brazo para tranquilizarle.

—Hiciste lo imposible para que no naciera. ¡¡Déjanos en paz!! —Me mira—. ¡No lo repito, nos vamos!

Al salir no ha podido evitar una pequeña reprimenda. No le contradigo en nada, tiene razón en todo, salvo en una cosa.

—Da gracias a que en el fondo me alegre de que haya sido Marisa a quien visitas. ¿Me quieres decir qué demonios estás haciendo? ¿Ya has olvidado todo? Lo que hizo primero para separarnos, lo que hizo con mis informes, mi hija en Canadá. ¡¡No lo entiendo, no te entiendo!!

—Yo tampoco, créeme que yo tampoco.

—No vas a volver a verla nunca. Te ha comido el cerebro. Es una víbora.

Acaba de tocarme la moral. Parece que, en este momento, él es quien en realidad piensa que soy una pánfila fácilmente manipulable.

—Es una cualidad que tengo, olvidar y perdonar. Incluso al que de verdad hizo lo que no debía. Ella no me debía amor.

No estoy segura de lo que acaba de pasar por su cabeza. Enfadado me abre la puerta del coche para que suba y nos vamos.

Capítulo 30

Entramos en casa. Lo hacemos por el jardín delantero, también hay uno trasero. Cada vez que abro la puerta, me acuerdo de Olga y aquella frase suya cuando Javier llegó a la empresa por primera vez: «No hagas planes de casita con jardín, coche y cuatro hijos». Menos mal que no acertó; lo de los cuatro hijos no lo hubiese superado.

Llevamos casi dieciocho meses viviendo aquí, en nuestro nuevo hogar. Bueno, tengo que especificar que este es nuestro nuevo hogar en Valencia. Concretamente en una urbanización a las afueras de la ciudad. En épocas festivas y vacacionales, nos trasladamos a nuestro otro hogar en León; su casa, donde desconectamos de todo.

Apenas hace horas que bajamos del avión procedente de Madrid. Allí dejamos a mis hijas, de Jorge y de Asier. Ese no ha sido el único vuelo. A Madrid llegábamos desde Canadá, donde quedaban Estrella, Alba, Liam y Rosana.

Estrella también se trasladó a aquel país. Ella y Liam mantuvieron una relación en la distancia que Liam se encargaba de acortar con numerosos viajes, hasta que hace un par de años no aguantó más y le pidió matrimonio. Se casaron en Tenerife y desde entonces viven en el continente americano.

En Canadá hemos pasado cuatro días. Me da mucha pena porque lo cierto es que es un país fabuloso y no hemos podido ver casi nada. Ya hemos decidido que volveremos. Ahora tenemos más tiempo —dos meses de vacaciones al año—, y algo más de dinero. Ganamos el juicio, como estaba previsto, y eso ha mejorado notablemente nuestra economía.

Parte de la indemnización la hemos empleado en esta casa, parte ha sido invertida en nuestras hijas y parte en sueños.

Hemos vuelto alguna que otra vez a zambullirnos en aquella bañera con ventanal, a la que acudimos después de la boda de Alba, cuando apenas estábamos recién reconciliados. Esto lo hemos hecho por estar solos. Porque en el baño de esta casa, ordené la sustitución de parte de la pared por un cristal blindado con medidas de dos metros de ancho por dos de alto. No tengo lago ni montes nevados; el paisaje de mi jardín con la piscina, mis dos limoneros, mis dos naranjos y las abundantes flores, son más que suficientes. El visitante enamorado sigue siendo lo mejor.

También hemos cumplido el sueño de Javier. A Canadá llegamos desde tierras Oceánicas. Doce días hemos estado en Australia, recorriendo gran parte del país. Tuvimos que retrasar bastante el viaje dado que había que hacer coincidir a demasiada gente con demasiados compromisos.

Sara tenía que acabar de rodar su segunda película. Ahora compagina su trabajo de modelo con sus primeros pinitos en el mundo del cine; ese sueño que casi consigo arruinar por miedo. Hace dos años que vive con Asier. Han tenido alguna crisis debido a las distancias que el trabajo en ocasiones les obliga a soportar; nada que el amor no pueda superar.

Patri sigue trabajando en la agencia, y Jorge lleva ya dos años viviendo en Madrid. Ahora trabaja en unos estudios de televisión. Hace unos meses que están intentando hacerme abuela, pero parece que la cosa se retrasa.

También queríamos que Martina creciese para que pudiese disfrutar del viaje. Ya ha cumplido cinco años. ¡Qué barbaridad! Parece que fue ayer cuando su padre se enfadó conmigo por no abrirle la puerta.

Javier sigue trabajando de coordinador. Ahora su horario es bastante flexible. Muchos días se queda en casa y desde el ordenador lleva a cabo sus quehaceres. Eso le permite estar más con la

niña. Ella sigue siendo su principal centro de atención, y yo sigo asimilando mi segundo puesto.

Martina ya va al cole. En ocasiones recuerdo lo rocambolesco que fue su primer día. Javier se tomó el día libre, por si sucedía algo. No sé qué esperaba que sucediese, como mucho venir con un rasguño. «¿Y si llora?», decía.

—No pasa nada si llora, tendrá que adaptarse —le dije.

—¡Qué mala madre eres…!

Y reía, pero creo que estuvo a punto de llorar.

Llevamos las maletas a la habitación y las dejamos a un lado, mañana comenzaremos la operación lavadoras. Ahora es tarde y venimos demasiado agotados. Han sido varios días de ajetreo y en lo primero que pensamos es en refrescarnos y sacar unas pizzas del congelador.

He metido a mi hija conmigo en la ducha para aligerar tiempo, tengo unas ganas locas de descansar; luego lo hará Javier mientras yo preparo las pizzas.

—Podrías haber duchado a la niña, ponerle la tele y meterte conmigo.

—¿Estás loco? Estoy muerta. Solo quiero cenar algo e irme a la cama

—Voy a tener que buscarme una rubia de treinta, como tu amigo —dice entrando en la ducha.

—En estos momentos puedes buscarte lo que quieras, prefiero descansar —respondo riendo.

Mario sigue viendo a, la ya no tan joven, Lidia. Algunas comidas y cenas las hemos compartido los cuatro. Ella es encantadora, aunque un poco hiperactiva. Ellos, siguen mirándose con recelo, y eso me hace sentir incómoda. Todavía no le he contado a Javier si estuve con Mario en la intimidad. No sé si ha llegado la hora de hacerlo.

Ha sonado el horno, junto con la jarra de agua pongo las pizzas en la mesa baja que hay delante del sofá, saco vasos, unas servilletas y llamo a Javier, Martina ya está arrodillada esperándonos.

—¿Puedo ya, mami?

—Claro hija, empieza.

Me siento en el sofá, mi primer acto es lanzar mi espalda hacia atrás, respirando profundo y mostrando mi agotamiento.

—Mañana llamaré a Olga y a tía Juana, hoy estoy reventada.

Olga se fue a vivir con Felipe hace cinco meses. Ahora viven en Alicante. Mantiene una relación cordial con Paco, él acabó asimilando el abandono y con el tiempo dejó de atormentarla. La hija en común les mantiene con cierta comunicación, sin pasar de lo justo y necesario.

Tía Juana sigue visitándonos y sigue encargándose de mi hija, ejerciendo de abuela cuando es necesario, y cuando no hace falta y le apetece, también. Continúa disfrutando de su libertad como una veinteañera. Hace bien.

Javier se sienta en el suelo cruzando sus piernas a modo indio.

—¿Y tus suegros? No olvides llamarlos.

—Mañana lo haré, podríamos invitarles el domingo a comer.

—Perfecto.

Coge el teléfono y hace videollamada. Apoya el móvil en la botella de agua enfocando a Martina.

—Vamos a decirle a tu tía que ya estamos en casa —le dice a la niña.

Descuelgan al otro lado.

—¡Hollaaa!

—Hola, tía Marrisa. —Martina sigue remarcando en exceso la r.

—Holla plecsiosha mjía…, que guapla elstash.

—Agotados Marisa, cuando nos reubiquemos iremos a verte —apunto.

—Contagdme allgo, osh he echadlo de menolsh.
—Cuéntale algo a la pesada de tía Marisa —protesta Javier.
—¡No le digas eso a la niña! —Le riño y el cabrón se ríe.
—Quje boljde, no cambiadjash…
—No le hagas caso, ha sido el primero en querer llamarte —aseguro.
—Hemos visto *cangurros*, y ositos *kala*. —Martina se entusiasma.
—Koala, Martina. —El padre siempre corrigiendo a su hija.
—Las tatas se comierron unos gusanos. ¡Aggrrr! Yo no.
—Tlu ño, mi vlida.
Marisa se emociona.

Sí. Al cabo de un tiempo, y con ayuda de esta pánfila, Javier recapacitó y accedimos a que viera a Martina, quizás dejándonos llevar por la compasión.

La visitamos a menudo, ella y mi hija dan grandes paseos. Incluso hemos ido más allá. En ocasiones Marisa nos visita en casa, come o cena con nosotros, y juega, juega mucho con la niña. Al principio tuvimos reparo por el tema del habla, el lenguaje de Marisa podía confundir a la pequeña o modificar negativamente sus primeras palabras. Pero nada de esto sucedió. Ella siempre tuvo presente aquel inconveniente y con dibujos en la tableta, fotos y gestos, intentaba comunicarse procurando utilizar cuanto menos el lenguaje verbal.

Cada vez que viene a casa, Javier o yo vamos a recogerla con el coche y luego la llevamos de vuelta. Se niega en rotundo a quedarse a dormir. A veces pienso que no querrá ver que Javier y yo nos vamos juntos a la cama; esto puede que sean cosas de mi desbocada imaginación, aunque sí he observado que, en ocasiones en que él me brinda una muestra de cariño cuando ella está presente, se gira para no mirar. Yo le he pedido a Javier que lo evite y él se enfada. No lo entiende y con razón, puesto que ni yo me entiendo, ya que cuando mis recuerdos me traicionan, obligándome a visualizar a Marisa arrodillada, juro que la agarraría del pelo que le queda y la arrastraría por todo el jardín. Por suerte para mi estado emocional, esos recuerdos acuden poco y cuando lo hacen desaparecen pronto. Tanto la imagen como la venganza.

Ellos siguen teniendo una relación…, bueno, digamos que especial. Conmigo habla mucho y se desahoga cuando le entra una crisis existencial y se plantea la necesidad de acabar con su vida. Creo que Javier y yo hemos aprendido a cuidarla, y ella ha aprendido a querernos.

Solo en casa se atreve a quitarse la máscara, y es un gran paso, ya que a Martina le costó mucho que lo hiciera. Ese día, la niña tenía tres años y en sus brazos comenzó a tirar del trozo de tela. Marisa intentaba evitarlo a toda costa, hasta que la pequeñaja, en su empeño de querer salirse con la suya, comenzó a protestar entre llantos. Supe en ese momento que si me iba y las dejaba solas complacería a mi hija, y así fue. No recuerdo con qué pretexto me ausenté y al volver, rápidamente de nuevo se cubrió el rostro.

—Deberías haber aprendido ya, que la belleza está en la mirada. Y en la tuya hay mucha —le dije.

—Claro, eso lo dices, porque tú no tienes cara de monstruo —respondió.

—Un monstruo eras antes de tus cicatrices, no hagas que de nuevo te obligue a regresar al pasado.

En ocasiones me veía en la necesidad de recordárselo. Cada vez que quería acabar con su vida, yo le mencionaba todo el dolor que su hija había vivido con el suceso. Le planteaba si quería seguir provocándole daño. De algún modo ella conseguía recapacitar pensando en Alba y apartaba esa idea de su cabeza, hasta la siguiente crisis. Con ella tampoco ejerzo de amiguita de palmadita en el hombro. Y aquel día menos.

—Mírate ahora —le dije—, con mi hija en tus brazos y conmigo dándote consejos de amiga. ¿Lo hubieras imaginado?

—Mli Amigja la pándfilla.

Reímos, reímos mucho, y al callar ella misma se quitó la tela que cubría su rostro. En ese momento vino Javier y de nuevo su instinto la llevó a cubrirse.

—Te he visto desde allí, así que da igual que te cubras. Y por si te interesa…, estás más guapa que nunca. —Y me guiñó un ojo.

Después de mirarme con indecisión, de nuevo se descubrió.

—Dominada la tengo —comentó él burlesco y mirándome.

—¡Cjapullio! —protestó ella.

—¡Javier…! —protesté yo.

Las siguientes veces hubo que insistir, ahora ya lo hace por decisión propia.

Martina presume en el cole de tener una tía con rayas en la cara. Ella cree que es ventajoso y se siente diferente; ningún compañero tiene ese privilegio.

Marisa sigue llevando su peluca con flequillo, y se ha desprendido de esa sudadera con capucha que la convertía en siniestra.

Por cierto, las motos y los mastodontes siguen formando parte de nuestras vidas, aunque mucho más distantes ya que el peligro desapareció. Marisa, desconfiada insistió y, como trabajaban para ella, no quedó otra que otorgar.

—El domingo viene tía Juana a hacer paella. Hemos echado de menos la comida. Iremos a recogerte, puede que también vengan Malena y Vicente. Hemos traído regalitos para todos.

Malena y Vicente creen que Marisa es una prima de Javier que sufrió un accidente. Sería demasiado complicado contarles la historia, y lo peor, hacerles entender por qué ahora forma parte de nuestras vidas.

—A ver cuándo nos invitas tú, que siempre vas de gorrona. —Javier nunca deja de meterse con ella.

—¡¿Quieres callarte ya?! —le riño y palmoteo su hombro.

—LLolla, qujitamello dje lla visjta.

—No le hagas caso, lo hace a cosa hecha para chincharte. Ya lo sabes.

—Martina, di adiós, que te vas a la cama.

Martina se aleja en brazos de su padre saludando con la mano y yo me quedo despidiéndome.

—Buenas noches, Marisa. Hasta el domingo.

—¡Guapla! —Con la mano me lanza un beso a través de la pantalla.

Corto la llamada y Javier vuelve. De nuevo recrimino su comportamiento.

—No sé qué ganas picándola tanto.

—Que no se amuerme, necesita que le metan caña. ¿No lo ves?

—A veces te excedes.

—No lo creo. Anda, ven aquí. —Me pide que me siente en la alfombra, obedezco y me acomodo a su lado. —¿Vas a dormirte rápido?

—No sé si el cansancio me dejará, pero es la intención.

—¿Así? ¿Sin un cálido «bienvenido a casa»? ¿Sin nada de nada?

—Yo también he llegado a casa, y no te acerques más.

—¿Por qué?

—Porque al final acabas convenciéndome. —Rehúyo.

—Será porque tienes ganas.

—Tengo ganas de dormir.

Se acerca a mi oído y ya me puedo dar por perdida. Oigo como respira, y su aliento no deja de gritarme que me va a quemar.

—¿Solo dormir, Lola?

—Solo dormir…

«No, solo dormir, creo que ya no».

Está metiendo la mano por debajo de mi camiseta, con la otra enreda sus dedos entre mi cabello, y yo…, a cerrar los ojos y tener claro que me entrego.

—Estoy muerta… —insisto.

Me tumba en la alfombra y se coloca encima de mí.

—Muerta vas a estar cuando acabemos.

—Aquí no, se puede levantar la niña.

—No se levanta…

—No lo sabes.

—Que no… —Comienza a abrirme las piernas para coger postura.

—Que no lo sabes.

—Calla…

—Javier… saca la mano de ahí.

—Que calles…, loba…

—¡¡¡Papiii!!!

—¡La madre del cordero! —protesta.

—¡¡Anda…!!, tu hija, la que no se levanta —le digo con retintín.

—¡¡Ya voy Martina!! Vete a la cama y ni se te ocurra dormirte — me ordena—. Me ocupo de la niña y acabo esto.

Ahora ya no es un «mamá» lo que me interrumpe las fantasías. Ahora es un «papi» el que rompe mis sueños. Sí, mis sueños. Porque no dejo de vivir en un sueño. En un sueño hecho realidad, día a día, noche tras noche, viviendo mi amor de película. Aunque estoy segura que en el cine a los niños les dan somníferos para que no les pase lo que nos acaba de pasar a nosotros.

Estoy en la habitación esperándole. No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar; el agotamiento se adueña de mí por segundos.

Ya le oigo volver.

—Tantos cambios de horario han trastocado su sueño, ya la he dormido.

—Era de esperar.

Últimamente duerme con el pecho al desnudo. Acaba de quitarse la camiseta y se mete en la cama. Reclinándose, apoya su espalda en el cabezal. Le observo mientras se frota la cara. Me cuesta mucho dejar de mirar su cuerpo. Ese pecho al descubierto que sigue manteniendo un atractivo descomunal, y esos brazos que no visitan el gimnasio, pero lo suficientemente fuertes como para que me vuelvan loca. Esas manos que son las que invaden mi cuerpo día tras día. Mi venerada XXL marcando pijama, y ese cuello…, ese cuello que me convierte en la mejor embajadora del mundo vampírico.

Deja de frotar su rostro, baja sus manos, gira su cabeza para mirarme, le sigo mirando…, y mi agotamiento desaparece.

—Me he quedado como el hielo. —Su sonrisa canalla me pide guerra.

—No te preocupes, esta loba sabe cómo abrasarte.

Y le abraso, ya lo creo que le abraso.

Nuestra vida sexual sigue teniendo casi la misma chispa que el primer día. Digo casi, porque

mi hija sigue robándome en muchas ocasiones la atención de Javier. Aun así, sigue habiendo palabras excitantes, caricias ardientes, miradas calientes de esos chocolates derritiéndose entre mis pardos. Sigue habiendo infinidad de ocasiones en las que nuestros cuerpos envueltos en fuego se unen amándose con deseos de no poner fin.

Y sigo sintiendo mis doscientas mariquitas revoloteando, intentando superar ese tsunami de ciento treinta y ocho grados que siento dentro de mí, cada vez que le veo, que le huelo, que le siento…

FIN

¡¡Por favor!!

Si no mencionas a Marisa cuando hables de esta historia, no solo me harás un grandísimo favor a mí. Se lo harás a los lectores que decidan leer esta novela. Con ello mantendrás el suspense de ese final, dejando que cada cual sospeche y descubra el desenlace.

Gracias.

Sobre la autora:

Poco que contar. La mitad de la sangre que corre por mis venas es andaluza, la otra mitad Valenciana. Nací en la ciudad de las palmeras y a mis cincuenta y un días nos trasladábamos al pueblo de mi padre, Santa Pola. Allí crecí hasta que al casarme de nuevo regresé a Elche. Soñadora, ilusionada, siempre positiva. Con temperamento fuerte la mayor parte de mi vida, y algo débil con el paso de los años. Luchadora, siempre creí que nada de lo que yo me sintiese capaz, se me iba a resistir. Y pocas cosas son las que creo que el ser humano no es capaz de lograr si se lo propone.

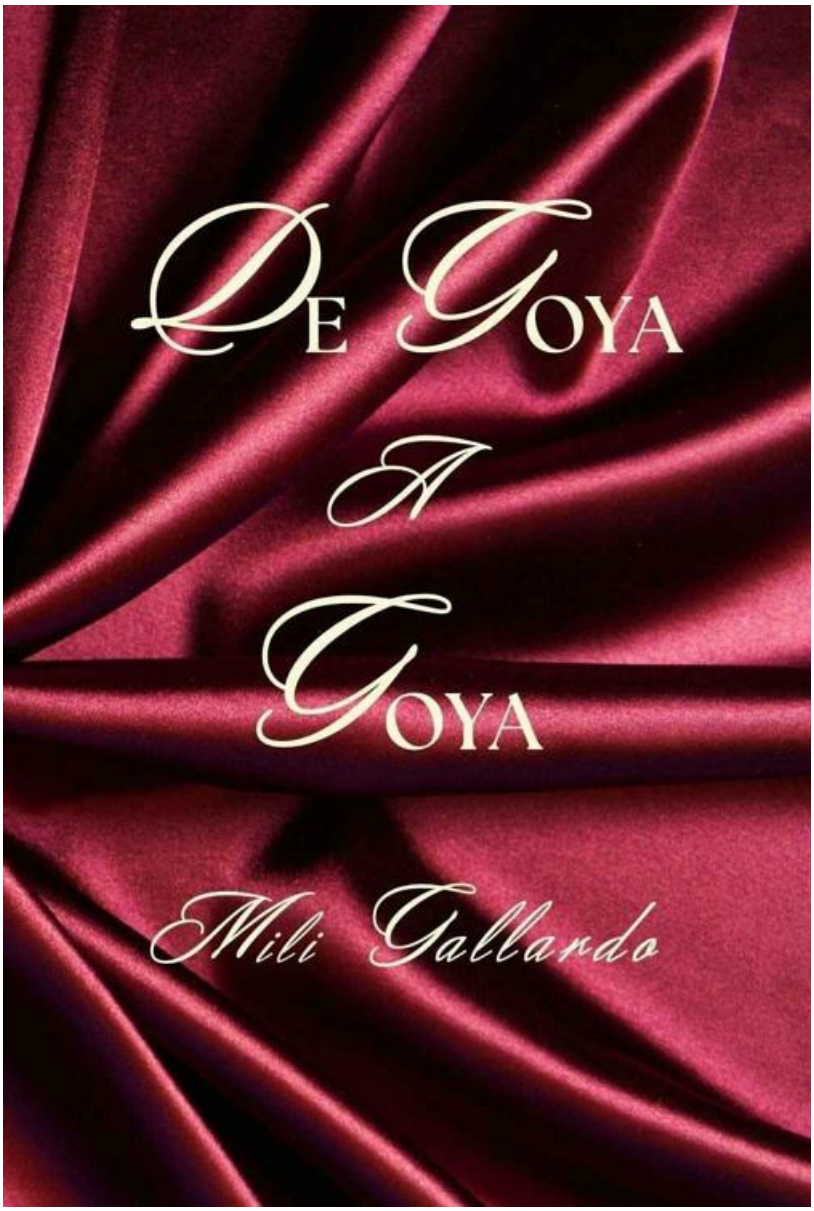
Polifacética, emprendedora y con una sensibilidad extrema que me lleva a derramar lágrimas con demasiada facilidad.

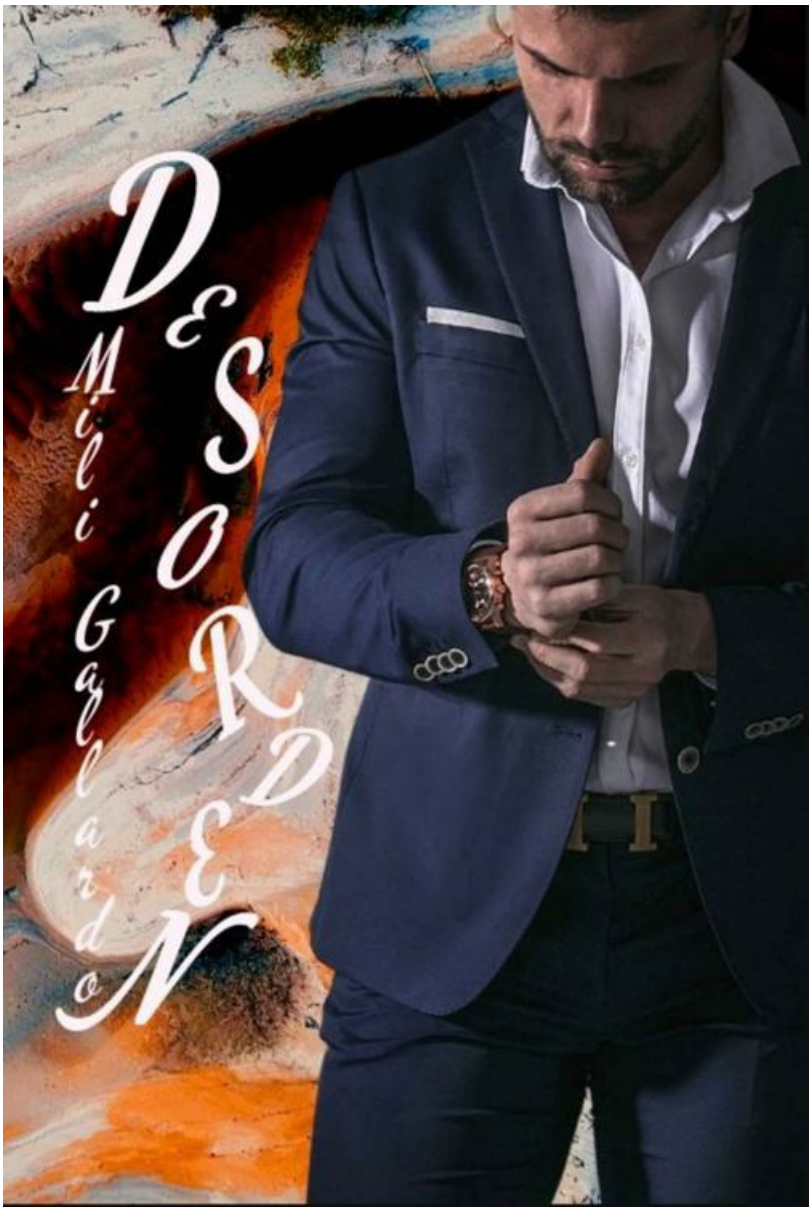
Tres pasiones han adornado mi vida constantemente, escuchar música, el mar y leer. En ese orden de preferencia.

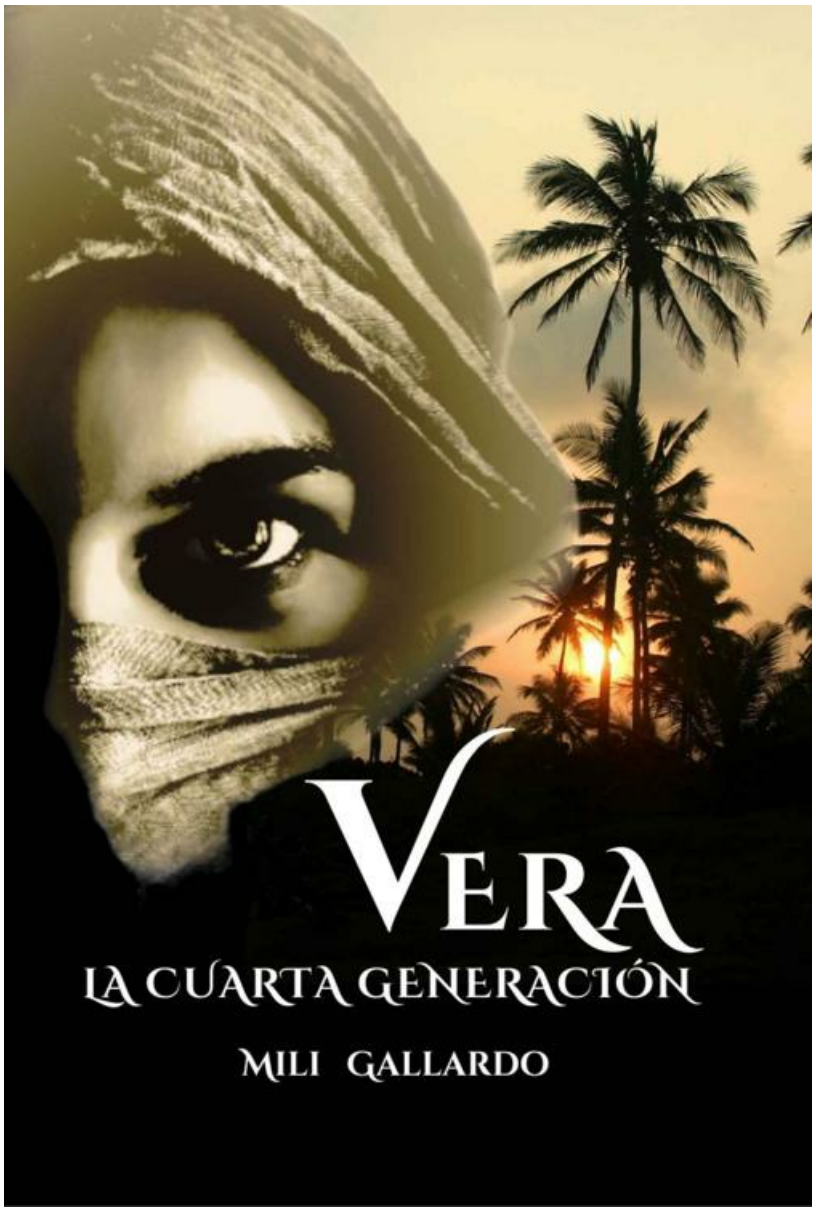
Dos pilares fundamentales sostienen mi vida, mis hijos.



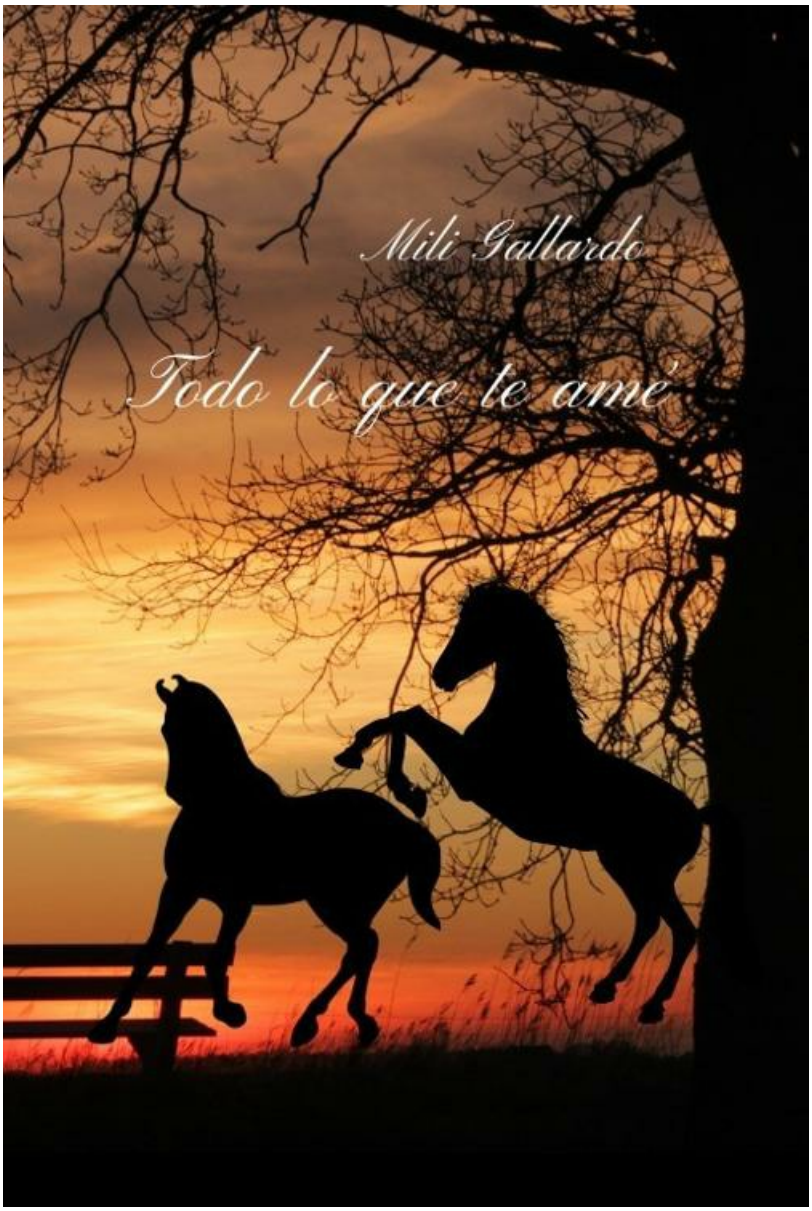
Otros títulos de la autora




DESORDEN
Mili Gallardo


VERA
LA CUARTA GENERACIÓN
MILI GALLARDO


200
Mariquitas
en medio
de un tsunami
de 138 grados
MILI
GALLARDO


Mili Gallardo
Todo lo que te amé